boca de los niños de pecho brote una alabanza perfecta. Digámosles: Salmodiad a nuestro Dios. Y escuchemos cómo ellos nos responden: Salmodiad a nuestro Rey.

Y unidos en la alabanza a los celestiales cantores, como conciudadanos de los consagrados y familia de Dios, salmodiad sabiamente: como un manjar para la boca, así de sabroso es el Salmo para el corazón. Sólo se requiere una cosa: que el alma fiel y sensata los mastique bien con los dientes de su inteligencia. No sea que por tragarlos enteros, sin triturarlos, se prive el paladar de su apetecible sabor, más dulce que la miel de un panal que destila. Presentemos con los Apóstoles ese panal de miel en el banquete celestial y en la mesa del Señor. La miel se esconde en a cera y la devoción en la letra. Sin ésta, la letra mata, cuando se traga sin el condimento del Espíritu. Pero si cantas llevado por el Espíritu, como dice el Apóstol, si salmodias con la mente, también tú experimentarás qué verdad es aquello que dijo Jesús: Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida. E igualmente, lo que nos confía la Sabiduría: Mi espíritu es más dulce que la miel.

Así saboreará tu alma platos sustanciosos y le agradarán tus sacrificios. Así aplacarás al Rey y complacerás a sus príncipes. Así tendrás satisfecha a toda su corte. Y embriagados en el cielo por la suavidad de ese perfume, dirán de ti también: ¿Quién es esa que sube por el desierto como columna de humo, como nube de incienso y mirra y perfumes de mercaderes"

Son los príncipes de Judá con sus tropeles, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí, es decir, los cantores de Dios, los continentes y los contemplativos. Porque saben nuestros príncipes que es grata a los ojos del Rey la santidad de los que salmodian, la fortaleza de los continentes y la pureza de los contemplativos. Pero también se preocupan de nosotros, exigiéndonos estas primicias del espíritu que, por cieno, son los primeros y purísimos frutos de la Sabiduría. Ya sabéis que Judá significa el que alaba o testimonia; Zabulón, mansión fuerte; y Neftalí, ciervo suelto. Este simboliza, por los saltos de su agilidad, los éxtasis de los contemplativos. El ciervo penetra, además, en la espesura de los bosques; y los contemplativos se adentran en los sentidos más ocultos. Sabemos quién dijo: El que me ofrece un sacrificio de alabanza, ése me honra.

Pero si no cae bien la alabanza en boca del pecador, ¿no tendréis suma necesidad de la continencia, para que el pecado no reine en vuestro cuerpo mortal? Por otra parte, ante Dios carece de todo mérito una continencia que busque la gloria humana. Por eso se requiere suma pureza de intención, para que vuestro espíritu codicie agradar a Dios sólo y pueda vivir Junto a él. Estar junto a Dios es lo mismo que ver a Dios; y eso sólo se concede a los puros de corazón, como una felicidad inigualable. Un corazón puro tenía David y decía a Dios: Mi alma está unida a ti. Para mí lo bueno es estar junto a Dios. Viéndolo se unía a Dios y uniéndose a él te veía.

Cuando las almas se entregan a estos ejercicios, los espíritus celestiales conversan a menudo con ellas, sobre todo si ven que son asiduas a la oración. ¡Quién me concediera, príncipes benignos, que vosotros presentarais ante Dios mi oración! No digo al mismo Dios, para quien está abierto el pensamiento más íntimo del

Super Cantica Canticorum

realidad ama desinteresadamente, porque pretende tan sólo al que ama y nada más que a él. Ama con rectitud, sin concupiscencia carnal, y en la pureza de espíritu. Ama con ardor, tan embriagada por su propio amor que ni piensa en su majestad. Porque, ¿a quién se lo pide? Al que mira la tierra y ella tiembla. ¿Y le pide un beso? ¿Pero no estará embriagada? Sí, y por completo. No sería extraño que cuando se lanzó a pedirlo saliera de la bodega. ¿No se gloriará más tarde de haber sido introducida allí? También David decía refiriéndose a otros: Se embriagan con lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias. ¿Qué grande es la violencia del amor! ¡Qué confianza infunde el espíritu de libertad! El amor perfecto echa fuera el temor; ¿hay algo más evidente?

Con todo, rebosando de amor, no se dirige de inmediato al esposo, sino a otros, como si él estuviese ausente: ¡Que me bese con besos de su boca! Y es que como pide lo más maravilloso, envuelve la súplica con el pudor para dar más ascendiente al que lo demanda. Por eso busca a los amigos e íntimos del esposo; para que la lleven a su intimidad, hasta conseguir lo que ardientemente ansía. ¿Quiénes son estos amigos?

Yo pienso que son los santos ángeles que asisten a los que oran, para presentar a Dios las súplicas y deseos de los hombres, pero cuando ven que, sin iras ni querellas, alzan sus manos inocentes. Así lo atestigua el ángel, que decía a Tobías: Cuando tú estabas rezando con lágrimas y enterrabas u los muertos. Cuando te levantabas de la mesa para esconder en tu casa a los muertos y los enterrabas de noche, yo presentaba al Señor tu oración. Pienso que para

convenceros os sea suficiente este testimonio de la Escritura. Así lo afirma también claramente el Salmista: Iban delante los príncipes unidos a los cantores de salmos, y en medio las muchachas tocando panderos. Por eso decía: En presencia de los ángeles te cantaré salmos.

Por esta circunstancia, me duele mucho que algunos de vosotros se duerman profundamente durante las sagradas vigilias. Faltan a la reverencia debida a los conciudadanos del cielo, como cadáveres ante los príncipes de la gloria, mientras ellos, conmovidos por el fervor de los demás, gozan participando de vuestro culto. Temo que un día abominen nuestra desidia y se retiren indignados. Entonces será ya tarde para comenzar a decir acongojados: Has alejado de mí a mis conocidos y me has hecho repugnante para ellos. O también: Has aleja o de mí amigas y compañeros, mi compañía son las tinieblas. O aquello otro: Los que estaban Junto a mí se alejaron y me amenazan de muerte los que atentan contra mí. Por cierto: si los espíritus buenos se alejan de nosotros, ¿quién podrá resistir la violencia de los malos?

A los que se comportan así les digo: ¡Maldito el que ejecuta con negligencia la obra de Dios! También dice el Señor, no yo: ¡Ojalá fueras tibio o caliente! Pero como estás tibio, voy a escupirte de mi boca. Reparad en vuestros príncipes, manteneos reverentes y recogidos mientras oráis o salmodiáis, rebosantes de satisfacción, porque vuestros ángeles están viendo siempre el rostro del Padre. Además de ser enviados para servirnos, porque hemos heredado la salvación, llevan al cielo nuestra devoción y nos traen la gracia. Aprovechémonos de su oficio y compartiremos su gloria, para que de la

Sermón 7

Las dos manos de Dios. El esposo y la esposa son el Verbo y el alma. El amor casto, santo y ardiente de la esposa; la presencia de los Ángeles en la oración y en la salmodia: exhortación a la devoción durante la salmodia. Como deben ser los que desean salmodiar espiritualmente. A quien dice la esposa: que me bese con besos de su boca.

Yo mismo me busco mis riesgos, pues provoco espontáneamente vuestras preguntas. Con ocasión del primer beso, intenté mostraros los pies espirituales de Dios con sus propias funciones y denominaciones, y lo hice profusamente. Ahora vosotros seguís interesándoos por su mano, que se nos brinda para que la besemos a continuación. Concedido: voy a complaceros. Y además os mostraré no una mano, sino las dos, con sus nombres propios. Una se llama largueza y la otra fortaleza; porque además de otorgar con abundancia, conserva con poder lo que ha concedido. Quien no sea un desagradecido, besará las dos, reconociendo y confesando que Dios es generoso para dar y conservar todos los bienes que regala. Creo que ya hemos dicho bastante sobre los dos besos, pasemos al tercero.

Que me bese con besos de su boca. ¿Quién lo dice? La esposa. ¿Y quién es la esposa? El alma sedienta de Dios. Pero voy a enumerar diversas afecciones, para distinguir mejor las que propiamente corresponden a la esposa.

Un siervo teme el semblante de su señor; un mercenario espera la paga de su amo; un discípulo escucha a su maestro; un hijo honra a su padre; pero el que pide un beso es porque ama. Esta afección del amor es superior a todos los bienes de la naturaleza, especialmente si retorna a su principio: Dios. No encontramos palabras tan dulces para expresar la ternura mutua del afecto entre el Verbo y el alma, como estas dos: esposo y esposa. Porque lo poseen todo en común: no tienen nada propio ni exclusivo. Ambos gozan de una misma hacienda, de una misma mesa, de un mismo hogar, de un mismo lecho y hasta de un mismo cuerpo. Por eso abandona el esposo padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne. A la esposa se le pide que olvide su pueblo y la casa paterna, para que el esposo se apasione por su hermosura. Si amar es la propiedad característica y primordial de los esposos, no sin razón se le puede llamar esposa al alma que ama.

Y ama quien pide un beso. No pide libertad, ni recompensa, ni herencia, ni doctrina, sino un beso; lo mismo que una esposa castísima que exhala amor y es del todo incapaz de disimular el fuego que la consume. Piensa ahora por qué rompe a expresarse así. No recurre como otros al fingimiento de as caricias, para pedir al más excelso lo más sublime. No pretende ganarlo con rodeos para conseguir lo que desea. Sin preámbulo alguno, sin buscar su benevolencia, sino porque estalla su corazón, dice abiertamente y sin rubor alguno: Que me bese con besos de su boca.

¿No te parece que equivale a decir: No te tengo a ti en el cielo? Y contigo, ¿qué me importa la tierra? En

Super Cantica Canticorum

Comentario sobre el Cantar de los Cantares

BAF Ediciones

ensalzaré, Señor, no por tu juicio solo, ni por tu misericordia sola, sino a la vez por tu Juicio y tu misericordia. Jamás olvidaré tus justísimo decretos; ambas serán mi canción en esta tierra extranjera, hasta que tu misericordia se remonte sobre tu juicio, acallando a la miseria. Y sólo mi gloria te dará gracias por siempre, libre de toda ansiedad.

carta a los Hebreos nos dice que Dios asumió el pie de la misericordia en la carne a la que se unió, al afirmar que Cristo que probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado, para alcanzar misericordia. ¿Y el otro pie que representaba al juicio? ¿No dice claramente el mismo Dios y Hombre que ese juicio corresponde también a la naturaleza humana que asumió? El asegura que su Padre le ha dado autoridad para dictar sentencia, porque es el Hijo del hombre.

Con estos dos pies armoniosamente juntos bajo la cabeza unitaria de la divinidad, se dejó ver en el mundo el invisible Emmanuel, nacido de mujer, sometido a la ley, vivió entre los hombres. Con esos pies pasa ahora haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, pero espiritual e invisiblemente. Con ellos penetra también en los espíritus generosos purificándolos el que escruta los corazones y las almas de los fieles. Se me ocurre ahora si no serán ésas las piernas del esposo, que con tantos elogios admira la esposa cuando las compara, si no me engaño, con unas columnas de mármol apoyadas en plintos de oro. Y lo hace con gran acierto: porque en la Sabiduría de Dios que se hizo carne, comparada con el oro, se encuentran la misericordia y la fidelidad. Por eso las sendas del Señor son misericordia y lealtad.

¡Feliz el alma en la que el Señor Jesús fija de una vez estos dos pies! Por estas dos señales podéis discernir quién ha sido agraciado con ese don: el que lleva consigo la marca imborrable de sus divinas huellas, que son el temor y la esperanza. Esta representa la imagen de la misericordia y aquél la del juicio. Con razón aprecia el Señor a sus fieles que le temen y confían en su misericordia: porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría y la esperanza su crecimiento; pero su consumación se la reserva al amor.

En esta perspectiva no son desdeñables los frutos de este primer beso que se recibe en los pies. Pero procura no privarte ni de lo uno ni de lo otro. Es decir, si ya sientes la compunción por el dolor de los pecados y por el temor del juicio, has impreso tus labios en las huellas de la fidelidad y del juicio. Y si moderas el dolor y el temor contemplando la bondad divina, con la esperanza de conseguir su indulgencia, ten por cierto que has besado también el pie de la misericordia. Por lo demás, no conviene besar únicamente un pie, porque el recuerdo del juicio por sí solo hunde en el abismo de la desesperación, y la engañosa lisonja de la misericordia engendra una seguridad pésima.

Alguna vez yo, que soy un desgraciado, he recibido también el don de sentarme a los pies del Señor Jesús y abrazar ora uno, ora otro con toda devoción, según se dignara admitírmelo su bondad. Pero cuando olvidaba su compasión y por el aguijón de la conciencia me detenía algo más en el juicio, enseguida me hundía en un miedo increíble; cercado entre horrores tenebrosos, sólo me atrevía a exclamar temblando de pavor: ¿Quién conoce la vehemencia de tu ira, quién ha sentido el peso de tu cólera?

Y si me retiraba de ésta para asirme más fuertemente del pie de la misericordia, me sucedía lo contrario: me diluía en una negligente dejadez, hasta encontrarme frío en la oración, perezoso en mis quehaceres, más superficial para reírme, más imprudente para hablar y, en definitiva más inconstante en todo mi comportamiento exterior e interior. Así que aprendiendo de mi maestra la experiencia, te

El origen de todas las fuentes y ríos está en el mar; el de todas las virtudes y ciencias es Cristo el Señor. ¿Quién es el Señor de las virtudes sino el Rey de la gloria? Según el cántico de Ana, ese mismo Señor es un Dios que sabe. La continencia de la carne, la pureza del corazón, la rectitud de la voluntad brotan de esa fuente. Todavía más: de ella nacen la agudeza del ingenio, el brillo de la elocuencia, el encanto del temperamento, toda disertación de la ciencia y del saber. En él se esconden todos los tesoros del saber y conocer. ¿Qué más?

sus signos a los incrédulos y ora por los que le crucifican. ¿No manifestaba así que él junto con su Padre hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos? Lo decía él mismo expresamente: Si yo no hago lo que me encarga mi Padre, no os fiéis de mí.

Miradle cómo abre su boca para enseñar a sus discípulos en el monte, el que silenciosamente instruye a los ángeles en el cielo. Miradle cómo al contacto de sus manos cura la lepra, desaparece la ceguera, cura la sordera, suelta la lengua a los mudos, saca de las aguas al que está a punto de perecer, y no hay duda que es aquel mismo a quien mucho antes había dicho David: Abres tú a mano y sacias de favores a todo viviente. Abres tu mano y se sacian de bienes. Mirad cómo escucha postrada a sus pies la pecadora arrepentida: Tus pecados están perdonados. Así puede advertir que es en persona aquel de quien mucho tiempo atrás se había anunciado: Saldrá el diablo delante de sus pies.

Y efectivamente, cuando se perdonan los pecados, el diablo sale arrojado del corazón del pecador. Por eso, cuando alguien se arrepiente se dice en general: Ahora es cuando comienza el juicio de este mundo, ahora va a ser echado fuera el jefe de este mundo. Porque Dios perdona el pecado a quien lo confiesa humildemente, y el diablo pierde su poderío en el corazón de esa persona de la que se había apoderado.

Finalmente, camina sobre las aguas con sus pies de carne, como ya lo había vaticinado el Salmista, antes de que se revistiera de la carne: Tú te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas. Es decir: tú pisas los corazones hinchados de los soberbios y reprimes los deseos libertinos de los carnales, porque santificas a los impíos y humillas a los soberbios. Y puesto que lo realiza invisiblemente, el carnal ignora quién lo hace. De ahí que continúe: Y no queda rastro de tus huellas. Por eso dice a su vez el Padre al Hijo: Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies, esto es, someteré a tu arbitrio a cuantos te desprecian, bien que se resistan y permanezcan miserables, bien que lo acepten y sean dichosos. Esto lo hace el Espíritu y no lo percibe la carne: El hombre animal no capta lo que es del Espíritu de Dios. Por eso fue menester que la pecadora se postrara corporalmente a sus pies y los besara con sus labios para recibir el perdón de los pecados. De esa manera conocieron hasta los carnales aquel cambio de la diestra del Altísimo, por el que maravillosa pero invisiblemente justifica al impío.

Con todo, no puedo dejar de hablaros sobre los pies espirituales de Dios, que debe besar espiritualmente en primer lugar el arrepentido. Conozco vuestra curiosidad, ansiosa sobremanera de saberlo todo. Tampoco podemos pasar por alto a qué pies se refiere la Escritura cuando dice unas veces que está en pie: Adorémosle en el lugar donde se mantuvo en pie; o que anda: Habitaré y andaré con ellos; o que corre: Salta como gigante que se apresura corriendo su camino. Si el Apóstol creyó que la cabeza de Cristo guarda relación con su divinidad, pienso que también nosotros podemos considerar con propiedad que sus pies pertenecen a su humanidad: uno representa la misericordia y obro la justicia.

Dos pala ras que conocéis muy bien y, si recordáis, ambas aparecen en muchos lugares de la Escritura. La

Sermón 6

Dios se basta para hacerlo todo, solo con la anuencia de su voluntad; comparación entre las obras de su majestad y la redención. Los dos pies de Dios y como hay que entenderlos. Que dones de gracia se reciben de estos pies.

Para enlazar este sermón con el anterior, ¿recordáis cómo decíamos que el Espíritu soberano e ilimitado no necesita la ayuda ni los servicios de un cuerpo para cuanto él quiera realizar o desea que suceda? Reconozcamos en Dios sin vacilación alguna dos atributos: la inmortalidad y la incorporeidad. Sólo él transciende la universal naturaleza corporal de los espíritus, de modo que no recurre a cuerpo alguno para ninguna obra suya, pues le basta su querer espiritual cuando decide ejecutar cuanto le plazca. Sólo esa majestad es la única que excluye todo instrumento corporal, tanto para sí como para otros. Sus obras brotan inmediatamente de su omnipotente y decidida deliberación. Todo lo altivo se doblega ante ella, toda resistencia cede; pero sin intervención ni ayuda de ningún otro ser corporal o espiritual. Sin lengua, enseña o corrige; sin manos, da o recibe; sin pies, corre para socorrer a todo el que perece.

Así se comportaba a menudo con los Patriarcas de los primeros tiempos; los hombres recibían sus continuos beneficios, pero su bienhechor se ocultaba. Alcanzaba con vigor de extremo a extremo y gobernaba el universo con acierto, aunque los hombres no lo advertían. Gozaban de los bienes del Señor y desconocían al Señor de todo poder, porque todo lo dirige con infinita moderación. Por él existían, pero no estaban con él. Por él vivían, mas no para él. Por él podían conocer, pero no le reconocieron a él, por vivir aturdidos, ingratos, insensatos. Por esto llegaron a no referir a su Autor sus propias vidas y su conocimiento, pues todo lo atribuían a la naturaleza o más neciamente aún al azar. Y se arrogaban muchas otras cosas a su propia habilidad o a su poder. ¡Cuánto usurpó para sí el espíritu seductor, cuántas cosas se atribuyeron al sol y a la luna, cuántas las adjudicaron a la tierra y al mar, cuántas se asignaron a los artefactos elaborados por los mortales! Hierbas, arbustos y las semillas más viles e insignificantes recibían el trato de Dioses.

¡Ay! A tal extremo llegó la degradación de los hombres, que cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba. Mas Dios se compadeció de sus extravíos, se dignó salir del monte sombrío y tenebroso, y puso su tienda al sol. Ofreció carne a los que saborean la carne, para que aprendieran a gustar el espíritu. Así, en la carne y a través de la carne realizó obras impropias de la carne, porque corresponden a Dios. Imponiéndose a la naturaleza y superando el acaso, demostró que el saber de este mundo es locura y dominó la tiranía de los demonios. Con lo cual dio a conocer claramente que él es el ser que creaba cuanto existía.

Repito que en la carne y a través de la carne hizo proezas manifiestas con su poder, reveló la salvación, padeció toda afrenta; y así evidenció que él poderosa pero invisiblemente lo creó todo, lo gobernaba sabiamente y lo cuidaba con su bondad. Por fin anuncia la buena nueva a los ingratos, muestra

Sermón 1

División de la doctrina de los tres libros de Salomón. Quienes deben dedicarse a su lectura. Cuestiones sobre el comienzo del cantar de los cantares: sobre el titulo del libro y la diversidad de los cantares. Cánticos morales de los que se convierten a Dios. Singularidad del cántico nupcial.

A vosotros, hermanos, deben exponerse otras cosas que a los mundanos, o al menos de distinta manera. A ellos debe ofrecerles leche y no comida, el que en su magisterio quiera atenerse al modelo del Apóstol. Pero también enseña con su ejemplo a presentar alimentos más sólidos para los espirituales, cuando dice: Hablamos no con el lenguaje del haber humano, sino con el que enseña el Espíritu, explicando temas espirituales a los hombres de espíritu. E igualmente: Con los perfectos exponernos un saber escondido, como pienso que ya sois vosotros sin duda. A no ser que os hayáis entregado en vano durante tanto tiempo a la búsqueda de las cosas espirituales, dominando vuestros sentidos y meditando día y noche la ley de Dios. Abrid la boca no para beber la leche, sino para masticar el pan. Salomón nos ofrece un pan magnífico y muy sabroso por cierto: me refiero al libro titulado el Cantar de los cantares. Si os place, pongámoslo sobre la mesa y partámoslo.

Si no me engaño, la gracia de Dios os ha enseñado suficientemente a conocer este mundo y despreciar su vacío mediante la palabra del Libro del Eclesiastés. ¿Y el Libro de los Proverbios? ¿No habéis hallado en él la doctrina necesaria para enmendar e informar vuestra vida y vuestras inclinaciones? Saboreados ya estos dos libros en los que habéis recibido del arca del amigo los panes prestados, acercaos también a tomar este tercer pan, el que mejor sabe.

Hay dos únicos vicios o al menos los más peligrosos que luchan contra el alma: el vano amor del mundo y el excesivo amor de sí mismo. Estos dos libros combaten esa doble peste: una cercena con el escardillo de la disciplina toda tendencia desordenada y todo exceso de la carne. El otro aclara agudamente con la luz de la razón el engañoso brillo de toda gloria mundana, diferenciándolo certeramente del oro de la verdad.

Es decir, entre todos los afanes mundanos y deseos terrenos, opta por temer a Dios y seguir sus mandatos. Y con toda razón. Porque ese temor es el principio de la verdadera sabiduría; y esa fidelidad, su culminación. Al fin, sabido es que la sabiduría auténtica y consumada consiste en apartarse de todo mal y hacer el bien. Además, nadie puede evitar el mal adecuadamente sin el temor de Dios; ni obrar el bien sin observar los mandamientos

Superados, pues, estos dos vicios con la lectura de ambos libros, nos encontramos ya preparados para asistir a este diálogo sagrado y contemplativo que, por ser fruto de entrambos, sólo puede confiarse a espíritus y oídos muy limpios.

De no ser así, si antes no se ha enderezado la carne con el esfuerzo de la ascesis, sometiéndola al espíritu, ni se ha despreciado la ostentación opresiva del mundo, es indigno que el

impuro se entrometa en esta lectura santa. Como la luz invade inútilmente los ojos ciegos o cerrados, así el hombre animalizado no percibe lo que compete al espíritu de Dios. Porque el Santo Espíritu de disciplina rehuye el engaño de toda vida incontinente y nunca tendrá parte con la vaciedad del mundo, porque es el Espíritu de la verdad. ¿Podrán tener algo en común el saber que baja de lo alto y el saber de este mundo que es necedad a los ojos de Dios, o la tendencia a lo terreno, que significa rebeldía contra Dios? Pienso, por eso, que ya no tendrá motivos para murmurar el amigo que esté de paso entre nosotros, cuando haya tomado este tercer pan.

Mas, ¿quién lo partirá? Está aquí el dueño de la casa: reconoced al Señor en el partir del pan. ¿Quién más a propósito? No seré yo quien caiga en la osadía de arrogármelo. Dirigíos hacia mí, sí, pero no lo esperéis de mí. Yo soy uno de los que esperan; mendigo como vosotros el pan para mi alma, el alimento de mi espíritu. Pobre e indigente, llamo a la puerta del que abre y nadie cierra, ante el profundísimo misterio de este diálogo. Los ojos de todos están aguardando, Señor; los niños piden pan y nadie se lo da. Lo esperan todo de tu bondad. Señor, piadoso, parte tu pan al hambriento, si te place, aunque sea con mis manos, pero con tu poder.

Indícanos, te suplico, ¿quién dice, a quién y de quién se dice: Que me bese con besos de su boca? ¿Qué modelo de exordio es éste, tan sorprendente y repentino, propio más bien de un intermedio? Se expresa de tal manera que parece haber entablado previamente un diálogo con un personaje que pone en escena y que sin más pide un beso. Y si mendiga o exige que le bese ese que no sabemos quién es, ¿por qué pide expresamente que se lo dé con su propia boca, como si todos los que se besan no lo hiciesen con la boca o se valieran de la boca de otro y no de la suya?

Pero tampoco dice: "Que me bese con su boca", sino algo mucho más insinuante: Con el beso de su boca. Delicioso poema, que se inicia solicitando un beso. Así nos cautiva esta Escritura sólo con su dulce semblante y nos provoca a que la leamos. Aunque nos cueste trabajo penetrar en sus secretos, con ellos consigue nuestro deleite y que no nos fatigue la dificultad de profundizarlos, si ya nos hechiza con la misma suavidad del lenguaje. ¿A quién no le atraerá fuertemente la atención este prólogo sin prólogo y lo novedoso de este lenguaje en un libro tan antiguo? Concluyamos, pues, que se trata de una obra compuesta no por puro ingenio humano, sino por el arte del Espíritu Santo, de modo que resulta difícil comprenderla, pero es un placer analizarla.

¿Y nos olvidaremos del titulo? De ninguna manera. No desperdiciemos ni un solo acento, pues se nos ha ordenado recoger los pedazos más insignificantes que han sobrado. El título dice así: Comienza el más bello Cantar de los Cantares de Salomón. Lo primero que advertirás es el nombre propio de Pacífico, que eso significa Salomón. Muy oportuno para abrir un libro que comienza con esa señal de paz que es un beso. Observa también cómo los invitados a comprender esta escritura que así se inicia, son únicamente los espíritus pacificados: los que se mantienen libres de toda agitación viciosa y de preocupaciones turbulentas.

Por último, el titulo no dice solamente "Cantar", sino Cantar de los

Otros hacen el bien, pero a su pesar. Así, el hombre malvado o el ángel perverso; es claro que hacen el bien, mas no para ellos, pues ningún bien puede servirle para nada al que lo realiza contra su voluntad. Es cieno que sólo le confían un servicio; pero no concibo cómo podemos agradecer y alegramos por un bien recibido de tan pésimo administrador. Esta es la razón por la que concede bienes a los buenos valiéndose de los malos, pero no porque necesite de sus obras para hacer el bien.

¿Quién puede dudar que Dios necesita menos aún de los seres que carecen de razón o de sentidos? Pero cuando concurren también ellos para algo bueno, se hace palpable que todos los seres le sirven y con toda razón puede decir: Mía es la tierra. Y puesto que sabe cuales son los bienes que elige para obrar más oportunamente, busca no tanto la eficacia como la conveniencia, para servirse de las criaturas corporales. Demos, pues, por sentado que con frecuencia acude a la colaboración de las obras materiales para sus obras divinas.

Así, por ejemplo, se vale de la lluvia para vitalizar las semillas, multiplicar las cosechas y sazonar los frutos. Y me pregunto: ¿para qué necesitaría tener un cuerpo material aquel a quien obedecen a su menor señal todos los seres sin diferencia alguna, los del cielo y los de la tierra? Si todos le pertenecen, no le serviría para nada. Termino; porque si pretendiese agotar todo lo que a este propósito se podría decir en este sermón, sería demasiado largo y cansaría a algunos. Por eso, dejaremos lo que resta para acabarlo en otra ocasión.

menos recrean la vista del que los contempla; y así pueden ser más útiles para los corazones de quienes os ven que para los cuerpos de quienes los usan. Y aunque sean nocivos, e incluso peligrosos para la salud del hombre, de alguna manera cooperan para el bien de los que por designios de Dios han sido llamados. Si no los alimentan ni les sirven, al menos les impulsan a ejercitar la inteligencia y comprender mejor el plan universal -cosa muy digna de un ser dotado de razón- según el cual se puede contemplar fácilmente lo invisible a través de lo que él ha creado.

Tampoco el diablo ni sus satélites, por su perversa intención, cejan un momento en su constante afán de hacer daño. Pero nunca lo consiguen frente a esos perfectos rivales suyos aludidos en estas palabras: ¿Quién podrá haceros daño, si os dais con empeño a lo bueno? Todo lo contrario; aún a su pesar, ayudan muchísimo a los buenos a mantenerse en el bien.

En cuanto a los cuerpos de los ángeles, podemos preguntarnos si les corresponde por su misma naturaleza, como a los hombres, y si son cuerpos animados como los nuestros, aunque inmortales, lo cual aún no son los humanos. O si pueden transformar su cuerpo para adoptar la forma y la especie que ellos desean, cuando quieren aparecerse, materializándolos o sutilizándolos cuanto es guste, a pesar de que en realidad, debido a la sutilidad natural de su sustancia, son totalmente impalpables e invisibles.

Pero no me preguntéis si subsistiendo en una naturaleza simple y espiritual, toman un cuerpo cuando lo necesitan y, cumplida su misión lo devuelven para que se disuelva en la misma materia de la que lo tomaron. En este punto, parece que los Padres tuvieron distintas opiniones y yo no veo claro cuál de ella debería exponeros: con eso que no lo sé. Además, creo que saberlo tampoco importa demasiado para vuestro aprovechamiento.

Pero sí debéis saber que ningún espíritu creado puede acercarse inmediatamente al nuestro; de tal modo que necesita el concurso de algún instrumento corporal, suyo o nuestro, para interponerse o introducirse en nosotros. Aun cuando por su intervención podríamos saber más o ser mejores. Ningún ángel, ni alma alguna puede hacer esto conmigo, ni yo a ningún otro. Ni siquiera los ángeles entre sí.

Reservemos, por tanto, esta prerrogativa al Espíritu supremo e ilimitado, el único que educa al ángel e instruye el hombre, sin necesidad de recurrir a nuestro oído para que le escuchemos, ni a su boca para hablarnos. Se infunde por sí mismo y por sí mismo se da a conocer. El es puro y sólo le conocen los limpios de corazón. Es el único que no necesita de nadie, el único que se basta a sí mismo y a todos con su omnipotente voluntad.

Sin embargo, realiza maravillas innumerables por medio de las criaturas visibles y espirituales sometidas a él. Pero ordenándolo, no como un mendigo. Ahora, por ejemplo, se sirve de mi lengua para actuar en vosotros enseñándoos. Podía hacerlo por sí mismo, más fácilmente sin duda y con mayor ternura; pero es una consecuencia de su bondad, no de su indigencia. No lo hace para que le ayude, sino para que vuestro progreso sea para mi fuente de méritos. Y así debe sentirlo toda persona que haga el bien, para que no se envanezca por los bienes del Señor; sino que se gloríe en el Señor.

cantares. No lo tomes como una nimiedad. Porque yo he encontrado muchos cantares en la Escritura y no recuerdo a ninguno de ellos que se denomine así. Cantaron los israelitas un cantar al Señor por su liberación de la espada y del yugo del Faraón cuando por el doble prodigio del mar los rescató y los vengó portentosamente. Pero si no recuerdo mal, su canto no es designado como Cantar de los cantares. La Escritura lo registra así: Los israelitas cantaron este cántico al Señor. Cantó también Débora, cantó Judit y cantó la madre de Samuel; también cantaron algunos Profetas. Y ningún cántico se llamó Cantar de los cantares.

Por otra parte, verás que, si no me equivoco, todos cantaron alguna gracia que recibieron para ellos o para los suyos; por ejemplo, el triunfo de una victoria, la liberación de un peligro, concesión de algún beneficio deseado. Cantaron muchos, cada uno por motivos diferentes, para no ser ingratos ante los dones de Dios. Ya está escrito: Te bendecirá cuando le concedas beneficios. Pero este rey Salomón, único por su sabiduría, sublime por su gloria, espléndido por su riqueza, protegido con la paz, no necesitó recibir esos favores que le inspirasen su cantar. Ni la Escritura misma parece insinuarlo nunca.

Inspirado divinamente cantó las glorias de Cristo y de la Iglesia, el don del amor divino y los misterios de las bodas eternas. Dejó además reflejados los anhelos del alma santa y su espíritu transportado compuso un epitalamio en versos amorosos, pero de carácter simbólico. En realidad, émulo de Moisés, escondía también el rostro, fulgurante como el suyo, porque a la sazón nadie podía contemplar esta gloria a cara descubierta. Yo creo que este poema nupcial se ha intitulado así por su singular excelencia. Con razón se llama expresamente Cantar de los cantares, como se le llama Rey de reyes y Señor, de señores al destinatario a quien se dirige.

Vosotros, por lo demás, si apeláis a vuestra experiencia, ¿no cantáis también al mismo Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas en vuestra fe que ha derrotado al mundo, sacándoos de la fosa fatal y de la charca fangosa? Asimismo, cuando afianzó vuestros pies sobre roca y aseguró vuestros pasos, es de creer que subiera a vuestra boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios, por la vida nueva que os concedió.

Si os perdonó vuestros pecados al arrepentiros os prometió además premiaros, ¿no exultáis de gozo con la esperanza de los bienes futuros, y cantáis entusiasmados en los caminos del Señor que su gloria es grande? Cuando alguno de vosotros ha hecho luz en algún paso difícil de la Escritura por su oscuridad, al saborear el alimento del pan celestial, ¿no se ha sentido inspirado a cantar un cántico de júbilo y alabanza en el bullicio de la fiesta? En fin, continuamente experimentáis en vosotros la necesidad de renovar cada día vuestros cantos por las victorias que os apuntáis a diario en vuestras batallas y esfuerzos, que nunca cejan para los que viven en Cristo, luchando contra la carne, el mundo y el diablo. Porque la vida del hombre sobre la tierra es una milicia.

Cuantas veces se supera una prueba, se domina un vicio, se aleja un peligro inminente, se descubre el lazo del cazador, se cura de repente y totalmente una pasión vieja e inveterada, o por la gracia de Dios se consigue al fin una virtud afanosamente

deseada y mil veces solicita a, ¿no resuena otras tantas, como dice el Profeta, la acción de gracias al son de instrumentos y se le bendice a Dios en sus dones por cada beneficio? De lo contrario, será juzgado como ingrato en el último día, todo el que no había sido capaz de decir a Dios: Tus leyes eran mi canción, en tierra extranjera.

Me imagino que ya habéis descubierto en vosotros mismos eso que en el Salterio recibe el nombre de "Cánticos graduales" y no "Cantar de los cantares", pues a medida que avanzáis en la peregrinación que cada cual ha dispuesto en su corazón, entonáis cánticos en alabanza y gloria de quien os anima. De no ser así, yo no veo cómo podría cumplirse este verso del Salmo: Escuchad: hay cánticos de victoria en las tiendas de los justos. O aquella recomendación preciosa y tan espiritual de Pablo: Expresaos entre vosotros con salmos y cánticos inspirados, cantando y tocando con toda el alma para el Señor.

Pero hay un cántico que por su singular sublimidad y dulzura supera justificadamente a todos los que hemos mencionado y a cualquier otro: lo llamaría con todo derecho el "Cantar de los cantares", porque viene a ser el fruto mismo de todos los demás. Se trata de un cantar que sólo puede enseñarlo la unción y sólo puede aprenderlo la experiencia. El que goce de esta experiencia, lo identificará en seguida. El que no la tenga, que arda en deseos de poseerla, y no tanto para conocerla como para experimentarla.

No es un sonido de la boca, sino un júbilo del corazón; no es una inflexión de los labios, sino una cascada de gozos; no es una armonía resultante de las voces, sino de las voluntades. No se escucha desde fuera, ni resuena en público. Sólo la escucha el que la canta y aquel a quien se dedica, es decir, el esposo y la esposa. Es simplemente un epitalamio, que canta los abrazos virginales entre espíritus, la unidad de vidas, el afecto y el amor de la mutua identificación.

Finalmente, es incapaz de cantarlo o escucharlo un alma inmadura y aún neófita, recién convertida del mundo; es para un espíritu avanzado ya en su formación que, con la ayuda de Dios ha crecido en sus progresos hasta llegar a la edad perfecta, y por así decirlo, para poder desposarse.

Y hablo de años no como decurso del tiempo; sino como acumulación de méritos. Así está a punto para las bodas celestiales con el esposo, tal como en su debido lugar lo expondremos con la dedicación que se merece.

Ya hemos consumido el tiempo y urge que marchemos al trabajo manual, según lo exige nuestra pobreza y nuestro género de vida. Mañana proseguiremos en nombre del Señor con lo que decíamos sobre el beso, porque el sermón de hoy lo ha ocupado el título del Cantar.

para siempre y coherederos de la felicidad celestial.

Ambos necesitan de sus cuerpos: el animal, porque lo exige su mismo ser; el ángel, para ayudar al hombre por puro amor. Por lo demás, no veo de qué les puede servir para su eternidad. Porque el espíritu irracional, aunque por su cuerpo goce de un conocimiento sensible, ¿puede acaso utilizarlo para elevarse hasta las realidades espirituales de la inteligencia a través de las cosas sensibles que experimenta? En cambio, es cierto que se aprovechan del servicio corporal y temporal para conseguir esas realidades los que prescinden del uso de los bienes materiales para el goce de lo eterno, porque usan de este mundo como si no lo disfrutaran.

En cuanto al espíritu celestial, por la afinidad con Dios por la vivacidad de su naturaleza, es capaz de comprender lo más sublime y penetrar en lo más íntimo sin concurso del cuerpo y sin percibir nada con los sentidos. ¿No lo entendía así el Apóstol cuando decía: Las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles, añadiendo inmediatamente: para la criatura humana" Porque para la criatura celeste no era así.

El espíritu oriundo de la tierra y envuelto en la carne, se esfuerza por avanzar gradual y lentamente por la contemplación de las criaturas. Pero el espíritu que habita en los cielos, por su natural sutileza y sublimidad, lo consigue con toda facilidad y rapidez, sin contar para nada con el apoyo de los sentidos corporales, sin ser ayudado por el servicio de ningún miembro del cuerpo, sin informarse mediante la percepción de ser corporal de ninguna especie.

¿Qué necesidad tiene de escudriñar entre lo corporal las realidades espirituales el que lo ve todo en el libro de la vida y lo entiende sin equivocación posible? ¿Por qué fatigarse para trillar la paja, pisar el lagar o estrujar las olivas el que tiene de todo y nada le falta? ¿Quién mendigaría su sustento de casa en casa, si abundara el pan en la suya? ¿Quién se mataría por cavar un pozo y extraer las venas de agua de las entrañas de la tierra, si ya tiene un manantial del que fluyen profusamente las aguas más límpidas? Por tanto, ni el espíritu del animal ni el del ángel se valen del cuerpo para alcanzar los bienes que hacen feliz a la criatura espiritual. El primero, porque no los capta por su torpeza natural; el segundo, porque no lo necesita por la prerrogativa de su gloria más excelente.

En cuanto al espíritu del hombre, que ocupa un lugar como intermedio entre el supremo y el ínfimo, es evidente que necesita de tal manera un cuerpo, que sin él no puede ni realizarse a sí mismo, ni ayudar a los demás. Pues, por no mencionar los demás miembros de su cuerpo ni su finalidad, si careciera de lengua, ¿cómo podría instruir al que le escucha o atender sin oídos al que le enseña?

Por eso, sin el apoyo del cuerpo, ni el espíritu del animal puede cumplir los deberes de su condición servil, ni la criatura espiritual del cielo sus servicios de caridad, ni el alma racional se bastaría para mirar por su salvación y la del prójimo.

Es, pues, evidente que todo espíritu creado necesita absolutamente la cooperación de un cuerpo: para el bien de otros, para el propio o para ambas cosas. ¿Y esos animales incómodos o inservibles para el hombre? Si no son provechosos, al

Sermón 5

Sobre las cuatro clases de espíritus y de que manera necesitan un cuerpo el animal, el hombre y el ángel. Sobre la cuestión del cuerpo angélico. Como el espíritu, que es Dios, no necesita cuerpo ni para si ni para otro.

Hay cuatro clases de espíritus. Sabéis cuáles son: el animal, el nuestro, el angélico y el que creó a los tres. Todos ellos necesitan un cuerpo o su semejanza para sí o para dirigirse a otro, o para ambas cosas. La única excepción corresponde a ese ser ante quien toda criatura, tanto corporal como espiritual, debe reconocer con toda justicia: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes. El primero de estos espíritus necesita de tal manera del cuerpo que sin él no puede ni subsistir en modo alguno. Hasta tal punto, que en el instante mismo de su muerte deja de dar la vida al animal, y él mismo se extingue. En cambio, nosotros vivimos después de la extinción del cuerpo. Pero ninguno de nosotros puede dirigirse ni llegar a la felicidad eterna sino a través del cuerpo. Así lo experimentó aquel que decía: Lo invisible de Dios resulta visible a través de sus obras. Pues no podemos conocer las obras creadas, lo visible y corporal de este mundo, sino gracias a los sentidos del cuerpo.

Por tanto, esa criatura espiritual que somos nosotros necesita cuerpo; sin él es totalmente incapaz de llegar al único conocimiento que nos brinda la máxima felicidad. Y si ahora me objetasen que los niños bautizados que murieron sin haber conocido las realidades corporales, no pueden pasar a la vida de los bienaventurados, respondería sencillamente que eso se lo concede la gracia, no la naturaleza. ¿Por qué me salen al paso con los milagros de Dios, si estoy hablando de las cosas naturales?

Y que los espíritus celestiales necesitan un cuerpo, nos lo certifica esta sentencia verdaderamente divina: ¿Qué son todos sino espíritus celestiales en servicio activo, que se envían en ayuda de los que han de heredar la salvación? ¿Y cómo podrán cumplir este servicio sin un cuerpo, sobre todo cuando actúan en favor de los que viven en el cuerpo? Además es exclusivo de los cuerpos desplazarse de un lugar a otro; y eso hacen con frecuencia los ángeles, según nos lo demuestra una conocida e indudable autoridad: así se aparecieron y conversaron con los Padres y comieron con ellos, lavándoles los pies. Así pues, los espíritus inferiores y los superiores necesitan sus propios cuerpos, mas no para servirse de ellos sino para servir a los demás.

Pero el animal, por exigencias de su servidumbre, sólo puede prestar su servicio para las necesidades materiales e temporales; por eso su espíritu se diluye con el tiempo y muere con el cuerpo. Es que un criado tampoco permanece siempre en la casa, aunque por su digno servicio consiga un premio que dure para siempre, en atención a los frutos de su servicio temporal. El ángel, por su parte, sirve y anda solícito para cumplir sus deberes de caridad en la libertad de espíritu, volcándose con gozosa prontitud y mostrándose como servidor de los bienes futuros a los mortales, porque serán un día sus conciudadanos

Sermón 2

El deseo con que los padres suspiraban por Cristo que es el primer beso: el único y singular beso del hombre, Cristo Jesús, que es el segundo beso: el misterio de Cristo revelado antiguamente que es el tercer beso. La presencia de Cristo mostrada en la carne, que es el cuarto beso; la señal de Abab.

Pienso muchísimo en el ardoroso deseo de los Padres, suspirando por la presencia carnal de Cristo, y siempre me invade la compunción y la confusión en mi interior. Ahora mismo apenas puedo contener las lágrimas. Y es que me avergüenza el enfriamiento e insensibilidad de estos tiempos miserables. Porque, ¿quién de nosotros, ante la presencia de esta gracia, siente un gozo semejante al deseo con que se abrasaban sólo ante su promesa aquellos santos antecesores nuestros. Sí, son muchísimos los que se alegrarán en la próxima celebración de la Navidad. Pero; ¡Ojalá fuese por su Nacimiento!

Este grito: ¡Que me bese con los besos de su boca!, me evoca aquel deseo ardiente y el afecto de su devota expectación. Todo el que entonces podía ser espiritual, sentía intensamente en su corazón cuánta gracia se derramaría en aquellos labios. Por eso exclamaban como hablando con el deseo de su alma: ¡Que me bese con los besos de su boca! Y ansiaban con todo anhelo no verse defraudados de compartir tan gran embeleso.

Cada uno de aquellos santos se decía para sí: ¿Para qué oír tanta palabrería a los Profetas? Mejor que me bese con besos de su boca el más hermoso entre los hijos de los hombres. Ya no escucho más a Moisés: su boca y su lengua tartamudean. Los labios de Isaías son impuros. Jeremías no sabe hablar porque es un niño. Todos los Profetas son como mudos. No, no; que me hable ya él, el mismo a quien ellos anunciaban. ¡Que me bese él con los besos de su boca! No quiero que me hablen más sus intermediarios; son como nubarrón espeso. No. ¡Que me bese él con besos de su boca! Para que el hechizo de su presencia y las corrientes de agua de su admirable doctrina se me conviertan en fuente que salte hasta la vida eterna.

Si él al fin, ungido por el Padre con el óleo de la alegría entre todos sus compañeros, se dignase besarme con besos de su boca, "no derramaría sobre mí su gracia más copiosa? Su palabra viva y eficaz es para mí un beso de su boca. No es un simple contacto de los labios, que a veces interiormente es mera paz ficticia, sino la efusión del gozo más íntimo que penetra hasta los secretos más profundos. Pero sobre todo, es como una ínter comunión maravillosa de identidad entre la luz suprema y el espíritu iluminado por ella. Pues el que se allega al Señor se hace un espíritu con él.

Con razón se me retiran las visiones o los sueños; no deseo representaciones y hasta me desagradan las especies angélicas. Porque todo lo supera incomparablemente mi Jesús con su figura y su belleza. Por eso, de nadie más mendigaré que me bese con besos

de su boca: ni de ángel, ni de persona alguna.

Tampoco pretendo que me bese él mismo con su boca. Esta dicha única y este privilegio singular quedo reservado exclusivamente para la naturaleza humana que él asumió. Sencillamente me limito a pedirle que me bese con besos de su boca como algo comúnmente concedido a los que pueden decir: todos hemos recibido gracia tras gracia.

Mirad: en el primer caso la boca que besa es el Verbo que se encarna; quien recibe el beso, la carne asumida por el Verbo; y el beso que consuman el que besa y el besado, resulta ser la persona compuesta por ambos: el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Por esta razón ningún santo se atrevió a decir jamás: "que me bese con su boca", sino únicamente con los besos de su boca. Reconocían esa prerrogativa como algo exclusivo de aquel a quien el Verbo besó apretadamente con un beso nunca interrumpido, al estrecharse con él corporalmente toda la plenitud de la divinidad.

Feliz y sorprendente beso por su desconcertante concesión. Beso que es mucho más que la simple presión de los labios: es la misma unión de Dios con el hombre. Con el contacto de los labios se intenta expresar la mutua identificación de sentimientos. Pero con este otro beso, esa unión de las dos naturalezas asocia lo humano con lo divino, estableciendo la paz entre el cielo y la tierra. El es nuestra paz, que hizo con los dos uno. Por esta razón los santos del Antiguo Testamento anhelaban este beso; presentían que hallarían gozo y corona de alegría donde se esconden los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Ellos también deseaban recibir de su plenitud.

Veo claramente que os agrada cuanto os digo; pero debéis escuchar todavía otra interpretación. No ignoraban aquellos santos que ya antes de la venida del Salvador, Dios acariciaba designios de paz sobre la mortal humanidad. Todos los designios sobre los hombres se los revelaba a sus siervos los Profetas, aunque muchas veces no lograron comprenderlos. La fe era algo excepcional sobre la tierra y la esperanza muy vacilante, incluso para los que aguardaban la redención de Israel. Quienes la presintieron, anunciaron que Cristo vendría en carne humana, y con él la paz. Así uno de ellos decía: El será nuestra paz, cuando venga a nuestra tierra. Es más: pregonaban que los hombres recuperarían por su mediación la gracia de Dios con toda seguridad tal como a ellos se les había revelado. Juan, el Precursor del Señor, comprendió que la promesa se había cumplido en su tiempo y lo testificó así: La gracia y la fidelidad vinieron por Jesucristo. Todo el pueblo cristiano sabe ahora por experiencia que es verdad.

Por lo demás, profetizaban la paz, pero como se demoraba la llegada del que podía establecerla, vacilaba la fe del pueblo, pues no había quien lo liberase ni lo salvara. Los hombres se quejaban de esta tardanza, viendo que no aparecía el Príncipe de la paz, anunciado desde antiguo por boca de sus santos Profetas. No se fiaban de sus promesas e imploraban el signo de la reconciliación prometida, el beso; y como si se levantara alguien del pueblo gritaba así a los mensajeros de la paz: "Hasta cuándo vais a tenemos en vilo? Hace ya mucho tiempo que nos prometéis la paz y no llega; anunciáis alivio y sólo reina la turbación. Lo mismo dijeron muchas veces y de mil maneras los mensajeros a nuestros

absolutamente se le oculta ni puede huir de su luz presente en todo lugar. Pero tampoco precisa recurrir a los sentidos para conocer cualquier cosa. No sólo conoce todo sin necesidad de cuerpo: también sin él se deja conocer por los limpios de corazón. Estoy repitiéndome mucho, para aclararlo más. Pero quizá sea mejor dejarlo para mañana, porque ya no lo permite la urgencia de acabar el sermón.

mano del bienhechor, como es costumbre. Con una condición: no buscar nuestra gloria por el bien recibido, sino la del que nos lo ha dado, ni atribuirnos sus dones a nosotros, sino a él. Porque si vives orgulloso de ti mismo y no del Señor, serás acusado de besar tu mano y no la suya. Y eso, como dice el santo Job, es el mayor delito, pues equivale a negar a Dios. Por tanto, si como atestigua la Escritura, el que busca su propia gloria busca su mano, también es lícito afirmar que quien busca la gloria del Señor besa la mano de Dios. Lo mismo sucede en esta vida. Los siervos que han agraviado a sus señores suelen besar sus pies cuando les piden perdón. Pero los pobres besan la mano de los ricos cuando reciben su limosna.

Ahora bien, Dios es espíritu y una sustancia simplicísima que carece de miembros corporales. Tal vez por eso alguien niegue haber recibido algo semejante y me exija que le muestre las manos y los pies del Señor, para probar lo que afirmo sobre el beso de los pies y las manos. ¿Y qué me respondería si yo le exigiese lo mismo sobre la boca de Dios, para demostrar que la Escritura se refiere a Dios cuando habla del beso de la boca? Porque o tiene pies y manos, o tampoco tiene boca. Y si tiene boca para educar a los hombres, también tiene manos para dar alimento a todo viviente, y pies para ponerlos sobre la tierra como su estrado, ante los cuales se postran los pecadores de la tierra, convertidos y humillados.

Esto se lo aplicamos a Dios, fijándonos en los efectos, no en su naturaleza. Gracias a eso encontramos en Dios estímulos para arrepentirnos temerosamente y postrarnos con toda humildad; para servirle generosos, renovándonos con mayor firmeza; para contemplarle con gozo y descansar en los éxtasis. El que todo lo gobierna es todo para todos, aunque propiamente no es nada de eso. *

Pues en sí mismo es una luz inaccesible y su paz su era todo razonar, su sabiduría no tiene medida; es incalculable su grandeza. Nadie puede verlo y quedar con vida. Pero no es un ser lejano para cada uno de nosotros, puesto que todos reciben de él el ser, y sin él todo se reduce a pura nada. Pásmate más aún: nada es tan presente ni tan incomprensible como él. ¿Hay alguien tan presente a toda criatura? Y, sin embargo, ¿hay alguien más incomprensible que el ser de todas las cosas? Yo diría que Dios es el Ser de todos los seres, no porque éstos sean lo que él es, sino porque es origen, camino y meta de todo ser. El es, por tanto, el ser y creador de todo lo creado, pero causal, no material. De esa manera su majestad se digna ser para todas sus criaturas lo que son: vida para todo viviente, luz para toda razón, fuerza para todo virtuoso, gloria para todo vencedor.

El que con su sola palabra creó todos los seres materiales y espirituales, no necesita instrumento corporal alguno para crearlos, gobernarlos, regirlos, moverlos, incrementarlos, renovarlos y consolidarlos. El alma humana necesita un cuerpo con sentidos corporales para expresarse mutuamente y subsistir. Pero no así el Omnipotente; le basta su voluntad a cuya disposición actúa sin más su eficiencia, lo mismo para crear como para organizar los seres a su beneplácito. Ejerce su poder sobre lo que quiere, cuanto quiere y sin valerse de la sumisión de los miembros corporales. ¿O crees que necesita de la cooperación de los sentidos para contemplar su propia creación? Nada

padres, y éstos a nosotros: Paz, paz, cuando no hay paz. Si Dios quiere convencerme, que me bese con besos de su boca. Esta señal de la paz será primicia de esa paz que promete repetidamente por sus mensajeros, pero no la manifiesta. ¿Cómo puedo seguir fiándome de sus palabras? Es preferible que lo confirme con las obras. Que pruebe el Señor la veracidad de sus mensajeros -si realmente lo son- presentándose con ellos en persona como tantas veces lo han prometido. De lo contrario, serán totalmente inútiles. Envió a su siervo, le colocó su cordón, pero el niño aún no habla ni respira. Si es que no viene el Profeta mismo y me besa con besos de su boca, no me levantaré, no resucitaré, no me sacudiré el polvo, no respiraré esperanzas":

Mas no lo olvidemos: el que se presenta a sí mismo como mediador nuestro ante Dios, es el Hijo de Dios y Dios verdadero. ¿Y qué es el hombre para que piense en él, qué es el dijo del hombre para que se cuide de él? ¿Con qué confianza puedo atreverme a ponerme en manos de tan soberana majestad? ¿De dónde puedo presumir yo, tierra y ceniza, que Dios se cuida de mí? Sólo sé que él ama a su Padre, pero no necesita de mí ni de mis bienes. Entonces, ¿qué prueba me queda para saber si es mi mediador?

Si, como aseguráis, es verdad que Dios ha decretado el perdón, y piensa ser aún más complaciente, que haga ya la alianza de paz y grave en mí un pacto perpetuo con el beso de su boca. Pero que se anonade, que se humille, que se rebaje y me bese con besos de su boca, no sea que se eche atrás de cuanto ha salido de sus labios. Hágase hombre, hágase hijo del hombre el Hijo de Dios y verdadero Dios, para intervenir como mediador neutral ante ambas partes, y ninguna de las dos sospechará de él. Con este beso de su boca quedaré tranquilo. Yo acepto seguro al Hijo como mediador ante Dios, pues lo reconozco válido también para mí. Nunca dudaré de él lo más mínimo: es hermano mío y carne mía. Confío que no podrá despreciarme, siendo hueso de mis huesos y carne de mi carne.

Así exigían desde antiguo con sus lamentos este sagrado beso, es decir, el misterio de la Encarnación, a medida que iba extinguiéndose la fe, cansada de tan larga y pesada expectación. También el pueblo infiel, vencido por el tedio, protestaba contra las promesas de Dios. No es invención mía. Vosotros también lo recordáis por las Escrituras. Son ciertamente suyas estas quejas y verdaderas protestas: Manda, vuelve a mandar; espera, vuelve a esperar; un poquito aquí, otro poquito allí. Suyas son también aquellas palabras en una oración traspasada de piedad: Da su paga a los que esperan en ti y así serán hallados veraces tus profetas. Y también: Renueva los deseos que expresaron en tu nombre los antiguos profetas. De aquí proceden aquellas promesas tan tiernas y consoladoras: E Señor vendrá sin tardar; aunque tarde, espérale, que ha de llegar sin retraso. Y en otro lugar leemos también: Ya está a punto de llegar su hora, sus días no tardarán. Y pone en boca del Mesías prometido: Yo derramaré sobre ella como un río la paz y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones. Palabras que de atan claramente la fuerza conmovedora de los profetas y la desconfianza de los pueblos. Porque el pueblo protestaba por las vacilaciones de su fe y, según el oráculo de Isaías, los mensajeros de la paz lloraban amargamente.

Cristo demoraba su venida y el género humano se sumía en la desesperación. Se consideraba menospreciado por su mortal fragilidad. Por eso los santos, plenamente seguros del espíritu que les poseía, deseaban que su generosidad fuera confirmada con la gracia corporal de Cristo, y pedían a gritos una garantía de paz como alivio de incrédulos y débiles, y así no desconfiaran de la gracia de la reconciliación con Dios tantas reces prometida.

¡Oh renuevo de Jesé, que te alzas como estandarte para los pueblos, cuántos profetas y reyes quisieron verte y no lo consiguieron!

El mayor gozo le correspondió a Simeón, cuya vejez alcanzó todo su vigor por la plenitud de las misericordias. El gozaba con la esperanza de contemplar el signo deseado; lo vio y se llenó de alegría. Recibió el beso de la paz y se durmió en su regazo, profetizando que Jesús había nacido para ser signo de contradicción. Y así fue. En cuanto apareció la señal de paz tropezó con la oposición de los que odian la paz; porque sólo lleva la paz a los hombres de buena voluntad. A los malévolos se les trocó en piedra para tropezar y en roca para estrellarse. Por eso Herodes se sobresaltó y con él Jerusalén entera: Vino a su casa, pero los suyos no le recibieron.

Dichosos aquellos pastores que velaban de noche, porque merecieron contemplar esta señal. Ya entonces se ocultaba a los sabios y entendidos y se manifestaba a la gente sencilla. También Herodes quiso verlo, pero no lo mereció por su mala voluntad. El signo de la paz era sólo para los hombres de buena fe. A Herodes y a sus secuaces únicamente se les dará la señal del profeta Jonás.

Pero a los pastores les dijo el ángel: Os doy esta señal, a vosotros los sencillos, los sumisos, los que no pensáis en grandezas, los que veláis y meditáis la ley del Señor día y noche. Os doy esta señal. ¿Qué señal? Lo que prometían los mensajeros, lo que reclamaban los pueblos, lo que anunciaron los profetas, eso mismo acaba de consumarlo el Señor Jesús y os lo revela a vosotros. Es el signo en el que los incrédulos recibirán la fe, los temerosos la esperanza y los santos su seguridad. Os doy esta señal. ¿Señal de qué? De perdón, de gracia, de paz, de paz ilimitada. Os doy esta señal: Encontraréis un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

En él está Dios reconciliando consigo al mundo. Morirá por vuestros pecados y resucitará para devolveros la justicia, y Justificados por la fe quedaréis en paz con Dios. Hace años que el Profeta proponía al rey Ajab que pidiese esta señal de paz a su Dios y Señor, en las profundidades de los abismos o arriba en lo más alto. Mas aquel rey impío se negó: él no creía que pudiese reconciliarse en la paz lo más sublime con lo más bajo; que al descender el Señor, fueran salvados los mismos infiernos con el beso santo, para recibir el signo de la paz; y que los espíritus celestiales participasen de sus delicias eternas cuando regresara a los cielos.

Pero hemos de concluir el sermón. Resumiendo brevemente todo lo que hemos dicho, ha quedado muy claro que este beso santo que concedido al mundo por dos motivos: para devolver la fe a los débiles y colmar las aspiraciones de los santos. Y que en definitiva el beso como tal no es sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús y Dios, que vive y reina con el Padre y el

Sermón 4

Que es él beso recibido en los pies. Que es el recibido en las manos: Dios tiene pies, manos y boca, por efecto, no por naturaleza; todo ser le debe a Dios su existencia.

El sermón de ayer se centraba en una especie de triple progreso del alma, representado en los tres besos. ¿Lo recordáis? Hoy debo proseguirlo en la medida que Dios en su bondad se digne ayudar a los pobres. Hablamos, si recordáis, del beso que se recibe en los pies, en las manos y en la boca, correspondiendo cada beso a un estado distinto. Con el primer se consagran los comienzos de nuestra conversión; el segundo se concede a los que van avanzando en ella, y el tercero es una experiencia exclusiva para los perfectos que son muy pocos. Sólo con éste, que hemos mencionado en tercer lugar, comienza el pasaje de la Escritura que nos proponemos comentar. Y por esta razón añadimos los otros dos besos.

Vosotros juzgaréis si merecía la pena hacerlo. Me extrañaría que no se os hubiera ocurrido a vosotros mismos. Efectivamente, tuvo que pensar en otra clase de besos, que se diferencian del beso de la boca, el que dijo: ¡Que me bese con besos de su boca! Si bastaba con que hubiera dicho sencillamente: Que me bese, ¿por qué recurrió a una expresión inusitada y añadió: Con besos de su boca" ¿No nos muestra así que el beso que solicitaba es el sumo, pero no el único? Porque entre nosotros siempre nos expresamos de otra manera: "Bésame", o "dame un beso". Nadie añade: "Con tu boca", o "Con besos de tu boca. Cuando vamos a besarnos, ¿no acercamos nuestra boca? Pero no nos lo pedimos mutuamente. Por ejemplo, el que nos narra aquel beso que el traidor dio al Señor, dice escuetamente: Y le besó. No añade: "Con su boca", ni "Con un beso de su boca". De la misma manera lo decimos todos cuando escribimos o hablamos.

Estas tres afecciones o progresos del alma sólo las conocen claramente quienes tienen experiencia, es decir, los que logran percibir el perdón de sus pecados, o la gracia de hacer el bien, o la presencia misma del que les ha perdonado y ayudado aunque sólo sea con las limitaciones inherentes a nuestro frágil cuerpo.

Ahora escuchad con más detalles la razón por la que he llamado besos al primero y al segundo. Como todos sabemos, el beso es signo de paz. Por tanto, si como dice la Escritura, son vuestras culpas las que crean separación entre vosotros y Dios, quitemos de en medio lo que nos separa y reinará la paz. En consecuencia, si por nuestra penitencia nos reconciliamos arrancando el pecado que nos enfrenta, ¿qué es el perdón que recibimos sino eso que hemos llamado un beso de paz? Ahora sólo podemos recibirlo en los pies; porque nuestra satisfacción debe ser humilde y modesta, para corregimos de nuestra soberbia.

Y cuando nos movemos en ese ambiente tan agradable de la gracia que nos envuelve, para vivir más ordenadamente y mantener unas relaciones más dignas con Dios, podemos levantar ya la cabeza del polvo con mayor confianza y besar la

dulzura. Este es el camino: éste es el proceso. Primero caemos postrados a sus pies y lloramos lo que nosotros hemos hecho ante el Señor que nos hizo. Después buscamos la mano que nos levante y robustezca nuestras rodillas vacilantes. Por fin, cuando lo hemos conseguido a fuerza de oración y lágrimas, nos atrevemos ya quizá a levantar nuestra cabeza hasta su misma boca gloriosa, con pavor y temblor. para contemplar, más aún, para besar al Ungido del Señor, aliento de nuestra boca, al que nos unimos con el ósculo santo, para ser por su gracia un Espíritu con él.

A ti, Señor Jesús, a ti te dijo mi corazón: Te buscó mi rostro, tu rostro buscaré, Señor. Es decir, por la mañana me diste a conocer tu misericordia, cuando todavía postrado en el polvo besé tus huellas sagradas, y perdonaste mi desordenada vida. Después, al avanzar el día alegraste el alma de tu siervo, cuando al besar tu mano me concediste además la gracia de vivir rectamente. ¿Qué me queda ahora, Señor bueno, sino que te dignes consentir que bese tu boca, en la plenitud del mediodía y con el fuego del Espíritu, y así saciarme de gozo en tu presencia? Avísame tú, delicadeza y calma infinita, avísame dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta.

Hermanos, aquí estamos muy bien, pero nos reclama el afán de cada día. Me avisan que acaban de llegar algunos y ello me obliga más a interrumpir que a terminar este agradable sermón. Saldré, pues, a acogerlos, no sea que incumplamos los deberes de esa caridad que pregonamos. Así no tendremos que escuchar nosotros también: Ellos dicen, pero no hacen. Vosotros orad mientras tanto, para que el Señor acepte las palabras que pronuncie para vuestra edificación y para alabanza y gloria de su nombre.

Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 3

El primer beso moral, que se recibe en los pies. El segundo beso, que se recibe en las manos. El tercero, que es el de la boca.

Hoy abrimos el libro de la experiencia. Volveos a vosotros mismos y que cada cual escuche en su interior lo que vamos a decir. Me gustaría saber si alguno de vosotros ha recibido el don de poder decir sintiéndolo de verdad: ¡Que me bese con besos de su boca! No todos pueden decir esto sintiéndolo de verdad. Sólo aquel que haya recibido, al menos una vez, de la boca de Cristo el beso espiritual, volverá a desear esa experiencia personal y la repetirá de buena gana. Yo tengo para mí que nadie puede saber qué es eso sino el que lo ha recibido. Es un maná escondido y sólo el que lo ha saboreado se queda todavía con hambre de más. Es una fuente sellada que no se abre al extraño. Sólo quien de ella beba quedará con sed para siempre.

Escucha a uno que lo experimentó y mira cómo insiste: Devuélveme la alegría de tu Salvador. Que ni se le ocurra arrogárselo a un alma como la mía, cargada de pecados y esclavizada todavía por las propias pasiones, que no ha experimentado aún las delicias del espíritu, ignorante y absolutamente inexperta de los gozos más íntimos.

Pero a quien se halla en esta situación le mostraré su lugar junto al Salvador. No cometa la temeridad de acercarse a la boca de tan serenísimo Esposo. Póstrese conmigo tímidamente a los pies del severísimo Señor y temblando, con la mirada en el suelo y no en el cielo, como el publicano. No sea que sus ojos, hechos ya a las tinieblas, se deslumbren con la gloria, ofuscados por sus astros. Porque herido por ese insólito esplendor, se vería envuelto en la ceguera de una oscuridad mucho más impenetrable.

Tú, quien quiera que seas, no consideres vil y despreciable el lugar donde la santa pecadora se despojó de sus pecados para revestirse de la santidad. Allí cambió su piel la mujer de Etiopía y recuperando una blancura nueva decía confiada y con razón a quienes la injuriaban: Tengo la tez morena, pero soy hermosa, muchachas de Jerusalén. ¿No te imaginas a qué medios recurrió o con qué méritos lo consiguió? Ya te lo digo yo en seguida.

Lloró muy amargamente y exhaló profundos suspiros desde sus más íntimas entrañas. Agitada en su interior por sus beneficiosos sollozos, vomitó toda la hiel de su corazón. Acudí presurosa al médico celestial, porque su palabra corre veloz. ¿No es una bebida medicinal la Palabra de Dios? Sí que lo es; y eficaz, enérgica, que sondea el corazón y las entrañas: La Palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos, penetra basta la unión de alma y espíritu, de órganos y médula; juzga sentimientos y pensamientos. A ejemplo de esta dichosa penitente, póstrate también tú, desdichada, y dejarás de serlo; póstrate también tú en tierra, ponte junto a sus pies, cúbrelos de besos, riégalos con tus lágrimas, no para lavarle a él, sino a ti misma. Así serás como oveja de un rebaño esquilado, recién salido del baño. No te arriesgues a levantar tu rostro abatido de vergüenza y tristeza, hasta que tú mismo escuches estas palabras: Se te han perdonado tus pecados. Ponte en pie, ponte en pie, hija de Sión cautiva, ponte en pie, sacúdete el polvo.

Recibido el primer beso a sus pies, no te apresures a incorporarte para recibir el beso de la boca. Gradualmente se te dará otro beso intermedio en la mano. Escucha por qué. Si Jesús me dice: Se te han perdonado muchos pecados, ¿de qué me sirve si no dejo de pecar? Me quité la túnica, pero ¿qué he adelantado si vuelvo a ponérmela? Me lavé los pies" pero si vuelvo a mancharlos, ¿de qué vale que los haya lavado? Manchado con toda clase de vicios, yacía en la charca fangosa; pero sin duda será peor volver a caer en ella. Y recuerdo que me dijo el que me devolvió la salud: Como ves, estás sano; marcha y no vuelvas a pecar, no sea que te ocurra algo peor.

Pero el que me provocó el deseo de arrepentirme, debe darme asimismo fuerza para moderarme; porque si vuelvo al desenfreno, mi final resultará peor que el principio. Por muy penitente que sea, desgraciado de mí, en cuanto retire de mí su mano; porque sin él nada puedo hacer. He dicho nada: ni arrepentirme, ni contenerme. Por eso escucho lo que aconseja el Sabio: No repitas las palabras de tu oración. Me horroriza que el Juez corte el árbol que no da buen fruto. Reconozco que no viviré feliz con mi primera gracia, por la cual me arrepiento de todos mis pecados, si además no recibo la segunda: dar buenos frutos de penitencia y no volver como perro al vómito.

Todavía tendré que pedir y recibir todo esto, sin precipitarme por llegar a lo más sublime y sagrado. No quiero llegar de repente a la cumbre quiero subir lentamente. En la medida que a Dios le repugna a desvergüenza del pecador, le encanta la timidez del penitente. Le ganarás mucho antes, si te contentas con lo que te han encomendado y no te importa lo que te sobrepasa. Desde los pies hasta la boca hay un paso largo y nada fácil; no es oportuno darlo. ¿Cómo te atreves cubierto de polvo, a acercarte a su sagrada boca? ¿Arrancado ayer del fango, te presentas hoy ante su glorioso rostro? Utiliza las manos para conseguirlo: te purificarán y te levantarán.

¿Cómo pueden levantarte? Dándote motivos para que te atrevas. ¿Cuáles? La belleza de la continencia y los frutos de una penitencia digna, como son las obras de la fe. Eso te alzará de la basura a la esperanza de poder atreverte a algo más sublime. Así, recibido este don, besa ya su mano. Es decir: da la gloria a su nombre y no a ti mismo. Hazlo una y otra vez por los pecados perdonados y por las virtudes recibidas. De lo contrario, vete pensando la manera de esquivar estas duras palabras: Vamos a ver, ¿qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo como si nadie te lo hubiera dado?

Ya tienes, por fin, una doble experiencia del favor divino con estos dos besos: ahora no vacilarás en aspirar a lo más santo. Pues cuanto más crezcas en gracia, tanto más se dilatará tu confianza. Amarás más apasionadamente y llamarás más seguro a la puerta cuando añores lo que te falta: Porque al que llama se le abrirá.

Espero que con estos sentimientos no se te niegue ya el beso más maravilloso de todos, porque es el supremo favor y la más sublime

Exclamemos y digamos en lo más íntimo del corazón: Sálvanos, Señor Dios nuestro, reúnenos de entre los gentiles, para que alabemos tu santo nombre; no el nuestro, para que nos gloriemos en tus alabanzas, no en las nuestras, por los siglos de los siglos.

hombre, sino a los que están junto a Dios: las Potestades bienaventuradas y los demás espíritus libres de la carne. ¿Quién levantará del polvo a este desvalido y alzará de la basura a este pobre, para sentarme con los príncipes en el mismo trono de su gloria? Estoy cierto que acogerán gustosamente en su palacio al que se dignan visitarlo entre la basura. Si hicieron fiesta por su conversión, ¿no lo reconocerán cuando sea llevado a su gloria?

Yo creo que a ésos espíritus se dirigía la esposa con su petición y a ellos les descubría el sueño de su corazón, cuando decía: ¡Que me bese con besos de su boca. Ved con qué familiaridad y ternura habla con las Potestades del cielo el alma que gime en este cuerpo. Ansía el beso; pide lo que busca. Mas no menciona al amado, porque no duda que saben quién es; muchas veces ha hablado con ellos de él. Y no dice "que me bese fulano", sino simplemente: Que me bese. Tampoco María Magdalena mencionaba al que ella buscaba; solamente decía al que había tomado por el hortelano: Señor, si te lo has llevado tú. Pero, ¿a quién? No lo manifiesta, porque piensa que todos saben lo que no puede ausentarse de su corazón. Igualmente la esposa: habla con los compañeros de su esposo, como enterados de lo que creía patente para ellos; sin decir su nombre prorrumpe en esta exclamación: ¡Que me bese con besos de su boca!

Ahora no quiero hablar más sobre este beso. En el sermón de mañana podréis escucharme cuanto, gracias a vuestra oración, me sugiera esa unción que tengo por maestra. Porque este misterio no nos lo revela nadie de carne y sangre, sino el que penetra los abismos, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y vive y reina con ellos por siempre eternamente. Amén.

Sermón 8

Sobre el beso mas intimo que es el Espíritu Santo. Con este beso se revelan el Padre y el Hijo, y su conocimiento los hace inseparables. Que lo invisible de Dios no fue revelado a los filósofos por este beso. Con que cautela se debe representar el pie en los sentidos misteriosos. Los dos labios de la esposa. El beso del Padre y del Hijo. A las almas santas se les concede el beso del beso.

Tal como os lo prometí ayer y recordáis, hoy me he propuesto hablaros del beso más íntimo: el de la boca. Escucha con más atención lo más dulce y más sublime, lo que más raramente se saborea y resulta más difícil de entender. Partimos desde lo más profundo: de ese beso inefable al que se refería el Evangelista, a mi parecer, ese beso nunca experimentado por criatura alguna, cuando nos dice: Al Hijo sólo el Padre lo conoce y al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Porque el Padre ama al Hijo y le abraza con dilección única, como la de un ser supremo al que es idéntico, la del eterno al coeterno, la del uno al único. Pero a su vez el Hijo se estrecha íntimamente con él y no con menor afección, pues llega a morir por él, como lo asegura él mismo: Para que el mundo comprenda que amo al Padre, levantaos vámonos. Indudablemente quería decir que iba a su pasión. Éste simultáneo conocimiento y amor mutuos entre el progenitor y el engendrado, ¿qué son sino un beso suavísimo pero secretísimo?

Doy por seguro que ni siquiera la criatura angélica tiene acceso a un misterio tan sagrado como el amor divino. Y así lo intuye San Pablo: esa paz de Dios supera todo conocimiento, incluso el de los ángeles. Por eso ni la esposa, por grande que sea su libertad, puede decir: "Que me bese con su boca", porque eso está reservado en exclusiva para el Padre. Se da por satisfecha con algo menos: ¡Que me bese con besos de su boca!

Contemplad a la nueva esposa recibiendo un beso nuevo, pero no de la boca, sino del beso de la boca: Sopló sobre ellos Jesús sobre los apóstoles, esto es, sobre la primitiva Iglesia y dijo: Recibid el Espíritu Santo. Este fue el beso. ¿Cuál? ¿Aquel soplo? No; el Espíritu invisible, infundido con el soplo del Señor, como para dar a entender con ello que también procede del Padre como un verdadero beso, común para el que lo recibe y para el que lo da. La esposa se satisface con ser besada con el beso del esposo, aunque no sea directamente con la boca. Ser besada por el beso no lo considera baladí ni trivial, porque no es ni más ni menos que la infusión del Espíritu Santo. Si pensamos que es el Padre quien besa y el Hijo quien recibe el beso, concluiremos rectamente que el beso es el mismo Espíritu Santo, paz imperturbable, nudo indisoluble, amor inseparable, unidad indivisible del Padre y del Hijo.

El, por tanto, induce a la esposa a que pida con toda confianza, con el nombre de un beso, la infusión de ese mismo Espíritu. En realidad, su atrevimiento puede apoyarse en estas palabras que pronuncia el Hijo: Al Hijo lo conoce sólo el Padre y al Padre lo conoce sólo el Hijo, pero añade: y aquel a quien se lo quiere revelar. La esposa sabe con certeza que a ella se lo

recibido de prestado. Es un talento que te han confiado: se te reclamará con sus intereses. Sólo si eres diligente en tus trabajos y fiel para dar fruto, será recompensado tu esfuerzo. Si no fuese así, te quitarán el talento, pero te exigirán los intereses y te llamarán siervo negligente y cobarde.

Por tanto, toda la alabanza por los bienes de gracia que de cualquier forma se manifieste en vosotros, debe ser referida a él, como autor y dispensador de cuanto merezca ser alabado. Y no ficticiamente como los hipócritas; ni por rutina, como los que carecen de espíritu religioso; ni por cierta necesidad, como se obliga a los jumentos a llevar la carga; sino como corresponde a los santos: con sinceridad constante, con devoción ardiente, con gratitud gozosa, pero no superficial. Ofreciendo un sacrificio de alabanza y cumpliendo nuestros votos día a día, procuremos con máxima vigilancia armonizar los sentimientos con las obras, el afecto con los sentimientos, el gozo con el afecto, la moderación con el gozo, la humildad con la moderación, la libertad con la humildad. Así caminaremos en esta vida libres de las pasiones con un espíritu purificado, y si alguna vez salimos fuera de nosotros mismos a causa de afectos inusitados o por cierta satisfacción espiritual, nos adentraremos en los encantos del jubileo, en la luz de Dios, en la amabilidad, en el Espíritu Santo, y comprobaremos que somos de aquellos que contemplaba el Profeta cuando decía: Caminarán, Señor, a la luz de tu rostro; tu nombre es su gozo cada día, tu Justicia es su orgullo. Mas quizá alguien pueda decirme.

"Preciosa exhortación la que nos haces, pero si correspondiera al tema que te has propuesto". Esperad un momento, que no lo he olvidado. No pretendíamos comentar la frase: Tu nombre es como un bálsamo fragante" Esto era lo que debíamos exponer. Vosotros juzgaréis si era necesaria la exposición anterior; por mi parte, os diré brevemente por qué no estaba fuera de lugar: ¿No recordáis mi insistencia en la exquisita fragancia de los pechos de la es osa? ¿Puede pedírsele a la esposa mayor coherencia que la de reconocer su perfume como una gracia del esposo, sin pensar nunca en apropiársela como suya? Admitiréis que cuanto veníamos diciendo encaja con esta consideración. Es como si dijera: Si mis pechos exhalan este aroma y te agrada tanto, no lo atribuyo a mis méritos ni a mi empeño, esposo mío, sino a tu largueza conmigo y a la fuerza de tu nombre, que es como bálsamo fragante". Sirva lo dicho para la ilación con el texto.

En cuanto a la explanación detallada del versículo, creo que requiere otra oportunidad y otro contexto. Pero fue precisamente la frase misma la que me brindó la ocasión de extenderme tan ampliamente en este sermón sobre el abominable vicio de la ingratitud. Ahora me limito a sugeriros una reflexión: si la esposa no cae en la osadía de arrogarse lo más mínimo ninguna virtud suya, ni una sola gracia, ¿cuánto menos nosotros que quizá seamos todavía unos adolescentes? Digamos, pues, también nosotros a ejemplo de la esposa: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria.

Y digámoslo, no de palabra, sino con obras y de verdad, no sea que, como mucho me temo, se nos eche en cara aquello del salmo: Lo adulaban con sus labios, pero sus lenguas mentían: su corazón no era sincero con él, ni eran fieles a su alianza.

Cuando veo en los santos algo digno de encomio o alabanza, si lo analizo a la luz clara de la verdad, reconozco que en ellos se manifiesta con toda evidencia otro ser grande y admirable, y alabo a Dios en sus santos. Ya sea Eliseo o el gran Elías quienes resucitan a los muertos, realizan externamente prodigios nuevos e insólitos, pero no por su poder, sino por su ministerio. Quien obra el milagro es Dios oculto en ellos. Invisible e inaccesible por naturaleza, se hace visible y admirable en sus santos; él solo es bendito, el único que hace maravillas. No es la pluma o el pincel quienes hacen artística la escritura o el cuadro; ni puede atribuirse la elocuencia de un sermón a la lengua o a los labios.

Pero dejemos ya al Profeta que nos di a algo: ¿Se envanece el hacha contra quien la blande? ¿Se gloría la sierra contra quien la maneja? Como si el bastón manejase a quien lo levanta, como si la vara se ensalzase no siendo más que un leño. Así se envanecería contra su Señor todo el que no presume del Señor. Si hay que gloriarse de algo, Pablo me indica de qué y por quién: Mi orgullo es el testimonio de mi conciencia.

Puedo gloriarme sin miedo, si la conciencia me asegura que no me apropio en nada la gloria del Creador, plenamente seguro que no o ha o contra el Señor, sino en el Señor. Este orgullo no se nos prohíbe; al contrario, se nos exhorta a que lo busquemos: Os dedicáis al intercambio de honores y no buscáis el honor que viene sólo de Dios. En efecto, gloriarse únicamente en Dios sólo viene de Dios. Y no es una gloria cualquiera: es tan verdadera como la verdad y tan insólita, por ser auténtica, que son muy pocos los perfectos que en ella se glorían debidamente. Salgan ahora los hombres que no son más que un soplo, suban los mentirosos a la balanza, y vean en qué bochorno acaba su petulancia. Quien se gloria con sensatez examinará su propia actuación y la analizará minuciosamente a la luz de la verdad. Así encontrará su satisfacción en sí mismo y no en lo que de él digan los demás.

Sería de necios entregar mi gloria al son de sus bocas y comenzar a mendigarse a cuando desee alcanzarla. ¿Acaso pueden aprobarla a su arbitrio o desaprobarla según les plazca? Prefiero guardarla dentro de mí más fielmente que ellos. Pero no, tampoco. Mejor es entregarla a quien tiene poder para asegurar mi tesoro hasta el último día, es precavido para custodiarlo y fiel para devolverlo. Entonces recibirá cada uno su gloria directamente de Dios, pero si supo despreciar la gloria mundana. Porque para esos que ponen su corazón en las cosas terrenas, su gloria será su vergüenza, según dice David: Los que complacen a los hombres serán derrotados, porque Dios los rechaza.

Si comprendéis todo esto, hermanos, ninguno de vosotros deseará ser alabado en esta vida; todo favor que aquí consigas y no lo devuelvas a Dios, a él se lo robas. Pero ¿de qué, de dónde puedes soñar con la gloria, polvo corrompido? ¿De tu santidad? Es el Espíritu quien santifica. He dicho el Espíritu, pero no el tuyo, sino el de Dios. Aunque brillen tus signos y prodigios, los realizas tú, mas con el poder de Dios. ¿Te acaricia, quizá, el favor popular, porque has dicho algo bueno y con gran acierto? Fue Cristo quien te dio la boca y la sabiduría. ¿Qué es tu lengua sino pluma de escribano? Y hasta eso lo has

revelará antes que a nadie. Por eso pide resueltamente que le dé un beso, es decir, ese Espíritu en quien se le revelará el Padre y el Hijo. Porque jamás se da a conocer uno sin el otro. De ahí se desprenden estas palabras: Quien me ve a mi está viendo al Padre. Y estas otras de Juan: Todo el que niega al Hijo se queda también sin el Padre. Quien reconoce al Hijo tiene también al Padre. De lo cual se deduce que no se conoce al Padre sin el Hijo, ni al Hijo sin el Padre. Con razón, pues, la suma felicidad no estriba sólo en el conocimiento de uno de ellos, sino en el de los dos. Porque está escrito: Y ésta es la vida eterna, reconocerte a ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesús como Mesías. Además se dice que quienes siguen al Cordero llevan inscrito en su frente el nombre de Cristo y el de su Padre; es decir, han sido glorificados porque conocen a los dos.

Alguno dirá: "Si ha dicho que la vida eterna es reconocer al Padre y al Hijo, pero no ha mencionado al Espíritu Santo, ¿será necesario conocerlo?" Sí; porque si se conoce perfectamente al Padre y al Hijo, ¿cómo es posible ignorar al Espíritu Santo, que es la bondad mutua de ambos? Tampoco puede conocer una persona íntegramente a otra, si se le oculta su buena o mala voluntad. Además, al afirmar: Esta es la vida eterna, reconocerte a ti como verdadero Dios y a tu enviado Jesús como Mesías, si esa misión manifiesta tanto la obediencia voluntaria del Hijo como la benignidad del Padre, indudablemente no se omitió al Espíritu Santo, ya que expresamente se revelaba en la gracia que los dos nos dispensaron. Porque el Espíritu Santo es el amor y la benignidad del Padre y del Hijo.

Por esta razón, cuando la esposa pide el beso ruega que se le infunda la gracia de este triple conocimiento, en cuanto esta carne mortal puede recibirla. Mas la pide al Hijo, pues corresponde al Hijo revelarlo a quien le plazca. Se revela, por tanto, el Hijo a sí mismo a quien él quiere, y revela también al Padre. Y lo revela sin duda mediante el beso que es el Espíritu Santo. Así lo atestigua el Apóstol: A nosotros nos lo reveló Dios por medio de su Espíritu. Pero al comunicar el Espíritu mediante el cual se manifiesta, revela también a ese Espíritu: dando, revela; y revelando, da. Es más: la revelación verificada por el Espíritu Santo, no sólo es una iluminación del conocimiento, sino también fuego del amor, como dice el Apóstol: El amor que Dios nos tiene inunda nuestro corazones por el Espíritu que nos ha dado.

Por eso, quizá, otros que conocieron a Dios, pero no le rindieron la gloria que se merece, no lo conocieron por revelación del Espíritu Santo, porque llegaron a conocerlo y no le amaron. Sólo se nos dice que descubrieron a Dios, mas no se añade: "por el Espíritu Santo", para que esos impíos no usurpen el beso de la esposa. Satisfechos con el saber que engríe, ignoraron que lo constructivo es el amor.

Finalmente, el mismo Apóstol nos dirá cómo llegaron a ese conocimiento: Entendieron lo invisible de Dios por medio de las cosas creadas. Por eso sabemos que no conocieron perfectamente al que nunca amarán Si lo hubieran conocido de verdad no ha rían ignorado la bondad del que quiso nacer y morir en la carne para redimirlos. Escucha también lo que se les reveló acerca de Dios: Su eterno poder y su divinidad. Y verás cómo esa sublimidad y majestad la escudriñaron por la presunción de su espíritu, no

según el Espíritu de Dios, por eso no comprendieron que él es sencillo y humilde. No es de extrañar; porque tampoco su caudillo Behemoth valora nunca lo humilde, sino que, tal como está escrito con relación a él, mira debajo de sí cuanto hay de grande. A la inversa de David, que no pretendía grandezas que superasen su capacidad, para no verse aplastado por la gloria de la majestad a intentar investigarla.

Recordad también vosotros lo que amonesta el sabio, para estar seguros cuando razonáis los misterios divinos: No pretendas lo que te sobrepasa ni escudriñes lo que se te esconde. Proceded pues, guiados por el Espíritu y no cedáis a vuestros propios deseos. La erudición del Espíritu no provoca la curiosidad, inflama el amor. Con razón la esposa, cuando busca al amor de su alma, no se fía de sus sentidos carnales, ni asiente a los sutiles razonamientos de la curiosidad humana. Pide un beso, es decir, el Espíritu Santo, de quien recibe a un tiempo el gusto de su ciencia y el condimento de su gracia. Justamente esa ciencia que se infunde con ese beso, se recibe con amor, porque el beso es señal del amor. Mas la ciencia que engríe, por carecer de amor, no nace de un beso.

Tampoco deben arrogárselo quienes sienten un celo de Dios que no se inspira en su sabiduría. Porque el don del beso lleva consigo estos presentes: la luz del conocimiento y el ungüento de la devoción. Eso es precisamente el Espíritu de ciencia y entendimiento que, cual abeja portadora de cera y de miel, lo tiene todo: fuego para iluminar con su sabiduría y gracia para infundir su sabor. Que no crea, por tanto, haber recibido este beso el que entiende la verdad pero no la ama; o bien el que la ama pero no la entiende. Con este beso son incompatibles el error y la tibieza.

Así pues, para recibir la doble gracia de ese beso, la esposa presenta sus dos labios: la luz de la inteligencia y el deseo de la sabiduría. Radiante con este beso cumplido, merece escuchar: En tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente.

En conclusión, el Padre besando al Hijo le eructa desbordante todos los misterios de su divinidad y espira la fragancia de su amor. Es lo que dice simbólicamente la Escritura: Un día eructa palabra a otro día. Mas como ya hemos dicho, a ninguna criatura se le ha concedido presenciar este abrazo singularmente dichoso y eterno: sólo al Espíritu de ambos, testigo y partícipe de este mutuo conocimiento y amor. Pues, ¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quien es su consejero?

Alguien podría decirme: ¿Y tú, ¿cómo lo sabes, si dices que a ninguna criatura se le ha concedido presenciarlo?" Porque es el Hijo único, que es Dios y está en el regazo del Padre, quien lo dio a conocer. Digo que lo dio a conocer, no a mí, desgraciado e indigno, sino a Juan, el amigo del esposo, de quien son estas palabras: a Juan Evangelista, el discípulo a quien amaba Jesús. También su alma fue en verdad, agradable a Dios, digna de ser llamada y considerada como esposa, digna de los abrazos del esposo y digna finalmente de reclinarse sobre el pecho del Señor. Juan extrajo del pecho del Unigénito lo que éste bebió del seno de su Padre. Pero no sólo él; también aquellos a quienes el mismo ángel del gran consejo decía: A vosotros os he llamado amigos, porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre. Pablo también bebió del seno del Unigénito y su Evangelio no es

no a su señora; y no consintió tocarla. Escuchadle: Mi amo ha puesto todo lo suyo en mis manos; y no se ha reservado nada sino a ti, que eres su mujer. Era consciente de que la mujer es la gloria del marido y pensó que sería una ignominia para él deshonrar a quien por su parte lo colmó de honores. Este hombre sensato por la sabiduría de Dios sabía que un hombre siente tal celo por su mujer como por su propia gloria, y que su señor se había reservado para sí mismo su custodia, sin confiársela a otro. Por eso no cayó en la osadía de tocar lo que no se te había concedido.

¿Entonces qué? ¿El hombre tan celoso de su gloria se atreverá a robársela la Dios, como si a él no le importara la suya? Escúchale: "Mi gloria no se la cedo a nadie". "¿Qué nos reservas, por tanto, a nosotros, Señor? ¿Qué nos das?" "Mi paz os dejo, mi paz os doy. "Me basta, Señor. Acepto agradecido lo que nos das y dejo lo que te reservas. Me agrada tu decisión, y no dudo que salgo ganando. Renuncio a toda gloria, no sea que si usurpo lo que no me han concedido pierda con razón lo que me ofrecen. Quiero la paz, deseo la paz y nada más. A quien no le basta la paz tampoco le bastas tú. Porque tú eres nuestra paz, que hiciste de dos pueblos uno. Esto es lo que necesito y me basta: reconciliarme contigo y reconciliarme conmigo. Porque desde que me has tomado como blanco me he convertido en carga para mí mismo. Ya he aprendido y no quiero volver a ser ingrato con el don de tu paz, ni invadir sacrílegamente tu gloria. Quede, Señor, para ti, quede intacta tu gloria; yo seré feliz si conservo la paz".

Derribado Goliat, todo el pueblo hizo fiesta por la recuperación de la paz, pero sólo David recibió una gloria incomparable. Josué, Jefté, Gedeón, Sansón, incluso Judit, aunque mujer, triunfaron con gloria sobre los enemigos de su tiempo; todos gozaron alegremente de la paz, pero nadie participó de esa gloria. Judas Macabeo se hizo famoso por sus numerosas victorias, y luchando como un valiente devolvió con frecuencia la paz al pueblo jubiloso, pero ¿compartió con alguien su gloria? Cuentan, eso sí, que el pueblo entero celebró una gran fiesta, pero no se menciona para nada la gloria del pueblo.

¿Acaso el Creador del universo es menos que ellos, para que no se merezca una gloria personal? El solo lo creó todo, él solo triunfó del enemigo, él solo liberó a los cautivos: ¿tendrá que acompañarle alguien en su gloria? Mi brazo me dio la victoria, dice y añade: Yo solo he pisado el lagar y de otros pueblos nadie me ayudaba. ¿Cómo pretendo compartir la victoria si no participé en la batalla? Sería mucho descaro arrogarme la gloria sin victoria o la victoria sin batalla. Que los montes traigan la paz al pueblo, dadnos la paz, no la gloria, porque debéis reservarla sólo para aquel que luchó solo y venció solo. Que así sea, Señor, que así sea: Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Mas no es de buena voluntad, sino radicalmente malvada, el que no está satisfecho con la paz y ansía la gloria de Dios con un corazón inquieto y una soberbia siempre insaciable; no vivirá en paz ni conseguirá jamás esa gloria.

¿Creería alguien a una pared si dijese que ha producido el rayo de luz que entra por la ventana? ¿No sería ridículo que las nubes se gloriasen de engendrar la lluvia? Yo sé muy bien que los arroyos no proceden de los canales, ni las palabras sensatas de los dientes o de los labios, aunque los sentidos no perciban otra cosa.

con doblez de corazón; por un lado miente tu lengua y por otro usurpas la gloria de la verdad.

No despreciarías al publicano comparándolo contigo, si no creyeses que tú mereces mayores honores que él. ¿Qué respondes al Apóstol que te prescribe: Para Dios sólo el honor y la gloria ¿Y al ángel que distingue y muestra lo que Dios desea retener para sí y lo que quiere repartir a los hombres? Porque dice: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". ¿No habéis advertido que el fariseo en su acción de gracias honra con los labios a Dios, pero en el sentir de su corazón se alaba a sí mismo? Hemos de caer en cuenta que muchos pronuncian con su boca la acción de gracias, pero por rutina, sin sentirlo su corazón. Hasta los hombres más perversos suelen dar gracias a Dios por cada uno de sus crímenes e infamias; se figuran que codo les ha salido feliz y prósperamente según sus perversos deseos.

Escucha, por ejemplo, al ladrón lo que dice para sus adentros, exultante de satisfacción, cuando alcanza la codiciada gavilla de sus maquinaciones malvadas: ¡Gracias a Dios! No e velado en vano, no he perdido mi trabajo esta noche". Y el homicida, ¿no se ufana y da gracias por haber vencido a su rival o porque se ha vengado de su enemigo? Incluso el adúltero salta de gozo alabando a Dios, porque pudo gozar de la fornicación tanto tiempo deseada.

Por lo mismo, no toda acción de gracias complace a Dios, sino la que nace de la inocencia de un corazón honrado y puro. He dicho primeramente "honrado", por esos que suelen dar gracias a Dios, incluso alardeando de sus malas obras, imaginándose que Dios goza como ellos perpetrando el mal, y que se alegra de sus pésimos enredos. Escúchele quien así piense: ¿Crees que soy como tú? Te acusaré, te lo echaré en cara.

Y añadí "pura" por los hipócritas que alaban a Dios por sus buenas obras, pero sólo con los labios, pues lo que dicen de boquilla no brota de su corazón. Como actúan dolosamente en su presencia, incurren en una malicia abominable. Los primeros lanzan impíamente sus malas obras contra Dios; los segundos se apropian fraudulentamente los bienes de Dios. Lo primero es tan necio, tan poco religioso y tan brutal, que no necesito ni mencionarlo; el segundo suele ser una asechanza muy típica contra religiosos y espirituales. Porque es una virtud difícil y muy poco común que ignores tu grandeza, aunque hagas cosas grandes, y que ocultes para ti tu santidad conocida por todos.

Ser admirable ante los demás y juzgarse a si mismo menospreciable, eso sí que considero yo más maravilloso que las virtudes mismas. Serás verdadero siervo fiel cuando no te apropies nunca la gloria de tu Señor, que no nace de ti, pero pasa por ti. Entonces, como dice el Profeta, aborrecerás las riquezas compradas con la mentira y conservarás tus manos limpias de todo soborno. Así cumplirás de verdad el mandato del Señor, alumbrando con tu luz a los hombres, no para que te glorifiquen a ti, sino al Padre del cielo. Imitarás a Pablo y a los predicadores que fueron fieles, porque no se predicaron a sí mismos ni buscaron su interés, sino el de Jesucristo, igual que tú. Por eso también escucharás: Muy bien, siervo fiel y cumplidor. Has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de mucho.

José sabía que su señor le había entregado toda su hacienda, pero

invento humano, ni se lo ha transmitido ningún hombre, sino una revelación de Jesucristo.

Efectivamente, todos ellos pueden decir con gozo y con toda verdad: El Hijo único que está en el regazo del Padre es quien nos lo dio a conocer. ¿Y qué es esta revelación más que un beso? Pero un beso del beso, no un beso de la boca. Escucha lo que es un beso de la boca: Yo y el Padre somos uno. Yo estoy con el Padre y el Padre está conmigo. Este es un beso de boca a boca y nadie puede apropiárselo. Es un beso de amor y de paz; amor que supera todo conocimiento y paz que transciende todo razonar. Sin embargo, lo que ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni hombre alguno ha imaginado, Dios lo reveló a Pablo por su Espíritu, esto es, por el beso de su boca. Por tanto, ese estar el Padre con el Hijo y el Hijo con el Padre es el beso de la boca. Y el beso del beso lo descubrimos en estas otras palabras: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.

Distingamos aún mejor los dos besos. Recibe un beso de la boca el que recibe la plenitud; pero el que recibe una parte de esa plenitud recibe un beso del beso. Pablo fue un hombre excepcional. Mas por mucho que acercase su boca, aunque fuera arrebatado hasta el tercer cielo, siempre quedaría lejos de la boca del Altísimo y deberá sentirse satisfecho dentro de su limitación, incapaz de llegar al rostro glorioso de Dios. Por eso pide humildemente que se digne enviarle un beso de lo alto. No así el que nunca consideró una usurpación el ser igual a Dios, hasta poder afirmar: Yo y el Padre somos uno. Unidos en su identidad y abrazados en su igualdad, no mendiga un beso desde su inferioridad; al mismo nivel de su condición sublime, une su boca a la del Padre y por una prerrogativa singular recibe un beso de su misma boca. Por tanto, para Cristo ese beso es plenitud, y para Pablo participación; él lo recibe del Padre y éste se gloría de ser besado por el beso del Padre.

Dichoso beso que lleva al conocimiento de Dios y al amor del Padre, el cual nunca será conocido en plenitud sino cuando sea amado perfectamente. ¿Al uno de vosotros ha escuchado gemir al Espíritu del Hijo en lo íntimo de su conciencia: Abba, Padre" Esa, ésa es el alma que debe presumir de que es amada por la ternura del Padre, la que se siente afectada por el mismo Espíritu de amor que el Hijo. Tú, quienquiera que seas confía, confía sin vacilar lo más mínimo. En el Espíritu del Hijo reconócete como hija del Padre y esposa o hermana del Hijo. Advertirás cómo se designa con cualquiera de estos dos nombres a quien se encuentra en ese estado. Y no cuesta mucho demostrarlo, pues tengo a mano las palabras que le dirige el esposo: Ya vengo a mi jardín, hermana y esposa mía. La llama hermana porque tienen los dos un mismo Padre; y es osa porque se unen en el mismo Espíritu. Si se hacen una sola carne los que forman un matrimonio carnal, ¿por qué la unión espiritual no puede hacer a los dos con mayor razón un solo espíritu? Estar unido al Señor es ser un Espíritu con él.

Pero el Padre también la llama hija suya, e incluso, como si fuese su propia nuera la invita a los cariñosos abrazos de su Hijo: Escucha, hija, mira; inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza. Ahí tienes a quien pide el beso. Sí, alma santa; pero sé muy

reverente porque él es el Señor tu Dios y quizá, más que besarlo, debas adorarlo con el Padre y el Espíritu Santo por siempre eternamente. Amén.

Sermón 13

Como los ríos nacen en el mar, así las virtudes de cristo: la acción de gracias del fariseo y de quienes dan gracias a dios por puro rito. La verdadera acción de gracias debe ser sencilla y pura. Que le gusta retener a dios y darnos a nosotros. Lo que hacen los santos no procede de ellos sino que Dios. De que debemos gloriarnos y de que no podemos hacerlo nunca. Como debemos referir a la gloria de Dios todo lo bueno que hacemos. Esta interpretación se basa en el sentido literal.

El origen de todas las fuentes y ríos está en el mar; el de todas las virtudes y ciencias es Cristo el Señor. ¿Quién es el Señor de las virtudes sino el Rey de la gloria? Según el cántico de Ana, ese mismo Señor es un Dios que sabe. La continencia de la carne, la pureza del corazón, la rectitud de la voluntad brotan de esa fuente. Todavía más: de ella nacen la agudeza del ingenio, el brillo de la elocuencia, el encanto del temperamento, toda disertación de la ciencia y del saber. En él se esconden todos los tesoros del saber y conocer. ¿Qué más?

¿No son otros tantos arroyos de ese manantial los consejos desinteresados, los juicios justos y los deseos santos? Si todas las aguas retornan sin cesar al océano por corrientes subterráneas y ocultas, y brotan de nuevo a raudales copiosa e incansablemente para nuestro deleite y aprovechamiento, ¿por qué no van a volver íntegros y sin cesar esos riachuelos espirituales a su propia fuente, para fecundar ininterrumpidamente los campos cultivados del corazón? Regresen al lugar del que nacieron los ríos de la gracia y vuelvan a brotar. Retorne a su origen la emanación celestial, para derramarse más ubérrima por toda la tierra. Pero, ¿de qué manera?. Dirás. Responde el Apóstol: Dando continuamente gracias a Dios. Toda fuerza y sabiduría que descubras en ti mismo, atribúyela a Cristo, fuerza y sabiduría de Dios.

Quizá me repliques: Pero, ¿habrá alguien tan insensato que se lo asigne a otros?. Absolutamente nadie. Hasta el fariseo da gracias a Dios. Pero a Dios no le complace su actitud. Por eso, si recuerdas bien el Evangelio, su acción de gracias no le hizo más justo ante Dios. ¿Por qué? Porque cuanto en su boca sonaba a devoción, no podía justificar la insolencia de su corazón al que conoce de lejos al soberbio. Escucha, fariseo, con Dios no se juega. ¿Qué tienes que no hayas recibido? -"Nada", contesta, "por eso doy gracias al que me lo ha dado". -Si así es, tampoco puedes alegar mérito alguno para recibir nada de lo que te engríes. Y si lo reconoces, ante todo, es ridícula tu hinchazón frente al publicano, porque carece de lo que tienes tú, simplemente porque no lo ha recibido como tú. Anda además con cuidado. Porque si no devuelves todos sus dones a Dios, apartando para ti algo de su honor y su gloria, serás acusado de fraude, y con razón. Porque engañas a Dios. Si te jactas y te arrogas algo, yo pensaría que pretendes engañarte más que cometer un fraude. Y corregiría tu error. Pero como le das gracias a Dios, demuestras que no te atribuyes nada, y reconoces sensatamente que tus méritos son dones de Dios. Mas de pronto, despreciando abiertamente a los demás, te traicionas, porque hablas

vino, el mejor de los perfumes. ¿Quién podrá merecerlo? ¿Habrá entre nosotros alguien que posea siquiera una de estas dos cualidades plena y perfectamente, de modo que nunca sean ociosas sus palabras ni remisas sus obras? Pero hay alguien que con todo derecho puede apropiarse esta gloria: es la Iglesia, que por la multitud de sus miembros atesora siempre palabras embriagadoras y obras aromáticas. Pues lo que falta a uno lo posee otro, a medida del don de Cristo y según lo dispone el Espíritu que distribuye a cada uno como a él le parece.

Exhala la Iglesia su perfume a través de los que se ganan amigos dejando el dinero injusto; cautiva a los hombres por los ministros de la palabra, que con el vino de la alegría espiritual riegan la tierra, la enrique en sin medida y dan fruto con su paciencia. Ella se llama a sí misma esposa rotundamente y con toda confianza, porque está cierta que sus pechos son más deliciosos que el vino y su aroma es el mejor de los perfumes. Nadie entre nosotros puede atreverse a tanto como llamar a su alma esposa del Señor. Pero somos parte de la Iglesia, que se gloría de llamarse así en justicia, porque es realmente su esposa, y no sin razón nos apropiamos la participación en su gloria. Pues cada uno participamos justamente de lo que juntos poseemos en su plenitud total. Te damos gracias, Señor Jesús, porque te has dignado agregarnos a tu amadísima Iglesia, no sólo para ser sus fieles, sino también para unirnos contigo en un abrazo gozoso, casto y eterno, contemplando a cara descubierta tu gloria, de la que gozas en común con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón 9

Dialogo entre los amigos del esposo y la esposa. Respuesta de la esposa sobre su amor. La presencia del esposo y poderosas excusas de la esposa. Los dos pechos del esposo. Como corresponden también a la esposa y sobre los que oran con frecuencia. Por que corresponden también a los amigos del esposo. Y a las muchachas.

Afrontemos ya el texto del Cantar y demos razón de las palabras de la esposa y su coherencia. Porque están como en el aire y se bambolean cual montaña escarpada y sin base. Lo primero que hemos de ver es con quién están relacionadas en rigor. Partamos de una suposición: esos amigos del esposo, que hemos citado, se acercan una vez más a la esposa, como lo habían hecho en días anteriores, para hacerle una visita y saludarla. La encuentran disgustaba, quejumbrosa. Y extrañados, entablan este diálogo: ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué te encontramos hoy tan triste? ¿De qué te quejas tan inesperadamente? Cuando ibas extraviada y decepcionada en busca de tus amantes, con quienes te fue tan mal, ¿no sentiste la necesidad de volver a tu primer esposo, para tocar al menos sus pies, y no se lo pediste una y otra vez con tantos ruegos y lamentos?

"Lo reconozco", contestó. "¿Sí? Efectivamente, llegaste a conseguirlo. Y además recibiste el beso de los pies y con ello el perdón de los pecados. Ahora te sientes otra vez inquieta, insatisfecha con tan gran favor, y ansías una familiaridad más íntima. Pediste e imploraste con la misma insistencia otra gracia singular: besarle las manos. También lo lograste y alcanzaste muchas y no pequeñas virtudes.

"No lo niego", respondió. Y le dijeron: pero ¿no eres tú la que jurabas asegurando que si algún día se te permitiese besar su mano, nunca más pedirías otra cosa? -"Sí, soy yo". ¿Entonces? ¿Acaso puedes alegar que te han quitado algo de lo que conseguiste. "No, nada". -¿O es que temes que por tu mala vida anterior vuelva a pedirte cuentas que tú suponías ya perdonadas?- "No". "Dinos entonces cómo podemos ayudarte."

"No descansaré", dijo, basta que me bese con besos de su boca. Sí, le agradezco el beso de os pies, le agradezco el beso de las manos, pero si me aprecia que me bese con besos de su boca. No soy una ingrata, le amo. Reconozco que he recibido más de lo que merezco, pero no se han colmado mis anhelos. Me mueve mucho más el deseo que la razón. Por favor, no me acuséis de presunción: es que me arrastra el afecto. Claro que me recrimina el recato, pero me supera el amor. No ignoro que la gloria del rey ama el juicio. Mas este amor tan apasionado no se atiene a razones, ni lo equilibra la sensatez, ni lo frena el pudor, ni se somete a la razón. Y pido, y suplico, e imploro: Que me bese con besos de su boca.

Os aseguro que gracias a él hace muchos años me esfuerzo por vivir en castidad y sobriedad, me entrego a la lectura, lucho contra los vicios, me postro con frecuencia para

orar, me mantengo alerta contra las tentaciones, huye de mí el sueño por la amargura de mi alma. En lo posible, me parece que no creo conflictos y convivo con mis hermanos. Me someto a la autoridad de mis superiores, salgo y regreso a casa conforme me lo ordenan. No codicio lo ajeno; al contrario, entrego mis cosas y me doy a mí misma; como mi pan con el sudor de mi frente. Pero todo ello se reduce a mera disciplina, sin dulzura alguna. ¿No soy, como dice el Profeta, esa novilla domesticada de Efraín que trilla con gusto? Y por añadidura el Evangelio llama pobre criado al que ha hecho lo que tenía que hacer. Yo creo que cumplo con todo lo mandado. Pero mi alma se siente en todo eso como tierra reseca. Por eso, para que le agraden mis sacrificios, que me bese con besos de su boca".

Tengo muy presente que muchos de vosotros en vuestros desahogos privados soléis quejaros de este abatimiento y aridez del alma, de ese embotamiento impertinente del espíritu, que os impide adentraros en la oculta sublimidad de Dios y experimentáis muy poco o nada las dulzuras del corazón. ¿No será que suspiráis por el beso?

Suspiran ciertamente y anhelan el espíritu de sabiduría y entendimiento; entendimiento para comprender y sabiduría para saborear lo que captaron con la inteligencia. Yo creo que el santo Profeta oraba con este mismo afecto, cuando decía: Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. Pedía claramente el beso, ese beso a cuyo contacto sus labios quedan impregnados de la fecundidad de la gracia espiritual y experimenta lo que expresa en otro lugar: Llénese mi boca de tu alabanza para cantar todo el día tu gloria y tu grandeza.

Y en cuanto lo saborea, lo exhala con estas palabras: ¡Qué inefables son, Señor, las dulzuras que reservas para tus fieles! Nos hemos detenido ya bastante en este beso, aunque a fuer de sinceros temo que no me haya expresado con suficiente dignidad. Pero sigamos adelante, porque estas cosas se conocen mejor experimentándolas que hablando de ellas.

El texto prosigue así: Tus pechos son más sabrosos que el vino, su aroma mejor que todos los perfumes. El autor no nos dice de quién son estas palabras y nos deja en libertad para atribuirlas en nuestro comentario a quien mejor se adapten. Por mi parte, no me faltan razones para asignarlas a la esposa, al esposo y a los amigos del esposo.

Primero indicaré por qué pueden referirse a la esposa. Mientras estaba conversando con los amigos del es oso, se dirige hacia ellos el mismo de quien hablaban. Afablemente se acerca a los que hablan de él. Esa es su costumbre. Por ejemplo, se hizo compañero agradable y persuasivo de los dos que caminaban hacia Emaús, comentando lo sucedido. Y se puso a caminar con ellos hablándoles afablemente. Es lo que prometió en el Evangelio: Donde estén dos o tres reunidos apelando a mí, allí, en medio de ellos estoy yo. También lo dice por el Profeta: Antes de que me llamen yo les responderé, aún estarán hablando y los habré escuchado. Por eso se presenta ahora sin llamarlo. Tanto le agrada su conversación que él mismo se adelanta a las súplicas. Creo que muchas veces ni es era las palabras: le bastan los deseos. Escuchad a ese hombre que Dios encontró según su corazón: Señor,

apariencias. Vosotros creéis que este hombre es capaz de grandes empresas, pero es una mujer frágil. ¿Por qué tratáis de imponerle un yugo que yo sé perfectamente que no puede soportarlo? Está muy bien lo que ha hecho conmigo. Que siga haciendo el bien y tiempo tendrá de hacer algún día lo mejor. Si termina pasando a la virilidad, a la de un hombre perfecto, asumirá las obras más perfectas".

Hermanos, reverenciemos a los obispos, pero temblemos por sus responsabilidades. Si consideramos sus deberes no codiciaremos sus honores. Reconozcamos nuestras desproporcionadas fuerzas y no aspiraremos a poner nuestros blandos y afeminados hombros bajo fardos hechos para hombres; no los censuremos y honrémosles. Es inhumano criticar sus obras y rehuir sus fatigas. La mujer que se quedó hilando en casa, comete una ligereza cuando recrimina al marido que vuelve de la batalla. Quiero deciros lo siguiente: si el que vive en el claustro advirtiera que quien convive con el pueblo se comporta alguna vez con menos discreción y moderación en su trato, en su comida y descanso, en sus alegrías y enfados, o en sus juicios, no se lance inmediatamente a juzgarle y recuerde lo que está escrito: Menos te dañará la malignidad del hombre que la mujer engañosamente buena.

Tú procedes rectamente velando sobre ti mismo; pero el que ayuda a los demás obra mejor y es más valiente. Aunque no pueda hacerlo sin faltar en algo, es decir, sin alguna incoherencia en su vida y en su comportamiento, recuerda que el amor sepulta un sinfín de pecados. Lo digo a propósito de esa doble tentación que acosa a l s religiosos por instigación diabólica: ambicionar la dignidad de los obispos o juzgar precipitadamente sus excesos.

Pero volvamos a los perfumes de la esposa. ¿No has descubierto que el mejor de todos es el perfume de la compasión, el único que no le puede desperdiciar? Se cotiza tanto su aroma, que ni un vaso de agua fresca que se dé a beber quedará sin recompensa. Pero también es bueno el aroma de la contrición, elaborado con el recuerdo de los pecados, cuando se derrama sobre los pies del Señor, porque un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia. Por lo demás, en mi opinión, es mucho mejor el perfume de la devoción, preparado con el recuerdo de los beneficios divinos, ya que es considerado tan apto para ungir la cabeza, que Dios ha declarado: El que me ofrece acción de gracias, ése me honra.

Mas ciertamente es superior a los dos el perfume de la compasión, que se elabora mirando por los pobres y se derrama sobre el cuerpo total de Cristo. No me refiero a su cuerpo crucificado, sino al que rescató con su pasión. A decir verdad, es un perfume óptimo. Tanto que comparado con él, ninguna otra cosa le agrada, y así lo manifiesta: Compasión quiero y no sacrificio. Para mi gusto, los pechos de la esposa que desea ardientemente identificarse con los deseos de su esposo, exhalan el mejor perfume. ¿Acaso Tabita no desprendía en su muerte el aroma de la misericordia? Por eso convaleció tan pronto de la muerte: porque prevaleció la fragancia de su vida.

Escuchad todavía dos palabras sobre este tema. Cualquiera que tenga palabras embriagadoras y las perfume con sus obras de misericordia, puede perfectamente pensar que se dice de él: Son tus pechos más deliciosos que el

sustancias aromáticas; no se valen de un perfume ya elaborado para embalsamar a Jesús sino que hacen uno nuevo. Y no para ungir sólo una parte de su cuerpo, como los pies o la cabeza, sino para ir a embalsamar a Jesús, es decir, todo su cuerpo sin distinción alguna.

Sí te vistes tú también de ternura entrañable, y eres generoso y benigno no sólo con tus padres y familiares, con los que te hicieron el bien o esperas que te lo hagan -eso lo hacen los paganos-, sino que, siguiendo el consejo de Pablo, trabajas por el bien de todos y nunca se te ocurre negarles o retirarles a tus enemigos tu servicio humanitario corporal y espiritual por Dios: eso significaría que tú también has recogido muchos aromas fragantes para ungir no sólo la cabeza y los pies del Señor, sino igualmente, en lo posible, su cuerpo total que es la Iglesia.

Por esto quizá el Señor Jesús no quiso pródigamente que se derramasen unos aromas sobre su cuerpo muerto, sino que permitió que sirviesen para su cuerpo vivo. Porque vive la Iglesia que come el pan vivo bajado del cielo. Ella es el cuerpo más amado de Cristo. Ningún cristiano ignora que él entregó a la muerte su propio cuerpo, para que no pasara por ese trance este otro cuerpo. El desea que lo unjamos, que lo acariciemos; ansía que aliviemos a sus miembros más débiles con los consuelos más delicados. Destinó para ellos esos ricos aromas, adelantando la hora de su resurrección. Pero al apresurar su gloria, no desdeñó la devoción de aquellas mujeres, sino que la consolidó. Si rehusó ser un ido fue por parquedad, no por desprecio. No es que rechazar su delicadeza, la reservó para algo más útil. Y no me refiero a la utilidad física o corporal de aquellos aromas, sino a la plenamente espiritual que simbolizaban.

Si el Maestro bondadoso quería ahorrar aquellos aromas tan finos y compasivos, era porque deseaba que fuesen destinados a sus miembros indigentes, tanto corporal como espiritualmente. ¿Acaso antes se había resistido a que se derramasen sobre su cabeza y sus pies otros perfumes, costosos por cierto? Al contrario, se enfrentó con los que pretendían impedirlo. Así, cuando Simón se indigno porque se dejaba tocar por una mujer pecadora, él la defendió con una larga parábola de severa increpación; y a quienes se quejaban de aquel derroche les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer?

Permitidme una pequeña digresión. A veces yo me he reclinado a los pies de Jesús, compungido por el recuerdo de mis pecados, para ofrecerle como sacrificio un espíritu quebrantado. Alguna que otra vez me he levantado hasta su cabeza, exultante de gozo por el recuerdo de sus beneficios, y he oído también a algunos: ¿A qué viene este derroche? Echándome en cara por qué vivía sólo para mí, pues creían que podía ser útil para otros muchos. Y decían: Podía haberse vendido por mucho para dárselo a los pobres. Mas haría un mal negocio con perderme yo mismo para mi ruina, por ganar el mundo entero. Entiendo que estas palabras son, como dice la Escritura, esas moscas muertas en el perfume, que echan a perder toda su fragancia, y recuerdo aquella sentencia divina: Pueblo mío, los que te ensalzan te engañan. Deberían escuchar al Señor que sale al paso en mi defensa, contra los que denuncian mi ociosidad: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Como si dijera: Vosotros sólo os fijáis en el semblante y juzgáis por las

tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas. Examinaos vosotros también en todo momento, pues sabéis que Dios sondea el corazón y las entrañas, que él modeló vuestros corazones y comprende todas vuestras acciones.

Conmovida la esposa ante la presencia del es oso, se quedó aturdida; y creyendo que le había sorprendido en su presunción, se llenó de confusión porque pensaba que habría sido más digno valerse de intermediarios. Pero inmediatamente se volvió hacia él y, como pudo, trataba de excusar su temeridad diciendo: Son tus pechos más deliciosos que el vino, tu aroma más que todos los perfumes. Como si dijese: "Si crees que son exageradas mis pretensiones, eso es obra tuya, esposo mío; fue tan inefable la bondad con que me saturaste de la dulzura de tus pechos que, eliminando todo temor, me lanzo a un atrevimiento excesivo, y no es por mi temeridad, sino porque te amo. Soy tan audaz, porque recuerdo tu ternura y olvido tu majestad. Este podía ser el contexto literal.

Veamos ahora en qué consiste este cántico a los pechos del esposo. Los dos pechos del esposo son las señales de esa bondad connatural suya: la paciencia con que aguarda al pecador y la clemencia con que acoge al penitente. Es una dulzura doble, exuberante y halagadora, que brota del pecho del Señor Jesús su gran aguante para esperar y su facilidad para perdonar. Escucha, porque esto no o invento yo. Puedes leer acerca de su extremada paciencia: ¿O es que no vas a dar importancia a su inagotable benignidad, a su tolerancia a su paciencia, sin darte cuenta de que la benignidad de Dios te está empujando a la enmienda? Por eso demora tanto la sentencia de condenación del que le desprecia; para poder absolverlo si se arrepiente. Porque no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.

Aduzcamos otros testimonios referentes al otro pecho del esposo, al que hemos asignado la facilidad para perdonar. Sigue leyendo: En el mismo instante en que gima dolido del pecado, se le perdonará. Que el malvado abandone su camino y el criminal sus planes; que regrese al Señor y él tendrá piedad; a nuestro Dios que es rico en perdón. David lo resume en pocas palabras, y preciosas: Es lento a la ira y rico en piedad.

Por ello, la esposa confiesa que por haber experimentado esta doble bondad se ha consolidado en su confianza, hasta llegar a pedirle el beso, y parece decirle: "Te extrañará, esposo mí", que me fíe tanto de ti, conociendo por experiencia el caudal de delicias que brotan de tus pechos? Es la dulzura de tus pechos la que provoca mi audacia, no la confianza en mis propios méritos".

Sus palabras: Son tus pechos más deliciosos que el vino, significan: "La copiosa gracia que fluye de tus pechos es bastante más eficaz para mi provecho espiritual que la corrección áspera de los superiores. Sí, son mejores que el vino y el mejor de los perfumes. Porque alimentas con el pecho de la dulzura interior a los presentes y rocías con el agradable aroma de la buena reputación a los ausentes. Así dan prueba de tu bondad los de dentro y los de fuera. En tu interior llevas leche y perfumes por fuera. Si no los atrajeras con tu fragancia, no tendrías a quién alimentar con la leche". Más adelante, cuando lleguemos al lugar donde se dice: Correremos al olor de tus perfumes,

veremos si estos aromas contienen algo digno de nuestra consideración.

Ahora precisemos, como os he prometido, si puede pronunciar el esposo con propiedad aquellas palabras de la esposa.

Ya dije que cuando estaba hablando ella de su esposo, se presentó éste en persona. Accede a sus deseos, la besa y se cumple lo que dice el salmo: le has concedido el deseo de su corazón, no le has negado lo que pedían sus labios. De esta manera manifiesta que sus pechos están rebosantes. Y es tan prodigioso este beso que en cuanto lo recibió concibió la esposa, y como señal se le hincharon visiblemente los pechos llenándose de leche.

Los que se entregan con frecuencia a la oración experimentan lo que acabo de decir. Cuántas veces nos acercamos al altar o nos postramos en oración con el corazón frío y reseco. Mas a los que perseveran se les infunde de repente la gracia, se les inunda el pecho y se sienten llenos de piedad en las entrañas. Si alguien os oprimiera entonces no tardaría en correr copiosamente la leche de la dulzura que han concebido. Y podrías decirle: "ya tienes, esposa, lo que pedías; ésta es la señal de que tus pechos son más sabrosos que el vino; puedes estar segura de que ya has recibido el beso, porque sientes que has concebido. También se hincharon tus pechos, convertidos en leche copiosa, mejor que el vino del saber mundano que embriaga, pero de curiosidad, no de amor. Hincha, pero no alimenta; infla, pero no edifica; harta, pero no conforta.

Demos ahora una oportunidad a los amigos del esposo, para que expongan su opinión. "Injustamente -dicen- murmuras del esposo, pues lo que ya te ha dado es mejor de lo que le pides. Lo que imploras es para tu deleite; pero los pechos con que alimentas a los que has engendrado son más provechosos y necesarios que el vino de la contemplación. Una cosa es la satisfacción íntima de un corazón humano y otra la salvación de muchas almas. Raquel era muy hermosa, pero Lía muy fecunda. No insistas tanto en los besos de la contemplación, porque son mejores los pechos de la predicación.

Se me ocurre otra interpretación que no pensaba proponerla, pero no la voy a pasar por alto. ¿Por qué no relacionar estas palabras con los que nos presiden con la solicitud de una nodriza o de una madre con sus hijos? Las almas tiernas y adolescentes no soportan con paz que se den a la contemplación los que ellas desean que los eduquen con mayor dedicación mediante su doctrina, y las formen con sus ejemplos. Y ni siquiera moderan su importunidad cuando a continuación se les prohíbe enérgicamente que no molesten a la amada hasta que ella quiera. Pues viendo que la esposa se transporta con los besos y que se encierra a solas, que huye de la convivencia, que esquiva a la gente y que prefiere su propia quietud al servicio fraterno, le dicen: "No seas así, no seas así; la fecundidad de tus pechos es más rica que los abrazos. Tus pechos nos libran de os bajos instintos que nos hacen la guerra; con ellos nos sacas del mundo y nos rescatas para Dios"

En definitiva: Tus pechos son más sabrosos que el vino. "Porque las delicias espirituales que destilan tus pechos para nosotras, refrenan la voluptuosidad de la carne, que no ha

nos molestará". ¿Lo haría? ¿O preferiría pasar sin comer, antes que sentarse ella sola con el rico, abandonando la prenda de su corazón? Pues igual Moisés. Tampoco él fue capaz de entrar solo a la fiesta de su Señor, dejando fuera aquel pueblo, turbulento e ingrato como era, al que se había entregado con la responsabilidad y el amor de una madre. Se le desgarran las entrañas; pero tolera mejor que se le refuerzan y no que se las arranquen.

¿Encontraremos alguien más bondadoso que David? ¿No lloraba la muerte del que siempre ansió matarle? ¿Cabe mayor benignidad que la suya? ¿No le resultó penoso aceptar la muerte del rey a quien debía suceder en el trono. ¿Y qué diremos de su resistencia a ser consolado por la muerte de su hijo, el parricida? Ese amor manifestaba la gran riqueza de su excelente perfume. Por eso el salmista ora con toda confianza: Señor, ten en cuenta a David y su gran mansedumbre. Todos estos hombres poseyeron fragantes aromas y difunden hoy su bálsamo por todas las iglesias.

Pero no sólo ellos: también lo exhalan todos aquellos que en esta vida muestran su benevolencia para hacer el bien y se esfuerzan por ser humanitarios con los hombres, siempre que ponen en común la gracia que han recibido y no la guardan para sí mismos. Saben que se deben a amigos y enemigos, instruidos e ignorantes. Y al sentirse útiles para todos, se mantienen en la humildad siempre y en todo, amados de Dios y de los hombres; por eso es bendita su fragancia. Todos los que nos precedieron con esas virtudes exhalaron maravillosos perfumes en su tiempo y en nuestros días.

Tú también, si nos haces gustosamente partícipes del don que has recibido de lo alto a los que convivimos contigo, si entre nosotros te muestras siempre servicial, afectuoso, agradecido, tratable y sencillo, puedes estar seguro que tendrás en nosotros testimonio de que exhalas delicados perfumes. Cualquiera de vosotros que no sólo soporte las debilidades físicas y morales de sus hermanos, sino que además los ayuda con sus servicios, los conforta con sus palabras, los orienta con sus consejos, o si la disciplina monástica le impide todo esto, no cesa de consolar al débil por lo menos con su oración; todo el que así se comporte entre vosotros, repito, difunde entre sus hermanos el bálsamo excelente de un perfume de gran precio. Este hermano es en el seno de su comunidad como aroma en el aliento de la boca. Se le señala con el dedo y todos dicen de él: Este es el que ama a sus hermanos y al pueblo de Israel, e intercede continuamente por el pueblo y la santa ciudad.

Pero volvamos al Evangelio para ver si hallamos algo referente a estos perfumes: María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. ¿Cuáles son estos aromas tan valiosos, preparados y comprados para el cuerpo de Cristo, y tan abundantes que sirven para su cuerpo entero? Ninguno de los dos que antes hemos descrito fue preparado ni comprado expresamente para servicio del Señor, ni sabemos que hayan sido derramados sobre todo su cuerpo. Efectivamente, se presenta en una sala una mujer que besa sus pies y los perfuma. Más tarde, en otro lugar esa misma mujer u otra lleva un frasco de perfume y lo derrama sobre su cabeza. Pero ahora se nos dice: Compraron aromas para embalsamar a Jesús. No compraron perfumes, sino

difundía a lo largo y a lo ancho un bálsamo de exquisita suavidad. Mira qué esencias y aromas había recogido para sí: No hay día que no esté al borde de la muerte, tan verdad como el orgullo que siento por vosotros. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre? Este hombre privilegiado poseía otras muchas esencias semejantes que vosotros conocéis, para preparar perfumes óptimos. Era natural que exhalaran los mejores y más puros aromas aquellos pechos que alimentaban a los miembros de Cristo, engendrados ciertamente por el corazón de Pablo con agudos dolores de parto, hasta que Cristo tomase forma en ellos y se configurasen como miembros a su cabeza.

Mira a otro afortunado que tenía a mano ingredientes selectos, para preparar maravillosas perfumes: El forastero no tuvo que dormir en la ralle, porque yo abrí mis puertas al caminante. Yo era ojos para el ciego, era pies para el cojo. Yo era padre de los pobres, le rompía las mandíbulas al inicuo para arrancarle la presa de los dientes. No negué al pobre lo que deseaba, ni dejé consumirse en llanto a la viuda; no comí el pan yo solo sin repartirlo con el huérfano. No despedí al pobre o al vagabundo son ropa con qué cubrirse y no me dieron las gracias sus carnes, calientes con el vellón de mis ovejas. ¡Qué fragancia la de este hombre, que así perfumó la tierra con sus buenas obras! Cada una de ellas fue un aroma delicioso. Este perfume llenó su propio espíritu, para contrarrestar con la exhalación de su íntima fragancia el hedor de su carne corrompida.

También José consiguió que todo Egipto corriera tras su bálsamo fragante, y después exhaló ese mismo aroma a quienes le vendieron. Con su airado semblante prorrumpió en amenazas, pero la unción de su corazón le arrancó ríos de lágrimas, que no delataban su ira sino que descubrían su amor. Samuel hizo duelo por Saúl, que lo buscaba para matarlo, y abrasado su pecho en llamas de amor, derretido en su intimidad, irrumpió al exterior tras la ternura de su mirada compasiva. Por el bálsamo de su ternura difundida por todas partes, dice de él la Escritura que todo Israel desde Dan basta Berseba supo que Samuel era un profeta acreditado ante el Señor.

¡Qué decir de Moisés! ¡Cuánto amor encerraban sus entrañas! Era tan benigno que la unción de su espíritu, una vez que lo invadió, no pudo ser agotada por aquella casa rebelde en cuyo seno vivía, a pesar de todas sus murmuraciones y enfrentamientos. Al contrario, en medio de tantas querellas y disensiones diarias, se mantenía en su mansedumbre. Con razón atestiguó el Espíritu Santo que era el hombre más sufrido del mundo. Con los que odiaban la paz era pacífico, tanto que además de no irritarse con su pueblo ingrato y testarudo, apaciguó con su intervención la ira del Señor, como está escrito: Dios hablaba ya de aniquilarlos, pero Moisés su elegido se puso en la brecha frente a él, para apartar su cólera del exterminio Y añade: Si le perdonas, perdonado está; pero si no, bórrame a mí de tu registro. ¡Qué hombre, ungido realmente con la unción de la misericordia! Se expresa con la ternura de un padre a quien nada puede hacer feliz, si no es la dicha de los hijos que ha engendrado.

Supongamos que un hombre rico le dijese a una mujer pobre: "Entra a comer conmigo, pero deja afuera ese niño que llevas, porque llora mucho y

mucho nos vencía como ebrias de vino".

Esta comparación del amor carnal con el vino es muy acertada. Porque a la uva, una vez exprimida, ya no le queda más jugo y está condenada a perpetua esterilidad. Igualmente la carne, pisada ya por la muerte, se queda extenuada para todo placer y no revive más para sus pasiones. Por eso dice el Profeta: Toda carne es hierba y su belleza como flor campestre; se agosta la hierba, se marchita la flor. Y el Apóstol: El que siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción. La comida es para el estómago y el estómago para la comida, pero Dios acabará con lo uno y con lo otro. Piensa si esta comparación no abarca tanto a la carne como al mundo. Porque este mundo pasa y su codicia también; y así como todo lo que hay en el mundo se acaba, su fin es eterno.

No se puede decir lo mismo de los pechos. Cuando han sido agotados se llenan otra vez de la fuente del pecho materno, y lo acercan para que vuelvan a mamar. Con toda razón se afirma que los pechos de la esposa son mejores que el amor camal o mundano, porque nunca los agotará su numerosa prole. Siempre los llenan las entrañas del amor, para que fluyan de nuevo. De ellas manarán ríos de agua viva, como manantial que salta hasta la vida eterna. Este canto a los pechos de la esposa culmina con la fragancia de sus aromas, porque no sólo alimentan con el sabor de su doctrina, sino que exhalan su perfume por la fama que divulgan sus buenas obras.

Qué significan estos dos pechos henchidos de leche y con qué perfume están ungidos, lo mostraremos en otro sermón, con la ayuda de Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por siempre eternamente. Amén.

Sermón 10

Los dos pechos de la esposa. La doble leche de los dos pechos muy propia especialmente de los prelados; denuncia a los que son indignos. Diferencia en los tres perfumes. El primer perfume donde se habla de los incipientes. El segundo perfume. Que cosas no sirven para elaborar este perfume, y por que.

Ni mi inteligencia es tan profunda, ni mi ingenio tan perspicaz, que pueda atribuirme incentiva alguna. Pero la boca de Pablo es una fuente caudalosa e inagotable, abierta siempre para nosotros. Y de ese manantial sacaré, como tantas veces lo hago, materia para explicaros lo de los pechos de la esposa. Escuchadle: Con los que están alegres, alegraos; con los que lloran, llorad.

En dos palabras nos describe el amor materno. El niño jamás puede ni dolerse ni alegrarse sin la mujer que lo concibió; su gozo y su dolor confluyen necesariamente en las entrañas de su madre. En consecuencia, apoyado en la sabiduría de Pablo, asignaré esas dos afecciones a los pechos de la esposa; a uno la compasión y al otro el gozo. De lo contrario, sería aún una niña no casadera, pues todavía no le despuntan los pechos y carece de la sensibilidad necesaria para condolerse y congratularse con los demás. Y si con esa carencia asume la responsabilidad de dirigir almas o el ministerio de la predicación, además de no prestar servicio alguno se perjudicará muchísimo a sí mismo. ¡Qué gran profanación cometería si se embarcara intrusamente en ello!

Pero volvamos a los dos pechos de la esposa y, según su diversidad, consideremos sus dos clases de leche. La congratulación proporciona la leche de la exhortación, y de la compasión afluye la leche del consuelo. La madre espiritual siente en sus piadosos pechos un copioso rocío celestial, cuantas veces recibe el beso. Mira cómo se sienta inmediatamente para dar de mamar con sus pechos cargados a sus niños, consolando a uno y exhortando a otro según su necesidad. Así, por ejemplo, cuando sorprende a uno que ha engendrado en el Evangelio, sacudido por una violenta tentación, turbado, triste y desalentado Por sentirse incapaz de soportar su fuerza, es de ver cómo se conmueve, le acaricia, llora por él, lo consuela y recurre a todos los argumentos que se le ocurren, para levantar al abatido. Si por el contrario ve que está animoso, optimista y que progresa en el bien, salta de gozo, le da sus oportunos consejos, lo enfervoriza más, lo instruye en lo posible para que persevere y le exhorta a que camine siempre de mejor en mejor. Se adapta a todos, hace suyos los sentimientos de todos y muestra su maternidad lo mismo a quienes se paran cansados, como a los que siguen adelante.

¡Cuántos se muestran hoy ajenos a estos sentimientos! Me refiero a los que cargaron sobre sí con la dirección de las almas. Es imposible referirse a ello sin lamentarlo con gran dolor. En el horno de su avaricia funden el tesoro de la ignominia de Cristo, los salivazos, los azotes, los clavos, la lanza, la cruz y su misma muerte. Todo lo prostituyen, lo venden para hacer un vil negocio, y a toda prisa marcan en sus bolsas el precio de la redención universal. Sólo se diferencian de Judas Iscariote en que este valoró todos sus

Sermón 12

El tercer perfume que es la compasión: ejemplos de distintas personas que exhalaron este perfume. Como podrá exhalarlo cualquiera de nosotros. El aroma del Cuerpo del Señor simbolizado por este perfume. Como se parece al de la mujer del evangelio. La doble tentación que es la ambición y el juicio temerario. Este perfume es el de los pechos de la esposa, que es la Iglesia.

Recuerdo que os hablé de dos clases de perfumes: el de la contrición que abarca toda clase de pecados, y el de la devoción que recoge todos los beneficios. Los dos son saludables, pero no son agradables los dos. El primero hace sentir su virtud purgativa, que lleva a la compunción por el amargo recuerdo de los pecados y causa dolor; el segundo posee una cualidad lenitiva, pues la contemplación de la bondad divina es consuelo y calmante del dolor. Pero el tercer perfume es mejor que estos dos: yo lo llamaría el de la compasión. Se elabora con las indigencias de los pobres, las congojas de los oprimidos, las depresiones de los tristes, las culpas de los delincuentes y, finalmente, con todo género de miserias, incluyendo las de nuestros enemigos.

Sus componentes son despreciables, pero con ellos se elabora el perfume más aromático de todos. Y tiene una virtualidad sanativa. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Los ingredientes que forman este maravilloso perfume, digno de los pechos de la esposa y agradable para la sensibilidad del esposo, son todas las miserias concentradas y atravesadas por una mirada de expresión entrañable.

¡Dichoso el espíritu que se esfuerza por enriquecerse copiosamente recogiendo estos aromas, los rocía con el bálsamo de la misericordia y los cuece en el fuego del amor. ¿Quién crees que es ese hombre afortunado, sino el que Se apiada y presta, propenso a la compasión, siempre dispuesto a ayudar, más feliz en dar que en recibir, inclinado al perdón, lento a la ira, plenamente incapaz de vengarse, atento en todo a las necesidades ajenas como si fueran propias? Feliz tú, quienquiera que seas, si estos sentimientos invaden tu alma, empapada por el rocío de la misericordia, henchida de compasión hasta reventar tus entrañas hecha toda para todos, desechada para ti misma como un cacharro inútil, al encuentro de los demás para socorrerlos inmediatamente en toda circunstancia, y en una palabra, muerta a ti misma y viva para todos. Tú posees en verdad, feliz, este tercer perfume, el mejor; tus manos destilan su embriagadora suavidad. Las contrariedades no desvanecerán su aroma ni lo consumirá el hervor de la presunción. Siempre se acordará Dios de todas tus ofrendas y le agradará tu sacrificio.

En la ciudad del Señor de los Ejércitos hay hombres ricos: veamos si entre ellos podemos encontrar este perfume. El primero que como siempre me sale al paso es Pablo, redoma de elección, frasco de perfumes pomo colmado con todos los aromas. El era en todas partes fragancia de Cristo para Dios. Su pecho, tan embargado por la preocupación de todas las Iglesias,

¿Cómo reacciona el corazón ingrato ante su creación? Sí; he sido creado por puro amor, pero sin trabajo alguno de mi creador. Sencillamente, lo mandó y salí creado como el resto de la creación. Es muy valiosa. ¿Pero qué dificultad entraña un favor que sólo cuesta pronunciar una palabra? Así desvirtúa la impiedad del hombre este beneficio de la creación, para justificar su ingratitud. Pretexta excusas para sus pecados, cuando debía haber sido un gran motivo de amor. Pero quedó tapada la boca de los que hablan inicuamente.

Es obvio como la luz del día cuánto le costó, hombre, tu salvación: pasar de Señor a siervo, de rico a pobre, de Verbo a hombre, de Hijo de Dios a hijo del hombre. No olvides nunca que te creó de la nada, pero no te redimió de la nada. En seis días lo creó todo y a ti entre todo lo creado. Mas tu salvación la consumó a lo largo de treinta años en este mundo. ¡Cuánto sufrimiento hubo de soportar! A los dolores de su cuerpo y a las tentaciones del enemigo ¿no se añadieron y acumularon la ignominia de la cruz y el horror de la muerte? Forzosamente. Así, así salvaste, Señor, a hombres y animales, y así derrochaste tu misericordia, oh Dios.

Meditadlo y deteneos en ello. Respire estos perfumes vuestro corazón, tanto tiempo ahogado con la fetidez del pecado, y gozad estos aromas tan delicados como saludables. Mas no creáis que poseéis ya aquella excelente fragancia un elogiada de los pechos de la esposa. La premura por acabar en seguida este sermón me impide detenerme ahora en este tema. Retened en vuestra memoria lo dicho sobre los otros perfumes y probadlo en vuestra vida. Ayudadme con vuestra oración para que pueda exponeros dignamente lo que convenga a las delicias de la esposa y fomente en vuestras almas el amor del Esposo, Jesucristo Señor nuestro.

emolumentos en unos pocos denarios; estos otros, llevados de su voracidad incontenible exigen ganancias infinitas.

Las codician con deseos insaciables, les estremece perderlas, y cuando fracasan lo sienten a muerte. Se tranquilizan amándolas en la medida que les permite su zozobra para conservarlas o aumentarlas. No les preocupa lo más mínimo la perdición o la salvación de las almas. No pueden sentirse madres. Usan el patrimonio del Crucificado sólo para engrosar, engordar y nadar en la abundancia; no pueden dolerse del de- sastre de José. La verdadera madre no puede ocultarlo: lleva sus pechos y no vacíos. Sabe alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran. Del pecho de su congratulación afluye sin cesar la leche de la exhortación; y del pecho de la compasión, la leche del consuelo. Baste con lo dicho sobre los pechos de la esposa y sobre la leche que proporcionan.

Ahora os indicaré qué fragancia exhalan sus pechos, si con vuestras oraciones me ayudáis a que pueda exponeros lo que se me ha concedido entender, y consiga hacerlo como se lo merece el aprovechamiento de quienes me escuchan. Unos son los aromas del es oso y otros los de la esposa, como lo son los pechos de cada uno. Ya lo concretamos antes cuando hablamos de los perfumes del esposo. Ahora nos ocuparemos de la fragancia de la esposa. Redoblemos la atención, porque la Escritura los ha elogiado especialmente, considerándolos no ya buenos, sino excelentes. Recojo varias clases de aromas, para elegir los que más convengan para los pechos de la esposa. Hay un aroma de contrición, otro de devoción y otro de piedad. El primero es pungitivo: causa dolor. El segundo es calmante: alivia el dolor. El último es curativo: ahuyenta la enfermedad. Hablemos de cada uno detalladamente.

Hay, pues, un perfume que se lo elabora el alma enredada en muchos delitos si, cuando comienza a pensar en sus caminos, sabe recoger, amontonar y machacar en el almirez de su conciencia sus muchas y diversas especies de pecados. Y dentro de la olla de su corazón ardiente los hierve todos juntos con el fuego de la penitencia y de la contrición. Entonces podrá decir con el Profeta: El corazón me ardía por dentro; pensándolo me requemaba. El alma pecadora debe embalsamar los comienzos de su conversión con este perfume, y aplicarlo a sus recientes heridas. EL primer sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado. Mientras sea pobre y afligida y no tenga con qué hacerse un aroma mejor, procure elaborarse éste, aunque sea con estos viles ingredientes, pues Dios no des recia un corazón quebrantado y humillado. Cuanto más se humille con el recuerdo de sus pecados, será menos vil a los ojos de Dios.

Y no consideraremos ordinario este perfume invisible y espiritual, si pensamos que está simboliza o por aquel otro visible, con el que la pecadora según refiere el Evangelio ungió externamente los pies del Dios encarnado. ¿Qué nos dice el Evangelista? La casa se llenó de la fragancia del perfume. Fue derramado por las manos de una peca ora y lo extendió sobre las extremidades del cuerpo de Cristo, sobre sus pies. Y no resultó de tan mala calidad, cuando su exquisita fragancia se extendió por toda la casa. Si consideramos cómo se perfuma la Iglesia y a cuántos da vida y sólo vida la fragancia de un solo pecador que se convierte, cuando su

arrepentimiento es público y perfecto, diríamos también sin dudar y con toda justicia que por este primer aroma la casa se llenó de la fragancia de su perfume. Es más: este perfume penetra la mansión de los bienaventurados, pues la Verdad misma atestigua que los ángeles de Dios sienten gran alegría por un solo pecador que se convierte.

Alegraos, pues, los arrepentidos; cobrad ánimo los desalentados. Os lo digo a vosotros, los que recientemente os habéis vuelto del mundo, alejándoos de vuestros caminos de perversión; los que por ello os sentís sumidos en la amargura por la confusión de vuestra alma compungida, atormentados e in-quietos por el intenso dolor de vuestras heridas aún frescas. Derramen vuestras almas serenas la amargura de la mirra en esta unción que os salva, porque un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia. Nunca debemos rechazar no considerar vil un perfume, cuyo aroma suscita la enmienda de los hombres, e invita a los ángeles a que se alegren.

Hay otro perfume de mayor precio, porque es el resultado de ingredientes más refinados. Para buscar los primeros no hay que ir lejos, pues los encontramos muy cerca. Podemos tomarlos en seguida de nuestro bueno, siempre que los necesitemos. ¿Quién no tiene a mano, cuando lo desee, sus propios pecados e iniquidades, si no los oculta? Como recordáis, éstos son los componentes del primer perfume ya descrito.

Mas los del segundo no germinan en nuestra tierra; son traídos de lejos, de los confines del mundo. Ya que todo don acabado tiene de arriba, del Padre de los astros. Este perfume se extrae de los beneficios divinos otorgados al género humano. ¡Feliz el alma que los recoge minuciosamente y se esmera para reunirlos ante la mirada de su espíritu con digna acción de gracias! Cuando los haya molido, triturándolos en el almirez de su corazón con el mortero de su meditación continua, cuando los ponga a hervir en el fuego de los santos deseos y los rocíe con óleo de júbilo, resultará un perfume más valioso y exquisito que el primero. Para demostrarlo baste el testimonio del que dice: El que me ofrece acción de gracias, ése me honra. Es indudable que el recuerdo de los beneficios suscita la alabanza.

Cuando la Escritura se refiere al primer perfume se limita a decir que Dios no lo desprecia; pero claramente encomia más al segundo, porque lo honra. Además, aquél se aplica a los pies y éste a la cabeza. Si en Cristo hace referencia a su divinidad, como dice Pablo: La cabeza de Cristo es Dios, el que da las gracias unge sin duda la cabeza, pues toca a Dios, no a un hombre. No es que deje de ser hombre porque es Dios, pues Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, sino que todo don procede de Dios, no del hombre, a pesar de que los sirva un hombre.

Sólo el Espíritu da vida, la carne no sirve para nada. Por eso, maldito el que confía en un hombre y busca su apoyo en la carne, pues aunque toda nuestra esperanza descansa con razón en el Dios hombre, no lo es en cuanto hombre, sino en cuanto Dios. Por eso el primer perfume se aplica en los pies, y el segundo en la cabeza: la humillación de un corazón contrito corresponde a la humildad de la carne, y la glorificación es propia de la majestad. Tal es el perfume del que os he hablado: aquel ante quien tiemblan las Potestades no lo considera indigno de que perfume su cabeza. Incluso lo estima como un gran

vive guiado por el espíritu, sabe cuánto les falta para ser completas y perfectas estas tres facultades, mientras vivimos en este mundo. ¿No será porque Dios no es todavía todo par: todos? De aquí se deriva que la razón se engañe en sus juicios con tanta frecuencia, que a voluntad se vea sacudida por cuatro desórdenes, y que la memoria se desconcierte por sus muchos olvidos. La noble criatura se ve doblegada con este triple fracaso, no por gusto, aunque abriga una esperanza. Pues el que sacia de bienes todos los anhelos, será plenitud luminosa para la razón, torrente de paz para la voluntad, presencia eterna para la memoria. ¡Oh amor, verdad, eternidad! ¡Santa y feliz Trinidad! Por ti suspira desde su desgracia esta mi trinidad, desgraciada por su infeliz destierro lejos de ti. ¡Con cuántos errores, sufrimientos y miedos se enredó por separarse de ti! ¡Ay de mí! ¿Cómo hemos trastocado esta trinidad contra la tuya! Siento palpitar mi corazón, y me duele mi ser; me abandonan las fuerzas, y me estremezco; me falta hasta la luz de los ojos, y caigo en el horror. ¡Ay, trinidad de mi alma, te expatriaste al pecar y mira ahora tu gran desemejanza con la Trinidad!

¿Mas por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo cuando se aleje de la razón el error, de la voluntad el sufrimiento, de la memoria todo temor, y les revele lo que esperamos: una maravillosa serenidad, una dulzura absoluta, una seguridad eterna. Lo primero será obra del Dios verdad, lo segundo del Dios amor y lo tercero del Dios omnipotencia. Así será Dios todo para todos, cuando la razón reciba la luz inextinguible, cuando la voluntad llegue a la paz imperturbable, cuando la memoria se acerque para siempre a la fuente inagotable.

Vosotros mismos sabéis asignar lo primero al Hijo, lo segundo al Espíritu Santo, lo tercero al Padre. Pero lo haréis sin sustraer nada de ello al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, de modo que la distinción de personas no menoscabe la plenitud, ni la perfección recaiga en detrimento de la propiedad. Considera también si los que pertenecen a este mundo son capaces de experimentar algo semejante en los placeres de la carne, en los espectáculos mundanos y en las ostentaciones de Satanás; pues como dice Juan, así engaña esta vida a sus desgraciados secuaces: Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de los bienes terrenos. Esto a propósito de los frutos de la redención.

Si recordáis el modo de llevarla a cabo, dijimos que fue el anonadamiento de Dios; y os recomiendo que consideréis otros tres aspectos. Aquel anonadamiento no fue algo trivial o insignificante; porque se vació de sí mismo hasta asumir la carne, la muerte, la cruz. ¿Quién ponderará suficientemente toda la humillación, la bondad y la condescendencia que supuso el hecho de que el Señor soberano se revistiera de la carne, fuera condenado a muerte e infamado con la cruz? Dirá alguno: ¿no pudo el Creador reparar su obra sin tanta complicación? Claro que pudo; pero prefirió su propia afrenta. Así le ahorraba al hombre toda ocasión de incurrir en el pésimo y abominable crimen de la ingratitud. Asumió muchos sufrimientos que le inducirían al hombre a un gran amor. Y las dificultades de la redención le incitarían a darle gracias, cuando la facilidad de su creación le inspirase una devoción muy poco agradecida.

no merezco el perdón. No, de ningún modo. Es mayor su ternura que cualquier iniquidad. Por eso el justo no se acusa incesantemente; sólo cuando comienza a hablar. E incluso al terminar concluye alabando a Dios. Ved, efectivamente, qué orden sigue: He examinado mis caminos, para enderezar mis pies a tus preceptos. Encuentra primero el dolor de la contrición y la desdicha en sus propios caminos, para gozar después en la senda de los preceptos de Dios, como si fuesen toda su riqueza.

Vosotros también, a ejemplo del justo, cuando os sintáis humillados, recordad igualmente la bondad del Señor. Sí podéis leer en el libro de la Sabiduría: Creed que el Señor es bueno y buscadlo con un corazón sencillo. El recuerdo frecuente e incluso habitual de la generosidad de Dios induce fácilmente al espíritu a pensar así. De otra manera, no sería posible cumplir lo que dice el Apóstol: Dad gracias en toda circunstancia, si se ausentasen del corazón los motivos de la gratitud. No quisiera echaros a cuestas aquella afrenta de los judíos con que os acusa la Escritura: que olvidaron las obras de Dios y las maravillas que les había mostrado.

Pero jamás hombre alguno será capaz de traer a la memoria y recoger todos los bienes que el Señor piadoso y clemente derrama sin cesar sobre los mortales: ¿Quién podrá contar las hazañas de Dios, pregonar toda su alabanza? Que al menos los redimidos nunca olvidemos su obra primordial y más sublime, la de nuestra redención. A este propósito trataré de inculcaros de manera especial, y lo más sucintamente que pueda, dos cosas que ahora se me ocurren, acordándome de aquella sentencia: Instruye al docto y será más docto.

Se trata del modo cómo realizó la redención y del fruto que con ella consiguió. ¿El modo? El anonadamiento de Dios. ¿El fruto? Nuestra divinización. Meditar en lo primero es sembrar la santa esperanza; en lo segundo, incitar el amor supremo. Necesitamos las dos cosas para avanzar en el espíritu: la esperanza sin amor sería servir por un salario; el amor se enfriaría si creyésemos que es infructuoso.

Nosotros esperamos de nuestro amor el fruto que nos prometió aquel a quien amamos: Una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. A mi entender, una medida sin medida.

Pero me gustaría saber de qué será esa medida, o mejor esa inmensidad que se nos promete: jamás ojo vio un Dios fuera de ti que preparase tantas cosas para los que le aman. Tú que lo preparas, dinos qué nos preparas. Nosotros creemos y confiamos de verdad, tal como lo prometes, que nos saciaremos de los bienes de tu casa. Pero ¿cuáles son estos bienes? ¿Consistirán acaso en trigo, vino y aceite, oro y plata o piedras preciosas? Todo eso ya lo hemos conocido, lo hemos visto y lo vemos, pero lo desechamos. Buscamos lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado. Eso es lo que nos complace, lo que saboreamos y nos deleita buscar, sea lo que fuere. Todos serán discípulos de Dios y él será todo para todos. En definitiva, la plenitud que esperamos de Dios no será sino el mismo Dios.

¿Quién podrá vislumbrar toda la dulzura que encierran estas cuatro palabras: Dios será todo para todos? Prescindiendo del cuerpo, percibo claramente en el alma la razón, la voluntad y la memoria: las tres constituyen su esencia. Todo el que

honor, diciendo: El que me ofrece acción de gracias, ése me honra.

Por esta razón no es propio de pobres y de humildes, y de corazones apocados preparar un perfume cuyos aromas y componentes estén impregnados únicamente de confianza, porque procede de la libertad de espíritu y de un corazón puro. El alma ruin y de fe débil se ve limitada por la precariedad de sus medios, y su pobreza no le permite una ociosidad suficiente para entregarse a la alabanza de Dios o a la contemplación de sus beneficios, que propicien esa alabanza. Si alguna vez se esfuerza por hacerlo, a punto le requieren sus intereses, porque son apremiantes las exigencias de sus preocupaciones domésticas, forzada a encerrarse en sí misma por su propia necesidad.

Si me preguntáis cuál es la causa de esta miseria, diría que, si no me equivoco, vosotros la habéis experimentado o la estáis experimentando. Yo creo que esta languidez y desconfianza del alma suele derivarse de dos causas: o de que la conversión es aún muy reciente o de una vida monástica tibia, aunque haya pasado mucho tiempo desde la conversión. Ambas cosas humillan, deprimen e inquietan la conciencia; bien por la tibieza o por ser reciente la conversión, siente que las pasiones pretendas de su corazón no han muerto aún en ella. Siente necesidad de arrancar del huerto de su interior los espinos de las iniquidades y las ortigas de las concupiscencias, y ve que no puede liberarse de ellas. ¿Qué hacer? Agotado de gemir, ;podrá al mismo tiempo regocijarse con las alabanzas a Dios? ¿Cómo sonaría en su boca, cansado de lamentarse y llorar, aquella acción de gracias al son de instrumentos del profeta Isaías? Porque como aprendimos del Sabio: Historia a destiempo es música en duelo.

Finalmente, la acción de gracias no precede al beneficio; es su consecuencia. Mas el alma que vive todavía triste no se goza por los beneficios, más bien los necesita. Tiene, por tanto, motivos para implorar, no para dar gracias. ¿Cómo puede recordar un beneficio que no ha recibido? Por esto dije que no corresponde a un alma indigente elaborar un perfume que debe contener un concentrado de los beneficios divinos.

Es imposible ver la luz, sumido en el abismo de las tinieblas. Yace en la amargura, su memoria está poseída por el triste recuerdo de los pecados y rechaza todo pensamiento alegre. Y la interpela el espíritu profético diciendo: Es inútil que madruguéis. Que quiere decir: en vano os empeñáis en contemplar los beneficios que alegran el corazón, si antes no recibís la luz que os consuele de las culpas que os inquietan. Este perfume no está al alcance de los pobres.

Mirad, en cambio, quiénes son los que no sin razón pueden vivir satisfechos de su riqueza: Los Apóstoles salieron del Consejo contentos de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús. Estaban colmados de la infusión del espíritu, porque se mantuvieron en su apacibilidad aún a costa, no ya de las injurias, sino incluso de los azotes. Su riqueza era el amor que no se agota a ningún precio, y ello les bastaba para ofrecer sin esfuerzo víctimas cebadas. Sus pechos transpiraban el santo perfume que los empapaba, cuando empezaron a hablar en diferentes lenguas las maravillas de Dios, según el Espíritu les concedía expresarse. También están impregnados de estos

perfumes aquellos a quienes se refiere el Apóstol: Continuamente doy gracias a Dios por vosotros, por la gracia que os ha concedido mediante Cristo Jesús, pues por su medio os ha hecho ricos de todo, de todos los dones de palabra y de conocimiento; así se vio confirmado entre vosotros el testimonio de Cristo, hasta el punto de que no carecéis de nada. Ojalá pudiese yo dar gracias así por vosotros, viéndoos ricos en virtudes, fervorosos para la alabanza de Dios, llenos hasta rebosar de plenitud espiritual, en Cristo Jesús Señor nuestro.

Sermón 11

Exhortación a la acción de gracias. La materia principal de la acción de gracias es el modo y el fruto de la redención. El fruto de la redención consiste en tres cosas: el modo de la redención consiste en otras tres.

Al terminar el sermón anterior os dije, y no me pesa repetirlo, cuánto deseo que todos vosotros exhaléis esa sagrada unción que recoge los beneficios de Dios en la gozosa gratitud de la santa devoción. Esto es muy saludable; tanto porque alivia las penas de la vida presente, al volverse más tolerables cuando vivimos la alegría de la alabanza de Dios, cuanto porque nada anticipa tanto aquí en la tierra la paz de los conciudadanos del cielo como alabar a Dios con vivo entusiasmo. Así lo dice la Escritura: Dichosos los que viven en tu casa, Señor, alabándote siempre. Pienso que a este perfume se refiere principalmente el Profeta cuando dice: Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos. Es ungüento precioso en la cabeza. Pero esto no guarda relación con el primer perfume. Aquél es bueno pero no agradable, pues el recuerdo de los pecados deja amargura y no engendra alegría. Además los que lloran sus pecados no viven juntos, ya que cada uno llora y deplora sus pecados personales. Mas los que viven en acción de gracias, sólo miran a Dios que atrae toda su atención, y por eso conviven realmente entre sí. Su actitud es buena, porque toda la gloria se la dan al Señor, a quien corresponde en justicia, y además es muy agradable por el gozo que reporta.

Así pues, amigos míos, os exhorto a que intentéis salir del molesto y angustioso recuerdo de vuestros pecados y caminéis por las sendas más cómodas del recuerdo sereno de los beneficios de Dios. De este modo, contemplándole a él, os aliviaréis de vuestra propia confusión. Mi deseo es que experimentéis el consejo del santo Profeta, cuando dice: Sea el Señor tu delicia y él te dará lo que pide tu corazón. Ciertamente es necesario el dolor de los pecados, pero no continuo. Hay que variarlo con el recuerdo más agradable de la ternura divina, no sea que la tristeza endurezca el corazón y acabe en desesperación. Añadamos algo de miel al ajenjo; la amargura será saludable y redundará en salvación sólo cuando pueda beberse suavizada con la dulzura introducida.

Escucha finalmente a Dios: él mitiga el sinsabor del corazón quebrantado, sacando al abatido del abismo de la desesperación, consolando al afligido con la miel de sus promesas y animando al desalentado. Lo dice por el Profeta: Moderaré tus labios con mi alabanza para no aniquilarte. Es decir: "Para que no caigas en una tristeza extrema al contemplar tus maldades, para que desesperado no caigas como si te arrojara un caballo desbocado, porque perecerías, yo te contengo con el bocado de la brida, saldrá al paso mi indulgencia, te reconfortaré con mis alabanzas. Tú que te ofuscas con tus males, sentirás alivio en mis bienes y descubrirás que es mayor mi benignidad que todas tus culpas".

Si Caín hubiese sido detenido con ese freno nunca habría dicho en su desesperación: Mi culpa es muy grave y

con toda la atención de tu mente circunspecta; y ámale con todas tus fuerzas, sin que te atemorice morir por su amor, como se nos dice con estas palabras: "Es fuerte el amor como la muerte, es cruel la pasión como el abismo". Sea el Señor Jesús tierno y dulce para tu afecto. Así neutralizará la seducción halagadora y torpe de la vida, y una dulzura sobrepasará a la otra, como un clavo extrae otro clavo. Sea también Jesús luz previa de tu entendimiento y guía de tu razón: para precaverte contra los lazos de la engañosa herejía, manteniendo la fe limpia de su malicia, y para evitar cautamente la excesiva e indiscreta vehemencia de tu vida.

Sea tu amor fuerte y constante, para que no huya ante los temores, ni se desmorone por los sufrimientos. Amemos, por tanto, afectuosamente, recatadamente, valerosamente. Seamos conscientes de que el amor del corazón, llamado afectivo, sin el amor que asignamos al alma, es sí, muy dulce, pero puede ser engañado; a su vez, el amor del alma sin un amor fuerte será racional, pero frágil.

Considera ahora los ejemplos que confirman con toda evidencia lo que hemos afirmado. Los discípulos acogieron muy mal las palabras de Jesús, cuando les anunció su ascensión y les dijo: Si me amarais, os alegraríais de que me vaya con el Padre. Por tanto, ¿debemos concluir que no le amaban a él si les apenaba tanto su ausencia? En cierto sentido le amaban y no le amaban. Le amaban afectivamente, pero sin cautelas; le amaban carnalmente, pero sin discernimiento; le amaban con todo el corazón, pero no con toda el alma. Su amor era un obstáculo para su propia salvación. Por eso les decía: Os conviene que yo me vaya, reprochándoles su falta de juicio, no su afecto. Asimismo, cuando les hablaba de su muerte, Pedro se obstinaba en oponerse a ello y, como sabéis, le reprendió increpando a quien le amaba tiernamente. ¿Por qué le reprendió sino por su imprudencia? Cuando le decía: Tu idea no es la de Dios, ¿acaso no venía a decirle: no amas juiciosamente, porque te dejas llevar de un afecto humano y te opones al plan de Dios? Y lo llamó Satanás, pues el que se opone a que muera el Salvador rechaza, aun sin saberlo, la salvación.

Por eso, después de ser amonestado, no se opuso a su muerte cuando volvió a mencionarla; incluso le prometió que moriría con él. Pero no lo hizo, porque aún no había llegado a ese tercer grado de amor por el que se ama con todas las fuerzas. Sabía ya que se debe amar con toda el alma, pero aún era débil; no le faltaba conocimiento, pero careció de ánimo; no se le ocultó el misterio, pero temía e] martirio. No fue su amor fuerte como la muerte, pues sucumbió ante la muerte. Pero sí poco después, una vez ceñido del poder de lo alta, prometido por Jesucristo. Entonces comenzó a amar con tal valor, que cuando el Consejo le prohibió predicar el santo nombre, respondió obstinadamente: Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. Amó con todas sus fuerzas y expuso su vida por el amor. Porque no hay amor más grande que dar la vida por los amigos, y aunque entonces no la dio, a menos la expuso.

Por tanto, el amor consiste en amar con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, sin dejarse arrastrar por la adulación, ni seducir por el engaño, ni abatir por las injurias.

Observa, sin embargo, que el amor del corazón es en cierto sentido carnal, porque se siente afectado más

Sermón 14

Presentación de la querella entre la sinagoga y la Iglesia. Por que la Iglesia ocupa el puesto de la sinagoga. Distinción entre la esposa, las vírgenes y las compañeras. Sufrimientos de san bernardo al comienzo de su conversión, y porque acontece eso en nosotros. La sinagoga posee el bálsamo, pero no lo destapa; por que el nombre del esposo se compara al bálsamo.

Dios se manifiesta en Judá, su nombre es grande en Israel. El pueblo gentil que caminaba en tinieblas, vio una luz intensa en Judá y en Israel, y quiso acercarse para recibir su luz. Así, los que antes no eran pueblo, ahora serían pueblo de Dios, y la piedra angular uniría en el vértice a las dos paredes de dirección opuesta: en adelante su morada sería la paz de Jerusalén. Gran confianza le infundió la invitación de aquella voz que ya había resonado en ellos: Alegraos, naciones con su pueblo. Por fin, decidió acercarse; pero el puso el veto la Sinagoga, empeñada en que la Iglesia de los gentiles era impura e indigna, echándole en cara la torpeza de sus idolatrías y la ceguera de su ignorancia. Se decían entre sí las dos: ¿qué derechos alegas tú? No te acerques". -"¿Es que Dios es sólo Dios de los judíos? ¿No es también Dios para los gentiles? Reconozco que no tengo mérito alguno; pero a él le sobra misericordia. ¿O es que sólo conoce la Justicia? También es compasivo. Señor, cuando me alcance tu compasión, viviré. Grande es tu ternura, Señor, dame vida según tu justicia, que tu perdón es misericordia".

¿Qué partido tomaría el Señor, justo y misericordioso a la vez? La primera, orgullosa de su ley, aplaude su justicia, porque no necesita misericordia, y desprecia a quien la debe mendigar. La segunda, al contrario, consciente de sus propios delitos, reconoce su indignidad, no desea ser juzgada e implora misericordia. ¿Qué hará el Juez ahora, este Juez a quien ambas cosas le son familiares, la justicia y la misericordia? Lo cierto es que ninguna de las dos influye en él más decisivamente. Qué cosa mejor que complacer el deseo de ambas, haciendo justicia e impartiendo misericordia? El judío exige Juicio y se realizará; y el gentil dará gloria a Dios por su misericordia. Esta fue la sentencia: los que menosprecien una justicia misericordiosa de Dios, por pretender establecer la suya -que no justifica sino que acusa-, serán abandonados a su propia justicia y en ella se verán oprimidos, no justificados.

Nos referimos expresamente a la ley, que nunca condujo a la perfección; a ese yugo que ni ellos ni sus padres fueron capaces de soportar. Pero la Sinagoga se cree fuerte; no mira si la carga es ligera y el yugo llevadero. Se cree sana y no necesita médico ni unción del Espíritu. ¿Confía en la ley? Que le libere, si puede. Pero no se dio una ley capaz de dar vida, sino que además la muerte: Porque la letra mata. Por eso os he dicho que os llevarán a la muerte nuestros pecados. Este es el juicio que solicitas con insistencia, Sinagoga. Por obcecada y tenaz serás abandonada a tu error, hasta que entre el conjunto de los pueblos a los que tu soberbia desprecia y tu envidia rechaza; entonces reconocerán ellos también al mismo

Dios que se manifiesta en Judá, y cuyo nombre es grande en Israel.

Ha venido a este mundo precisamente para abrir un juicio, por el que los que no ven verán, y los que ven quedarán ciegos, pero sólo una parte. Porque el Señor no abandonará a todo el pueblo, conservando para sí como semilla a los Apóstoles y al grupo de los creyentes, que pensaban y sentían unánimes. Ni los rechazará para siempre, porque salvará a sus restos. Auxiliará de nuevo a Israel su siervo, acordándose de su misericordia. Ni en ese juicio del que le descartan por entero, estará ausente su compañera, la misericordia. De lo contrario, si solo contemplase sus méritos, sería un juicio sin corazón para quienes nunca tuvieron corazón.

Lo grave es que Judá tiene en abundancia perfume del conocimiento de Dios, pero con mezquina avaricia lo guarda para sí, como frasco bien cerrado. Le pido un poco, pero no se compadece, no lo presta. Desea poseer ella sola el culto de Dios, conocerle ella sola, gozar ella sola de su santo nombre; y no por celos suyos, sino porque me odia.

Mas tú, Señor, defiende mi causa. Propaga todavía más la grandeza de tu nombre y sigue derramando tu bálsamo. Que aumente, que rebose, que se vacíe y llegue a todas las naciones, para que todos vean la salvación de Dios. ¿Por qué razón pretende el judío ingrato que ese ungüento salvador se vierta entero sobre la barba de Aarón? No es propiedad de la barba, sino de la cabeza; y la cabeza no existe sólo para la barba, sino para el cuerpo entero. Sea ella la primera en ser ungida, pero no la única; baje también hasta la orla más inferior lo que ella recibió primero: Que baje y llegue a los pechos de la Iglesia ese aroma celestial. Lo desea tan ávidamente que no le repugna que antes pase por esa barba. E impregnada del rocío de la gracia dirá irradiando gratitud: Tu nombre es como bálsamo fragante.

Pero te pido también que sobre algo y llegue hasta la franja de su ornamento, es decir, hasta mí, que soy el último y más indigno de todos, pero al fin, parte de tu manto. También lo imploro para mí a su pechos maternales, como niño en Cristo, pero sólo por misericordia. Y si protestase algún adulto que ve con malos ojos tu generosidad, presta oído atento a mi súplica: ¡Sal fiador por mí!, tú, y no la arrogancia de Israel. Es más, justifícate a ti mismo y di a mi acusador -pues a ti te calumnia porque eres dadivoso-, díselo tú: Quiero darle a este último lo mismo que a ti. ¡Cuánto le desagrada esto al fariseo! ¿Qué murmuras entre dientes? Sí, mi único derecho es el deseo del juez. ¿Hay una prerrogativa más justa o un premio más espléndido? ¿Es que no tiene libertad para hacer lo que quiera en sus asuntos? No es injusto contigo por ser misericordioso conmigo. Toma lo tuyo y vete. ¿Qué pierdes tú si él ha resuelto salvarme?

Exagera cuanto quieras tus méritos y pregona tus trabajos; la gracia de Dios vale más que la vida. Lo reconozco: no he cargado con el peso del día y del bochorno; pero así lo ha querido el Señor de la casa y llevo un yugo soportable, una carga ligera. Apenas he trabajado una hora, y si ha sido algo más, el amor me ha impedido sentirlo. El judío pondrá en juego todas sus fuerzas; a mí me basta gozar del amor de Dios, bondadoso, compasivo y perfecto. Por él puedo suplir todas las deficiencias tanto en el modo de actuar como en el tiempo. El judío se apoya en un pacto mutuo; yo en la complacencia

quienes amó de esta manera, si no los hubiese amado antes.

Amó, pues, tiernamente, sutilmente, valientemente. Digo que su amor fue tierno, porque se vistió con nuestro cuerpo; sutil, porque canceló la culpa; valiente, porque arrostró la muerte. Pero a quienes visitó en la carne, nunca los amó carnalmente, sino en la prudencia del espíritu. Pues el aliento del ungido del Señor es el aliento de nuestra boca. Tuvo celos de nosotros, pero celos de Dios, no humanos; un amor más puro que el del primer Adán a Eva su mujer. Nos buscó en la carne, nos amó en el espíritu, nos rescató valerosamente. Contemplar al Creador del hombre haciéndose hombre, nos embarga con un inmenso consuelo de máxima ternura. Pero cuando cautamente alejó de la culpa a su naturaleza, arrojó vigorosamente de esa misma naturaleza a la muerte. Cuando asume la carne, se rebaja a su nivel; evitando toda culpa, defendió su dignidad; aceptando la muerte, satisfizo al Padre. Y fue amigo entrañable; consejero prudente, defensor poderoso.

Me fío totalmente de quien quiso, supo y pudo salvarme. Al que buscó, también lo llamó con su gracia; ¿y echará fuera a quien vaya hacia él? No me atemorizo ante violencia o fraude alguno que pretendan arrancarme de sus manos. Porque él pudo derrotar a la muerte, la invasora universal. Y más inteligente y poderoso, venció con una sagacidad más justa a la serpiente, seductora del mundo. Asumió realmente la carne y la apariencia del pecado; así mostraba por una parte la dulzura de su consuelo al débil, y por otra ocultaba sutilmente al diablo la trampa de su engaño. Para reconciliarnos con el Padre, se entregó y dominó valerosamente a la muerte, derramando su sangre como precio de nuestro rescate. Si no me hubiese amado con tal ternura, no me habría buscado su majestad en mi cárcel; pero unió el amor con la sabiduría para engañar al tirano; lo unió a la paciencia para aplacar la ofensa a Dios Padre.

Tal como os prometí, os he mostrado cómo debe ser el amor; mas primero os lo he descrito en Cristo, para que lo valoréis más.

Aprende de Cristo, cristiano, cómo debes amar a Cristo. Aprende a amar entrañablemente, amar cautamente, amar valerosamente: entrañablemente, para que, seducidos no nos arranquen del amor de Dios; cautamente, para que decepcionados no nos alejemos de él; valerosamente, para que, violentados, no nos aparten de su amor. Sea la sabiduría de Cristo tu mayor dulzura, para que no te arrastre ni la gloria del mundo ni los placeres carnales.

Sea la luz de Cristo tu verdad, para que no te engañe el espíritu de la mentira o del error. Sea tu fuerza el poder de Cristo, para que no te canses en tus tribulaciones. Que el amor inflame tu ce o, lo informe la ciencia y lo confirme la constancia. Sea tu amor ferviente, recatado, invulnerable. No conozca la apatía, ni carezca de discreción, ni sea tímido. Considera que la ley te exige estas tres cosas, cuando dice: Amaras al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas. Si no surge otra interpretación más acertada de esta triple distinción, yo creo que el amor del corazón se refiere al celo del afecto, el amor del alma a la sutileza o juicio de la razón, y la fuerza del amor puede guardar relación con su constancia y su entereza.

Ámale, pues, al Señor, con todo el afecto de tu corazón entero; ámale

Sermón 20

Como se enciende al máximo el amor al Señor Jesús. Sobre los tres modos como el Señor Jesús nos demostró su amor. Sobre las tres maneras como debemos ascender al amor del Señor Jesús. El ejemplo de los apóstoles para demostrar este amor. Del amor del corazón, que en cierto modo es carnal, y cual es su medida. Sobre el amor del alma o de la virtud, que es racional y espiritual.

Comenzará este sermón con aquellas palabras del Maestro: El que no ame al Señor Jesús, sea un separado. Debo amarle con todo mi ser: gracias a él existo, vivo y saboreo las cosas. Mi ingratitud sería algo indigno. Es reo de muerte, Señor Jesús, el que se niegue a vivir para ti: de hecho va ha muerto. Quien no te aprecie, ha perdido el juicio; el que se empeña en no existir para ti, se derrite en la nada, es pura nada. Pues, ¿Qué es el hombre sino lo que tú le concediste? Tú, Dios, lo hiciste todo para ti y el que pretenda ser para él mismo y no para ti, se inicia ya aquí en la nada. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es ser hombre. Luego si eso es ser hombre, sin eso el hombre se reduce a la nada. Doblega ante ti, Señor, este insignificante ser que te has dignado concederme. Te pido que acojas la ofrenda del resto de mis años que me quedan en esta vida llena de miserias. No desprecies, Dios mío, este corazón contrito y humillado, por todos los años que perdí viviéndolos perdidamente.

Mis días son como una sombra que se alarga; transcurrieron en la esterilidad. Ya no puedo recuperar os; permíteme rumiarlos ante ti con amargura de mi alma. Todas mis ansias están en tu presencia, no se te ocultan mis gemidos. Tú sabes que por escasa que fuese mi insensatez, la reservaría para ti. Pero tú, Dios, conoces mi insensatez, a no ser que quizá el mero hecho de reconocerla, aunque sea un don tuyo, sea ya un atisbo de sabiduría. Auméntala tú; mucho te lo agradeceré por insignificante que sea, y me esforzaré por adquirir o que me alta. Por todo esto que me has concedido, yo te amo cuanto puedo.

Pero hay algo que me conmueve más, me apremia más me inflama todavía más: es; buen Jesús, el cáliz que bebiste; a obra de nuestra redención. Ella reclama sin duda, espontáneamente, todo nuestro amor. Cautiva toda la dulzura de nuestro corazón, le exige con la justicia más estricta, le compromete con mayor rigor y le afecta con mayor vehemencia. Porque le exigió muchos sufrimientos al Salvador. No le costó tanto la creación del universo entero: él lo dijo, y existió; él lo mandó y surgió. Pero ahora tendrá que soportar a cuantos se oponen a su doctrina, a los que espían sus obras, a los que le insultan entre tormentos y lo vituperan por su muerte. Mira cómo amó. No olvides que su amor no que mera devolución, sino una entrega total.

¿Quién le ha prestado para que le devuelva? Como dice el Evangelista Juan, no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó primero. Amó a quienes aún no existían y amó incluso a los que rechazaban su amor. Así lo afirma la autoridad de Pablo: Cuando éramos enemigos de Dios, nos reconcilió con él por la muerte de su Hijo. Si no hubiese amado a sus enemigos no los tendría por amigos; como tampoco existirían aquellos a

de su amor. Confío, y no temerariamente, porque él nos da gratuitamente la vida. El me reconcilia con el Padre, me devuelve la herencia y me colma de agasajos: música, cantos, banquetes y alegría exultante de toda la familia, que me inundan del gozo más desbordante. Si mi hermano mayor se indigna y prefiere comer fuera con sus amigos un cabrito, negándose a compartir conmigo en la casa del Padre el ternero cebado, le reprocharán: Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hijo mío se había muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y se le ha encontrado.

La Sinagoga sigue banqueteando fuera con sus amigos los demonios felices porque en su necedad devora aprisa el cabrito de la iniquidad llevándolo y en cierto modo ocultándolo enloquecida en el vientre de su estúpida simplicidad. Desprecia la santidad de Dios, porque pretende establecer la suya, y afirma que no peca; que no necesita matar el ternero cebado, porque se considera limpia y justa por el cumplimiento de la ley.

Pero la Iglesia, rasgada la cortina de la letra que mata, gracias a la muerte del Crucificado, penetra en la intimidad por el espíritu de libertad, se ve acogida, se vuelve grata, ocupa el lugar de su rival, pasa a ser esposa; goza de los abrazos conquistados, se une en el fervor del espíritu a Cristo el Señor estrechándose con él, exhala el perfume de fiesta y lo difunde a su paso entre todas sus compañeras, y acogiéndolo exclama: Tu nombre es como bálsamo fragante. ¿Es de extrañar que sea ungida la que se abraza con el ungido?

La Iglesia, pues, se acuesta en la cámara del esposo, mas por ahora es la Iglesia de los perfectos. Aunque también lo esperamos nosotros. Los que no somos perfectos, alegres en la esperanza, pasemos la noche fuera. Mientras, el esposo y la esposa, solos, permanezcan dentro. Gocen de sus mutuos abrazos secretos, sin sentir la conmoción de los deseos carnales ni la perturbación de los sentidos. Esperen afuera las muchachas que aún no pueden vencer esas pasiones. Aguarden confiadamente, convencidas de que a ellas se refieren estas palabras: La llevan ante el rey con séquito de vírgenes, la siguen sus compañeras. Y para que cada una sepa de qué espíritu es, llamo "vírgenes" a las almas entregadas a Cristo, antes de contaminarse con los halagos mundanos, y que se mantienen fieles al que se consagraron, tanto más dichosas cuanto más anticipadamente lo decidieron. Y considero "compañeras" a las que prostituyeron torpemente su anterior deformidad con toda - suerte de concupiscencias carnales a los jefes de este mundo, es decir, a los espíritus inmundos. Pero finalmente se alejaron confusas, afanándose por reformar en ellas la forma del hombre nuevo, con tanta mayor sinceridad cuanto más tarde lo hicieron.

Avancen siempre unas y otras, no se desalienten ni se cansen, aunque se crean incapaces de exclamar con sinceridad: Tu nombre es como bálsamo fragante. Se sienten principiantes indignas de hablar espontáneamente al esposo. Pero si se esmeran en seguir de cerca los pasos de su maestra, gozarán al menos del perfume que lleva e incluso se animarán a buscar y percibir otros más exquisitos.

No me sonroja confesar que yo también, con frecuencia, sobre todo al comienzo de mi conversión, duro y frío aún mi corazón, buscaba al amor de mi

alma. No podía amar al que aún no había encontrado, o le amaba menos de lo que yo deseaba, y por eso le buscaba para amarle más; aunque tampoco le habría buscado si no le amase ya de alguna manera. Y cuando añoraba calor y paz para mi espíritu, aunque lánguida y perezosamente, no encontraba a nadie que me socorriese; alguien que derritiese aquel hielo invernal que me entumecía el alma, y me devolviese la apacible suavidad primaveral. Todo esto me deprimía, me sumía en el abatimiento, y mi espíritu yacía en la mayor aversión, triste y casi desesperado, musitando interiormente: ¿Quién puede resistir su frialdad?

Pero de improviso, con la conversación o simple presencia de alguna persona espiritual, a veces por el puro recuerdo de algún difunto o ausente, soplaba su aliento, corrían las aguas y las lágrimas eran mi pan noche y día. ¿Qué era esto sino el bálsamo embriagador del perfume que aquella persona exhalaba? No era la unción sino un aroma que lo percibía solamente a través de otro ser humano. Me alegraba de aquel don, pero tan tenue exhalación me avergonzaba y humillaba, pues no me impregnaba de la infusión copiosa. Atraído por el aroma, pero sin tocarlo, me veía del todo indigno para saborear al mismo Dios.

Cuando ahora vuelve a sucederme lo mismo, recibo ávidamente el don que se me ofrece y lo agradezco, pero me aflige no haberlo merecido por mí mismo y no tomar o, como suele decirse, en mis propias manos, aunque lo pida con insistencia. Me llena de confusión el que me afecte más el recuerdo de los hombres que el de Dios. Y exclamo gimiendo: ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Pienso que alguno de vosotros lo habéis experimentado y lo experimentaréis aún.

¿Qué podemos concluir? Que así se doble a más nuestra soberbia, nos mantenemos en la humildad, fomentamos el amor fraterno y se inflama nuestro deseo. Un mismo alimento viene a ser medicina para los enfermos y preventivo para los enfermizos; robustece a los débiles y sustenta a los fuertes. Cura la enfermedad y conserva la salud, alimenta el cuerpo y deleita el paladar.

Pero volvamos a las palabras de la esposa, procuremos escuchar lo que dice y degustemos también lo que ella saborea. Como dije, la esposa es la Iglesia. A ella es a quien tanto se le ha perdonado y la que tanto ama. Lo que su rival le echa en cara como una afrenta, ella lo convierte en provecho propio. Desde entonces acoge con mayor mansedumbre la corrección y se esfuerza con mayor paciencia; ama con más ardor, vela con más cautela, se conoce a sí misma con más humildad, se juzga con más sencillez, obedece can más disponibilidad, da gracias con más devoción y delicadeza. En resumen, mientras que la sinagoga, como hemos dicho, evoca jactanciosamente sus méritos, su entrega, su trabajo a pleno sol, la Iglesia recuenta los beneficios diciendo: Tu nombre es como bálsamo fragante.

Esto es el testimonio palmario de Israel, que celebra el nombre del Señor. Pero no el de aquel Israel según la carne, sino el espiritual. ¿En qué podría apoyarse el primero de los dos? No es que carezca de perfume, pero no quiere derramarlo. Lo posee, pero escondido; lo conserva en las Escrituras, pero no en los corazones. Se aferra a la materialidad de la letra, toma con sus manos el frasco colmado, pero tapado, y no lo abre para

Esto os afecta quizá indirectamente a vosotros que acabáis de llegar al monasterio. Porque este lenguaje espiritual desaprueba vuestra vehemencia menos discreta, incluso vuestra obstinada intransigencia, que muchas veces intento reprimir. Os empeñáis en no contentaros con la vida común. No os bastan los ayunos señalados por la regla, ni las solemnes vigilias, ni la observancia regular. Os parece excesivo el vestido y el alimento que os damos; preferís la singularidad a lo común. Si os confiasteis un día a nuestra solicitud, ¿por qué volvéis a gobernaros a vosotros mismos?

Tomáis de nuevo consejo no de mí, sino de vuestra propia voluntad, por la que tantas veces ofendisteis a Dios, según lo atestiguan vuestras conciencias. Ella os enseña a no ser indulgentes con vuestra naturaleza, a no doblegaros ante la sensatez, a prescindir del consejo y del ejemplo de los mayores, a no obedecerme a mí. ¿Es que ignoráis que obedecer vale más que un sacrificio? ¿No habéis leído en vuestra regla que aquello que se realiza sin el beneplácito o el consentimiento del padre espiritual será condenado como presunción y vanagloria e indigno de recompensa? ¿Tampoco habéis visto en el Evangelio el modelo de obediencia que el Niño Jesús propuso a los niños santos? Cuando se quedó en Jerusalén y respondió a sus padres que debía estar en la casa de su Padre, viendo que ellos no se lo consentían, no desdeñó seguirlos a Nazaret, el Maestro a sus discípulos, Dios a unos hombres, el Verbo y la Sabiduría de Dios a un artesano y a una mujer. ¿Añade algo más el sagrado relato? Sí: que siguió bajo su autoridad. ¿Hasta cuándo os vais a tener por sabios? Dios se entrega y se somete a unos seres mortales y vosotros seguís aún por vuestros caminos? Habéis recibido el buen espíritu, pero no os servís bien de él.

Temo que en su lugar acojáis a otro que os haga caer bajo apariencias de bien, y después de haber comenzado siguiendo al espíritu, terminéis en la carne. ¿No sabéis que el espíritu de Satanás se disfraza de mensajero de luz? Dios es Sabiduría, y quiere que le amemos con dulzura y sabiduría. Por eso dice el Apóstol: Ofrecedle un culto auténtico. De lo contrario, se burlará fácilmente de vuestro celo el espíritu del error, si despreciáis la prudencia. Ese astuto enemigo no conoce otro procedimiento más eficaz para arrancar del corazón al amor, sino conseguir, si puede, que vivamos sin prudencia y sin discernimiento. Por eso pienso ofreceros algunas consideraciones que deben tener en cuenta los que aman a Dios. Pero como este sermón está pidiendo su terminación, intentaré exponerlas mañana, si Dios me da vida y tiempo para prepararlo, como ahora he tenido para hablaros. Además, tras el descanso nocturno nos hallaremos más despejados; y sobre todo, después de la oración -así lo esperamos- nos reuniremos con más interés para escuchar el sermón sobre el amor. Con la ayuda del Señor Jesús, Cristo, a quien sea el honor y la gloria por siempre eternamente. Amén.

sabiduría, como en solemne audiencia, al ángel y al hombre. Aquí conocen los Ángeles los mensajes divinos, y los Arcángeles los designios de Dios. Aquí escuchan las Virtudes cuándo, dónde y qué signos deben realizar. Aquí aprenden todos los demás, Potestades, Principados o Dominaciones cómo deben cumplir su ministerio, cómo pueden sentirse orgullosos de su dignidad, y por encima de todo no abusar del poder recibido, refiriéndolo a su propia voluntad o a su propia gloria.

Pero ese gran ejército de los llamados Querubines, si atendemos a lo que significa su nombre, nada han recibido, ni indirectamente, de los restantes espíritus. Ellos beben de la fuente misma hasta saciarse. El Señor Jesús en persona se digna introducirlos en toda la plenitud de la verdad, revelándoles profusamente todos los tesoros del saber y del conocer escondidos en Dios. E igualmente los que llevan el nombre de Serafines. También los atrajo hacia sí el mismo Dios Amor, los absorbió y los arrojó a la entraña ardiente de su santo amor. Se diría que forman un solo espíritu con Dios, como el fuego cuando inflama al aire le comunica todo su calor y lo reviste de su color: más que aire abrasado parece fuego.

Los Querubines y Serafines; pues, gozan inefablemente contemplando a Dios: los primeros, su ciencia sin medida; y los segundos, su amor inextinguible. Su respectiva supremacía sobre los demás es la razón de su nombre: Querubín significa plenitud de ciencia, y Serafín abrasador y abrasado.

Por tanto, los ángeles aman a Dios por la suma equidad de sus juicios; los Arcángeles, por la soberana sabiduría de sus designios; las Virtudes, por la bondad de sus signos, mediante los cuales se digna atraer a la fe a los incrédulos; las Potestades le aman por la fuerza de su justísimo poder, con el cual acostumbra a rechazar y evitar a los buenos la crueldad de los malvados; los Principados, por la primordial vitalidad con que da el ser y el principio vital a toda criatura, superior o inferior, espiritual o corporal, alcanzando con vigor de extremo a extremo; las Dominaciones, por su serenísima voluntad con que lo ordena todo como ser poderoso, disponiéndolo amablemente con mayor fuerza, si cabe, conforme a su inmensa bondad e imperturbable serenidad. Le aman los Tronos por la liberalidad con que muestra su sabiduría comunicándose a sí mismo sin envidia, y por la unción con que instruye gratuitamente en todas las cosas. Por su parte, le aman los Querubines porque el Señor es un Dios que sabe, y conociendo lo que cada ser necesita para su salvación, distribuye discreta y oportunamente sus dones a quienes se lo piden con veneración. Y le aman los Serafines porque es amor y no odia a ninguna de sus criaturas, pues quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad.

Todos ellos, pues, le aman en la medida en que lo conocen. Pero como las doncellas le comprenden menos, también perciben menos y son incapaces de llegar a tanta sublimidad; por eso, siendo aún niñas en Cristo, serán alimentadas con leche y manteca. Tendrán que acercarse a los pechos de la esposa para amarle. Ella lleva bálsamo derramado y su aroma las incita a gustar y sentir qué bueno es el Señor. Y cuando advierte que arden de amor, se vuelve al esposo para decirle: Tu nombre es como bálsamo fragante; por esto te quieren tanto las doncellas. ¿Qué significa "tanto"? Mucho, con apasionamiento, con ardor.

perfumarse. Dentro, en el interior, está la unción del espíritu. Destápalo, perfúmate y no serás pueblo rebelde. ¿Para qué quieres ese perfume dentro de su redoma si no lo extiendes sobre tu pie? ¿De qué te sirve releer mil veces el santo nombre del Salvador, si tu viña no rezuma santidad? Es un ungüento; extiéndelo y sentirás su fuerza, que es triple. Todo esto le repugna al judío; vosotros, en cambio, tenedlo muy en cuenta.

Quiero deciros por qué se compara el nombre del esposo a un bálsamo, pero aún no lo expliqué. Y se me ocurren tres razones. Es designado con diversas apelaciones, porque siendo inefable no damos con su nombre propio. Por eso hemos de invocar antes al Espíritu Santo, para que tenga a bien descubrimos entre tantos el que más le gusta ahora, ya que no quiso dejarlo registrado en la Escritura. Pero lo haremos en otro momento. Podríamos intentarlo ahora, pues ni vosotros ni yo estamos cansados, pero es ya la hora de terminar. Retened aquello en que más he insistido para que mañana no necesitemos repetirlo. Lo que nos incumbe e interesa es saber por qué se compara al bálsamo el nombre del Esposo, y los diversos nombres que se le asignan, Pero como soy incapaz de deciros nada por mí mismo, hemos de orar, para que nos lo revele el mismo Esposo por medio de su Espíritu, Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien sea la gloria por siempre. Amén.

Sermón 15

Todos los nombres del esposo indican su poder y su bondad. Como y por que el nombre fragante del esposo es Jesús, Cristo. Las tres razones de esta comparación del bálsamo con el nombre del esposo, que es Jesús. Por que el nombre de Jesús es medicina. Algunos que antaño llevaron el nombre de Jesús pero vació de sentido, fueron como el bastón que no resucito al niño muerto.

El Espíritu de la Sabiduría es todo bondad y no se muestra inaccesible para los que lo invocan, pues con frecuencia, antes de que se le llame, responde: Aquí estoy. Escuchad por eso lo que gracias a vuestra oración se digna manifestaros a través de mí, con relación a lo que ayer diferimos para este sermón y recoged el fruto sazonado de vuestra plegaria. Os mostraré, pues, cuál es el nombre que se compara razonablemente con el bálsamo y por qué razones.

Muchos son los apelativos del Esposo que podéis encontrar diseminados por toda la Escritura divina: yo los reduciré a dos. Pues creo que no hallaréis ninguno que, en mi opinión, no se refiera a la gracia de su bondad o al poder de su majestad. Lo dice también el Espíritu por medio de su portavoz más familiar: Dos cosas be escuchado: que Dios tiene el poder y tú, Señor, la gracia. Por eso, mirando a su majestad se nos dice: Su nombre es sagrado y temible. Y considerando su bondad: No tenemos los hombres otro nombre bajo el cielo al que recurrir para salvarnos. Pero lo veremos más claro con algunos ejemplos.

Lo llamarán con el nombre del Señor-Justicia-nuestra. Este es un título de poder. Otro apelativo: Y le pondrá por nombre: Dios-con-nosotros, que insinúa bondad. El mismo asume estos dos nombres, cuando dice: Vosotros me llamáis Maestro y Senarre. El primero se refiere a su gracia y el segundo a su majestad. Pues no se requiere menor bondad para comunicar sabiduría al alma como alimento al cuerpo. En otro lugar dice el Profeta: Y su nombre es: Admirable, Consejero, Dios, Guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz. El primero, tercero y cuarto indican su majestad y los demás su bondad.

¿Cuál de ellos es el que perfuma? Los nombres que expresan majestad y poder se mezclan como por transfusión con los que indican bondad y gracia, y su fragancia la exhala copiosamente nuestro Salvador, Jesús, Cristo. Así, por ejemplo, ¿no se clarifica y suaviza el nombre "Dios", al añadirle el de "Dios-con-nosotros" o Emmanuel? Y el de "Admirable" se funde con el de "Consejero"; los de "Dios" y "Guerrero" con los de "Padre perpetuo", y "Príncipe de la paz"; el de "Senarre-justicia-nuestra" con el del "Señor piadoso y clemente". No estoy diciendo nada nuevo: Ya antaño se transformó el nombre de "Abram" en "Abraham" y el de "Saray" en "Sara". Encontramos allí un misterio que ensalzaba y prefiguraba la fusión del nombre que iba a salvarnos.

¿Dónde queda aquella terrible y estruendosa voz que tantas veces escucharon los antiguos: "Yo soy el Señor, yo soy el Señor". Ahora me enseñan una oración que comienza con el dulce nombre de "Padre", y me da la confianza de que conseguiré las demás

causas ocultas a los hombres, se contemplen y admiren en el Verbo de Dios.

Por su parte, los espíritus denominados Potestades, se extasían contemplando y ensalzando el divino poder de nuestro Crucificado, que abarca de extremo a extremo todas las cosas. Han recibido además el poder de arrojar y domeñar la astucia de los demonios, enemigos de los hombres, en beneficio de los herederos de la salvación. ¿No es ésta una razón más que justa para amar al Señor Jesús?

Sobre ellos están los Principados, que contemplan a Cristo desde más hondas profundidades, descubren claramente que es principio de todo, engendrado antes que toda criatura; por ello reciben tal primacía que su poder se extiende sobre toda la tierra. Ocupan, por así decirlo, la cumbre más elevada de la creación y desde allí pueden cambiar a su arbitrio los reinos y principados y toda clase de dignidades; y según los méritos de cada uno relegar a los últimos puestos a quienes ocupaban los primeros, o subir a los primeros puestos a quienes eran los últimos, derribando del trono a los poderosos para exaltar a los humildes. Aquí encontramos el motivo de su amor.

Pero también le aman las Dominaciones. ¿Por qué? Llevadas de una encomiable presunción, se ven impelidas a indagar con la mayor sutileza y profundidad en el dominio sublime e insuperable de Cristo, que invade con su poder y su presencia a toda la creación, desde lo más sublime hasta lo más ínfimo. Un poder que subyuga el curso del tiempo a sus justísimo designios, e igualmente la dirección de los cuerpos y las tendencias de los espíritus, guardando entre todos la más bella armonía. Y hace esto con tal atención y vigilancia que ningún ser puede eludir jamás su debida finalidad en una sola letra, como se dice, o en un solo punto; y con un comportamiento tan natural que su conducta nunca se conturba por preocupación alguna.

Contemplan al Señor de toda la creación gobernándola con tal tranquilidad, que se extasían en la más absorta y dulce admiración. Arrebatados serenamente por la inmensa profundidad de la claridad divina, se abisman en el fondo más oculto de este asombroso equilibrio, con el que gozan de tal paz y serenidad que, por respeto a su soberanía, todos los demás espíritus le sirven como si fuesen verdaderos ministros de estas verdaderas Dominaciones.

Dios tiene su sede sobre los Tronos. Pienso que estos espíritus, más que todos los enumerados, tienen motivos más justos y numerosos para amar. Si entrases en el Palacio de cualquier rey humano, ¿no verías que entre todas las sillas, escaños y sedes sobresale más elevado el trono real? No es necesario preguntar dónde suele sentarse el rey; en seguida se descubre su sede, más encumbrada, más artística que todas las restantes. Con esa misma facilidad percibirás que, por un derroche de magnificencia, estos espíritus se destacan sobre los otros, porque la majestad divina los eligió para sentarse sobre ellos; pero se lo deben a su especial y admirable condescendencia.

Si una sede es siempre símbolo de magisterio, creo que el único maestro que tenemos en el cielo y en la tierra, Cristo, sabiduría de Dios, abarca a todos los seres por su pureza, pero muy especialmente ilustra a éstos con su presencia. Ellos forman su sede por excelencia y desde ella comunica su

Sermón 19

Con que coherencia se dice: por eso se enamoran de ti las doncellas. Razón por la que cada uno de los ordenes angélicos aman a Cristo el Señor. Por que le aman también las doncellas; y amonestación a los novicios que no se acomodan a la vida común.

La esposa pronuncia aún palabras amorosas, prosigue cantando las alabanzas del esposo y desafía su gracia, demostrándole que los dones ya recibidos no han quedado estériles en ella. Escucha lo que a continuación le dice: Por eso se enamoran de ti las doncellas. Como si dijera: No en vano, esposo mío, se vació tu nombre de su perfume, derramándose sobre mis pechos; pues por eso "se han enamorado de ti las doncellas". ¿Por qué? Por la fragancia de tu nombre, por el perfume con que has ungido los pechos. Eso ha despertado su amor al esposo, por eso se han enamorado.

En cuanto recibió la esposa la infusión de esta gracia, inmediatamente percibieron su fragancia las que antes eran incapaces de vivir lejos de su madre; y embelesadas por su dulzura, exclaman: El amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. La esposa, encomiando la entrega de estas doncellas dice: "Ahí tienes, esposo mío, el fruto de la efusión de tu nombre; eso es lo que les ha cautivado. Cuando té has derramado, han percibido o que no podían apreciar cuando estaba intacto; por eso se enamoraron de tí". Esta efusión hizo a tu nombre cautivador y por lo mismo amable, mas sólo para las doncellas. Las más maduras gozan de él en su integridad y no necesitan que se derramen.

La criatura angélica, por la penetración irrefutable de su espíritu, contempla el vasto abismo de los designios de Dios, y feliz con el inefable deleite de su suprema equidad, encuentra su gloria en ejecutarlos y manifestarlos mediante su ministerio: por eso ama justamente a Cristo el Señor. ¿Qué son todos sino espíritus en servicio activo, que se envían en ayuda de los que han de heredar la salvación? Así los arcángeles -para atribuirles lo que les diferencia de los simples ángeles- creo que gozan maravillosamente, porque son acogidos a una mayor intimidad para participar de los designios de la divina Sabidurías, y los ejecutan con máxima discreción en su lugar y a su debido tiempo. Por esta razón ellos también aman a Cristo el Señor.

Los otros bienaventurados -llamados Virtudes, quizá porque escudriñan con gozosa curiosidad las causas eternamente ocultas del poder y de los prodigios de Dios, admirando su divina disposición, y muestran libremente cuando quieren signos maravillosos con todos los elementos del mundo-, no sin razón viven inflamados en el amor del Señor todopoderoso y de Cristo, poder de Dios. No en vano la máxima dulzura y gracia es contemplar en la Sabiduría misma los misterios secretos y recónditos de la verdad. Para ellos no es menor motivo de honor y gloria, que haya quedado la creación en sus manos, para que los efectos de las

peticiones que prosiguen. A los siervos se les llama amigos y la resurrección no se anuncia a los discípulos, sino a los hermanos.

Y lo comprendo. Porque cumplido el plazo se consumó la fusión del nombre. Dios, fiel a la promesa profética de Joel, derramó su Espíritu sobre toda carne, y como puedes leerlo, ya se había realizado desde antiguo entre los hebreos. Supongo que ya adivináis lo que quiero decir. Y si no, ¿cuál fue la primera respuesta que recibió Moisés cuando preguntó quién le hablaba? Yo soy el que soy. Posteriormente añadió: El que es me ha enviado a vosotros. Yo no sé si el mismo Moisés la habría entendido, si no hubiera recibido alguna transfusión del nombre. Pero se extendió ese nombre y lo entendió. No sólo se extendió: hubo una efusión del mismo, pues ya había sido infundido. Lo poseían los cielos y lo conocían los ángeles. Ahora se divulgaba al exterior; se entregaba a los hombres lo que sólo se había infundido a los ángeles como algo íntimo. Desde entonces resonaría en toda la tierra con razón: Tu nombre es como bálsamo fragante, si no se hubiera interpuesto la detestable obstinación de un pueblo ingrato. Pues él mismo dice: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Apresuraos, naciones, que en vuestras manos está la salvación. Se ha publicado ya su nombre y cuantos lo invoquen se salvarán. El Dios de los ángeles se llama también Dios de los hombres. Derramó el bálsamo sobre Jacob y cayó sobre Israel. Decid a vuestros hermanos: Dadnos de vuestro bálsamo. Si se niegan, rogad al Señor del bálsamo para que lo extienda sobre vosotros. Insistid: Quita nuestra afrenta. Te suplico que el malvado no insulte a tu amada, a la que te has dignado amar desde los confines de la tierra, tanto más bondadoso cuanto menos lo merecía. ¿No sería bochornoso que un siervo desalmado echase fuera a los invitados por el Señor de la casa? Tú has dicho: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. ¿Y de nadie más?

Derrámalo, derrámalo, abre tu mano y sacia de favores a todo viviente. Vengan de Oriente y de Occidente a sentarse a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios. Vengan, suban todas las tribus de Israel a celebrar su nombre. Entren y tomen asiento en su banquete, rebosantes de alegría y entre sus cantos de júbilo y alabanza sólo resonará un grito en todo lugar: tu nombre es como bálsamo fragante.

Doy por seguro que si Andrés y Felipe fuesen los porteras, no seríamos rechazados ninguno de los que pedimos el bálsamo, ninguno de los que pedimos ver a Jesús. Felipe se lo dirá al punto a Andrés; Andrés y Felipe a Jesús. ¿Y Jesús qué dirá? Lo que ya sabemos: Si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante. Muera, por tanto, el grano y nazca la mies de los gentiles. Por eso Cristo tendrá que morir, resucitará al tercer día y en su nombre se predicará a conversión a todos los pueblos y el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén. Y sólo por este nombre, que es Cristo, miles y miles de creyentes se llamarán cristianos y exclamarán: Tu nombre es como bálsamo fragante.

Me resulta conocido este nombre, porque he leído en Isaías: A sus siervos les dará otro nombre; el que con él sea bendito, bendito será del Dios verdadero, Amén. ¡Bendito

nombre que todo lo perfuma! ¿Hasta dónde llega su aroma? Desde el cielo hasta Judá, desde allí se propaga por toda la tierra, y la Iglesia proclama en todo el mundo: Tu nombre es como bálsamo fragante. Tan fragante que embriaga con su perfume cielos y tierra y se vierte sobre los infiernos; de modo que ante el nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua proclama: Tu nombre es como bálsamo fragante. Ese nombre es Cristo, es Jesús. Ambos se infundieron en los ángeles, ambos se derramaron sobre los hombres -esos hombres corrompidos en su basura como animales- para salvar a hombres y animales: así derrochó Dios su misericordia.

¡Un nombre que es tan admirable y tan común! Muy común, sí, pero es salvador. Si no fuese tan común, no se derramaría sobre mí. Si no fuese tan salvador, no me salvaría a mí. Yo llevo ese nombre y soy heredero. Soy cristiano, soy hermano de Cristo. Si vivo lo que soy, soy heredero de Dios, coheredero con Cristo. ¿Os parece extraño que el nombre del Esposo sea tan fragante, si su misma persona es bálsamo? Se vació de sí mismo tomando la condición de siervo. El lo dice: Estoy como agua derramada. $e ha derramado la plenitud de la Divinidad, mientras habitaba corporalmente sobre la tierra, y por él hemos recibido esa plenitud todos los que llevamos un cuerpo mortal, y podemos decir embriagados por su fragancia: Tu nombre es como bálsamo fragante. Ahí tenéis ya cuál es el nombre fragante, cómo y hasta dónde llega su fragancia.

¿Y por qué es bálsamo? Aún no lo he dicho. Comencé a exponerlo en el sermón anterior, pero surgió de improviso algo que juzgué interesante anticiparlo y me entretuve más de lo que pretendía. Creo que se metió por medio la mujer hacendosa, la Sabiduría; se puso a trabajar en la rueca y sus dedos comenzaron a hilar tan hábilmente, que de un poco de lana y lino sacó un hilo larguísimo y tejió una tela capaz de vestir a sus criados con trajes forrados.

Existe sin duda una semejanza entre el bálsamo y el nombre del Esposo; el Espíritu Santo no los comparó en vano. Si vosotros no tenéis otras razones más válidas, yo pienso que lo hizo porque el bálsamo reúne tres cualidades: luce, alimenta y unge. Aviva el fuego, robustece el cuerpo y alivia el dolor; es luz, manjar y medicina. Descubramos a ora estas tres cualidades en el nombre del Esposo: luce cuando es predicado, alimenta cuando se medita, unge y alivia cuando se invoca.

¿De dónde crees que llega la luz tan intensa y veloz de la fe a todo el mundo, sino de la predicación del nombre de Jesús? ¿No nos llamó Dios a su maravilloso resplandor por la luz de este nombre? Iluminados por su luz, que nos hace ver la luz, exclamará Pablo con razón: Antes, sí erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. A este mismo Apóstol se le encargó que diera a conocer este nombre a los paganos y sus reyes, y a los hijos de Israel. Lo llevaba como una antorcha para iluminar la patria, gritando por todas partes: La noche está avanzada, el día se echa encima, abandonemos las actividades de las tinieblas, pertrechémonos para actuar en la luz; comportémonos con decoro como en pleno día. Y mostraba a todos la luz sobre el candelero, anunciando a Jesús por donde pasaba, y a éste crucificado. ¡Cómo brilló esta luz, hiriendo los ojos de cuantos la miraban,

familia. Es un amor que lo invade, lo inflama, hierve y bulle en su interior; seguro ya, lo deja correr arrollador y dice: ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre? Por eso predica, es fecundo, renueva los prodigios, repite los portentos: donde todo lo ocupa el amor, no hallará resonancia la vanidad. Porque si el amor es total, viene a ser la plenitud de la ley y del corazón. Dios es amor y nada creado puede colmar a la criatura hecha a imagen de Dios, sino Dios-Amor; sólo él es más grande que el amor.

Es peligrosísimo designar para un cargo al que aún no haya llegado al amor, por muchas virtudes que parezca poseer. Ya puede penetrar todo secreto, ya puede dar en limosnas todo lo que tiene, ya puede dejarse quemar vivo: si no tiene amor está vacío. Hasta ese extremo debemos estar poseídos interiormente por el amor, antes de apresurarnos a volcar nuestra plenitud, no a entregar nuestra penuria. En consecuencia: lo primero debe ser la compunción, lo segundo la devoción, lo tercero el dolor de la penitencia, lo cuarto las obras de piedad, lo quinto la entrega a la oración, lo sexto el ocio de la contemplación, lo séptimo la plenitud del amor. Todo esto lo activa el mismo y único Espíritu, mediante esa manera suya de actuar que llamamos infusión. Entonces lo que hemos llamado efusión, se desprende sencillamente y sin riesgo alguno, para alabanza y gloria de nuestro Señor, Jesús, Cristo, que con el Padre y el mismo Espíritu Santo, vive y reina, y es Dios por siempre eternamente. Amén.

bondad apareció en la tierra, la regó y la enriqueció sin medida. Anda y haz tú lo mismo. Llénate previamente y luego tratarás de comunicarlo. El amor entrañable y prudente es siempre un manantial, no un torrente. Lo dice Salomón: Hijo mío, no lo dejes fluir. Y el Apóstol: Para no andar a la deriva, debemos conservar mejor lo que hemos escuchado. ¿Es que eres tú más sabio que Salomón y más santo que Pablo? Porque o tampoco puedo enriquecerme con la tuyo, si estás tú agota o. Si contigo mismo eres malo, ¿Con quién serás bueno? Si puedes, dame algo de lo que te sobra; de lo contrario, resérvatelo.

Mas escuchad ya qué cosas y hasta dónde son necesarias para nuestra propia salvación, de qué y hasta dónde hemos de llenarnos, antes de tener el valor de derramarlo. Lo resumiré cuando pueda, porque la hora avanza y urge acabar este sermón. El médico se acerca al herido; el espíritu al alma. ¿Habrá alguien a quien no le encuentre herido por la espada del diablo aun después de curada su herida del primer pecado con la medicina del bautismo? A esa alma que exclama: Mis llagas están podridas y supuran a causa de mi insensatez, ¿Qué es lo que más le urge cuando llega el espíritu? Que le estirpe el tumor o le cierre a úlcera que quizá se le formó en la herida y está minando su salud. Que le ampute la úlcera de la vetusta costumbre con el hierro penetrante de la compunción. Será dolorosísimo; pero le aliviará el ungüento de la devoción, que es el gozo engendrado por la esperanza del perdón. Esta engendra el control de la continencia y la victoria sobre el pecado.

Ya puede cantar agradecido: Rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza. Aplica después la medicina de la penitencia, con las cataplasmas de los ayunos, las vigilias y la oración y otros ejercicios de penitencia. Mas por su debilidad necesita una sobrealimentación de las buenas obras, para que no desfallezca. Así te lo indica el que dijo: Para mí es alimento cumplir el designio de mi Padre. Vayan, pues, unidos los sufrimientos de la penitencia y el consuelo de las obras de piedad. El que hace limosna presenta al Altísimo una buena ofrenda.

La comida da sed y hay que beber algo. Añádase la bebida de la oración al alimento de las-buenas obras; así el estómago de la conciencia digerirá bien las buenas acciones y agradarán a Dios. La oración es el vino que alegra el corazón de hombre; ese vino es el Espíritu que embriaga hasta relegar al olvido los deleites carnales. Empapa el interior de la conciencia reseca; ayuda a digerir las buenas obras y distribuye su fuerza entre los diversos miembros del alma: robustece la fe, conforta la esperanza, vitaliza y equilibra la caridad, y vigoriza las costumbres.

Después de comer y beber, ¿Qué le queda por hacer al enfermo sino descansar, entregándose a la paz de la contemplación tras el desgaste de la acción? Dormido en la contemplación, sueña con Dios confusamente y como en un espejo, mas aún no le ve cara a cara. Sólo lo vislumbra, no lo palpa, y momentáneamente, como brillo de una chispa fugaz. Pero apenas tocado levemente, se inflama en el amor y exclama: Mi alma te ansía de noche, mi espíritu en mi interior madruga por ti. Es un amor celoso; el que corresponde al amigo del esposo y consume necesariamente al siervo fiel y solícito, puesto por el Señor al frente de su

cuando salió de la boca de Pedro con el fulgor de un relámpago y robusteció las piernas y los tobillos de un paralítico, hasta quedar iluminados muchos espiritualmente ciegos! ¿No despidió fuego cuando dijo: En el nombre de Jesús, el Nazareno, levántate y anda"

Mas el nombre de Jesús no es sólo luz, también es alimento. ¿No te sientes reconfortado siempre que lo recuerdas? ¿Hay algo que sacie tanto el espíritu del que lo medita? ¿O que pueda reparar tanto las fuerzas perdidas, fortalecer las virtudes, incrementar los hábitos buenos y honestos, fomentar los afectos castos? Todo alimento es desabrido si no se condimenta con este aceite; insípido, si no se sazona con esta sal. Lo que escribas me sabrá a nada, si no encuentro el nombre de Jesús. Si en tus controversias y disertaciones no resuena el nombre de Jesús, nada me dicen. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón:

Y también es medicina. ¿Sufre alguno de vosotros? Si penetra Jesús en su corazón y de allí pasa a la boca, inmediatamente clareará la luz de su nombre, y disipándose toda oscuridad, volverá la serenidad. ¿Ha cometido alguien un delito? ¿Corre desesperado tras el lazo de la muerte? Si invoca el nombre de la vida, al punto respirará alientos de vida. ¿Quién se obstinó ante este nombre de salvación en la dureza de su corazón, en la indolencia de su desidia, en el rencor de su alma, en la molicie de su acedia? Si al una vez se le agotó a alguien la fuente de las lágrimas, ¿no se le arrasaron de repente los ojos y corrió mansamente su llanto al invocar a Jesús? ¿Quién temblaba aterrado ante un peligro y no recobró al instante la confianza, venciendo el miedo cuando recurrió al poder de su nombre? Cuando alguien fluctuaba zarandeado en un mar de dudas,¿no vio brillar la certeza en cuanto invocó la luz de este nombre? Si pronunció este grito de socorro, ¿le faltaron las fuerzas al que, a punto de desaparecer, se desesperaba en la adversidad?

Estas son las enfermedades y achaques del alma; pero he aquí su gran remedio. Si necesitas pruebas, te dice: Invócame el día del peligro; yo te libraré y tú me darás gloria. Nada como él reprimirá la violencia de la ira, sosegará la pasión de la soberbia, curará la llaga de la envidia, reducirá el furor de la lujuria, extinguirá el fuego de la sensualidad, apagará la sed de la avaricia, eliminará el prurito de todo apetito vergonzoso.

Cuando pronuncio el nombre de Jesús evoco el recuerdo de un hombre sencillo y humilde, bueno, sobrio, casto, misericordioso, el primero por su rectitud y santidad. Evoco al mismo Dios Todopoderoso, que me convierte con su ejemplo y me da fuerzas con su ayuda. Todo esto revive en mí, cuando escucho el nombre de Jesús. De su humanidad extraigo un testimonio de vida para mí; de su poder, fuerzas. Lo primero es un jugo medicinal; lo segundo es como un estímulo al exprimirlo. Y con ambos me preparo una receta que ningún médico puede superarla.

Aquí tienes, alma mía, tu catálogo, resumido en la esencia de este nombre, Jesús, salvífico de verdad, que nunca falló en cualquier epidemia. Llévalo siempre en tu corazón. Tenlo siempre a mano, para que todos tus sentimientos y acciones te lleven a Jesús. El precisamente te ha invitado a que procedas así: Grábame como un sello en tu brazo, como un sello en tu corazón. Pero esto lo comentaremos en su día. De momento

ya tienes con qué curar tu brazo y tu corazón. Quiero decirte que el nombre de Jesús enderezará tus malas obras y perfeccionará las defectuosas; y controlará tus sentimientos, para que no se adulteren, o para que se orienten cuando se desvíen.

Hubo en Judea otros personajes que se llamaron Jesús, pero ostentaban ese nombre sin su contenido. Porque no brillan, no alimentan, no curan. Por eso la Sinagoga está sumida en tinieblas hasta hoy, hambrienta y débil. No se curará ni se saciará hasta que mi Jesús reine en Jacob y hasta los confines del mundo. Entonces volverá por la tarde, hambrienta como los perros y errante por la ciudad. Es cieno que ellos fueron enviados por delante; como el Profeta mandó su bastón para resucitar al niño muerto. Pero no pudieron dar sentido a su nombre: era una palabra vacía. Pusieron el bastón encima del cadáver, pero no recuperó el habla ni los sentidos. Al fin, no dejaba de ser un bastón. Sin embargo, bajó el que lo había enviado e inmediatamente salvó de los pecados a su pueblo, demostrando que él era aquel de quien se decía: ¿Quién es este que hasta perdona pecados? O como él mismo dice de sí mismo: Yo soy el Salvador del pueblo.

Ya había, ya reacciona; ha mostrado que él no lleva su nombre en vano, como los anteriores. Es evidente que le ha devuelto la vida y se pregona el gran prodigio. Dentro hay vitalidad interior y afuera lo publican los gritos. Primero el dolor, luego el reconocimiento y al final la profesión de fe, son otros tantos signos de la vida: Porque del que está muerto, como de quien no existe, no puedes esperar que manifieste reconocimiento alguno.

Ya vivo, ahora siento; me han despertado tan perfectamente que ha resucitado todo mi ser. ¿Qué es la muerte corporal sino la privación de los sentidos y de la vida? El pecado, que es la muerte del alma, me había privado de la sensibilidad de la compunción y había apagado el grito de mis alabanzas, porque yacía muerto. Vino el que perdona mis pecados, me devolvió ambas cosas y dice a mi alma: Yo soy tu Salvador. ¿Cómo no iba a ser vencida la muerte, cuando descendió la Vida? La fe del corazón consigue la rehabilitación y por la profesión exterior de la fe llega la salvación. Ya bosteza el niño, bosteza siete veces y exclama: Siete veces al día te alabaré, Señor. Fijaos en este numero siete. Es un número sagrado lleno de misterios. Pero será mejor que dejemos esto para otro sermón. Así nos sentaremos con apetito y descansados en la mesa de tan espléndido banquete, invitados por el esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Jesús, Cristo, Dios soberano, bendito por siempre. Amén.

canales en la Iglesia y tenemos poquísimas conchas. Parece ser tan grande la caridad de quienes vienen sobre nosotros las aguas del cielo, que prefieren derramarlas sin embeberse de ellas, dispuestos más a hablar que a escuchar, y a enseñar lo que no aprendieron. Se desviven por regir a los demás y no saben controlarse a sí mismos.

Yo creo que no se puede anteponer ningún otro criterio de servicio ante la salvación, sino el propuesto por el Sabio: Apiádate de tu alma procurando agradar a Dios. Sí no tengo más que un poco de bálsamo para ungirme, ¿crees que debo dártelo y quedarme sin nada? Lo guardo para mí y no lo presto hasta que me lo mande el Profeta. Si me lo piden una y otra vez quienes me consideran mejor de lo que soy por mis apariencias o por lo que oyen de mi, les responderé: Por si acaso no hay bastante para todos, mejor será que os vayáis a comprarlo. Me replicarás: El amor no busca la suyo. ¿Sabes por qué? No busca lo suyo, sencillamente porque lo posee. ¿Quién busca lo que ya tiene? El amor siempre disfruta de lo que es suyo, es decir, posee y le sobra lo necesario para su propia salvación. Desea que le sobre para si mismo, con el fin de que llegue para todos; guarda para sí todo lo que necesita, para que a nadie le falte. Si el amor no estuviera lleno no sería perfecto.

Por lo demás, hermano, tú que aún no tienes muy segura tu propia salvación, tú que aún no posees la caridad, o es tan flexible y frágil como cana sacudida por el viento, porque da fe a toda inspiración, zarandeada por cualquier ventolera de doctrina; tú que te entregas a una caridad tan sublime que sobrepasa la ley, amando a tu prójimo más que a ti mismo; mas por otra parte, la diluye cualquier favor, decae ante cualquier temor, la turba la tristeza, la contrae la avaricia y la dilata la ambición, la angustian las sospechas, la atormentan las injurias, la consumen los afanes, la engríen los honores, la derriten las envidias. A ti que experimentas todo esto dentro de ti mismo, a ti te pregunto: ¿Qué clase de locura te domina para ambicionar o admitir la dedicación a los demás?

Escucha más bien este consejo de la caridad cauta y precavida: No se trata de aliviar a otros pasando estrechez, sino como exigencia de la igualdad. No te bases en tu afán de ser justo. Basta que ames al prójimo como a ti mismo. Eso es lo que exige la igualdad. Dice David: "que se sacie mi alma como de enjundia y de manteca, mis labios te alabarán jubilosos". Deseaba recibir primero y luego difundirlo; y no sólo recibir sino llenarse, para eructar de su plenitud y no espirar vaciedad. Cautamente, pues lo que para otros podría ser un alivio, para él sería su tormento; y desinteresadamente, imitando a aquel de cuya plenitud todos hemos recibido.

Aprende tú también a derramar sólo de tu plenitud; no pretendas dar más que el mismo Dios. La concha debe imitar al manantial, que no fluye por el arroyuelo, ni llega hasta el lago, hasta que no se colma de agua. No tiene por qué avergonzarse de no ser más profusa- que la fuente. A fin, el que es la Fuente viva, lleno en sí mismo y de sí mismo ¿no brota y fluye primero por lo más secreto de los cielos, para inundarlos con su bondad? Después, colmados los cielos más encumbrados y profundos, llega hasta la tierra, desbordándose para salvar a hombres y animales con su inapreciable misericordia. Primeramente llenó lo más inmediato, y rebosando toda su gran

SERMÓN 18

Las dos operaciones del Espíritu Santo, que son la infusión y la efusión. Los que pretenden derramarse antes de llenarse. De cuantas cosas debemos llenarnos antes de derramarnos.

Tu nombre es bálsamo derramado. ¿Qué quiere descubrir claramente en nosotros el Espíritu Santo con estas palabras? Sin duda lo que en esta vida nos ocurre: esa experiencia de su doble manera de actuar en nuestro interior. Por la primera robustece en nosotros las virtudes que nos salvan; por la segunda nos reviste externamente de dones para servir a los demás. Lo primero lo recibimos para nosotros, lo segundo para los nuestros. Por ejemplo, la gracia; la fe, la esperanza y el amor son para nosotros; sin esto no podemos salvarnos. Las palabras oportunas y sabias, el don de curaciones, el carisma de profecía y otros semejantes, de los que podemos carecer sin riesgo de nuestra propia salvación, se nos conceden sin duda para la salvación de los hermanos.

A estas intervenciones del Espíritu que experimentamos en nosotros mismos y en los demás, las llamaremos, si os place, infusión y efusión; términos que expresan mejor sus efectos. ¿Y a cuál de los dos se aplica más adecuadamente esta frase: Tu nombre es bálsamo derramado. ¿No será a la efusión? Si se refiriese a la infusión, más bien habría dicho "infundido", no "derramado". Precisamente por el exquisito perfume que exhala su pecho, exclama la esposa: Tu nombre es bálsamo derramado, calificando como fragante el nombre del esposo, semejante al aroma derramado sobre los pechos. Asimismo, a quien se sienta como perfumado por los dones y gracias para derramarlos sobre otros, se le puede decir también: Tu nombre es bálsamo derramado.

Pero hay que guardarse mucho de dar lo que hemos recibido para nosotros, o de reservarnos lo que se nos ha dado para distribuirlo. Te guardarías para ti lo que es del prójimo si, lleno de virtudes y dones de sabiduría y de palabra, por timidez quizá o desidia, o por una humildad sin discernimiento, con un silencio estéril y censurable, encadenases la palabra de edificación; serías maldito por acaparar el pan del pueblo. Y a la inversa: desperdigarías y echarías a perder lo tuyo si antes de colmarte tú plenamente, lleno a medias, te apresuras a derramarte. Equivaldría a incumplir la ley, parando con el primogénito de tus vacas o esquilando la primicia de tus ovejas. Porque te privas de la vida y salvación que das a otro, si vacío de buena intención, te hinchas con el soplo de la vanagloria o te envenenas con la ponzoña del egoísmo terreno, para destrozarte en el tumor letal.

Si eres sensato preferirás ser concha y no canal; éste según recibe el agua la deja correr. La concha no: espera a llenarse y, sin menoscabo propio, rebosa lo que le sobra, consciente de que caerá la maldición sobre el que malgaste lo que le ha correspondido. No desprecies mi consejo y escucha a Salomón, más sabio que yo: El necio vacía de una vez todo su espíritu, pero el sensato guarda algo para más tarde. Hoy nos sobran

SERMÓN 16

Hemos caído en una digresión como los que contemplan un panorama desde la altura, o como el cazador que de repente persigue a otra pieza. De que es signo el milagro de Eliseo cuando puso su boca, sus ojos y sus manos sobre el niño muerto. Que significan los siete bostezos del niño. Sobre la doble vergüenza. Sobre el doble temor. Hay tres clases de confesión: la primera es la confesión humilde. La confesión sencilla. La confesión crédula y las siete redomas que trajo el Señor Jesús, cinco llenas de aceite y dos de vino.

¿Qué significa, entonces, este número de siete? No creo que haya entre nosotros alguien tan simple, que pueda pensar que los siete bostezos del niño no significan nada, y que ese número es fortuito. Pienso que algo querría representar el Profeta cuando se echó sobre el cadáver, encogió su cuerpo a la estatura del niño, unió la boca con la suya, los ojos con los suyos y las manos con sus manos. Todo esto lo hizo el Espíritu Santo y dispuso que se registrara por escrito. Sin duda deseaba reformar esos espíritus envueltos en un cuerpo corrompido como compañero infiel, y a quienes la necia sabiduría del mundo los familiarizó con su locura: Porque el cuerpo mortal es lastre del alma y la tienda terrestre abruma la mente pensativa.

Que nadie se extrañe, pues, y lo lleve a mal, si revisando esta especie de despensa de Espíritu Santo, me muestro indiscreto; porque así viviré y sé que en ello me va la vida del espíritu. Quiero prevenir a los que en alas de su inteligencia, casi antes de comenzar los Sermones exigen conocer la conclusión; también me debo, y especialmente, a los más lentos. Porque no me preocupa tanto desarrollar el comentario de los textos como llegar a los corazones. Sepan que mi deber es sacar agua del pozo y darles de beber: lo cual no se consigue yendo aprisa, sino tratándolos detenidamente y con frecuentes exhortaciones. Es cierto que yo tampoco esperaba detenerme tanto exponiendo estos misterios. Os confieso que me pareció suficiente un sermón, para atravesar en seguida este bosque sombrío y cerrado de las alegorías, llegar a la planicie de su sentido moral en una sola jornada. Pero no ha sido así. Llevamos ya dos jornadas, y aún nos queda mucho por andar.

Contemplábamos desde lejos las copas de los árboles y las cumbres de los montes; pero se nos ocultaba la vasta extensión de los valles y la espesura de los jarales. ¿Quién podía prever que el milagro de Eliseo, por ejemplo, podía interceptarnos de repente el paso, cuando tratábamos del llamamiento de los paganos y la repulsa de los judíos? Pero una vez que sucedió, no vamos a lamentarnos por entretenernos un poco más, para volver después al tema que habíamos dejado. Porque está en Juego nada menos que el pasto de las almas. También los perros y los cazadores abandonan más de una vez la pieza que acosaban, y se lanzan tras otra que inesperadamente les salió al paso.

Yo confío mucho en la fuerza que me infunde aquel gran Profeta, poderoso en obras y palabras, que descendió de los más altos cielos, se

dignó visitarme a mi, polvo y ceniza, compadecerse de un cadáver, echarse sobre él, encogerse y adaptarse al pequeño, compartir con el ciego la luz de sus ojos, soltar la lengua muda con el beso de su propia boca y, a su contacto, devolver la fuerza a sus manos. Lo rumio todo dulcemente y se llenan mis entrañas, se sacia mi interior y la médula de mis huesos segrega alabanza. De una vez por todas concedió eso al mundo entero; y ahora todos experimentamos cada día cómo lo sigue haciendo con nosotros. A nuestro espíritu le da la luz de la inteligencia; a nuestras palabras, su oportunidad; a nuestras obras, su eficacia. Nos hace capaces de pensar rectamente, hablar con provecho y ser eficientes en nuestras obras.

Es como una soga de tres cuerdas, muy resistente, capaz de arrancar las almas de la prisión diabólica, hasta arrastrarlas consigo al reino del cielo, si tiene sentimientos nobles, si sus palabras son dignas y su vida las confirma. Con sus ojos tocó los míos, para alumbrar con las antorchas de la fe y de la inteligencia el rostro del hombre interior. Juntó mi boca con la suya e imprimió el signo de la paz sobre mi cadáver, pues siendo enemigos, muertos para la justicia, nos reconcilió con Dios.

Aplicó su boca a mi boca, soplándome repetidas veces el aliento de la vida, una vida más santa que la anterior. Porque la primera vez creó en mí un ser vivo, pero ahora me ha reformado para ser un espíritu vivificado. Puso sus manos sobre las mías, mostrándome el modelo de su vida en forma de obediencia. O mejor, aplica sus manos al duro trabajó y adiestra las mías para el combate, mis dedos para la pelea.

Y el niño bostezó siete veces. Era suficiente que bostezara una sola vez, para manifestar la gloria del milagro; pero que lo hiciera precisamente siete veces, nos anuncia un misterio. Si lo miras bien, en un primer cadáver, ingente por ser el de toda la humanidad, descubrirás a la Iglesia que, al recuperar la vida por medio del Profeta echado sobre ella, análogamente bostezó siete veces y tomó la costumbre de cantar las alabanzas siete veces al día. Pero si te miras a ti mismo, advertirás que tu vida espiritual abarca este misterioso número, si sometes los cinco sentidos a las dos exigencias de la caridad; es decir, si pones ahora, como aconseja el Apóstol, al servicio de la santidad tu cuerpo, antes esclavo de la inmoralidad y del desorden total. O bien, si entregas esos mismos sentidos a la salvación de los hermanos; y para completar el número de siete, añades otras dos aptitudes: cantar la bondad y la justicia del Señor.

Encuentro, además, otros siete bostezos o signos, sin los que no es posible tener certeza de que haya resucitado de verdad mi espíritu: cuatro hacen reverencia al sentimiento interior de compunción y tres a su confesión. Si vives, si sientes, si hablas, puedes reconocerlas en ti mismo. Sabrás que has recuperado por completo la sensibilidad, si tu conciencia se siente herida como por cuatro punzadas de la compunción: dos de confusión y otras dos de temor. Y además, cuando tres especies de confesión atestigüen que vives, completando el número septenario. De esto hablaremos más tarde. ¿No tiene en cuenta este número el santo Jeremías en su lamentación?

Imítale tú al Profeta cuando llores por tu alma. Piensa que Dios es tu creador, tu bienhechor, tu padre y tu

y desvalido, no sólo contra la soberbia de los hombres sino también contra la presunción de los ángeles! Tú juzgas, Señor, en el cielo y en la tierra a los que me atacan, guerreas contra los que me hacen guerra; en todas partes sales en mi defensa, me asistes y estás a mi derecha siempre para que no vacile. Alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista. Este es su poder, las maravillas que realizó. Este es el juicio primordial que me lo reveló aquella Virgen, María, testigo de los misterios, cuando dijo: Derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide varios. El segundo no es menos importante y ya lo habéis escuchado: Los que no ven, verán, y los que ven, quedarán ciegos. Con-suélese con estos dos juicios el pobre y diga: Recordando tus antiguos juicios, Señor, quedé consolado.

Pero entremos en nosotros mismos y examinemos nuestra conducta; invoquemos al Espíritu de la verdad, para hacerlo en la verdad. Traigámoslo desde lo alto, a donde nos había llevado, para que nos preceda también en el regreso a nuestro interior, pues sin él nada podemos. No temamos que se niegue a descender con nosotros; al contrario, le ofende que nos empeñemos en prescindir de él para lo más insignificante. El no es aliento fugaz que no torna; nos guía y acompaña con resplandor creciente, como Espíritu del Señor. A veces nos arrebata consigo en su luz, o emerge alumbrando nuestras tinieblas, para que, bien sobre nosotros, bien a nuestro lado, pero siempre en la luz, nos comportemos como hijos de la luz.

Ya hemos dejado atrás las oscuridades de las alegorías y hemos llegado a su sentido moral. Se ha consolidado la fe: ordenemos ahora nuestra vida. Hemos ilustrado el entendimiento: formulemos nuestras obras. Porque tienen buen juicio los que practican esa fe, cuando la inteligencia y las obras se encaminan juntas a la gloria y alabanza de nuestro Señor Jesús, Cristo. Bendito él por siempre.

desdeñándolas como compañeros de su gloria.

Son más débiles, se dijo, y de una naturaleza inferior a la mía. Es indigno que sean conciudadanos míos, rivales de mi gloria. ¿Acaso su presuntuosa exaltación no nos delata esta su impía conjura? ¿Sus ansias de supremacía no nos revelan esta confabulación? Lo dice él expresamente: Escalaré los cielos; por encima de los astros divinos levantaré mi trono. Así soñaba llegar a cierta semejanza con el Altísimo; y lo mismo que éste se ha a entronizado sobre querubines y gobierna todo el mundo angélico, él usurparía la sede suprema, y regiría al género humano. Pero jamás lo conseguirá. Acostado ha meditado el crimen, y la maldad se ha engañado a sí misma. Nosotros no reconocemos como juez sino a nuestro creador. No será el diablo; será el Señor quien juzgue el orbe con justicia. Este es nuestro Dios por los siglos de los siglos; él nos guiará por siempre jamás.

Si en el cielo concibió el crimen, en el paraíso dio a luz el engaño, prole de la maldad, madre de la muerte y de la desgracia: la soberbia, germen de todos los males. Si la muerte irrumpió en el mundo por envidia del diablo, el origen de todo pecado es la soberbia. Pero ¿de qué le sirvió? A pesar suyo, tú estás con nosotros, Señor, tu nombre ha sido invocado sobre nosotros, y el Pueblo de tu heredad, la Iglesia de los redimidos, exclama: tu nombre es como un bálsamo fragante. Aun cuando me rechaces, tú lo derramas por dentro y por fuera de mi, porque en tu ira tendrás presente tu misericordia.

Sin embargo, Satanás reina sobre todos los hijos de la soberbia, constituido príncipe de las tinieblas. Mas la soberbia sirve al reino de la humildad, pues en este principado suyo temporal tan decisivo, erige como reyes excelsos y eternos a muchos humildes. Dichosa decisión. Por ella aquel soberbio, el perseguidor de los humildes, les prepara sin saberlo coronas imperecederas; en su lucha contra todos ellos sale siempre derrotado. En todo momento y lugar el Señor defiende a los humildes del pueblo, defiende a los hijos de los pobres y quebranta al explotador. Siempre saldrá en defensa de los suyos, los librará de los malhechores y no pesará el cetro de los malvados sobre el late de los justos, para que no extiendan su mano a la maldad. Rompe, finalmente, los arcos, quiebra las lanzas y prende fue o a os escudos. Tú, desgraciado levantas tu trono más allá de os astros divinos en el espacio gélido y tenebroso. Pero contempla cómo levantan del polvo al desvalido y alzan de la basura al pobre, hasta hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria, y te recomerá que se cumplan estas promesas: Pobres y afligidos alaban tu nombre.

Te doy gracias, padre de huérfanos y protector de viudas: pusiste junto a nosotros un monte fértil, un monte cuajado. Los cielos destilaron ante el Dios del Sinaí, se ha derramado el bálsamo, ha resonado claramente su nombre, al que aborrece el inicuo por nosotros y a nosotros por él. Su resonancia ha llegado hasta los corazones y labios de los niños; y de la boca de los niños de pecho ha sacado una alabanza. El malvado, al verlo, se irritará. Mas su ira será implacable, como inextinguible es el fuego que ya está ardiendo para él y para sus ángeles. El celo del Señor lo realizará.

¡Cómo me amas, Dios mío, amor mío! ¡Cómo me amas, que siempre me tienes presente, celoso en todas partes por la salvación del pobre

Señor. Por estas cuatro razones eres delincuente: gime por cada una de ellas. Responde con tu temor a la primera y a la última; con tu confusión a las otras dos. Nadie teme al padre porque es padre. El padre siempre se enternece y perdona. Cuando castiga golpea con una vara, no con el bastón; y si hiere, cura. Lo dice como Padre: Yo desgarro y yo curo. No tienes por qué temer al padre; si alguna vez castiga, no lo hace por vengarse, sino por corregir. El que advierte que ha ofendido al padre se siente avergonzado, no atemorizado. Por propia iniciativa me engendró con el mensaje de la verdad, no me arrojó impulsado por la pasión carnal, como el que concibió mi cuerpo.

Pero ese padre no perdonó a su propio hijo para salvar al que así había engendrado. Ha sido para mí un verdadero padre, pero yo no le he correspondido como hijo. Un hijo tan pésimo ¿cómo puede atreverse a mirarle a la cara a un padre tan bueno? Me avergüenza haberme comportado tan indigna- mente con mi progenitor; me llena de confusión haber sido tan degenerado para con mi padre. Bajen de mis ojos arroyos de lágrimas, cubra mi rostro la vergüenza; que el pudor encienda mis mejillas y me envuelvan las tinieblas. Mi vida se consumirá en el dolor y mis años en los gemidos. ¡Qué dolor! ¿Salí ganando con lo que ahora me sonroja? Si cultivé los bajos instintos; de ellos cosecharé corrupción. Sembré para el mundo, que también perece con su codicia. En una palabra: desgraciado e insensato de mí, no se me cayó la cara de vergüenza cuando al amor y a la honra de mi padre eterno preferí lo caduco, vacío e insignificante, cuyo paradero es la muerte. Me aturde y abochorna escuchar: Si yo soy tu padre, ¿dónde queda mi honra?

Pero aunque no fuese padre, me abruma con sus beneficios. Son como testigos que hace desfilar ante mí. Pasando por alto otros muchos, ahí están el sustento diario de mi cuerpo, el tiempo que me da de tregua, y muy especialmente, la sangre de su amado Hijo que clama desde a tierra. Me sofoca mi ingratitud. Y para colmo de mi confusión, seré acusado de haber devuelto mal por bien, odio por amor. Nada puedo temer de mi bienhechor, que además es mi padre. Es el verdadero bienhechor que da sin regatear y sin humillar. No humillan sus dones, porque son puro don; los regala, no los vende y nunca se arrepiente de haberlos regalado. Pero cuanto más constreñido me vea por su benignidad, más me hundo en mi propia bajeza. Avergüénzate, alma mía; duélete, puesto que sus dones son irrevocables, no humillantes. ¿Seremos unos perfectos ingratos que ni los recordamos? ¿Cómo pagaré al Señor, al menos ahora, todo el bien que me ha hecho?

Pero si la confusión se repliega abatida sobré sí misma, deberá acudir en su auxilio el temor. Acuda y anímelo. De momento dejemos a un lado estas dos entrañables palabras de bienhechor y padre, y fijémonos en otras más severas, pues si leemos que es Padre cariñoso y Dios de todo consuelo, también se nos dice que es Dios de venganza, un juez justo, temible en sus decisiones sobre los hijos de las hombres, un Dios celoso. Para ti es padre y bienhechor; para sí mismo, Señor y Creador. Pues por el testimonio de la Escritura, todo lo ha creado para su gloria. Se desvive por lo que es tuyo y te lo guarda, ¿no crees que a veces sentirá celo por lo suyo? ¿No reclamará el honor de su sabiduría? Por eso irrita a Dios el malvado cuando piensa para sí: No lo reclamará. ¿Qué significa decir

interiormente que no lo reclamará? Perder el temor de que pueda hacerlo. Pero él exigirá hasta el último céntimo, lo reclamará y lo pagarán con creces los soberbios. Requerirá el servicio de su redimido y la gloria de aquel a quien plasmó.

Concedamos que por ser padre, disimula; que el bienhechor, perdona; pero no así el Señor y Creador. El que disculpa al hijo no condesciende con la criatura, no rehabilita a su criado infiel. Considera qué pánico y espanto debes sentir por haber despreciado a tu Creador y al de todos los hombres, y haber ofendido el Señor, de la majestad. Impone temor la majestad, impone temor el Señor, y sobre todo esta majestad y este Señor. Si al reo de esa majestad, aunque sea humana, las leyes lo condenan a pena de muerte, ¿cuál será el fin de los que desprecian la omnipotencia divina? El toca los montes y echan humo ¿y tiene la osadía de irritar a tan tremenda majestad una vil mota de polvo, que la desparrama el más leve soplo sin posibilidad de recogerla?

Temed, sí, teme al que tiene poder para matar el cuerpo y después echarlo en el fuego. Temo el infierno, tiemblo ante el rostro de un juez terrible hasta para los coros angélicos. Me estremece la ira del poderoso, su furor, dispuesto a destruir el mundo que se desploma precedido de fuego voraz, de violenta tempestad, del grito de arcángel, de la palabra terrible. Me estremecen las fauces de la bestia infernal, el vientre del abismo, los leones que rugen dispuestos a devorarme. Me horrorizan el gusano roedor, el río de fuego, los torbellinos de humo, las exhalaciones de vapor, azufre y el viento huracanado; me horrorizan las tinieblas exteriores. ¿Quién echará agua sobre mi cabeza, quién hará brotar de mis ojos torrentes de lágrimas, para prevenir con mi llanto los lamentos y el crujir de dientes, las esposas y los grilletes insoportables, el peso de apretadas cadenas que hieren y desuellan, pero no acaban con la vida! ;Ay de mí, madre mía! ¿Por qué me engendraste para ser hijo del dolor y de la amargura, de la ira y del llanto eterno? ¿Para qué me acogiste en tu regazo y me criaron tus pechos, si nací para ser abrasado como pasto de las llamas?

El que de verdad se sienta afectado por todo esto, ése ha recuperado su sensibilidad; con este doble temor y aquella doble confusión de sí mismo ya ha bostezado cuatro veces.

Bostezará tres veces más cuando haga su confesión. Nadie podrá decir ya que no habla, que no siente, si esa confesión broca de un corazón humilde, sencillo y confiado. Confiesa, pues, cuanto le remuerde a tu conciencia; pero con humildad, sencillez y confianza. Así llegas al número misterioso. Algunos se complacen haciendo daño y se alegran de la perversión, como dice gráficamente el Profeta: Publican sus pecados como Sodoma, pero aquí no me refiero a ellos; son extraños a nosotros. ¿Es asunto mío juzgar a los de fuera?

Sin embargo. hemos escuchado alguna vez descaradas añoranzas y jactancias de sus pasadas aberraciones a quienes llevan el hábito y la vida de monjes. De haberse enfrentado con alguien como aguerrido gladiador o en sutiles controversias literarias; o de cosas muy apreciadas para la vanidad mundana, pero muy nocivas, perniciosas y peligrosas para la salvación del alma. Eso delata un espíritu aún muy mundano; el hábito

probarlas luego inesperadamente. Siete veces cae el justo y otras tantas se levanta, si es que cae de día. Porque puede verlo a la luz, saber que está caído, desear levantarse, buscar la mano que lo levante y decir: Tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza: pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado.

Una cosa es dudar de la verdad, lo cual tendremos que soportarlo cuando no sopla el Espíritu, y otra saborear el error. Esto lo evitarás fácilmente si no ignoras tu propia ignorancia y dices también tú: Si es que he cometido un yerro, con ese yerro me quedo yo. Esta sentencia es del santo Job. Mirad; la ignorancia es una madre nefasta que tiene dos hijas pésimas: la falsedad y la duda: La primera es más vil, la segunda más digna de compasión. Aquélla es más dañina, ésta más molesta. Ambas ceden cuando habla el Espíritu, porque no es solo la verdad, sino la verdad cierta. Es el Espíritu de la verdad, cuyo contrario es la mentira. Es el espíritu de la sabiduría, transparencia de la vida eterna, que brilla por todas partes por su pureza, incompatible con la oscuridad de toda duda.

Cuando calle el Espíritu, aunque no podamos evitar el disgusto de la duda, sí debemos detestar el error. Porque hay gran diferencia entre sentir la incertidumbre de lo que se debe opinar y afirmar temerariamente lo que se ignora. O nos habla siempre el Espíritu, y eso no depende de nosotros, o cuando desea permanecer silencioso, él mismo nos lo hace saber y nos habla al menos con su silencio para que no creamos falsamente que va delante de nosotros, y mal orientados vayamos tras nuestro propio error y no en pos de él. Pero aun cuando nos mantenga en la duda, no nos abandona en el engaño. Puede suceder que alguien profiera una mentira sin certeza, y no miente. Otro puede afirmar una verdad que ignora, y miente. En el primer caso no afirma que sea ver ad lo que dice, sino que así lo cree y lo dice; dice la verdad, aunque no sea cierto lo que dice. En el segundo caso, da como cierto algo de lo que no tiene certeza; no dice la verdad, aunque sea verdadero o que afirma.

Hechas estas indicaciones para prevenir a los inexpertos, y con esas mismas cautelas, seguiré, si soy capaz, al Espíritu que guía mis pasos, como confío. E intentaré cumplir lo que enseño, para que no me digáis: Enseñando tú a otros, ¿no te enseñas nunca a ti mismo? Conviene distinguir entre lo dudoso y lo evidente, para no dudar de lo que es cieno, ni afirmar temerariamente lo que es ambiguo. Debemos esperar del Espíritu este discernimiento, porque no podemos conseguirlo por nosotros mismos. Puede saber el hombre si antes del juicio al que me referí en un sermón anterior, se celebró otro en los cielos?

Yo me pregunto si Lucifer, hijo de la aurora, que con tanta prisa pretendió sublimarse antes de volverse ni la, no envidiaría al género humano porque lo iban a perfumar con aquel ungüento, y no murmuraría indignado en su interior diciendo: ¿A qué viene este derroche? No afirmo que esto lo haya dicho el Espíritu Santo, pero tampoco sostengo que haya dicho lo contrario: porque no lo sé. Pudo suceder, de no juzgarlo increíble, que colmado de sabiduría y de acabada belleza, fuese capaz de saber anticipadamente que serían creados los hombres, y que incluso alcanzarían su mismo grado de gloria. Pero si lo supo, lo vio sin duda en el Verbo de Dios y, lívido de envidia, maquinó dominarlos,

Sermón 17

Sobre la presencia y la ausencia del Espíritu. Sobre la duda y el error, que se alejan con la presencia del Espíritu. Si hubo en el cielo un juicio anterior sobre el diablo. Estos dos juicios consuelan a los humildes; transición al sentido moral.

¿Creemos quizá que ya nos hemos adentrado bastante en el santuario divino sondeando su admirable misterio, o nos decidimos a seguir más adelante tras el Espíritu, para ver si aún nos queda algo por escudriñar? Porque el Espíritu lo sondea todo: el corazón y las entrañas del hombre, e incluso lo profundo de Dios. Puedo seguirle a dondequiera que vaya, tanto si desciende a mi intimidad como si se remonta hasta lo más sublime. Lo importante es que custodie nuestro espíritu y nuestros pensamientos, no sea que creamos en su presencia cuando está ausente y nos desviemos siguiendo nuestro propio sentir y no el suyo. Porque llega y se marcha cuando quiere; pero no sabes de dónde viene o a dónde va.

Lo cual podemos ignorarlo sin riesgo para nuestra salvación; pero sería muy peligroso no enterarnos cuándo viene o cuándo se ausenta. Pues si no estamos atentos con suma vigilancia a estas alternancias que el Espíritu Santo dispone para con nosotros, no lo echarás de menos en sus ausencias ni lo alabarás por su presencia. Se ausenta para que lo busques con mayor avidez. Pero ¿cómo lo buscarás si no te enteras de que se ha ido? Igualmente, él se digna volver para consolarte. Pero ¿cómo lo acogerás con la dignidad que se merece su grandeza si no sientes su presencia? El alma que ignora su ausencia está expuesta a engañarse; y el espíritu que no advierte su regreso no agradecerá su visita.

Eliseo, cuando advirtió la inminente partida de su maestro, le pidió una gracia; pero como sabéis, sólo la consiguió con la condición de que lograse verle cuando lo apartasen de su lado. Estas cosas les sucedieron figurativamente y fueron escritas para nosotros. Que sepamos velar y esforzarnos en la obra de nuestra salvación, que promueve el Espíritu Santo sin cesar en nuestra intimidad, con exquisito primor y con el encanto de su divina sutileza; así nos lo enseña él y nos lo exhorta el ejemplo de este Profeta. Ojalá nunca se retire de nosotros sin advertirla esa divina unción, la maestra que nos va enseñando todo, para, no vernos privados de un doble don: que cuando llegue nos encuentre esperándolo, erguida nuestra cabeza, abiertos nuestros brazos, para recibir la bendición copiosa del Señor.

¿Cómo desea él que seamos? Pareceos a los que aguardan a que su amo vuelva de la boda. El nunca llega de las delicias abundosas de la mesa celestial con las manos vacías. Estad, por tanto, en vela, preparados en todo momento, pues no sabemos el instante en que vendrá el Espíritu y se ausentará otra vez. El Espíritu marcha y vuelve. El que se mantiene en pie mientras lo posee consigo, seguro que caerá cuando se vaya; pero no se lastimará, porque el Señor lo tiene de la mano. Entra y sale sin cesar de las personas espirituales o de las que intenta hacer más espirituales, visitándolas por la mañana, para

que lleva no responde a una nueva vida, sino que encubre su vida anterior. Algunos incluso la echan de menos, profundamente entristecidos; se aferran a las apetencias de la gloria y no borran sus culpas. Se engañan a sí mismos porque con Dios no se juega.

No se despojaron del hombre viejo; sólo lo cubren con el nuevo. Con esa confesión no se hace una buena limpieza de la levadura vieja, sino que se levanta todavía más, como está escrito: Mientras callé se envejecieran mis huesos, rugiendo todo el día. Avergüenza recordar la altanería con que algunos se jactan sin pudor alguno de su deplorable soberbia -después de haber tomado el santo hábito- para suplantar a otros, para abusar de su hermano y devolver temerariamente mal por mal o insulto por insulto, aplicando la ley del talión como respuesta a la injuria o a la calumnia.

Pero hacemos una confesión más perniciosa y mucho más arriesgada, porque es más sutilmente falaz, cuando no tenemos recato en descubrir nuestras torpes deshonestidades; no porque seamos humildes, sino por aparentarlo. Mas el que apetece ser alabado por su humildad, no posee esta virtud: la destruye. El verdadero humilde desea que se le considere un despreciable y que no elogien su humildad. Goza cuando lo menosprecian; sólo es juiciosamente soberbio para desechar toda alabanza. ¿Existe mayor aberración o algo más indigno que poner al servicio de la soberbia a la misma confesión, que es de suyo garantía de humildad? ¿Pretender ser considerado como el mejor allí donde deberías ser enjuiciado como el peor? Maravillosa especie de jactancia, esa que no consiente contarte entre los santos, si no es exhibiendo tu maldad. Tal confesión guarda una apariencia de humildad, pero no es virtud, y además de no merecer el perdón, provoca la ira divina.

¿Le sirvió de algo a Saúl confesar su pecado al verse reprendido por Samuel? Es claro que aquella confesión fue reprobable y no borró la culpa. ¿Cómo podría rechazar una confesión humilde el maestro de la humildad, dispuesto siempre a dar su gracia a los humildes? Era imposible que no le hubiera aplacado, si la humildad que insinuaban sus labios hubiese resplandecido en su corazón. Aquí tenéis la razón por la que dije que la confesión debe ser humilde.

Pero debe ser también sencilla. Que no se quede satisfecha justificando su intención, posiblemente oculta, pero culpable; ni suavizando el pecado realmente grave; ni fingiendo influencias ajenas, cuando nadie le coaccionó contra su voluntad. Lo primero no sería una justificación, sino justificar el delito; no reconcilia, desafía. Lo segundo es signo de ingratitud; cuando más se rebaja la culpa, menos se aprecia la gloria del que la perdona. Un servicio se presta siempre con mayor resistencia cuando se presiente que será menos agradecido, por creerlo menos necesario. De hecho renuncia al perdón el que devalúa la oferta del que se lo concede; eso es lo que hace en realidad todo el que se obstina en atenuar su delito con disculpas.

Tomemos, por fin, el ejemplo del primer hombre: no negó, es cierto, su culpa; pero tampoco consiguió el perdón, sin duda porque implicó en la culpa a su mujer. Acusar a otro cuando a ti te inculpan, es una manera de excusarse. El santo David explicará qué absolutamente inútil y pernicioso es pretender excusarte, cuando alguien te corrige. Llama palabras maliciosas a las

que empleamos para pretextar excusas a nuestros pecados, y ruega e implora que no deje inclinar su corazón a esta maldad. Y con razón. Pues quien se excusa peca contra su alma: aleja de sí el remedio del perdón y con sus propios labios se cierra a sí mismo el paso a la vida. ¿Cabe mayor malicia? ¡Armarse contra la propia salvación, herirte a ti mismo con el puñal de tu lengua! ¿Con quién puede ser bueno el que es inicuo consigo mismo?

Finalmente, la confesión debe ser confiada, para confesar con esperanza en el perdón total, no sea que en vez de justificarte te condenes con tu boca. Judas, el que vendió al Señor, y Caín el fratricida, confesaron su crimen, pero no confiaron. Escucha al primero: He pecado, entregando a la muerte a un inocente. Y el segundo confiesa: Es demasiado grave mi pecado para merecer el perdón. Fueron sinceros, pero de nada les sirvió su confesión desconfiada. Si sumamos estas tres condiciones de la confesión a las cuatro cualidades anteriores de la compunción, nos dan el número plenario de siete.

Si tu compunción es así y así has confesado, totalmente seguro de que has vuelto a la vida, creo que debes estar cieno de que no pronuncias en vano el nombre de Jesús, que pudo y quiso realizar en ti tales maravillas. El no ha bajado en vano, después de haber enviado antes su bastón. No ha venido inútilmente, porque no llegó de vacío. ¿Es que no habita en él la plenitud total? Dios no le escatimó el Espíritu. Y llegó cuando se cumplió el plazo revelando que venía con toda su plenitud. Verdaderamente colmado, porque el Padre lo había ungido con aceite de júbilo entre todos sus compañeros; lo ungió y lo envió lleno de gracia y lealtad. Lo ungió para que ungiese a los demás. Todos fueron ungidos por él, porque todos pudieron recibir de su plenitud. Por eso dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar a amnistía a los cautivos, a los prisioneros la libertad; para anunciar el año de gracia del Señor.

Como has podido escuchar, vino para ungir nuestras heridas y mitigar nuestros dolores. Por eso vino ungido, sencillo y humilde, con entrañas de misericordia para cuantos lo invocan. Sabía que bajaba para los débiles, mostrándose como ellos lo necesitaban. Y como eran tantas las enfermedades, como médico prevenido procuró traer toda clase de medicinas. Vino con el espíritu de prudencia y sabiduría, el espíritu de consejo y valentía, el espíritu de conocimiento y de piedad, y el espíritu de temor del Señor.

Ya ves cuántas redomas llenas de ungüentos compuso este médico celestial, para sanar las heridas de aquel infeliz que cayó en manos de los salteadores. Son siete las que hemos enumerado, en consonancia con los siete signos que describíamos. Porque esas redomas contenían la vida del espíritu. De ellas sacó el aceite con que ungió mis heridas; también puso un poco de vino, pero menos que aceite. Era lo más eficaz para mis debilidades, pues necesitaban más misericordia que justicia; también el aceite flota sobre el vino. Por eso nos trajo cinco barriles de óleo y sólo dos de vino. El temor y el poder corresponden al vino, y las otras cinco representan el aceite por la suavidad que le es propia. Con su espíritu de fortaleza, como un valiente excitado por el vino, descendió a los infiernos, destrozó las puertas de

bronce, quebró los cerrojos de hierro, ató al malva o fuerte y se alzó con su botín. También descendió con el espíritu de temor, pero no temeroso, sino terrible.

¡Oh Sabiduría! ¡Qué habilidad la tuya! Con vino y aceite curas mi alma, para devolverle la salud fuertemente suave y suavemente fuerte. Fuerte para mí y suave conmigo. Pues, por lo demás, alcanzas con vigor de extremo a extremo y gobiernas el universo con acierto, domeñando al enemigo para proteger al débil. Sáname, Señor, y quedaré sano; daré gracias y tañeré para tu nombre, diciendo: Tu nombre es como bálsamo fragante.

No lo alabo como vino generoso -para que no llames a juicio a tu siervo-, sino como bálsamo que me colma de gracia y de ternura. Como verdadero óleo que sube por encima de todo líquido con el que se mezcle, claramente simboliza el nombre que sobrepasa todo nombre. ¡Oh suavísimo y dulcísimo nombre! ¡Nombre excelente preferido a todos, alabado por los siglos! Este es el bálsamo más suave, que da brillo al rostro humano; ungüento que perfuma la cabeza del que ayuna para que no exhale el hedor del pecado. Este es el nombre nuevo pronunciado por la boca del Señor, con el que le había llamado el ángel antes de su concepción. No sólo el judío, sino cualquiera que lo invoque se salvará: hasta esos límites llega su fragancia. El Padre se lo ha concedido al Hijo, Esposo de la Iglesia y Señor nuestro, Jesús, Cristo, bendito por siempre. Amén.

consolidarme en la fuerza del Señor poderoso! La fuerza se realiza en la debilidad. Y por fin: Cuando soy débil entonces soy fuerte.

Si esto es así, la esposa transforma graciosamente en orgullo propio todo lo que le reprochan como insulto las que la envidian, y no sólo presume dé ser hermosa, sino también de su tez morena. Esto no la sonroja, pues sabe que su esposo fue así antes que ella, y su mayor orgullo es parecerse a él. Su mayor timbre de gloría es llevar el oprobio de Cristo. De ahí brota este canto de victoria: Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme más que de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Grata ignominia la de la cruz, para aquel que no es ingrato con el Crucificado. Tiene la tez morena, pero la forma y la semejanza del Señor. Acércate al santo profeta Isaías, que te contará cómo lo vio él. ¿A quién le llama hombre de dolores acostumbrado al sufrimiento y sin aspecto atrayente? Y añade: Nosotros lo estimamos leproso, herido por Dios y humillado. Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes, sus cicatrices nos curaron. Por eso es de tez morena. Compáralo con aquello del santo David: Eres el más bello de los hombres, y encontrarás en el Esposo todo lo que la esposa dice de sí misma en este lugar.

¿No te parece recto, tal como lo hemos dicho, que él pueda responder a sus émulos los judíos: "Tengo la tez morena, pero soy hermoso, hijos de Jerusalén"? Deforme, sin figura ni belleza; repugnante, por ser como un gusano y no un hombre, vergüenza de la gente y desprecio de pueblo. Si llegó a hacerse a sí mismo pecado: ¿podré avergonzarme de que le llamen "el de la tez morena"? Míralo, pues, cubierto de andrajos, amoratado de heridas, embadurnado de salivazos, pálido como la muerte: y confesarás que realmente él es de tez morena.

Pregunta también a los apóstoles cómo le contemplaron en el monte, o a los ángeles cómo es él, a quien tanto desean contemplar; y sin duda admirarás su belleza. Por tanto, es hermoso en sí y negro por ti. ¡Señor Jesús, qué hermoso te veo aun en mi propia forma! Y no sólo debido a los milagros por los que brillas, sino también por la verdad, la mansedumbre y la justicia. ¡Dichoso el que fijándose bien de qué manera vives entre los hombres como hombre, se compromete a imitarte en todo lo posible! Tu bella esposa recibió ya como primicias de su dote el don de esta dicha, porque no se resiste a imitar tu hermosura ni a sobrellevar la confusión de su tez morena. Por eso decía ella: Tengo la tez morena pero soy hermosa, hijas de Jerusalén. Y añade la comparación: Como las tiendas de Cadar, como los pabellones de Salomón. Pero es muy oscuro todo esto y completamente inaccesible para los que se sienten cansados. Tenéis tiempo para llamar a la puerta. Si no os ocultáis, se hará presente el que revela los misterios; y no vacilará en abriros el que nos invita a que lo llamemos. El es el que abre y nadie cierra, el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, bendito él por siempre. Amén.

por la carne de Cristo y por lo que Cristo hizo o mandó a través de su carne. Poseído por este amor, el corazón se conmueve en seguida por todo o que se refiere al Cristo carnal. Nada escucha más a gusto, nada lee con mayor afán, nada recuerda con tanta frecuencia, nada medita más dulcemente. Por eso la oblación de su plegaria se asemeja a las víctimas hermosas y cebadas. Siempre que ora tiene ante sí la imagen del Hombre Dios que nace y crece, predica y muere, resucita y asciende; todo cuanto le ocurre impulsa necesariamente su espíritu al amor de las virtudes, o arranca los vicios sensuales, ahuyenta sus hechizos y serena los deseos.

Yo creo que esta fue la causa principal por la que el Dios invisible se manifiesta en la carne y convivió como hombre entre los hombres: ir llevando gradualmente hacia el amor espiritual a los hombres que, por ser carnales, sólo podían amar carnalmente, y guiar así sus afectos naturales al amor que salva. ¿Acaso no se encontraban en ese nivel aquellos que le decían: "Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido" Efectivamente, todo lo habían dejado por el amor de su presencia corporal. Hasta el punto que no fueron capaces de escucharle siquiera, cuando les predijo que los salvaría con su pasión y muerte. -Más tarde, tampoco pudieron contemplar la gloria de su ascensión sino con profunda tristeza. Así se lo decía: La tristeza os abruma porque os he dicho todo esto. Como vemos, sólo la gracia de su presencia corporal les arrancó de todo otro amor carnal.

También les indicaba un nivel más elevado del amor, cuando les dijo: Sólo el espíritu da vida; la carne no sirve para nada. A ese nivel pienso que llegó aquel que decía: Aunque antes conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no. Posiblemente esta misma era la posición del Profeta: El Cristo del Señor nos ilumina con su Espíritu. Me parece además que la frase siguiente: A su sombra viviremos entre los pueblos, la añadió para aplicarla a los incipientes, para que a menos descansen a su sombra los que se sienten menos capaces de soportar el calor del sol; para que se nutran de la dulzura carnal, mientras no pueden percibir las realidades del Espíritu de Dios. En mi opinión, la sombra de Cristo es su propia carne, con la que cubrió también a María; como un velo que la resguardaba del calor y del resplandor del Espíritu. El que no posee aún el Espíritu que da vida, se consuela provisionalmente con la devoción a su carne humana, al menos en el grado que lo poseen aquellos que dicen: El Cristo del Señor nos ilumina con su Espíritu; y aquellos que exclaman: Aunque antes conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no. Mas por otra parte, tampoco se puede amar a Cristo según la carne sin el Espíritu Santo; con todo, ese amor no llega a la plenitud.

La medida de ese amor consiste en que llena todo el corazón con su dulce suavidad hasta poseerlo plenamente, desechando de él todo otro amor o seducción carnal. Esto equivale a amar con todo el corazón. De lo contrario, podría preferir a la carne de mi Señor cualquier otro parentesco o complacencia, que me impedirían cumplir todo lo que él enseñó de palabra o de obra, mientras vivía en la carne mortal. ¿Y no sería esto una evidencia de que no amo con todo el corazón? ¿No tendría partido el corazón, dándole una parte para él, mientras con la otra me vuelvo hacia mí mismo? Por eso dice: El que quiere a su padre o a su madre más que a mí,

no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Por tanto, y en Pocas Palabras: amar con todo el corazón consiste en preferir el amor de su sacrosanta carne a cualquier otra cosa qué halague a la propia carne o a la de otro. Me refiero también a la gloria del mundo, porque la gloria del mundo es gloria de la carne y aquellos que se complacen en ella son sin duda carnales.

Y aunque esta devoción a la carne de Cristo es un don y un don grande del Espíritu Santo, a este amor yo le llamaría carnal con relación a aquel amor por el que se saborea, no ya al Verbo hecho carne, sino al Verbo sabiduría, al Verbo justicia, al Verbo verdad, al Verbo santidad, piedad, poder o cualquier otra realidad que a él se puede atribuir. Porque todo esto es Cristo, que se hizo para nosotros saber que viene de Dios, justicia, santidad y Liberación. ¿O crees que todos actúan impulsados por un mismo afecto? Sucede, por ejemplo, que uno siente compunción y compasión por la pasión de Cristo, se conmueve ante el recuerdo de todo cuanto padeció, se embriaga con la dulzura de esta devoción y saca fuerzas para toda obra salvífica, honesta y piadosa.

Otro, en cambió, arde siempre por el celo de la justicia, emula en toda ocasión lo verdadero, siente ansias por alcanzar la sabiduría, ama la santidad de vida y la moral de sus costumbres, se avergüenza de toda jactancia, aborrece la detracción, desconoce la envidia, detesta la soberbia, no sólo huye de toda gloria humana, sino que le fastidia y la desprecia, abomina extremosamente y persigue en sí mismo toda impureza de la carne y del corazón, desecha con toda naturalidad todo mal y se adhiere a todo lo que es bueno. Si cotejas entre sí estos dos modos de amar, ¿no descubres claramente que aquel primero comparado con este otro ama como carnalmente?

Pero es bueno este amor carnal mediante el cual se excluye la vida carnal, se desprecia y se vence al mundo. Si es racional, es provechoso; se perfecciona cuando se vuelve espiritual. Y será racional, si en todo lo que debemos sentir de Cristo, se mantienen con tal firmeza las bases de la fe, que ninguna apariencia de verdad, ninguna desviación herética o diabólica serán capaces de apartarnos jamás de sentir limpiamente con la Iglesia. Esa misma cautela debemos observar en la propia conducta, de modo que nunca se sobrepase el límite de la discreción con ninguna clase de superstición, ligereza o vehemencia del fervor, bajo pretexto de una mayor devoción.

Ya hemos dicho más arriba que esto implica amar a Dios con toda el alma. Amaremos con todas las fuerzas y el amor será espiritual, si con la ayuda del Espíritu llega a tal rigor que no se abandona la justicia, ni por la coacción de los sufrimientos o tormentos, ni siquiera por miedo a la muerte. Creo que merece ser llamado especialmente así, porque goza de esa prerrogativa que es su característica: la plenitud del espíritu. Demos ya por expuesto suficientemente lo que dice la esposa: Por eso las doncellas te quieren tanto. Con respecto a lo que nos resta, dígnese abrirnos los tesoros de su misericordia aquel a quien están confiados, nuestro Señor Jesús, Cristo, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por siempre eternamente. Amén.

Dios y el de los ángeles. Y si es morena, lo será por fuera. Pero a él le importa poco que la juzguéis vosotras o quienes sólo valoran las apariencias. El hombre sólo ve el rostro, Dios intuye el corazón. Su tez será oscura al exterior, pero por dentro es hermosa, para deleitar a aquel a quien se entregó; no a vosotras, porque si os contentara, no sería sierva de Cristo. Dichosa tez que engendra el candor del alma, la luz de la ciencia, la pureza de la conciencia.

Escucha finalmente lo que Dios promete por medio del Profeta a los que ha ennegrecido la humildad de la penitencia o el celo de la caridad, como si fuese el calor del sol: Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve; aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana. No debemos rechazar de plano esta negrura exterior de los santos que produce la blancura interior, prepara en su interior un trono para la sabiduría. Porque la sabiduría es refleja de la luz eterna, como dice el Sabio. El alma debe ser transparente, pues en ella se asienta la sabiduría. Así pues, si el alma del justo es sede de la sabiduría, no dudo en afirmar que el alma del justo es blanca. E incluso me atrevería a decir que la justicia es blancura.

Justo era Pablo, a quien le aguardaba la corona de la justicia. Por tanto, el alma de Pablo era blanca, y la sabiduría se había asentado en ella; tanto que exponía la sabiduría a los hombres hechos, el saber escondido en el misterio, que ninguno de los jefes de la historia conoció. Sin duda alguna, aquella negrura exterior, debida a su pobre aspecto personal por sus fatigas, ayunos y el poco dormir, conseguía o merecía esa blancura de la sabiduría y de la justicia. En consecuencia, lo que es negro en Pablo es mucho más hermoso que todo ropaje exterior y la pompa de los reyes. No se puede comparar con la belleza del cuerpo por preciosa que sea, ni con el cutis más nítido que un día se quemará, ni con el rostro sonrosado que un día se pudrirá, no con los trajes lujosos pasto de la polilla, ni con el oro o el brillo de las piedras preciosas, ni con cualquiera otra cosa sometida a la corrupción.

Con razón, pues, el afán de los santos que desprecian todo adorno o atención superflua del hombre exterior, ciertamente corruptible, lo consumen y emplean en cultivar y adornar al hombre interior -imagen de Dios- que se renueva de día en día. Porque saben con certeza que nada puede ser más agradable a Dios que su imagen, cuando se restaura según su propia belleza. Por eso toda su gloria está dentro, no fuera: esto es, no en la flor del heno o en la boca del vulgo, sino en el Señor. Así lo dicen ellos: Mi orgullo es el testimonio de nuestra conciencia. Porque Dios es su único juez y a él sólo desean agradar; la verdadera y única gloria es complacerle a él. No es una gloria mediocre la gloria interior, en la que se digna complacer el Señor de la gloria, como dice David: Toda la gloria de la hija del Rey estriba en su interior.

La gloria personal más segura es la que uno posee por sí mismo, no por otro. Pero no deben enorgullecerse sólo por su blancura interior, sino también por su negrura exterior, porque en los santos no se desperdicia nada, sino que todo coopera para el bien. No hay que gloriarse sólo en la esperanza, sino también en las tribulaciones. Dice: Con mucho gusto presumiré de mis debilidades, porque así residirá en mi la fuerza de Cristo. Elijamos la debilidad que se compensa con la fuerza de Cristo. ¡Quién me concediera no sólo ser débil, sino caer en el abandono y desaparecer para mí mismo, con tal de

pálida aumenta la hermosura y la gracia. Esto puedes comprobarlo de mil maneras. Hay infinidad de cosas con aspecto descolorido, pero de bella configuración.

Quizá pueda ser éste el caso de la esposa. Su forma es hermosa, pero en este mundo en que peregrinamos no carece de algún lunar. Muy distinto será ya en la patria, cuando se muestre radiante al Esposo, sin mancha ni arruga, ni nada parecido. Si ahora dijese que no tiene la tez morena, se engañaría a sí misma y no sería sincera. No te extrañes, pues, que diga: Tengo la tez morena, y que se gloríe de su hermosura. ¿Cómo no va a ser hermosa si se le dice: Ven, hermosa mía" Si le dice: Ven, es que aún no ha llegado; a no ser que alguien piense que no se lo dicen a esa de tez morena que todavía lucha por llegar allí, sino a la bienaventurada que reina ya sin mancha alguna en la patria.

Pero escucha por qué tiene la tez morena y por qué es hermosa. ¿Acaso será morena por la vida detestable que ha llevado, sometida al príncipe de este mundo, cargada aún con la imagen del hombre carnal? ¿Y será acaso hermosa por su semejanza celestial, en la que se transformó después, empezando una nueva vida? Si así fuera, mejor se habría expresado en pretérito: "Tuve la tez morena", y no: Tengo la tez morena. A quien le agrade esta interpretación deberá entender lo que sigue: Como las tiendas de Cadar, como los pabellones de Salomón, de la siguiente manera, por su vida pasada se parece a las tiendas de Cadar, y por su vi a nueva a los pabellones de Salomón. Los pabellones se identifican con las tiendas, según lo muestra el Profeta: De repente quedan destrozadas mis tiendas y en un momento mis pabellones. Así pues, primeramente era de tez morena, como las míseras tiendas de Cadar, y después hermosa como los pabellones del rey glorioso.

Pero veamos cómo ambas se refieren al estado de vida más perfecto. Consideremos el aspecto exterior de los santos, lo que está a la vista. Veremos que es humilde, abyecto y tratado con muy poco mimo. Pero en su interior, a veces reflejan a cara descubierta la gloria del Señor, transformándose en su imagen con resplandor creciente, bajo el influjo del Espíritu del Señor. ¿No es verdad que cada una de esas almas podría responder con razón a los que le reprochan su color: Tengo la tez morena, pero soy hermosa" ¿Quieres que te demuestre que un alma puede ser de tez morena y a la vez hermosa? Sus cartas, dicen, son duras y -severas, pero tiene poca presencia y un hablar detestable.

Así era Pablo. ¿Acaso vosotras, hijas de Jerusalén, valoráis a Pablo por su presencia corporal despreciándolo por su palidez y deformidad porque le veis como un hombrecillo con hambre y sed, con frío y sin ropa, en fatigas sin cuento, con incontables palizas y en peligros de muerte? Esto es lo denigrante de Pablo: el Doctor de las gentes fue considerado como abyecto, innoble, feo, deforme, como el desecho de este mundo. Pero ¿no fue arrebatado hasta el paraíso, recorriendo el primero y el segundo hasta penetrar en el tercer cielo por su propia pureza? ¡Qué alma tan hermosa la suya, que moró dentro de un cuerpo débil, y a la cual no vaciló en acogerle la hermosura celestial, ni la rechazó la sublimidad angélica, ni la repudió la claridad divina! ¿La llamaréis vosotros negra? Es de tez morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén. A vuestro juicio es de tez morena, pero hermosa para el sentir de

Sermón 21

Por que razón dice la esposa: atráeme en pos de ti. En que consiste ser atraído en pos de Cristo y quienes piden o no piden esto. También el estado espiritual sufre una constante mutación, y como imitamos la eternidad. Como los imitadores de Cristo lo atraen todo hacia si. Por que dice atráeme en singular y correremos, en plural. Del doble auxilio de la corrección y del consuelo.

Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas. ¿Es que la esposa ha de ser arrastrada en pos del esposo, como si lo siguiera contra su voluntad? No todo el que es atraído es arrastrado a la fuerza. Tampoco el enfermo o debilitado o el incapaz de valerse por si mismo vacila en que le lleven al baño o a la mesa; es el reo quien se opone a que le conduzcan al juicio o al potro. Si ella lo pide expresamente, es porque desea ser atraída; aunque no lo pediría si fuese capaz de seguir por sí misma al esposo, como lo desea. ¿Y por qué no puede? ¿Tendremos que decir que también la esposa está enferma? No sería de extrañar que cualquiera de las doncellas confesara que está enferma y pidiese que la lleve. Pero ¿a quién no le sorprenderá que la esposa, capaz de llevar consigo a otras, por ser perfecta y fuerce, necesite también ser arrastrada como si estuviese enferma o débil? ¿De quién podríamos confiar que esté sana y fuerte, si damos en conceder que está enferma la que por su singular perfección y extraordinario poder es considerada como la esposa del Señor?

¿Acaso no pediría esto la Iglesia cuando contemplaba a su amado subiendo al cielo, ansiando subir y entrar con él en la gloria? Puede ser muy perfecta un alma que gime en este cuerpo mortal al verse retenida en la cárcel de este mundo encadenada por mil necesidades, atormentada por sus pecados. Pero deberá resignarse a subir lenta y penosamente, para contemplar las realidades más espirituales; y no será capaz de seguir al esposo a donde quiera que vaya. Por eso escuchamos una voz que gime llorando: ¡Desgraciado de mí!, ¿quién me librará de este ser mío, instrumento de muerte? Por eso pide: Saca de la prisión a mi alma. Repita, por tanto, repita también con lágrimas la esposa: llévame en pos de ti, porque el cuerpo mortal es lastre del alma y la tienda terrestre abruma la mente pensativa. ¿No lo dirá porque desea morirse y estar con Cristo? Especialmente si ve que quienes parecían necesitarle en esta vida, van ya muy adelantadas en el amor al esposo y parecen invulnerables en ese amor. Anteriormente habían dicho: Por eso las doncellas te quieren tanto. Ahora es como si dijera: Mira cómo te aman las doncellas y se adhieren a ti con un amor fuerte. Ya no me necesitan para nada. Así que no hay ninguna razón para que yo siga en esta vida. Por esta razón dice: Atráeme en pos de ti.

Yo lo interpretaría así, si hubiera dicho: "Llévame a ti". Pero como dice en pos de ti, creo que más bien pide que le permita seguir tras las huellas de su vida, para emular sus virtudes, guardar las normas de su conducta y abrazar la perfección de su forma de vida. En todo esto necesita sobremanera una fuerza que le permita renunciar a sí misma, tomar su cruz y seguir a Cristo. Por eso precisa la esposa ser atraída, y ser atraída

precisamente por aquel que dijo: "Sin mí nada podéis hacer". "Sé muy bien", dice, que yo no puedo llegar hasta ti en manera alguna, a no ser caminando detrás de ti: y ni siquiera esto, si tú no me ayudas. Te pido, pues, que me atraigas en pos de ti, porque: ¡Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación!, ya que llegarán a poseerte en el monte de la felicidad.

¡Qué pocos, Señor, quieren ir en pos de ti, aunque todos desean llegar hasta ti, porque están convencidos de que a tu derecha está la alegría perpetua. Todos quieren gozar de ti, mas no todos imitarte: quieren reinar contigo, sin sufrir contigo. Tal era aquel que decía: Que mi suerte sea la de los justos, que mi fin sea como el suyo. Deseaba el fin de los justos, mas no sus comienzos. También los carnales añoran para sí morir como los espirituales, aunque rechacen su forma de vida: saben que la muerte de los santos es preciosa. Porque cuando se duermen sus amados, encontrarán la herencia del Señor, y di-chosos los muertos que mueren en el Señor. Por el contrario, al decir del Profeta, la muerte de los malvados es pésima. No se esfuerzan por buscar al que desean encontrar; desean conseguirlo, no seguirlo.

No les sucede eso a aquellos a los que decía: Vosotros os habéis mantenido a mi lado en las pruebas. ¡Dichosos, buen Jesús, los que han obtenido este testimonio tuyo! Ellos caminaban realmente en pos de ti con sus pasos y su corazón. Les enseñaste el sendero de la vida, porque eres camino y vida, y les dijiste: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. El que quiera servirme que me siga: y allí donde esté yo, estará también mi servidor. Por eso lo tenían a mucha honra: Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

"Así también tu amada, dejándolo todo por ti, ansía ir siempre en pos de ti, adherirse siempre a tus huellas, seguirte a donde quiera que vayas, consciente de que tus caminos son de salvación y todos tus senderos llevan a la paz, y que quien te sigue no camina entre tinieblas. Pero te pide que la atraigas porque tu justicia es como el monte de Dios, y no puede subir hasta allí con sus fuerzas. Te ruega que la atraigas, como acostumbras, porque nadie llega hasta ti si no le atrae tu Padre. Y a quienes atrae el Padre les atraes tú también. Lo que hace el Padre eso hace también el Hijo. Pero pide con más confianza que le atraiga el Hijo, porque es su propio esposo, al que envió el Padre por delante en calidad de guía y preceptor, para que la precediera por el camino recto y la enderezase por a senda de las virtudes, la instruyera como a sí mismo, le mostrase la calzada de la prudencia, le entregase la ley de la vida y de la bondad, y así él mismo desearía con razón su hermosura.

"Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas. La razón por la que necesito que me atraigas, es que se entibió un poco en nosotros el ardor de nuestro amor, y así no podemos correr ahora con un frío que congela las aguas, como lo hacíamos ayer y en días pasados. Pero será después, cuando nos devuelvas la alegría de tu salvación, cuando vuelva el clima templado de la gracia, cuando brille de nuevo el sol de la justicia y pasen las nubes de la prueba que ahora lo ocultan, cuando comience a esparcirse el perfume al suave soplo de la brisa dulce como antes, y se derramen los perfumes con su fragancia. Entonces correremos,

SERMÓN 25

A quienes llama la esposa hijas de Jerusalén y por que. Como tiene la esposa su tez morena y como es hermosa. Como se puede comprender que la esposa tenga la tez morena y al mismo tiempo sea hermosa. Todo el afán de los santos se orienta hacia su forma interior.

Ya queda explicado en el sermón anterior cómo la esposa se ve obligada a responder a las que le insultan por envidia, y simulan que pertenecen corporalmente al grupo de las doncellas, aunque no a su espíritu. Efectivamente, dice: Tengo la tez morena, pero soy hermosa, hijas de Jerusalén. Es evidente que la desacreditan echándole en cara el color de su tez. Pero fíjate en la paciencia y bondad de la esposa. No solamente no les devuelve insulto por insulto, sino que las bendice llamándolas hijas de Jerusalén, cuando por su maldad merecían que más bien las llamase hijas de Babilonia o de Baal, o cualquier otra cosa que se le hubiese ocurrido.

Pero el Profeta le había enseñado, o mejor, aprendió del Ungido, que es todo mansedumbre, a no quebrar la caña hendida y a no apagar la llama de la mecha. Por eso no quiso irritar aún más la excitación que les dominaba, y no añadió un motivo más a su atormentada envidia. Ante todo, trató de guardar la paz con las que odiaban la paz, consciente de que también se debía a las ignorantes. Así que prefirió cautivarlas con un delicado adjetivo, porque le preocupaba más salvar a las débiles que vengar la ofensa recibida.

Todos deben optar por esta perfección, pero es más propia de los prelados idóneos. Porque saben muy bien los superiores perfectos y fieles que les han confiado la solicitud por las almas, no la ostentación del cargo. Y cuando llega a sus oídos algún indicio de las quejas o murmuraciones internas de cualquiera de ellas, aunque estallen en insultos y afrentas, como saben que son médicos y no señores, preparan una medicina, no la venganza contra el frenesí de sus almas. Por esta razón la esposa llama hijas de Jerusalén a las que debe soportar por sus malévolas habladurías. Esto es: con sus palabras suaves unge a las que murmuran, sosiega su nerviosismo y cura su envidia. Porque está escrito: La lengua suave quebranta los huesos. Por otra parte, en cierto sentido san realmente hijas de Jerusalén y la esposa no las llama así falsamente. Merecen con toda razón el nombre de hijas de Jerusalén por los sacramentos de la Iglesia que reciben fríamente junto con los perfectos, por su común confesión de fe, por su relación al menos externa con los fieles, o también por su esperanza de la salvación futura, de la cual nunca debemos desesperar en vida, aun viviendo sin esperanza.

Pasemos ya al contenido de las palabras: Tengo la tez morena pero hermosa. ¿No encierran una contradicción? No, en absoluto. Lo digo para los más sencillos, que no saben distinguir entre el color y la forma. La forma pertenece a la composición del ser, y el color moreno, en cuanto tal, es una cualidad. Por eso no todo lo que es moreno es sin más una deformidad. El color negro, por ejemplo, de las pupilas, no es una fealdad. Las piedras preciosas negras caen bien como adorno; el cabello negro en una tez

Y el que carece de amor, no tiene con qué amar a la esposa. Pero tampoco las obras rectas pueden hacer recto al corazón, si falta la fe. ¿Cómo se puede llamar recto al hombre que no agrada a Dios? Y sin fe es imposible agradar a Dios. El que no agrada a Dios tampoco es objeto de la complacencia de Dios. Pues el que se complace en Dios no puede desagradar a Dios; y a quien Dios no le agrade tampoco su esposa. ¿Cómo puede ser recto el que no ama a Dios, ni a la Iglesia de Dios, a la que se dice: "Los rectos te aman". Por tanto, si ni la fe sin obras, ni las obras sin la fe son suficientes para mantener recta el alma, nosotros, hermanos, que creemos en Cristo, tratemos de enderezar nuestros caminos y nuestros afanes. Levantemos nuestros corazones y nuestras manos a Dios, para que él nos halle enteramente rectos, demostrando la rectitud de nuestra fe con nuestras buenas obras, como amantes de la esposa, amados por el Esposo, Jesús, Cristo, nuestro Señor, bendito por siempre. Amén.

correremos aspirando su aroma, porque desaparecerá la pesadez que ahora nos abruma y volverá la devoción. Ya no necesitaremos ser atraídas, pues acuciadas por su bálsamo correremos libremente. Pero ahora, entre tanto, atráeme en pos de ti.

¿No ves cómo el que procede guiado por el Espíritu nunca permanece en el mismo estado, ni avanza siempre con la misma facilidad, y que el caminar del hombre no depende de su poder? Se lo concede a su arbitrio la voluntad del Espíritu: unas veces más lentamente y otras veces más aprisa, le hace olvidar lo que queda atrás y lanzarse a lo que está delante. Si os fijáis bien, parece que lo que yo os digo desde fuera coincide con lo que experimentáis en vuestro interior.

Por lo mismo, cuando te sientas afectado por la indolencia, la acedia o el tedio, no pierdas por eso la esperanza, ni desistas de tu tesón espiritual. Pide la mano del que te ayuda, instándole a que te atraiga, como hace la esposa, hasta que con el estímulo de la gracia puedas correr de nuevo más aprisa y alegre, diciendo: Corrí por el camino de tus leyes, cuando me ensanchaste el corazón. Por eso, mientras actúe la gracia, alégrate: pero no pienses que posees el don de Dios por un derecho hereditario, como si por esa seguridad llegaras a creer que no puedes perderlo jamás. No sea que de repente te suelte su mano y te prive de su don, y caiga tu ánimo abatido, excesivamente desconsolado. Y nunca exclames en plena euforia: no vacilaré jamás, para no verte obligado a decir con pena: Escondiste tu rostro y quedé desconcertado. Si eres cuerdo, tratarás más bien, como aconseja el Sabio, no olvidarte de los días malos en los buenos y en el día malo te acordarás del día bueno.

Por tanto, no te creas seguro en tus momentos de valentía: clama al Señor con el Profeta y di: No me abandones cuando me falten las fuerzas. Consuélate en el día de la prueba y di con la esposa: Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas. Así no te abandonará la esperanza en la adversidad, ni te fallará la providencia en la prosperidad. Tanto la prosperidad como la adversidad, mudables a cada paso, te servirán para formarte cierta imagen de la eternidad, esa inviolable e inconcusa igualdad uniforme de espíritu, bendiciendo al Señor en todo tiempo. Por ello, incluso en los acontecimientos angustiosos y en los desfallecimientos inevitables de este mundo vacilante, reivindicarás para ti un estado perenne de cierta inconmutabilidad, cuando comiences a renovar y reformar tu antigua y sublime semejanza del Dios eterno, para quien no existen fases ni períodos de sombra.

Pues así como él es en sí mismo, lo serás tú en este mundo: no temerás la adversidad, ni te relajarás en la prosperidad. Esto es, repito, lo que esa noble criatura, hecha a imagen y semejanza del que la creó, indica que está próxima a recuperar: la dignidad de su antigua gloria. Está convencido de que para ella es indigno amoldarse a este mundo caduco. Y siguiendo el pensamiento de San Pablo, se esfuerza por ir transformándose en la nueva mentalidad, dentro del estado en que fue creada al principio. Así, como es justo, obliga a este mundo -creado para ella- a que cambie de dirección y a que de un modo maravilloso se adapte a ella, y todos los seres empiecen a cooperar para su bien. Así recuperan en algún sentido su forma propia y natural, abandonan sus actitudes degeneradas y reconocen a su Señor a cuyo servicio fueron creadas.

Según esto, pienso que aquellas palabras pronunciadas por el Unigénito acerca de sí mismo -cuando le levanten de la tierra tirará de todos hacia él-, pueden apropiárselas todos sus hermanos: los que eligió destinándolos a que reprodujeran los rasgos de su Hijo, para que éste fuera el mayor de una multitud de hermanos. Así que yo puedo tener la osadía de decir que cuando sea levantado de la tierra atraeré todos los seres hacia mí. Porque no me apropio temerariamente las palabras de mi hermano, de cuya semejanza me he revestido.

Si es así, no piensen los ricos de este mundo que los hermanos de Cristo poseen solamente el cielo, porque escucharon estas palabras: Dichosos los que eligen ser pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Repito que no pueden pensar que sólo gozan de las realidades celestiales, porque esto es lo único que se les promete. Poseerán también las terrenas, sin tener nada; lo poseen todo y no mendigan como pordioseros, porque son dueños como señores, ciertamente más señores cuanto menos ambiciosos. El mundo entero con sus riquezas pertenece al hombre de fe. Todo absolutamente, porque tanto lo próspero como lo adverso, le sirve igualmente y coopera en todo para su bien.

Por eso el avaro hambrea lo terreno como un mendigo; pero el creyente lo desprecia como señor. Uno mendiga lo que posee; el otro atesora lo que desprecia. Pregunta a cualquiera de esos que codician con un corazón insaciable el lucro material, qué sienten respecto a los que venden lo suyo para entregarlo a los pobres y compran así el reino de los cielos con un precio perecedero. Pregúntales a ver cómo obran y te contestarán sin duda: "Cuerdamente". Pregúntales también por qué no hacen eso que aprueban. "No puedo", responderán. ¿Por qué? Sin duda porque no se lo permite la avaricia que los domina; porque no son libres; porque no son suyas las cosas que creen poseer; porque no se pertenecen ni a sí mismos.

"Si realmente fuesen tuyas, inviértelas en el gran negocio de cambiar lo terreno por lo celestial. Si no eres capaz, reconoce que no eres dueño de tus riquezas, sino esclavo; su depositario, no el amo. En una palabra, vives al dictado de tu capital, como el criado ante su señora; él se ve obligado a alegrarse en su prosperidad y a condolerse con sus infortunios; y tú, cuando aumentan tus riquezas, aumenta tu satisfacción, y cuando disminuyen quedas abatido. Te hundes en la tristeza cuando se agotan, y cuando suben tus haberes te inflas de soberbia. Esto es lo que dice.

Nosotros, empero, tratemos de emular la libertad y la estabilidad de la esposa que, bien enterada de todo y con su corazón iniciado en la sabiduría, sabe vivir con estrechez y sabe nadar en la abundancia. Cuando pide que le atraiga el esposo, descubre su necesidad, no de riquezas, sino de virtudes. Y cuando se consuela con la esperanza de que volverá la gracia, da muestras de su indigencia, pero no de su desconfianza.

Por eso dice: Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus aromas. ¿Cómo nos extraña que sienta necesidad de que le atraigan, si corre tras un gigante, si intenta abrazar al que salta sobre los montes, brincando por los collados? Su palabra corre veloz. Y ella no puede seguirle ni competir con su agilidad, porque sale como un héroe a recorrer su camino: no puede valerse de sus fuerzas, y por eso pide que le

renueva sin cesar la tuya en mí para tu bien? Toda la ayuda que tú podías haber recibido de mí, la trocaste en confusión tuya: abusas de mis servicios, vives indignamente dentro de un cuerpo, espíritu bruto y animal".

Estas almas encorvadas no pueden amar al esposo, porque no son amigas del esposo, sino de este mundo. Y la amistad con el mundo es hostilidad con Dios. Por tanto, buscar y saborear lo que hay sobre la tierra es curvatura del alma; y al contrario, meditar y desear lo de arriba es rectitud.

Para que el alma sea perfecta debemos distinguir entre sentir y consentir. Yo diría que tú eres recto de verdad si en todo sientes rectamente, y no disientes de la fe con tus hechos. La fe y las obras delatan el estado de tu alma invisible. Eres recto de verdad si demuestras ser católico por tu fe y justo por tus obras. De lo contrario, no dudes en creerte encorvado. Así te lo dicen: Si inmolas a Dios rectamente y no lo divides rectamente, pecaste. Porque ofreces a Dios cualquiera de las dos, la fe y las obras, y no separas, rectamente una de la otra. No seas un oferente recto y luego un mal distribuidor. ¿Por qué separas las obras de la fe? Las separas pecaminosamente matando tu fe porque la fe sin obras está muerta. Ofreces a Dios una ofrenda muerta. Si el amor es como el alma de la fe, ¿qué es la fe que no obra por amor sino un cadáver exánime? ¿Honras dignamente a Dios con una ofrenda corrompida? ¿Le aplacarás si matas tu fe? ¿Cómo puede ser la tuya una oblación de paz, si tu concordia es tan cruel?

No es extraño que Caín se enfrentase contra su hermano, después de haber matado su propia fe. ¿Por qué te extraña, Caín, que no aceptase tu sacrificio el que te despreció? Tampoco podía complacerle tu sacrificio si estabas dividido tú mismo. Si entregas tus obras al altar, ¿cómo entregas tu corazón al odio? No puedes conciliarte interiormente con Dios si estás desavenido contigo; no le a lacas, pecas. No porque mates impíamente, sino porque no divides rectamente. Cuando aún no eras fratricida ya matabas tu fe. ¿Cómo ibas a ser recto cuando levantabas tus manos a Dios, si ya tu corazón atraía a la tierra la envidia y el odio fraternal? ¿Cómo podía ser recto si su fe estaba muerta, si su obra era la muerte, nula su devoción y grande su amargura? Sí que había fe en la ofrenda, pero no había amor en la fe: la oblación era recta, pero la división cruel.

La muerte de la fe es la exclusión del amor. ¿Crees en Cristo? Haz las obras de Cristo para que tu fe sea viva: que el amor sea el alma de la fe, y las o ras su prueba. No encorve la obra terrena a quien erige la fe. Si aseguras que vives en Cristo, debes vivir tú también como él vivió. Porque si buscas tu propia gloria, envidias al rico, difamas al ausente, ofendes al ofensor: eso no lo hizo Cristo. Confiesas que conoces a Dios, pero le niegas con las obras: No actúas rectamente, porque tu lengua es impía con Cristo y entregas tu alma al diablo. Escucha lo que dice: Este hombre me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. No eres ciertamente recto, porque no divides rectamente. No puedes levantar la cabeza oprimida bajo el yugo del diablo. No descollarás más irguiéndote, si te domina la maldad. Tus culpas sobrepasan tu cabeza, son un peso superior a tus fuerzas. La maldad se hunde mucho antes que la moneda de plomo.

Como ves, no hace recto al hombre la fe recta, si no obra por amor.

Uno dice: "Lo siento muchísimo, porque le amo de verdad, pero nunca pude corregirle de tal cosa". Y otro: Hace tiempo que lo sabía con toda certeza; pero por mi parte jamás lo hubiera revelado. Mas como ya lo ha descubierto otro, no puedo negar la verdad; lo digo con muchísimo dolor, Pero es cielo... Y añade: "Una verdadera lástima, porque tiene grandes cualidades para muchas cosas; pero con relación a eso, es preciso reconocer que no tiene excusa alguna".

Después de estas breves consideraciones sobre ese funesto vicio pasemos ya a nuestro tema, demostrando quiénes deben ser considerados como rectos en este pasaje. Yo creo que cualquiera que sea algo inteligente no pensará que los que aman a la esposa son los rectos con relación a su cuerpo. Por eso debemos mostrar que se trata de una rectitud espiritual del alma. El Espíritu es el que enseña, explicando temas espirituales a los que son espirituales. Efectivamente, Dios creó al hombre erguido por su alma, no por su materia corporal terrena y enfangada. Porque lo hizo a su imagen y semejanza. Y según salmodias, el Señor nuestro Dios es recto en él no existe la maldad. Así pues, Dios que es recto creó al hombre erguido y semejante a él; sin maldad, porque en él no hay maldad. La maldad es propia del corazón, no es un vicio del cuerpo. De aquí puedes deducir que la semejanza de Dios no se conserva ni se repara más que en tu condición espiritual, no en tu sustancia crasa de barro. Dios es espíritu y los que quieren mantenerse o hacerse semejantes a él, deben entrar en su corazón y deben ocuparse de eso muchas veces dentro de su espíritu, hasta que a cara descubierta reflejemos la gloria del Señor y nos vayamos transformando en su imagen con resplandor creciente, movidos por el Espíritu del Señor.

Aunque Dios le dio al hombre un cuerpo que se mantiene erguido, esta rectitud corporal del hombre en su constitución exterior y de una materia más vil, quizá sea para advertirle que, como hecho a imagen de Dios, debe mantener su espíritu erguido en rectitud. Así, la belleza del barro condenará la deformidad de su alma. ¿Habrá deformidad mayor que llevar un alma encorvada dentro de un cuerpo bien erguido? Es algo perverso y abominable que un vaso de barro, como es el cuerpo terreno, mire libremente al cielo con sus ojos, se recree con el espectáculo de los astros; y que por el contrario, su forma celeste y espiritual, es decir, sus facultades internas y su afecto, tenga clavados los ojos en lo bajo de la tierra. Y la que debía criarse entre púrpura se revuelque en el barro, y se abrace al estiércol como una puerca.

"Avergüénzate, alma mía, dice el cuerpo, de cotejarme contigo. Avergüénzate, alma mía, de haber cambiado la semejanza divina por otra animal; avergüénzate de haber preferido el cieno, tú que eres del cielo. Has sido creada recta como tu Creador; me tienes a mí como el compañero que te corresponde incluso por la postura de un cuerpo erguido. Te vuelvas donde te vuelvas, hacia Dios en lo alto o hacia mí en lo bajo -nadie ha odiado nunca a su propio cuerpo-, siempre te sale al paso la imagen de tu hermosura, siempre recibirás la indicación entrañable de la sabiduría, para que conserves tu. propia dignidad. Si yo he conservado y retenido mi propia prerrogativa, esa que recibí gracias a tu espíritu, ¿cómo no te sonroja haber perdido la tuya? ¿Por qué tu Creador contempla en ti deshecha su semejanza, si conserva y

atraiga diciendo: "Estoy cansada, me he agotado; no me abandones, atráeme en pos de ti, no sea que intente andar errante tras otros amantes, no sea que corra sin rumbo fijo. Atráeme en pos de ti, pues más me vale que me atraigas y me provoques como sea, aterrándome con tus amenazas o probándome con castigos; pero no me dejes en mi frialdad, no me abandones en mi falsa seguridad. Atráeme aun a pesar mío y después te seguiré voluntariamente; atráeme incluso paralizada y me devolverás la agilidad.

Algún día no necesitaré que me atraigas, porque correremos amorosamente con toda presteza. No correré yo sola, aunque haya pedido que me atraigas a mí sola: también correrán conmigo las doncellas. Correremos juntas, correremos a la par; yo por el aroma de tus perfumes y ellas movidas por mi ejemplo y mis insistencias. Sí, correremos todas al olor de tus aromas". La esposa cuenta con estas imitadoras suyas, como ella imita a Cristo. Por esa no dice en singular: "Correré", sino Correremos.

Pero surge una cuestión: ¿por qué cuando pide que le atraiga, por la misma razón no incluyó a las doncel as, diciendo: "Atráenos", en vez de "Atráeme" ¿Es que la esposa necesita que le atraiga, y las doncellas no? "Tu que eres tan bella, tan dichosa y tan afortunada, muéstranos la razón de esta diferencia". -Atráeme, dice-. ¿Por qué a mí y no a nosotras? ¿Es que sientes envidia de que nosotras participemos también de esta dicha? De ningún modo, porque no habrías añadido inmediatamente que las doncellas correrán contigo, si hubieses pretendido ir tú sola en pos del esposo. ¿Por qué entonces añades en plural correremos y pides en singular atráeme" -"La caridad", contesta, así lo pedía".

Aprende por esto que acabo de decirte que en la vida espiritual debemos esperar una doble ayuda: la corrección y el consuelo. La primera actúa desde fuera; éste nos visita interiormente. Aquélla reprime la insolencia; éste provoca la confianza. La primera engendra humildad; el segundo consuela cuando desfallece el ánimo. Una hace cautos; el otro devotos. Instruye aquélla con el temor de Dios; y éste suaviza el temor mismo, infundiendo el gozo espiritual, según está dicho: Alegra mi corazón entero en el temor de tu nombre; servid al Señor con temor; rendidle homenaje temblando.

"Somos atraídos cuando nos prueban las tentaciones y tribulaciones; corremos cuando, al visitarnos las consolaciones interiores y las inspiraciones, aspiramos la fragancia del perfume. Por eso, lo que parece áspero y duro me lo reservo para mí, como si fuera perfecta, sana y fuerte, diciendo en singular: atráeme. Lo que es suave y dulce, te lo entrego a ti como si fuese débil, y digo: Correremos. Sé muy bien que las doncellas son tiernas y delicadas, menos hechas a sufrir la tentación. Quiero que vayan conmigo, pero no que sean atraídas conmigo, porque quiero que sean mis compañeras en el consuelo, no en el sufrimiento. ¿Por qué? Porque son débiles y me temo que desfallezcan, que sucumban. Corrígeme a mí, esposo mío, fatígame, pruébame, atráeme en pos de ti, porque yo estoy dispuesta a cualquier sufrimiento y me siento con fuerzas para soportarlo.

Por lo demás, corramos juntas; aunque sea atraída yo sola, corramos juntas. Corramos, corramos, pero al

olor de tus aromas, no fiándonos de nuestros méritos. Tampoco confiamos correr por nuestra extraordinaria fuerza, sino por la bondad de tu gracia. Si alguna vez corrimos voluntariamente, no fue porque así lo quisimos y nos afanamos, sino por Dios, que tuvo misericordia. Vuelva esa misericordia y correremos. Tú corres por tu fuerza, como gigante irresistible; nosotras no correremos, si tus aromas no se esparcen. Tú, a quien el Padre ha ungido con aceite de júbilo entre todos tus compañeros, corres por esa misma unción; nosotras correremos al olor de tus aromas. Tú en plenitud, nosotras tras el aroma de su perfume".

Ha llega o el momento de cumplir lo que os prometí: exponeros ampliamente el tema de los aromas del esposo. Pero lo impide la extensión de este sermón; por tanto, lo dejo de momento, porque una materia tan densa no puede resumirse en pocas palabras. Rogad al Señor de la unción que se digne recibir con agrado la alabanza espontánea de mis labios, para dar a conocer a vuestros corazones la memoria de su inmensa bondad, que permanece en el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor.

Creo que éste es el sentido de la frase: los rectos te aman. Y no es absurdo pensar así, pues siempre se encontrarán algunas en el séquito de las doncellas que espían el proceder de la esposa, no para imitarla, sino para criticarla. Se atormentan por la bondad de sus mayores y se recrean en sus defectos. Podrás verlas caminar por separado, juntarse ellas solas, sentarse en corrillos, pero al instante sueltan sus lenguas probases al susurro detestable. Se confabulan unas con otras, no cejan ni para respirar; tan intensa es su pasión para desacreditarla o escuchar a la que le difama. Buscan la familiaridad para hablar mal, siempre concordes para la discordia. Cultivan espantosas amistades, y el mismo afán de conjuración con el mal as une envidioso intercambio. Lo mismo hicieron Pilato y Herodes; dice la narración evangélica que se hicieron amigos aquel día, es decir, el día de la pasión del Señor. Cuando se reúnen no es para comer la cena del Señor, sino para brindar y beber el cáliz de los demonios. Porque llevan en sus labios el veneno de la perdición mutua y acogen gustosamente la muerte que entra por sus oídos. De esta manera, según dice el Profeta, entra la muerte por nuestras ventanas, cuando sueltos los labios y los oídos, nos esforzamos por servirnos mutuamente la bebida mortal de la difamación. Que no caiga mi alma en la reunión de los detractores, porque Dios los odia, como dice el Apóstol: Los difamadores son hostiles a Dios. Y lo confirma el mismo Dios, cuando dice en el salmo: Al que en secreto difama a su prójimo, lo haré callar.

Es muy normal. Vosotros mismos podéis comprender que este vicio combate y persigue especialmente, y más que a cualquiera virtud, a la caridad que es el mismo Dios. El que difama, ante todo manifiesta que está vacío de caridad. Además, al difamar, ¿Qué otra cosa pretende sino que el difamado caiga en el odio o en el desprecio de los que han escuchado la difamación? Por tanto, la lengua maldiciente hiere la caridad de todos los que le escuchan, y su intención es matarla y extinguirla de raíz. Es más: incluso puede suceder que se propague entre los ausentes, a los que puede transmitirse a través de los presentes. Ya ves qué fácilmente y en qué poco tiempo la palabra que corre veloz puede envenenar, con esta podredumbre de maldad, a una ingente multitud de almas. De ellos dice el espíritu profético: Llena está su boca de maldición y amargura, sus pies son ligeros para ir u derramar sangre.

Efectivamente, son tan ligeros que vuelan como las palabras. Habla uno solo, y sólo pronuncia una palabra. Sin embargo, esa única palabra en un momento hiere los oídos de todos los que la escuchan, y mata sus almas. Es que el corazón amargado por la hiel de la envidia no puede derramar sino amargura por la lengua. Así lo dice el Señor: Lo que rebosa del corazón lo habla la boca. Son muy diversas las clases de esta peste. Unos vomitan el virus de la difamación abiertamente y sin miramiento alguno, según les viene a la boca. Otros, incapaces de contenerse, se esfuerzan por revestir aparentemente con cierta timidez artificial la malicia engendrada por la falacia. Observarás que suspiran profundamente y sueltan la difamación con cierta gravedad y desgana, con cara de tristeza, con un ceño de humildad y voz entrecortada; son más convincentes porque simulan que lo hacen contra su corazón, y que lo dicen con sentimiento de dolor y sin pizca de maldad.

Sermón 24

Sobre la paz que hemos recuperado y el contexto del verso: te aman los rectos de corazón; y también sobre los detractores. Sobre la rectitud y curvatura del alma. Sobre el sentir y consentir, sobre la fe y las obras.

Justamente, hermanos, ésta es la tercera vez que el semblante apacible de Dios nos sonríe y mira con su clemencia desde el cielo nuestro regreso de Roma. Se apaciguó la rabia de León, se extinguió la maldad, se pacificó la Iglesia. Con su presencia redujo a la nada al maligno, que casi durante ocho años la turbó con un cisma terrible. ¿Y volveré a vosotros en vano después de correr tantos peligros? No; me debo a vuestros deseos y me entrego a vuestro aprovechamiento; puesto que vivo gracias a vuestros méritos, deseo vivir para vuestra formación y salvación. Y como deseáis que siga comentando el Cantar que hace tanto tiempo inicié, lo acepto gustosamente.

Pienso que será mejor acabar el tema que interrumpí y no comenzar uno nuevo. Pero temo que, por el tiempo transcurrido, mi ánimo haya perdido el hábito y mi espíritu se haya embotado con asuntos, no sólo tan diversos, sino tan indignos; y que no sea capaz de tratar materias tan elevadas. Pero lo poco que poseo os lo entrego. Ojalá Dios pueda concederme que os dé o que no tengo a través de mi fiel servicio. Y si no, achacadlo a mi torpeza, no a mi voluntad.

Si mal no recuerdo, debemos comenzar por el siguiente pasaje: Te aman los rectos. Antes de explicar qué significa, veamos quién lo dice y a quién se refiere. Porque me veo obligado a decir lo que omite el autor. Quizá sea lo más acertado atribuírselo a las doncellas, como añadiéndolo a sus últimas palabras. Pues cuando dijeron: Saltaremos de gozo y nos regocijaremos recordando tus pechos mejores que el vino, hablaban sin duda con su madre, y exclaman a continuación: Los rectos te aman. Yo creo que lo dicen contra alguna de ellas que sentían de diversa manera; aunque parecían correr a la par, buscaban lo suyo y no se conducían con sinceridad y sencillez; envidiaban la gloria singular de su madre. Como había entrado ella sola en las bodegas, comentaron a murmurar. Esto coincide con lo que dice el Apóstol: Peligros en los falsos hermanos Estos reproches le obligaron a defenderse con esta respuesta: Tengo la tez morena pero hermosa, muchachas de Jerusalén.

Pero las fieles, sencillas, humildes y obsequiosas, para consolarla de las murmuraciones y blasfemias de las otras, dicen a la esposa: Los rectos te aman. Como si dijeran: "No hagas caso de la reacción de esas infames, pues claramente te aman los rectos de corazón". Buen consuelo, por cierto, cuando por hacer el bien nos ofenden los malos y nos aman los rectos. Nos basta la opinión de los buenos y el testimonio de la conciencia para tapar la boca a los traidores. Mi alma se gloría en el Señor; que los humildes lo escuchen y se alegren. Que se alegren los humildes, dice, con tal de que agrade a los sencillos; y escucharé sin alterarme todo lo que agrade sobre mí la envidia de las que van perdidas.

Sermón 22

Como el esposo posee varios perfumes y permite entregarse a otros mas sublimes. Los cuatro perfumes del esposo. Como nos muestra Cristo estos cuatro perfumes. Diversas maneras de correr tras estos perfumes. No debemos preguntarnos por la composición de estos perfumes. Los infieles no poseen ninguna de estas virtudes

Si los perfumes de la esposa son tan exquisitos y excelentes, como lo escuchasteis cuando tratamos de ellos, ¿cómo serán los del Esposo? Yo no puedo explicároslo dignamente; pero no cabe duda que sus cualidades son superiores y su gracia más eficaz; solamente su aroma excita a correr tras ellos, no ya a las doncellas, sino a su misma esposa. Si os percatáis bien, ella no se atreve a prometer nada parecido con relación a sus propios perfumes. Es cierto que se siente orgullosa, porque son óptimos; pero no llega a decir que haya corrido o que corra detrás de ellos, como promete que lo hará en pos de os aromas del Esposo. ¿Qué sucedería si se sintiese llena de la unción misma, cuando salta de gozo por correr simplemente tras su fragancia? Lo extraño es que no llegase a volar.

Pero dirá alguno: "Termina ya tus elogios; bastará que comiences a explicarlos y se verán cómo son". No, yo no puedo prometeros eso. Es más, ni siquiera acierto a distinguir qué debo deciros entre todo lo que se me ocurre. Porque pienso que el esposo lleva bastantes clases de perfumes y no pocos aromas. Unos son para deleite exclusivo de la esposa, porque es su más íntima y familiar. Otros los perciben las doncellas; y otros llegan a los más lejanos y menos familiares para que nadie se libre de su calor. El Señor es bueno con todos, pero más con sus íntimos. Cuanto más familiarmente se le acerca alguien por sus méritos y por su pureza de corazón, creo que siente tanto más la fragancia de sus nuevos perfumes y de su finísima unción.

No olvidemos que aquí la inteligencia no capta sino aquello que percibe la experiencia. Por mi parte, de ninguna manera me arrogaría temerariamente los privilegios de la esposa. El esposo conoce con qué delicias regala el Espíritu a la esposa, con qué inefables inspiraciones recrea sus sentidos y con qué perfumes la cautiva. Es para él como un manantial propio, del que ningún extraño participa; ningún indigno puede beber en él; es jardín cerrado, fuente sellada. Sin embargo, sus aguas corren hasta las plazas. Proclamo que están a mí total disposición; que nadie me censure ni moleste si saco de ellas agua, o si se la doy a otro.

En alabanza de mi ministerio, debo reconocer que es cansado y laborioso tener que salir todos los días para sacar agua, aunque sea de los riachuelos más accesibles de las Escrituras, y proporcionarla a las necesidades de cada uno, para que sin esfuerzo suyo, cada uno tenga el agua espiritual para todos sus quehaceres, por ejemplo para lavar, para beber y para hacer la comida. Sin duda, la palabra divina es un agua de sabiduría que salva, apaga la sed, y además lava, como dice el Señor: Vosotros estáis ya limpios por el mensaje que os he comunicado. La palabra divina cuece

también los pensamientos más crudos de la carne, cuando se ponen al fuego del Espíritu Santo. Los convierte en sentimientos espirituales y en manjar del corazón, puedes decir: El corazón me ardía por dentro; pensándolo me requemaba.

Los verdaderamente limpios de corazón pueden, por sí mismos, comprender realidades más sublimes que las predicadas por mí. No sólo no se lo prohíbo: hasta me congratulo con ellos. Y les pido que soporten mi servicio más simple para los más sencillos. ¿Qué más quisiera yo sino que todos profeticen? ¡Ojalá no tuviese que ocuparme de esas explicaciones! ¡Ojalá fuese otro el que cumpliese este ministerio! O mejor, y eso sería preferible, que ninguno de vosotros lo necesitase. Si todos fuesen discípulos de Dios, yo podría dedicarme a contemplar las maravillas de Dios. Pero en realidad aquí es imposible, no digo contemplar, sino tratar siquiera de descubrir, y no lo digo sin lágrimas, al Rey de la gloria sentado sobre Querubines.

Sentado también sobre su sede elevada y excelsa, en esa forma por la que es igual al Padre, engendrado antes de la aurora entre esplendores sagrados; en esa forma que siempre desean contemplar los ángeles, como Dios de Dios. Como hombre que habla a seres humanos; me refiero a esa forma en que se hizo patente por un exceso de su bondad y de su amor, cuando se hizo inferior a los ángeles y puso su tienda al sol, como esposo que sale de su alcoba. Os presento más bien su bondad que su gloria; más su unción que su grandeza. Tal como lo ungió el Espíritu del Señor, y lo ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para pregonar el año de gracia del Señor.

Yo pongo en común lo que he recibido del común sentir, exceptuando siempre lo más sublime y sutil que a cada uno se le haya concedido percibir y experimentar, por pura gracia, acerca de los perfumes del Esposo. Porque él es la fuente viva, el manantial sellado que brota dentro del jardín cerrado, por ese canal suyo que es la boca de Pablo. Es también esa sabiduría que, como dice el santo Job, saca lo oculto a la luz; se ha dividido en cuatro arroyos y se desborda por las plazas. Nos lo dice cuando indica que Dios le hizo sabiduría, Justicia, santificación y liberación. Nada nos impide considerar estos cuatro arroyos como otros tantos perfumes valiosísimos. Los dos primeros son el agua y el perfume: el agua porque purifica, el perfume porque exhala sus aromas.

La Iglesia se vio embriagada por los bálsamos exquisitos de estos cuatro arroyos, compuestos como perfumes valiosísimos de los montes ricos en aromas de especies celestiales. Así esta deliciosa fragancia incita a las cuatro partes del mundo para que salgan a encuentro del celestial esposo, como aquella famosa reina de Saba, que llega presurosa desde los confines del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón, provocada por el aroma de su fama.

La Iglesia no pudo correr tras el aroma de su Salomón, hasta que aquel que era la Sabiduría engendrada por el Padre desde a eternidad, no se encarnó en el tiempo como Sabiduría a impulsos del Padre, para que pudiera percibir su aroma. También se constituyó en justicia, santidad y liberación; así correría al olor de estos aromas, pues todo esto era en sí mismo desde el

Dios como turbado por su cólera, ni se le ve como dominado por la preocupación. Se saborea en él una voluntad de bien, benévola y perfecta. Esta visión no espanta, apacigua; no provoca una curiosidad inquieta, sosiega; no fatiga el espíritu, tranquiliza. Aquí se descansa realmente. Dios en su serenidad lo serena todo; mirar su paz es pacificarse, es contemplar al Rey que tras sus diurnos oficios forenses, alejado del gentío y apartado de toda preocupación molesta, se encamina de noche al albergue, entrando en la alcoba con unos pocos a quienes distingue con esta íntima familiaridad, para descansar allí con tanta más seguridad cuanto más retirado, con tanto más sosiego cuanto más plácidamente contempla sólo a los que ama.

Si alguno de vosotros que arrebatado a este misterio y a este santuario de Dios, hasta el punto de no sentir ya la llamada o la perturbación de los sentidos indigentes, de los afanes punzantes y de las culpas mordientes, e incluso de todo lo que nos desprendemos con mayor dificultad, como son los fantasmas de las opresoras imágenes corporales, ése, cuando vuelva hasta nosotros podrá gloriarse en verdad y decir: El Rey me ha llevada a su alcoba. Con todo, yo no me atrevería a asegurar que sea esto exactamente lo que constituya el regocijo de la esposa. Es ciertamente una alcoba y una alcoba del Rey, porque de las tres que hemos asignado a la triple contemplación, ese lugar es el único donde reina la paz. Pues como lo hemos visto claramente, en la primera hay una paz exigua, y en la segunda ninguna. Ya que en aquélla aparece admirable y suscita una gran curiosidad para investigarla, y en ésta convulsiona violentamente nuestra flaqueza al mostrarse terrible. Por el contrario en esta tercera alcoba no se manifiesta tan temible ni se digna aparecer tan admirable, sino más amable, sereno y plácido, suave y manso, rico en misericordia con todos los que lo contemplan.

Para que se os grabe en la memoria un resumen de lo tratado ampliamente en este sermón sobre la bodega, el huerto y la alcoba, recordad sus tres etapas, sus tres méritos y sus tres premios: en el huerto recordad las tres fases, los méritos en la bodega y los premios en aquella triple contemplación del que busca la alcoba. Sobre la bodega queda dicho lo suficiente. Pero si al o hay que añadir sobre el huerto y la alcoba, o si surgiera alguna otra explicación lo tendremos presente en su lugar. De lo contrario, baste con lo expuesto y no lo repetiremos para que no llegue a cansaros -líbrenos el Señor-, lo que predicamos para alabanza Y gloria del Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, el Dios soberano, bendito por siempre. Amén.

Ciertamente, la primicia de la sabiduría es el temor del Señor, porque el alma saborea a Dios en cuanto le mueve el temor, no cuando aumenta su saber. ¿Temes la santidad de Dios, temes su poder? Ya saboreas a Dios santo y poderoso porque el temor es sabor. Y es el sabor el que hace sabios; como el conocimiento, ilustrados; y la riqueza, ricos. ¿Qué es entonces lo primero? La disposición para saborear. Allí te preparan, para iniciarte a ti. Preparación es el conocimiento de las realidades. Pero esto degenera fácilmente en el tumor de la hinchazón si no la reprime el temor. Por eso se le llama primicia de la sabiduría, porque es la primera resistencia contra la peste de la insipiencia. Allí encontramos el acceso a la sabiduría, aquí la entrada. Con todo, ni aquí ni allí se le da al contemplativo la paz perfecta, porque allí Dios aparece como solicito, aquí como turbado. No busques, pues, la alcoba del esposo en estos lugares: porque el primero es el auditorio del Maestro, y el segundo parece más bien el tribunal del Juez.

Pero hay un lugar donde se encuentra Dios tranquilo y en paz; no es la morada de un juez o un maestro, sino la de un esposo. Desde mi experiencia -porque desconozco la de otros-, es la alcoba en la que alguna vez me han introducido. Pero, ¡Ay dolor! raras veces y por poco tiempo. Allí se reconoce claramente que la misericordia del Señor dura siempre, y por siempre para los que le temen. Feliz el que pueda exclamar: me junto con tus fieles que guardan tus decretos. El decreto de Dios es inmutable, su juicio de paz es inamovible para los que le temen, encubriendo el mal y premiando el bien. Así, de un modo admirable, no sólo el bien sino también el mal cooperan en todo para su bien. Verdaderamente es dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito. Porque ninguno está libre de pecado. Pues todos han pecado y necesitan la gracia de Dios. Sin embargo ¿quién puede acusar a los escogidos de Dios? Para ser plenamente justo me basta tener propicio solamente al que ofendí.

Todo lo que él mismo ha decidido no imputarme es como si no existiese. No pecar es propio de la santidad de Dios; la santidad del hombre es la indulgencia de Dios. Yo he contemplado todo esto y comprendí la verdad de estas palabras. Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque le guarda la generación celestial. Esta generación es la predestinación eterna, por la cual Dios ha amado a los suyos y los agració en su amado Hijo, antes de la creación del mundo, para ser santos en su presencia, a fin de que contemplaran su gloria y su poder, y fuesen dignos de participar de a herencia de aquel cuya imagen reproducen. A éstos los vi como si nunca hubiesen pecado; porque si en algo pecaron durante esta vida no aparece en la eternidad, ya que el amor de su Padre sepulta un sinfín de pecados. He llamado felices a quienes les han absuelto de sus iniquidades y a quienes les han sepultado su pecado. Entonces sentí de repente que nacía en mí una gran confianza y una alegría como infundida. Aquí no había precedido el temor de aquel horrible lugar de la segunda visión. Por eso me creí tan feliz como uno de aquellos hombres dichosos. ¡Oh, si se prolongase esta experiencia! Visítame, Señor, una y otra vez, por medio de tu Salvador, para que vea los bienes de tus elegidos y me alegre con la alegría de tu pueblo.

¡Qué lugar tan sereno! No sin razón pienso que se debe llamar la alcoba. Por que en ella no se siente a

principio, antes que existieran otros seres. Al principio ya existía el Verbo; pero los pastores no fueron corriendo para contemplarlo hasta que recibieron la noticia. Entonces se dijeron unos a otros: Vamos derechos a Belén a ver eso que ha pasado y que nos ha anunciado el ángel. Y añade a continuación: Fueron corriendo.

No se movieron cuando el Verbo estaba junto a Dios. Pero cuando se manifestó en la carne, cuando el Señor hizo esa maravilla y la reveló, se fueron derechos y echaron a correr. Así como el Verbo existía desde el principio, pero estaba en Dios, al hacerse carne comenzó a estar con los hombres. De la misma forma en el principio era sabiduría, justicia, santidad y liberación para los ángeles. Para que fuese eso mismo también para los hombres, el Padre le hizo todo eso y lo hizo por ser el Padre. El nos ha sido hecho por Dios sabiduría. No dice simplemente: "ha sido hecho sabiduría", sino: nos ha sido hecho sabiduría, pues lo que era para los ángeles se ha hecho también para nosotros.

Dirás quizá: "No veo de qué manera pudo ser redención para los ángeles. Porque la autoridad de las Escrituras nunca parece afirmar que alguna vez fuesen hechos cautivos por el pecado o sometidos a la muerte; en este caso no necesitarían ser liberados, a no ser los que cayeron en el vértigo irremediable de la soberbia, y ya no merecen ser redimidos. ¿Con qué derecho dices tú que Cristo el Señor fue liberación para ellos, si los ángeles nunca fueron redimidos? Unos porque no lo necesitaron, otros porque no lo merecen; los primeros porque nunca cayeron, los segundos porque su decisión fue irreversible".

En pocas palabras: el que levantó al hombre caído, le concedió afán el la gracia de no caer, sacándole a uno de la cautividad y defendiendo de ella al otro. Así que fueron redimidos ambos igualmente: liberó al hombre y preservó al ángel. Es evidente, pues, que Cristo el Señor fue para los ángeles redención, e igualmente justicia, sabiduría y santificación. Sin embargo, hizo estas cuatro cosas en favor de los hombres, incapaces de contemplar lo invisible de Dios sino por medio de las cosas visibles. Por tanto, se hizo para nosotros todo lo que era para los ángeles. ¿Qué? Sabiduría, justicia, santificación y liberación: sabiduría por su predicación, justicia por la absolución de los pecados, santificación viviendo con los pecadores, liberación por los sufrimientos que soportó en favor de los pecadores. Cuando Dios consumó en él todo esto, entonces percibió la Iglesia el olor de su fragancia, entonces corrió tras su perfume.

Ahí tienes los cuatro perfumes, ahí tienes la fragancia tan penetrante e inestimable, con la que lo ungió el Padre con aceite de júbilo entre todos sus compañeros. Tú, hombre, vivías en tinieblas y en sombra de muerte porque ignorabas la verdad, y yacías aherrojado por las cadenas de los pecados. Bajó hacia ti hasta la cárcel, no para atormentarte, sino para liberarte del poder de las tinieblas. Primeramente, como maestro de la verdad, ha disipado las sombras de tu ignorancia con la luz de su sabiduría. Después desató los lazos del pecado, mediante la justicia que procede de la fe, haciendo justo gratuitamente al pecador. Con este doble beneficio se cumplió aquello del santo David: El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego.

Además vivió santamente entre los pecadores, y así entregó una forma

de vida, como un camino para que regreses a la patria. Finalmente, para colmo de su benignidad, entregó su vida a la muerte, y de su propio costado sacó el precio satisfactorio, para que aplacases tú al Padre. Así se apropió a la letra este salmo: Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa. Tan copiosa que no derramó sólo una gota, sino un río caudaloso de sangre que brotó de las cinco llagas de su cuerpo.

¿Qué más debía haber hecho contigo que no lo hiciera? Iluminó al ciego, soltó al preso, trajo al equivocado, reconcilió al reo. ¿Quién no correrá sin repugnancia tras aquel que libera del error, encubre el engaño, entrega los méritos de su vida y adquiere el premio con su muerte? ¿Cómo podrá excusarse el que no corra al olor de sus aromas, a no ser que no perciba en absoluto su aroma? Pero el bálsamo de su vida alcanza toda la tierra, la llena de su misericordia y es cariñoso con todas sus criaturas. Por tanto, el que no perciba esta fragancia vital que se extiende por doquiera, y por ello no corre, o está muerto o putrefacto. La fragancia equivale a su fama. Se anticipa el aroma de la reputación, excita a correr tras ella, lleva consigo a la experiencia de la unción, al premio de la visión.

Todos los que la alcanzan cantan a una voz: Lo que habíamos oído lo demás visto en la ciudad del Señor de los Ejércitos. Todos hemos corrido detrás de ti, Señor Jesús, por la mansedumbre que descuella en ti, al oír que no desprecias al pobre ni te horroriza el pecador. No te horrorizó el ladrón cuando te reconocía, ni la pecadora cuando lloraba, ni la cananea cuando te suplicaba, ni a mujer sorprendida en adulterio, ni el que se sentaba en el mostrador de los impuestos, ni el publicano cuando oraba, ni el discípulo cuando te negaba, ni el perseguidor de tus discípulos, ni os mismos que te crucificaban. Corremos al olor de todos estos perfumes. Es más, hemos percibido la fragancia de tu sabiduría, por lo que hemos oído: si alguien se ve falto de sabiduría, que te la pida y se la darás. Porque dicen que se la comunicas a todos en abundancia y no lo echas en cara.

Pero el perfume de tu justicia se difunde por todas partes con tales aromas; no sólo eres justo, sino la justicia misma: la justicia que hace justos. Y eres tan poderoso para justificar como rico para perdonar. Por esta razón, todo el que, compungido por sus pecados, sienta hambre y sed de justificación, haga un acto de fe en ti, que justificas al impío, y justificado por esa fe estará en paz con Dios. No sólo tu vida, sino tu misma concepción ex ala también santidad suavísima y sin límites. Pues no cometiste pecado ni lo contrajiste. Por tanto, los que han sido previamente justificados de sus pecados y añoran correr tras esa santidad, sin la que nadie verá a Dios, deben escuchar tu voz: Sed santos, porque yo soy santo. Que consideren tus caminos y aprenderán cómo eres justo en todos tus caminos y bondadoso en todas tus acciones. ¡A cuántos impulsa a correr la fragancia de la pasión! Cuando te levantan de la tierra tiras de todos hacia ti. Tu pasión es el último refugio, el único remedio. Viene a socorrernos cuando carecemos de la sabiduría, o la justicia no es suficiente, o se diluyen los méritos de la santidad.

¿Qué hombre es capaz de afirmar que su sabiduría, su justicia o su santidad serán suficientes para salvarse? De por sí, nadie tiene aptitudes para poder ajustarse algo como propio. La aptitud nos viene de Dios. Por eso cuando me falten las

Todo esto proviene de un decreto justo y eterno, tanto más espantoso cuanto que permanece fijo e inmutable en la eternidad. Es para temblar lo que a este propósito escribe el Profeta, sobre el diálogo de Dios con sus ángeles: Dejemos en paz al impío. A lo cual responden espantados preguntándose: No vas a exigirle que practique la justicia" No, les dice, y señala el motivo: En la tierra de los santos ha cometido la maldad, y no verá la gloria del Señor.

Teman los clérigos, teman los ministros de la Iglesia, porque en la tierra de los santos que ellos poseen, cometen grandes iniquidades: no se contentan con los impuestos, suficientes para sus necesidades; atesoran para sí impía y sacrílegamente lo superfluo, cuando con ello deberían alimentarse los necesitados; no sienten rubor alguno en devorar para su ostentación y lujuria el sustento de los pobres. Pecan, por tanto, con doble iniquidad: dilapidan lo ajeno y se aprovechan de lo sagrado para sus torpezas y vanidades.

Si a estos pecadores los perdona e indulta en esta vi- da, para no compadecerse de ellos en la eternidad aquel cuyas sentencias son como el océano inmenso, ¿quién encontrará la paz en esta bodega? Esta contemplación condice al temor del Juicio, no a la seguridad de la alcoba. Qué temible es este lugar, privado de todo re oso. Me aterró totalmente cuando alguna vez me arrebató hasta allí, al reflexionar dentro de mí con temor en aquellas palabras: ¿Quién sabe si uno es digno de amor o de odio? No es extraño que me estremezca yo allí, pues soy una hoja que arrebata el viento como paja seca. Incluso un gran contemplativo confiesa que. casi vacilaron sus pies y estuvo a punto de caer.

Escuchadle: Envidiaba a los perversos, viendo prosperar a los malvados. ¿Por qué? No pasan, dice, las fatigas humanas, ni sufren como los demás. Por eso su collar es el orgullo, para no humillarse con la penitencia. Pero serán condenados por su soberbia con el diablo engreído y sus ángeles. Los que no pasan las fatigas humanas soportarán las del demonio, como dice el Juez: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Pero este lugar que es también de Dios, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo. Se dice que en él se teme a Dios. Allí su nombre es sagrado y temible; es como la entrada en la gloria, porque la primicia de la sabiduría es el temor del Señor.

No te extrañes de que haya situado la primicia de la sabiduría en esta alcoba, y no en la primera. Porque en ésta hemos escuchado a la Sabiduría, que como un maestro en su auditorio enseña todas las cosas; y nosotros la hemos acogido en la segunda. Allí nos instruye, aquí nos afecta. La instrucción crea doctos; la afección, sabios. El sol no calienta a todos los que ilumina. Así sucede con la Sabiduría: enseña a muchos lo que se debe hacer. Pero no da inmediatamente la fogosidad suficiente para cumplirlo. Una cosa es conocer muchas riquezas y otra poseerlas; no es rico el que las conoce, sino el que las posee. De la misma manera, una cosa es conocer a Dios y otra temerle; el conocimiento no nos hace sabios, sino el temor porque nos afecta. ¿Acaso llamarás sabio a quien le infla su saber? ¿Quién los tendrá por sabios sino el más ignorante, porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron ni le dieron gracias como a Dios? Yo opino más bien como el Apóstol, quien claramente afirma que su mente es insensata.

encontró el fruto de su devoción junto a su cabeza. Tomás alcanzó la gracia de su intimidad en su costado; Juan, en su pecho; Pedro, en el seno del Padre, y Pablo, en el tercer cielo.

¿Quién de nosotros será capaz de distinguir debidamente esta diversidad de méritos, o mejor, de premios? Mas para que no creáis que paso por alto lo que yo puedo saber, la primera mujer se tendió en el seno de la humildad; la segunda en el trono de la esperanza, Tomás en la columna de la fe, Juan en la anchura del amor, Pablo en la intimidad de la sabiduría, Pedro en la luz de la verdad. Así pues, el esposo tiene muchas moradas; tanto la reina como la concubina, como la que pertenece al número de las doncellas, recibe su lugar y su limitación conforme a sus propios méritos, hasta que se le permita pasar a la contemplación, entrar en el gozo de su Señor y sondear el inefable secreto del esposo.

Intentaré mostraros esto en su lugar con mayor claridad, si él se digna dármelo a conocer. Aquí nos basta saber que ninguna doncella, concubina o reina tiene abierto el paso a su alcoba más íntima. Esta queda reservada por el esposo en exclusiva para su paloma, su beldad, su perfecta. No tengo, pues, razón para indignarme si no me admite allí, sobre todo sabiendo que ni siquiera la esposa accede en esta vida a la intimidad total que para sí quisiera. Por eso insiste en que le avise dónde pastorea y dónde sestea.

Escuchadme hasta dónde he llegado o creo haber llegado. No me toméis por jactancioso, si os lo confieso para vuestro mayor provecho. Hay un lugar en casa del esposo desde el cual promulga sus decretos y dispone sus determinaciones como moderador del universo, instituyendo las leyes para toda criatura con peso, número y medida. Se trata de un lugar profundo y secreto, pero no tranquilo. Pues aunque él mismo en lo posible, gobierna el universo con suavidad, en definitiva lo gobierna. Al contemplativo que llegue a este lugar no le deja descansar. De un modo maravilloso y placentero lo inquieta y excita a escudriñar y admirarlo todo. La esposa expresa admirablemente ambas cosas, el deleite de esta contemplación y su inquietud, cuando confiesa que duerme pero mantiene su corazón en vela. Porque viene a decir que mientras duerme siente el sosiego de un estupor suavísimo y de una plácida admiración, pero no obstante cuando está despierta siente el cansancio de una inquieta curiosidad y de un trabajoso ejercicio.

También lo confiesa Job: "Al acostarme pienso ¿cuándo me levantaré? Y luego deseo que llegue la tarde". ¿No adviertes en estas palabras que el alma santa desea a veces declinar en cierto modo ese encanto molesto, y a la vez amar esa deliciosa molestia? No habría dicho: Cuándo me levantaré, si ese descanso de la contemplación le agradase totalmente. Y si le hubiera disgustado por completo no esperaría de nuevo la hora del descanso, es decir, la tarde. Por tanto, ésta no es la alcoba del esposo, pues no descansa perfectamente.

Existe otro lugar en el que la severísima y profunda mirada inmutable del justo juicio de Dios, cuyos designios son terribles sobre los hijos de los hombres, vigila a la criatura racional, digna de reprobación. En este lugar el alma contemplativa mira temblorosa a Dios, que con su juicio misterioso pero justo rehúsa borrar el mal de los réprobos, y no acepta el bien y hasta endurece los corazones, para que no se arrepientan ni se corrijan, y convirtiéndose tenga que salvarlos.

fuerzas, no me espanto ni desconfía. Sé lo que he de hacer: Alzaré la copa de a salvación, invocando su nombre. Da luz a mis ojos, Señor, para que vea lo que a ti te agrada en cada momento, y seré un hombre sabio. No te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud, y seré justo. Guíame por tu camino y seré santo. Pero si no se interpone tu sangre en mi favor, no me salvaré. Por todo esto corremos en pos de ti: perdónanos, porque clamamos detrás de ti.

Pero no todos corremos igualmente al olor de todos los aromas. Unos arden en deseos de sabiduría. Otros se animan más a la penitencia con la esperanza del perdón. Otros se sienten más bien invitados al ejercicio de las virtudes, por el ejemplo de su forma de vida. Otros se abrasan en la piedad por el recuerdo de la pasión. ¿Podríamos hallar ejemplos de cada una de estas posibilidades?

Corrían al olor de la sabiduría los enviados por los fariseos, cuando decían al regresar: Nadie ha hablado nunca como este hombre, admirados de su doctrina y confesando su sabiduría. Corría tras el mismo aroma Nicodemo que, acercándose a Jesús de noche, volvió envuelto por el resplandor de su sabiduría, plenamente adoctrinado. Corrió al aroma de la justicia María Magdalena, a quien mucho se le perdonó porque mucho había amado. Era justa sin duda y santa, y no pecadora, como la consideraba el fariseo ignorando que la justicia o santidad es un don de Dios, no obra del hombre. Desconocía que no sólo es justo sino santo, el que está absuelto de su pecado. ¿Había olvidado acaso que tocando simplemente su lepra o la de otros, Jesús la había curado sin contraerla? Asimismo, tocado por la pecadora, él que era justo, no perdió su justicia sino que la comunicó; no se manchó con la suciedad de su pecado, sino que la purificó.

Corrió también el publicano, cuando imploraba humildemente el perdón de sus pecados, y bajó justificado como lo testificaba la misma justicia. Corrió Pedro llorando amargamente tras su caída, para borrar su culpa y recuperar la justicia. Corrió David, reconociendo y confesando su culpa, hasta merecer escuchar: El Señor ha perdonado ya tu pecado. El mismo Pablo confiesa que corrió al aroma de la santificación, cuando se ufana de ser imitador de Cristo, diciendo a sus discípulos: Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo. Corrían también aquellos que decían: Mira cómo lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Efectivamente, todo lo habían abandonado por el deseo de seguir a Jesús. En general, todos son invitados a seguir tras este aroma, con aquellas palabras: Quien habla de estar con Dios, tiene que proceder como procedió Jesús. Por fin, si quieres escuchar quiénes corrieron al olor de su pasión, fíjate en todos los mártires. Ya tenéis enumerados las cuatro clases de perfumes del esposo: el primero, la sabiduría; el segundo, la justicia; el tercero, la santificación; y el cuarto, la redención.

Recordad estos nombres, percibid sus frutos: pero no examinéis cómo están compuestos y con qué ingredientes. Tratándose de los perfumes del esposo, no podemos conocerlos con aquella facilidad con la que averiguamos los de la esposa. Cristo posee toda la plenitud sin número ni medida. Su sabiduría no tiene medida, su justicia llega hasta las cumbres de Dios, hasta las altas

cordilleras, su santidad es única y su redención es inexplicable.

Digamos también que en vano disertaron tanto sobre estas cuatro virtudes los sabios de este mundo. Fueron totalmente impotentes para comprenderlas, porque desconocieron al que fue constituido por Dios como sabiduría para enseñar la prudencia, como justicia para el perdón de las pecados, como santidad para ser modelo de templanza, viviendo en continencia; y como redención para ser ejemplo de paciencia muriendo

Quizá diga alguien: "Todo le corresponde perfectamente; pero diríamos que es menos propio atribuirle su santificación en cuanto templanza". A esta dificultad respondo, en primer lugar, que la continencia equivale a la templanza. Además la Escritura suele hablar de santidad como sinónimo de continencia o pureza. ¿Qué eran aquellas santificaciones tan repetidas por Moisés, sino ciertas purificaciones del hombre que se abstenía de la comida, la bebida y el concúbito o cosas semejantes? Pero escucha especialmente al Apóstol, con qué familiaridad usaba esta palabra "santificación" en este sentido: Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que sepa cada uno de vosotros poseer su propio cuerpo en santificación, no con pasión de concupiscencia. Y después: Que no nos llamó Dios para la impureza, sino para vivir en santidad. Es evidente que habla de la santidad en cuanto templanza.

Aclarado ya lo que parecía oscuro, vuelvo al lugar en que comencé la digresión. ¿A qué os metéis a hablar de las virtudes, los que ignoráis a Cristo, que es la virtud de Dios? Decidme: ¿dónde radica la prudencia sino en la doctrina de Cristo? ¿Dónde la verdadera justicia sino en la misericordia de Cristo? ¿Dónde la auténtica templanza sino en la vida de Cristo? ¿Dónde la verdadera fortaleza sino en la pasión de Cristo?

Por tanto, solamente quienes están poseídos por su doctrina pueden llamarse prudentes. Justos, sólo quienes han recibido de su misericordia el perdón dé los pecados. Continentes, sólo los que intentan imitar su vida. Fuertes, sólo los que siguen valientemente en la adversidad los ejemplos de su paciencia. Inútilmente trabaja por adquirir las virtudes quien espera conseguirlas de otro que no sea el Señor de las virtudes. Su doctrina es un semillero de prudencia; su misericordia es fruto de la justicia; su vida es un espejo de templanza; su muerte es un ejemplar de fortaleza. A él honor y gloria por siempre eternamente. Amén.

también a muchos que conviven con los hermanos sencillamente y sin discusiones; pero si los pones sobre los demás no sólo son inútiles, sino indiscretos y perversos. Los que así se comportan viven contentos en una agradable mediocridad, según el nivel de gracia recibida de Dios; no necesitan maestros, pero son ineptos para enseñar. Anteceden con su conducta a los anteriores; pero superan a los dos los que saben ser superiores.

Finalmente, el Señor promete a los que presiden rectamente la administración de todos sus bienes. Pero son pocos los que saben presidir bien, y muy pocos los que gobiernan con humildad. Cumplirá fácilmente ambas cosas el que haya alcanzado la discreción, madre de todas las virtudes, porque se embriagará con el vino del amor hasta despreciar su propia gloria, olvidarse de sí mismo y no buscar sus intereses; todo lo cual se consigue dentro de la bodega del vino, bajo el magisterio exclusivo y maravilloso del Espíritu Santo. Pues la virtud de la discreción, sin el fervor de la caridad, es totalmente inútil y el fervor exagerado lo derrumba todo si no lo modera la discreción. Es encomiable el que posee ambas virtudes, porque el fervor estimula a la discreción y ésta regula el fervor.

Por tanto, el que gobierna bien debe poseer esta doble condición. Yo diría que es un dechado en su conducta y que ha asimilado perfectamente estas normas, el que ha recibido el don de recorrer sin tropiezo estas bodegas. Esto es, que nunca se ha enfrentado con sus superiores ni ha envidiado a sus semejantes, ni se ha despreocupado de sus súbditos ni los ha dominado con soberbia; obedece a los prelados, armoniza con sus iguales, condesciende para bien de sus súbditos. Y estoy convencido que la esposa ha llegado a esta cumbre de la perfección. Así lo indica con estas palabras: El Rey me llevó a sus bodegas. Porque no dice que le llevó a una de las bodegas, sino a las bodegas en plural.

Entremos ya en la alcoba. ¿Cuál es? ¿Puedo presumir de que lo sé? No me atribuyo una experiencia tan sublime, ni me afano de esa prerrogativa que se reserva sólo para la esposa feliz. Reconozco honestamente con los Griegos que sólo me conozco a mí mismo, y quiero, como el Profeta, conocer lo que me falta. Pero si no supiera absolutamente nada, nada podría deciros. De lo que sé no quiero privaros a vosotros, ni reservármelo; y lo que no sé, que os lo enseñe el que muestra al hombre la ciencia.

He dicho, y lo recordáis, que la alcoba del Rey debe buscarse en el misterio de la contemplación divina. Pero también recuerdo que hablando de los ungüentos, os dije que el esposo tiene muchos y muy diversos. Que no se dan todos a todos, sino que cada uno participa según la diversidad de sus méritos. De la misma manera, opino que la cámara del Rey no es una sola, sino muchas. Tampoco la reina es una sola: son muchas. Como son muchas las concubinas e innumerables las doncellas. Pero cada una encuentra su alcoba íntima con el esposo, pudiendo decir: Mi secreto es para mí, para mí es mi secreto. No a todas se les concede gozar en el mismo lugar de la dulce e íntima presencia del esposo, sino tal como su padre lo ha dispuesto para cada una. No lo elegimos nosotros a él, fue él quien nos eligió a nosotros y nos destinó. Cada uno está allí donde le fue asignado. Una mujer compungida encontró su lugar a los pies del Señor Jesús; otra, si es que fue distinta,

recupere la salud. Así recobrará, mediante la obediencia, aquella bondad natural que perdió por su engreimiento. Y guiado únicamente por su afecto natural y no por el miedo a la disciplina, aprenderá a vivir en paz en cuanto de él depende, unido socialmente con todos los que son iguales a su naturaleza, esto es, con todos los hombres. Y podrá pasar ya a la bodega de la naturaleza, experimentando lo que está escrito: "¡Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos! Es ungüento precioso en la cabeza". A estos hábitos totalmente renovados, como especias bien molidas, se mezcla el aceite de Júbilo, que es la bondad natural; así nace un perfume de calidad y muy agradable. Ungido con él, el hombre se torna dulce y pacífico; un hombre leal, que a nadie engaña, a nadie molesta, a nadie hiere; no se engríe sobre los demás ni tiene favoritismos; se relaciona gustosamente con todos, dando y recibiendo.

Creo que si has comprendido bien las propiedades de las dos bodegas, aceptarás que haya llamado con razón a una la de los perfumes y a otra la de los aromas. En la primera, del mismo modo que la violencia del almirez extrae el vigor y la fragancia de los ingredientes a fuerza de golpes, así también el rigor del magisterio y la severidad de la disciplina sacan y exprimen la bondad natural de los hábitos honestos. En la segunda fluye con espontaneidad servicial la agradable mansedumbre del afecto voluntario y como connatural, como el ungüento de la cabeza desciende al suave contacto del calor y perfuma el cuerpo entero. Así pues, en la bodega de la disciplina se guardan las especies aromáticas, pero secas y sin mezclas; por eso la he llama o aromática. Pero a la otra la he designado como naturaleza, porque en ella se depositan y se guardan los ungüentos ya elabora os; por eso recibe el nombre de bodega de los perfumes.

Pasando a la del vino, creo que el único motivo para llamarse así es porque en ella reposa el vino del celo que se consume de amor. Y no debe en modo alguno presidir a otros el que no haya merecido aún ser introducida en ella. Es menester que esté poseído por ese vino quien tenga que dirigir a los demás. Así ardía el Doctor de las gentes, cuando decía: ¿Quién enferma sin que yo no enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre? Pero usarás perversamente la autoridad sobre los demás, si en vez de consumirte por los que presides y vivir por el celo de su salvación, exiges lleno de ambición que estén sometidos a ti. También la llamé bodega de la gracia; no porque se pueda entrar sin la gracia en las otras dos, sino porque en ella se percibe su plenitud de modo único. Al fin, la plenitud de la ley es el amor; "el que ama al hermano ya cumplió la ley".

Has visto por qué se llaman así las bodegas. Mira ahora qué diferencia hay entre ellas. Es difícil refrenar la sensibilidad insolente e inestable y la concupiscencia intemperante de la carne, por temor al maestro o por la represión de una rígida disciplina, y llevarse bien con los hermanos por un afecto espontáneo: vivir en estrecha vigilancia bajo el mando de otro y enderezar la propia conducta para ser agradable a los semejantes, únicamente bajo el control de la voluntad. Porque nadie puede afirmar que resulta igualmente meritorio o virtuoso convivir en paz con los demás que guiarlos con acierto. ¡Cuántos son los que viven en paz bajo un preceptor! Pero si los libras del yugo verás que no pueden guardar la paz, ni mantenerse ilesos en sus relaciones. Encontrarás

Sermón 23

Contexto del verso: el rey me llevo a sus bodegas. Saltaremos de gozo y nos regocijaremos, recordando tus pechos mejores que el vino; exhortación a los prelados para que recuerden que son padres. Sobre el huerto, la bodega y la alcoba de las divinas escrituras; y en primer lugar sobre el huerto de la triple historia. Sobre las tres bodegas de la doctrina moral. Que son la disciplina la naturaleza y la gracia. Sobre la diversidad de alcobas, y primero sobre la alcoba del conocimiento. Sobre la alcoba del temor, donde se trata de los clérigos. Sobre la alcoba del temor o predestinación.

El Rey me llevó a su bodega. De ahí salen sus perfumes, hacia allí hay que correr. Había dicho que se debe correr y con qué apoyo, pero no hacia dónde. Se ha de correr a las bodegas y al olor que de ellas emana. La esposa con su delicado olfato se ha apercibido del aroma, y anhela que le introduzcan allí en lo más íntimo. ¿Cómo debemos imaginarnos esas bodegas? Pensemos de momento en esos departamentos que posee el esposo y difunden aromas, porque están cargados de perfumes" desbordantes de delicias. Aquí se ha seleccionado, para conservarlo, todo lo más exquisito del huerto y de los campos. Aquí vienen todas corriendo. ¿Quiénes? Las que se mantienen fervientes en el espíritu. Corre la esposa, corren las doncellas. Pero la que ama más fervientemente corre más y llega la primera. Al llegar se siente incapaz de soportar, no ya el rechazo, sino la misma demora del esposo. Le abre al punto, como a una de casa, porque la ama apasionadamente con un amor extraordinario y singularmente grato.

¿Y las doncellas? Le siguen de lejos: son débiles y no pueden correr con la misma devoción y ansiedad junto a la esposa, y mucho menos emular su afán y su fervor. Por eso llegan tarde y esperan fuera. Mas el amor de la esposa no descansa, ni como suele suceder, se engalla por sus éxitos hasta olvidarlas. Al contrario, las consuela y las exhorta a la paciencia, para que lleven con calma su repulsa y su ausencia. También les comunica el gozo que experimentó, con el único objeto de que se congratulen con ella y esperen confiadas que también accederán al mismo favor que alcanzó su madre.

No se preocupa de alcanzar mayores ventajas, y olvidarlas. Ni cree que su bien particular las perjudique. A pesar de que se ha separado de ellas por la prerrogativa de sus méritos, las acompañará siempre con su amor y con solícita preocupación. Al fin, ella debe imitar a su esposo, que sube a los cielos y promete que estará con los suyos en la tierra hasta la consumación de los siglos. Lo mismo hace ésta: por mucho que progrese, por grande que sea el honor al que la eleven, con su solicitud, su previsión y su afecto las llevará en sus entrañas, y no se alejará de ellas, porque las engendró en el Evangelio.

Por eso las consuela: "Alegraos, confiad". El Rey me llevó a su alcoba, Pensad que a vosotras también os ha llevado. Parece que he entrado yo sola; pero esa soledad no me sirve de nada. Todas mis ventajas serán siempre vuestras: para vosotras progreso, con vosotras compartiré todo lo mejor de

mis méritos". ¿Quieres cerciorarte de que les habló en este sentido y con estos sentimientos? Escucha lo que ellas respondieron: "Saltaremos de gozo y nos regocijaremos contigo:. "Contigo", dicen, "saltaremos y nos alegraremos, porque aún no podemos hacerlo por nosotras". Y añaden: "Recordando tus pechos", esto es: "Esperaremos tranquilas hasta que vuelvas a nosotras con tus pechos exuberantes. Nosotras confiamos saltar de gozo y nos regocijaremos entonces, recordando mientras tanto tus pechos. Lo que sigue: "Superiores al vino", significa que ellas, debido a la imperfección de sus deseos sensuales, asignados al vino, aún se dejan llevar de sus recuerdos, pero los vencerán por la evocación de su pletórico encanto, que ya han experimentado, porque brota abundante desde sus pechos. Diría "de" sus pechos, pero recuerdo que de esto ya hablé bastante.

Puedes comprobar así cómo presumen de su madre, cómo consideran suyas su riqueza y sus alegrías, consolándose de su ofensivo rechazo, porque ella ha sido introducida. No se fiarían si no conociesen a su madre.

Escuchen esto los prelados que prefieren siempre que sus súbditos les teman, pero no servirles. Aprended los que juzgáis la tierra. Entended bien que debéis ser madres y no señores. Intentad que os amen, no que os teman: cuando haya que recurrir a la severidad, ésta sea paternal no tiránica. Mostraos como madres, alentando; como padres, corrigiendo. Sed mansos, deponed toda dureza, no uséis el látigo, mostraos entrañables que vuestros pechos desborden la dulzura de la leche, y no se hinchen de soberbia. ¿Por qué echáis sobre sus espaldas vuestro pesado yugo, cuando debéis llevar vosotros sus cargas? ¿Por qué vuestro niño mordido por la serpiente, rehuye confiarse al sacerdote, cuando más bien debía recurrir a él como al regazo de su madre? Vosotros, si sois hombres de espíritu, corregid con blandura, pensando cada uno en sí mismo, porque puede ser tentado. De lo contrario morirá por su culpa y a él se le pedirá cuenta de su sangre. Pero ya hablaremos de esto.

Ahora, como ya está claro el contexto literal por todo lo que hemos expuesto, veamos cómo debemos entender el sentido espiritual de las bodegas. En el contexto se mencionan el huerto y la alcoba y los trato ahora entremezclados con las bodegas, asociándolos en este comentario: si se exponen juntos se esclarecen mejor entre sí. Si os parece bien, nos informaremos en las santas Escrituras sobre estas tres realidades: el huerto, la bodega y la alcoba. Porque el alma que tiene sed de Dios, vive y se asienta con gusto en ellas, sabiendo que ahí encontrará sin duda a aquel por quien sus ira. De esta manera el huerto será la pura y simple historia, la bodega el sentido moral y la alcoba será el misterio de la contemplación espiritual.

No sin razón he pensado que el huerto puede ser interpretado en sentido histórico. Aquí se encuentran los hombres virtuosos, como árboles fértiles en el huerto del esposo y en el paraíso de Dios, de cuyas obras rectas y honestas puedes tomar otros tantos ejemplos como frutos. ¿Dudará alguien que el hombre recto es como una plantación de Dios? Escucha lo que canta David a propósito del hombre justo: Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas. Escucha a Jeremías ensalzándolo casi

con las mismas palabras: Será un árbol plantado junto al agua, arraigado junto a la corriente, cuando legue el bochorno no se secará. Y también al Profeta: El justo crecerá como palmera, se alzará como cedro del Líbano. Y de si mismo: Yo, como verde olivo en la casa de Dios.

El huerto es, pues, la historia, en tres partes. Abarca la creación del cielo y de la tierra, la reconciliación y la reparación. La creación es como la siembra y la plantación del huerto; la reconciliación, como el germinar de las semillas y de los árboles. En el momento oportuno, cuando destilaron los cielos el rocío y derramaron las nubes al Salvador, se abrió la tierra y brotó la salvación, por la que se reconciliaron el cielo y la tierra. Porque él es nuestra paz, que de los dos pueblos hizo uno solo, para reconciliar con su sangre lo terrestre y lo celeste. Por su parte, la reparación tendrá lugar al fin de los siglos: entonces veremos un cielo nuevo y una tierra nueva, y se cosecharán los buenos de entre los malos, como fruto de un huerto, para conservarlos en la despensa de Dios. Aquel día, así está escrito, el vástago del Señor será joya y gloria, fruto exquisito de la tierra. Tienes así las tres etapas, según el sentido histórico del huerto.

Igualmente, en el sentido moral hay que distinguir tres aspectos: como si fueran tres bodegas en una sola. Quizá por eso se mencionan las bodegas en plural, y no la bodega", pensando en el número de bodegas. Pero dirá la esposa que fue llevada a la bodega del vino. Y ya que leemos: Instruye al docto y será más docto, podemos servirnos de la palabra con que el Espíritu Santo quiso llamar a esta bodega, para llamar a las otras dos: bodega de los aromas y bodega del perfume. Después veremos la razón de estos nombres. De momento, no olvides que en el esposo encontrarás toda la salvación, todo lo más agradable: el vino, los perfumes y el aroma. Según la Escritura el vino alegra el corazón del hombre. Pero también puedes leer que el aceite da brillo a su rostro y con él se combinan especias colorantes para darle el perfume. Los aromas no sólo son agradables por su exquisito olor: también son útiles por su fuerza curativa. Con razón se alegra la esposa porque le lleva a un lugar donde desborda la abundancia de la gracia.

Mas conozco otros nombres que a mí juicio cuadran mejor con las bodegas. Los enumero por su orden correspondiente: al primero lo llamaría Disciplina, al segundo Naturaleza al tercero Gracia. Con el primero aprendes a ser el más ínfimo, conforme a los principios de la ética; con el segundo a ser igual a los demás; con el tercero, a ser superior a los otros. Es decir: a estar bajo otro, con otros y sobre otros. Esto es: a someterte, a convivir y a presidir. Con el primero aprendes a ser discípulo; con el segundo, compañero; con el tercero, maestro. Por lo demás, todos los hombres son iguales considerando su naturaleza. Pero la bondad de la naturaleza se degeneró en sus comportamientos, debido a la soberbia. Por eso los hombres se han hecho insensibles a su igualdad, han luchado por ser más unos que otros, y cada cual suspira por sobresalir. Ambicionando la gloria, se envidian entre sí y son rivales mutuamente.

Por esta causa, en la primera bodega debe someterse el desenfreno de la conducta con el yugo de la disciplina, hasta que la voluntad rebelde, triturada en el largo y duro magisterio de los mayores, se humille y

abrojos; sin embargo, no temen siquiera ingerirse en las viñas del Señor. Son salteadores y ladrones, no guardianes ni labradores. Allá ellos. Pero ¡Ay de mí! que aún a ora me veo coaccionado con peligro para mi viña; mucho más cuando, entregado a tantas tareas, soy mucho menos diligente y menos solícito con la mía. No puedo ni rodearla con un muro, ni cavar en ella un lagar. ¡Ay! Se ha arruinado su cerca de piedra y la vendimian todos los que pasan por el camino. Está expuesta a la tristeza, abierta a la ira y a la impaciencia. La destruyen como astutas vulpejas las imperiosas o ligaciones; la asaltan por todas partes las ansiedades, las sospechas, los desvelos; raro es el momento en que me dejan solo las gentes con sus pleitos o la agitación de los asuntos. No tengo ni la posibilidad de impedirlo, ni medio para eludirlo, ni un tiempo para orar. ¿Qué caudal de lágrimas necesitaría derramar sobre la esterilidad de mi alma?

Quise decir, de mi viña; pero me he expresado así por la costumbre de recitar el salmo. Sin embargo, el sentido es el mismo; no teme equivocarse el que advierte la semejanza, pues yo no hablo de la viña, sino de alma. Pensemos, pues, en el alma, cuando leemos "viña"; pues con su nombre y simbolismo se deplora su esterilidad. Así pues, ¿con qué lágrimas regaré la sequía de mi viña? Todos sus sarmientos se secaron por la esterilidad; están yertos y sin fruto, porque no tienen sabia. Buen Jesús, ¡cuántos haces de sarmientos, tú lo sabes, se consumen con la llama de mi corazón contrito en tu sacrificio diario! Sea, pues, mi sacrificio un espíritu quebrantado; un corazón contrito y humillado tú no lo desprecies.

Así aplico yo a mi imperfección este texto. Perfecto será el que puede decir en otro sentido: Y mi viña, la mía, no la supe guardar, es decir, como dice el Salvador en el Evangelio: El que pierda su vida por mí, la conservará. Será de verdad idóneo y digno de que le confíen el cuidado de las viñas, quien no obstaculice o retrase la atención a su propia viña por el afán y la comezón de las que le han encomendado; siempre que no busque su interés, ni su utilidad, sino la de muchos. Por eso precisamente se le confió a Pedro el cuidado de tantas viñas, que eran de los circuncisos; porque estaba dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte. Estaba tan liberado del amor a su viña, es decir, a su alma, que no le impedía entregarse al cuidado de las demás.

También a Pablo se le confío justamente un enorme número de viñas entre los gentiles, porque no se le vio afán alguno por guardar su viña, ya que estaba decidido no sólo a que le encarcelasen, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús el Mesías. Y termina: La vida para mí no cuenta, al lado de cumplir mi carrera. Todo lo apreciaba exactamente Pues pensaba que no debía preferir nada suyo a su salvación.

¡Cuántos prefirieron un insignificante puñado de monedas antes que su propia salvación! Pablo no prefirió siquiera su alma. La vida para mí no cuenta, dice. ¿Distingues, por tanto, entre tu alma y tú mismo? Cautamente te valoras más a ti mismo que a cuanto posees. Pero ¿no eres tú tu propia alma? Pienso que Pablo caminaba ya entonces en el espíritu y aceptaba la ley de Dios, que es buena; por esto terminó definiendo a su propio espíritu como lo principal y su remo de sí mismo, más que ninguna otra cosa suya. Y que todo lo demás, por ser de naturaleza inferior y más vil, se

Sermón 26

Por que razón dice que es negra como las tiendas de Cadar. Llanto por la muerte de su hermano Gerardo. El no ha perdido a los seres queridos, sino que los ha cambiado con gran sentimiento. Como Gerardo salía al paso en toda necesidad para descanso del abad. Que fervoroso fue su espíritu, que eficaz para los asuntos materiales. Como soporto todo el peso en lugar de su abad. Como hay que medir este llanto por su hermano. Como fue su muerte. Excusa su afecto siguiendo el ejemplo de David, de Samuel y del Señor Jesús.

Como las tiendas de Cadar, como los pabellones de Salomón. Por aquí debemos comenzar, donde terminó el sermón precedente. Estáis esperando su significación y cómo se relaciona con el texto anterior que acabamos de exponer, porque son análogos. Pudiera ser que estén unidos, de suerte que ambas semejanzas sólo se deban a lo que dijo anteriormente: Soy de tez morena. Es también posible que las dos partes de la comparación, es decir, cada una por su lado, se relacionen entre sí. La primera explicación es más sencilla y la segunda más compleja. Pero probemos las dos y en primer lugar la que parece más difícil. La dificultad no estriba en las dos primeras, sino en las dos últimas. Porque ciertamente Cadar, que significa tinieblas, parece que está en relación con la negrura; pero no así los pabellones de Salomón con respecto a la hermosura.

Quién no ve que las tiendas coinciden, sin embargo, con la misma correlación? ¿Qué son las tiendas sino nuestros cuerpos con los que peregrinamos? No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura, Pero luchamos en ellas, como en las tiendas, para violentar el Reino. Por eso la vida del hombre es una batalla sobre la tierra. Y mientras combatimos con este cuerpo somos peregrinos del Señor, es decir, de la luz. Porque Dios es luz, y cuando alguien no está con él vive en tinieblas, es decir, en Cadar. Y reconocerá como suya esta voz llorosa: ¡Ay de mí!, que mi destierro se ha prolongado: He habitado con los habitantes de Cadar, mucho ha peregrinado mi alma. Así pues, la morada de nuestro cuerpo no es la mansión de un ciudadano, ni la casa de un indígena, sino la tienda de un campamento o la posada de un caminante. Sí, este cuerpo es una tienda y una tienda de Cadar, porque poniéndose delante le priva a alma de la luz infinita, y le impide totalmente verla, a no ser como en un espejo, pero no cara a cara.

¿Ves ya por qué es inherente a la Iglesia su negrura, y a qué se deben las arrugas de las almas más hermosas? A la tienda de Cadar, al ejercicio de una milicia penosa, a la inacabable y mísera peregrinación, a las angustias de este destierro de opresión, a la fragilidad de este cuerpo gravoso. Porque el cuerpo mortal es lastre para el alma y la tienda terrestre abruma la mente pensativa. Por eso desean morir y librarse de este cuerpo, para volar hasta el abrazo con Cristo. Por eso decía gimiendo una de esas almas: ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este ser mío, instrumento de muerte?

Quien así piensa sabe muy bien que en las tiendas de Cadar no puede

vivir completamente exento de mancha, de arruga, ni de lunar, y ansía salir para poder librarse. Por esta razón dijo la esposa que es de tez morena como las tiendas de Cadar. ¿Pero cómo puede ser tan hermosa como los pabellones de Salomón? Mas presiento algo tan sublime y sagrado, envuelto por esas tiendas, que de ningún modo me atrevería a tocarlo ni levemente, a no ser con el asentimiento del que aquí lo ha ocultado y sellado. Porque leí a este propósito: El que quiera sondear a la majestad, caerá bajo el peso de su gloria. Por tanto, me abstengo de ello Y lo dejo. entras tanto, vosotros os esforzaréis en impetrar este favor con vuestras oraciones, para que, tanto más ágiles cuanto más confiados, volvamos a tratar de eso que reclaman algunos espíritus más atentos. Quizá lo consiga mejor el que llama a la puerta piadosamente que el investigador temerario. Por otra parte, yo no puedo continuar el tema por la tristeza que me domina y la desgracia que me ha sobrevenido.

Hasta cuándo lo seguiré disimulando, si el fuego que oculto dentro de mi mismo abrasa mi triste corazón y devora mi interior? Encerrado se extiende más, se intensifica más. ¿Qué me importa ese cántico si vivo amargado? La agudeza del dolor debilita mi voluntad y la indignación del Señor consume mi espíritu. Me han arrebatado aquel por quien podía recrearme en el Señor con plena libertad, y se han hundido todas mis ilusiones. Violentando mi alma, lo he tenido encubierto hasta ahora, para no dar la impresión de que el afecto era superior a la fe. Mientras todos lloraban pudisteis observar que yo, resecos mis ojos, seguía el funeral sin verlo y permanecí en pie junto al sepulcro sin derramar una lágrima, hasta que dieron fin a las solemnes exequias. Revestido de los ornamentos, yo mismo recité en su sufragio las oraciones prescritas, y con mis propias manos arrojé tierra, como es costumbre, sobre el cuerpo de mi amado, que pronto se convertirá en esa misma tierra.

Los que me contemplaban gemían, admirándose de que yo no llorase, y todos sentían lástima, no por él sino por mi, pues lo había perdido. ¿Podía tener alguien un corazón de hierro, para no conmoverse por mí al ver que sobrevivía a Gerardo? La pérdida fue común, pero era incomparable con m; desgracia. Yo luchaba con todas mis fuerzas entre la fe y el afecto, esforzándome, aún a pesar mío, para no dejarme arrastrar inútilmente, abandonándome a mis sentimientos naturales, al tributo universal, a la inexorable condición humana, a la decisión del Poderoso, al juicio del justo, al azote del Terrible, a la voluntad del Señor.

Por estas razones, desde entonces y posteriormente siempre me he exigido a mí mismo no entregarme con exceso al llanto, por muy conmovido y triste que me sintiera. Sin embargo, no pude sobreponerme a la tristeza, aunque contuve mis lágrimas, pues como podemos leer: Estaba quebrantado y no hablaba. Pero el dolor reprimido echó raíces más profundas en mi interior; y yo creo que se intensificó más;.por no haberle autorizado su desahogo. Lo confieso: me venció. Debe salir afuera lo que sufro dentro. Sí, brote mi llanto en presencia de mis hijos que, conociendo mi disgusto, consideran que lo más humano son las lágrimas, y me consolarán más entrañablemente.

Sabéis, hijos míos, qué profundo es mi dolor, qué dolorosa mi herida. Os percatáis claramente qué compañero tan fiel me ha abandonado en el camino

se presentan ante toda conciencia la dulzura de una y la severidad de otra! ¿Quién puede mirar de igual manera al condenador y al salvador, al que castiga y al que perdona, al que hiere y al que abraza? Es evidente que no eran acogidas con el mismo deseo la oscuridad y la luz, a ira y la paz, el juicio y la misericordia, la figura y la realidad, la verga y la herencia, la brida y el beso. Testigos son Aarón y Hur de que la mano de Moisés fue dura; testigos son los apóstoles de que la ley es un yugo pesado e insoportable para ellos y para sus padres; el yugo era duro y el premio vil; pues la promesa se refería sólo a esta tierra. Por esta razón no fue enviado Moisés a la nación grande.

Pero tú, madre Iglesia, gozas de una promesa para esta vida y la futura; por eso te acogen todos; porque has hallado una gracia doble: el yugo suave y el reino sublime. Arrojada de la ciudad, todos te reciben, porque apetece eso que prometes y no aterra lo que impones. ¿Por qué deplorar todavía la pérdida de una viña, si te han compensado con semejante ganancia? Estuviste abandonada, aborrecida y deshabitada y no había quien transitara por ti. Pero te haré, dice, el orgullo de los siglos, la delicia de todas las edades. Mamarás de la leche de los pueblos, mamarás al pecho de los reyes; y sabrás que yo, el Señor, soy tu salvador, que el héroe de Jacob es tu redentor. Así viene a decirnos que a esposa es la guardiana de las viñas y que no pudo custodiar la suya propia.

Cuando leo este texto suelo reprocharme que he asumido el servicio de las almas, yo que no soy capaz de cuidar la mía, interpretando las almas por las viñas. Si estás de acuerdo con esta interpretación, piensa también si en consecuencia no deberemos decir con razón que la fe es la vid; las virtudes, los sarmientos; el racimo, las obras; la devoción, el vino. Porque el vino no existe sin la vid, ni la virtud sin la fe. Sin la fe es imposible a radar a Dios; y debemos afirmar que le desagrada, pues: Todo lo que no procede de la fe es pecado.

Esto debían haberlo tenido en cuenta los que me ordenaron guardar las viñas, es decir: si guardaba mi viña. ¡Cuánto tiempo permaneció inculta, desierta, abandonada! Por eso no daba vino; estaban secos los sarmientos de las virtudes por la esterilidad de la fe; tenía fe, pero muerta. ¿Cómo no iba a estar muerta sin las obras? Esto me ocurría en mi vida mundana. Después de convertirme al Señor la guardé un poco mejor, lo confieso, pero no todo lo que debía. ¿Y quién es capaz de conseguirlo? Ni el santo Profeta que decía: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. Lo recuerdo perfectamente: ¡cuántas veces me expuse entonces a las asechanzas del que asaetea a ocultas al inocente! ¡Viña de mi vida, cuánto te he robado con furtivas artimañas, precisamente cuando empecé a entregarme con más vigilancia a mi control y cuidado! ¡Cuántos y qué excelentes abonos de buenas obras sofocó la ira, se los llevó la jactancia o los despreció la vanagloria ¡Cuánto tuve que soportar a los halagos de la gula, a la acedia del espíritu, de la tormenta y del huracán que devora! Así era; y a pesar de todo me hicieron guardián de las viñas, sin tener en cuenta lo que yo hiciera o habría hecho con la mía, sin escuchar la recriminación del Maestro que dice: Uno que no sabe gobernar su casa ¿cómo va a cuidar de la Iglesia de Dios?

Me admira el atrevimiento de muchos a quienes vemos que no cosechan de sus viñas sino espinas y

sus hermanas de madre la atacaron y la arrancaron de Jerusalén juntamente con su primera y reciente plantación. Me refiero al grupo de creyentes que pensaban y sentían lo mismo. Esta es la viña; y reconoce que no la cuidó debidamente, aunque no por propia necedad. Pues inmediatamente después de ser arrancada por la persecución, fue plantada en otro lugar y contrató a otros labradores, que le hicieron dar frutos abundantes a su tiempo.

No, no pereció; emigró. Creció y se multiplicó, bendecida por el Señor. Levanta los ojos en torno y mira si no cubría su sombra las montañas y sus pámpanos los cedros altísimos; extendió sus sarmientos hasta el mar y sus brotes hasta el gran río. Era natural: es edificio de Dios, es labranza de Dios. El la planta, él la extiende; él la poda y él la abona para que dé más fruto. ¿Cuándo dejaría de cuidarla y trabajarla, si la plantó su diestra? Nunca podrá abandonarla, porque los apóstoles son sus sarmientos, el Señor es la vid y el Padre el labrador.

Plantada en la fe, echa raíces en el amor, cavada con la azada de la disciplina, abonada con las lágrimas de los penitentes, regada con las palabras de los predicadores; así es tan abundoso su vino, que suscita la alegría, no la lujuria; es el vino de la dulzura, no de la pasión. Este vino que alegra el corazón del hombre y sabemos que los ángeles lo beben con gozo. Ellos, sedientos de la salvación de los hombres, se alegran con la conversión y penitencia de los pecadores. Su vino son las lágrimas de la penitencia, porque rezuman el dolor de la vida y el sabor de la gracia, el gusto del perdón, el gozo de la reconciliación, la salud del que recupera la inocencia, la suavidad de la conciencia tranquilizada.

¿Cuántas viñas reflorecieron por toda la tierra, renacidas de aquella única viña que parecía desarraigada por la atroz persecución! Se confió a la esposa el cuidado de todas ellas, para evitarla cualquier tristeza de no haber vigilado la riña única. Consuélate, hija de Sión; si la ceguera se apoderó de una buena parte de Israel, ¿qué has perdido tú? Ríndete ante el misterio y no lamentes ese detrimento; dilata tu seno y acoge a la plenitud de las naciones. Di a las ciudades de Judá: Era menester anunciaros primero a vosotros el mensaje de Dios, pero como lo rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que vamos a dedicarnos a los paganos. Dios propuso a Moisés que, si quería abandonar al pueblo prevaricador y exponerlo al castigo divino, podría llegar a ser jefe de una nación grande; pero éste lo rechazó. ¿Por qué? Por el excesivo amor que le tenía encadenado y porque no buscaba su propio interés, sino el honor de Dios; ni lo que era ventajoso para él, sino para todos. Esa era su actitud.

Yo pienso que por un misterioso designio, esta misión divina, dada su envergadura, la reservó para la esposa. De modo que ella, y no Moisés, sería enviada a la nación grande. Pues no convenía que el amigo del esposo arrebatara esa bendición a la esposa. Por eso le dice, no a Moisés, sino a la nueva esposa: Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura; así fue destinada para la nación grande. ¿Podía haber sido mayor que el mundo entero? Y el mundo se rindió fácilmente a la portadora de la paz y mensajera de la gracia.

Porque la ley no es como la gracia. ¡Con qué semblante tan diverso

por el que avanzaba, qué administrador tan sagaz, tan entregado a su trabajo y tan agradable en el trato. ¿No era él mi amigo más íntimo y yo su predilecto? Era hermano de sangre, pero más aún como monje. Lamentad, por favor, mi suerte, vosotros que sabéis todo esto. En mi debilidad él me llevaba. En mis cobardías él me animaba; en mi dejadez y negligencia él me estimulaba; en mis descuidos y olvidos él me lo advertía. ¿Por qué me lo han arrebatado? ¿Por qué me han llevado de las manos a este hombre tan idéntico a mí, un hombre que era según mi corazón. Nos hemos amado tanto en la vida y ahora nos separa la muerte? ¡Amarguísima separación, que nunca la pudo conseguir nadie más que la muerte! Porque ¿cuándo me habrías dejado si vivieses? Este horrible divorcio es obra exclusiva de la muerte.

¿Quién fue capaz de no tener en cuenta el vínculo tan apacible de nuestro mutuo amor? ¿Quién sino la muerte, enemiga de todo lo entrañable? Ahora sí que eres la muerte; te llevas a uno y aniquilas furiosamente a dos. ¿Acaso no me has matado también a mí? Sí, y al que más; pues lo que me resta de vida será más penoso que cualquier muerte. Vivo para vivir muriendo: ¿puedo llamar vida a eso. ¡Oh muerte implacable, ojalá hubieras sido más indulgente privándome del uso y no del fruto de la vida! Porque la vida sin el fruto es una muerte más violenta; al árbol infructuoso le espera un doble castigo: el hacha y el fuego. Envidiosa de mi trabajo, me arrancaste al amigo y compañero, por cuya solicitud solía ser fecunda mi labor. Más me habría valido perder mi vida que tu presencia, querido Gerardo; tú eras mí estimulo solícito en el servicio del Señor, mi ayudante fiel y prudente censor. ¿Por qué, me pregunto, nos hemos amado tanto, o por qué tenemos que separarnos? Dura condición, pero mi suerte ha sido más desafortunada que la suya!

Porque tú, querido hermano, si perdiste a tus amados has hallado otros más queridos. Pero a mí, desgraciado, ¿qué consuelo me queda después de ti, si eras mi único solaz? La mutua compañía física fue para ambos muy agradable por la concordia de nuestras inclinaciones, pero la separación sólo me ha herido a mí. Fue común lo agradable: pero la tristeza lúgubre es sólo para mí, Sobre mí sólo se descargó la ira, conmigo se encarnizó el furor. Mutuamente gozábamos de la grata presencia, de la dulce compañía, del entrañable coloquio; yo perdí esta delicia mutua, tú la cambiaste y saliste ganando con el cambio.

Qué gran ganancia la tuya con ese cúmulo de alegrías y bendiciones que disfrutas, y qué pequeñez la mía, comparado con la presencia de Cristo a la que has llegado, sin sentir el menoscabo de nuestra ausencia, acompañado como estás por los coros angélicos. Tú no tienes razón para quejarte de que te han separado de nuestro lado, porque el Señor de la majestad te ha concedido su compañía superabundante y la de todos los suyos. ¿Y qué he recibido yo en tu lugar? ¡Cómo me gustaría saber lo que piensas ahora de mí; eras todo mío, y ahora vacilo agobiado de tribulaciones y penas, privado de ti, báculo de mi debilidad! Si es que todavía se puede pensar en los desgraciados, después de entrar en el abismo de la luz y ser absorbido por aquel océano de felicidad eterna. Parque quizá, aunque nos conociste corporalmente, ya no nos reconoces así, pues has penetrado en el lugar del poder del Señor y, olvidado de todos nosotros, sólo recuerdas su justicia.

Por lo demás, estar unido al Señor es ser un Espíritu con él; todo queda transformado en cierto afecto divino; lleno ya de Dios, no se puede sentir o saborear sino a Dios y lo que Dios siente y saborea. Dios es amor, y cuanto más unido se está a Dios, tanto más lleno de él se vive. Ciertamente Dios es impasible, pero no deja de ser compasivo y siempre inclinado a compadecerse y perdonar. Por tanto, necesariamente serás misericordioso unido a su misericordia, aunque hayas superado toda miseria; ya no padeces, pero te compadeces. Porque tu afecto no ha menguado, se ha transformado. Ni cuando te revestiste de Dios te despojaste de tu solicitud por nosotros: y a él le interesa nuestro bien. Perdiste la debilidad, pero no la ternura. El amor no falla nunca: no te olvidarás jamás de mí.

Me parece oír a mi hermano diciéndome: ¿Puede una madre olvidarse de la criatura de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. No me conviene, sabes dónde me encuentro, dónde estoy postrado, dónde me has dejado: no hay quien me eche una mano.

En cualquier trance acudo como antes a Gerardo y no está. ¡Ay! Entonces gimo como un desgraciado, soy como un inválido. ¿A quién consultaré mis dudas? ¿De quién me fiaré en la contrariedad? ¿Quién aligerará mi peso? ¿Quién me preservará en los peligros? ¿Acaso no guiaba mis pasos la mirada de Gerardo? ¿Acaso, Gerardo, no afectaban a tu corazón mis preocupaciones más violentamente que a mí mismo? ¿No se abalanzaban sobre él con mayor familiaridad, no lo impelían con más vigor? ¿Acaso no me libraste muchas veces de las conversaciones profanas, con aquellas palabras tuyas tan serenas y enérgicas, para devolverme a mi amado silencio?

El Señor le concedió una conversación amable, para saber cuándo debía hablar. Con la prudencia de sus respuestas y con la gracia que recibió de lo alto, agradaba a los de casa y a los de fuera, y casi nadie me requería, porque antes lo solucionaba Gerardo. Salía al paso de los que llegaban, e impedía que nadie me importunase en mi contemplación por cualquier cosa. A los que no podía satisfacer suficientemente por sí mismo, los conducía hasta mí; y a los demás los atendía él mismo.

¡Qué hombre tan eficiente! ¡Qué amigo tan fiel! Se las arreglaba para satisfacer al amigo en sus gustos, sin quebrantar los deberes de la caridad. ¿Quién marchó de su presencia con las manos vacías? Tenía un consejo para el rico y una asistencia para el pobre. No buscaba su interés, pues se implicaba en los negocios para que yo quedara libre. Como era humildísimo, esperaba mayor fruto de nuestra quietud que si él mismo se liberase. Sin embargo, a veces pedía que lo relevasen en su cargo y que se lo dieran a otro más competente. Pero ¿dónde encontrarlo? No le retenía en su puesto ningún apego insolente, como suele suceder, sino exclusivamente el amor. Trabajaba más que todos y era el que menos recibía; suministraba a todos lo necesario y él se privaba con frecuencia de muchas cosas, por ejemplo, de comer y vestirse. Y cuando creyó que se acercaba su muerte, decía: "Señor, tú sabes que por mi parte siempre soñé con procurarme la paz y quedar libre para ti. Pero mi vida la han llenado tu temor y la voluntad de mis hermanos, el deseo de obedecer y sobre todo el

Sermón 30

En que sentido dice: me pusieron a guardar sus viñas y de que viñas se trata. Cual es la viña de la esposa, como se cultiva, cual es su vino y cual su extensión. El alma es la viña y cual es la vid, los racimos y el vino; se lamenta por su viña. De que varón espiritual se puede decir: no he guardado mi viña, y como se ha de perder el alma. Oportuna corrección de los que se desviven por los alimentos o su composición.

Me pusieron a guardar sus viñas. ¿Quiénes? ¿Acaso esos adversarios que acabas de recordar? Escuchad y ved cómo reconoce que esos mismos que la. hicieron padecer le han ayudado a su bien. No puede extrañarnos, si la razón por la que le persiguieron fue su deseo de corregirla. Pues ¿quién ignora que muchos son contrariados con frecuencia por amor y para su propio bien? Cada día comprobamos que muchos progresan en el bien y escalan la perfección, gracias a la entrañable importunación de sus prelados. Por tanto, si puedo, hemos de mostrar ahora cómo los hermanos de madre luchan contra la Iglesia con ánimo hostil, pero con perjuicios benéficos. Esto es lo extraño: quienes intentan perjudicarla le ayudan sin quererlo.

Efectivamente, la interpretación anterior contiene ambas significaciones, porque de hecho siempre tuvo rivales para bien y para mal, ya que lucharon con intenciones diversas y siempre la beneficiaron. Hasta el punto de que ahora se siente gloriosa de las persecuciones de sus émulos, porque cuando creyeron que le habían arrebatado una viña, se ve al frente de muchas otras y puede decir: Esto me lo han conseguido las que lucharon contra mí, cuando se incitaban: Arrasadla, arrasadla hasta el cimiento, y por una viña he conseguido muchas más". Y llega a esta conclusión: Mi viña, la mía, no la sube guardar, como explicando la causa por la que ha ocurrido eso; que ya no se cuida de una sola, sino de muchas. Este es el sentido literal.

Pero si nos atenemos solamente a él, limitándonos a lo que superficialmente parece significar, deberíamos pensar que la santa Escritura se refiere a las viñas materiales y terrenas; esas que todos los días reciben el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra; y de las cuales se extrae el vino, estímulo de la lujuria. De esta manera las divinas y santas Escrituras no nos aportarían absolutamente nada digno, no ya para la esposa del Señor, sino para ninguna otra criatura. Porque ¿puede haber alguna relación entre la esposa y el cuidado de las viñas? Y si existiese, ¿cómo podríamos saber que a la Iglesia se le haya encomendado alguna vez ese menester? ¿Acaso Dios se cuida de las viñas? Pero en sentido espiritual, las viñas son las iglesias; es decir, significan los pueblos fieles, tal como lo siente el Profeta cuando dice: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. Así es posible que comencemos a vislumbrar cómo no es indigno de la esposa que le asignen bajo tutela unas viñas.

Es más: pienso que esto puede concebirse como una prerrogativa y no pequeña, si es que uno pone interés en observar cómo se extienden estas viñas por todo el mundo, desde el día en que

Dios amor; ella nos dio a luz y puso su tienda al sol, para que se cumpliera la Escritura que dice: Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.

Esto se cumplió a través de María, que en la carne dio a luz visiblemente al que es invisible, pero que no concibió por obra de la carne. Ella fue herida suavemente en todo su ser; y yo me daría por feliz, si alguna vez siquiera me sintiera tocado por la punta de esa espada, para que, herido al menos levemente por el amor, pudiera decir mi alma: Me ha traspasado el amor. ;Quisiera tener esta llaga que extinguiese el color y el calor de todo cuanto hace la guerra al alma!

Si las hijas de este mundo reprocharan al alma su palidez, ¿no podría contestarles oportunamente: No os fijéis en mi tez morena, porque me ha bronceado el sol? Y si recordara que llegó a demudarse por las exhortaciones o las correcciones de algunos siervos de Dios, que rivalizaban con ella por la emulación de Dios, ¿no podría concluir con toda consecuencia y objetividad, que mis hermanos de madre se declararon contra mí? Este sería, pues, el sentido, como ya queda dicho: la Iglesia o un alma solícita puede decir esto, pero no gimiendo y lamentándose, sino gozosa y agradecida, incluso orgullosa, pues por causa de Cristo, por su amor, se cree digna de que le llamen morena y haya perdido su color.

Pero no lo atribuye a su habilidad, sino a la gracia y misericordia que se ha anticipado y le ha enviado. ¿Cómo puede creer sin una palabra previa? ¿Y cómo puede escuchar la palabra sin que a quien se la proclame? Recuerda, por tanto, que sus hermanos de madre se declararon contra ella, pero no airada sino agradecida. Por eso continúa: Me pusieron a guardar sus viñas. Si analizamos estas palabras espiritualmente, en mi opinión no encontraremos rastro alguno de queja o de rencor; resulta incluso delicado. Mas para que así suceda, antes de meternos a tratarlo -porque es como un lugar sagrado-, debemos ganarnos el favor del Espíritu con nuestra acostumbraba plegaria; así pues, consultaremos a ese Espíritu que sondea lo profundo de Dios, y también al Unigénito que está al lado del Padre, el Esposo de la Iglesia, Jesús, el Mesías Señor, que es bendito por siempre. Amén.

amor fraternal a mi abad y a mi hermano juntamente". Así era.

¡Gracias a ti, hermano mío, por todo el éxito de mis empresas, si hubo alguno! Si hice el bien o me he santificado, a ti te lo debo. Tú te enredabas en mil cosas, yo vivía en el ocio santo gracias a tus servicios, o me ocupa a más devotamente en las cosas del Señor, o me entregaba con más utilidad a la formación de mis hijos. ¿Cómo no iba a estar interiormente tranquilo, sabiendo que te ocupabas de lo material, si tú eras mi mano derecha, la luz, de mis ojos, mi corazón y mi boca? Sus manos eran infatigables, su mirada transparente, su corazón un buen consejero, su palabra juiciosa, como está escrito: La boca del justo expone la sabiduría y su lengua explica el derecho.

Mas ¿para qué he hablado de sus obras externas. como si Gerardo no hubiese entendido de las realidades interiores y no fuese un experto de los dones espirituales? Los hombres de espíritu que o conocían saben todo el espíritu que alentaba en sus palabras. Sus compañeros comprobaron que su conducta y sus deseos no se inspiraban en la carne, sino que estaban sujetos al espíritu. ¿Hubo alguien más rígido en guardar la disciplina? ¿Más riguroso para castigar su cuerpo, más elevado en la contemplación, ingenioso en la conversación? ¿Cuántas veces hablando con él aprendí cosas que ignoraba y, dirigiéndome a él para instruirlo, marchaba yo más versado en el tema! No tengo por qué admirarme, pues grandes y sabios aseguran que a ellos les sucedió lo mismo. Aunque no había estudiado, gozó de ese manantial que es la sensibilidad y la iluminación del Espíritu.

Era tan grande para los asuntos importantes como para los insignificantes. Por ejemplo: ¿quién superó la pericia de Gerardo en lo relativo a levantar edificios, cultivar los campos y huertos, regarlos, y demás oficios y trabajos de los campesinos? Se le escapaba algo en este aspecto a la sagacidad de Gerardo orientaba espontáneamente a albañiles, artesanos, labradores, hortelanos, zapateros y tejedores. En opinión de la mayoría era el más experto de todos; pero él nunca se lo creyó. Ojalá muchos, menos peritos que él, no cayesen en esta maldición: ¡Ay de los que se tienen por sabios! Me dirijo a los que conocen todo esto de él y otras muchas cosas más importantes. Pero no digo más, porque es carne mía y hermano mío. Sólo quiero añadir esto: para mí fue el más útil en todo; en lo banal y en lo importante, en lo privado y en lo público, fuera y dentro de casa. Con razón dependía yo de él en todo, porque era todo para mí. Apenas me dejó el honor y el título de mi cargo; las cargas las llevaba él solo. A mí me llamaban abad. Pero él me aventajaba en solicitud. Por eso descansó en él mi espíritu; por él pudo ser el Señor mi delicia, pude predicar con gran libertad y orar con más paz. Por ti sí, hermano mío, mi espíritu fue sobrio, mi paz tranquila, mis Sermones más eficaces, mi oración más densa, mi lectura más asidua, mi afecto más encendido.

¡Ay! Me has sido arrebatado tú y contigo todo esto. Contigo se fueron juntas todas mis delicias y alegrías. Ahora se me vienen encima las preocupaciones, me acosan por todas partes las inquietudes y las angustias me encontrarán siempre solo; te marchaste y quedarán sólo para mí. Gimo yo a solas bajo el fardo. Es menester eludirlo o ser oprimido, porque tú retiraste tus hombros. ¿Por qué no habré muerto yo inmediatamente después de ti? Nunca

hubiera aceptado morir yo en tu lugar, ni privarte de tu gloria. Pero sobrevivir después de ti es cansancio y dolor. Mi vida será amargura y tristeza. Mi único consuelo será entristecerme y afligirme. No buscaré alivio ni me calmará la mano del Señor, porque me ha herido la mano del Señor.

Me ha herido, sí, y me ha golpeada a mí y no al que llamó a su descanso; me mató a mí, cuando le segó a él la vida. ¿Pero puede decirse que le mató, si lo trasplantó en la otra vida? Mas lo que para él fue puerta de la vida, ha sido para mí muerte; diría que en su muerte era yo el que moría, no él, que se durmió en el Señor. Brotad, corred lágrimas tanto tiempo reprimidas. Brotad, porque quien os obstruía, se ha ido ya. Que se abran las cataratas de mi desgraciada cabeza y revienten las fuentes de agua; ojalá sean suficientes para lavar las manchas de mis culpas, por las que merecí tu huida. Cuando el Señor quede satisfecho de mí, quizá entonces merezca ser consolado; pero en todo caso no dejaré de entristecerme, pues los que sufren recibirán el consuelo.

Así pues, que todos los perfectos condesciendan conmigo y que el espiritual soporte mis lamentos con mucha delicadeza. Califica mi llanto con afecto humano, no como algo vulgar. Porque todos los días vemos que los muertos lloran a sus muertos; lloran mucho, pero sin fruto alguno. No censuramos el afecto sino cuando es excesivo, o la causa de esos llantos. Lo primero es totalmente natural, y su desequilibrio es consecuencia del pecado; lo segundo es vacío y pecado. Porque si no me engaño, allí sólo se llora la privación de la gloria carnal y la desgracia para esta vida presente. Hay que llorar por los que así lloran. ¿Será éste mi caso? Mi afecto sí es semejante, pero la causa y la intención son distintas. Porque yo no me lamento por la pérdida de la gloria mundana, sino por los intereses de Dios, para los que he perdido un fiel auxiliar y un perfecto consejero. Lloro a Gerardo; el motivo es Gerardo, hermano mío carnal, pero muy íntimo en el espíritu y compañero en mis gestiones.

Mi alma se encariñó de la suya: y de las dos hizo una sola, no la consanguinidad, sino la unanimidad. Es cierto que estuvo presente el parentesco carnal; pero nos unió más la afinidad de espíritus, la comunión de almas, la identidad de vida. Como éramos un solo corazón y una sola alma, la espada nos atravesó a los dos el alma, y hendiéndola por la mitad, una parte se la llevó al cielo y la otra la abandonó en el cieno. Yo, yo soy esa parte que yace en el barro, arrancado de la otra arte suya y además la mejor. ¿Y me dicen: ¿No llores?" Me han arrancado mis mismas entrañas y me dicen: "Te duele?" Sí que me duele, me duele aún a mi pesar, porque mi resistencia no es la de una piedra, ni mi carne es de bronce; lo siento intensamente y me duele, y mi pena no se aparta de mí. Espero que quien me ha herido, no pueda acusarme de mi dureza e insensibilidad, como aquellos de quienes dijo: Los herí y no les dolió.

Reconozco mi afecto, no lo niego. Para más de uno será carnal. No niego que sea humano, ni que soy un hombre. Y si eso no convence, tampoco negaré que es carnal. Porque también yo soy carnal, vendido como esclavo al pecado, ligado a la muerte, sujeto a muchas penas y miserias. No soy insensible al sufrimiento; lo confieso: me horroriza mi muerte y la de los míos. Gerardo era mío, plenamente mío. ¿Acaso podía no ser mío, si fue hermano mío por su sangre, hijo mío

Creo que otros interpretan esta frase de la esposa más profundamente, como refiriéndola al diablo y a sus ángeles, que habiendo sido también hijos de aquella Jerusalén de arriba, que es nuestra madre, desde que cayeron no cesan de atacar a su hermana la Iglesia. Tampoco me opongo a que otros la tomen en buen sentido, refiriéndola a los espirituales que viven en la Iglesia y combaten con la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios, contra sus hermanos carnales, a quienes hieren para salvarlos y llevarlos a las realidades espirituales con estos asaltos. Ojalá me corrija a mí el justo con misericordia y me interpele, me golpee y me cure, me mate y me dé vida, para atreverme a decir: Ya no vivo yo, vive en mí Cristo. Y dice: Busca un arreglo con tu adversario, mientras vamos todavía de camino, no sea que te entregue al juez y el juez al guardia.

Buen enemigo será si llegamos a un acuerdo, porque así evitaré al juez que me calumnie o al guardia que me encarcele. En cuanto a mí, si alguna vez he causado pena a alguno de vosotros, no me arrepiento, porque ha sido para su salvación. Y no recuerdo haberlo hecho nunca sin entristecerme sobremanera, conforme está escrito: Cuando una mujer va a dar a luz, siente angustia. Pero yo no tengo por qué recordar esa angustia, pues ya poseo el fruto de mi dolor, al ver a Cristo formado en mi descendencia. No me explico por qué amo más tiernamente a quienes después de corregirlos, y mediante la corrección, se han curado de sus enfermedades, que a los que son fuertes desde su conversión y nunca han necesitado de estos remedios.

En este sentido, la Iglesia o el alma que ama a Dios puede decir que le ha bronceado el sol, porque ha enviado con armas a sus hermanos de sangre, para luchar por su salvación y llevarla rendida a la fe y a su amor; hiriéndola con muchas flechas, como aquellas de las que se escribe: Flechas de arquero, afiladas con ascuas de retama. Y también: las flechas se me han clavado. Por eso prosigue diciendo: No hay parte ilesa en mi carne. Por el contrario, su alma se encuentra más fuerte y dice: el espíritu es animoso, pero la carne es débil. Y con el Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte. ¿Ves cómo la debilidad de la carne incrementa la fortaleza del espíritu y suministra energía? También ocurre al revés: la fortaleza de la carne lleva consigo la debilidad del espíritu. ¿Y te extraña, si al debilitarse el enemigo te sientes tú más fuerte, a no ser que para tu desgracia tengas como amiga esa carne que no ceja en su concupiscencia contra el espíritu? Mira, por tanto, si el Santo no es prudente, pidiendo en su oración que caigan sobre él las flechas y que le ataquen para ser salvado: atraviesa mi carne con tu temor. Este temor es la mejor saeta, porque perfora y extingue los deseos de la carne, a fin de salvar el espíritu. Pero el que castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre ¿no crees que ayuda y guía la mano del que lucha contra sí mismo?

Otra flecha es la Palabra de Dios, viva y enérgica, más penetrante que una espada de doble filo, de la cual dice el Salvador: No he venido a traer la paz, sino la guerra. Espada escogida es el amor de Cristo, que se clavó y atravesó el alma de María, para que no abrigase en su pecho virginal ni una sola partícula vacía de amor. Ella amó con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, y fue la llena de gracia. La atravesó aquella espada para poder llegar hasta nosotros y todos recibiéramos de su plenitud. Así pasó a ser la madre del amor, cuyo Padre es

abatido por la flaqueza de su corazón y por la persecución, se vea en la necesidad de invocar a Dios con este grave lamento: Mis hermanos de madre se declararon contra mí. Pues el que así ofenda a su hermano, ofende a Cristo que dice: Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío, conmigo lo hicisteis.

Pero no sólo hemos de evitar las ofensas más graves, por ejemplo, la afrenta manifiesta o la injuria, sino también la oculta o el susurro envenenado. Repito que no basta guardarse de estas y otras cosas semejantes; debemos abstenernos también de las faltas leves, si leve puede considerarse el atrevimiento de hablar algo contra el hermano con deseo de perjudicarlo, cuando sólo por ello, si llegas a irritarlo, eres reo del juicio divino. Y con razón: porque tú lo consideras leve y eso mismo te induce a caer fácilmente en esa ligereza. Pero muchas veces el otro lo interpreta en sentido distinto, porque lo juzga espontáneamente según su impresión y tiende a tomar la mota por una viga, y la chispa por un incendio.

Ya sabemos que no todos tienen ese amor que se fía siempre. Pues la imaginación del hombre y su pensamiento son mal propensos para sospechar el mal que para confiar en el bien Especialmente cuando la observancia del silencio no permite, ni defenderse al acusado ni descubrir al herido su falsa interpretación para curarse. Por eso vive como abrasado y muerte por esa herida mortal, y gime interiormente, carcomido por la ira de sus juicios, pues en su silencio sólo piensa en la injuria que le han hecho. Y no puede orar. Es incapaz de leer y meditar en al o santo o espiritual. Suspendido su aliento vital y privado de todo alimento, ved cómo camina a la muerte un alma por la cual murió Cristo.

Mientras tanto, dime ¿qué siente tu corazón? ¿Cuál es tu oración? ¿Cómo son tus obras? ¿Te saben a algo a ti, contra quien Cristo grita angustiado desde el pecho de tu hermano a quien has contristado: Mi hermano de madre se ha declarado contra mí, y aquel con quien me unía una dulce intimidad me ha colmado de amargura?

Si replicas que no debía haberse turbado tanto por algo tan leve, te respondo: razón de más para haberte reprimido tú en hacerlo. Aunque no sé cómo dices que era una insignificancia, lo vuelvo a repetir, lo que era mucho más grave que airarse con el hermano. Además ya sabes, pues se lo has escuchado al mismo juez, que aún eso basta para ser condenado por el tribunal. ¿Y ahora qué? ¿Llamarás leve a algo que ofende a Cristo, por lo que serás conducido al tribuna de Dios si sabes que es horrendo caer en manos del Dios vivo?

Tú, por tu parte, cuando te injurien, lo cual no es difícil que suceda en nuestras comunidades, no reacciones inmediatamente, como hace la gente del mundo, contestando con indirectas al hermano y con otra ofensa. Ni siquiera te atrevas, sin pretexto de corregirle, a atravesarle con el cuchillo de una palabra que hiera a esa alma, por la que Cristo se dignó ser clavado en la cruz. No. le gruñas con reproches; no musiten tu labios murmuraciones; no contraigas la nariz mofándote con tus burlas; no frunzas el ceño en señal de ira o conminación Nada de eso: extirpa tu excitación en cuanto brote; no deje pasar lo que lleva consigo la muerte, no sea que mate a alguien Así podrás decir con el Profeta: Me turbe, pero no hablé.

por su profesión, padre mío por su solicitud, consorte mío por su espíritu, íntimo mío por su afecto? Y me ha dejado: lo siento, estoy herido, y gravemente.

Perdonadme, hijos míos; es más, si sois hijos, lamentad la suerte de vuestro padre; compadeceos, compadeceos de mí por lo menos vosotros, amigos míos, que tenéis en cuenta todo lo que por mis pecados he recibido de la mano de Dios. Me hirió con el látigo de su indignación, llevadero para mis méritos pero duro para mis fuerzas. ¿Quién podrá considerar algo baladí que deba vivir sin Gerardo? Solamente quien ignora lo que Gerardo era para mí. Con todo, yo no quiero oponerme a las palabras del Santo ni censurar el juicio que cada cual merece; a él la corona de gloria que se mereció, a mí el castigo que debía. ¿Acaso porque me duele el castigo rechazo su sentencia? Lo primero es humano, lo segundo sería impío. Humano sí, e inevitable, cuanto afecta a los seres queridos, gozando con su presencia y sufriendo en su ausencia. No es algo inútil la vida común, y menos entre amigos; el horror de la separación y el dolor mutuo de los separados delatan lo que supone el amor entre los presentes.

Gerardo amadísimo, me duele tu muerte, no porque seas digno de lástima, sino porque te han llevado. Quizá esto sea más doloroso para mí, porque bebo el trago de la amargura. Y tengo que sufrirlo yo solo, porque lo bebo solo, pues tú no lo bebes. Yo padezco a solas lo que suelen sufrir juntos los que se aman, cuando se pierden mutuamente.

¡Ojalá no te haya perdido, sino que simplemente te hayas adelantado! ¡Ojalá, aunque sea tarde, pueda servirte a donde quiera que vayas! Pues sin duda irás hacia aquellos a quienes en tu última media noche los invitabas a tu alabanza, e irrumpiste de repente con tu voz y tu semblante tan alegres, asombrando a los presentes: Alabad al Señor en el cielo, alabad al Señor en lo alto. Cuando aún era media noche, para ti, hermano mío, apuntaba ya el amanecer y la noche era tan clara como el día. Estoy convencido que esa noche ha sido para ti una dichosa iluminación.

Me llamaron inmediatamente para que viese aquel milagro: un hombre saltando de gozo ante la muerte e insultándola: ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Allí no había aguijón sino júbilo. Ya puede morir el hombre cantando, y muriendo cantar. Te embarga la alegría a ti, madre de la tristeza; te embarga la gloria a ti, enemiga de la gloria; te raptan a ti, puerta del infierno, para entrar en el re; no; te raptan a ti, cueva de la condenación, para que recibas la salvación. Y esto lo realiza un hombre pecador. Con toda justicia, porque tú, temeraria, raptaste inicuamente el poder al hombre inocente y justo. Oh muerte, has muerto por tragar incautamente el anzuelo que te perforó, como grita el Profeta: Oh muerte, yo seré tu muerte, yo seré tu destrucción, oh abismo. Perforada con ese anzuelo, pasan a través de ti los fieles y hallan abierta la puerta ancha y gozosa. No le infundes temor a Gerardo, horrendo fantasma; Gerardo, a través de tus fauces, se abre paso hacia la patria con seguridad y con alegres alabanzas.

Cuando llegué yo ya estaba terminando con voz clara la última parte del Salmo; luego exclamó mirando al cielo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y repitiendo esta frase redoblaba su fuerza para decir: "Padre,

Padre". Y volviéndose hacia mí dijo con semblante alegre: ¡Qué bondad la de Dios, que quiso ser el Padre de los hombres! ¡Qué gloria la de los hombres, que son hijos de Dios y herederos de Dios! Porque somos hijos y también herederos". Así cantaba aquel a quien nosotros lloramos. Yo confieso que casi cambié mi llanto por los cantos, y contemplando su gloria me olvido casi enteramente de mis miserias.

Pero recae sobre mí un dolor agudo y una ansiedad opresora me despierta de ese ligero sueño, y me arrebata aquella serena visión. Lloraré, pues, por mí, ya que la razón me impide llorar por él. Porque creo que si tuviera ocasión, nos diría ahora: No lloréis por mi, llorad más bien por vosotros.

David lloró justificadamente por su hijo parricida, pues sabía que por la enormidad de su crimen tenía interceptada su salida del seno de la muerte. Lloró también pos Saúl y Jonatán, porque tampoco esperaba que, una vez tragados por la muerte, podrían huir. Ciertamente resucitarán, pero no a la vida; o mejor, sí a la vida, mas para vivir muriendo desgraciadamente en la muerte; aunque se puede pensar razonablemente que Jonatán no está condenado.

Y si éstos no son mis motivos para llorar, no me faltan otros. Lloro en primer lugar por mi propia herida y por el vacío que deja en nuestra casa; lloro también por los pobres necesitados, para quienes Gerardo era su padre; lloro asimismo por toda nuestra Orden e institución, porque de tu celo, Gerardo, de tu consejo y de tu ejemplo recibía alientos y no insignificantes; lloro, por fin, no por ti, pero sí por causa tuya. Esto sobre todo, esto es lo que me afecta seriamente, porque amo apasionadamente. Y que nadie me zahiera, diciendo que no debe afectarme, cuando el bondadoso Samuel por el rey réprobo y el entrañable David por su hijo parricida dieron rienda suelta a su afectividad, y no injuriaron por eso a su fe ni ultrajaron el juicio divino. Absalón, hijo mío, dice el santo David, Hijo mío, Absalón: y aquí hay uno mayor que Absalón. También el Salvador, al ver la ciudad de Jerusalén, previendo su destrucción total lloró por ella. ¿Y yo no puedo sentir mi propia desolación, presente ya? ¿No me va a doler mi herida grave y reciente? El lloró por su compasión, y no puedo llorar yo por mi padecimiento? Junto al sepulcro de Lázaro no reprendió a los que lloraban, ni prohibió el llanto; es más, lloró con los que lloraban: Y Jesús se echó a llorar. Aquellas lágrimas fueron testigos de su naturaleza, no signos de desconfianza. Inmediatamente su palabra hizo salir al muerto. Y de este modo no puedes deducir que el dolor de su afecto fuese una prevención contra la fe.

Tampoco nuestro llanto es si no de infidelidad, sino una prueba de nuestra condición. Si lloro al estar herido, no acuso al causante, sino que provoco su compasión y me empeño en quebrar la severidad. Hasta las palabras van henchidas de dolor, pero no de murmuración. ¿Acaso no he demostrado así que desborda justicia, pues con una sola sentencia castiga al que debe y corona al que lo merece? Añado algo más: ambas cosas las hizo perfectamente el Señor entrañable y recto. Voy a cantar tu bondad y tu justicia, Señor. Que te cante tu misericordia, la que mostraste a tu siervo Gerardo, y te cante también tu justicia, porque nosotros cargamos con tu sanción. Por ambas cosas te alabaré: por tu bondad y por tu justicia. ¿Es que sólo es laudable la bondad? También la

que las silenciara por casualidad o por olvido. Al contrario, lamenta más directamente lo que más le afecta y aquello de lo que ella cree que debemos precavernos con mayor diligencia. ¿De qué se trata? De esa desgracia interna y familiar a que se refiere el Evangelio por boca del mismo Salvador, cuando dice: Los enemigos de uno serán los de su rasa. También lo dice el Profeta: Incluso mi amigo de quien yo me fiaba, y que compartía mi pan, es el primero en traicionarme. Si mi enemigo me injuriase, lo aguantaría; si mi adversario se alzase contra mí, me escondería de él; pero eres tú, mi amigo y confidente, alguien me unía una dulce intimidad. Es decir: lo que me hacéis sufrir mis comensales que convivís conmigo, lo siento mucho más, lo soporto con mayor amargura. Ya sabéis quién se lamenta así y a quién se refiere.

Mirad cómo le duele esto también a su esposa, cuando con los mismos sentimientos se queja de los hijos de su madre: Mis hermanos de madre se declararon contra mi. Por eso dice en otro lugar: Mis amigos y compañeros se alejan de mí, mis parientes se quedan a distancia.

Alejad de vosotros, por favor, en todo momento esa abominable y horrorosa desgracia, vosotros los que habéis experimentado y veis qué dulzura, qué delicia es convivir los hermanos unidos; si vivís unidos y no divididos. De lo contrario no será una dulzura, ni una delicia, sino al o pésimo: una tortura. ¡Ay de aquel que perturbe el gozo de la unidad! Cargará con su sanción quienquiera que sea. Yo preferiría morir antes que escuchar a cualquiera de vosotros este justo lamento: Mis hermanos de madre se declararon contra mí. ¿O no sois todos vosotros en esta comunidad hijos de la misma madre, hermanos unos de otros? Por tanto, ¿quién podrá turbaros y afligiros desde fuera, si convivís felices en vuestra casa y gozáis de la paz fraterna? ¿Quién podrá haceros daño, si os dais con empeño a lo bueno? Ambicionad los dones más valiosos, para que vuestra emulación sea laudable.

Por eso el don más incomparable es el amor; es el mayor de todos, el que con tanta insistencia inculcaba siempre a la esposa el esposo celestial, y ahora lo repite: En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os améis unos a otros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros. E igualmente pedía que todos sean uno, como el Padre y él son uno.

Piensa si el mismo Pablo, que te invita a desear los mejores dones, no te insinúa que el amor está por encima de todo, cuando dice que es más valioso que la fe y la esperanza y todo grado de conocimiento. O cuando después de enumerar los más valiosos y maravillosos dones de la gracia, nos remite al camino más sublime, definiéndonos el del amor como el más perfecto. ¿Con qué podríamos compararlo si es superior al martirio y a la fe que mueve montañas? Esto es lo que os recomiendo que vuestra paz nazca de vosotros mismos; entonces no tendrá por qué espantaros todo cuanto mine la paz desde fuera, porque no le perjudica para nada. Pero al revés: todo lo que desde fuera pretenda lisonjearos, nunca será una consolación verdadera, si dentro, Dios no lo quiera, crece la semilla de la discordia.

Por eso, amadísimos, vivid entre vosotros en paz, no os hiráis ni de obra, ni de palabra, ni con cualquier otra señal. Que nadie, exacerbado quizá y

Sermón 29

A quienes llama la esposa: mis hermanos de madre etc. Y como hemos de evitar los desordenes domésticos. Cuanto hemos de amar la paz y evitar el escandalo, aun en lo mas insignificante, los que vivimos en comunidad. Algunos aplican este verso al diablo y a sus Ángeles, y es muy legitimo ver en ello una provechosa increpación. Una flecha de amor atravesó el alma de Maria; lo mismo se puede aplicar a la Iglesia y al alma, cuando se entregan a la acción de gracias.

Mis hermanos de madre se declararon contra mí. Estos fueron Anás y Caifás, Judas Iscariote y los hijos de la Sinagoga. Estos lucharon atrozmente contra la Iglesia, hija de la Sinagoga, en sus mismos orígenes, colgando del madero a Cristo, el que la congregó. Entonces realizó Dios por medio de ellos lo que mucho antes anunció el Profeta, diciendo: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas. Su voz la recoge Ezequías en su cántico: Como un tejedor devanaba yo mi vida, y me cortan la trama. La esposa se refería a ellos y a otros muchos de los suyos, que se opusieron abiertamente al nombre cristiano. Mis hermanos de madre se declararon contra mí. Con gran acierto los llama hermanos de madre y no de padre, porque no tenían a Dios por padre aquellos cuyo padre era el diablo, homicidas como él desde el principio. Por eso no dice "hermanos míos" o "hijos de mi padre", sino: Mis hermanos de madre se declararon contra mí. Sin esta distinción estaría incluido entre ellos el apóstol Pablo, porque también él persiguió a la Iglesia de Dios en algún momento. Pero halló misericordia porque lo hizo por ignorancia, durante su incredulidad. Luego demostró que tenía a Dios por padre y ser hermano de la Iglesia, tanto por parte de Padre como de madre.

Fíjate, sin embargo, cómo acusa nominalmente a sus hermanos de madre y sólo a ellos, como si ellos solos fuesen los culpables. Aunque el Profeta nos muestra todo lo que padeció también por parte de los extraños: Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud. Y: En mis espaldas metieron el arado. ¿Por qué te quejas entonces singularmente de tus hermanos de madre, si no podías ignorar que te han atacado con frecuencia otros muchos de otras naciones?

Dice la Escritura: Cuando te sientes a la mesa de un señor rico, mira bien lo que te sirven. Hermanos, estamos sentados a la mesa de Salomón. ¿Quién más rico que Salomón? No me refiero a sus riquezas terrenas, aunque también éstas eran copiosas. Contemplad más bien la mesa presente, rebosante de celestiales delicias. Lo que en ella se nos ofrece es divino y espiritual. Mira bien, dice, lo que te sirven, sabiendo que ésas son las provisiones que necesitas. Por lo que a mí respecta, pongo toda mi atención en estas palabras de la esposa y las tomo como normas y cautelas propias para mí. Porque en ellas me hablan exclusivamente de las persecuciones de mis familiares. Prescinden por completo de otras muchas y muy enconadas que, como sabemos, han conspirado los infieles, herejes y cismáticos por todos los pueblos de la tierra.

He descubierto bien la prudencia de la esposa, y no puedo imaginarme

justicia. Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos. Tú nos diste a Gerardo y tú nos lo quitaste. Si nos duele que nos lo hayas llevado, tampoco olvidamos que nos lo diste, y damos gracias porque merecimos tenerlo con nosotros; aceptamos su ausencia porque nos conviene.

Recordaré ahora, Señor, mi pacto y tu compasión, para que aparezcas justo en cuanto dices y salgas victorioso en los juicios que de u se forman: Cuando el año pasado estábamos en Viterbo defendiendo la Iglesia, Gerardo enfermó. Se agravó la enfermedad y parecía inminente la llamada. A mí me contrariaba sobremanera dejar en un lugar extranjero al compañero de mi peregrinación, y más tratándose de él. Tampoco me resignaba a no devolverlo a quienes me lo habían confiado, porque era tan amable que todos le querían. Entonces me puse a orar con lágrimas y gemidos diciendo: Espera, Señor, a que regresemos. Una vez que lo haya devuelto a sus amigos, si te place, llévatelo entonces, que yo no me quejaré". Y tú, Dios mío, me escuchaste. Mejoró, terminamos la obra que tú nos encargaste y regresamos alegres, llevando las gavillas de la paz. Yo casi olvidé tu pacto; pero tú no. Me avergüenzo de estos lamentos que me echan en cara mi prevaricación. ¿Qué más puedo decir? Reclamaste tu derecho, recibiste lo tuyo. Las lágrimas exigen que termine; tú, Señor, indicarás cómo y cuándo dejaré de derramarlas.

Sermón 27

Las pieles de Salomón con las que se compara la hermosura de la esposa. Como es la hermosura de la esposa, con la que no puede compararse la maravilla del cielo. Sobre el cielo espiritual, que es el pabellón de Salomón y en el cual están las pieles de Salomón. Cual es la gloria de la esposa por la que se compara con el cielo mas alto y por que. Como ella es también el cielo glorioso donde habita Dios. De que cosas debe carecer el alma, y que cosas poseer en abundancia para hacerse un cielo de Dios. En este cielo están los cielos y cuales son; sobre la postración y la exaltación de la esposa.

Puesto que ya hemos cumplido con nuestras obligaciones en favor de nuestro hermano que regresó a la patria, vuelvo, hermanos, a mi propósito de edificaros, porque lo he diferido. Pues no es de sensatos llorar excesivamente al que ya habita en el gozo, y es inoportuno turbar con mis lágrimas a quien ya está sentado al banquete. Y si lamentamos nuestra propia desgracia, tampoco deberemos insistir demasiado, para no dar motivo a pensar que nuestro interés por sus servicios superaba nuestro amor hacia él. Que la felicidad del amado nos serene a nosotros, abatidos en nuestra desolación, y toleremos mejor su ausencia porque está con Dios.

Fiándome de vuestras oraciones deseo aclarar, si puedo, todo lo que presiento oculto en aquellas tiendas, propuestas como ejemplo de la hermosura del esposo. Como recordáis ya nos referimos a este tema, pero lo dejamos en la superficie. Sólo se desarrolló y comento que son negras como las tiendas de Cadar. ¿Pero por qué son hermosas como los pabellones de Salomón? Es decir: ¿todo el esplendor de Salomón tiene algo que ver con la hermosura de la esposa y la gloria de su belleza? Si mostrásemos que esos pabellones, agua que las tiendas de Cadar, hacen referencia, no a la belleza de la esposa, sino a su negrura, tal vez fuese más exacto y no nos faltarían razones para demostrarlo convenientemente, como lo veremos. Pero si pensamos que el esplendor de la esposa debe compararse con unos pabellones cualesquiera, entonces sí que necesitaremos el auxilio de aquel a quien llamasteis, para que podamos explicar dignamente este misterio.

Porque entre todas las bellezas que están ante nuestros hijos ¿cuál será la que no se presente vil y deforme para el que las mire sencillamente, si se coteja con la hermosura interior de cualquier alma santa? ¿O es que la apariencia de este mundo que pasa mostrará algo que pueda compararse con la belleza del alma santa? Porque, despojada del anterior hombre carnal, se reviste de la hermosura celestial, hermoseada con las mejores virtudes que suplen a las joyas, más pura que los cielos altísimos y más radiante que el sol. Por lo tanto, no te fijes en este Salomón para compararlo con la belleza de la esposa, cuando desees indagar de qué pabellones pretende ser semejante.

¿Qué quiso dar a entender a esposa cuando dijo: Soy hermosa como los pabellones de Salomón? Algo magnífico y admirable, creo yo, si nos fijamos no en este Salomón sino en el que se menciona con estas palabras: Hay más que Salomón aquí. Porque

del esposo. Y así se lo había prometido él: Si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros.

Por eso prosigue la esposa: No os fijéis en mi tez oscura, es que el sol me ha bronceado; esto es: no me reprobéis mi deformidad, ni os fijéis en que la persecución que arremete contra mí, me haya dejado menos deslumbrante y menos sonrosada según la gloria mundana. ¿Por qué me echáis en cara la tez morena que me cubre por la violencia de la persecución, no por la de honra de mi vida? O tal vez compara al sol con el celo por la justicia que le abrasa y le envuelve, según aquello del Señor: Me devora el celo de tu templo. Y también: Me consume el celo, porque mis enemigos olvidan tus palabras. Y aquello otro: Sentí indignación ante los malvados que abandonan tu voluntad. Y además: ¿No aborreceré a los que te aborrecen, no me repugnarán los que se te rebelan? La esposa cumple también atentamente lo que dice el Sabio: ¿Tienes hijas? No les muestres un rostro demasiado complaciente. Es decir, a las perezosas, voluptuosas y las que eluden toda disciplina, no manifiestes el calor de la dulzura, sino una severidad sombría.

Broncearse por el sol equivale a abrasarse en el amor fraterno. Llorar con los que lloran, alegrarse con los que se alegran, sufrir con los que sufren, quemarse con el que cae. O esto otro: me ha bronceado el sol de la justicia, Cristo, por cuyo amor desfallezco. Esta languidez de mi color es como si me consumiese y desfalleciese todo anhelo. Por eso dice: Cuando me acuerdo de Dios, gimo; y meditando me siento desfallecer. Como el sol abrasador, el fuego de la ansiedad muda el color del que peregrina, porque anhela codiciosamente el rostro glorioso; la repulsa le hunde en la impaciencia y la espera atormenta al que ama. ¿Quién de nosotros se abrasa de tal modo en este santo temor, que por la ansiedad de ver a Cristo te hastían y rechaza todos los encantos de la gloria y alegría presente, poniendo por testigo a la voz profética: Nunca apetecí el favor de hombre alguno, tú lo sabes. Dirá también con el santo David: Mi alma rehúsa el consuelo, esto es, desprecia encubrirse con la satisfacción hueca de los bienes presentes.

También me ha bronceado el sol, porque acercándome a él y comparándome con su esplendor me veo más oscura, descubro mi tez más morena y desprecio mi fealdad. Por lo demás soy hermosa. ¿Por qué, eclipsada por la hermosura del único Sol, me llamáis morena? Puede ser que las palabras que siguen estén más de acuerdo con la primera interpretación. Pues cuando añade: Mis hermanos de madre se declararon contra mí, quiere decir que sufrió persecución. Pero con este tema comenzaremos el siguiente sermón, pues por ahora podemos quedar satisfechos con lo que hemos contemplado acerca de la gloria del esposo de la Iglesia; gracias a él, que es Dios bendito por siempre. Amén.

de los ángeles. ¿Por qué te empeñas en abrazarme, revestido de humildad, bajo la forma de siervo, con apariencias despreciables? Abrázame en mi hermosura celestial, coronado de gloria y honor, temible por mi majestad divina, pero afable y complaciente por mi serenidad natural.

Hemos de enaltecer la prudencia de la esposa y la profundidad de sus palabras, que bajo la figura de los pabellones de Salomón ha buscado a Dios, vivo en su muerte, encumbrado de honor y de gloria entre sus oprobios, blanco y resplandeciente por la inocencia de sus virtudes, bajo el exterior humillante de un crucificado. Porque debajo de esos pabellones negros y despreciables se conservan unos ornamentos más ricos y resplandecientes que las mismas riquezas del rey. Tenía razón para no despreciar la negrura de sus pieles, buscando la hermosura que ocultaban. Pero algunos la despreciaron porque la desconocieron por completo. Pues si lo hubieran conocido no habrían crucificado al glorioso Señor. No le conoció Herodes y lo despreció; no le conoció la Sinagoga y le echó en cara el baldón de su impotencia y de su pasión. Ha salvado a otros y él no se puede salvar. ¡Cristo, Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y le creeremos. Pero conoció el ladrón desde la cruz al que colgaba de su cruz y confesó la pureza de su inocencia: Este no ha hecho nada malo. Y dio testimonio de la majestad de su gloria regia: Acuérdate de mí cuando vuelvas como Rey. Lo conoció el centurión que lo aclamó como Hijo de Dios.

Y lo conoce la iglesia, que imita su deformidad para participar de su hermosura. No se, avergüenza de parecer y ser llamada morena, para decir al amado: las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. Es realmente negra como los pabellones de Salomón, por fuera, no por dentro: pues por dentro tampoco Salomón tiene la tez morena. Por eso no dice: "tengo la tez morena como Salomón", sino: "como los pabellones de Salomón", porque la negrura del verdadero Pacífico es solamente superficial. Por el contrario, la suciedad del pecado es interior; antes de que lo perciban los ojos, la culpa ya ha manchado todo el corazón. Por eso del corazón salen las malas ideas, los homicidios, adulterios, blasfemias; y eso es lo que mancha al hombre, pero nunca a Salomón. Jamás encontrarás en el verdadero Pacifico estas corrupciones. Pues el que arranca el pecado del mundo debe estar sin pecado; así será idóneo para reconciliar a los pecadores y tendrá el derecho de apropiarse el nombre de Salomón.

Pero también ennegrece la aflicción de la penitencia, cuando llega al llanto por los pecados. A buen seguro que Salomón no me lo reprueba, si espontáneamente me visto de ella por mis ofensas, porque un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia. También te afecta la compasión cuando sientes lástima del afligido, y cuando la desgracia del hermano te roba el color. Tampoco esta lo repudia nuestro Pacífico. El mismo se dignó asumirlo por nosotros, cuando soportó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz. Y también ennegrece la persecución, que se valora como la mayor gala cuando la acepto por la justicia y la verdad. Así está escrito: Los apóstoles salieron del Consejo contentos de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús. Y también: Dichosos los perseguidos por la justicia. Yo creo que quien mejor puede preciarse de ello es la Iglesia: ella es la que imita con mayor agrado las tiendas

este Salomón mío es de tal manera Salomón, que no sólo significa Pacífico, sino que se llama Paz, cuando Pablo nos muestra que él es nuestra Paz. Y en este segundo Salomón podremos encontrar sin duda eso que no vacilaría en compararlo con la hermosura de la esposa. Especialmente en sus tiendas, al decir del salmo: Extiendes los cielos como una tienda.

Evidentemente, no fue el primer Salomón, a pesar de su gran sabiduría y poder, el que extendió los cielos como una tienda; fue más bien el que es la misma sabiduría, porque él la extendió y la creó. Este y no el primero pronunció estas palabras: Cuando colocaba el cielo allí estaba yo - el agente era sin duda Dios Padre. El estaba presente colocando el cielo con su poder y sabiduría. No lo imagines ocioso sino extasiado, porque ha dicho estaba yo, y no sólo "preparaba". Fíjate que un poco después continúa: Yo estaba junto a él disponiéndolo todo. Y finalmente dirá: Lo que el Padre haga, eso lo hace también el Hijo.

Por tanto, él también extiende los cielos como una tienda. Hermosísima, como una gran tienda de campaña que cubre toda la superficie de la tierra con el sol, la luna y un enjambre maravilloso de estrellas, que deleita las miradas de los hombres. ¿Hay algo más hermoso que esa tienda? ¿Algo más bello que el cielo? Nada absolutamente es comparable con la gloria y la belleza de la esposa; todo lo demás sucumbe por sí mismo, como pasa lo visible de este mundo. Son seres temporales sometidos a los sentidos del cuerpo. lo que se ve es transitorio y lo que no se ve es eterno.

Pero existe una hermosura racional y configuración espiritual de la esposa, que es eterna, porque es imagen de la eternidad. Su belleza, por ejemplo, es la caridad; y la caridad no falla nunca, como habéis oído. Es también la justicia, sin duda. Y su justicia permanece por siempre. Es también la paciencia, y sabes que la paciencia de las pobres no perece nunca. ¿Y que es la pobreza voluntaria? ¿Qué es la humildad? ¿No merece una el reino eterno y otra la exaltación sin fin? A eso mismo se orienta el temor del Señor, eternamente estable. Y la prudencia, la templanza, la fortaleza y todas las demás virtudes ¿no son como piedras preciosas para enjoyar a la esposa, porque brillan con resplandor perpetuo? Las considero perpetuas porque son raíz y fundamento de la perpetuidad. Porque el alma no puede aspirar a una vida feliz y eterna si no es por medio de las virtudes.

Por eso el Profeta dice a Dios, que es la vida bienaventurada: justicia y derecho sostienen tu trono. Y el Apóstol dice que Cristo se instala, no de cualquier manera, sino expresamente por la fe en lo íntimo de nosotros. Cuando el Señor subió a la borrica, los discípulos le pusieron encima los mancos, dando a entender que el Salvador o la salvación nunca se arraigan en el alma desnuda, es decir; si no la encuentran revestida de la doctrina y virtudes de los apóstoles. Por eso la Iglesia, que ha recibido la promesa de la futura felicidad, se cuida de prepararse en esta vida y enjoyarse con tisú de oro, ceñida con toda suerte de gracias y virtudes, para que aparezca digna y capaz de la plenitud de la gracia.

Es hermosa la belleza de este cielo visible y corporal, por la gran variedad de astros dentro de su género. Pero de ninguna manera es comparable con ese maravilloso conjunto de belleza espiritual que recibió la esposa con el

primer manto de su santidad. Pero existe además otro cielo, el cielo por excelencia, del que dice el Profeta: Cantad al Señor, que avanzan por los cielos antiquísimos. Este cielo es intelectual y espiritual. El que formó los cielos sabiamente, los creó y los asentó como su morada perpetua. Pero no creas que el amor de la esposa se queda fuera de ese cielo, que lo conoce como morada del esposo, porque donde está su tesoro allí está su corazón. Siente gran emulación de los que viven ante el rostro por el que ella suspira. Y aunque todavía no puede reunirse con ellos en la visión, ansía conformar su vida con la suya, exclamando más con su vida que con su boca: Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria.

Nunca se cree indigna de verse semejante a este cielo, desplegado como los pabellones, pero no a través del espacio local, sino por los afectos de su alma; diverso por la variedad y maravilla de las obras de su artífice. Encierra una gama riquísima, pero no de colores, sino de felicidad. Porque a unos ha establecido Ángeles, a otros Arcángeles, a otros Virtudes, a otros Dominaciones, a otros Principados, a otros Potestades, a otros Tronos, a otros Querubines y a otros Serafines. Estos son los astros del cielo; así están decorados estos pabellones.

Esa es una de las tiendas de mi Salomón y la principal entre todas, por la belleza de su gloria multiforme. Este inmenso pabellón encierra dentro de sí otras muchas tiendas igualmente de Salomón, porque cada uno de los santos y beatos que allí moran, es sin duda una tienda de Salomón. Son benignos, están desplegados en el amor y llegan hasta nosotros. No recelan de su propia gloria: la desean para otros. Por eso no les agobia nuestra compañía ni ocuparse activamente de nosotros, como servidores espirituales enviados para ejercer su ministerio en favor de los que reciben la herencia de la salvación. De manera que los cielos antiquísimos lo forman especialmente esa multitud universal de bienaventurados. Y se llaman cielos antiquísimos por cada uno de ellos, que ciertamente constituyen el cielo y en ellos cobran sentido estas palabras: Extiendes los cielos como una tienda. Sí entenderéis, a mi juicio, cuáles son esos pabellones y de qué Salomón se trata, cuando la esposa se enorgullece de su parecido.

Ahora contemplad ya su gloria comparada con el cielo, especialmente con el que es más glorioso cuanto más divino. Con razón se apropia esa semejanza en la misma raíz de donde deriva su origen. Si por razón de su cuerpo, que es terreno, se parece a las tiendas de Cadar, ¿por qué su alma celestial no puede gloriarse de ser semejante también al cielo, sobre todo si su vida atestigua su origen y la dignidad de su naturaleza y de su patria? Ella adora y reverencia a un solo Dios, como los ángeles; ama a Cristo por encima de todo lo demás, como los ángeles; es casta como ellos, bien que su vida en una carne de pecado y en un cuerpo frágil no se asemeja a los ángeles. Finalmente, busca y saborea las cosas de arriba, no las de la tierra. ¿Existe una señal más evidente de su origen celestial, que mantener su innata semejanza en el país de la desemejanza, apropiarse la gloria de una vida célibe en el destierro de la tierra y vivir la vida angélica con un cuerpo casi bestial?

Todo esto se debe a un poder celestial, no terreno; y claramente indica que esta alma capaz de realizar todo esto, proviene del cielo. Pero

que le supera? Todo lo que te pueden enseñar es de un nivel inferior. Pero la fe te dirá de mí cosas que no menguan en nada mi majestad. Aprende a poseer con más certeza, a seguir con más seguridad lo que ella te aconseja. No me toques, que aún no estoy arriba con el Padre. Como si cuando haya subido, quisiera que lo tocasen o fuese ello posible. Claro que podrá; pero con su afecto, no con sus manos; con el deseo, no con la mirada; con la fe, no con los sentidos. ¿Por qué quieres tocarme ahora, si valoras la gloria de mi resurrección por lo que te dicen los sentidos?

¿No sabes que durante el tiempo de mi mortalidad, los ojos de mis discípulos no pudieron soportar la gloria de mi cuerpo transfigurado, que aún debía morir? Todavía complaceré tus sentidos revistiéndome de siervo, para que puedas conocerme como antes. Pero mi gloria es extraordinaria, se ha consolidado y no puedes acercarte a ella. Prescinde, pues, de tu juicio, suspende tu opinión y no te fíes de la definición que puedan darte los sentidos de un misterio reservado para la fe. Ella lo definirá con mayor propiedad y certeza, porque lo comprende más plenamente. Ella abarca en su seno místico y profundo lo que se entiende por la largura, anchura, altura y profundidad. Lo que el ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni hombre alguno ha imaginado, la fe lo lleva cerrado y lo guarda sellado dentro de sí misma.

Me tocará dignamente la fe, si me acepta sentado a la derecha del Padre, no en la forma de siervo, sino en un cuerpo celestial idéntico al anterior, aunque de forma distinta. ¿Por qué quieres tocar mi cuerpo deforme? Espera un poco y tocarás mi cuerpo hermoso. Pues lo que ahora es deforme se volverá bello. Es deforme para el tacto, deforme para la mirada, deforme, en fin, para tu deformidad, porque te apoyas más en los sentidos que en la fe. Sé tú hermosa, y tócame; sé fiel y serás hermosa. Tu hermosura tocará al hermoso con mayor dignidad y gozo. Lo tocarás con la mano de la fe, con el dedo del deseo, con el abrazo del amor, con la mirada del espíritu.

¿Tiene todavía su tez morena? De ninguna manera. Tu amado es blanco y sonrosado. Todo hermoso, envuelto entre flores y rosas y azucenas de las vegas, esto es, por los coros de los Mártires y de las Vírgenes. Y yo, en medio, no desentono del coro, porque soy virgen y mártir. ¿Cómo podría desafinar en el coro de las Vírgenes, si soy virgen, hijo de la Virgen y esposo de la Virgen? ¿Cómo no armonizaría con las rosas de los mártires, si soy la causa, la fuerza, el fruto y la forma del martirio? Con estas condiciones suyas abrázale diciendo: Mi amado es blanco y sonrosado, descuella entre mil. Miles de millares están con el amado, millones están en torno al amado, pero nadie es igual que el amado.

No temas, pues, que has de equivocarte buscando al que amas entre semejante multitud. No podrás dudar al elegirlo. Fácilmente, descollando sobre todos, te encontrarás con el más hermoso. Y dirás: ¿Quién es ese, vestido de gala, que avanza lleno de fuerzas? Ya no tiene su tez morena, como hasta ahora. Tuvo que llevarla consigo ante sus perseguidores, para que le despreciaran hasta matarle; y ante sus amigos, para que le reconocieran después de su resurrección. No, no se presentará con su tez morena sino con una túnica blanca, el más hermoso, no entre todos los hombres sino entre todos los rostros

pecador ya no lo veía, pero le oía. Si antes es sumiso, atento y fiel, el oído devolverá la vista. La fe purificará al que enturbió la impiedad; y al que cerró la desobediencia lo abrirá la obediencia. Además dice: Lo he comprendido por tus preceptos, es decir, la observancia de los mandamientos devuelve a inteligencia que había perdido por su trasgresión.

Recuerda al santo Isaac. En su avanzada vejez mantuvo el oído más vivo que todos los demás sentidos. Se nublan los ojos del Patriarca, le traiciona el paladar, le fallan las manos, pero no el oído. ¿Te extraña que sus oídos perciban la verdad? ¿No sigue la fe a la escucha, no es el oído el receptáculo de la palabra de Dios, y la palabra de Dios no es la misma verdad? La voz, dice, es la voz de Jacob: nada más cierto. Pero los brazos son los brazos de Esaú: nada más falso. Te engañas; el parecido de los brazos te ha traicionado. Tampoco se halla la verdad por el sentido del gusto, por delicado que sea. ¿Cómo puede poseer la verdad el que piensa que está comiendo un venado, cuando come la carne de un cabrito de casa? Mucho menos los ojos que no ven nada. Ni la verdad ni la sabiduría se alcanzan con la mirada. ¡Ay de vosotros que os tenéis por sabios ante vuestros propios ojos! ¿Acaso puede ser recta una sabiduría maldita? Es mundana y por eso es necedad ante Dios.

La sabiduría recta y verdadera es interior y totalmente oculta, como lo siente el santo Job. ¿Por qué la buscas fuera en los sentidos corporales? El sabor se percibe en el paladar; y en el corazón la sabiduría. No busques la sabiduría en la visión carnal, porque no la revelan ni la carne, ni la sangre, sino el espíritu. No se encuentra en el sabor de la boca, ni está entre aquellos que viven deliciosamente. Ni en el tacto de las manos como lo dice el Santo: No me be besado mi propia mano, porque es un gran delito y renegar de Dios. Yo creo que esto ocurre cuando el don de Dios, que es la sabiduría, no se adjudica a Dios, sino a los méritos de las obras. Sabio fue Isaac, pero se equivocaron sus sentidos. El oído sólo posee la verdad si percibe la palabra.

Con razón se le prohíbe tocar la carne resucitada del Verbo a la mujer cuya sabiduría aún era carnal, porque daba más valor a sus ojos que al oráculo, es decir, más al sentido camal que a la Palabra de Dios. No creía que resucitaría el que había visto muerto, a pesar de que él mismo lo había prometido. Y por eso no descansaron sus hijos hasta que su mirada se sació, pues no le consolaba la fe ni la promesa hecha por Dios. ¿Acaso no pasarán y desaparecerán el cielo y la tierra, y cuanto pueden contemplar los ojos carnales, antes que desaparezca una sola letra o un solo acento de cuanto Dios ha hablado? Sin embargo, ella rehusó consolarse con la Palabra de Dios, y dejó de llorar con la visión de sus ojos, porque tuvo más experiencia que fe. Pera una experiencia engañosa.

Por eso le remite al conocimiento más, cieno de la fe; la cual se abraza a lo que ignoran los sentidos y no busca la experiencia. Y le dice: No me toques, esto es: desentiéndete de ese sentido seductor; apóyate en la Palabra y familiarízate con la fe.

La fe ignora el error la fe abarca lo invisible, no conoce la limitación de los sentidos; además transciende los límites de la razón humana, el proceso de la naturaleza, los términos de la experiencia. ¿Por qué le preguntas a la mirada lo que no puede saber? ¿Para qué se empeñan las manos en palpar lo

escúchalo más claramente: vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Y añade: Oí una voz potente que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres, él habitará con ellos. ¿Para qué? Yo creo que para tomar una esposa de entre los hombres. ¡Inconcebible! Buscar una esposa y no venir sin ella! Buscaba una esposa y la tenía. ¿Buscaba acaso una segunda esposa? De ninguna manera, pues dice: Una sola es mi paloma. También quiso formar un solo rebaño con todas las ovejas, para hacer un solo rebaño con un solo pastor. Y así como tuvo una esposa unida consigo desde el principio -la multitud de los ángeles- también que de su agrado convocar de entre los hombres a la Iglesia, para unirla con la que proviene del cielo y ser un esposo y una esposa. Por tanto, a esa que ha entresacado la hizo perfecta, no duplicada, y sabe que se dice de ella: Una sola es mi perfecta. Esta conformidad crea la unidad, ahora de un amor semejante y después de una gloria igual.

Los dos son celestiales: el esposo, Jesús, y la esposa, Jerusalén. El para hacerse visible se vació de sí mismo, tomando la forma de siervo y haciéndose hombre. ¿Y bajo qué forma pensáis que el vidente Juan vio bajar a la esposa? ¿Acaso rodeada de ángeles, como los vio bajar y subir sobre el Hijo del hombre? Lo diremos más claramente: vio a la esposa cuando contempló el Verbo hecho carne, reconociendo a dos en una sola carne. Después que aquel santo Emmanuel trajo a la tierra el magisterio de la doctrina celestial, apareció manifestada en Cristo una imagen visible y figura de la belleza de aquella Jerusalén de arriba, que es nuestra madre. ¿Qué contemplamos entonces sino a la esposa en el esposo, admirando al único y mismo Señor de la gloria, como novio que se pone la corona o como novia que se adorna con sus joyas? Por tanto, fue el mismo que bajó el que subió. Nadie ha subido arriba al cielo sino el que bajó del cielo, el mismo y único Señor que es esposo en la cabeza y esposa en el cuerpo. Después vivió entre los hombres este hombre celestial y no en vano; pues a muchísimos los hizo semejantes a si, celestiales cuando eran terrenos. Así lo leemos: El hombre del cielo es el modelo de los celestes.

Desde entonces la vida en la tierra es como la del cielo: igual que la de las criaturas celestes y bienaventuradas. También la reina de Saba vino a admirar la sabiduría de Salomón, y con un amor casto se adhiere a un hombre celestial; aunque todavía no se unió totalmente con él, sí que está unida por la fe, tal como prometió Dios por el Profeta: Me casaré contigo a precio de misericordia y clemencia, me casaré contigo a precio de fidelidad. Por eso procura por todos los medios acomodar su vida al modelo que bajó del cielo, aprendiendo de él a ser modesta y sobria, pudorosa y santa, paciente y compasiva, sencilla y humilde. Con este modo de vivir, su mayor empeño es complacer en su ausencia a quien los ángeles están deseosos de ver, y a medida que se consume en deseos angélicos demuestra igualmente que es conciudadana de los santos y familia de Dios, la esposa y la amada.

Yo creo que todas estas almas no sólo son celestiales por su origen, sino que con razón pueden llamarse cielos por su imitación. Claramente demuestran que su verdadero origen es el cielo, porque son conciudadanos del cielo. Por tanto, un alma santa es el

cielo, porque el sol es su inteligencia la luna su fe y sus virtudes los astros. O en otras palabras, el sol es su celo por la justicia o su amor ferviente y la luna es su continencia. Así como dicen que la luna recibe del sol su claridad, de la misma manera, sin caridad o sin justicia la continencia carece de mérito.

Por eso dice el Sabio: Es bella la generación casta con caridad. Yo no me arrepiento de haber comparado las virtudes con las estrellas, pensando en la congruencia de su semejanza. Pues así como las estrellas brillan durante la noche y se ocultan durante el día, así la verdadera virtud, que muchas veces no aparece en la prosperidad; descuella en la adversidad. Lo primero lo aconseja la cautela, lo segundo lo exige la necesidad. Así pues, la virtud es una estrella y el hombre virtuoso el cielo. A no ser que alguien, cuando lea lo que dice el Profeta: El cielo es mi trono, creo que debe entenderse de este cielo cambiante y visible, y no recuerda lo que más claramente dice en otro lugar la Escritura: El alma del justo es el trono de la sabiduría. Asigna sin duda un trono espiritual a Dios el que por la enseñanza del Salvador saborea que Dios es espíritu, que hay que adorarlo en espíritu y en verdad.

Yo al menos lo aplicaría con toda confianza, tanto al hombre justo como al espíritu angélico. Y me lo confirma especialmente en este sentido aquella promesa: Yo y el Padre, dice el Hijo, vendremos a él, es decir, al hombre y viviremos con él. Y creo que lo dijo también el Profeta refiriéndose a ese mismo cielo: Tú habitas en el santo, esperanza de Israel. Y claramente dice el Apóstol: Que Cristo se instale por la fe en lo íntimo de vosotros.

No puede extrañarnos que el Señor Jesús more gustosamente en este cielo. Porque no lo creó como a los asnos con una simple palabra, sino que luchó para adquirirlo y murió para redimirlo. Después de tanto esfuerzo, dice al conseguir su deseo: Esta es mi mansión por siempre, aquí viviré porque la deseo. Dichosa aquella a quien le dice: Ven, predilecta mía, y levantaré en ti mi trono. ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? ¿Podrás tú también preparar al Señor un lugar dentro de ti? ¿Quién de nosotros será capaz de disponer ese lugar idóneo para esta gloria, y suficiente para esta majestad?

¡Ojalá que por lo menos sea digno de adorarlo en el lugar que posaron sus pies! ¿Quién me concederá postrarme siquiera ante los pies de cualquier alma santa que él se escogió como heredad? Con todo, ojalá se dignase derramar sobre mi alma la unción de su misericordia, y extenderla como un tejido que se dilata cuando se empapa de aceite, para poder decir: Correré por el camino de tus mandatos, cuando me ensanches el corazón. Así quizá podría mostrarle en mi interior, si no aquella sala ancha del cenáculo, donde pueda comer con sus discípulos, al menos el lugar donde pueda reclinar su cabeza. Desde lejos admiro ya a esos bienaventurados de los que se dice: Habitaré y comeré can ellos.

¡Qué dilatada está esa alma, qué prerrogativa la de sus méritos, que dignidad acoger dentro de sí la presencia divina y ser capaz de contenerla! ¿Y qué será el alma que cuenta con espaciosas galerías a disposición de su majestad? Por supuesto, esa alma no está embrollada con pleitos judiciales o afanes mundanos, ni entregada a comilonas y lujurias, ni hambrienta de curiosear, ni ansiosa Por dominarlo todo, ni hinchada por subir al poder. Porque ante todo debe estar absolutamente vacía de todo

reconocieron hermoso el Hijo de Dios; pero no así, los oídos de los judíos, por estar incircuncisos. Con razón Pedro amputo una oreja al siervo, para abrirle el paso a la verdad y para que ésta lo liberase, es decir, lo hiciera liberto. El Centurión aquel era un incircunciso, pero no de oídos; porque el simple grito del que expiraba le permitió reconocer a Señor de la majestad bajo tantos indicios de debilidad. No despreció lo que vio, porque creyó lo que no vio. Pero no creyó por lo que vio, sino indudablemente por lo que oyó, pues la fe sigue al mensaje. Habría sido más digno que la verdad entrase en el alma por las ventanas de los ojos, que son más perfectos; pero a nosotros, alma mía, eso se nos reserva para el final, cuando contemplemos cara a cara.

Ahora, en cambio, el remedio entrará por donde entró la enfermedad. Así la vida seguirá los pasos de la muerte; la luz los de las tinieblas; el antídoto de la verdad los del veneno de la serpiente. Así el ojo enturbiado curará y verá, ya sano, al que no podía ver, irritado. El oído ha sido la primera puerta por la que entró la muerte y será la primera en abrirse a la vida; el oído, que nos dejó ciegos, nos devolverá la vista- porque si no creemos, no comprenderemos. Es decir, que el oído se acredita el mérito, y la vista el premio. Por eso dice el Profeta: Hazme oír el gozo y la alegría, porque el premio del oído será la visión, y el mérito de esta dichosa visión será la audición en la fe. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; pues es necesario purificar el ojo para ver a Dios, como se nos dice: Ha purificado sus corazones con la fe.

Ahora, aquí, mientras no esté dispuesta la visión, debemos abrir el oído y ejercitarlo, para que acoja la verdad. Feliz aquel a quien la Verdad le dice, como testigo: Me escuchaba y me obedeció. Seré digno de esa visión si antes he sabido obedecer lo que escucho; contemplaré confiado al que ames he rendido el obsequio de mi obediencia. ¡Qué feliz el que dice: El Señor me abrió el oído; yo no me resistí ni me eché para atrás: Aquí tienes una forma de obediencia voluntaria y un ejemplo de magnanimidad. Porque el que no se resiste es espontáneo: y el que no se echa atrás, persevera. Ambas cosas son necesarias, pues Dios se lo agradece al que da de buena gana, y quien persevera hasta el fin ese se salvará. Quiera Dios abrirme el oído, para que penetre en mi corazón la palabra de la verdad, limpie mi vista, me prepare una visión gozosa y yo mismo pueda decir a Dios: Tú escuchas los deseos de mi corazón. Ojalá oiga yo a Dios junco con todos los que le obedecen: Vosotros están ya limpios por el mensaje que os he comunicado. No todos los que escuchan están limpios, sino los que obedecen. Dichosos los que lo escuchan y lo cumplen. Esa escucha es la que requiere el que prescribe: Escucha, Israel. Esa es la actitud del que respondía: Habla, Señor, que tu siervo escucha. Así lo promete el que dice: Voy a escuchar lo que me dice el Señor Dios.

No ignores que también el Espíritu Santo sigue este mismo proceso en la formación espiritual del alma; a saber, antes de recrear la vista educa el oído. Por eso dice: Escucha, hija, y mira. ¿Por qué fuerzas la vista? Dispón tus oídos. ¿Deseas ver a Cristo? Primero debes oírle, oír lo que te dicen de él; y cuando lo veas exclamarás: Lo que hemos oído lo hemos visto. Es inmenso su resplandor y tu vista débil no puede soportarlo. Puedes oírle, no verlo. Cuando Dios gritaba: Adán, ¿dónde estás", el

ennegreció a sí mismo y tomó la condición de siervo, haciéndose uno de tantos y presentándose como un simple hombre.

Bajo la piel de cabrito que simboliza el pecado, reconozco las manos que no cometieron pecado y la cabeza por la que nunca pasó un mal pensamiento; por eso no hubo engaño en su boca. Sé que tú eres bondadoso, sencillo y humilde de corazón, de aspecto dulce, de espíritu benigno; y además eres el ungido con aceite de júbilo entre todos tus compañeros. ¿Por qué te has vuelto velludo y áspero como Esaú? ¿A quién corresponde ese aspecto tan basto y horrible? ¿De quién es ese pelaje? Son míos: porque mis manos vellosas reflejan la semejanza con el pecado. Confieso que son míos y que con esta piel veré a Dios mi salvador.

No le vistió así Rebeca, sino María; y recibirá más dignamente la bendición cuanto más santa es la que le engendró. Pero este vestido, el mío, le cae muy bien; me garantiza la bendición y me da el derecho a la herencia. Ya él había escuchado: Pídemelo, te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra. Te daré tu herencia y tus propiedades. ¿Cómo dices que se la darás, si ya le pertenece? ¿Y cómo le aconsejas que pida lo suyo? ¿O cómo es suya, si debe pedirla? No; es que la pide para mí, pues para eso se revistió de mis apariencias, para defender mi causa. Así lo dice el Profeta: Nuestro castigo saludable cayó sobre él. El Señor cargó sobre él todos nuestros pecados" por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, como dice el Apóstol, para ser compasivo.

Por eso, la voz es la voz de Jacob, pero los brazos son los brazos de Esaú. Lo que se oye es suyo, pero lo que se palpa es nuestro. Lo que dice es espíritu y vi a; lo que se ve es mortal y muerte. Una cosa es lo que se ve y otra lo que creemos. Los sentidos delatan que su tez es morena; la fe demuestra que es blanca y hermosa. Es morena, para los ojos de los insensatos; mas para los espíritus fieles es hermosa. Es moreno, pero hermoso; es negro en opinión de Herodes; es hermoso, según la confesión del ladrón y la fe del centurión.

¡Qué hermoso lo vio aquel que exclamó: Verdadera- mente este hombre era hijo de Dios! Pero hemos de pensar por qué lo advierte. Pues si hubiera hecho caso a las apariencias, ¿cómo podría ser hermoso el hijo de Dios? Cuando extendía sus brazos en la cruz, colgado entre dos malvados, provocando la irrisión de los malhechores y el llanto de los fieles, ¿qué podían percibir quienes lo contemplaban sino su negra deformidad? Sólo era objeto de escarnio, el único que debía causar terror, el único que debía ser venerado. ¿Cómo puedo captar la hermosura de un crucificado y que era el Hijo de Dios, cuando fue contado entre los pecadores? Nosotros no podemos ni necesitamos responder, porque ya se nos adelantó el evangelista: El centurión que esta a frente a él, al ver que había expirado dando aquel grito, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. Creyó a lo que oyó y por el grito, no por su aspecto, reconoció al Hijo de Dios. Posiblemente era una de aquellas ovejas de las que dijo: Mis ovejas oyen mi voz.

El oído escucha lo que no pueden percibir los hijos. La apariencia traicionó a los ojos; la verdad penetró por el oído. Los ojos denunciaban su debilidad, su deformidad, su miseria, su condenación al patíbulo. Los oídos lo

eso, para ser un cielo en el que habite Dios. De lo contrario, ¿cómo podría gustar y ver qué bueno es el Señor? Nunca deberá ser indulgente con el odio, la envidia o el rencor, porque la Sabiduría no entra en alma de mala ley. Además, necesita crecer y ensancharse para ser capaz de Dios. Esta anchura se la da su amor, como dice el Apóstol: Ensanchaos también vosotros en el amor.

Pues aunque al alma, por ser espíritu, no le corresponde un espacio material, sin embargo, la gracia le concede lo que le niega la naturaleza. Crece realmente y se dilata pero espiritualmente. No crece su sustancia, sino su vitalidad; aumenta también su gloria; crece y adelanta hasta alcanzar la edad adulta y el desarrollo de la plenitud de Cristo, crece también hasta formar un templo consagrado al Señor. Por lo mismo, la magnitud del alma se mide con la medida del amor que tiene. Así, por ejemplo, la que ama mucho es grande; la que ama poco es pequeña; la que no ama es nada, como dice el Apóstol: Si no tengo caridad, nada soy. Si comienza a tener algún atisbo de amor, porque al menos trata de amar a los que le aman, saluda a sus hermanos y a los que le saludan, ya no diría que no ama nada, porque al menos cumple con las leyes sociales del dar y recibir. Pero con esto, según dice el Señor, ¿hace algo de más? No; yo pensaría que un alma que tuviese tan poco amor, no es ni ancha ni grande, sino estrecha y ruin.

Pero si crece y avanza de modo que pasa del límite de este amor estrecho y peligroso, y alcanza las amplias fronteras de la bondad gratuita con toda libertad de espíritu, si trata de extenderse a sí misma a todos los prójimos, abrazándolos en el amplio regazo de su buena voluntad y los ama a cada uno como a sí misma, nunca se le echará en cara: ¿haces algo de más? Porque se ha dilatado mucho a sí misma. Lleva el seno abierto al amor; abraza a todos, aun a los desconocidos que nunca estuvieron unidos a ella por vínculos carnales, a los que nunca la seducirán con la esperanza de percibir provecho alguno, a los que no está obligada a devolver algo recibido, y a los que no está vinculada con deuda alguna, a no ser aquella que se nos indica: A nadie le quedéis debiendo nada, fuera del amor mutuo.

Pero si todavía deseas violentar el reino del amor hasta destacarte como un buen invasor, y pretendes ocupar hasta sus últimos reductos, entonces no cierres tus entrañas de bondad ni siquiera a tus enemigos. Haz el bien incluso a los que te han odia o, ruega por los que te persiguen y calumnian, empéñate en hacer la paz hasta con los que la rechazan. De esta manera, la anchura del cielo será la anchura de tu alma, y no serán desiguales en altura; ni serán distintas por su belleza, cumpliéndose aquello que dice: Extiendes los cielos como una tienda. En ella habita dignamente e incluso se pasea ampliamente por ese cielo de maravillosa anchura, altura y belleza, el Sumo, Inmenso y Glorioso.

¿Ves ahora cuáles son los cielos que posee la Iglesia aunque ella es también en si misma, por su amplia universalidad, ese cielo inmenso que se extiende de mar a mar, del gran río al confín de la tierra? Considera también que en eso te haces semejante a ella, si no te has olvidado del ideal que recordábamos recientemente al hablar del cielo de los cielos y de los cielos antiquísimos. Así pues, imitando a la Jerusalén de arriba, nuestra madre, también ésta que aún peregrina posee sus cielos. Son los hombres

espirituales, conspicuos por su vida y su pensamiento, puros por su fe, serenos por su esperanza, dilatados por su amor y elevados por su contemplación. Esos cielos derraman la lluvia salvadora de la palabra, atruenan con sus interpelaciones y brillan por sus milagros. Ellos proclaman la gloria de Dios y se extienden como pabellones sobre toda la tierra, muestran la ley de la vida y de la honradez, escrita en sí mismos por el dedo de Dios, y anuncian a su pueblo la salvación. Pregonan la buena noticia de la paz, como verdaderos pabellones de Salomón.

Reconoce en estos pabellones la imagen de los altos cielos que más arriba describíamos al hablar de la hermosura del esposo. Contempla igualmente a la reina que está a su derecha, enjoyada de modo semejante, pero no igual. Pues aunque en este país de su peregrinación goza de una gran claridad y belleza en el día de su poder entre esplendores sagrados, sin embargo, la integridad y a consumación gloriosa de los bienaventurados le coronan de manera muy diferente. Yo he afirmado que la esposa es Perfecta y bienaventurada, pero parcialmente, porque no es la tienda perfecta de Cadar; pero sí que es hermosa, tanto en ese aspecto suyo personal por cual reina ya como bienaventurada, como por ese adorno que le dan los hombres ilustres, en noche de su vida, con su sabiduría y sus virtudes, igual que el cielo con sus astros. Por eso dice el Profeta: "Los maestros brillarán como el firmamento y los que convierten a los demás, como estrellas, perpetuamente".

¡Qué humildad y qué sublimidad! Es la tienda de Cadar y el santuario de Dios; una tienda terrena y un palacio celestial; una casa modestísima y una aula regia; un cuerpo mortal y un templo luminoso; la despreciada por los soberbios y la esposa de Cristo. Tiene la tez morena pero hermosa, hijas de Jerusalén. El trabajo y el dolor del prolongado exilio la han deslucido, pero también la hermosean su forma celestial y los pabellones de Salomón. Si os desagrada su tez morena, admirad su hermosura; si despreciáis su humildad, aceptad su sublimidad. El hecho de que la esposa sea abatida y sublimada al mismo tiempo, aunque sucesivamente, ofrece una garantía por su plenitud de prudencia, discreción y congruencia. De este modo contemporizan entre sí con tal equilibrio, que la sublimidad exalta a la humilde en medio de los azares de este mundo, para que no decaiga durante la adversidad. La humildad a su vez reprime a la ensalzada, para que no se envanezca durante la prosperidad. Aunque opuestas entre sí, ambas cooperan maravillosamente y al unísono con el bien de la esposa, acomodándose a su salvación.

Ya nos basta con lo dicho para determinar la semejanza de la esposa con los pabellones de Salomón. Pero nos queda por descubrir la otra significación del mismo texto, que os recordé al principio y prometí tratar: por qué razón se refiere esa semejanza sólo a su tez morena. No puedo defraudar vuestra esperanza. Mas será necesario diferirlo hasta el comienzo del próximo sermón. Así lo exige el haberme extendido mucho en éste, y para que, como lo hacéis siempre, le precedan vuestras oraciones al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesús, Cristo, que es bendito por siempre. Amén.

Sermón 28

Como es morena la esposa igual que las tiendas de Salomón, y cual es su negrura. Cristo es despreciado por el aspecto de su rostro destrozado, pero es hermoso por el encanto de su voz; sobre la escucha y la visión. El oído precede a la visión en el progreso del alma. La fe trasciende a la razón, a los sentidos y a la experiencia; y como hay que tocar a Cristo. Con que prudencia distingue la esposa la hermosura de Salomón debajo de sus tiendas negras; hay tres clases de negrura. El sol deslució a la esposa de cuatro maneras.

Creo que recordáis a qué Salomón y a qué pabellones de Salomón se compara la hermosura de la esposa, si es que nos pueden servir para mostrar y valorar la semejanza de su hermosura. Pero si creemos que debe relacionarse más con su tez morena, nos limitaremos a recordar con qué pieles se cubría la tienda de Salomón. Eran sin duda negras, porque cada día estaban expuestas al sol y al azote de las lluvias. Y no en vano: porque querían conservar en su interior toda la elegante decoración que atesoraban.

Por esta razón, la esposa no niega que tiene la tez morena; se excusa. Porque no se siente deshonrada por nada que le exija el amor, si es que no lo condena el juicio de la verdad. En definitiva ¿quién enferma sin que ella no enferme? ¿Quién cae sin que a ella no le dé fiebre? Por ello se reviste de una compasión humillante, para mejorar o curar así el vicio de la pasión del hermano; y se vuelve morena por el celo de su candor y por el servicio de su hermosura.

En efecto, se ennegrece uno y blanquea a muchos, no porque le mancha la culpa, sino porque le debilita su solicitud. Antes que perezca la nación entera, conviene que uno muera por el pueblo. Conviene que a uno se le vuelva la tez morena en beneficio de todos por su semejanza con la carne de pecado, para que no se con ene toda la nación por la fealdad del pecado; que se vuelva tiniebla el esplendor y la figura de la sustancia de Dios bajo la forma de siervo, para que vivan los siervos; que la blancura de la vida eterna se ensucie en la carne para purgar la carne; que el más bello de los hombres se sumerja en la oscuridad de su pasión para iluminar a la humanidad entera, se desfigure en la cruz -macilento por la muerte- como raíz en tierra árida, sin figura y sin belleza, a fin de rescatar a su esposa la Iglesia sin mancha ni arruga. Reconozco ahora la tienda de Salomón, incluso abrazo al mismo Salomón en su tienda ennegrecida. El también tiene la tez morena, pero sólo la tez: negro por fuera, en su piel, no por dentro. Toda la gloria de la hija del Rey está en su interior.

Interior es la blancura de su divinidad, la belleza de sus virtudes, el esplendor de su gracia, la pureza de su inocencia; pero cubierto bajo el color más despreciable de sus debilidades, como escondido su rostro menospreciado, probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado. Reconozco su figura denigrada en su naturaleza; reconozco las pellizas con que se cubrieron sus primeros padres después de pecar. Porque se

Porque una indigestión o una mala asimilación produce malos ácidos, perjudica al organismo, no alimenta. De la misma manera, el exceso de sabiduría empacha el estómago del alma, que es la memoria, si no es bien digerida por el ardor de la caridad, y si no se digieren y trasfunden por esos miembros del alma que son los hábitos y las obras. Así asimilará la bondad que conoce encarnándola en su vida y su conducta. De lo contrario, esa ciencia se anotará como pecado, como todo alimento que se transforma en secreciones malas y nocivas.

¿Acaso el pecado no es una mala secreción? ¿Acaso las costumbres deshonestas no son malos ácidos? ¿Podrá tolerar la hinchazón y los olores en su conciencia, quien conoce el bien y no lo practica? ¿No percibirá en sí mismo el eco de la muerte y de la condenación, cuantas ve es recuerde lo que dijo Dios: el empleado que conoce el deseo de su señor y no lo cumple como desea, recibirá mucho palos? Quizá pensaba el Profeta en el alma de esa persona cuando decía: ¡Ay mis entrañas, mis entrañas! A no ser que esta repetición insinúe un segundo sentido, y además del expuesto debamos buscar otro.

Porque pienso que el Profeta lo pudo decir refiriéndose a sí mismo. Como si lleno de sabiduría y abrasado por el amor, deseara derramarlo por completo y no encontrase a nadie que le atendiera. En ese caso, su sabiduría era para él un peso que no podía compartir. Así deplora el entrañable doctor de la Iglesia que algunos no se dignen aprender cómo hay que vivir, que otros sabiéndolo vivan desordenadamente, como repitiendo lo mismo que dice el Profeta.

¿No percibes ahora con qué acierto pensaba el Apóstol que la ciencia hincha? Yo deseo que el alma, ante todo, se conozca a sí misma, como lo exige el sentido de utilidad y la lógica del orden. El orden, porque nosotros somos los primeros interesados; nuestro bien, porque ese conocimiento no infla, humilla; es una disposición previa para nuestra edificación. No podría mantenerse nuestro edificio espiritual, si no es sobre el cimiento sólido de la humildad. Y para humillarse a sí misma no encontrará el alma nada tan estable y apropiado como encontrarse a sí misma en la verdad. Con una condición: que no encubra nada, que su espíritu sea sincero, que se coloque ante su propio rostro, que no huya de sí misma de repente. Si se contempla a la luz clara de la verdad, ¿no se encontrará alejada en la región de la desemejanza, suspirando al ver su miseria e incapaz de ocultar su verdadera situación? ¿No clamará al Señor con el Profeta: Me has humillado con la verdad?

No puede menos de humillarse sinceramente ante este conocimiento de sí misma, al verse cargada de pecados, aplastada por el peso de su cuerpo mortal, enmarañada entre los afanes terrenos, corrompida por la hez de sus deseos carnales, ciega, encorvada, enferma, embrollada en muchos errores, expuesta a mil peligros, temblando por mil temores, angustiada por mil dificultades, sujeta a mil sospechas, oprimida por mil necesidades, propensa a los vicios e incapaz para la virtud. ¿Cómo podrá levantar altivamente sus ojos y su frente? ¿No se revolcará más en su miseria, mientras ten a clavada la espina? Volverá a las lágrimas, retornará al llanto y los gemidos, se convertirá al Señor y exclamará desde su humildad: Sáname, porque he pecado contra ti. Convertida al Señor

identifica con el cuerpo; al que no sólo proporciona la vida y los sentidos, sino también los deseos de alimentarse y conservarse. Por eso juzgaba algo impropio para él, en cuanto hombre espiritual, todo lo sensual y carnal, y prefería considerarlo como algo suyo y no como el modo para expresarse como persona.

"Cuando aludo a mí mismo"; parece decirnos, me refiero a lo más noble de mi persona, a aquello por lo cual y mediante la gracia de Dios existo, es decir, al espíritu y a la razón. Pero cuando hablo de mi alma, entiéndelo en sentido funcional en cuanto agente de vida para el cuerpo y factor de concupiscencia. Así me sucedía de hecho, pero ya no me reconozco así porque no camino en la carne, sino en el espíritu. Ya no vivo yo, vive en mí Cristo. Mi yo es el del espíritu, el de la carne no es mi yo. ¿Y qué ocurre cuando el alma siente la concupiscencia carnal? No soy yo el que realiza eso, es el pecado que habita en mí. Por eso no soy yo, sino algo mío, ese algo que saborea la carnalidad en mí, mi misma alma. Porque en realidad una faceta del alma es su afección carnal y la vida que confiere al cuerpo. Esta alma suya era la que Pablo despreciaba por encima de sí mismo, cuando se hallaba dispuesto a ser encarcelado y morir por el Señor en Jerusalén, y así perder su alma, según el consejo del Señor.

Y tú, si renuncias a tu propia voluntad, si rechazas perfectamente la voluptuosidad corporal, si crucificas tus vanos instintos con sus pasiones y deseos, y extirpas además lo que hay en ti de terreno, probarás que imitas a Pablo, porque la vida para ti no cuenta nada. Y demostrarás que eres discípulo de Cristo, incluso perdiendo ventajosamente tu vida. Por cierto, es más sensato perderla para conservarla, que conservarla para perderla. Porque si uno quiere salvar su vida, la perderá.

¿Qué decís ahora vosotros, los que exigís refinamientos en los manjares y descuidáis la pureza de vida? Hipócrates y sus secuaces enseñan cómo salvar la vida en este mundo; Cristo y sus discípulos cómo perderla. ¿A quién de estos dos elegís como maestro para seguirle? Ya se define bien a sí mismo el que discurre así: Esto hace daño a los ojos y esto a la cabeza; aquello otro al pecho o al estómago. Porque cada uno manifiesta lo que aprendió de su maestro.

Ni en el Evangelio ni en los Profetas, ni en las cartas de los apóstoles habéis leído estas distinciones. Alguien de carne y hueso y no precisamente el Espíritu del Padre te ha revelado como cierta esa sabiduría; porque es una sabiduría carnal. Escucha ahora como piensan de ella nuestros médicos: La sabiduría carnal, dicen, es mortal. Y también: la sabiduría carnal es enemiga de Dios. ¿Tendré qué exponeros a vosotros las opiniones de Hipócrates o de Galeno, o las de la escuela de Epicuro? Yo soy discípulo de Cristo y hablo a los discípulos de Cristo; si os engaño con un dogma extraño, peco. Epicuro encarece el placer sensual; Hipócrates la buena salud; pero mi Maestro predica el desprecio de ambas. Hipócrates investiga y enseña con sumo esmero cómo sustentar la vida del alma en el mismo cuerpo; a Epicuro, en cambio, le interesa gozarla. Pero el Salvador nos invita a perderla.

¿Ha resonado dentro de ti alguna otra cosa en este auditorio de Cristo, cuando hace un momento se ha proclamado: Quien tiene apego a la propia existencia, la pierde? La pierde, dice, o exponiéndola como un mártir o

exasperándola como un penitente. Aunque ya es una forma de martirio hacer morir las obras del cuerpo con el espíritu, esto es, con ese hierro que lastima sus miembros; es un martirio menos horroroso, pero más molesto por su duración. ¿Ves cómo esta máxima de mi Maestro condena la sabiduría de la carne, por la cual uno se hunde en la disolución de la lujuria o se apetece mucho más de lo debido el bienestar del cuerpo?

Pero has escuchado al Sabio que la verdadera sabiduría no corre hacia los placeres y que no se halla en la tierra de los vivos. Y el que a encuentra dice: La quise más que la salud y la belleza. Si la prefiere a la salud y a la belleza, cuánto más al placer y a las torpezas. ¿De qué sirve ser moderado con las pasiones y esforzarse cada día por investigar la variedad de dilemas y analizar la diversidad de alimentos? "Las legumbres", dicen, "son flatulentas", el queso sobrecarga el estómago la leche perjudica la cabeza, el pecho no soporta el agua pura, las coles acarrean melancolías, los puerros encienden la cólera, los peces de agua estancada o los de estanque no les sientan bien a mi metabolismo. ¿Adónde vamos, si en ningún río, campo, huerto o bodega encontramos nada que llevar a la boca?

Piensa, por favor, que eres un monje, no un médico que debas escudriñar tu organismo, sino juzgar de tu profesión. Respeta, te pido, primero tu paz; respeta después la tarea de los que te sirven, respeta la economía de la casa, respeta tu conciencia. La conciencia, digo, pero no la tuya, sino la ajena; la del que se sienta junto a ti y come lo que le sirven, murmurando de tu original ayuno. Porque a él le escandalizas, o por tu ociosa superstición o por tu dureza, que quizá la imputa al que debe proveerte el sustento. Se escandaliza también de tus rarezas y por ellas te considera un maniático, porque andas rebuscando cosas absurdas, o se queja de mi dureza porque no te cuido lo necesario.

Quizá algunos condescienden consigo mismos por el ejemplo de Pablo, que exhortaba a su discípulo a que no bebiese agua, sino que tomase un poco de vino por el estómago y sus frecuentes indisposiciones. Estos deben pensar primero que el Apóstol no establecía esta norma para sí mismo, y que su discípulo tampoco lo pedía para sí. Además tampoco lo aconsejaba a un monje, sino a un obispo, cuya vida era todavía necesaria para la Iglesia recién nacida. Ese tal era Timoteo. Preséntame a otro Timoteo yo lo alimentaré, si queréis, con manjares de oro; y le daré a beber ambrosías. Pero tú te compadeces y te dispensas a ti mismo. Confieso que me resulta sospechosa tu propia dispensa y temo que te traiciones bajo capa y excusa de discreción por la prudencia de la carne. Yo me conformo con habértelo advertido, de modo que si la autoridad del Apóstol te basta para beber vino, no olvides que él dice un poro. Y basta: volvamos a la esposa y aprendamos de ella a no guardar egoístamente las viñas propias, especialmente nosotros que hemos sido destinados, al parecer, a guardar las viñas del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es bendito por siempre. Amén.

ocio. Y también: Los maestros brillarán como brilla el firmamento, y los que convierten a los demás, como estrellas, perpetuamente.

Pero también sé dónde he leído: La ciencia hincha. Y esto otro: A más sabiduría más pesadumbre. Puedes, por tanto, deducir que hay diversas ciencias: unas inflan y otras contristan. Pero yo desearía saber cuál de ellas es más útil o necesaria para tu salvación: la que ahueca o la que entristece. Estoy seguro que prefieres la que contrista a la que hincha. Porque el dolor consigue sanar lo que esconde el tumor. El que pide se acerca a la salvación, pues el que pide recibe. Por añadidura, el que sana los corazones destroza os detesta a los engreídos, tal como dice Pablo: Dios se enfrenta con lo arrogantes, pero concede gracia a los humildes. Y añade: En virtud del don que he recibido, aviso a cada uno de vosotros que no sepa más de lo que debe saber sino que sepa con cordura. No prohíbe saber, sino saber más de lo que conviene saber. ¿Y qué es saber con cordura?

Observar con toda diligencia lo que debemos saber prioritariamente. Porque el plazo se ha acortado. De suyo, toda ciencia es buena si se apoya en la verdad. Pero tú, que por la brevedad del plazo, caminas aprisa para realizar tu salvación escrupulosamente, procura saber con preferencia lo que veas más cercano de la salvación. Los médicos estiman como factor curativo la cantidad, el modo y el orden con que conviene tomar los alimentos. Sabemos que todo alimento creado por Dios es bueno, pero si tú al tomarlos no observas un orden y moderación, harás que todos sean nocivos. Lo que digo de los alimentos aplicadlo a las ciencias.

Pero será mejor que os remita al Maestro. Porque esta sentencia no es mía sino suya, aunque también es mía porque es de la Verdad: Quien se figura haber terminado de conocer algo, aún no ha empezado a conocer como es debido. Como ves, no vale saber mucho, si no se sabe medir la sabiduría. Verás también que el fruto y la utilidad de la ciencia depende del modo como se sabe. ¿Qué quiere decir eso del modo de saber? Simplemente que sepas con qué orden, con qué aplicación y para qué fin se debe llegar a saber. ¿Con qué orden? Ante todo lo que es más oportuno para la salvación. ¿Con qué aplicación? Con mayor ardor cuanto más impetuosamente nos lleve al amor. ¿Con qué finalidad? No por vanagloria o curiosidad, o algo así; sino únicamente para tu edificación y la del prójimo.

Porque algunos desean saber sólo por saber; eso es vulgar curiosidad. Otros lo desean para darse a conocer; eso es tonta vanidad. Estos caen de lleno en la mofa de aquel Sátiro que canta así: "Tu saber es nulo, si otro ignora que tú sabes".

Y otros desean saber para vender su ciencia, por ejemplo, para enriquecerse o recibir honores; eso es un negocio vergonzoso. Pero otros desean saber para edificar a los demás: eso es amor. Finalmente, otros desean saber para su edificación: y eso es prudencia.

De todos estos grupos solo los dos últimos son los que no abusan de la sabiduría, pues sólo la desean para hacer el bien. Porque: Tienen buen juicio los que la practican. Escuchen todos los demás: El que sabe cómo comportarse bien y no lo hace, está en pecado. Como si hiciera esta comparación: el que toma un alimento y no lo digiere, mejor que no lo coma.

Sermón 36

Sobre las dos ignorancias: cual no daña. Sobre la doble sabiduría y el método para conseguirla: orden, aplicación y finalidad. Sobre sus cinco intenciones y la analogía entre el alimento y la sabiduría. Que es lo primero que necesita saber el alma cuan grande es nuestra miseria en esta vida y amonestación a los somnolientos.

Aquí tenéis lo prometido; aquí estoy a disposición de vuestros deseos; aquí me tenéis cumpliendo con mi obligado servicio al Señor. Tres razones, como veis, me impulsan a hablaros: la fidelidad a la promesa, el amor fraterno y el temor del Señor. Si callo me condenaría mi propia boca. ¿Y si hablo? Temo el mismo juicio, pues si hablo de lo que no vivo me lo reprocharían mis propios labios. Ayudadme con vuestras plegarias, para que hable siempre lo necesario y cumpla con mis obras lo que predico. Ya sabéis que h y nos hemos propuesto tratar de la ignorancia, o mejor, de los ignorancias. Porque si recordáis, nos propusimos hablar de los clases de ignorancia: la de nosotros mismos y la de Dios. Ya advertíamos que debemos preservarnos de las dos, porque ambas son condenables. Intentemos aclararlo y explicarlo con más detalle.

Pero creo que antes debemos cuestionarnos si es reprobable toda ignorancia. Mi opinión es que no, porque no toda ignorancia condena, ya que existen innumerables cosas que se pueden ignorar sin menoscabo de la salvación. Por ejemplo, puedes desconocer cualquier oficio manual: el de carpintero, albañil, o cualquier otro practicado por los hombres, útiles para la vida ordinaria. ¿Acaso esa ignorancia es impedimento para la salvación? Incluso ignorando todas las demás artes, llamadas liberales -que se aprenden y practican con ejercicios más nobles y más provechosos- cuántos hombres se han salvado sólo por sus obras buenas y su vida recta. A cuántos enumera el Apóstol en su carta a los Hebreos, que fueron amados no por su mucho saber, sino por su conciencia honrada y por su fe sentida.

Todos agradaron a Dios con su género de vida y los méritos de sus obras, no por su ciencia. Pedro, Andrés, los hijos de Zebedeo y todos los demás discípulos, no fueron reclutados en las escuelas de los retóricos o filósofos; sin embargo, fueron los instrumentos con los que el Salvador llevó a cabo la salvación en medio de la tierra. Como cierto santo confesó de sí mismo, Dios no salvó ni siquiera a los santos o doctores Porque eran más sabios que todos los demás, sino por su fidelidad y humildad. Enseñaron además al mundo el sendero de la vida, no haciendo ostentación de su elocuencia o por el camino de la sabiduría, sino que plugo a Dios salvar a los creyentes por la necedad de su predicación, porque el mundo no lo conoció a pesar de su saber.

Podría parecer que soy demasiado hiriente con la sabiduría que censuro a los doctos y prohibió el estudio de las letras. De ningún modo. Reconozco todo el servicio y provecho que los letrados han aportado a la Iglesia, para refutar a sus adversarios o instruir a los sencillos. No en vano he leído: Porque tú has rehusado el conocimiento, yo le rehusaré mi saber

Sermón 31

Sobre la visión futura del Verbo, comparada con la del sol: las tres contemplaciones de Dios que son posibles en esta vida, y la solicitud del ángel por el alma. La tercera manifestación del esposo, que es interior, se realiza de cuatro maneras: como Esposo, como Medico, como Caudillo y como Rey. Sobre la sombra de la fe y la plenitud de la visión, y el vestido de pastor con que aparece el esposo.

Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta. El Verbo esposo se presenta con frecuencia ante los espíritus diligentes y no bajo una sola forma. ¿Por qué? Porque todavía no se le ve tal cual es. En cambio, en la visión inmutable aparece siempre bajo la forma en que subsiste siempre; él siempre es, y no sufre mutación alguna de lo que es, fue o será. Prescinde del "fue" y del "será": ¿dónde quedan las fases o los períodos de la sombra? Pero todo lo que procede del pasado no cesa de tender hacia el futuro, y quien hace posible este tránsito se debe a lo que "es", pero no perfectamente. Porque ¿cómo es lo que nunca permanece en el mismo estado? Por eso sólo es verdaderamente lo que no se encadena con el "fue", ni desaparece con el "será", porque mantiene sólo e inexpugnable el "es" y permanece en su ser. Ni el "fue" le arrebata el ser eterno, ni el "será" le determina a quedarse así por toda la eternidad. Y esto es lo que se apropia el verdadero ser, es decir, su increabilidad, su invariabilidad, su interminabilidad. Por tanto, cuando contemplemos como es en sí al que es así, incluso al que no es así o así, entonces tiene lugar esa visión, como dije, a la que no se le interpone cambio alguno.

A todos los que le ven así, se les dará el mismo denario del Evangelio que se prometió a todos por igual. Porque al mostrárseles lo que en sí es invariable de una manera inmutable, ya no pueden ni quieren ver otra cosa más deseable ni más deleitable. Efectivamente, con esa visión ¿cuándo se hastiará su deseo, cuándo desaparecerá su delicia, cuándo defraudará su verdad, cuándo se agotará su eternidad? Porque si el deseo y el bienestar de esa visión se extiende a toda a eternidad, ¿cómo no va a ser plena esa felicidad? Nada les faltará jamás a los que siempre la ven, ni se hastiarán los que suspiran por ella.

Mas esa visión no corresponde a la vida presente; se presenta para la futura, y sólo entonces se podrá decir: Sabemos que cuando Dios se manifieste y lo veamos cómo es, seremos como él. Ahora se revela a quienes quiere y como quiere, no como es. Ningún sabio, ni santo, ni profeta pudo ni puede verle como es con este cuerpo mortal; pero el que sea digno podrá verle con su cuerpo inmortal. Por eso aquí se le ve también, pero de la forma como se muestra, no como es.

No me estoy refiriendo a este astro mayor, a nuestro sol que vemos todos los días; le ves en definitiva no como es, sino en cuanto ilumina, por ejemplo, el aire, la montaña o la pared. Pero ni eso siquiera podrías ver, si en cierto sentido la misma luz de tu cuerpo, por su claridad y transparencia,

no fuese semejante a la luz del sol: Porque ningún otro órgano de tu cuerpo es capaz de percibir la luz, a causa de su radical desemejanza.

Pero ni siquiera los ojos cuando enferman pueden acercarse a la luz, porque pierden su semejanza con ella. Así pues los que se alteran hasta llegar a una desemejanza total, son absolutamente incapaces de ver la claridad del sol; y el que está sano puede contemplarlo parcialmente, debido a su grado de semejanza con él. Pero si los ojos fuesen tan puros como el sol, lo verían tal como es, sin deslumbrarse, gracias a su total semejanza. Lo mismo acontece con ese Sol de justicia; que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Lo podemos ver con la luz que nos alumbra, porque mantiene una semejanza con ella. Pero no puedes verle tal cual es, porque todavía no eres totalmente semejante a él. Por eso dice: Acercaos a él y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Esto es cierta con tal que seamos iluminados de tal modo que, contemplando la gloria de Dios a rostro descubierto, nos vayamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por influjo del Espíritu del Señor.

Acerquémonos a él, sin precipitarnos; no sea que por una irreverente curiosidad nos aplaste su gloriosa majestad. No se precisa un cambio de lugar para acercarnos, sino de claridad; no corporal, sino espiritual: a del Espíritu del Señor, no del nuestro, aunque esté en nosotros. Así el que tenga mayor claridad, ése está más cerca; y tener la máxima claridad es haber llegado hasta él. Por eso, para los que están ya presentes, verle como es equivale a ser como es, sin deslumbrarse por ninguna desemejanza. Pero esto sucederá entonces, como ya hemos dicho.

Entretanto, esta gran variedad de formas y esta innumerable diversidad de especies de la creación ¿qué son sino ciertos rayos de la divinidad, que nos muestran que verdaderamente tienen un Creador, auque no expliquen cómo es? Contemplas sus obras, pero no a él. Y como contemplas todo cuanto procede de ese a quien no ves, tienes ya la certeza de que existe alguien a quien debemos buscar; que la gracia no defrauda a quien le busca y la ignorancia no le excusa a quien se desinteresa por buscarlo. Esta clase de contemplación es común a todos. Según dice el Apóstol, es al o evidente para todo ser racional que lo invisible de Dios resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras.

Aunque en tiempos pasados Dios se dignó conceder a nuestros padres un trato familiar muy frecuente, tampoco a ellos quiso revelarse tal cual es. Y no se manifestaba todos de una misma manera, sino como dice el Apóstol, en múltiples ocasiones y de muchas maneras, a pesar de que él es uno, como se lo dice a Israel: El Señor tu Dios es solamente uno. Esta revelación ciertamente no es común a todos, pero se comunicó externamente a través de imágenes que se aparecían visiblemente o de palabras que resonaban.

Pero existió otra visión divina, diferente de las anteriores por ser más interior. Por ella Dios se digna visitar personalmente al alma que le busca, la que se entrega a buscarle con todo su anhelo y amor. Hay una señal de esta venida, según nos lo manifiesta alguien que la experimentó: Delante de él avanza juego, abrasando en torno a los enemigos. Porque es menester que el

expresaría peor en un tema tan importante, o vosotros prestaríais menor atención a lo que vale la pena escuchar con ardiente solicitud. Si tomas el alimento corporal sin apetito y saciado, no sólo no te aprovecha, sino que te resulta muy perjudicial. Mucho más si es el pan del alma el que se toma con des ana. En vez de nutrir la inteligencia será un tormento para la conciencia. Líbrenos de eso el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, bendito por siempre. Amén.

decirle: "Marcha con los rebaños", o "marcha a los rebaños", sino: Marcha tras los rebaños de tus compañeros. ¿Por qué? Para indicarnos que la segunda ignorancia es más vergonzosa que la primera, ya que ésta hizo al hombre igual a las bestias; y aquélla inferior. Al hombre, en efecto, no se le disculpó su ignorancia, esto es, fue maldito por ella, debe comparecer ante el tremendo juicio y ser entregado al fuego eterno; no así los animales. Indudablemente es peor la suerte de quienes se encuentran en esta situación que la de aquellos que no la vivieron jamás. Más le valdría a ese hombre no haber nacido. No dice que más le valdría no haber nacido, sino no haber nacido hombre; mejor hubiera sido animal o cualquier otra criatura. Pues como habría carecido de razón, no habría llegado al juicio y tampoco al suplicio.

Sepa, por tanto, el alma raciona que se avergüenza de su primera ignorancia, que los animales serán sus compañeros para gozar de los bienes de la tierra, pero no le acompañarán en el suplicio de los tormentos del infierno. E incluso la echarán vergonzosamente de los rebaños de animales, y ya no podrán caminar con ellos, sino detrás de el os. Estos no sufrirá mal alguno y ella estará expuesta a todos los males, de los cuales no se librará en toda la eternidad, por haber agravado su ignorancia por segunda vez. Marchará; el hombre solo tras las ovejas de sus compañeros, cuando o precipiten solo en el infierno más profundo. ¿No crees que será relegado al último lugar cuando, atado de pies y manos, lo arrojen a las tinieblas exteriores? Entonces los últimos males del hombre serán peores que los primeros, porque al principio era equiparado can las bestias, pero ahora se ve pospuesto a ellas.

Si lo miras bien, concluirás que también en la vida presente los hombres marchan tras l s animales. ¿No te parece que el hombre dotado de razón, pero que no vive racionalmente, en cierta manera es más anima que las bestias? Porque si el animal no se rige por la razón, le excusa su naturaleza, que le ha negado totalmente ese don; pero ése no es el caso del hombre, a quien se le ha concedido como una prerrogativa. Con razón al hombre se le despide si deja de ser racional y debe ir tras los rebaños de animales, porque sólo él es el animal que con su vida degenerada conculca los derechos de la naturaleza, y aunque posee el uso de razón, imita con sus hábitos y afectos a los que carecen de razón. Al hombre se le obliga marchar tras los animales, en esta vida por la depravación de su naturaleza y después por su máxima condenación.

Así se ve maldecido el hombre sorprendido en ignorancia de Dios. Pero ¿ignora a Dios y a sí mismo? A los dos, sin duda. Ambas ignorancias son condenables, y cualquiera de las dos merece la condenación. ¿Sabes por qué es así? No pondrás en duda que ignorar a Dios merece la condena, si crees que la vida eterna sólo consiste en conocer al Padre, verdadero Dios, y a su enviado Jesucristo. Escucha además al esposo cuando rotunda y manifiestamente condena en el hombre la ignorancia del alma. ¿Qué dice? No afirma "si ignoras a Dios", sino: Si te ignoras a ti mismo, etc. Está claro, por tanto, que ignorando se ignora, sea que se ignore a sí mismo o a Dios.

Si él nos ayuda haremos una exposición, muy útil por cierto, sobre está doble ignorancia. Pero no ahora, porque estamos cansados y debemos orar previamente, como es nuestra costumbre. Si continuamos, yo me

ardor del santo deseo anticipe su presencia en el alma, a la que él mismo va a llegar, para consumir toda la inmundicia de los vicios y aparejar así un lugar para el Señor. Entonces conoce el alma que el Señor está cerca, porque se siente abrasada por ese fuego y dice con el Profeta: desde el cielo ha lanzado un fuego que se ha metido en los huesos y me lo ha hecho saber. Y aquello otro: El corazón me ardía por dentro; pensándolo me requemaba.

De repente, ese deseado a quien busca sale compadecido al encuentro del alma que suspira continuamente, que ora sin cesar y se abrasa en deseos. Yo creo que por su experiencia propia podría decir con el santo Jeremías: ¡Qué bueno eres Señor para los que en ti esperan, para el alma que te busca! Pero también su ángel, uno de los compañeros del esposo, asignado para ello en calidad de enviado como testigo de este secreto y mutuo saludo; ese ángel, repito, en cierta manera no cabe en sí de gozo, se alegra y se deleita con la esposa, se vuelve hacia el Señor y le dice: Te doy gracias, Señor de la majestad, porque le has concedido el deseo de su corazón, no le has negado lo que pedían sus labios. Ese mismo ángel no cesa de incitarla con todo mimo como un lacayo que le sigue por todas partes, insinuándole asiduas sugerencias y diciéndole: Sea el Señor tu delicia y él te dará lo que pide tu corazón. Y también: Confía en el Señor, sigue tu camino. O esto otro: Aunque tarde, espéralo que ha de llegar sin retraso.

Y al Señor le dice: Como busca la cierva corrientes de agua, así esta alma te busca a ti, Dios mío. Te ansía de noche, pero tu Espíritu en su interior madruga por ti. Y otra vez: Todo el día te está invocando, tendiendo las manos hacia ti. Atiéndela que viene detrás gritando. Acógela y sé compasivo con ella. Mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar a esta desolada. Como fiel padrino de todas, testigo de este mutuo amor, pero no celoso, que no busca su propio interés sino la gloria de Dios, pasa entre el amado y la amada, ofreciendo los deseos y llevando los dones. A ella le estimula, a él le aplaca. Otras veces, aunque no muchas, provoca una cita entre los das, arrebatándole a ella o trayéndole a él; como es familiar y conocido en el palacio, no teme una negativa y contempla cada día el rostro del Padre.

No vayas a pensar que en esta intima unión entre el alma y el Verbo se percibe algo corporal o imaginario. Nos limitamos a afirmar lo que dice el Apóstol: Estar unido al Señor es ser un espíritu con él. Con nuestras palabras, adaptando frases espirituales a los espirituales, reproducimos en lo posible la sublimación del espíritu puro hacia Dios o el amoroso descenso de Dios al alma. Por supuesto, este vínculo es espiritual, porque Dios es espíritu. Y queda prendado de la belleza del alma cuando advierte que procede guiada por el espíritu, y no consuma con el deseo las tendencias de la carne, especialmente el reconocer que arde en amor hacia él.

El alma, así afectada y así amada, no quedará satisfecha con la manifestación común del esposo a través de las cosas creadas, ni tampoco con su presencia, más insólita, en sueños y visiones. Reclama un privilegio que Dios baje del cielo y penetre en lo más íntimo de ella misma. Entonces poseerá a quien desea, pero no en figura sino infundido, ni meramente visible, sino tocando y provocando un gozo tanto más intenso cuanto es interior y no superficial. Se

trata del Verbo sin sonido, que penetra; no habla y actúa; no hiere los oídos y halaga con sus afecciones. Su rostro no tiene forma determinada, pero se imprime en el alma; no deslumbra los ojos del cuerpo, pero regocija el corazón; gratifica con el don del amor, no con algo sensitivo.

A pesar de esto, yo diría que aún no se presenta como es, aunque con esta visión no se le ve totalmente distinto de lo que es. Y ni siquiera los espíritus más fervientes gozan continuamente de esta presencia, ni es uniforme para todos. Porque conforme a la variedad de deseos de cada alma, varía el gusto de su divina presencia; y el sabor infuso de la dulzura celestial deleita de muy diversas maneras las variadas apetencias del alma. Además habréis caído en cuenta, cuántas veces ha mudado el Verbo de semblante en este cántico amatorio, y de cuántos modos se ha dignado transformar sus infinitas dulzuras ante su amada. Unas veces, como esposo deferente, solicita los íntimos abrazos de la esposa santa y la delicia de sus besos; otras, como un médico se presenta con sus bálsamos y ungüentos a las almas delicadas, que necesitan estos fomentos y medicinas; por ello se les designa con el delicado nombre de doncellas. Y si alguno lo critica, escuche que no necesitan médico los sanos, sino los enfermos.

Otras veces se aparece como un caminante que se une a la esposa y a las doncellas peregrinas, para aliviar e cansancio del camino a toda la comitiva, con una conversación tan agradable que, cuando se ausenta, exclaman: ¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino? Ameno compañero, que por la dulzura de su palabra y sus modales, invita a correr detrás de sí, como en pos de cierta fragancia suavísima que exhalan sus perfumes. Y por eso dicen también: Correremos al olor de tus perfumes.

Otras veces sale al encuentro- como un rico padre de familia en cuya casa sobra el pan, y hasta como un rey magnífico y poderoso que parece aliviar la timidez de la pobre esposa, provoca su deseo mostrándole a todas las maravillas de su gloria, sus ricos lagares y despensas, la fecundidad de sus huertos y campos, y llega a introducirla en lo más íntimo de su alcoba. Es que su marido se fía de ella y piensa que no debe ocultarle absolutamente nada, Puesto que la rescató de su pobreza, probó su fidelidad y la abraza cariñosamente. Ahora de una manera, ahora de otra no cesa de aparecerse frecuentemente a la mirada de los que le buscan, y se cumple lo que dijo: Mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.

Siempre se muestra bueno y clemente, rico en misericordia. Por sus besos, afectuoso y suave; por el perfume y ungüentos, clemente y rico en entrañas de bondad y compasión; en el camino, alegre y afable, desbordante de gracia y solaz; mostrando sus riquezas y posesiones, espléndido v dadivoso; y por su liberalidad regia, un incomparable remunerador. Y así a lo largo del texto de este cántico encontrarás al Verbo que se cubre bajo la sombra de estas analogías. Por eso pienso yo que esto es lo que quiere decir el Profeta: Cristo el Señor es un aliento para nosotros: a su sombra viviremos entre los pueblos; es decir, ahora vemos confusamente en un espejo, todavía no cara a cara. Es así porque vivimos entre los pueblos; pero entre los ángeles será distinto, cuando con una felicidad totalmente inmutable le veamos con ellos como es, o sea, en

flor, porque el Espíritu del Señor se posó sobre él. Se agosta la hierba, dice, se marchita la flor; pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.

Por tanto, si el heno es el Verbo y el Verbo permanece por siempre, también el heno debe permanecer por siempre. De lo contrario, ¿cómo da la vida eterna si él no permanece por siempre?

Pero recoge conmigo el grito del Hijo al Padre, registrado en el salmo: No dejarás a tu santo conocer la corrupción. Indudablemente se refería a su cuerpo, que yacía exánime en el sepulcro. Este es el Santo anuncia o a la Virgen por el ángel cuando dijo: Por eso al que va u nacer lo llamarán Santo, Hijo de Dios. ¿Cómo podría ser que el he o santo conociera la corrupción, si nació del perpetuo verdor de unas entrañas incorruptas como pastos primaverales, cautivando insaciablemente las ávidas miradas de los ángeles fijas en él? La hierba habría perdido su frescura, si se hubiese malogrado la virginidad de María.

Así pues, el alimento del hombre pasó a ser forraje del animal, cuando el hombre se trocó en bestia. ¡Qué cambio tan triste y lamentable! El hombre, habitante del paraíso, señor de la tierra, ciudadano del cielo, familiar del Señor de los Ejércitos, hermano de los espíritus bienaventurados y coherederos de las Virtudes celestes, por una repentina mutación se encuentra reclinado en un establo por su debilidad, hambriento de hierba por su semejanza con los animales, atado a un pesebre por su fiereza indomable, como se ha dicho: Cuyo brío hay que domar con freno y brida, si no puedes acercarte. Reconoce, sin embargo, tú, buey a tu dueño, tú, asno, el pesebre de tu Señor, para que se cumplan las profecías que anunciaron estas maravillas de Dios. Conoce como animal, ;oh bestia!, al que no conociste como hombre; adora en el establo al que rehuías en el paraíso; honra el pesebre de aquel cuyo imperio despreciaste; come la hierba tú que te cansaste del pan, y del pan de los ángeles.

Pero ¿qué razón, dirás, existe para tal degradación? Pues mira, que el hombre vivió en el honor y no lo comprendió. ¿Qué no comprendió? Ya que no lo dice él, lo diremos nosotros. Constituido en honor, no entendió que era barro, embelesado en la cumbre de honor; e inmediatamente experimentó en sí mismo lo que mucho tiempo después advirtió para su prudencia el hombre nacido en la cautividad, y lo expresó con sinceridad diciendo si el hombre se figuro ser algo, cuando no es nada, a sí mismo se da el timo. Desgraciado de él, porque ya no tenía quien le dijese: ¿Por qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? Por eso la egregia criatura se juntó al rebaño; por eso la semejanza de Dios se cambió en semejanza del animal; por eso comenzó a tratar con los animales y dejó la compañía de los ángeles.

¿Ves cómo debemos huir de esa ignorancia que originó tanta desgracia al género humano? Por eso dice que el hombre, al no entender, se hizo semejante a los brutos animales. Debemos, pues, prevenirnos por todos los medios de la ignorancia, no sea que si seguimos como unos insensatos después de tamaña vejación, caigan sobre nosotros males mucho más graves v se nos diga: Hemos tratado a Babilonia y no se cura. Y con razón, pues ni con las afrentas habríamos recuperado el juicio.

Cuando el esposo se esforzó en sacar a su amada de la ignorancia con tan estrepitosa amenaza, no se limitó a

cabritos son los pecados, que en el juicio serán colocados a la izquierda. Llama errantes y presuntuosos a los sentidos corporales, por os que entra el pecado en el alma como la muerte por las ventanas.

Aquí cuadra muy bien lo que dice la Escritura: junto a los apriscos de los pastores. Porque no dice que los cabritos pastan como los corderos "sobre", sino junto a los apriscos de los pastores. Sabes que los pastores, los verdaderos, tienen sus tiendas de tierra y en la tierra, es decir, sus cuerpos; pero mientras combaten en esta vida no apacientan los rebaños del Señor en la tierra, sino en los pastos celestiales; porque no predican su voluntad, sino la del Señor. Pero los cabritos, que son los sentidos corporales, no buscan las realidades celestiales, sino junto a los apriscos de los pastores, esto es, en todos los bienes de este mudo sensible, como es el dominio de los sentidos corporales; allí alimentan sus deseos, y en vez de saciarlos los acucian más.

Es vergonzoso el intercambio de aspiraciones de esa alma que antes, peregrina y desterrada, se desvivía por la sagrada meditación, como si fuesen los pastos celestiales; averiguaba el beneplácito de Dios y los misterios de su voluntad; penetraba con su devoción en los cielos y con su espíritu recorría las mansiones celestiales saludaba a los patriarcas, apóstoles y coros de los profetas; admiraba as victorias de los mártires; se extasiaba ante la hermosura de los coros angélicos. Pero ahora, rechazando todo eso, se vende a la vergonzosa esclavitud del cuerpo para obedecer a la carne, para satisfacer al vientre y a la gula, para mendigar por toda la cierra dónde consolar de alguna manera su curiosidad, siempre insatisfecha en este mundo que está para terminar. Arroyos de lágrimas bajen de mis ojos por esta alma, que se alimentaba exquisitamente y ahora se revuelca en la inmundicia. Según la opinión del hombre santo: "Maltrataba a la estéril sin hijos y no socorrería a la viuda".

Piensa que no dice simplemente, sal fuera, sino además, sigue las huellas de las ovejas y lleva a pastar tus cabritos. Tengo la impresión de que nos amonesta así algo importante. ¿Qué? ¡Ay de mí! Que a la criatura insigne, a la que desde antiguo pertenecía al rebaño, y ahora se abalanza miserablemente sobre la hez, no sólo se le permite que permanezca en un rebaño, sino se le manda que marche tras él. ¿Será posible? -me dirás-. Como lo lees: El hombre fue constituido en dignidad y no lo entendió; se rebajó hasta los frutos animales y se hizo semejante a ellos. Así es como la egregia criatura se hizo una del rebaño. Creo que si pudieran hablar los jumentos dirían: Mira al hombre convertido en uno de nosotros. Constituido en honor, dice. "¿En qué honor?" -preguntarás-. Residía en el paraíso, vivía en el parque de las delicias. No sentía achaque ni carencia alguna, rodeado de manzanos aromáticos, recreado con las flores, coronado de gloria y honor, y elevado sobre las obras de las manos del Creador; pero aún descollaba más por su insigne semejanza con Dios; goza a finalmente del rango y familiaridad con la turba angélica y en toda la milicia del ejército celestial.

Pero cambió esta gloria de Dios para hacerse semejante a un toro que come hierba. Por eso el pan de los ángeles se convirtió en heno echado al pesebre preparado para nosotros los jumentos. El Verbo de Dios se hijo carne, y según el Profeta, toda carne es heno. Pero no se marchitó ni cayó su

la misma forma de Dios y no en su sombra.

Porque así como para los antiguos Padres, según decíamos, subsistió la sombra y la figura, y a nosotros nos ilumina la luz de la verdad misma, a través de la gracia de Cristo presente en la carne, así también nosotros con relación al mundo futuro vivimos ahora bajo cierta sombra de la verdad. Esto únicamente lo negará quien rechace aquella afirmación del Apóstol: Limitado es nuestro saber y limitada nuestra inspiración. Y aquello otro: Yo no pienso haberlo ya obtenido personalmente. ¿Cómo no va a existir diferencia entre el que camina a la luz de la fe y el que goza de la visión? Por eso el justo vive de la fe y el bienaventurado se transforma con la visión; por eso mismo el hombre santo vive aquí a la sombra de Cristo, y el ángel santo se gloría en el rostro esplendoroso de la gloria.

Buena es la sombra de la fe, pues condiciona la luz a la oscuridad de la vista y la prepara para recibir la luz. Porque está escrito: Ha purificado sus corazones con la fe. La fe, pues, no apaga la luz, la guarda. Todo lo que ve el ángel, eso me lo guarda la sombra de la fe como en el depósito de su seno fiel, para revelarlo un día. ¿Acaso no es útil poseer, aunque sea escondido, lo que es incomprensible al descubierto?

También la Madre del Señor vivía a la sombra de la fe, y por eso le dijeron: Dichosa tú que has creído. También guardó para sí la sombra del cuerpo de Cristo, pues así le dijeron: La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra. No es una sombra común la que se forma bajo la fuerza del Altísimo. Tenía realmente gran fuerza la carne de Cristo, cuando cubrió a la Virgen con su sombra: lo que es imposible para toda mujer -soportar la presencia de la majestad y su luz inaccesible- lo consiguió por la interposición de un cuerpo vivificado y oculto. Era tal esa fuerza que dominó toda resistencia contraria. Esa fuerza y esa sombra dispersó a los demonios y defendió a los hombres; o mejor aún: era una fuerza vital y una sombra refrigerante.

Los que caminamos a la luz de la fe y nos nutrimos de su carne para vivir, vivimos a la sombra de Cristo. Porque la carne de Cristo es verdadera comida. Piensa por eso si en este pasaje no se aparece como vestido de pastor, cuando la esposa lo toma como tal al decirle: Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde acuestas tu ganado en la siesta. ¡Buen pastor que da la vida por sus ovejas! Por ellas da su vida y les da su carne. Lo primero como precio de rescate; lo segundo, como alimento. ¡Qué maravilloso! El mismo pastor es alimento y es redención.

Pero este sermón se alarga demasiado, porque es un tema amplio que encierra cosas muy profundas, y no pueden explicarse brevemente; obligado por ello, creo que debo interrumpirlo y no acabarlo. Y como lo dejo endiente, la memoria debe intensificar su esfuerzo, para que donde nos hemos detenido volvamos a tomarlo y exponerlo, tal como nos lo permita el Señor Jesús, Cristo, Esposo de la Iglesia, que es bendito por siempre. Amén.

Sermón 32

Como merecemos la presencia del esposo y a que alma se presenta como esposo: a quien se muestra como medico y a quien se le ofrece como compañero: sobre las palabras del Verbo y el pensamiento del corazón o entrada del maligno. Hay un amor al que se ofrece el esposo como rey y padre de familia, y por que. Termina presentándose como pastor.

Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta. Aquí estábamos y desde aquí hemos de seguir. Pero antes de empezar a tratar de esta visión y coloquio, me parece oportuno recapitular brevemente lo anterior; cómo podemos adaptarlo espiritualmente a los deseos y méritos de cada uno, para que comprendiéndolo, si se nos concede, se ilumine más fácilmente la inteligencia con su profundización. Algo muy difícil.

Pues aunque aquellas palabras con las que se describen las visiones mismas o sus analogías parece que suenan a realidades corporales, se nos sirven, sin embargo, con ellas cosas espirituales; por eso necesitamos buscar en el espíritu sus causas y explicaciones. ¿Pero quién está capacitado para investigar y comprender tantos afectos y movimientos del alma, a través de los cuales se dispensan por la. presencia del esposo tantas y tan múltiples gracias? Si nos adentramos en nosotros mismos y el Espíritu Santo se digna mostrarnos por su intervención, lo que no se desdeña realizar asiduamente en nosotros, creo que de ninguna manera quedaremos sin entenderlas. Porque yo pienso que no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que entendamos los dones que Dios nos ha hecho

En consecuencia, si para alguno de nosotros, como para el santo Profeta, lo bueno es estar junto a Dios; o más claramente, si alguien entre vosotros es un hombre de deseos, que llega al extremo de desear la muerte para estar con Cristo, y lo desea con tal vehemencia que le abrasa esa sed y lo piensa sin cesar, ése, sin duda, recibirá al Verbo como esposo en el momento de su visita; es decir, cuando se sienta abrazado interiormente como por los brazos de la sabiduría, y así se vea poseído por la dulzura del santo amor. Aunque todavía peregrina en la carne, se le ha concedido el deseo de su corazón pero parcialmente, por algún tiempo, por muy poco tiempo. Porque después de haberlo buscado durante largas vigilias y oraciones, y con torrentes de lágrimas, de repente, cuando creía poseerlo, se le escapa; pero se deja alcanzar de nuevo cuando ve que le acosa llorando, aunque nunca consigue prenderle, pues otra vez se le va de las manos, por así decirlo.

Pero si el alma devota insiste con su oración y su llanto, volverá de nuevo y no defraudará el deseo de sus labios; mas desaparecerá otra vez y no lo verá hasta que lo busque con todo su deseo. Así es como en este cuerpo sentirá el gozo frecuente de la presencia del esposo; pero no será muy inmensa, pues aunque le alegre su visita, le entristece su discontinuidad. Todo eso tiene que padecer la esposa hasta que, una vez abandonada la

Sermón 35

Sobre las palabras conminatorias: sal fuera, y como entristece al alma espiritual salir de la paz interior al exterior del mundo y a las preocupaciones materiales. Como sale el hombre tras los rebaños de animales: cual es la causa de tanta abyección. En esta situación el hombre es inferior al animal y ello por la doble ignorancia.

Si no te conoces, sal fuera. Dura y amarga increpación: sal fuera. Eso suelen oírlo los siervos a sus señores airados por su indignación, o las siervas a sus señoras cuando las han ofendido gravemente: "Sal de aquí, marcha de mi lado, sal de mi vista y de esta casa". El esposo recurre a estas palabras tan aceradas y desabridas, tan reprensivas contra su amada, solamente en un caso: cuando se desconoce a sí misma. No pudo encontrar palabras que más le horrorizasen, sino amenazándole con expulsarla. Puedes imaginártelo a nada que pienses de dónde la ordena que marche. ¿De dónde piensas que le manda salir, sino de las realidades de espíritu a as materiales, de los valores del alma a los deseos mundanos, de la paz interior del corazón al bullicio del mundo y a la zozobra de los negocios exteriores? Todas estas realidades son, en efecto, fatiga inútil y aflicción de espíritu.

El alma sabe ya aconsejarse de su Señor y se ha decidido a entrar dentro de sí misma y suspirar en su intimidad por la presencia de Dios, buscando siempre su rostro. Porque Dios es espíritu y los que le buscan deben vivir guiados por el Espíritu, no por la carne para vivir según la carne. Esa alma concluirá que es menos horrible e insoportable experimentar por un tiempo el mismo infierno, que una vez haber saboreado la dulzura del amor hacia lo celestial, sumergirse de nuevo en los hala os o más bien molestias de la carne, para volver a la insaciable ansiedad de los sentidos. Así lo dice el Eclesiastés: No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Escucha esto que vamos diciendo de labios de un experto: El Señor es bueno para los que en él esperan y lo buscan. Si alguien se empeña en arrancar a esa alma santa esta bondad, creo que ella reaccionaría como si le hubiesen arrebata o el paraíso y la misma entrada a la gloria. Escucha a otro que se expresa en términos parecidos: Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro", tu rostro buscaré, Señor. Por eso decía: Para mí lo bueno es estar junto a Dios. Y hablando con su alma decía: Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo. Por eso os digo: nada teme tanto el que haya gustado este beneficio, como abandonado de la gracia, volver a sentir necesidad de dirigirse a las consolaciones carnales, por no decir desolaciones, para soportar otra vez la confusión de los sentidos camales.

Terrible y espantosa amenaza: Sal fuera y lleva a pastar tus cabritos. Esto es: reconócete indigna de aquella contemplación tuya dulce y familiar de las realidades celestes, inteligibles y divinas. Marcha de mi santuario, que es tu propio corazón, donde bebías dulcemente lo sagrados misterios de la verdad y los bienes de Dios. Como una cualquiera de las almas mundanas complícate la vida, pastoreando y recreando tus sentidos carnales. Los

esposo decide cohibir a la esposa, debido a sus sueños de grandezas; no por desdeñarla, sino para darle ocasión de una humildad más razonable y profunda. Así conseguiría hacerse más digna de lo mejor y capacitarla para poseer lo que pedía: Pero como aún nos encontramos en el preludio del presente versículo, si os parece bien lo comenzaremos ya en el siguiente sermón, sobre todo para que no escuchemos o interpretemos con cansancio las palabras del esposo; dígnese librarnos de ello a sus siervos Jesucristo nuestro Señor, bendito por siempre. Amén

carga de este cuerpo pesado, vuele y sean las propias alas de sus deseos las que la lleven a recorrer las llanuras a la contemplación y con el espíritu totalmente libre siga al amado a donde quiera que vaya.

Sin embargo, no se presentará así a cualquier alma, aunque sea de paso, sino solamente a la que por su gran devoción, su intenso deseo y su dulce ternura se muestra como digna esposa. Por eso el Verbo se viste de su hermosura, para acercarse con la gracia de su visita, tomando la forma de esposo.

El que aún no ha llegado a ese amor, compungido más bien por el recuerdo de sus obras, le dice a Dios, desahogando la amargura de su alma: No me condenes. O quizá todavía le asalta la tentación, cuando su propio deseo lo arrastra y lo seduce. Ese tal no le busca como esposo sino como médico. Y por eso no recibirá besos o abrazos, sino el remedio para sus heridas: el aceite y los ungüentos. ¿Acaso no nos encontramos así muchísimas veces, no o experimentamos en la oración, nosotros que todavía somos tentados cada día por los presentes excesos o por los remordimientos del pasado?

¡De cuántas amarguras me has consolado, buen Jesús, con tus frecuentes venidas! ¡Cuántas veces tras mi angustioso llanto e inenarrables gemidos y sollozos, ungiste mi conciencia enferma con la unción de la misericordia y con aceite de júbilo! ¡Cuántas veces me acogió la oración casi desesperado y me devolvió la alegría, convencido del perdón! Los que así se ven afectados, ésos, ésos son los que saben que el Señor Jesús es un verdadero médico que sana los corazones destrozados y venda sus heridas. Los que no lo han experimentado deben creer al que dice de sí mismo: El Señor me ha ungido, me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados. Y si aún dudan, que se acerquen v prueben; así aprenderán por sí mismos lo que significa: Corazón quiero y no sacrificio. Pero prosigamos.

Hay otros que cansados de sus desvelos espirituales, caen en la tibieza; abatidos por cierta desilusión de espíritu, caminan tristes por las sendas del Señor, con el corazón árido por el tedio hacia todo lo que se les prescribe; murmuran con frecuencia, se quejan de la pesadez de cada día, y la noche se les hace interminable, diciendo como el santo Job: Al acostarme pienso: ¿cuándo me levantaré?. Y luego espero el atardecer. Cuando sobreviene esta situación, si se compadece el Señor, se acerca y se pone a caminar con nosotros; comienza a hablar de las realidades del cielo el que viene del cielo, o a cantarnos afablemente un cantar de Sión, a contarnos cosas de la ciudad de Dios, de la paz de aquella ciudad, de la eternidad de su paz, de la vida eterna. Os aseguro que será una conversación alegre para el alma adormecida e indolente, algo que aliviará el tedio al alma que le escucha y el cansancio de su cuerpo.

¿Crees que sufre por otra causa o que pide alguna otra cosa el que dice: El tedio le adormece a mi alma; consuélame ron tus promesas? ¿Y no exclamará cuando lo consiga: Cuánto amo tu voluntad; "todo el día la estoy meditando". Porque nuestras meditaciones sobre el esposo y su gloria, su elegancia, su poder, su majestad son para nosotros palabras del Verbo en su condición de esposo. Y no sólo entonces: también cuando rumiamos con avidez de espíritu sus

mensajes y los juicios de su boca, meditando su ley día y noche, demos por cierto que está presente el esposo y nos habla, para que, seducidos por su palabra, no nos cansemos de nuestros esfuerzos.

Por tanto, cuando sientas que das vueltas a todo esto en tu espíritu, no pienses que se trata de pensamientos tuyos; reconoce que te habla el que dice por boca del Profeta: Yo sentencio con justicia.

Porque esos pensamientos de nuestro espíritu son muy parecidos a las palabras de la Verdad que habla dentro de nosotros. Y no será fácil discernir si es producto de su corazón o si es algo que está escuchando: Para ello hay que aplicar con cautela lo que dice el Señor en el Evangelio; porque del corazón salen las malas ideas. Y aquello otro: ¿Por qué pensáis mal? Y también: Quien dice la mentira le sale de dentro. Y el Apóstol: No es que de por sí uno tenga aptitudes para poder apuntarse algo como propio, se sobreentiende "bueno"; la aptitud nos la ha dado Dios. Por tanto, cuando maquinamos cosas malas en el corazón, es un pensamiento nuestro; y si son buenas, procede de Dios. Aquello lo dicta el corazón, esto lo escucha. Voy a escuchar lo que anuncia el Señor: Dios anuncia la paz a su pueblo.

Nos habla, por tanto, de paz, bondad y justicia: esto no lo pensamos nosotros por nosotros, sino que lo oímos dentro de nosotros. En cambio, los homicidios, adulterios, robos, blasfemias y cosas semejantes salen de nuestro corazón, y no las escuchamos, sino que las decimos. En efecto: Dice el necio para sí: "No hay Dios". ¿Por qué ha de despreciar a Dios el malvado, diciendo que no le pedirá cuentas?

Pero hay cosas que las siente el corazón, aunque no las dice el corazón. Porque no salen de nuestro corazón como nuestro pensamiento, ni es esa palabra como palabra del Verbo que, según hemos dicho, se hace oír en el corazón. Se trata de algo malo que infunden fuerzas adversas, como las sugerencias de los ángeles malvados. Así fue, p. ej., lo que el diablo inspiró al corazón de Judas Iscariote, para que entregara al Señor.

¿Quién será capaz de vigilar y observar con diligencia sus estímulos internos, que se agitan en él o nacen de él, de modo que en cada sentimiento ilícito de su corazón pueda discernir claramente entre la pasión de su espíritu y la mordedura de la serpiente? Yo creo que no lo consigue ningún mortal, a no ser que iluminado por el Espíritu Santo, reciba aquel don especial que el Apóstol designa como discernimiento de espíritus entre los diversos carismas que enumera. Por mucho cuidado que ponga en guardar su corazón, como dice Salomón, y en examinar con vigilantísima tensión todos sus movimientos interiores, aunque se haya ejercitado en ello quizá durante mucho tiempo y tenga mucha experiencia, será incapaz de diagnosticar su interior o discernir entre sí el mal congénito y el mal sembrado. Porque ¿quién conoce sus faltas?

Tampoco nos interesa demasiado saber de dónde procede el mal que existe en nosotros, mientras sepamos que existe. Velemos y oremos, en cambio, para no consentir en él, venga de donde venga. Contra estas dos maldades suplica el Profeta diciendo: Absuélveme de lo que se me oculta y preserva a tu siervo de los delitos ajenos. Yo no puedo daros lo que no he recibido. Y lo que no he recibido, os lo confieso, es saber cómo

estaba en la boca del blasfemo? De ninguna manera. Pero se sirvió de ella para humillar a David. Esto no se lo ocultó al Profeta, porque Dios le había inculcado en su interior la sabiduría. Por eso dice: Me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus mandamientos.

¿No ves cómo la humildad n s hace justos? He dicho la humildad, no la humillación. ¿Cuántos son humillados y no son humildes? Unos acogen la humillación con rencor, otros con paciencia y otros con gusto. Los primeros son reos de pecado, los siguientes son irreprochables, y los últimos, santos. la inocencia pertenece a la justicia, pero sólo el humilde la posee en plenitud. El que puede decir: Me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus mandamientos, ése es verdaderamente humilde. No puede decirlo el que lo aguanta contra su voluntad, y mucho menos el que se queja murmurando. A ninguno de los dos le garantizamos la gracia sólo por el hecho de su humillación, aunque se diferencien entre sí; porque uno es dueño de sí mismo por su paciencia y el otro perece en su murmuración. El segundo merece la ira de Dios; pero ninguno de tos dos se gana su favor, porque Dios de la gracia a los humildes, no a los humillados. Es humilde el que conviene la humillación en humildad; ése es el que dice Dios: Me estuvo bien el sufrir.

A nadie le resulta agradable sufrir con paciencia, sino molesto. Y sabemos que Dios ama al que da de buena gana. Por eso se prescribe que cuando ayunemos nos perfumemos la cabeza y nos lavemos la cara, para condimentar con la alegría nuestra buena obra espiritual, y así le agrade nuestro sacrificio. Porque la gracia, que es lo que él prefiere, sólo se merece con la humildad alegre y total. No así la coaccionada o arrebatada a la fuerza, como la del alma paciente, que simplemente es dueña de sí misma. Esa humildad, aunque consiga la vida por su paciencia, no gozará del favor de Dios por su tristeza; no le corresponde lo que dice la Escritura: El humilde esté orgulloso de su alta dignidad, porque no se humilla espontánea ni gustosamente.

¿Quieres ver a uno que se ufana con razón y es verdaderamente digno de su gloria. Mira lo que dice: Con muchísimo gusto presumiré de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. No dice que soporta con paciencia sus debilidades: presume de ellas y con mucho gusto. Así demuestra que la humillación es su gran delicia, y que no sirve para nada ser dueño de sí mismo por la paciencia, mientras no reciba la gracia, porque se ha humillado espontáneamente. Escucha este principio gene al: Al que se abaja lo ensalzarán. Lo cual significa que no toda humildad se ve encumbrada; debe nacer de la voluntad, o de la tristeza ni de la necesidad. Por el contrario, no serán humillados todos los ensalzados, sino el que se ensalza a si mismo, es decir, por su propia vanidad. Y al revés: no es encumbrado el humillado, sino el que se humilla espontáneamente, es decir, por el mérito de su voluntad. Supone que la ocasión de la humildad es algo externo, por ejemplo: oprobios, quiebras de fortuna, suplicios. Sólo si se acoge todo esto con una conciencia resignada y alegre, y por amor de Dios, se podrá decir que no ha sido humillado por otros, sino por sí mismo.

Pero ¿a dónde vamos? Veo que soportáis con paciencia mi extralimitación, hablándoos de la humildad y de la paciencia. Pero volvamos al punto de partida: Esto nos ha sucedido por la respuesta con que el

SERMÓN 34

Los que aspiran a cosas sublimes deben abrazar el camino de la humildad. Ejemplo de humildad de David y tres clases de humildad. Sobre la humildad voluntaria.

Si te desconoces, tú, la más bella de las mujeres, sigue la huella de las ovejas y lleva a pastar tus cabritos en los apriscos de los pastores. Antiguamente el santo Moisés, cuando presumía de la familiaridad y el favor que había encontrado en Dios, aspiraba a gozar de una gran visión y le dijo a Dios: Si he hallado gracia ante ti, manifiéstate a mí. Pero le concedió una visión mucho más imperfecta, gracias a la cual podría llegar alguna vez a la que deseaba. También los hijos de Zebedeo, con la sencillez propia de su corazón, se atrevieron a pedir algo muy grande, pero únicamente se les indicó el camino que debían seguir.

Así sucede aquí; como la esposa parece pedir algo extraordinario, le cohíben con una respuesta dura, pero muy útil y leal. Cuando se pretende subir a lo más sublime, es menester sentir humildemente de sí mismo para no caer de donde se halla Por erguirse demasiado, si no está firmemente cimentado en la verdadera humildad. Y como únicamente se consiguen las gracias mayores por el mérito de la humildad, al que va a ser promocionado debe humillarlo con la corrección para que lo merezca por la humildad.

Por eso, cuando veas que te humillan acéptalo como una señal propicia y una prueba cierta de que la gracia de Dios está cerca. Porque así como delante de la ruina va la soberbia, delante de la exaltación va la humillación Has leído ambas cosas: Dios se enfrenta con los arrogantes, pero concede su gracia a los humildes. Cuando juzgó oportuno premiar con una amplia bendición a su siervo Job, después de a magnífica victoria de su inmensa y probada paciencia, ¿no hizo cuanto pudo para humillarlo previamente con muchas pruebas severas, preparando el camino de la bendición?

Mas no basta con aceptar de buena gana la humillación de Dios; debemos también acoger con gusto la que nos deparan los demás. Recoge para ello el maravilloso testimonio que nos ofrece el santo David. En la circunstancia en que lo maldijo un siervo suyo, no sintió el incentivo de la ofensa, porque se le adelantó la gracia. ¡No os metáis en mis asuntos -dijo-, hijo de Seruyá! ¡Era realmente un hombre según el corazón de Dios! Creía que debía vengarse más bien del que estaba tan irritado contra su ofensor. Por eso prosiguió con su conciencia tranquila: Si he devuelto mal por mal a quienes me han injuriado, que el enemigo me pe siga y me alcance. Y no permitió que detuviesen al insolente ofensor, considerando sus infamias como una ganancia. Y añadió: Dejadlo que maldiga a David, porque se lo ha mandado el Señor. Era un hombre según el corazón de Dios, y dictamina a conforme a los designios divinos. Mientras una lengua maldita lo vilipendiaba, él descubría la iniciativa misteriosa de Dios. Sus oídos se herían con la maldición y su espíritu se inclinaba a la bendición. ¿Es que Dios

podría establecer una distinción segura entre lo que engendra el corazón y lo que siembra el enemigo. Lo cierto es que ambos son malos y proceden del malo, ambos están en el corazón, pero no nacen los dos del corazón. Tengo la ceniza de que todo esto existe en mí, pero no tengo la misma certeza para atribuir una cosa al corazón y otra al enemigo. Pero como ya he dicho, no es esto lo peligroso.

Existe otra cosa en la que equivocarse no sólo sería peligroso, sino incluso culpable. Por eso necesitamos concretar una norma segura, para no atribuirnos a nosotros lo divino que hay en nosotros, creyendo que un pensamiento nuestro es una visita del Verbo. Pero como distan entre sí el mal y el bien, igual distan mutuamente estas dos cosas. Nunca procederá el mal del Verbo, ni el bien saldrá del corazón a no ser que antes lo engendre el Verbo. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañino dará frutos buenos. Creo que ha quedado bastante clarificada la distinción entre lo que es de Dios en el corazón y lo que es nuestro. Y me parece que no ha sido superfluo hacerlo, para que se enteren tus enemigos de la gracia que sin la gracia el corazón humano es incapaz de concebir un buen pensamiento, porque toda nuestra suficiencia viene de Dios; todo pensamiento que no es fruto de la voz de Dios, no del propio corazón.

Por eso, si tú escuchas su voz no investigues de dónde viene o a dónde va, sabiendo que sale de Dios y va a tu corazón. Pero intenta que toda palabra que sale de la boca de Dios no vuelva a él de vacío, sino que prospere y ejecute todo aquello para lo que fue enviada. Así también tú podrás decir: Ese favor suyo no ha sido en balde. Dichoso el espíritu a quien el Verbo, como alguien que le acompaña, se le muestra siempre afable. Por ello se deleita sin cesar con la dulzura de sus palabras y se siente liberado en todo momento de las molestias de la carne y de los vicios, redimiendo así el tiempo, porque corren días malos. No se fatigará, no se sentirá molesto, porque como dice la Escritura: Al honrado no le pasa nada malo.

A mi me parece, además, que el esposo se muestra como un gran padre de familia, o revestido como un rey majestuoso, a aquellos cuyo corazón no tiene fondo y que por su exquisita grandeza de alma, por su mayor espíritu de libertad y pureza de conciencia, se han curtido en mayores audacias, siempre afanosos con el anhelo de adentrarse en lo más profundo, de alcanzar lo más sublime, de intentar lo más perfecto, no sólo para sus sentimientos, sino para sus virtudes. Por la grandeza de su fe se hacen dignos de llegar a toda la plenitud y no hay nada en todos los tesoros de la sabiduría que el Señor Dios de la sabiduría piense privar a los ávidos de la verdad, y exentos de toda vanidad.

Así era Moisés, que se atrevía a decirle a Dios: Si gozo de tu favor, muéstrame a ti mismo. Así era Felipe, que pedía para sí y sus compañeros que les mostrase al Padre. Así era Tomás que se negaba a creer si no tocaba con las manos sus llagas y el costado abierto. Fe muy débil aquella, pero nacía maravillosamente de almas grandes. Así era también David que decía a Dios: Mi corazón te dice: tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. Ellos acometen grandes empresas porque son magnánimos. Y consiguen lo que emprenden, tal como se les había prometido con estas palabras: Todo lo que pisen vuestros

pies, será vuestro. Porque una fe grande merece grandes premios; y según asientes el pie de la confianza sobre los bienes del Señor, así los poseerás.

Finalmente, Dios habla con Moisés de boca a boca y éste consigue ver al Señor, abiertamente, no por enigmas y figuras. Pero a los demás profetas les dice que se les aparecerá en visiones, hablándoles en sueños. También a Felipe, conforme se lo había pedido su corazón, se le mostró el Padre en el Hijo, a través de aquellas palabras que escuchó inmediatamente: Felipe, el que me ve a mí ve también a mi Padre; y después: Porque yo estoy con el Pudre y el Padre está conmigo. Incluso se dejó tocar por Tomás, como lo deseaba su corazón y no defraudó el deseo de sus labios. ¿Y con David? ¿Acaso no da a entender él mismo que no quedaron decepcionados sus deseos, cuando dice que no daría sueño a sus ojos ni reposo a sus párpados, hasta que encontrase un lugar para el Señor? Así se presenta como un esposo espléndido a estos grandes espíritus, y los trata magníficamente enviándoles su luz y su verdad, llevándolos y conduciéndolos hasta su monte santo y hasta su templo.

Cada uno de ellos podrá exclamar también: Porque el Poderoso ha hecho grandes obras por mí. Contemplarán sus ojos al rey en su esplendor, que los conducirá por los pastos del páramo, cuajado de rosas y azucenas, entre Jardines frondosísimos, regados por fuentes cristalinas, hasta llevarlos a sus deliciosas bodegas de bálsamos aromáticos y, finalmente, a su más íntima alcoba.

Estos son los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos cabe el esposo; éstos son los pastos de la vida, preparados para solaz de las almas santas. Dichoso el que ve plenamente cumplidos sus deseos. Pero debe tener presente que no puede acaparar para sí solo lo que puede hacer feliz a muchos más. Por esta razón, quizá se dice que el esposo se muestra al final como un pastor; para advertir que quien haya alcanzado estos inmensos favores, debe pastorear al rebaño de los sencillos. Porque ellos no pueden conseguirlos por sí mismos, ni las ovejas se atreverán a salir sin su pastor a pastar. La esposa lo ve también con su sagacidad y le ruega que le indique dónde pastorea y se recuesta al bochorno del mediodía, dispuesta, como se puede colegir, a pastorear y ser pastoreada junto a él y por él.

Ella no se considera segura para llevar al rebaño lejos del sumo Pastor, especialmente por las incursiones de los lobos, sobre todo de los que llegan a nosotros vestidos de ovejas. Por eso se preocupa de apacentarlas y recostarlas a la sombra juntamente con él. Y añade la razón: Para que no vaya perdida por los rebaños de tus compañeros. Esos que se fingen amigos del esposo y no lo son; y como les interesa apacentar sus propios rebaños y no los de aquél, siembran asechanzas por todas partes diciendo: Aquí está Cristo; no, está allí, para embaucar a muchos y sacarlos de los rebaños de Cristo y llevárselos al suyo. Esto significa literalmente el texto.

Esperad al principio del sermón siguiente el sentido espiritual que oculta. Cualquiera que sea, él se dignará concedérmelo misericordiosamente por vuestras oraciones: el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

como la primera lo hizo la paciencia de los mártires.

Llegamos a nuestros tiempos: está libre desde luego, por la misericordia de Dios, de estas dos plagas, pero muy desfigurada por el enemigo que se desliza en las tinieblas. ¡Ay de nuestra generación! a causa de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía, si se la puede llamar así; es tan grande que no puede ocultarse más, ni lo intenta su propio descaro. Serpentea hoy por todo el cuerpo de la Iglesia su corrupción contagiosa, tanto más desesperante cuanto más universal; tanto más peligrosa cuanto más interior. Porque si surgiera claramente un hereje, se le echaría fuera, al fuego; si fuese un enemigo violento, posiblemente se escondería de él. ¿Pero a quién desecha ahora? ¿De quién se esconde? Todos son amigos y todos enemigos; todos son allegados y todos adversarios; todos familiares y todos en guerra contra ella; todos prójimos y todos van tras lo suyo.

Son ministros de Cristo y sirven al Anticristo. Cargan con honores por los bienes del Señor y no honran al Señor. De ahí ese lujo de rameras, esos vestidos de comediantes, ese aparato regio que ves cada día. De ahí ese oro decorando espuelas, sillas y bridas: brillan más que los altares. De ahí esas mesas espléndidas por sus manjares y vajillas; de ahí esas comilonas v borracheras; de ahí esas cítaras, liras y flautas; de ahí esas prensas atestadas y esos silos rebosantes, repletos de frutos de toda especie. De ahí esos perfumes preciosos y esos cofres recargados. Para todo esto desean ser y son prepósitos de las iglesias, deanes, arcedianos, obispos y arzobispos. Porque todas estas dignidades no son el resultado de unos méritos propios, sino del enemigo que se desliza en las tinieblas.

Estaba anunciado desde antiguo, pero éste es el tiempo de su cumplimiento: La paz se me tomó una inmensa amargura. Amarga primero por la matanza de los mártires, más amarga por los conflictos con los herejes, amarguísima ahora por la relajación de sus mismos familiares. No los puede ahuyentar ni eludir; tienen tanto fuerza que se han multiplicado sin número. Es una plaga intestina e incurable para la Iglesia: por eso la amargura se le volvió paz. ¿Pero qué paz? Decían: paz, y no había paz. Paz con los paganos, paz con los herejes, pero no con los hijos. Decía la voz del lamento para estos tiempos: Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí.

Me despreciaron y mancillaron con su vida vergonzosa, con su lucro deshonesto, con su conducta deshonrosa, con el enemigo que se desliza en las tinieblas. Sólo falta que se haga patente el demonio meridiano para seducir a los pocos que siguen con Cristo y persisten en su honradez. Porque se ha tragado los ríos de los sabios y los torrentes de los poderosos; y confía que el Jordán desemboque en su boca, es decir, los humildes y sencillos de corazón que viven en la Iglesia. Se trata del Anticristo, que no solo se presenta como día, sino como el mediodía, y se pone por encima de todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; ése es al que el Señor Jesús lo extinguirá con el Espíritu de su boca, y lo desbaratará con la luz de su llegada, como verdadero y eterno Mediodía, Esposo y abogado de la Iglesia, Dios bendito por siempre. Amén.

sugerirle que salvase por pura vanidad, le mostró y ofreció todos os reinos del mundo. Pero tú, a ejemplo del Señor, rechaza también esto. De lo contrario te acechará inevitablemente el enemigo que se desliza en las tinieblas, la hipocresía. Porque ésta viene tras la ambición y su morada son las tinieblas; efectivamente, esconde lo que es y muestra lo que no es. Se desliza en todo momento, porque guarda apariencias de piedad para ocultarse, y vende sus mismas virtudes para comprar honores.

La última tentación es el demonio meridiano, que suele asediar especialmente a los perfectos, a saber, a los que como personas de virtud, lo han superado todo: placeres, honores, favores. ¿Qué armas le quedan ya al tentador para luchar contra él? Llegará, sin duda, furtivamente, porque no se atreve a hacerlo a cuerpo descubierto. Y como tiene suficiente experiencia de que le horroriza el mal si lo descubre, se las apaña para suplantar el bien por el mal. Pero los que pueden decir con el Apóstol: No ignoramos sus ardides, cuanto más avanzan tanto más se preocupan de prevenirse contra esta asechanza.

Es lo que hizo María cuando se turbó con el saludo del ángel, sospechando, si no me equivoco, una emboscada; y también Josué, que no tomó al ángel por amigo hasta que no lo conoció como tal. Por eso trataba de averiguar si era de los suyos o de los enemigos, como un experto en las asechanzas del demonio meridiano. También los apóstoles en cierta ocasión luchaban remando contra el viento que amenazaba su barca, y viendo al Señor que caminaba sobre las aguas pensaron que era un fantasma. Aterrados, se pusieron a gritar. ¿No mostraban así una clara sospecha de que sería el demonio meridiano? Recordad cómo la Escritura dice que era la cuarta vigilia de la noche cuando iba hacia ellos andando por el mar.

La cuarta, es decir, la última tentación que debemos temer es ésta, particularmente el que descubre que se encuentra muy arriba. Comprenda que debe precaverse con mayor vigilancia del asalto de demonio meridiano. Pero se manifestó a los discípulos el verdadero Meridiano y les dijo: Soy yo, no temáis; y disipó su falsa sospecha. Dios quiera que cuantas veces se disponga a irrumpir la maldad encubierta, el verdadero Mediodía nos envíe su luz y su verdad para mostrarla como Sol que nace de lo alto, separe la luz de las tinieblas y no nos condene el Profeta, porque tomamos las tinieblas por luz y la luz por tinieblas.

Si no os ha cansado ya la extensión de este sermón, intentaré todavía aplicar por su orden estas cuatro tentaciones al cuerpo mismo dé Cristo, la Iglesia. Y lo haré con la mayor brevedad posible. Mirad si la primitiva Iglesia no pasó primeramente con gran amargura por el temor nocturno. Porque era de noche cuando todo el que mataba a los santos pensaba que daba culto a Dios. Vencida esta tentación y calmada la tempestad, se hizo más ilustre y, según se lo prometieron, pasó a ser el orgullo de los siglos. Pero dolido el enemigo de su decepción, cambió astutamente el temor nocturno por la flecha que vuela de día, e hirió con ella a algunos en la Iglesia. Así surgieron los hombres vacíos, ambiciosos de gloria, que quisieron hacerse famosos. Y saliéndose de la Iglesia afligieron durante mucho tiempo a su misma madre con diversos y perversos dogmas. Pero la sabiduría de los santos alejó también esta peste,

Sermón 33

Cuales son las tres cosas que el alma interesada desea averiguar de Dios: cual es ese lugar donde pastorea y se recuesta a la vez, que distancia existe entre los dos. Cual es la mañana de ese día en que el esposo se recuesta al mediodía. Cual es ese mediodía y en que pastos se apacienta la esposa. Los herejes y filósofos que se hacen compañeros del esposo y como pretende tentarnos el demonio meridiano. Las cuatro tentaciones que debe superar cada uno de los que avanza tras el bien. Como se aplican a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, estas cuatro tentaciones.

Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta. Pero otro lo dice de esta otra manera: Hazme saber qué tienes contra mí. No trata de discutir la sentencia; le interesa el motivo; pide que le sirva de algo el castigo, no que le exima de él. Un tercero pide lo siguiente: Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas. Y en otro lugar explica cuáles son esas sendas: Me guía por el sendero Justo. Según esto, el alma que se interesa por saber algo de Dios, se pregunta estas tres cosas: cuál es su justicia, su juicio y el lugar en que reside la gloria del esposo; que equivale: al camino que de e seguir, a la precaución con la que debe caminar y al lugar al que debe dirigirse. Refiriéndose a este lugar te dice el Profeta: Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor. Y también: Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria. Y sobre las otras dos: justicia y derecho sostienen tu trono.

El alma devora se pregunta por estas tres cosas, porque son el trono de Dios y su apoyo. Las tres cooperan bellamente con la prerrogativa de la esposa para coronar sus virtudes. Por la forma de su justicia es hermosa, por el conocimiento del derecho es sensata y casta por el deseo de la presencia o la gloria del esposo. Así debe ser la es osa del Señor: hermosa, santa y casta. Esto último corresponde a la petición que he enumerado en tercer lugar. Porque pide al amor de su alma dónde pastorea y dónde se recuesta a la siesta.

Piensa primero con qué delicadeza distingue el amor espiritual del afecto carnal. Cuando quiere referirse al amado prefiere hacerlo más por su amor que por su propio nombre, no diciendo simplemente "el que amo", sino: el amor de mi alma, aludiendo a su amor espiritual.

Considera también con atención qué es lo que más le deleita del lugar donde pastorea. No olvides tampoco el detalle del mediodía, y que por encima de todo se busca el lugar donde el pastor pastorea y se recuesta al mismo tiempo, lo cual es para ella una señal de gran tranquilidad. Pues yo creo que al añadir "recostarse" quiere decir que en ese lugar no es menester mantenerse en pie y vigilar para cuidar el rebaño, ya que cuando se recuesta el pastor y descansa a la sombra puede pastar tranquilamente. ¡Feliz lugar en el que las ovejas entran y salen a gusto sin que nadie las atemorice! ¡Ojalá pudiera veros a vosotros pacer conmigo por los montes juntamente con las otras noventa y nueve, porque su Pastor se dignó marchar en busca de la extraviada! Cuánto más seguro

Algunos se mantienen aterrados tercamente a sus abstinencias indiscretas y perturban con sus notables extravagancias a los demás, con quienes debieran convivir en paz y concordia. Yo, razonablemente, no puedo creer que de esta manera se mantengan realmente en la piedad; y pienso que la han arrojado ya muy lejos. Los que teniéndose por sabios determinaron ante sí mismos no atenerse a ningún consejo ni precepto, piensen qué pueden responder no a mí, sino al que dice: Pecado de adivinos es la rebeldía, crimen de idólatra es la obstinación. Antes había dicho: Obedecer vale más que un sacrificio, ser dócil vale más que ofrecer la grasa de carneros, esto es, la abstinencia de los contumaces. Por eso añade el Señor por el Profeta: ¿Comeré carne de toros, beberé sangre de cabritos? Quiere decir que no le agradan nada los ayunos de los soberbios e inmundos.

Pero mucho temo que al condenar a los falsos devotos, se piense que doy rienda suelta al vicio de la gula, y escuchen algunos con peligro para sí mismos lo que he dicho a los otros para su salvación.

Por eso escuchad unos y otros: hay cuatro clases de tentaciones y la palabra profética nos las describe así: Te cercará como escudo su verdad, no temerás el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni al enemigo que se desliza en las tinieblas, ni el asalto del demonio al mediodía. Atended, sin embargo, vosotros lo que espero que a todos os venga bien. Todos los que nos hemos convenido al Señor sentimos en nosotros y hemos probado lo que dice la santa Escritura: Hijo mío, cuando te acerques a servir a Dios, sé temeroso y prepárate para las pruebas. Así que en los inicios de nuestra conversión -y eso lo conoce la común experiencia- comienza atormentando el temor; en los que acaban de entrar dicho temor procede del horror de una vida muy austera y de su inusitada dureza.

Llama nocturno a este temor: o porque la Escritura acostumbra a llamar noche a toda adversidad, o bien porque aún no se nos ha revelado para qué impugna la adversidad con tantos sufrimientos: Porque si luciese ya la luz del día contemplaríamos a su resplandor los padecimientos y su premio, y desaparecería por completo ese temor ante el deseo de los premios, ya que descubriríamos con la claridad de la luz que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados ron la gloria que se reflejará en nosotros. Pero como todo eso se oculta ahora a nuestros ojos y todavía vivimos aquí en la noche, nos tienta el temor nocturno, y en vez de los bienes que no vemos sentimos terror ante la adversidad presente que hemos de padecer. Los que acaban de entrar deben velar y orar, por eso, contra esta primera tentación, no sea que abatidos en seguida por la flaqueza de ánimo y la adversidad, desistan, no lo quiera el Señor, del bien iniciado.

Superada esta tentación, arménonos, sin embargo, contra las alabanzas humanas, que se nutren especialmente de la vida laudable. De lo contrario, nos herirá la flecha que vuela de día, la vanagloria. Porque la fama vuela, y por eso se dice "de día", porque nace de las obras de la luz. Si ésta sopla vacía como el aire, sólo falta que lleve consigo algo sólido como las riquezas y dignidades del mundo, o que quien lleva cuenta de esas alabanzas apetezca también las dignidades. Fíjate además cómo fue éste el proceso que siguió la tentación en la persona de nuestro Señor, cuando después de

su lugar aceptamos fácilmente la falsedad por su verosimilitud, especialmente porque el agua robada es más dulce y el pan a escondidas es más sabroso. Precisamente por eso te pido que me avises, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu rebaño al mediodía, esto es, en lugar de manifiesto, para que no vaya perdida por los rebaños de tus compañeros, que andan errantes y nunca estables con la certeza de la verdad, siempre aprendiendo y sin llegar nunca a la ciencia de la verdad. Con esto se refiere la esposa a los vacíos y diversos dogmas de los filósofos y herejes.

Pero yo creo que no sólo se refiere a ellos, sino también a las asechanzas de los poderes invisibles, los espíritus seductores escondidos tras las emboscadas con sus saetas preparadas en la aljaba, para acribillar en la oscuridad a los de corazón recto. Por éstos, repito, debemos añorar, creo yo, aquel mediodía; y captar a la luz de su claridad la astucia diabólica, descubriendo fácilmente al ángel de Satanás que se transforma en ángel de luz.

Pues no podemos guardarnos de la asechanza y del demonio meridiano sino con la misma luz del mediodía. Yo creo que se llama demonio meridiano porque hay algunos malvados que, debido a su voluntad tenebrosa y obstinada, son noche y noche perpetua; pero saben aparentar que son ya el día, e incluso el mismo mediodía, para engañar mejor a los hombres. Igual que su propio caudillo, no contento con hacerse como Dios, se enfrenta incluso por encima de todo lo que se llama Dios o es objeto de culto. Por eso, si el corazón al que pretende tentar algún demonio del mediodía no estuviese iluminado como el mediodía por el Sol que nace de lo alto, y hace patente su falsedad, en modo alguno podrá prevenirse, porque lo tentará v lo derribará sin remedio, presentándose como bueno para hacerse creer del incauto y desprevenido que el mal es el bien. Entonces el mediodía, es decir, la máxima luminosidad se presenta como una tentación, porque lleva por delante una imagen aparente de un bien mejor.

¡Cuántas veces, por ejemplo, le sugiere a uno adelantar la vigilia nocturna, para jugar luego con él, porque se duerme mientras cantan los hermanas! ¡Cuántas veces lo induce a prolongar los ayunos, y luego su mayor debilidad le incapacitará para el servicio divino! ¡Cuántas veces, por envidia a los que progresan en los cenobios, los convence para que se vayan al desierto con el deseo de una vida más pura, y al final los infelices experimentan desgraciadamente la gran verdad de lo que en vano habían leído: ¡Ay del solo: porque, si cae, ¡quién lo levantará! ¡Cuántas veces ha incitado a otros al trabajo manual excesivo, y desgastando sus fuerzas los ha incapacitado para los demás ejercicios regulares! ¡A cuántos convenció de que las obras externas -que según el Apóstol son de poco valor- son importantes, y los privó de la piedad! Finalmente, vosotros sabéis por experiencia -y lo digo para confusión suya que quienes antes no podían refrenarse y se entregaban llenos de ardor a todas las observancias, llegaron al último grado de la flojedad; como dice el Apóstol, empezaron en el espíritu acabaron en la carne. ¡Qué pacto tan vergonzoso consumaron con su cuerpo, contra el cual habían luchado a muerte! Y advertirás, oh dolor, cómo andan rebuscando importunamente lo más superfluo, cuando antes rechazaban obstinadamente las cosas más necesarias.

descansa cerca, si no dudó ir lejos, porque las había dejado en lugar seguro.

Con razón suspira la esposa por ese lugar, con razón anhela sus pastos y su paz, su reposo, su seguridad, su exultación, su encanto, su embeleso. Pero ¡ay infeliz de mil que me encuentro tan alejado y debo saludarlo desde tan lejos. Su simple recuerdo arranca mi llanto con los mismos sentimientos y palabras de los que decían: Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión. Yo también exclamaré de buen grado junto con la esposa y el Profeta: Alaba a tu Dios, Sión, que ha reforzado los cerrojos de tus puertas y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. ¿Habrá alguien que no añore apacentarse junto a la paz, junto a la fecundidad, junto a la saciedad? Allí no hay temor alguno, ni hastío, ni carencia alguna. El paraíso es morada segura, el Verbo es alimento delicioso, la eternidad es opulencia sin fin.

Yo también poseo al Verbo, pero en mi carne mortal; y se me ofrece la Verdad, pero en el misterio. El ángel se alimenta con flor de harina, se sacia de grano puro. Pero yo debo contentarme con la corteza del misterio, con el salvado de la carne, con la paja de la letra, con el velo de la fe. Y además, si se les toma gusto llevan a la muerte, a no ser que se condimenten con las primicias del Espíritu. Efectivamente, también a mí me sabe la olla a veneno, si no la endulza la harina del Profeta. Porque el sacramento sin el Espíritu se recibe para condenación, la carne no sirve para nada, la letra mata y la fe sin obras está muerta. Pero el Espíritu da la vida y hace que vivamos de estas cosas.

Pero por mucha abundancia espiritual que fluya de todo esto, no satisfacen igualmente la corteza del sacramento como la flor de harina, la fe como la figura, el recuerdo como la presencia, la eternidad como el tiempo, el rostro como el espejo, la imagen de Dios como la forma de siervo. Porque en estas cosas sobreabunda la fe y se depaupera el entendimiento. ¿Pero acaso tiene el mismo sabor la inteligencia de la fe, si en la primera reside el premio y en la segunda el mérito? Por lo mismo, puedes deducir la distancia entre el pasto y el pastizal. De la misma manera que el cielo está por encima de la tierra, así los que habitan en los pastizales gozan de bienes mucho mayores.

Apresurémonos, pues, hijos míos, apresurémonos hacia ese lugar más seguro, al pasto más agradable, al campo más rico y fértil. Apresurémonos a vivir sin miedos, a que nada le falte a nuestra abundancia; a banquetear sin sentir el hastío. Tú, Señor de los Ejércitos, lo juzgas todo con moderación, alimentas allí justamente y con seguridad a todos, y eres a la vez el Señor de los Ejércitos y el Pastor de las ovejas.

Sí, tú pastoreas y te recuestas a la vez, pero no aquí. Estabas en pie, y te fijaste que los lobos acechaban a una de tus ovejuelas: me refiero a Esteban. Por esto te pido: Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas el ganado al mediodía, esto es, a lo largo del día. Porque ese mediodía abarca el día entero y no conoce la noche. Por eso vale más un día en tus atrios que mil en mi casa, porque no conoce el ocaso. Pero sí conoció la mañana, ya que brilló para nosotros el día de la santificación, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, y nos visitó el Sol que nace de lo alto. Entonces recibimos, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo,

cuando entre las tinieblas de la muerte nos brilló la luz de la alborada, y al amanecer vimos la gloria del Señor. ¡Cuántos reyes y profetas desearon verla y no la vieron! ¿Por qué? Porque era de noche y no había llegado el amanecer esperado, al que se había prometido la misericordia. Por eso ora a alguien así: En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti.

Este día tuvo su aurora, cuando el arcángel Gabriel anunció al mundo el Sol de la justicia, la Virgen concibió a Dios en su seno del Espíritu Santo, la Virgen lo dio a luz y después se dejó ver en la tierra conviviendo con los hombres. Hasta entonces, en todo el tiempo anterior apareció una luz, como si fuese un amanecer, pero tan tenue que casi todos los hombres ignoraron que llegaba el día. Porque si lo hubiesen sabido, no hubieran crucificado al Señor de la gloria. Incluso a los mismos discípulos se les decía: Todavía tenéis muy poca luz, porque era el amanecer y el comienzo, o mejor, el indicio del día, cuando el Sol esconda aún sus rayos y no los difundía sobre la tierra.

También Pablo decía: La noche está avanzada, el día se echa encima, dando a entender que entonces había tan poca luz que más se debía decir que se acercaba el día, y no que había llegado. ¿Cuándo decía esto? Cuando el Sol de la justicia había subido de los infiernos y se había elevado a lo más alto de los cielos. Con mayor razón podría decirlo cuando la semejanza con la carne de pecado, como densas tinieblas, había encubierto al amanecer, debido a todas las pasiones de nuestro cuerpo, sofocándolo incluso por la amarga muerte y la afrentosa cruz. Entonces era realmente débil y exigua la luz, ya que parecía salir más de la aurora que de la presencia del Sol.

Durante toda la vida de Cristo sobre la tierra clareaba el alba, pero muy oscura, hasta que, cayendo y volviendo a levantarse, con la luz más clara de la presencia solar se disipó la aurora. Y al llegar la mañana, la noche quedó absorbida por la victoria. Recuerda aquel otro texto: El primer día de la semana, muy de mañana, recién salido el sol fueron al sepulcro. ¿Acaso no era ya de día cuando salió el Sol? Mas por la resurrección lucía nueva hermosura y una luz más radiante que la ordinaria, pues lo habíamos conocido en la carne pero ya no lo conocemos así. El Profeta lo presenta: Vestido de majestad, vestido y ceñido de poder, porque se despojó de la debilidad de la carne, como si fuese una niebla, y se vistió la túnica de la gloria. Desde ese momento se levantó el Sol, y derramando al fin lentamente sus rayos sobre la tierra, comenzó poco a poco a verse con mayor claridad y a sentirse más su calor.

Pero por más que se inflame y cobre fuerza, se multiplique y extienda sus rayos por todo el cielo de nuestra mortalidad -porque estará con nosotros hasta el fin de los tiempos no llegará, sin embargo, al cenit del mediodía, ni se podrá contemplar ahora en aquella plenitud suya, en la que se dejará ver después solamente por aquellos a quienes se digne conceder esta visión. ¡Oh verdadero mediodía, plenitud de calor y de luz, puerto del sol, exterminio de las sombras, secadero de las lagunas, expulsión de lo imperfecto! ¡Oh solsticio interminable en el que ya no declinará el día! ¡Oh luz meridiana, suavidad primaveral, encanto estival, fertilidad otoñal y, no sea que lo olvide, descanso y ocio invernal! O si te parece mejor, lo único que allí desaparece y ya no existe es el invierno.

Indícame, dice, dónde está ese lugar tan luminoso, de tanta paz y plenitud, para que me suceda como a Jacob, que vio a Dios cara a cara mientras aún vivía aquí, y no perdió la vida; o como a Moisés, que lo contempló no en figuras y enigmas, ni en sueños como los profetas, sino de una manera mucho más excelente y desconocida que todos los demás; o como a Isaías, que lo vio sobre un trono alto y excelso, con los ojos de su corazón; o también como a Pablo, que escuchó arrebatado palabras inefables y vio a nuestro Señor Jesucristo; así yo, arrebatada mi alma, pueda también contemplarte en tu luz y en tu gloria, apacentando en la fertilidad y reposando en la plenitud de la paz.

Porque aquí también apacientas, pero no sacias; ni es posible recostarse, porque es menester quedarse en pie y velar por temor a las sorpresas nocturnas. ¡Ay de mí! ni brilla la paz, ni sacian los pastos, ni es seguro el lugar; por eso, avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu rebaño en la siesta. Me llamas feliz, porque muero de hambre v sed de justicia. ¿Qué supone esto en comparación de los que se sacian con los bienes de tu casa, los que viven el festín y se regocijan en presencia del Señor rebosantes de alegría? Cuando sufro algo por causa de la justicia, me llamas feliz. Es cierto que apacentarse entre temores encierra su placer, pero no seguridad. Es más: padecer y a la vez apacentarse ¿no es un placer molesto? Todo me llega por debajo de lo perfecto otras cosas más allá de lo deseado, pero nada tengo seguro. ¿Cuándo me saciarás de gozo en tu presencia? Tu rostro buscaré, Señor. Tu rostro es mediodía.

Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu rebaño en la siesta. Sé perfectamente dónde pastoreas sin recostarte; dime dónde pastoreas y te recuestas. Tampoco ignoro dónde sueles pastorear a otras horas; pero quisiera saber dónde pastoreas al mediodía. Porque en el tiempo que llevo viviendo en este lugar de mi peregrinación, me he acostumbrado a pastorear y ser pastoreado bajo tu cuidado en la Ley, en los Profetas, en los Salmos y en los pastos del Evangelio; y también descansé junto a los Apóstoles. Con frecuencia además mendigué sustento como pude, para mí y para los míos, en los testimonios de los santos y en sus palabras y escritos. Pero la mayoría de las veces, porque lo tuve más a mi alcance, comí el pan de la tribulación y bebí el vino de la compunción; mis lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras me preguntaban todo el día: ¿Dónde está tu Dios? Y como preparaste una mesa ante mí enfrente de mis enemigos, he de exceptuar lo que gracias a tu misericordia recibo de tu misma mesa, con lo cual hallo algún respiro, siempre que mi alma me acongoja o me turba. He conocido estos pastos y los he frecuentado, siguiéndote a ti, pastor mío; pero indícame, te pido, dónde están los que no he conocido.

Pero hay otros pastores que se llaman compañeros tuyos y no lo son, que tienen sus rebaños y sus pastizales ricos en forraje de muerte; en ellos pastan, pero sin ti ni por ti, y cuyos cercos no he encontrado ni me acerqué a ellos. Son los que dicen: Mira, aquí está Cristo; no, míralo, está allí; y prometen los mejores pastos de sabiduría y de ciencia. Muchos lo creen, marchan tras ellos y les hacen hijos de la condenación dos veces más que ellos. ¿Por qué? Sólo porque no ha llegado aún el mediodía ni la luz nítida, para conocer claramente la verdad; en

Sermón 45

Las dos hermosuras del alma: la inocencia y la humildad: la reprensión de la esposa es la prueba de su humildad; sus ojos son como los de la paloma. Su mirada espiritual. La esposa ensalza al esposo y reconoce su belleza. Que dice el Verbo al alma y cual es la respuesta del alma al Verbo. La doble hermosura del esposo.

¡Qué hermosa eres, mi amada, qué hermosa eres; tienes ojos de paloma! Qué expresiones tan elegantes y oportunas. Del amor nace la presunción de la es osa; del amor brota la indignación del esposo. Lo confirma e proceso de su relación. La corrección se deriva de la reprensión; la enmienda, de la corrección; el premio, de la enmienda. Se presenta el amado, se ausenta el maestro, desaparece el rey, se rebaja la dignidad, se declina el temor. A medida que crece el afecto cede la distancia. Como en otro tiempo hablaba Moisés al Señor como un amigo a otro amigo y éste le respondía, así ahora entablan un diálogo familiar el Verbo y el alma, como si se tratase de dos vecinos. No es extraño. El amor entre ambos fluye de la misma fuente y lo fomentan mutuamente. Por eso vuelan del uno al otro coloquios tan dulces como la miel, se cruzan entre sí miradas cargadas de encanto que reflejan su amor santo. El termina llamándole amiga, reconoce su hermosura, repite estos requiebros y escucha las mismas lisonjas de labios de la esposa. Repetir estas cosas no es superfluo, es una confirmación del amor e indicio de que algo se hace incomunicable.

Indaguemos esta doble hermosura del alma; creo que eso es lo que se quiere indicar. La belleza del alma es la humildad. No lo digo yo; lo dijo antes el Profeta: Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, refiriéndose a la humildad con esta hierba sencilla y purgante. El Rey y Profeta confía purificarse con ella después de su grave caída, esperando recuperar el candor de la inocencia, parecida a la blancura de la nieve. Pero no podremos admirar la humildad, aunque debamos amarla, en aquel que pecó gravemente. Mas si alguien conserva su inocencia y además es humilde, ¿no crees en la hermosura de su alma?

Santa María no perdió su santidad ni careció de humildad; por eso el Rey quedó prendado de su belleza; vínculo la humildad a la inocencia. Por ella dice: Ha mirado la humillación de su esclava. Luego son dichosos quienes conservan limpias sus vestiduras por la sencillez y la inocencia, complementándola con la belleza de la humildad. En ese caso podrá escuchar: ¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Ojalá, Señor Jesús digas a mi alma siquiera una sola vez: ¡Qué hermosa eres! ¡Si me mantuvieses humilde! Porque yo he cuidado muy mal mi primera túnica.

Yo soy tu siervo, pero no me atrevo a considerarme amigo tuyo, ya que no pudo escuchar dos veces el reconocimiento de mi belleza. Me basta escucharlo una sola vez ¿y si eso también está en duda? Ya sé lo que he de hacer: reverenciaré como siervo a la amada, y como un pobre hombre deforme admiraré su extraordinaria belleza; gozaré escuchando al esposo fascinado por una mujer tan hermosa. ¿Quién sabe si al menos así hallaré gracia a los ojos de la amada y

será consolada, porque es Padre cariñoso y Dios de todo consuelo.

Siempre que me asomo a mí mismo, mis ojos se cubren de tristeza. Pero si miro hacia arriba, levantando los ojos hacia el auxilio de la divina misericordia, la gozosa visión de mi Dios alivia al punto este desconsolador espectro y le digo: Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo desde el Jordán. Y no es fruto de una visión engañosa experimentar su ternura v su compasión, porque es realmente benigno y misericordioso y se arrepiente de las amenazas; su naturaleza es la bondad: compadecerse siempre y perdonar. Dios se da a conocer saludablemente con esta experiencia y es a disposición, si el hombre se descubre a sí mismo en su indigencia radical; clamará al Señor, que le escuchará y le responderá: Yo te libraré y tú me darás gloria. De esta manera el conocimiento propio es un paso hacia el conocimiento de Dios. Por la imagen que se reproduce en ti se descubre él mismo, cuando llevas la cara descubierta y reflejas la gloria del Señor, transformándose en su imagen con resplandor creciente por influjo del Espíritu del Señor.

Piensa hasta dónde necesitas para tu salvación este doble conocimiento, porque si careces de cualquiera de los dos no podrás salvarte. Mas si no te conoces a ti mismo, no tendrás ni temor de Dios ni humildad, tu verás si puedes aspirar a salvarte sin temor de Dios y sin humildad. Bien mostráis con vuestro murmullo que eso no os pasa por la cabeza, y que no habéis perdido el buen sentido; así no tendremos que detenernos en lo que está tan claro.

Pero escuchad lo que aún nos queda. ¿O no será mejor que nos detengamos aquí en gracia a los somnolientos? Pensaba haber expuesto en un solo sermón todo lo que es prometí sobre la doble ignorancia, y lo había hecho de no resultar pesado para los que ya están cansados. Porque veo que algunos bostezando se duermen. Y no m extraña. Las vigilias de esta noche han sido larguísimas y están excusados. ¿Y los que entonces se durmieron y ahora siguen dormidos? No quiero insistir para no avergonzarlos más; es suficiente esta alusión. Espero que en adelante velen mejor por temor a que les hiera con mi acusación. Con esta esperanza, condescendemos por esta vez. Y por amor hacia ellos dejamos pendiente lo que deberíamos haber continuado, acabado el sermón donde no habíamos pensado terminar. Mas por esta delicadeza para con ellos, glorifiquen unidos a nosotros al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

Sermón 37

El conocimiento de nosotros mismos y de Dios debe preferirse a la ciencia de este mundo; y cual es la semilla de la justicia. El gozo de la esperanza y de donde nace en el alma. Después de habernos conocido a nosotros y a Dios. No ensoberbecen las demás ciencias; y como se engendra la soberbia por desconocernos a nosotros mismos. Cuan peligroso es elevarse aunque sea un poco al pasar por una puerta; el hombre no debe compararse con nadie.

Creo que no es necesario exhortaros a la vigilancia, sin duda por el bochorno aún reciente del sermón de ayer, duro pero amoroso, que despertó del dueño a algunos de vosotros. Recordáis, pues, que coincidíais conmigo en que nadie puede salvarse sin el conocimiento de sí mismo; que de aquí nace la humildad, madre primordial es la salvación, y el temor de Dios, que es el comienzo de la sabiduría y de la salvación. Digo que nadie se salva sin ese conocimiento, en el caso de que tenga edad y capacidad para ello. Lo indico por los niños y os subnormales, atendiendo a otras razones.

¿Y si desconoces a Dios? ¿Son compatibles el desconocimiento de Dios y la esperanza de la salvación? Tampoco. Pues no es posible amar lo que se desconoce y poseer al que no amas. Por tanto, debes conocerte a ti para temer a Dios. Debes igualmente conocerle, para amarle. Un conocimiento te inicia en la sabiduría y el otro te consuma en ella, porque primicia de la sabiduría es el temor del Señor y la plenitud de la ley es el amor. Debes evitar esas dos clases de ignorancia, porque sin el temor y el amor no puedes salvarte. Lo demás es indiferente; sépase o no, en nada influyen para la salvación o condenación.

No quiero decir que se deba despreciar toda otra clase de conocimientos que embellecen el alma, la forman y la hacen capaz de instruir a otros. Pero contiene y es menester que sobresalgan las dos primeras, de las cuales, como acabamos de explicar, depende por completo la salvación. Esta precedencia la tenía muy presente y la enseñaba el que decía: Sembrad según justicia, cosechad la esperanza de la vida, y entonces os iluminará la luz de la ciencia. Menciona a ésta en último lugar, porque así como no se puede pintar nada sobre el vacío, de igual modo a la ciencia le deben preceder como fondo ambos conocimientos, prestándoles materia sólida donde realizar la pintura.

Con esta base me entregaré a la ciencia, si antes he asegurado mi vida por el don de la esperanza. Has sembrado para ti la justicia, si mediante el verdadero conocimiento de ti mismo cultivas el temor de Dios, te humillas a ti mismo, te deshaces en llanto, prodigas las limosnas, te entregas a las demás obras de piedad, afliges tu cuerpo con ayunos y vigilias, golpeaste tu pecho y cansaste a los cielos con tu clamor: todo esto equivale a sembrar según justicia. Las semillas son las buenas obras; las lágrimas, los rectos afanes. Al ir, dice, iban llorando llevando la semilla. ¿Y estarán siempre llorando? De ningún modo. Al volver vuelven cantando, trayendo sus gavillas. Tienen motivos para cantar, pues llevan las gavillas a la gloria. "Pero eso

celo ardiente es el vino exprimido del racimo de Chipre, y el cáliz embriagador del amor de Cristo. Además, nuestro Dios es fuego voraz. Y el profeta decía que desde el cielo le había lanzado un fuego que le quemaba los huesos, porque se abrasaba en amor divino. Si tienes el óleo de la mansedumbre que es el amor fraterno y el vino de la emulación, o amor divino, acércate confiado para sanar las heridas del que cayó en manos de los salteadores, e imitarás perfectamente al compasivo Samaritano.

Di también con la confianza de la esposa: Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engaddí, es decir, el celo de la justicia lo convierte en mí el amor de mi Amado en afectos de compasión. Y con esto ya basta por hoy. Porque mis achaques me dicen que acabemos, como tantas veces me sucede. Y como sabéis, me obligan a omitir las exhortaciones y dejar incompletos los Sermones, reservando para el día siguiente lo demás. ¿Qué hacer? Estoy dispuesto a que me flagelen, pues sé que recibo más gracias de las que merezco. Quisiera que me castiguen y azoten por obrar mal. Si los golpes se cuentan entre mis méritos, quizá se compadezca de mí al herirme, ya que no encuentra en mi nada que pueda recompensar el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

viviendo como un perdido con las meretrices.

Quiénes son esas meretrices? Piensa si no serán las que echaron a perder el perfume: las concupiscencias carnales. De ellas te previene razonablemente la Escritura, avisándote: No vayas detrás de tus deseos. Con razón se refiere el Sabio a las moscas muertas, porque el mundo pasa y su codicia también. Cuando queremos satisfacerla a solas, nos privamos de la singular dulzura del bien social y común. Las moscas sucias y molestas manchan la belleza de nuestra naturaleza, desgarran el espíritu con preocupaciones e inquietudes y anulan el encanto de la gracia social. Por eso se lama hijo menor al hombre que corrompe su naturaleza con las decisiones arriesgadas de una juventud insensata, pierde todo el jugo de la madurez viril y de la sabiduría, se hace intratable y reseco su corazón, desprecia a todos menos a si mismo y está vacío de amor.

Así pues, ya desde sus primeros pasos esa juventud pésima y miserable siente que el corazón y la inteligencia del hombre están inclinados al mal, y más dispuestos por la naturaleza hacia la indignación que hacia la compasión. En cierto sentido el hombre se despoja del hombre, y cuando lo necesita quiere que le ayuden los hombres; pero él no asiste a los demás cuando lo han menester. Es un hombre que juzga, desprecia y se burla de los hombres. Es pecador e insulta a los pecadores; no entra en sí mismo para no comprobar su fragilidad. Pero como he dicho, la naturaleza no remedia por sí misma esta situación, ni recupera el perfume de la mansedumbre connatural, irreversiblemente perdida. Empero, lo que es imposible para la naturaleza puede conseguir ola gracia. Cuando la unción del Espíritu se compadece de un hombre, y se digna bañarlo de nuevo con su benignidad, ése vuelve a ser inmediatamente hombre, y recibirá de la gracia bienes superiores a los de la naturaleza. Lo hará santo por su fidelidad y humildad, y le agraciará no con el aceite, sino con el bálsamo de las viñas de Engaddí.

De la fuente del cabrito fluyen los mejores carismas, pues por ese bautismo los cabritos se convierten en corderos, a los pecadores los hace pasar de la izquierda a la derecha, bañados previamente con la unción copiosa de la misericordia, para que donde proliferó el delito sobreabunde la gracia. ¿No crees que este hombre vuelve en cierto sentido a ser hombre? Efectivamente, abandona su espíritu cruel; recupera con la gracia la unción de la mansedumbre humana, exterminada de raíz por las moscas de los deseos carnales que lleva el hombre consigo y es en sí mismo. ¿No asume así e motivo y el estilo de la compasión hacia los demás, hasta llegar a horrorizarle como si fuera un sacrificio cruel, no sólo hacer a cualquiera lo que él no querría padecer, sino incluso privarle de cuanto a sí mismo le resultaría agradable?

Ahí tienes el aceite. ¿Y el vino? En el racimo de Chipre. Porque si amas al Señor Jesús con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, ¿podrás acaso tolerar tranquilamente las injurias y menosprecios con que le ofenden? De ninguna manera: arrebatado al instante por el espíritu de justicia y su soplo ardiente, o rebosando el celo de Fineés como un soldado vencido por el vino, dirás con David: Me consume el celo, porque mis enemigos olvidan tus preceptos. Y con el Señor: Me devora el celo de tu templo. Este

sucederá", piensas tú, en su último día, y tardará demasiado".

No te desalientes, no decaiga tu espíritu encogiéndose; en este ínterin cuentas con las primicias del Espíritu, para que desde ahora coseches con gozo. Sembrad según justicia, cosechad la esperanza de la vida. Ahora no te remite al último día, cuando todo será plena realidad y no esperanza; se refiere al presente. Es cierto que cuando llegue la vida, serán muy grandes la alegría y el júbilo.

¿Acaso la esperanza de tan gran alegría carecerá de gozo? Alegres en la esperanza, dice el Apóstol. Y David no dice que se alegrará; se alegra ya, porque espera subir a la casa del Señor. Aún no poseía a vida, pero había cosechado la esperanza de la vida. Experimentaba en sí mismo esta verdad de la Escritura: también la esperanza de los justos es risueña, no sólo su remuneración. Nace en el alma de que sembró según justicia, previo el perdón de los pecados; con tal de que la eficacia de la gracia recibida atestigüe ese perdón viviendo con mayor santidad.

Si alguno de vosotros siente viva esa experiencia en su interior, sabe que así le habla el Espíritu, cuyas palabras y obras nunca disienten entre sí. Comprendo lo que le dice, porque siente interiormente lo que escucha este fuera. El que habla en nosotros actúa también en nosotros, el mismo y único Espíritu, que reparte a cada uno lo que a él le parece; a unos hablar bien y a otros realizarlo.

Así pues, cada uno de nosotros que, tras aquellos llantos amargos de los comienzos de su conversión, se siente aliviado por la esperanza del consuelo y se alegra al verse volando con las alas de la gracia, ése recoge su cosecha al percibir el fruto temprano de sus lágrimas; ve a Dios y escucha su voz que dice: Dadle el fruto de sus manos. ¿Será posible que no vea a Dios el que ha gustado y visto qué bueno es el Señor? ¡Cuán bueno y tierno te siente, Señor Jesús si además del perdón de los pecados le has regalado el don de la santidad, y para colmo de dicha le prometes por añadidura la vida eterna! ¡Dichoso el que cosechó tanto que ya ahora posee el fruto de su santificación y al final el de a vida eterna! Con razón lloraba al encontrarse consigo mismo, pero se alegró al ver a su Señor. Y al contemplar su misericordia, traía ya sus gavillas: el perdón, la santificación y la esperanza de la vida. ¡Cuánta verdad encierran estas palabras del Profeta: los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares! En ellas están condensados brevemente los dos conocimientos. El nuestro que siembra con lágrimas, y el de Dios que se cosecha con alegría.

Por tanto, si previamente gozamos de este doble conocimiento, la ciencia que vayamos acumulando posteriormente no nos hinchará. Porque no puede reportar ningún provecho ni honor terrenos, que no sean la esperanza concebida y la alegría de la esperanza, enraizada ya en lo profundo del alma. La esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Y no defrauda porque el amor infunde certeza. Por ella el mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. ¿Podría lograr toda nuestra ciencia algo que no sea inferior a esta gloria, por la que nos contamos entre los hijos de Dios? Me he queda o corto: no se puede comparar ni con la tierra entera y todo cuanto la llena, aun cuando todo llegase a ser propiedad de

cada uno de nosotros. Por el contrario, si no conocemos a Dios, ¿cómo podemos esperar en quien desconocemos? Y si nos desconocemos a nosotros, ¿cómo podremos ser humildes si nos creemos algo y no somos nada? Ya sabemos que ni los soberbios ni los desesperados pueden participar de destino de los santos.

Considera ahora conmigo con cuánta diligencia y solicitud debemos alejar de nosotros esas dos ignorancias, pues una acarrea el origen de todo pecado y la otra su consumación. Y al contrario, el primer conocimiento es el principio de la sabiduría y el otro implica su perfección: uno el temor del Señor y el otro el amor. Pero esto ya lo hemos expuesto al hablar de los dos conocimientos. Ahora tratemos de las dos ignorancias. Así como el principio de la sabiduría es el temor del Señor, así el comienzo de todo pecado es la soberbia. El amor de Dios consigue la perfección de la sabiduría, y la plenitud de toda malicia corresponde a la desesperación. El conocimiento de ti mismo genera tu temor a Dios, y tu amor a él procede de tu conocimiento de Dios. Pero del desconocimiento de ti mismo se deriva la soberbia, y del desconocimiento de Dios la desesperación.

Efectivamente, la ignorancia de ti mismo engendra la soberbia, pues tu inteligencia decepcionada y capciosa te engaña, y te dice que eres mejor de lo que en verdad eres. En esto consiste la soberbia, principio de todo pecado: re crees mayor a tus propios ojos que a los de Dios y a los de la verdad. Del primero que cometió este gran pecado -me refiero al diablo- se dijo lo siguiente: Nunca ha estado con la verdad, porque en él no existe la verdad; pues él pensaba una cosa y la verdad era otra. ¿Qué verdad podría haber poseído si hubiera disentido de la verdad, y se hubiera considerado a sí mismo menor o inferior de lo que era? Le habría excusado su ignorancia; no se le tendría por un soberbio y su culpa no habría sido aborrecida, porque su humildad posiblemente le habría granjeado la gracia.

Si conociésemos con claridad en qué situación estamos ante Dios cada uno de nosotros, no ascenderíamos ni descenderíamos más de lo debido, ateniéndonos en todo a la verdad. Pero ocultó entre tinieblas sus designios y su lenguaje es un enigma para nosotros, de modo que el hombre no sabe si Dios le ama o le odia. Por eso nos situamos en el último lugar, como lo más justo y seguro, siguiendo el consejo de la misma Verdad, para recibir después el honor de que nos pongan más arriba; y no queremos sentarnos en el puesto principal, que más tarde deberemos cederlo avergonzados.

No existe, pues, peligro alguno en que te humilles demasiado, en que te consideres mucho peor de lo que eres, es decir, de lo que la Verdad te juzga. El gran peligro, y horrendo, es que simplemente te eleves sólo un poco, o que te creas superior o igual con ostentación, o aunque sea en tu pensamiento te creas mejor que otro, a quien la Verdad considera igual lo superior a ti. Es como si pasaras por una puerta, cuyo dintel, lo digo para que lo entiendas mejor, es demasiado bajo. Por mucho que te inclines; no tendrás problema. Pero te harías daño a poco que levantes tu cabeza un dedo más que la altura de la puerta; te darás contra el dintel y chocará violentamente tu cabeza. Tampoco el alma deberá temer cualquier humillación, pero sí toda elevación presuntuosa y temeraria,

sus heridas, no sólo con bálsamo, sino con bálsamo y con vino, porque el médico espiritual posee el vino necesario del celo ardiente, junto con el bálsamo de la mansedumbre, muy eficaz para consolar a los débiles y aplacar a los inquietos. Pues si ve que el herido, el pecador, no se enmienda con las exhortaciones suaves y comedidas que le ha dirigido, sino que abusando de su paciencia y mansedumbre se vuelve más negligente, y se duerme tranquilamente en su pecado, entonces es inútil el bálsamo de los consejos caritativos. Será necesario recurrir a medicinas más dolorosas y derramar el vino de la compunción, recurriendo a reprensiones e invectivas. Y si el caso lo requiere, si su dureza es muy densa, amedrentarlo con el báculo de las censuras eclesiásticas.

¿Dónde hallar ese vino? En las viñas de Engaddí no hay más que bálsamo. Hay que ir a Chipre, ya que esa isla es muy rica en vinos de óptima calidad, arrancar allí un gran racimo, como el que llevaban antiguamente sobre una vara los exploradores de Israel, como si en medio llevasen a Jesús con sus hermosos vestidos, precedido por el coro de los profetas, pero seguido de los apóstoles, y tomando consigo ese racimo, decir: "Racimo de Chipre es mi amado para mí."

Ya hemos admirado el racimo. Veamos cómo se le exprime el vino del celo. Cuando el hombre pecador no se indigna jamás con otro pecador semejante a él, sino que destila como cierto rocío de suavísimo bálsamo y le muestra su afecto compasivo, entonces sabemos de dónde procede; lo escuchasteis, pero quizá no caéis en cuenta. Ya hemos dicho que quien entra en sí mismo, se muestra apacible con todo el que recurre a él. Siguiendo el consejo de la sabiduría de Pablo, para condescender entrañablemente con el que ha caído en pecado, se acuerda de sí mismo ara no recaer en el pecado. ¿Es que el amor del prójimo no hunde sus raíces en el mandato de la ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo?

El amor fraterno primordial brota de los sentimientos humanos más íntimos y de cierta dulzura natural, inserta en el hombre para consigo mismo. Es como la sustancia de la tierra, y de ella absorbe su vigor y su desarrollo, gracias al cual, por inspiración de la gracia de lo alto, rinde el fruto de la compasión. Piensa que no debe negarle lo que su propia alma apetece por instinto, al que participa de su misma naturaleza, es decir, a cualquier hombre, siempre que pueda y sea oportuno; e incluso se lo entrega gustosa y espontáneamente. Así que radica en su misma naturaleza el jugo dé esta grata y singular mansedumbre, a no ser que la empañe el pecado. Por eso se siente más bien blando para compadecerse, y no duro hasta indignarse contra el pecador.

Pero según la sentencia del Sabio, una mosca muerta echa a perder un perfume; y una vez estropeado, la naturaleza no puede recuperarlo. Y advierte que por esa dolorosa mutación cae en lo que con toda verdad dice la Escritura: El corazón del hombre se pervierte desde la juventud. No comienza bien su juventud el hijo más joven que exige su parte de la herencia paterna, y codicia que se le entregue lo que se saborea mucho mejor en común. Lo que puesto en común no disminuye, al repartirlo mengua, porque se posee a solas. Al final sucederá lo que ya sabemos: Derrochó su fortuna,

Sermón 44

El esposo es como un racimo de uvas y que significa Engaddí: cuales son las viñas de Engaddí y su bálsamo; cual es el racimo de Chipre y su vino. De donde brota la destilación del bálsamo, es decir. La suavidad de la mansedumbre, y que moscas la extinguen. La mansedumbre se recupera con la gracia; como el vino del celo se exprime del racimo de Chipre.

Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engaddí. Si el amado es como la mirra, con mayor razón es como la suavidad del racimo. Mi Señor Jesús para mí es mirra en la muerte, racimo en la resurrección, y se me ha dado como bebida de salvación mezclarla con lágrimas. Murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación, para que muertos al pecado vivamos para la justicia. Si tú lloraste tus pecados, bebiste la amargura; y si con una vida más santa respiraste ya la esperanza de la vida, se te ha trocado la amargura de la mirra en vino que alegra el corazón del hombre. Quizá estuviera prefigurado así en el vino mezclado con mirra que le ofrecieron al Salvador en la cruz, y lo rehusó porque tenía otra clase de sed. Por eso, tú que has experimentado el vino de la alegría, como he dicho, después de pasar por las amarguras de la mirra, podrás decir sin temor alguno: Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engaddí.

Engaddí puede interpretarse de dos maneras, y ambas tienen el mismo sentido. Se dice que significa fuente del cabrito, y designa a las claras el bautismo de las naciones o las lágrimas de los pecadores. Significa también ojo de la tentación, que derrama lágrimas y descubre las tentaciones que siempre acompañan al hombre en su vida sobre la tierra. Pero los pueblos de las naciones que viven en tinieblas, nunca conocieron por sí mismos las asechanzas de las tentaciones, ni pudieron evitarlas, hasta que por la gracia del que da vista a los ciegos se les iluminaron los ojos de la fe; entraron en la Iglesia que posee el ojo de la tentación y aceptaron la doctrina de los hombres espirituales que, iluminados por el espíritu de sabiduría y por la aportación de su experiencia, pueden decir con verdad: "No ignoramos la astucia del diablo y sus ardides".

Dicen que en Engaddí crecen unos arbustos balsámicos, que los indígenas cultivan como viñas, y quizá por ello las llama "viñas". De lo contrario, ¿qué haría un racimo de Chipre en las viñas de Engaddí? ¿A quién se le ocurriría llevar racimos de viñas a otras viñas? Sí se llevan cuando escasean pero no cuando abundan. Con las viñas de Engaddí se refiere al pueblo celestial que destila como bálsamo el espíritu de mansedumbre; con ella abriga suavemente la debilidad de los que aún son niños en Cristo, y consuela el dolor de los penitentes. Pero si algún hermano cae en delito, el hombre de Iglesia que ha recibido ese espíritu tratará de recuperarlo muy pronto con gran suavidad, prevenido para no caer él en la misma tentación. Y como señal de esto, la Iglesia suele ungir con este bálsamo material el cuerpo de todos los que bautiza.

Al que cae en manos de los salteadores, se le lleva al mesón de la Iglesia en el jumento corporal del compasivo Samaritano, y se le curan

insignificante o grave. Por eso, tú, hombre, deja de compararte con los demás, pequeños o grandes, con algunos o con uno solo.

Qué sabes, hombre, si precisamente ese a quien consideras el más vil y miserable de todos, de cuya vida criminal y nefanda te horrorizas sobremanera, y crees que debe ser despreciado, no sólo más que tú, que te fías de tu vida justa, recta y sobria sino más que el mayor de los malvados porque lo eres? ¿Qué sabes tú, digo, si no será mejor que tú y que todos los demás; porque le hará cambiar la diestra del Altísimo, v por tanto ya es mejor para Dios? Por esta razón quiso que eligiésemos no el lugar menos llamativo o el penúltimo, ni siquiera donde están los últimos: Siéntate, dice, en el último puesto; tú solo en el último lugar; y no digo que no te antepongas a nadie, sino que ni te atrevas a compararte.

Mira todo lo que lleva consigo el desconocimiento de nosotros mismos, como pecado del diablo y comienzo de todo pecado: la soberbia. En otra ocasión veremos cuáles son los efectos de nuestra ignorancia de Dios. Ahora no lo permite la premura del tiempo, pues nos hemos reunido tarde. Que cada cual se considere lo suficientemente alertado para que no se desconozca a sí mismo, no ya por mis palabras, sino sobre todo porque así se ha dignado hacerlo el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

Sermón 38

El desconocimiento de Dios engendra la desesperación: todos los que no quieren convertirse a Dios lo desconocen; a la esposa no se le amonesta por esta ignorancia. Por que llama a la esposa: la mas bella entre las mujeres y cuales son esas mujeres.

Qué lleva consigo el desconocimiento de Dios? Por aquí debemos comenzar, si recordáis cómo concluíamos ayer. ¿Qué acarrea entonces? Hemos dicho que la desesperación, pero concretemos de qué manera. Puede suceder que al entrar en sí mismo y despreciarse por todo el mal que uno perpetró, pensando enmendarse y alejarse de toda senda mala y de su vida carnal, si desconoce qué bueno es Dios, qué entrañable y misericordioso, qué inclinado al perdón, empiece a increparle su espíritu carnal diciéndole: ¿pero qué haces? ¿Es que vas a perder esta vida y la futura? Tus pecados son enormes e incontables; aunque te desuelles, no podrás satisfacer tantos y tan graves pecados. Eres de constitución débil; tu salud es muy delicada; difícilmente domeñarás tus malos hábitos.

Y por estas y otras razones se hunde desesperado el infeliz ignorando qué fácilmente disiparía todo esto a Bondad todopoderosa, que no busca la perdición de nadie. Y por eso sigue en la impenitencia, que es gravísimo delito y blasfemia irremisible. Se deja absorber por una tristeza extrema y cae en el abismo, del que nunca saldrá para recibir consuelo alguno, como está escrito: Cuando el impío llega a lo más profundo de su desesperación, todo lo desprecia. O lo disimula, acariciando toda clase de razones verosímiles, y se vuelve irremisiblemente al mundo para regodearse en todos los hechizos del placer, a su antojo. Y cuando diga: hay paz y seguridad, entonces le vendrá encima de repente el exterminio total y no podrá escaparse. Así pues, del desconocimiento de Dios proviene la consumación de toda maldad, que es la desesperación.

El Apóstol asegura: Lo que algunos tienen es ignorancia de Dios. Por mi parte digo que ignoran a Dios todos los que no quieren volverse a él. Pues no lo rechazan sino porque se imaginan que el entrañable es violento, que el misericordioso es duro e implacable, que el amable es feroz y terrible. Así se engaña la iniquidad a sí misma, fabricándose un ídolo que lo sustituye. ¿Por qué teméis? ¡Qué poca fe! ¿Porque no está dispuesto a perdonar los pecados? Si los clavó en la cruz con sus manos! ¿Porque sois blandos y delicados? ¡Si él conoce nuestro barro! ¿Porque estáis mal acostumbrados y aferrados al hábito de pecar? ¡Si el Señor liberta a los cautivos!

¿Acaso vacilará en extender su mano salvadora, irritado por la crueldad de unos crímenes innumerables? Pero donde proliferó el delito sobreabundó la gracia. ¿Acaso el que andéis agobiados por el vestido o la comida, o por todo lo que necesita la vida corporal, os hace dudar para abandonar vuestra vida? ¡Si él sabe que necesitáis de todo eso! ¿Qué más queréis? ¿Qué os impide vuestra salvación? Sólo os digo una cosa: desconocéis a Dios y no creéis nuestro anuncio. Quisiera que al menos creáis a los que lo han experimentado,

en su regazo, y la esposa lo puso entre sus pechos. Y para decirlo todo: se hizo palabra en labios del profeta Zacarías y de algunos otros. Pienso que José, el esposo de María, le sonrió con frecuencia sobre sus rodillas. Todos ellos lo tuvieron delante de sí y nadie detrás.

Sean ejemplo para vosotros y haced lo mismo. Porque si tenéis ante vuestra mirada al que lleváis, estoy seguro que al ver las angustias del Señor, soportaréis las vuestras con mayor soltura, mediante el auxilio del Esposo de la Iglesia, que es Dios bendito por siempre. Amén.

Yo también, hermanos, cuando me convertí me di cuenta que me faltaban toda clase de méritos. En su lugar traté de hacerme con esa bolsita para colocarla entre mis pechos, introduciendo en ella todas las ansiedades y amarguras de mi Señor: todas las limitaciones de su infancia, el cansancio de su predicación posterior, la fatiga de sus correrías, las vigilias de su oración, las tentaciones en sus ayunos, las lágrimas de su compasión, las asechanzas que le tendían cuando hablaba, los peligros de sus falsos hermanos, las afrentas, los salivazos, las bofetadas, las mofas, las acusaciones, los clavos y todos los demás sufrimientos que sabemos padeció hasta la saciedad -así lo detalla la narración evangélica- para la salvación de nuestro linaje.

Entre tantas ramitas de esta planta balsámica no olvidé la mirra que bebió en la cruz, ni aquella con que lo ungieron en el sepulcro. Con la primera se apropió la amargura de mis pecados; con la segunda consagró a futura incorrupción de mi cuerpo. Mientras viva, saborearé el recuerdo de su penetrante perfume; no olvidaré jamás tanta conmiseración con la que me diste la vida.

Mucho antes la deseó el santo David con lágrimas y decía: Cuando me alcance tu compasión viviré. Otro santo la evocaba con gemidos diciendo: Grande es tu ternura, Señor. ¡Cuántos reyes y profetas quisieron verla y no la vieron Yo puedo cosechar lo que otros han labrado; yo recojo la mirra que ellos plantaron. Esta bolsita de salvación se ha reservado para mí y nadie me la quitará: Descansa entre mis pechos.

Me convencí de que la sabiduría consiste en meditar estas cosas; en ella cifré mi ideal perfecto de justicia, la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salvación, el tesoro de los méritos. Unas veces me han servido como bebida saludable en la amargura, otras como suavísima unción consoladora. Me levantan el ánimo en la adversidad, me frenan en la prosperidad; entre las alegrías y tristezas de la vida presente me llevan por el camino regio; en cualquier circunstancia me brindan un guía seguro, alejándome aquí y allá de los males inminentes. Todo esto me reconcilia ante el juez del mundo; al que temen las potestades me lo presenta manso y humilde; al inaccesible para los principados y terrible para los reyes de la tierra, lo encuentro fácil de aplacar e incluso imitable.

Por esto lo tengo siempre en la boca, como sabéis; lo llevo siempre en el corazón, como Dios es testigo; salta a mi pluma con frecuencia, como se puede constatar. Esta es mi filosofía más sutil y más profunda: conocer a Jesús, y a éste crucificado. No pregunto como la esposa dónde reposa al mediodía aquel a quien abrazo feliz, Porque descansa entre mis pechos. No me interesa dónde pastorea al mediodía, porque lo contemplo como Salvador en la cruz. Aquello es más sublime, esto más suave; aquello es como el pan, esto como leche que conforta las entrañas de los niños y llena los pechos de las madres; porque descansa entre mis pechos.

Vosotros también, amadísimos, haceos con esa querida bolsita, metedla en las entrañas del corazón: guardad con ella la entrada de vuestro pecho, que descanse entre vuestros pechos. Llevadlo siempre no atrás, sobre los hombros, sino ante vuestros ojos, no sea que soportéis el dolor sin su perfume, pues os abrumaría su peso y no os aliviaría su fragancia. Recordad cómo Simeón lo tomó en sus brazos, María lo llevó en su vientre y lo abrigó

porque si no creéis no comprenderéis. Pero no de todos es la fe.

Nunca podremos creer que a la esposa se le haya amonestado por este desconocimiento de Dios, después de haber llegado no sólo a un gran conocimiento de su esposo y de su Dios, sino a tal amistad y familiaridad con él que mereció sus habituales coloquios y besos, y se atrevió a decirle: Avísame amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta. Pues pretende que le diga no dónde está, sino el mismo lugar donde reside su gloria; aunque él y el lugar de su gloria se identifican. Mas sí parece que le reprocha su presunción y le recuerda el conocimiento de sí misma, a veces algo oscurecido por creerse capaz de tan alta visión; y que esto se debe a que en su éxtasis ha olvidado que aún vive en su cuerpo mortal, o que espera vanamente acceder en este cuerpo a ese resplandor inaccesible. Por eso le manda al punto que vuelva a sí misma, para convencerla de su ignorancia y castigarla por su insolencia: Si no te conoces, marcha. Se deja oír la voz amenazadora del esposo contra su esposa, no como esposo, sino como maestro. Y no por su irritación, sino para purificarla con su severidad, y una vez purificada hacerla capaz de sí mismo, a quien anhela, gozando de su visión. Pues esta visión queda reservada a los corazones puros.

Delicadamente la llama bella, no con una belleza cualquiera, sino la más hermosa de las mujeres. Pero aún así es limitada, para que se reprima todavía más y sepa lo que le falta. Yo creo que en este pasaje, con el nombre de mujer se designa a las almas carnales y mundanas, que carecen de toda virilidad, que no exhiben por sus obras fortaleza o constancia, pues todo lo que viven y hacen es totalmente flojo, afeminado y muelle. Pero el alma espiritual, aunque es bella porque no vive según la carne sino según el espíritu, sin embargo, vive todavía en el cuerpo y no puede ser absolutamente bella, sino relativamente, la más bella de las mujeres, esto es, entre las almas terrenas que no son espirituales como ella. No es bella entre los ángeles bienaventurados, ni entre las Virtudes, Potestades o Dominaciones.

Antiguamente uno de los Patriarcas fue hallado y proclamado justo entre los de su generación, esto es, por encima de sus contemporáneos y sus congéneres. Tamar se vio justificada por encima de Judá; el Evangelio nos dice que el Publicano bajó justificado del templo, a diferencia del Fariseo; y que el insigne Juan recibió la mayor alabanza, porque nadie le supera entre los nacidos de mujer, aunque no entre los coros de los espíritus celestiales. Del mismo modo se proclama bella a la esposa, mas por ahora sólo entre las mujeres, no entre los espíritus bienaventurados.

Desista, por tanto, de indagar aquí en la tierra con demasiada curiosidad las realidades celestiales, no sea que su indiscreción sea ahogada por la gloria de su majestad. Desista, repito, de investigar mientras viva entre las mujeres, aquellas su limes realidades de las Virtudes del cielo, sólo transparentes para éstas y que sólo a los espíritus celestiales les está permitido contemplar en sus misterios. Tanto saber dice, ¡oh esposa!, te sobrepasa y tú exiges que se te muestre, cuando ni siquiera puedes resistir la intensa claridad meridiana y sublime en que habito. Porque dijiste: Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta. Pero no es posible en esta

vida, ni le corresponde a este cuerpo atravesar las nubes, llegar hasta la plenitud de la luz, irrumpir en los abismos de la claridad y habitar en la luz inaccesible.

"Esto se te reserva para el final, cuando te haga aparecer ante mí gloriosa, sin mancha ni arruga o cosa parecida. ¿O no sabes que mientras vives en este cuerpo, peregrinas hacia la luz? ¿Cómo puedes creerte preparada para contemplar toda la belleza, si todavía no eres toda hermosa? ¿Cómo pretendes verme en todo mi resplandor, si aún te ignoras a ti misma? Porque si te conocieses plenamente, sabrías que el cuerpo mortal es lastre para el alma, y que te es imposible alzar la vista para clavar tus ojos en aquel fulgor al que se asoman los ángeles deseosos de verlo. Cuando yo me presente, sí serás toda hermosa como yo, que soy todo hermoso. Y al ser exactamente igual que yo, podrás verme como soy. Entonces escucharás: Toda eres hermosa, amada mía, y no hay en ti defecto.

"Ahora eres en parte semejante y en parte diferente; y date por satisfecha de conocerme parcialmente. Fíjate en ti misma: no aspires hacia lo que te supera, ni averigües lo que es superior a tus fuerzas. En caso contrario te ignoras a ti misma, la más bella de las mujeres; te considero la más hermosa, pero entre las mujeres, es decir, en parte; cuando venga lo perfecto, lo limitado se acabará. Por tanto, si te ignoras a ti misma. Lo que sigue ya está dicho y no hay por qué repetirlo. Había prometido que sería útil exponer esta doble ignorancia. Si os parece que no lo he cumplido, os pido excusas aunque lo intenté. Porque el querer me corresponde a mí, pero no el conseguirlo, a no ser que se digne concederlo por su bondad y para vuestra edificación el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es bendito por siempre. Amén.

Sermón 43

Para quien es Cristo bolsita de mirra y que es la mirra. Con su ejemplo nos enseña a colocar entre los pechos esta bolsita en la tristeza y en la alegría. Su filosofía mas sutil es meditar los sufrimientos de Cristo, para que llevemos a Cristo ante nosotros, no detrás.

Mi amado es para mí una bolsita de mirra, que descansa entre mis pechos. Antes "rey", ahora "amado"; antes "en el diván de rey", ahora "entre los pechos de la esposa". Gran virtud es la humildad a la que fácilmente accede la majestad de Dios. En un instante el nombre reverencial se ha trocado en un vocablo amistoso; y el que se encontraba lejos, en nada se ha vuelto cercano. Mi amado es para mí una bolsita de mirra. La mirra es amarga y simboliza la áspera dureza de las tribulaciones. Intuyendo que por causa del amado se le echan éstas encima, se congratula por ello, pues confía que todo lo sobrellevará con entereza. Salieron del Consejo contentos, dice, de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús.

Dice que el amado es una bolsita, no un manojo, porque piensa que para el amor será muy leve cualquier tribulación o sufrimiento que deba sufrir. Bien le ha llamado bolsita, porque los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada, comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros. Porque, dice, as penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente. Llegará un día en que eso que ahora es un fascículo de mirra, será para nosotros un cúmulo ingente de gloria. ¿Acaso no es como una bolsita el yugo llevadero y la carga ligera? No porque de su o sea llevadero -la dureza del sufrimiento y la amargura de la muerte pesan- pero es ligero para el que ama. Por eso no se limita a decir: Mi amado es una bolsita de mirra; añade para mí, que lo amo.

Precisamente lo llama amado para mostrar que la fuerza del amor es superior a todo el dolor de las amarguras, porque el amor es fuerte como la muerte. Para que sepas que no se jacta de sí misma sino del Señor, y que no saca sus fuerzas sino del poder del Señor, dice que descansará entre sus pechos y canta llena de confianza: Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo.

En uno de mis Sermones anteriores dije que los dos pechos de la esposa son la congratulación y la compasión, según la doctrina de Pablo: Con los que están alegres, alegraos; con los que lloran, llorad. Como ha de vivir en la prosperidad y en la adversidad, sabe que nunca le faltarán peligros y quiere tener así a su amado entre sus pechos. Su continua protección le mantendrá firme en ambas situaciones y no se engreirá por sus alegrías, ni se dejará abatir en sus tristezas. Si eres sensato imitarás la prudencia de la esposa, y no consentirás que te arranquen jamás de tu pecho esa querida bolsita de mirra, reteniendo siempre en tu memoria y acariciando en su asidua meditación todos los dolores que por ti padeció, hasta que puedas decirle también tú: "Mi amado es para mí una bolsita de mirra, que descansa entre mis pechos".

pechos. Mis achaques ya no me permiten seguir adelante. Me limito a deciros lo siguiente: con el símbolo de la mirra quiere decir que está preparada a sufrir por amor al amado todas las amarguras de la tribulación. Proseguiremos con el resto de este tema en otra ocasión, si es que con vuestras oraciones atraéis al Espíritu Santo. El nos hará comprender las palabras de la esposa redactadas por su inspiración, como sabe que lo necesita aquella de quien es su Espíritu, para alabar al Esposo de la Iglesia, Cristo nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

Sermón 39

Cual es el contexto de: a mi caballería, etc. Y en que orden es ensalzada la esposa. Como un alma se compara a una gran caballería. A modo de ejemplo describe los tres príncipes del Faraón, sus carros y armamentos. Nombres de los restantes príncipes del Faraón y como se libera de ellos el Israel espiritual.

Amiga mía, te pareces a mi caballería en los carros del Faraón. En estas pala ras descubrimos ante todo y con agrado que la Iglesia se prefiguraba como tipo en los Padres, y que cuando Israel salió de Egipto se mostraban con antelación los misterios de nuestra salvación. Y se manifiesta expresamente la gracia del bautismo, que salva a los hombres y sumerge sus crímenes en el maravilloso flujo y reflujo del mar, que dejó pasar al pueblo y se vengó de los enemigos. Todos, dice, estuvieron bajo la nube y todos recibieron un bautismo en la nube y en el mar, que los vinculaba a Moisés. Mas como lo hacemos generalmente, debemos mostrar el contexto de estas palabras y el nexo de relación con las anteriores. Así entresacaremos, si es posible, algo que sirva para orientar nuestras vidas.

Como reprimió a la esposa con aquella conminación dura y severa, para que no quedase tan triste, le hace recordar en parte los dones que ya había recibido, y le promete los que le dará después; pero la proclama de nuevo hermosa, la llama amiga y le dice: "He sido duro contigo, amiga mía; pero no sospeches mal de mí, ni me guardes odio ni rencor. Los regalos con que te he honrado y obsequiado son señales que evidencian todo lo que te amo. Lejos de privarte de todo esto, pienso aumentarlo aún más". O algo parecido: "No lleves a mal, amiga mía, que y te conceda lo que ahora me pides, después de haber recibido de mí tantas cosas; porque recibirás otros dones mayores, si caminas según mis mandatos y te mantienes en mi amor". Esto es lo que significa la letra del texto.

Veamos cuáles son los dones recibidos que le recuerda. Primero haberla comparado con la caballería de los carros del Faraón, liberándola así del yugo del pecado con la muerte de todas las obras de la carne, a la manera como aquel pueblo fue liberado de la esclavitud de Egipto, volcando y sumergiendo los carros del Faraón. Esta fue una gracia inmensa; si pretendiese presumir de ello no sería una insensatez porque diría la verdad. Reconozco y reconoceré: Si el Señor no me hubiera auxiliado ya estaría yo habitando en el silencio. No soy ingrato ni olvidadizo: Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Este era el diálogo entre los dos.

Por lo demás, liberada por una dignación singular, la adopta como amiga, la reviste de belleza como esposa del Señor, en principio sólo en su cuello y en sus mejillas. Le promete collares de perlas para enjoyarla, gargantillas de oro incrustadas de plata para que resalte más su belleza. ¿A quién no le embelesaría el procedimiento seguido para obsequiarle? Primero la libera con misericordia; en segundo lugar la acaricia con dignidad; después la lava y purifica con benignidad; y finalmente recibe la promesa de las más costosas joyas.

Estoy seguro de que algunos de vosotros reconocen ya en sí mismos lo que estoy diciendo, e iluminados por su propia experiencia lo comprenden antes de escucharlo. Pero prefiero recordar aquella frase: La explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes; y por ellos juzgo conveniente explicar o un poco más. Porque e Espíritu de sabiduría es benigno y se complace en el maestro bondadoso y diligente, que intenta complacer a los deseosos de saber y no desdeña dar gusto a los más lentos. Por eso dice la Sabiduría misma: los que me anuncian tendrán vida eterna. No quisiera privarme de ese premio. Sin embargo, en lo que parece sencillo se oculta a veces algo, incluso para aquellos que parecen más capaces por su ingenio veloz; por ello no será superflua una explicación más minuciosa.

Volvamos ya a la analogía entre el Faraón y su ejército con la caballería del Señor. La semejanza no radica entre los dos ejércitos, sino entre sus mismos jefes. Porque pueden unirse la luz y las tinieblas, irán a medias el fiel y el infiel. Pero hay una clara comparación entre el alma santa y espiritual y la caballería del Señor con el Faraón, el diablo y sus respectivos ejércitos. No te extrañará que un alma sola se ponga en parangón con la multitud de una caballería, si caes en cuenta del cúmulo de virtudes que se encierran en esa alma única, pero santa: qué orden brilla en sus afectos, qué disciplina en sus costumbres, qué defensa en sus oraciones, qué ímpetu en sus operaciones, qué asiduidad en los combates con sus enemigos, qué numerosos sus triunfos. Por eso leemos después: Terrible como escuadrón a banderas desplegadas. Y también: ¿Qué miráis en la Sulamita cuando danza en medio de los escuadrones?

Y si esto no te agrada, sabrás que esta alma vive siempre bajo la custodia de los ángeles que tienen celos de ella, los celos de Dios, pues quieren desposarla con un solo marido, presentándola a Cristo como una virgen intacta. No digas en tu corazón: ¿Dónde están? ¿Quién los vio?. Los vio el profeta Eliseo y consiguió por su oración que los viese también Guiezi; tú no los ves, porque no eres Profeta ni hijo del Profeta.

Los vio el profeta Jacob y dijo: Es el campamento de Dios. Los vio el Doctor de las gentes, que decía: ¿Qué son todos sino espíritus en servicio activo, que se envían en ayuda de los que han de heredar la salvación?

Sostenida, pues, por los servicios angélicos, y majestuosamente rodeada por el ejército celestial, la esposa avanza como la caballería de Señor, aquella que triunfó sobre los carros del Faraón en una gesta maravillosa de la protección divina. Si lo miras bien, todo lo que allí te asombra al realizarse espectacularmente, lo encontrarás aquí igualmente maravilloso. Es más: el triunfo ahora es más grandioso, porque entonces se anunció corporalmente y ahora se cumple espiritualmente. ¿O no crees que se necesita más poder y que es mucho más glorioso doblegar al diablo que al Faraón, y subyugar a las potencias del aire que a los carros del Faraón? Entonces la lucha fue contra hombres de carne y hueso; ahora es contra las soberanías, contra las autoridades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del aire.

Repasemos ahora juntos a cada uno de los componentes de la comparación. Entonces el pueblo salía de Egipto, aquí el hombre sale del mundo; allí era abatido el Faraón, aquí

no la tiene; porque carece de devoción; no se humilla gustosa y espontáneamente. Empero la humildad de la esposa esparce su perfume como el nardo: se consume de amor, se afianza su devoción y propaga su fama. La humildad de la esposa es voluntaria, continua y fecunda. Su bálsamo no lo extingue ni la reprensión ni la lisonja: ¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola! ¡Qué bello tu cuello con los collares!

Le habían prometido ya sus joyas de oro, y, sin embargo, reacciona con humildad; cuanto más la ensalzan, más se humilla en todo. No se ufana ante sus méritos, ni se olvida de su humildad incluso colmada de alabanzas; al contrario, reconoce su pequeñez y se cree parecida al nardo. Podría decir con palabras de la Virgen María: Sé que no merezco en modo alguno tamaña dignidad, si no fuera porque Dios ha mirado la humillación de su esclava. Su frase: Mi nardo despedía su perfume ¿no significa que le agradó mi humildad? Ni mi sabiduría, ni mi alcurnia, ni mi belleza, que eran nada para mí; fue mi humildad la que, como siempre, difundió su perfume. A Dios le agrada la humildad; el Señor Altísimo se fija en el humilde. 1 por eso mientras el rey estaba sentado en su diván, es decir, en lo más excelso de su morada, hasta allí subió la fragancia de la humildad. Se eleva, dice, en su trono y se abaja para mirar a los humildes en el cielo y en la tierra.

Por tanto: Mientras el rey estaba sentado en su diván, mi nardo despedía su perfume. El diván del Rey es el seno del Padre, porque el Hijo siempre está en el Padre. No dudes de la clemencia de este Rey, cuyo perenne diván es albergue de la benignidad paterna. Con razón ese clamor de los humildes sube hasta aquel cuya mansión es fuente de piedad; cuya dulzura es familiar, cuya bondad le es consustancial. Todo cuanto posee procede del Padre: toda su regia majestad es paternal y nada puede intimidar a los humildes. Por la opresión del humilde, por el gemido del pobre yo me levantaré, dice el Señor. La esposa, consciente de ello como familiar y amadísima, presume sólo de su humildad y cree que la penuria de sus méritos no condiciona la gracia del esposo. Y finalmente lo llama Rey. No se atreve todavía a llamarlo esposo, aterrada por su reprensión anterior. Confiesa que habita en lo alto; pero ni siquiera así desconfía de su humildad.

Puedes aplicar correctamente este sermón a la Iglesia primitiva, si recuerdas aquellos tiempos en que el Señor ascendió a donde estaba antes sentado a la derecha del Padre, su antiguo, noble y glorioso diván. Entonces los discípulos se reunieron en una casa y se dedicaban a la oración en común con algunas mujeres, junto con María, la madre de Jesús, y sus parientes. ¿No crees que precisamente entonces el nardo de la pequeña y trémula esposa despedía su fragancia? Cuando de repente un ruido del cielo, como de viento real, resonó en toda la casa donde se encontraban, ¿no pudo decir entonces esta pobrecilla: "Mientras el rey estaba sentado en su diván, mi nardo despedía su perfume".

Todos los que estaban en la casa percibieron sin duda el bálsamo de la humildad que subía tan agradable y complaciente, y que mereció al instante una recompensa tan abundante y gloriosa. Por lo demás, ella no se comportó ingratamente ante ese beneficio. Impulsada de repente por una gran devoción, se dispone a soportar en su nombre todos los males. Porque dice: Mi amado es para mí una bolsa de mirra que descansa en mis

sino por amor a nosotros. Habría podido mostrarse vil y miserable, pero sin creérselo, pues se conocía a sí mismo. Fue humilde de corazón y no sólo racionalmente, pues se presentó tal y como sabía que no era. Pero el que sabía que era el primero prefirió que lo considerasen el último. Y dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. "De corazón", dijo: con el afecto del corazón, esto es, voluntariamente. Excluyó, pues, la necesidad y dejó intervenir al deseo. No como tú y como yo, que somos realmente dignos de toda deshonra y menosprecio, del mayor infortunio y abatimiento, dignos del suplicio y del ultraje; él no: pasó por todo eso, porque lo deseó su humildad de corazón, la que e aconsejó su amor, no la que le impuso el convencimiento de la verdad:

Por esta razón he dicho que esta humildad voluntaria surge dentro de nosotros por infusión del amor, no por imposición de la verdad, porque nace del corazón, del afecto, de la voluntad: tú juzgarás de su rectitud. Que tu juicio examine también si la he atribuido dignamente a Dios, pues sabemos que se anonadó a sí mismo por amor, se hizo menor a los ángeles por amor, se sometió a sus padres por amor, se inclinó bajo las manos del Bautista por amor, padeció toda suerte de necesidades por amor, se sometió finalmente a la muerte por amor y afrentado perseveró en la cruz. Sólo te falta pensar por tu cuenta si te parece oportuna la comparación que hice entre la humildad abrasada por el amor, y esa hierba insignificante y ardiente que es el nardo.

Si lo pruebas -y lo harás asintiendo a la evidencia- sentirás humildemente de ti mismo, con esa humildad impuesta por la Verdad que sondea el corazón y las entrañas, y penetra en los sentidos vigilantes. Ejercita la voluntad y haz de la necesidad virtud; ésta no existe sin la anuencia dé su voluntad. Lo alcanzarás cuando no busques aparentar por fuera lo que no encuentras dentro de ti. Si no lo consigues deberás temer estas palabras: Se hace la ilusión de que su culpa no será descubierta ni aborrecida. Y estas otras: Pesas desiguales, las aborrece el Señor. ¿Por qué? Tú te desprecias a ti mismo secretamente pesado por la balanza de la Verdad; mas por fuera nos engañas a los demás con tu precio, pues te vendes por un peso superior al que te tasó la Verdad. Teme a Dios y no cometas esa pésima maldad de humillarte ante la Verdad y engreírte en tu voluntad. Eso equivale a resistir a la Verdad y luchar contra Dios. Tú consiente a Dios con tu voluntad sometida a la Verdad; y no sólo sometida, sino consagrada a ella. ¿Cómo no va a someterse mi alma a Dios?

No basta someterse sólo a Dios, sino también a toda humana criatura por Dios: sea al abad, por ser el primero, sea a los encargados por él. Y os digo más: a los iguales e inferiores igualmente. Así es como nos corresponde cumplir todo lo que Dios quiera. Si deseas ser perfecto en tu santidad, corre hacia el menor: doblégate ante el más joven, muestra tu deferencia al inferior. Con este proceder, atraerás hacia ti lo que dijo la esposa: Mi nardo despedía su perfume.

La devoción es un perfume, como la buena reputación; y llega a todos. Así serás la fragancia de Cristo en todo lugar, amable para todos a la vista de todos. No es éste el caso de quien es humilde porque se lo obliga la verdad; pues aunque sea humilde, su humildad no le permitiría derramar externamente su fragancia. De hecho

el diablo; allí caen por tierra los carros del Faraón, aquí se derriban los deseos carnales y mundanos que nos hacen la guerra; a ellos los sumían las olas, a éstos los llantos; a aquéllos las sales del mar, a éstos la amargura. Me imagino que también gritan ahora los demonios, en el caso de que caigan contra un alma: Huyamos de Israel, porque el Señor lucha a su favor.

¿Quieres que te designe con sus nombres propios cuáles son los príncipes del Faraón, y te describa algunos de sus carros, para que puedas encontrar por ti mismo otros parecidos si los hay? Un príncipe poderoso, espiritual e invisible del rey de Egipto es la Malicia; poderosos príncipes son también la lujuria y la Avaricia. Bajo la jurisdicción dé su rey, tiene cada uno de ellos sus límites asignados. La malicia reina en la demarcación de los crímenes y delitos; la Lujuria preside la región de todas las torpezas e inmundicias de la carne; y a la avaricia le tocó en suerte la de los robos y fraudes.

Ahora escucha cuáles son los carros que el Faraón dispuso para que sus príncipes persiguiesen al pueblo de Dios. El carro de la Malicia se apoya sobre cuatro ruedas: la Crueldad, la impaciencia, la Audacia y la Desfachatez. Carro veloz para derramar sangre, al que no lo detiene la inocencia ni lo rezaga la paciencia, ni lo frena el temor, ni lo estorba el pudor. Tiran de el dos caballos de lo más perniciosos, prepara os para todo exterminio: el Poder terreno y el Fausto mundano. Esta cuadriga de la Malicia vuela cuando el efecto del Poder colabora con sus malignas energías, y el aplauso del Fausto sonriente aprueba los crímenes consumados, cumpliéndose lo que está escrito: Al pecador lo alaban por los deseos de su alma y al inicuo lo bendicen. Y también dice otra Escritura: Esta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas.

Montan estos dos caballos la Soberbia y la Envidia; la Soberbia guía al Fausto y la Envidia al Poder. Lo arrastra a toda prisa el amor a las pompas diabólicas, porque su corazón se ha hinchado antes por la Soberbia. Pero el que, retenido por el temor, se mantiene inamovible en sí mismo, moderado por su gravedad, sólido por su humildad, sano por su pureza, no lo arrebatará fácilmente el soplo agradable de su vanidad. Al caballo del Poder terreno lo lleva la Envidia. Incluso lo pica sin cesar con las espuelas de los celos, con la sospecha de verse suplantado y con el miedo a sucumbir. Pues una cosa es lo que sospecha el sucesor y otra lo que teme el invasor. Y con estas dos espuelas se le excita sin parar hacia el Poder terreno: Todo esto concierne al carro de la Malicia.

La cuadriga de la Lujuria avanza también sobre las cuatro ruedas de estos vicios: la Gula del vientre, la incontinencia de la fornicación, el Afeminamiento en el vestir, el ocio y el sopor de la disolución. Dirán de ella dos caballos: la prosperidad y la abundancia, llevados por el entumecimiento de la pereza y por la seguridad temeraria, porque la abundancia fomenta la flojedad y según la Escritura: La prosperidad acaba con los imprudentes, sólo porque les brinda falsas garantías. Cuando estén diciendo: "Hay paz y seguridad", les caerá encima de improviso el exterminio. No usan espuelas ni látigos o cosa semejante, utilizan el quitasol para dar sombra y el abanico para dar aire.

Este quitasol es el Disimulo, que con su sombra resguarda del bochorno de las preocupaciones. Y para que no

sienta el calor de los afanes, la encubren bajo el velo del disimulo. El abanico es la Prodigalidad, que reporta el aire de la adulación. Por eso los lujuriosos derrochan generosidad para comprar con oro la brisa de los aduladores. Y dejemos ya el tema.

Por su parte, la Avaricia es también arrastrada sobre las ruedas de cuatro vicios que son la pusilanimidad, la Inhumanidad, el Menosprecio de Dios y el Olvido de la muerte. Y los caballos que tiran son la Tenacidad y el Robo, ambas conducidas por el Ansia de poseer. La Avaricia es la única que no tolera varios aurigas; le basta con uno. Pero está maravillosamente preparado y es infatigable para su trabajo, azuzando enérgicamente a los caballos con dos vivísimos látigos: la Pasión por adquirir y el Miedo a la bancarrota.

Existen además otros príncipes del rey de Egipto que llevan sus carros en las expediciones de su señor, como la Soberbia, uno de los príncipes más poderosos, y la impiedad, enemiga de la fe, que goza de especial preponderancia en el reino y en la corte del Faraón. Hay otros innumerables gobernadores y caballeros de rango inferior en el ejército del Faraón. Sus nombres, oficios y pertrechos de guerra los dejo a vuestra agudeza, para que os ejercitéis.

Este invisible Faraón se mueve por todas panes con la fuerza de estos príncipes y de sus carros, dando rienda suelta a su furor tiránico con todas sus energías contra la familia del Señor, incluso en nuestros tiempos, persiguiendo a Israel que sale de Egipto. Pero éste, sin contar con a protección de carros y armamentos, animado sólo por la mano del Señor canta con seguridad: Cantemos al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Y también: Unos confían en sus carros, otros en su caballería; nosotros invocamos el nombre del Señor Dios nuestro. Esto es cuanto puedo decir sobre la comparación entre la caballería del Señor y los carros del Faraón.

Después de todo esto la llama amiga. Aunque él ya era su amigo antes de liberarla; de lo contrario nunca habría librado a quien no había amado. Y ella fue atraída por el don de la liberación para ser amiga. Escucha cómo lo confiesa: No porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó. Recuérdame ahora a Moisés y a la mujer de Etiopía, y descubre que ya entonces estaba prefigurado el desposorio del Verbo con el alma pecadora. Dime si puedes distinguir qué es más dulce para tu sabor, al considerar la ternura de este misterio: la maravillosa benignidad del Verbo, la gloria inestimable del alma o la confianza inesperada del pecador. Moisés, sin embargo no pudo cambiar de piel a la mujer de Etiopía; Cristo sí. El texto sigue: ¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola! Pero esto lo dejamos para otro sermón. Porque todo lo que nos sirven en la mesa del Esposo debemos tomarlo con avidez, y eructarlo para alabanza y gloria de nuestro Señor Jesús, Cristo, Dios bendito por siempre. Amén.

antes que hacer una reprensión con efectos tan nefastos.

Quizá me respondas que esa obra buena revierte en mi bien, que he liberado a mi alma, que soy inocente de la sangre de ese hombre a quien amonesté, y que le puse en guardia para que se corrija y salve su vida. Pero por mucho que me insistas, ninguna razón me consuela cuando contemplo la muerte de un hijo; como si al reprenderle hubiese buscado mi salvación y no la suya. Aunque haya agotado todos los medios, aunque sepa que puso toda su diligencia para salvar a su hijo enfermo, ¿qué madre dejará de llorar, aunque al final se sienta frustrada, cuando vea que todos sus esfuerzos resultaron inútiles y muere su hijo?

Eso por una muerte temporal. ¿Qué puedo hacer yo sino llorar y gemir sin fin, por la muerte eterna de mi hijo, aunque la conciencia no me acuse de no haberlo anunciado a tiempo? Ya ves de cuántos males se libra a sí mismo y me exime a mí el que reacciona con mansedumbre ante la corrección, la acepta avergonzado, obedece sumiso y lo reconoce todo humildemente. Yo me confieso deudor de esa alma, ministro y siervo suyo, porque es dignísima esposa de mi Señor y puede afirmar con verdad: Mientras el rey estaba sentado en su diván, mi nardo despedía su perfume.

Agradable perfume el de la humildad, que asciende sobre este valle de lágrimas y, después de haber perfumado todo su entorno, difunde en el trono real su deliciosa suavidad. El nardo es una hierba insignificante, pero es muy rica en calorías, según afirman los entendidos. Por eso podemos compararla ahora con la virtud de la humildad, esa que se inflama con las emanaciones del amor santo. Lo digo porque hay una humildad que la caridad alimenta y la hace arder; pero hay otra engendrada en nosotros por la verdad, y es fría. Esta consiste en el conocimiento, aquélla en el afecto. Si miras tu interior a la luz de la verdad, examinándolo con valor y sin contemplaciones, no dudo que te humillarás considerándote despreciable a tus propios ojos, gracias a este verdadero conocimiento de ti mismo, aunque tal vez no puedas aún tolerar que los demás tengan en cuenta tu vileza.

Serás humilde, sí, pero sólo por obra de la verdad, no por la infusión del amor. En cambio, si ilustrado por la luz de tu propia verdad, que te descubrió veraz y saludablemente a ti mismo, estuvieses afectado por el amor, desearías sin duda que todos tuvieran la misma opinión que posees de ti mismo, d ido a la verdad. He dicho expresamente "que posees de ti mismo", porque muchas veces no es conveniente que se divulgue todo o que sabemos de nosotros mismos; el amor de la verdad y la verdad del amor nos impiden desear que se manifieste lo que podría dañar al que lo conozca. Empero, si frenado por el amor a ti mismo retienes encerrado el juicio de la verdad dentro de ti, ¿no sería evidente que amas la verdad menos de lo debido, por preferir tu propio interés y tu honor?

Ya ves, por tanto, cómo no es lo mismo que el hombre, confundido por la luz de la verdad sienta bajamente de sí mismo, o que ayudado por el don del amor consienta espontáneamente en la humillación. Lo primero es inevitable, lo segundo voluntario. Se despojó de su rango, dice, y tomó la condición de esclavo, dándonos una norma de humildad. El se despojó de sí mismo, se humilló, no por un juicio inexorable,

cómo desprecia a la majestad. No pienses que me desprecia sólo a mí. Ya lo dijo el Señor a los Profetas y a los Apóstoles: El que os desprecia a vosotros, me desprecia a mí. Yo no soy Profeta ni Apóstol. Pero me atrevo a decir que hago sus veces; no les igualo en méritos, pero estoy implicado en sus tareas. Aunque es para mí motivo de gran confusión y un grave peligro, ocupo la cátedra de Moisés, pero no puedo apropiarme su vida ni experimento su gracia. Entonces ¿habrá que desechar la cátedra porque la ocupa un indigno? Aunque en ella se sienten los escribas y fariseos, dice: Haced lo que dicen.

Muchas veces se une la intolerancia al desprecio; y en vez de intentar enmendarse una vez corregido, se indigna incluso con el que le reprende, como el frenético que rechaza la mano del médico. ¡Extraña perversidad! ¡Se irrita contra el médico y no contra el que le ha herido! Alguien lanza a oscuras su saeta contra los rectos de corazón y te ha herido a ti de muerte. ¿Por qué no te irritas contra él? ¿Por qué te enojas contra mí, que deseo sanarte? Enojaos, dice, y no pequéis. Si te indigna el pecado, no pecas y además borras el pecado cometido. Pero si rechazas e remedio añades un pecado a otro, porque te indignas sin razón; eso es un, pecado sobremanera pecaminoso.

A veces se suma además la petulancia;.no sólo no se tolera la corrección, sino que con toda osadía se defiende lo que ha motivado la reprensión. Eso equivale a la desesperación. Tú, ramera desfachatada, no sentías vergüenza, dice. Y también: Me serenaré y no volveré a irritarme. Sólo oírlo me estremece. ¿No sientes cuánto peligro, horror y temblor implica la defensa del pecado? Dice además: "A los que yo amo los corrijo y los reprendo". Por tanto, si te ha abandonado su celo, también su amor, y serás indigno de él si crees que no mereces su castigo. Piensa que Dios se irrita más cuando no se indigna: Tratemos con clemencia al hermano y no aprenderá a cumplir su justicia. Yo rehúso esa misericordia. Esa clemencia es peor que todas las iras, pues me cierra todo el camino de salvación.

Según el consejo del Profeta, mucho más acertado es a mi juicio adherirme a la disciplina, para que no se irrite el Señor y vaya yo a la ruina. Deseo que te indignes conmigo, Padre de las misericordias, pero con esa ira por la que corriges al descarriado, no con la que expulsas del camino. La primera es una reprensión benigna para nosotros; la segunda; un engaño terrible. Cuando más puedo confiar que eres propicio conmigo, no es cuando te ignoro, sino cuando te siento airado. Porque en la ira te acordarás de la compasión. Señor, tú les respondías, tú eras para ellos un Dios de perdón. Se refiere a Moisés, Aarón y Samuel; llama compasión al hecho de que Dios no disimulara sus excesos. Vete tú ahora y exclúyete eternamente de su compasión, por defender el error y desautorizar su reprensión. ¿No es eso llamar bien al mal y mal al bien? ¿Acaso esa odiosa intolerancia no hará germinar en seguida la impenitencia, madre de la desesperación? ¿Quién puede arrepentirse de lo que tiene por bueno? ¡Ay de ellos!, dice. Y este lamento es eterno. Una cosa es ser tentado porque arrastra y seduce el propio deseo, y otra cosa es apetecer espontáneamente el mal como bien, correr con falsa seguridad hacia la muerte como si fuera la vida. Por todo esto, preferiría a veces callar y disimular la maldad que he sorprendido,

Sermón 40

Cual es ese rostro del alma, del que se concluye su belleza. Hay que considerar dos aspectos de la intención del alma: su objeto y su causa, como si fuesen las dos mejillas. Como y cuando debe apetecerse especialmente la soledad de la tórtola; como se fomenta esta soledad y la manera de evitar los juicios.

¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola! El pudor de la esposa es muy delicado. Y creo que la conminación del esposo la colmó de rubor; por eso se destacó más todavía su belleza. Y en seguida oyó: ¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola! Pero no pienses que su rostro se desfigure por el color de sus mejillas, que destilan de modo imperceptible, superficialmente y por igual sobre su piel transparente, como si segregase una mezcla de sangre sonrosada, resultado de una equilibrada combinación, cuya consecuencia es ese rubor algo pálido que embellece las mejillas y consigue que descuelle el efecto de su hermosura cor oral.

Por lo demás, la sustancia incorporal e invisible de alma no se percibe a través de los miembros del cuerpo, ni sobresale al exterior a causa de los colores sensibles. Tú procura llegar, si puedes, a su esencia espiritual con una mirada espiritual, y piensa que la intención del alma es como el rostro del espíritu: así descubriremos la oportunidad de la analogía propuesta. Esa intención la manifiestan sus obras rectas, a igual que por la belleza del rostro se induce la del cuerpo. Y considera su pudor, como su cara sonrosada, una virtud que realza su belleza y hace aumentar su gracia. ¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a las de una tórtola!

Podía haber representado su rostro y descrito su belleza de otra manera más usual, como suele hacerse encomiando su hermosura o el encanto de su rostro. Pero ignoro qué pretendería al referirse en plural a sus dos mejillas, pues no se me ocurre pensar que lo hizo así sin razón alguna. Porque quien habla es el Espíritu de la sabiduría, que nunca se permite suscribir nada inútil o afirmar algo que no sea necesario. Existe sin duda alguna razón, la que sea; por la que prefirió hablar en plural de sus dos mejillas y no se refirió en singular a su rostro. Si tú no tienes otro mejor, expondré lo que pienso.

Ya dijimos que se requieren dos aspectos en toda intención: el objeto de su causa. Es decir, qué es lo que deseas y por qué. De ambos aspectos se concluye si el alma es bella o deforme. Así, por ejemplo, un alma cuya intención es recta y pudorosa por su objeto y por su causa, merece realmente y con razón escuchar esta alabanza: ¡Qué bellas tus mejillas parecidas a las de una tórtola! Pero si alguna de las dos no fuese así, no se podrá afirmar que sus mejillas son bellas como las de una tórtola, debido a su deformidad parcial. Mucho menos, si bajo ningún aspecto es digna su intención. Lo explicaremos mejor con algunos ejemplos.

Supongamos que alguien desea hallar la verdad sólo por amor a la verdad. ¿No crees que su intención junto con su motivo es honesta, y con razón se apropiaría esta alabanza: "¡Qué bellas tus mejillas, parecidas a

las de una tórtola!". Porque en ninguna de ellas aparece la más leve mota. Pero si no desea la verdad, sino la vanagloria o cualquier otra ventaja temporal, ¿crees que su intención y sus motivos son honestos? Aunque sea bonita una de sus mejillas, creo que no dudarás en juzgar que es parcialmente deforme, ya que la otra cara de la intención se afeó por su defecto. ¿Y qué juzgarás de una persona cuya intención carece de toda honestidad, porque vive enredada por los deleites, sumida en la gula y en la lujuria, como esos cuyo Dios es el vientre y, centrados en lo terreno, ponen su gloria en sus vergüenzas? ¿Acaso no la juzgarás plenamente deforme por ambas mejillas, porque su intención es reprobable por su objeto y su motivo?

Es propio, por tanto, del alma mundana orientar su intención, no hacia Dios, sino hacia el mundo, porque sus dos mejillas carecen de belleza. Pero aparentar dirigirse hacia Dios, y no por Dios, es exactamente de hipócritas; una de sus mejillas parece hermosa, porque va hacia Dios con alguna especie de intención, pero su apariencia destruye toda su belleza y la hace plenamente deforme. En cambio, si vuelve su intención sólo o especialmente hacia Dios, buscando lo necesario para la vida presente, su rostro no se corrompe entero por la tez de su hipocresía, pero deduciremos que, debido al defecto de su falso temor, desdora su belleza y la hace menos agradable.

Por el contrario, buscar algo distinto de Dios, aunque sea por Dios, no corresponde al ocio de María, sino al negocio de Marta. Pero no se nos ocurra pensar que ésa tiene algún defecto. Aunque yo tampoco diría rotundamente que su belleza es plenamente perfecta, pues todavía anda inquieta y nerviosa con tantas cosas, y no puede librarse al menos del polvillo de sus ocupaciones terrenas. Mas se limpiará en seguida y con toda facilidad, aunque sea a la hora de su santa muerte, con la intención honesta y buscando a Dios con buena conciencia. Por tanto, buscar a Dios solo y por él solo, eso es sin duda alguna tener un rostro bellísimo, bajo los dos aspectos de su intención; lo cuál es propio y exclusivo de la esposa, que merece escuchar esta exclamación en justicia y por singular prerrogativa: ¡Que bellas son tus mejillas, parecidas a las de una tórtola!.

¿Por qué a las de una tórtola? La tórtola es una avecilla recatada que no convive con varios, sino que vive feliz sólo con su pareja. Y cuando la pierde, en adelante se queda solitaria. Por tanto, tú que escuchas esto, no oigas en vano lo que se escribió para ti y ahora se trata y expone para ti. Si te sientes movido por estos impulsos del Espíritu Santo y te apasiona convertir tu alma en esposa de Dios, esfuérzate por embellecer las dos mejillas de tu intención. Imita a esta castísima avecilla, y quédate solo en tu soledad, como el Profeta, porque te has elevado sobre ti mismo. En efecto, desposarte con el Señor de los ángeles es superior a ti mismo. ¿O no está por encima de ti estar unido al Señor y ser un espíritu con él? Siéntate, pues, solitario como la tórtola. Que nada te turbe entre la muchedumbre de los demás; olvida, incluso, tu pueblo y la casa de tu padre; y el Rey se prendará de tu belleza.

¡Oh alma santa!, permanece solitaria y resérvate exclusivamente para el Señor, a quien has elegido para ti entre todos. Huye de las gentes, huye hasta de las familiares; aléjate de los amigos e íntimos, hasta del que te sirve. ¿No sabes que tienes un esposo muy pudoroso, que de ninguna manera

Sermón 42

Cual es el contexto de: mientras el Rey estaba en su diván, etc. Sobre las correcciones acogidas con poca docilidad por desprecio, intolerancia o petulancia. Cuales son los sentimientos personales cuando un hermano desprecia su corrección. Hay una doble humildad: la del conocimiento y la del afecto; con que clase de humildad se humillo Cristo. Como ascendemos desde la humildad de conocimiento a la del afecto. Que humildad es la del nardo aromático. Cual es el diván del Rey y como corresponde este texto a la iglesia primitiva.

Mientras el rey estaba en su diván, mi nardo despedía su perfume. Estas son las palabras de la esposa que hemos diferir hasta hoy. Esta fue su respuesta a la corrección de su esposo; pero no la dirigió a su esposo; sino a sus amigos, como se desprende de la misma contestación. Porque no se dirige a una segunda persona: "Mientras estabas en su diván", sino: Mientras esta a en su diván. Es claro que no le habla a él, sino de él. No olvides que el esposo --como vimos- se retiró después de reprenderla o corregirla, al advertir que sus mejillas se sonrojaron de pudor, para que en su ausencia desahogara con mayor libertad sus sentimientos. Así podría reanimarla el consuelo de sus amigos si, como suele suceder, se intimidó demasiado o quedó muy abatida. Aunque tampoco dejó de consolarla él mismo cuanto juzgó oportuno en aquel momento. Pues para testimoniar cuánto le había satisfecho su digna reacción ante aquella reprensión, aceptándola debidamente, antes de ausentarse prorrumpió en alabanzas suyas, sin duda por todo lo que le amaba, enalteciendo la belleza de su cuello y sus mejillas.

Efectivamente, los que permanecieron a su lado le hablan dulcemente, presentándole sus obsequios, conscientes de la voluntad de su Señor. Por esta razón, su respuesta se dirige a ellos. Este es el contexto del sentido litera

Pero antes de comenzar a extraer el núcleo espiritual de esta concha, os hablaré brevemente de otra cosa. Dichoso el que responde a la corrección como el modelo que nos presenta nuestro texto. ¡Ojalá nunca hubiese necesidad de corregir a nadie! Sería mucho mejor. Pero como todos fallamos muchas veces, yo no puedo guardar silencio, pues por mi cargo tengo la obligación de denunciar al pecador; y por encima de eso, me lo exige aún más el amor. Pero vosotros, hermanos, ¿cómo creéis que puede afectarme si lo denuncio cumpliendo mi cometido y la corrección procedente no surge el efecto esperado, porque se vuelve contra mí como una flecha que hiere y rebota? ¿No he de angustiarme? ¿No me ha de atormentar? Apropiándome las palabras del Maestro, ya que no puedo decirlas con su sabiduría, me siento aprisionado por ambos lados y no sé qué elegir: si complacerme por lo que he dicho llevado por mi deber, o arrepentirme de mis palabras porque no conseguí lo que deseaba. Pretendí matar al enemigo para salvar al hermano, y sucedió todo lo contrario: herí a un alma y agravé su culpa, porque ahora le domina también el menosprecio.

No quieren escucharte, dice, porque no desean oírme a mí. Ya ves

cualquier otra analogía hermosa, con que las anteriores se presentan dignamente revestidas.

Parece que éste sería el sentido concreto de otra versión que dice: Haremos para ti imágenes de oro, taraceadas de plata. Una cosa es con incrustaciones de plata, y otra tarareadas de plata. Yo creo que su significado estriba en que esas imágenes no sólo se sugieren interiormente por los ángeles, sino que ellos mismos sirven su belleza a la palabra exterior; por lo que, debidamente ornamentada, los oyentes la entienden con mayor facilidad y deleite. Y si me preguntas: "¿Qué relación hay entre la palabra y la plata?", te contesta el Profeta: las palabras del Señor son palabras auténticas, como plata limpia de ganga, refinada siete veces. Así los ministros celestiales del alma, que peregrinan en la tierra, elaboran pendientes de oro incrustados de plata para obsequio de la esposa.

Piensa cómo ella desea una cosa y recibe otra. Suspira por la quietud de la contemplación y se le imponen los desvelos de la predicación. Sólo tiene sed de la presencia de su esposo y se la carga con los afanes de dar a luz y alimentar a los hijos del esposo. Es más: cuando sólo suspiraba, como recuerdas, por los abrazos y besos del esposo, le responden: Tus pechos son mejores que el vino, para que comprenda que es madre y está obligada a criar a los niños y alimentar a los hijos. Posiblemente tú mismo, si no eres perezoso para hallarlo, encontrarás esto mismo en otros lugares de este Cantar. ¿No estaba así prefigurado antiguamente en el santo patriarca Jacob cuando se frustraron sus deseos, y tras esperar tanto tiempo los abrazos de Raquel tuvo que aceptar, a su pesar e ignorándolo, a la legañosa y fecunda, en lugar de la hermosa y estéril? Eso mismo sucede aquí a la esposa: ansía saber e informarse dónde pastorea y se recuesta el esposo al mediodía, y debe resignarse a llevar unos pendientes de oro incrustados de plata, esta es, la sabiduría unida a la elocuencia, sin duda para ejercer el ministerio de la predicación.

Así aprendemos a interrumpir muchas veces la dulzura de los besos para amamantar a los hijos, porque nadie debe vivir para sí mismo sino para todos, por aquel que murió por todos. Ay de los que recibieron el don de pensar y de hablar bien de Dios, si se sirven de la piedad como negocio. si convienen en vanagloria lo qué se les dio para gloria de Dios y piensan en grandezas porque no les tira lo humilde. Teman lo que dice el Señor por boca del Profeta: Yo les daba mi oro y mi plata; pero ellos se fabricaban con mi oro y mi plata un ídolo a Baal. A la esposa le increparon por una parte, y por otra le hicieron grandes promesas; escucha cómo reacciona a continuación. Ni se engríe con las promesas, ni se irrita por el rechazo. Se identifica con la Escritura: Reprende al sensato, que te amará. Y con respecto a los obsequios y promesas: Cuanto más grande seas, humíllate en todo. Ambas cosas se evidencian mejor en su respuesta. Pero si no os parece mal, esta cuestión la dejamos para el comienzo del siguiente sermón. Y por todo lo que hemos expuesto glorifiquemos al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Cristo Jesús, Dios bendito por siempre. Amén.

te regalaría con su presencia delante de otros? Aléjate, pues, pero con el corazón, no corporalmente; con tu intención, con tu devoción, con tu espíritu. El Santo Ungido del Señor, tu aliento, busca la soledad de tu espíritu, no la del cuerpo; aunque a ratos no está mal que te separes también corporalmente, cuando puedas hacerlo con discreción, en especial durante la oración.

El Señor te ha mandado cómo debes cumplirlo: Tú, cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y ora. El cumplió lo que dijo: pasaba las noches orando a solas. No sólo se escondía de las turbas, tampoco admitía consigo a ninguno de sus discípulos ni familiares. Al final, cuando se le venía encima la muerte, llevó consigo a sus tres más íntimos. Pero se arrancó de ellos, porque deseaba orar. Haz tú lo mismo cuando quieras orar.

Por lo demás, sólo te exige la soledad del corazón y del espíritu. Estarás solo si no piensas en torpezas, si no te afecta lo presente, si desprecias lo que angustia a muchos, si te aburre lo que todos desean, si evitas toda discusión, si no te impresionan las desgracias, si no recuerdas las injurias. De lo contrario no te encontrarás solo ni en la soledad más absoluta. ¿Ves cómo puedes vivir solo rodeado de muchos y entre muchos solo? Puedes estar solo por frecuente que sea tu trato con los hombres. Líbrate únicamente de ocuparte en vidas ajenas como juez temerario, o como espía curioso. Aunque sorprendas a alguien en la mayor atrocidad, no juzgues a tu prójimo, más bien excúsalo. Si no puedes excusar su acción, excusa su intención; piensa que ha sido por ignorancia, por sorpresa o debilidad. Cuando la certeza ha a imposible toda excusa, amonéstate a ti mismo y haz esta reflexión: "Ha sido una tentación muy fuerte. ¿Qué habría hecho yo, si hubiese sido tan violenta conmigo?".

Pero os recuerdo que hablo con la esposa y no estoy instruyendo al amigo del esposo, que tiene sobre sí otras razones para evitar el pecado, para explorar si ha pecado y para enmendarse del pecado. La esposa, no; está libre de esos menesteres, vive sola para sí y para aquel a quien ama, su Esposo y Señor, que es Dios bendito por siempre. Amén.

Sermón 41

Sobre el cuello del alma, que se aplica correctamente al entendimiento. Quienes pueden decir: pendientes de oro, etc. Cuales son los pendientes de oro incrustados de plata, y como se forman por el ministerio de los Ángeles las visiones internas. Como la esposa pide una cosa y recibe otra: en vez de la paz contemplativa el ministerio de la predicación.

¡Qué bello es tu cuello con los collares! El cuello suele adornarse con collares, pero no se compara con ellos. Háganlo quienes carezcan de belleza propia y necesitan mendigarla para aparentar una hermosura que no poseen. Pero el cuello de la esposa es bello por si mismo, tan ricamente formado por la naturaleza que no requiere adornos ajenos. ¿Para qué necesita aderezos artificiales, si le basta su belleza propia y natural, y los mismos collares que se llevan como adorno no pueden igualar su belleza? Esto quiso dar a entender cuando no dijo lo normal -que los collares cuelgan de su cuello sino que éste es como los collares.

Debemos, pues, invocar al Espíritu Santo para que, así como se ha dignado explicarnos el sentido de las mejillas espirituales de la esposa, nos conceda también descubrir el significado espiritual de su cuello. Como yo debo hablar de lo que siento, de momento no veo nada más verosímil ni más probable que designar con el nombre de cuello al entendimiento del alma. Creo que tú pensarás lo mismo si atiendes a la razón de la analogía. ¿No te parece que en cierto sentido el entendimiento realiza las funciones del cuello? Efectivamente, tu alma lleva a través de él los alimentos vitales a su espíritu; y los distribuye por las entrañas de sus afectos y acciones. El cuello de la esposa, es decir, el entendimiento puro y simple, no necesita adorno alguno, pues brilla por sí mismo con la verdad desnuda y abierta. Al contrario, él mismo, como precioso collar, adorna su alma y por eso se le describe semejante a los collares. Buen collar es la verdad, la pureza y la sencillez; buen collar es el saber sobriamente. El entendimiento de los filósofos o herejes no tiene esa belleza propia de la pureza y de la verdad. Por eso se preocupan tanto de colorearlo y teñirlo con los collares de la elocuencia y los silogismos sutiles; si lo presentan al natural, aparecería la deformidad de su falsedad.

Y prosigue: Te haremos pendientes de oro, incrustados de plata. Si hubiese dicho "te haré" en singular, y no "te haremos" en plural, aseguraría firme y absolutamente que se lo dice el esposo. Pero piensa si no es más propio que se lo asignemos a sus compañeros. Ellos, para consolar a la esposa con esa promesa, por su ardiente pasión para llegar a gozar de la visión, le regalarán unos pendientes hermosos y de gran precio para adorno de sus orejas. En mi opinión; es porque la fe sigue al mensaje de la palabra. Mientras nos guíe la fe y no la visión, deberemos usar más nuestros oídos y atender más a nuestra instrucción mediante el mensaje, que al ejercicio de los ojos. Pues en vano se entrega a la contemplación quien carezca de una fe pura, ya que sólo se promete la visión perfecta a los limpios de corazón. Y así está escrito: He purificado sus corazones en la fe.

Por tanto, si la fe sigue al mensaje y purifica la visión, no en vano pretendían adornar sus orejas, pues el oído, como nos enseña el común sentir, dispone para la visión. "Tú, esposa, le dicen, "te desvives por contemplar a tu amado; pero eso se reserva para otra sazón. Con todo, te regalamos para el presente las joyas de tus orejas, para que te consueles mientras tanto y te prepares para recibir lo que pides". Como diciéndole aquello del Profeta: "Escucha, hija, mira. Deseas verlo, pero antes debes escuchar. El oído es un escalón previo para la visión. Por tanto, escucha; inclina tu oído con los pendientes que te regalamos, para que mediante la sumisión de la escucha llegues a la gloria de la visión. Te hacemos oír el gozo y la alegría; porque le corresponde al que es tu amor, y no está a nuestro alcance concederte la visión, que colmará la plenitud de tu gozo y de tus anhelos. El se te mostrará para que tu gozo sea completo; él te saciará de gozo en su presencia. Mientras tanto recibe de nuestras manos estos pendientes para tu consuelo, y él te colmará de alegría perpetua a su derecha".

Debemos considerar qué clase de pendientes le ofrecen, porque prosigue: De oro, incrustados de plata. El oro corresponde al fulgor de la divinidad; el aro es el saber que baja de lo alto. Le prometen que le harán con este oro una especie de señales refulgentes de la verdad, como haciendo las veces de los artífices celestiales que ejercen ese ministerio. para insertarlos en los oídos interiores del alma. Yo creo que se trata simplemente de entretejer una especie de imágenes celestiales y colocar en ellas los purísimos sentidos de la sabiduría divina, para que mirándola el alma contemplativa lucha ver, al menos confusamente en un espejo, lo que aún no es capaz de contemplar cara a cara.

Lo que trato de explicar es algo divino, absolutamente desconocido para quienes no lo experimentan, a saber: cómo con este cuerpo mortal que aún permanece en el estadio de la fe, v sin haberse manifestado la sustancia de esta brillante luz interior, seremos capaces de contemplar cómo actúa la verdad en nuestro interior, si bien parcialmente; de modo que cualquiera de nosotros podría apropiarse por un don recibido de lo alto aquello del Apóstol: A ora conozco limitadamente. Y también: En parte conocemos y en parte profetizamos.

Pero cuando por un rapto y con la rapidez de un rayo se haga visible algo divino al espíritu que se halla en éxtasis, sea para amortiguar el excesivo resplandor, o para provecho de su enseñanza, inmediatamente, y no sé de dónde, se hacen presentes ciertas analogías imaginativas de las realidades inferiores, adaptadas convenientemente a los sentidos infundidos de un modo divino, mediante las cuales se sombrea ese purísimo y brillantísimo rayo de verdad; y se hace más tolerable para el alma, y más asequible para comunicárselo a quien se desee. Yo creo que se forman en nosotros por intervención de sugerencias angélicas. Y al contrario: es indudable que las imágenes malas y adversas se introducen por ciertas sugestiones de los ángeles malos.

Posiblemente lo que el Apóstol veía como confusamente en un espejo, coincide con estas puras y bellas imágenes fabricadas como por mano de los ángeles. De este modo tendríamos que atribuir al mismo Dios lo que sentimos en visión pura, sin mezcla de toda fantasía de la imaginación corporal; y al ministerio de los ángeles

siente abrazada por los brazos de Dios, que descansa en el seno de Dios, que la protege el desvelo y la vigilancia de Dios, para que nadie perturbe su sueño antes de que se despierte?

Bien, veamos ya cuál es ese sueño que el esposo desea para su favorita, del que no tolera que la despierte nadie sino su capricho; pues puede ocurrir que alguien se apoye en aquellas palabras del Apóstol: Ya es hora de despertarnos del sueño, o en aquellas con las que el Profeta pide al mismo Dios que dé luz a sus ojos para que no se duerma en la muerte; y ofuscado con estas palabras equívocas, llegue a creer que el sueño mencionado en este pasaje no es digno de la esposa. Pues en modo alguno es semejante al de Lázaro, del que dice el Señor en el Evangelio: Nuestro amigo Lázaro se ha dormido; vamos a despertarlo. El se refería a su muerte corporal; pero los discípulos creyeron que se refería al verdadero sueño.

Este sueño de la esposa no es el corporal, ese apacible sopor transitorio de la carne o ese otro terrible que arranca la vida en su raíz; ni mucho menos ese que adormece en el pecado y acarrea la muerte irreversible. Al contrario, es un adormecimiento vivificador y vigilante que ilumina los sentidos interiores y, preservando de la muerte, infunde una vida sempiterna. Es en realidad una dormición que no adormece los sentidos, porque los arrebata violentamente. Es también una muerte, sin duda, aquella de que habla el Apóstol exhortando a los que aún vivían en la carne: Habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Por ello no será ningún absurdo si llamo yo muerte al éxtasis de la esposa, que tampoco es vida, sino que salva la vida de la trampa y así puede exclamar: Como un pájaro hemos salvado la vida de la trampa del cazador. Esta vida discurre entre múltiples asechanzas. Pero no debe temerlas el alma, cuando se ve arrobada de sí misma por algún pensamiento sano y violento, siempre que se remonta y vuela hasta dejar atrás la facultad común y habitual del pensamiento. Porque en vano se tiende una red visible a las aves que vuelan. ¿Cómo temer la lujuria si no se siente ni la vida? Cuando el alma se libera de toda sensación, aunque conserva la vida, obviamente dejará de sentir las tentaciones de esta vida. ¿Quién me diera alas de paloma para volar y posarme! ¡Ojalá cayese en esa muerte con frecuencia, para escaparme de los lazos de la muerte y no sentir los halagos mortales de la vida lujuriosa, para que no me aturda el sentido del placer, ni las ansias de la avaricia, ni la pasión de la ira y de la impaciencia, ni la angustia de las inquietudes, ni el sobresalto de los negocios! Muera mi alma con la muerte de los justos y no le envolverá la injusticia, ni la deleitará iniquidad alguna. Dichosa esa muerte que no arrebata la vida, sino que la transporta a otra mejor; maravillosa muerte, la que no derrumba el cuerpo y eleva el alma.

Pero esto es propio de los hombres. Muera también mi alma, si así se puede hablar, con la muerte propia de los ángeles. De ese modo perdería el recuerdo de las realidades presentes, se despojaría no sólo de la codicia por lo inferior y lo corporal, sino también de sus mismas imágenes, y viviría familiarmente con aquellos que poseen una pureza semejante.

La contemplación, creo yo, estriba parcial o plenamente en este arrobamiento. Porque corresponde a la virtud humana no dejarse poseer por

conseguiré por su favor ser uno de sus amigos? Porque el amigo del esposo que está a su disposición se alegra mucho al oír su voz. Y su voz suena en los oídos de la amada: escuchémosla y alegrémonos. Ya están juntos; hablan entre sí; acerquémonos: que no nos priven de este coloquio ni los afanes mundanos ni los halagos de la carne.

¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Son palabras de admiración y de alabanza. Con razón debe ser admirada la que no perdió la inocencia y conservó la humildad. Con razón la llama hermosa dos veces, pues siempre fue doblemente hermosa. Es muy raro hallar en este mundo alguien que no haya perdido la inocencia, o que por su santidad no haya relegado la humildad. Por eso es dichosa la que retiene las dos. ¿Deseas una prueba? De nada le reprochaba su conciencia y, sin embargo, no desechó la corrección. Nosotros, que tanto hemos pecado, difícilmente la soportamos; pero ella, sin haber pecado, escucha ecuánime sus increpaciones. ¿O no era oportuno su deseo de contemplar al esposo en todo su esplendor? Al contrario: es encomiable. Con todo, acogió arrepentida la amonestación y dijo: Mi amado es para mí una bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Es decir, ya me basta; no quiero conocer más que a Jesús, y a éste crucificado.

¡Extraordinaria humildad! Es inocente y adopta con espontaneidad los sentimientos de una penitente; da lugar al arrepentimiento sin tener de qué arrepentirse. Si no cometió mal alguno, te preguntarás por qué fue reprendida. Escucha, empero, lo que dispuso la prudencia del esposo. Ahora somete a prueba la humildad de la esposa, como antiguamente la fe de Abrahán. Y así como éste, consumada su obediencia, escuchó estas palabras: Ya te comprobado que temes a Dios, asimismo ella escucha otras parecidas: Ya he comprobado que eres humilde. Eso es lo que quiere decir cuando exclama: ¡Qué hermosa eres, amada mía! Y repite la alabanza, como señalando que a la gloria de la santidad se incorpora la belleza de la humildad. ¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Ahora me cercioro de que eres hermosa, no sólo por mi amor, sino también por tu humildad. Ya no digo que eres hermosa entre las mujeres, o que son hermosas tus mejillas o tu cuello, como antes lo decía; sino sencillamente que eres hermosa sobre toda comparación, distinción u otro aspecto particular.

Y añade: Tienes ojos de paloma. Sigue ensalzando abiertamente su humildad. Y quiere dar a entender que cuando fue reprochada por sus excesivas aspiraciones, inmediatamente aceptó apearse para decir cosas más sencillas: Mi amado es para mí una bolsita de mirra. Hay por cierto una gran diferencia entre la faz de la gloria y la bolsita de mirra. Efectivamente, esto es un síntoma clarísimo de humildad, hasta tal punto que ahora se recrea en llamarla así: Tienes ojos de paloma. Es decir, va no pretendes grandezas que superan tu capacidad, pues como las aves más sencillas te contentas con lo más simple, anidando en los huecos de la peña y morando en mis llagas. Eres feliz contemplando simplemente con ojos de paloma los misterios de mi encarnación y de mi pasión.

Y puesto que el Espíritu Santo se apareció en forma de paloma, este simbolismo aplicado a la esposa, sugiere más la mirada espiritual que la sencilla. Si os gusta esta interpretación, debes relacionar este pasaje con aquel

en que los amigos del esposo prometieron regalarle pendientes de oro, sin pretender, como os dije, adornar sus orejas corporales, sino prepararla para la escucha del corazón. Pudo suceder que por haberse purificado más su corazón mediante una fe atenta a la escucha, se tornara por ello más apta que antes para la contemplación. La vio progresar en una contemplación más íntima gracias a los pendientes que recibió, y le agradó al esposo a quien de suyo siempre le satisface más que se le contemple en espíritu. Y teniendo en cuenta lo que dice en su requiebro: Tienes ojos de paloma, viene a concluir: Contémplame ya en espíritu, porque Cristo el Señor es el espíritu en tu vida. Y puedes conseguirlo, porque tienes ojos de paloma. Antes no podías y por eso tuve que reprimirte; ahora puedes hacerlo colmadamente, porque tienes ojos de paloma, es decir son espirituales. No has logrado tanto como deseabas; todavía no eres capaz de llegar a ello, pero posees lo que entretanto te basta. Se te llevará de claridad en claridad; mira ahora cuanto puedas, y cuanto más puedas mejor verás".

No creo, hermanos, no pienso que esta visión es igual para todos, aunque sea inferior a la que poseeremos en el futuro. Y seguimos con lo que leemos a continuación. Dice así: ¡Qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres! Como puedes comprender ha ascendido hasta lo más alto y ha llega o hasta el extremo más sublime del espíritu, desde donde se permite como apropiarse de su amado, que es el Señor del universo. Observa que no dice sencillamente amado", sino amado mío, designándolo como algo propio. Extraordinaria visión, efectivamente, que llega a tal extremo de confianza y seguridad que no descubre al Señor universal como señor sino como amado. A mi entender, ahora prescinde por completo de la imaginación sensitiva de su carne mortal, de su cruz y de todo lo que se refiere a sus debilidades corporales. Según el Profeta; en su naturaleza humana no quedaba en él figura ni belleza. Y al contemplarlo ahora lo llama bello y hermoso, dando a entender que se le ha aparecido en otra visión más excelsa. Habla con la esposa como con el santo Moisés, de boca a boca, y ve a Dios abiertamente, no confusamente en un espejo. Expresa con sus labios lo que contempla con su espíritu, en una visión sublime y deliciosa.

Sus ojos vieron al Rey en su belleza, pero no como rey sino como amado. Alguien llegó a verlo sentado sobre un trono alto y excelso y otro atestigua que se le apareció cara a cara; pero a mi entender a ambos supera la esposa, porque ellos vieron al Señor y ella al amado. Así está escrito: Vi al Señor sobre un trono alto y excelso. Y también: He visto al Señor y he quedado vivo. Pero dice: Si soy Señor, ¿dónde está mi temor? Si ellos recibieron la revelación con temor, porque donde está el Señor allí hay temor, por mi parte, si hubiera opción a ello, yo escogería con más gusto y aprecio la visión de la esposa, porque descubro que se le concedió con el mejor de los afectos: el amor. El temor implica aflicción, pero el amor perfecto excluye todo temor. Es cierto que hay una gran diferencia en manifestarse entre sus temibles proezas en favor de los hombres o ser el más bello de los hombres. ¡Qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres. En estas palabras resuena el amor, no el temor.

Pero quizá te asalten las dudas y te preguntes a ti mismo: "¿Por qué razón las palabras del Verbo se dirigen

Sermón 52

Sentido literal de la frase: os conjuro, etc. Y manifestación de la divina bondad para con el alma. Cual es el sueño de la esposa del cual prohíbe el esposo despertarla. A que clase de éxtasis llamamos especialmente contemplación. Cuales son las gacelas y ciervos de los campos; increpación a las muchachas, para que no molesten a la amada por cualquier motivo.

Hijas de Jerusalén, por los ciervos y gacelas de los campos, os conjuro que no vayáis a molestar, que no despertéis a la amada hasta que ella quiera. Se lo prohíbe a las muchachas; las llama hijas de Jerusalén porque son delicadas y blandas, débiles por sus afectos tiernos y por sus obras. Pero se entregan a la esposa con la esperanza de progresar y llegar a Jerusalén. Se les prohíbe que no molesten el sueño de la esposa, que no se atrevan a despertarla, a no ser que ella lo desee. Porque su dulcísimo esposo puso precisamente su mano izquierda bajo su cabeza. Tal como lo he explicado, hizo que descansara y durmiese ella sobre su seno. A ora -y lo dice a continuación la Escritura- él mismo guarda y vela su sueño con una benevolencia condescendiente, para que no se vea obligada a vigilar con inquietud las necesidades frecuentes y más insignificantes de las muchachas. Esta es la coherencia liberal del texto.

Pero la conjuración por los ciervos y gacelas de los campos parece que no guarda relación con el sentido literal y lógico de la frase. Sin duda se lo reserva totalmente el sentido espiritual. Como quiera que sea, qué bien nos encontramos aquí, mientras contemplamos algo la bondad, dulzura, condescendencia de la naturaleza divina. ¿Acaso tú, hombre, has experimentado alguna vez en tus afecciones humanas algo más dulce que cuanto ahora se te revela desde el corazón del Altísimo? Y te lo expresa el que todo lo sondea, incluso lo profundo de Dios, el que no puede desconocer sus secretos porque es su Espíritu. Ni puede manifestar sino lo que ha visto en él, porque es el Espíritu de la verdad.

Empero hay alguno entre nosotros que ha merecido deleitarse con la satisfacción dichosa de este don, gracias al cual ha experimentado en sí mismo tan dulce misterio, a no ser que neguemos todo crédito a este pasaje de la Escritura que tenemos entre manos. Aquí se presenta claramente el Esposo celestial ardientemente celoso por la quietud de esta amada suya, atento a mantenerla dormida entre sus propios brazos, sin que le inquiete su dulcísimo sueño, molestia o sobresalto alguno. No cabe en mí más alegría al ver que su majestad se digna descender a nuestra debilidad, hasta unirse con ella tan dulce y familiarmente; al ver que su soberana Divinidad inicia esas bodas con el alma desterrada y no rehúsa mostrarle el afecto de un esposo poseído por un amor ardentísimo. No dudo que en el cielo se realiza así exactamente, como lo leo en la tierra. El alma vivirá en toda su realidad lo que se describe en este pasaje. Pero sus palabras serán absolutamente incapaces de expresar ni lo que percibirá entonces, ni siquiera cuanto ahora experimenta. ¿Cómo concebir todo lo que allí recibirá, si aquí se le concede ya tanta familiaridad, que se

cosas: El centro lo cubrió ron el esmalte del amor por las muchachas de Jerusalén. Pues quien se ha asentado sobre la esperanza, no sirve ya a Dios por temor: descansa en el amor. Por eso duerme y descansa la esposa y dice: Muchachas de Jerusalén, por las ciervas y gacelas de los campos, os conjuro que no vengáis a molestar a la amada basta que ella quiera.

Excelente y maravillosa esa bondad, que hace descansar en su seno al alma contemplativa e incluso la libra de toda ocupación perniciosa, y la protege de toda actividad, de la molestia de toda dependencia, y no consiente que la molesten lo más mínimo hasta que ella quiera. Pero no abordaremos este tema por las prisas de acabar el sermón. Será mejor empezar el siguiente por aquí, para explicarlo con el debido detenimiento, como corresponde a tan deleitable contenido. No porque tenga aptitudes para poder apuntarme algo como propio, sobre todo tratándose de una materia tan digna, excelente y extraordinaria. La aptitud nos la da Dios, el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, bendito por siempre. Amén.

al alma y las del alma al Verbo? ¿Cómo es posible escuchar la voz que se dirige a ella llamándola hermosa? ¿Cómo es capaz de responderle con el mismo requiebro al que acabo de alabarla? ¿Cómo puede suceder esto? Hablamos con palabras, pero la palabra no habla. El alma carece de otros instrumentos para hablar, a no ser que module las palabras con la boca". Es un planteamiento sugestivo, pero ten en cuenta que el Espíritu habla y conviene escucharle espiritualmente. Por tanto, siempre que oigas o leas que el Verbo y el alma hablan entre sí, que se miran mutuamente, no te imagines que se intercambian palabras corporales, ni que se comunican entre ellos a través de imágenes materiales.

Escucha lo que tú debes pensar sobre el particular. El Verbo y el alma son espíritus y poseen sus lenguas con las que se comunican e indican su presencia mutua. La lengua del Verbo es el favor de su condescendencia, y la del alma el fervor de su devoción. El alma no tiene lengua, es un infante que carece de lengua y no puede mantener una conversación con el Verbo. Pero cuando el Verbo mueve su lengua, deseando hablarle al alma, ésta le escuchará necesariamente. Porque la palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos, penetra hasta la unión de alma y espíritu. A su vez, cuando el alma mueve su lengua, tampoco puede esconderse el Verbo, no sólo porque está presente en todo lugar, sino especialmente porque, si no le estimula, la lengua de la devoción no se animará a hablar.

Sí pues, cuando el Verbo le dice al alma: Eres hermosa, y la llama "amada", le infunde la gracia del amor y siente que es amada. Y cuando ella llama al Verbo "amado" y proclama que es "hermoso", le declara sin fingimiento ni engaño que le ama y se siente amada, admirando tanta condescendencia y extasiada por esa gracia. La hermosura del esposo no es sino su amor, tanto más cuanto que es anterior a todo. Por eso exclama con toda la fuerza de sus entrañas y con la voz más penetrante de sus afectos que está dispuesta a amarlo, porque o siente más como amante que como amado. Así pues, las palabras del Verbo son infusión de una gracia y la respuesta del alma es admiración con acción de gracias. Ama más cuanto más vencida se siente por el amor; se admira más cuanto más se ha anticipado ese amor. Por eso no se contenta con llamarlo una sola vez "hermoso" necesita añadir que es bello, manifestando así que su belleza es extraordinaria.

También expresa que su belleza es digna de toda admiración en las dos naturalezas de Cristo: en una por su amor y en la otra por la gracia. ¡Qué hermoso eres para tus ángeles, Señor Jesús, en tu condición divina, desde el día de tu nacimiento, entre esplendores sagrados, antes de la aurora, reflejo de la gloria del Padre e impronta de su ser, espejo sin mancilla de la majestad de Dios! ¡Qué hermoso eres, Señor mío, para mí en esta situación nueva de tu belleza! Desde que te rebajaste, despojándote de la irradiación natural de tu luz inagotable, resplandeció más tu bondad, brilló más tu amor, refulgió más intensamente la gracia. ¡Con qué claridad avanza la constelación de Jacob, qué bella es esa flor que brota del tronco de Jesé, qué luz tan agradable nos ha visitado en las tinieblas, nacida de lo alto! ¡Qué espectáculo tan sorprendente es tu concepción del Espíritu aún para los Poderes celestiales, tu nacimiento de una Virgen, la inocencia de tu vida, la

profundidad de tu doctrina, a gloria de tus milagros, la revelación de tus misterios! ¡Cómo emerges rutilante del corazón de la tierra después del ocaso, Sol de justicia! ¡Qué hermoso eres, Rey de la gloria, cuando te retiras a los más sublimes cielos vestido de gala! ¿Cómo no han de exclamar todos mis huesos: Señor quién como tú?

Esto y otras cosas más descubría la esposa en el amado cuando decía: ¡Qué hermosos eres, amado mío, qué hermoso eres! Indudablemente admiró estas y otras muchas maravillas superiores que transcienden absolutamente nuestra mirada y se escapan a nuestra experiencia. Por eso con esta repetición, subraya la hermosura de sus dos naturalezas. Escucha también cómo rebosa alegría al mirar y conversar con el amado. Le felicita en su presencia entonando un amoroso epitalamio, cuando prosigue: Nuestra cama es de frondas, las vigas de casa son de cedro, el techo de cipreses. Pero dejemos este cantar de la esposa para el sermón siguiente, para que mejor dispuestos con el descanso, volvamos a regocijarnos y exultar con la esposa, para alabanza y gloria de su Esposo, Cristo Jesús nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

pluralidad. Es Sabiduría de Dios, como está escrito: Su sabiduría no tiene medida. Y si lo que es inmutable es incomprensible, y por tanto necesariamente inefable, ¿dónde encontrar palabras que puedan expresar la majestad con propiedad o definirla debidamente? Sin embargo, siempre que nos referimos a ella, sentimos la acción salvadora del Espíritu Santo. La autoridad de los Padres y la familiaridad con las Escrituras nos enseña a valernos de comparaciones con las cosas que conocemos: no encontramos palabras nuevas, pero usamos las conocidas para revestir con ellas esas semejanzas de manera digna y adecuada. De lo contrario, sería ridículo empeñarse en enseñar lo desconocido por lo desconocido.

Ya que por la derecha y la izquierda suele designarse la adversidad y la prosperidad, creo que en este texto se podría entender por la "izquierda" del Verbo la amenaza del suplicio, por la "derecha" la promesa del reino.

A veces el temor del castigo presiona servilmente a nuestro espíritu; por tanto, podemos decir que la mano del esposo no está bajo la cabeza, sino encima y que el alma así afectada seria incapaz de afirmar: Su mano izquierda bajo mi cabeza. Pero si progresa y pasa de ese espíritu servil a un afecto más digno, a un obsequio más espontáneo, y le impulsa más el reclamo del premio que la amenaza del suplicio, entonces afirmará sin duda: Su mano izquierda bajo mi cabeza. Porque ha superado con esa actitud de ánimo más rica y noble su anterior miedo servil, representado por la mano izquierda. Por otra parte, con sus deseos más elevados ha tomado la mano derecha, la de las promesas, como dice el Profeta al Señor: Me saciarás de alegría perpetua a tu derecha. Y concebida esta esperanza dice confiadamente: Me abrazará con su derecha.

Estarás de acuerdo conmigo en que el alma así afectada, al llegar a una situación de tantas dulzuras, podrá apropiarse estas palabras del salmo: En paz me acuesto y enseguida me duermo, apelando a esta razón: Porque tú solo, Señor, me has asentado sobre la esperanza. Así es en realidad. Mientras nos domina el espíritu de la esclavitud y poseemos poca esperanza y un gran temor, andamos fluctuando en la conciencia entre la esperanza y el temor, sin gozar de paz ni de sosiego. Principalmente porque nos atormenta un agudo dolor total, pues el temor anticipa el castigo. Con esa actitud es imposible exclamar: En paz me acuesto y en seguida me duermo, ya que tampoco podemos asegurar que estamos asentados personalmente sobre la esperanza. Por lo demás, al aumentar la gracia comienza a extinguirse el temor y revive la esperanza, hasta que el amor echa fuera el temor. ¿No se halla esa alma establecida en la esperanza y no puede acostarse en paz y dormirse en seguida?

Dice también: Mientras reposabais en vuestras posesiones, las palomas batieron sus alas de plata. Yo pienso que lo dice porque entre el temor y la seguridad hay un espacio, como entre la mano izquierda y la derecha; ese lugar lo ocupa la esperanza, sobre la que descansan serenamente el espíritu y la conciencia, para las cuales ha aderezado el suave lecho del amor. Quizá el verso siguiente del Cantar se refiere a ese espacio intermedio, cuando al describir las andas de Salomón dice entre otras

experiencia que así se complacerá el esposo, se salvarán las doncellas y se consolará ella misma. Recuerdo que esto lo expuse más ampliamente en mi tratado sobre el amor de Dios, pero con otra interpretación. juzgue el lector que la recuerde cuál de las dos le parece mejor o peor. Nadie que sea sensato me condenará por mi diversidad de comentarios si en ambos defiendo la verdad, y si el amor, a cuyo servicio están las Escrituras, edifica a muchos más al ser más los sentidos verdaderos que sacamos de ellas para su provecho. ¿Cómo puede desagradarnos que suceda en la interpretación de las Escrituras lo que experimentamos a cada paso en la realidad más trivial? ¿Cuántos usos, por ejemplo, hacemos del agua en favor de nuestro cuerpo? Tampoco debe resultarnos extraño que cualquier sentencia divina pueda encerrar diversos sentidos, para acomodarlos a las diversas necesidades y situaciones de las almas.

Prosigue: Tiene la mano izquierda bajo mi cabeza y me abrazará con la derecha. También recuerdo que traté esto ampliamente en el referido tratado, pero indiquemos aquí su ilación. Es claro que de nuevo se ha hecho presente el esposo para reanimarla en su desfallecimiento. ¿Cómo no la restablecerá su presencia, si se consternó por su ausencia? No puede tolerar el sufrimiento de su amada. Vuelve a ella, porque no debe retrasarse más ante la llamada insistente de su anhelo. Y vuelve ahora con una remuneración de la gracia más gratificarte aún, pues durante su ausencia ha descubierto la fidelidad de sus obras y una gran solicitud por crecer en sus propios méritos, al pedir que la colmaran de flores y frutos. Por eso sostiene su cabeza desmayada con uno de sus brazos y con el otro la abraza, estrechándola contra su pecho. ¡Dichosa el alma que se reclina sobre el pecho de Jesús y descansa entre los brazos del Verbo! Pone su mano izquierda bajo mi cabeza y me abrazará con su derecha. No dice "me abraza", sino me abrazará. Así le ayuda a saber que estima tanto la primera gracia, que prevé la segunda agradeciéndola.

Aprende a no demorar por pereza la acción de gracias aprende a ser agradecido por cada uno de sus dones. Como él dice: Mira bien lo que te ponen delante, para que ningún bien de Dios, ni grande, ni mediano, ni pequeño quede sin la debida acción de gracias. Además nos manda que recojamos lo que sobra, para que nada se desperdicie, esto es, para que no olvidemos los beneficios más insignificantes. ¿Acaso no se desperdicia lo que se da al ingrato? La ingratitud es enemiga de alma, exterminio de los méritos, disipación de las virtudes, pérdida de los beneficios. La ingratitud es como el viento abrasador que seca el manantial de a piedad, el rocío de la misericordia y el arroyo de la gracia. Por eso la esposa, en cuanto sintió la gracia de la mano izquierda, lo agradeció sin esperar a la plenitud de la mano derecha. Y después de haber recordado que tenía ya la mano izquierda bajo su cabeza, no dice que le abrazó inmediatamente con la mano derecha, sino me abrazará.

Por otra parte, ¿qué significa en el Verbo la "mano izquierda" y la "mano derecha"? ¿Acaso el lenguaje humano tiene partes corporales distintas y rasgos propios que distingan en él la izquierda de la derecha? Mucho más el que es Dios y Palabra de Dios rechaza toda diversidad, porque es el que es, tan simple por su naturaleza que carece de partes, y tan único que ni tiene

Sermón 46

Que lecho y casa, vigas y techo describe la esposa. Cuales son las flores de la ascesis que deben preceder a la paz de la contemplación. La casa espiritual: y con que maderas se edifica y decora.

Nuestra cama es de frondas, las vigas de nuestra casa son de cedro y el techo de cipreses. Entona la esposa un epitalamio en el que describe bellamente el lecho y la cámara nupcial. Invita al esposo a que repose. Porque esto es lo mejor: descansar y permanecer en Cristo. Pero es menester salir en busca de los que debemos salvar. Ahora, sin embargo, ante esta oportunidad, le hace saber que tiene decorada la cámara nupcial y mostrándole con la mano el lecho, le invita al amado a descansar. Como los caminantes de Emaús, no soporta el fuego de su corazón lo lleva al mesón de su espíritu; le fuerza a pernoctar con ella y exclama con Pedro: Señor, qué bien nos hallamos aquí.

Vayamos tras el contenido espiritual. También hay en la iglesia "un lecho" donde se descansa; pienso que son los claustros y monasterios, en los que se vive en la paz, lejos de las zozobras del mundo y de los afanes de la vida. Este lecho es florido, porque la vida y la disciplina de los hermanos, como tapizada con flores balsámicas, brilla con los ejemplos e instituciones de los Padres. Las "casas" se refieren a las federaciones populares de los cristianos, mantenidas fuertemente unidas mediante las leyes impuestas por los príncipes encumbrados, cristianos de ambas órdenes, instituidos como "vigas" de las paredes, para que no viva cada cual según su propia ley y capricho, como una pared que cede o una tapia ruinosa, disociados entre sí, hasta deshacerse en escombros toda la estructura del edificio. Con respecto a los "techos" que descansan firmemente sobre las vigas y decoran con primor las casas, entiendo que son la vida sencilla y disciplinada del clero, constituido para administrar debidamente los diversos ministerios. ¿Cómo subsistirían el orden clerical y sus servicios, si no los sustentan los príncipes, como vigas suyas por medio de sus beneficios y munificencia, protegiéndolos con su poder?

Dice que las vigas son "de cedro" y los techos "de ciprés", dando a entender claramente que las propiedades de estos árboles corresponden a los órdenes mencionados. Efectivamente, el cedro es un árbol incorruptible y oloroso, de gran altura, e indica propiamente cómo de en ser las personas que representan a las vigas. Porque es menester que sean vigorosos y constantes los que se instituyen para el gobierno de los demás, y al mismo tiempo, hombres de esperanza firme, que se eleven hasta lo más alto del espíritu y exhalen por doquier el exquisito perfume de su fe y de su vida y puedan decir con el Apóstol: En todas partes somos para Dios la fragancia de Cristo. El ciprés, por la calidad, el perfume y la incorrupción de su madera, representa también al clero, porque debe demostrar a todos la integridad de su vida y de su fe, para que sea considerado como un artesonado bellamente decorado. Pues está escrito: la santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término. Así hace

referencia a la santidad y a la perseverancia de la gracia indeficiente. Por tanto, el elegido para el decoro y la belleza del templo, debe estar ataviado con las buenas obras y no sólo en su interior, para dar buen testimonio también externamente. Estas maderas encierran otras propiedades que conllevan su sentido espiritual; pero las paso por alto en gracia a la brevedad.

Es de advertir que esta frase concisa abarca bellamente a todos los estados eclesiales: la autoridad de los prelados, la honradez del clero, la sumisión del pueblo y la paz de los monjes. Gózase la santa madre Iglesia al contemplar toda esta prosperidad y se la presenta al amado, paro que la admire. En definitiva, todo bien tiene que ver algo con él por ser su autor y nada puede atribuirse a sí misma.

Pues cuando dice "nuestro" o "nuestras", no significa usurpación, sino amor: por la gran confianza del amor nada considera ajeno el que ama. Nunca piensa que puedan retirar de la cámara del esposo y de su descanso a quien siempre buscó el agrado del amado, no el suyo. Por esta razón no se recata en decir que el lecho y la casa son suyos. Habla tranquilamente de "nuestro lecho", de "las vigas de nuestra casa" y de "nuestros artesonados", asociándose audazmente a su posesión con el que sabe que le une el amor. No puede expresarse así la que aún no ha renunciado a su propia voluntad y yace en sí misma, porque vive en sí misma. Pero tampoco vive en sí mismo: porque frecuenta el trato lujurioso con las meretrices -r me refiero a las concupiscencias de la carne-, con las que dilapida su hacienda y la herencia que exigió como suya.

Y tú que escuchas o lees estas palabras del Espíritu Santo, ¿crees que puedes aplicarlas a ti y reconocer en ti mismo esta felicidad de la esposa que canta el Espíritu Santo en este poema amoroso? De lo contrario, te dirán: Oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Quizá apetezcas la paz de la contemplación y haces bien: pero, como la esposa, perfuma el lecho con cinamomo. Procura, pues, cuajar el tuyo de buenas obras con el ejercicio de las virtudes, para preparar el santo ocio, como la flor al fruto. Si no, pretenderás dormitar en un ocio muelle, deseando descansar sin trabajar y despreciando la fecundidad de Lía, sólo anhelarías los abrazos de Raquel. Eso sería trastocar los valores; exigir el precio antes de merecerlo; comer antes de trabajar. Pero el Apóstol dice: El que no trabaja, que no coma. Por tus preceptos adquirí sabiduría, dice, para que sepas que el gusto de la contemplación es consecuencia del cumplimiento de los mandatos.

No creas que el amor de tu propia quietud pueda ser incompatible con la práctica de la santa obediencia o con las tradiciones de los mayores. De lo contrario, el esposo no dormiría conmigo en el mismo lecho, especialmente si lo has cubierto no con flores de obediencia, sino con cicutas y ortigas de desobediencia. En ese caso, no escuchará tu oración, no acudirá a tus llamadas, no prestará ayuda al desobediente, pues él amó tanto la obediencia, que prefirió morir antes que rebelarse. Tampoco aprobará el ocio vacío de tu contemplación, ya que dice por el Profeta: He trabajado hasta consumirme, refiriéndose al tiempo en que, desterrado del cielo y de la patria de la suma paz, ganó la salvación en medio de la tierra. Yo temo más bien que te veas envuelto por aquellas terribles palabras con que atronaba contra la perdición de los judíos: Novilunios, sábados, asambleas, no las

habituada a la quietud sólo se consuela con las buenas obras arraigadas en una fe no fingida, cuantas veces se le oculta la luz de la contemplación, como suele suceder. Pues ¿quién goza de esa luz, no digo continuamente, sino siquiera por largo tiempo, mientras more en este cuerpo? Ya he dicho que siempre que cae desde la contemplación se refugia en la acción; pero vuelve de nuevo confiadamente a ella, porque ambas son compañeras y habitan juntas; al fin Marta es hermana de María. Aunque cae desde la luz de la contemplación, no tolera ir a parar en las tinieblas del pecado o la desidia de la ociosidad; se mantiene a la luz de las buenas obras. No olvides que las obras son también luz, se un aquel texto que dice: Alumbre vuestra luz a los hombres; obviamente se refiere a las obras que pueden contemplar los hombres

Confortadme con flores, dadme vigor con manzanas, porque desfallezco de amor. El amor es fuerte cuando está próximo el amado; cuando se ausenta, se debilita. Se trata de cierto tedio del impaciente deseo, e inevitablemente le afecta al espíritu que ama con ardor en ausencia del amado. Porque en su gran expectación cree que se demora, por mucha prisa que se dé. Por eso pide que de provean de los frutos de las buenas obras con la fragancia de la fe. Y ya que tarda el esposo, descansará con ellas entretanto. Os lo digo por mi propia experiencia. Cuando compruebo que algunos de vosotros avanzáis por mis exhortaciones, os confieso que entonces no me pesa haberme enfrascado más en su preparación que en mi ocio y quietud.

Reconozco que no me entristezco por haber interrumpido mi entrega a la grata contemplación, al verme rodeado de las flores y frutos de la compasión: Esto lo experimento si después del sermón el iracundo se torna apacible, el soberbio humilde, el pusilánime confiado; si a su vez él apacible, el humilde y el confiado se han afianzado en su propia gracia, y se ve que se superan más a si mismos; o incluso cuando los que quizá eran tibios y negligentes, lentos y perezosos en su esfuerzo personal, ahora con la palabra ardiente del Señor vuelven a entusiasmarse y a trabajar con diligencia; o finalmente cuando los que abandonan el manantial de la sabiduría, se cavan los aljibes de su voluntad, incapaces de retener las aguas, y su corazón reseco murmura abrumado por cualquier mandato, por carecer de la más leve gota de devoción; pero ahora, con el rocío de la palabra y con esa lluvia copiosa que Dios derramó en su heredad, demuestran que renacen en e os las obras de la obediencia, y se vuelven sumisos y obedientes en todo.

Soporto con paciencia que me arranquen de los brazos de la infecunda Raquel, cuando me desbordan los frutos de vuestro aprovechamiento. No me pesa lo más mínimo haber abandonado mi quietud para componer un sermón, cuando veo que ha germinado en vosotros mi semilla, y crecen y se multiplican las cosechas de vuestra justicia. El amor que no busca lo suyo me ha hecho ver con claridad que yo no debo anteponer a vuestro bien ninguna afición personal. Orar, leer, escribir, meditar y cualquier otra riqueza espiritual, lo considero como perdida por vosotros.

Confortadme con flores, dadme vigor con manzanas, porque desfallezco de amor. Eso dice la esposa a las muchachas en ausencia del esposo, exhortándolas a que avancen en la fe y en las buenas obras, hasta que vuelva. Ella sabe por

Sermón 51

Las flores y manzanas con que se vigoriza la iglesia y el alma fiel. Como pide la esposa que la sustenten con la fe y las obras de las muchachas durante la ausencia del esposo: cual es la mano izquierda y la derecha del esposo y como prosigue a continuación: cuando tiene el espíritu la mano izquierda bajo la cabeza y cuando encima; sobre la esperanza intermedia.

Confortadme con flores, dadme vigor con manzanas, porque desfallezco de amor. Tomó incremento el amor porque lo fomentaron más incentivos que de ordinario. Ya ves cuántas ocasiones tuvo esta vez, no sólo para verlo, sino para conversar con él. La visión concedida le ha mostrado un rostro más apacible; su conversación ha sido más agradable, y el coloquio más prolongado, más íntimo. No sólo le ha deleitado su conversación también se ha sentido alabada con grandes elogios. Además ha experimentado el alivio de la sombra de su deseado; ha saboreado sus frutos, ha bebido de su copa. Es imposible que haya salido sedienta de la bodega, pues acaba de vanagloriarse de que le ha introducido en ella recientemente. A pesar de todo quedó con sed, porque quienes beben de mí siempre tendrán sed. En consecuencia, cuando se retira el esposo según su costumbre, se muestra desfallecida de amor, esto es, a causa del amor. Cuanto más gratificarte fue la experiencia de su presencia, tanto más le entristece su ausencia. Porque cuando te arrebatan aquello que amas, aumenta más su deseo; y cuanto más ardientemente lo añoras, más te duele su carencia. Por eso pide que la reanimen con el perfume de las flores y de los frutos, hasta que vuelva de nuevo él, pues su demora la sufre con gran impaciencia. Este es el sentido de las palabras.

Ahora intentemos explicar el fruto espiritual que encierran, guiados por el Espíritu. Aunque se aplica a toda la Iglesia de los santos, en las flores y en los frutos estamos representados nosotros y todos los que se han convertido del mundo en todo el orbe. Las flores designan la vida nueva y tierna de los incipientes, y los frutos la fuerza de los que progresan y la madurez de los perfectos. Acompañada así como madre encinta y fecunda, para quien vivir es Cristo y morir ganancia, soporta con mayor ecuanimidad el desencanto de su demora, porque según la Escritura goza del fruto de sus manos como primicias del Espíritu y la alaban públicamente sus obras.

Pero si, ateniéndote al sentido moral, prefieres aplicar las flores y los frutos a un alma particular, entiende por flor la fe y por fruto las obras. Y pienso que no te parecerá una ocurrencia inconveniente, pues así como la flor precede necesariamente al fruto, también las buenas obras deben ser una consecuencia debía fe. Ya que sin la fe es imposible agradar a Dios, como lo atestigua Pablo. Además él mismo nos dice: Todo lo que no procede de la fe es pecado. No hay, pues, fruto sin flor, ni buenas obras sin fe.

La fe sin obras es un cadáver, igual que la flor cuando despunta y no trae fruto. Reanimadme con flores, dadme vigor con manzanas, porque desfallezco de amor. Por tanto, el alma

aguanto. Y también: Vuestras solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto insoportables. Y llorará sobre ti el Profeta diciendo: Al verla sus enemigos, se reirán de sus sábados. ¿Cómo no va a reírse el enemigo de lo que repudia el amado?

Me admira sobremanera la desvergüenza de algunos que viven con nosotros y después de habernos turbado con sus singularidades, irritándonos con su incapacidad para el sufrimiento y contagiándonos con su inobediencia, todavía se atreven a invitar al Señor totalmente puro con la oración más tenaz a un lecho tan abominable como el de la conciencia: Pero, dice, cuando extendéis vuestras manos, cierro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. ¿Por qué? El lecho no es de frondas, sino pestífero. ¿Y ahí quieres llevar al Rey de la gloria? ¿Lo haces para que descanse o para ofenderlo? El Centurión se resiste a que entre en su casa por su indignidad, a pesar de que su fe embriaga a todo Israel.

¿Y tú le obligas a entrar dentro de ti, sentina inmunda de tantos vicios? El Príncipe de los Apóstoles exclama: Apártate de mí, Señor, que soy un pecador ¿Y tú le dices: Entra dentro de mí, Señor, que soy un fiel tuyo? Permaneced, dice, en la oración todos con la misma actitud y con afecto de hermanos. Y el Vaso de elección dice: levantando manos inocentes, sin ira ni rencores. ¿Ves cómo concuerdan entre sí el Príncipe de los Apóstoles y el Doctor de las Gentes, hablando del mismo Espíritu de paz y del corazón pacífico que debe poseer todo el que ora? Sigue, pues, así tú todo el día, eleva tus manos hacia Dios tú que durante todo el día molestas a tus hermanos, destruyes la unanimidad y te separas de la unidad.

Dirás: "¿qué quieres que haga?" Empieza por purificar tu conciencia de toda mancha de ira, disensión, murmuración y envidia; apresúrate a eliminar del lecho de tu corazón cuanto sepas que se opone a la paz de los hermanos y a la obediencia de los ancianos. Después rodéate de las flores de las buenas obras, de anhelos encomiables y de la fragancia de las virtudes, esto es, de todo lo verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo de buena fama cualquier virtud o mérito que haya, piensa en estas cosas y llévalas a la práctica. Para todo ello de es invocar seguro al esposo, porque cuando lo hayas introducido, podrás tú también decir que nuestro lecho es de frondas, pues la conciencia destila piedad, paz, mansedumbre, justicia, obediencia, alegría y humildad. Todo esto, a propósito del lecho.

Y, fina mente; piense cada uno que es una casa espiritual, si no vive según la carne, sino según el espíritu. Porque, dice, el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros. Velad, pues, hermanos, no sea que ese edificio espiritual que sois vosotros, se tambalee y desplome, cuando comience a elevarse, si no está bien apoyado y trabado con maderos resistentes. Procurad, os insisto, sostenerlo con vigas inalterables e inamovibles, como es el temor de Dios que dura para siempre; la paciencia, ya que está escrito que la paciencia de los humildes no perecerá; a magnanimidad que, perseverando inflexible bajo el peso de cualquier construcción, dura por todos los siglos de la felicidad eterna, como dice el Salvador en el Evangelio: Quien resista hasta el final, se salvará. Y sobre todo fomentad el amor, que no falla nunca, porque es fuerte el amor como la muerte, dura como el infierno, su antagonismo.

Esforzaos además en colocar bajo estas vigas otras igualmente ricas y hermosas, para amarrarlas con ellas, si se encuentran a mano, y construir el artesonado para decorar la casa, como son: el don de lenguas acertadas y sabias, el de profecías, el de curaciones, el de distinguir inspiraciones, y otros semejantes. Todos ellos se consideran aptos para el adorno del alma, pero no son necesarios para su salvación. Sobre esto no conozco un precepto del Señor, pero os doy un consejo: como esta clase de maderas cuesta encontrarlas y elaborarlas -y especialmente hoy día se dan raramente en nuestras tierras-, os aconsejo y recomiendo que no os afanéis demasiado en buscarlas, sino que construyáis los techos con otras maderas menos nobles, pero validas, y sobre todo más asequibles y seguras.

Ojalá poseyera yo muchas maderas como las que abundan en el jardín del Esposo que es la Iglesia: paz, bondad, benignidad, gozo en el Espíritu Santo, compadecerse con alegría, dar con sencillez, alegrarse con los que gozan y llorar con los que sufren. ¿Acaso no crees que está bien y ricamente adornada esa casa, en sus artesonados, si la ves entarimada con arte suficiente? Señor, yo amo la belleza de tu casa. Te pido que me des siempre la madera con la que pueda mostrarte embellecido el lecho de la conciencia; la mía y la de los demás. Con eso me conformo. Creo que muchos quedarán satisfechos con este consejo mío, porque me imagino que tú también quedas contento. Lo demás lo dejo para os Apóstoles y los hombres apostólicos. Y vosotros, amadísimos, si habéis conseguido esto, confiad, aunque no tengáis las otras maderas. Acercaos así, con toda confianza, a la piedra angular, elegida y digna de honor. Como piedras vivas, edificad vuestra casa sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas y ofreced sacrificios espirituales, agradables a Dios, por Jesucristo, Esposo de la Iglesia y Señor nuestro, que es bendito por siempre. Amén.

amor ordenado por Dios se extenderá a todo lo demás: despreciará la tierra mirando al cielo; gozará de este mundo sin poseerlo; discierne con sabor íntimo del espíritu lo que se puede usar y lo que se puede disfrutar, considerando lo transitorio como transitorio, atendiendo sólo a lo necesario en cuanto necesario, para entregarse a lo eterno con igual anhelo.

Dame un hombre así y me atreveré a afirmar que es sabio y que realmente saborea cada cosa como es en realidad. Ese es el que puede gloriarse y asegurar en verdad: Ha ordenado en mí el amor. Pero eso ¿dónde y cuándo será factible? Lo digo con lágrimas en mis Dios: ¿hasta cuándo lo barruntaremos sin saborearlo, mirando hacia la patria sin llegar a ella, anhelándola y saludándola desde lejos? ¡Oh verdad, patria de los desterrados y fin del exilio! Te contemplo, pero retenido por la carne, no me permiten entrar; tampoco soy digno de que me admitas, manchado por los pecados. ¡Oh sabiduría, que alcanzas con vigor de extremo a extremo, gobiernas el universo con acierto, ordenas todos los seres para hacerlos felices y coordinas todos sus afectos! Dirige nuestras obras como lo exige nuestra necesidad temporal y regula "dos nuestros afectos, tal como lo requiere la vida eterna, para que todos nosotros podamos gloriarnos en ti y decir seguros: Ha ordenado en mí el amor. Porque tú eres el Poder y la Sabiduría de Dios, Cristo, el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén.

nuestra palabra! ¡Cuántas veces la paz santa tiene que ceder por piedad al tumulto de las preocupaciones! ¡Cuántas veces se dejan tranquilamente los libros para sudar en el trabajo manual! ¡Cuántas veces interrumpimos justísimamente la misma celebración solemne de la misa, para atender a los asuntos terrenos! Se invierte el orden; pero la necesidad no sabe de leyes. El amor efectivo sigue su orden, tal como lo dispone el dueño, comenzando por os últimos, entrañable y justamente sin favoritismos, sin valorar las cosas, sino las necesidades del hombre.

No así la caridad afectiva; porque está orientada hacia realidades superiores. La sabiduría, en efecto, consiste en saborear las cosas como son en sí. Por ejemplo, aquello que la naturaleza más estima, afecta más a la afección; la que menos, le afecta menos; y nada le afecta aquello que rechaza. La otra escala la establece la verdad del amor, y esta otra se la reserva el amor a la verdad. El verdadero amor consiste en que sea atendido antes quien más necesite. A su vez en eso se manifiesta el amor a la verdad: si se mantiene con el afecto el orden que ha establecido la razón.

Llegarás a cierto grado del amor divino si amas al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, sobrepasando con un amor más ardiente aquel otro en que actúa la caridad efectiva. Al recibirlo en la plenitud del Espíritu Santo, te abrasarás del todo, saboreando en verdad a Dios, pero no tal cual es, porque es imposible a cualquier criatura humana, a no ser dentro de tus posibilidades. Además te saborearás a ti mismo tal como eres, porque sentirás que tú no eres nadie para poder amarte, sino en cuanto eres todo de Dios: tu capacidad de amar la volcarás en él. Repito que te saborearás como eres, cuando por la experiencia misma del amor y de la afección que sientes hacia ti mismo, descubras que nada tienes digno de su amor, a no ser por aquel de quien lo recibes todo.

Para que puedas apreciar al prójimo tal como es, a quien debes amar como a ti mismo, lo harás con el mismo aprecio con que te amas a ti, porque él es igual que tú. Si sólo te amas bien, porque amas a Dios, en consecuencia amarás igualmente a todos los que aman a Dios, como te amas a ti mismo. Ahora bien, como e enemigo es nada, porque no ama a Dios, no puedes amarlo como a ti mismo que amas a Dios. Pero lo amarás para que ame. No es igual amar para que ame, y amar porque ama. Por tanto, para que lo estimes también como es, estimarás no lo que es, porque nada tiene, sino lo que posiblemente sea en el futuro; que apenas es nada en sí, pues todavía cuelga de la duda. Si consta que no volverá al amor de Dios, debes estimarlo no como si fuera casi nada, sino absolutamente nada, lo que será eternamente. Si exceptuamos a los que no sólo debemos amar, sino incluso odiar, según aquello: ¿No aborreceré a los que te aborrecen, no me repugnarán los que se te rebelan?, la caridad no nos permite negar a nadie afecto alguno, aunque sea el mayor enemigo. ¿Quién es tan sabio que pueda comprenderlo?

Dame un hombre que ame a Dios con todo su ser; a sí mismo y al prójimo en cuanto ama a Dios; a su enemigo, porque algún día quizá lo ame; a sus padres carnales con inmenso amor natural, y a los espirituales y maestros más profusamente por la gracia. Ese mismo

Sermón 47

Las flores del campo, del jardín y del lecho. Asimismo sobre otras semejantes y por que se considera flor del campo. Por que se llama flor de los valles y como debemos entregarnos a la obra de Dios.

Soy la flor de los campos y el lirio de los valles. Yo pienso que esto guarda relación con el valor que la esposa da al lecho perfumado con flores. Para que la esposa no se atribuya esas flores que adornan el lecho y decoran la cámara nupcial, el Esposo aclara que él es la flor del campo y que las flores no pueden brotar en el tálamo, sino en el campo; su lozanía y fragancia es un regalo y participación de él. Y para que nadie pueda reprochárselo, dice: ¿Tienes algo que no hayas recibido? Entonces, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Como un ansioso amante y benigno formador le hace ver a su amada a quién debe atribuir el lujo y la suave fragancia de su cámara, de la que tanto se vanagloriaba. Yo soy la por del campo, le dice; de mí debes gloriarte. Con estas palabras se nos da a comprender que nunca debemos jactarnos y, si lo hacemos, que nos gloriemos en el Señor. Este es el sentido literal. Ahora, asistidos por aquel a quien nos referimos, indaguemos cuál es el sentido espiritual latente.

Primero debes recordar que las flores pueden hallarse en tres lugares diversos: en el campo, en el Jardín y en la cámara nupcial. Así descubrirás mejor por qué ha decidido llamarse flor del campo. Las flores nacen en el campo y en el jardín, pero no en la cámara nupcial. Aquí lucen y perfuman, pero no erguidas y rectas como en el jardín o en el campo, sino lacias y trasplantadas; no han nacido en ella. Por eso es menester cambiar as con frecuencia y poner otras frescas, porque no conservan mucho tiempo sus aromas ni su belleza. Si, como dije en el sermón anterior, el lecho sembrado de flores simboliza la conciencia que rebosa buenas obras, verás claramente, siguiendo la analogía, que no basta hacer el bien una o dos veces, si a las anteriores no añades nuevas obras, pues a siembra generosa, cosecha generosa. De lo contrario, se desluce y marchita la flor de la buena obra y en breve pierden su lozanía y vigor, a no ser que se te pongan continuamente con otras obras que sobreañada la piedad. Es lo que se me ocurre en cuanto a la cámara nupcial.

No sucede esto en el jardín ni en el campo. Las flores nacen por sí mismas y sin cesar les suministran con qué mantenerlas en su hermosura natural. Pero entre ambos hay diferencias. El jardín se mantiene florido con el trabajo y el arte del hombre; el campo produce las flores naturalmente, por sí mismo, sin ayuda de la habilidad humana. ¿Has intuido cuál es ese campo no abierto por la reja del arado, ni removido con la azada, ni enriquecido de estiércol, ni sembrado por el hombre pero hermoseado por esa noble flor sobre la que descendió el Espíritu del Señor?,aroma de un campo, dice, es el aroma de mi hijo, como el de un campo florido bendecido por el Señor. No se había revestido aún de su belleza esa flor del campo v ya exhalaba su fragancia, cuando aquel santo y anciano Patriarca, sin vigor y ya

ciego, pero de fino olfato, lo presintió en su espíritu y se llenó de gozo. Era impropio que se llamara a sí mismo flor de una cámara nupcial aquel que es la flor siempre fresca, como tampoco flor de un jardín, pues todos creerán que había nacido gracias al esfuerzo humano. Por eso dice con toda propiedad y belleza, yo soy flor del campo, el que brotó sin industria humana, pues una vez nacida no la dominó la corrupción. Así se cumplía lo que estaba dicho: No dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Y si te agrada, cuentas con otro motivo que a mi parecer no debemos despreciar. El Sabio se refiere con razón a un espíritu múltiple, porque bajo la capa de una sola corteza litera se esconden diversos sentidos espirituales, Según esas tres diversas clases de flores, una flor es la virginidad, otra el martirio y otra la buena obra: la virginidad hallase en el jardín, el martirio en el campo y la buena obra en la cámara nupcial. Con toda propiedad la virginidad se asigna al jardín, porque es de suyo pudorosa, rehuye el trato, le agrada la soledad oculta y soporta la disciplina. La flor se encierra en el jardín, se expone en el campo y se derrama sobre el lecho. Por eso leemos: Eres jardín cerrado, fuente sellada. Este claustro del pudor se sella en la virgen, como guardián de la santidad inviolada, si llega a ser santa en el cuerpo y en el espíritu.

Con la flor del campo se simboliza el martirio, pues los mártires están expuestos al escarnio de todos, como espectáculo de los ángeles y de los hombres. ¿No escuchamos su voz digna de lástima en el Salmo: Fuimos el escarnio de nuestros vecinos y la burla de los que nos rodean? A su vez la acción buena se representa por la cámara nupcial, porque da paz y seguridad a la conciencia. Cuando se ha realizado el bien, se duerme con más seguridad y se adentra con más confianza en la contemplación profunda y sublime, porque es mayor la seguridad de que no ha dejado de hacer las o ras de caridad por amor a la propia paz.

En cierto sentido, todo se consuma en el Señor Jesús. El es la flor del jardín, engendrado virgen del retoño virgen. Es la flor del campo, el mártir, la corona y el ejemplar de los mártires. Echado fuera de la ciudad, padeció fuera del campamento, elevado sobre el leño, hecho espectáculo e irrisión de todos. También es la flor de la cámara nupcial, espejo y modelo de toda obra buena, como él mismo se lo echó en cara a los judíos: He realizado muchas obras buenas entre vosotros. Y la Escritura añade: Pasó haciendo el bien y curando a todos. Si en el Señor se cumplen estas tres cosas, ¿por qué prefirió llamarse "flor del campo"? Sin duda, para animar a que sufrieran la persecución inminente ya para él, cuando optasen por vivir santamente en Cristo, Y le seduce definirse a sí mismo bajo ese aspecto en el que desea ser un modelo. Es lo que otras veces he dicho: que a la esposa le apetece siempre la paz y él la incita a la acción, recordándole que debemos pasar mucho para entrar en el Reino de Dios. Por eso cuando se disponía a volver al Padre, después de haberse desposado de nuevo en la tierra con la nueva Iglesia, les dijo: Llegará el día en que os maten pensando que así dan culto a Dios. Y también: Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Puedes colegir del Evangelio otras muchas cosas semejantes en las que anuncia los males que han de sobrevenir.

mismo, aunque no quedó expresado abiertamente. ¿No crees, por otra parte, que para cumplir este mandamiento sobre el amor al prójimo, te basta observar perfectamente lo que la ley natural le dicta a todo hombre: No hagas con otro o que no quieres que hagan contigo; y aquello otro: Haced con los demás todo lo que hagan con vosotros?

No lo digo para que vivamos sin afección alguna y hagamos las obras con absoluta frialdad del corazón. Entre otras muchas cargas graves y pésimas de los hombres que enumera el Apóstol, se cuenta ésta: Vivir sin entrañas.

Hay un amor afectivo que brota de la carne, otro que está dirigido por la razón, y otro que crea la sabiduría. Del primero dice el Apóstol que no está ni puede estar sometido a la ley de Dios. Del segundo declara que por ser bueno, es conforme a la ley de Dios; obviamente entre el que rechaza y el que admite algo, existe un gran abismo. Pero el tercero dista mucho de los dos, porque saborea y gusta la bondad del Señor, eliminando al primero y premiando al segundo. El primero es dulce, pero deshonesto; el segundo es seco, pero fuerte; el último desborda suavidad. El segundo es eficiente en obras y en él reside la caridad; no la afectiva, que sazonada sustanciosamente con la sal de la sabiduría reporta al espíritu la profusión de la dulzura del Señor, sino más bien la efectiva que si no reconforta aún con la dulce suavidad de la afectiva, a menos es un amor que enciende ardientes deseos de poseerla. No amemos ron palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad.

¿Ves con qué precisión se sitúa entre el amor vicioso y afectuoso, y se diferencia de ambos este amor efectivo que lleva a la salvación? Este es incompatible con el fingimiento de la insinceridad, y no exige tampoco el discernimiento de una sabiduría colmada. Dice: Amemos con las obras y de verdad. Esforcémonos en hacer el bien, más por cierto impulso de la verdad realista que por la dulzura del amor afectivo. Ha ordenado en mí el amor. En tu opinión ¿cuál de ellos? Los dos; pero de manera inversa. Porque el amor efectivo se mueve hacia lo inferior y el afectivo hacia lo superior. Sin duda, un espíritu que ama rectamente antepone el amor de Dios al amor del hombre. Y entre los hombres ama más a los perfectos que a los más débiles, el cielo más que la tierra, la eternidad más que el tiempo, el espíritu más que la carne.

Sin embargo, en una acción bien ordenada, muchas veces e incluso siempre, encontramos el orden inverso. Porque nos urge más y nos absorbe casi siempre nuestra asistencia al prójimo; cuidamos con mayor diligencia a los hermanos menos dotados; trabajamos más por la paz de la tierra que por la gloria del cielo, movidos por el humanismo y las exigencias de la vida. Y los afanes de los asuntos temporales apenas nos permiten entregarnos a los eternos. Casi continuamente atendemos más a las miserias de nuestro cuerpo, posponiendo la preocupación por nuestra alma; e incluso cercamos de mayor honor a nuestros miembros más débiles, conforme dice el Apóstol; y así cumplimos a nuestra manera la palabra del Señor: Los últimos serán los primeros y los primeros últimos.

¿Quién duda que el hombre habla con Dios en la oración? Pero ¡cuántas veces, por exigencia de la caridad, nos arrancan y nos se aran de él los que necesitan nuestra presencia y

Sermón 50

Sobre el amor afectivo y el activo; de que ley brota y por que Dios manda imposibles. Sobre la triple afección de la carne, de la razón y de la sabiduría, y sobre el orden invertido del amor actual. Sobre la ordenación del amor afectivo, que saborea cada cosa como es.

Quizá esperéis que comente el verso siguiente, creyendo que ya he acabado el que veníamos explicando. Pero he pensado algo mejor: os serviré las sobras del banquete de ayer, que he recogido para no desperdiciarlas. Si no las ofrezco a nadie, se perderían; y si las guardo sólo para mí, me perdería yo. Por eso me resisto a defraudar vuestra voracidad que la conozco bien; especialmente por tratarse de los restos del amor, tanto más dulces cuanto más delicados, y tanto más sabrosos cuanto más pequeños. Por otra parte, nada más contrario al amor que defraudarlo. Así pues, vuelvo al tema: Ha ordenado en mí la caridad.

Hay un amor activo y otro afectivo. El que se manifiesta con as obras, fue impuesto a los hombres por la ley y mandado expresamente; pero ¿quién puede amar afectivamente conforme a la ley? El primer amor está preceptuado para merecer; el segundo se nos da como premio. No negamos que con la gracia divina se puede experimentar su iniciación y su progreso, incluso en la vida presente. Pero afirmamos rotundamente que su consumación se reserva para la felicidad futura.

¿Cómo se nos prescribió lo que de ninguna manera podemos consumar? Si prefieres afirmar que también nos obliga el amor afectivo, no te lo discuto, con tal que me concedas que nadie puede o podría cumplirlo en esta vida. ¿Quién podría presumirlo, si e mismo Pablo confiesa que no lo ha conseguido? No se le ocultó al Legislador que e peso de ese precepto sobrepasa las fuerzas humanas; por eso juzgó oportuno advertirles su incapacidad, para que supiesen claramente hasta dónde llegan sus posibilidades. Así que mandando lo imposible no hizo prevaricadores a los hombres, sino humildes, para taparles la boca y someter todo el mundo a Dios, pues ante él nadie podrá justificarse, aduciendo que ha observado la Ley. Acatando su mandato, sintiendo nuestra impotencia, clamaremos al cielo y Dios tendrá piedad de nosotros; ese día sabremos que nos salvó no por nuestras buenas obras, sino por su misericordia.

Esto es lo que diría si pensáramos que el amor afectivo está impuesto por la Ley. Es mucho más preciso el Señor cuando se refiere al amor activo, porque dice: Amad a vuestros enemigos, y a continuación menciona las obras: Haced el bien a los que os odian. Y la Escritura dice: Si tu enemigo pasa hambre, dale de comer. Si tiene sed, dale de beber. Aquí se trata de las obras, no del afecto. Pero escucha también al Señor cómo manda que lo amemos: Si me amáis, guardad mis mandamientos. Aquí también se nos remite a las obras encareciéndonos la observancia de los preceptos. No tenía por qué haberlo advertido, si el amor supusiera el afecto. Por tanto, debes aceptarlo, porque se te ha mandado amar al prójimo como a ti

Yo soy flor del campo y el lirio de los valles. La esposa le muestra el lecho; el esposo la llama al campo y la invita a trabajar. Cree que nada hay tan convincente para comenzar el combate, como presentarse él mismo como modelo y premio de la batalla. Yo soy la flor del campo. Esta expresión abarca las dos cosas: cuál es el modelo de la lucha y la gloria del triunfo. Tú eres para mí ambas cosas, Señor Jesús; espejo de sufrimiento y premio del que sufre. Lo uno y lo otro es una fuerte llamada y un apasionante estímulo. Tú adiestras mis manos para la pelea con el ejemplo de tu virtud; tú coronas mi cabeza tras la victoria con la presencia de tu majestad. O porque te miro a ti cómo combates o porque espero en ti que no sólo me coronas, sino que eres mi corona. En cualquier caso me seduces maravillosamente o me atraes inexorable, con ambos lazos irresistiblemente. Llévame en pos de ti: te seguiré a gusto y más gustosamente gozaré de ti. Si eres tan bueno, Señor, con los que te siguen, ¿cómo serás con los que te consiguen? Yo soy flor del campo: el que me ama, salga al campo, no rehúse combatir conmigo y por mí y podrá decir: He competido en noble lucha.

Como no son idóneos para el martirio los soberbios o arrogantes, sino más bien los humildes, porque no saben presumir de sí mismos, añade que también es "lirio de los valles", esto es, corona de los humildes, aludiendo por la superioridad de esa flor a la gloria especial de su futura exaltación. Así sucederá cuanto los valles se levanten y las colinas se abajen y aparezca el que es candor de la vida eterna, el lirio por excelencia, no el de las colinas, sino el de los valles. El justo, dice, florecerá como un lirio. ¿Quién es justo sino el humilde? Cuando se inclinaba el Señor bajo las manos de su siervo el Bautista y a éste le sobrecogía su majestad, le dijo: Déjalo; que así es como nos toca a nosotros cumplir todo lo que Dios quiera, estableciendo en la perfección de la humildad la cumbre de toda justicia. El justo es el humilde, el que se abaja como un valle. Y si nos descubre humildes, también nosotros brotaremos como el lirio y floreceremos eternamente ante el Señor. ¿Acaso no se confirmará él como "lirio de los campos", cuando transforme el cuerpo de nuestra bajeza, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo? No dice "nuestro cuerpo", sino del cuerpo de nuestra bajeza", como dando a entender que sólo los humildes serán transformados con el esplendor sempiterno y extraordinario de ese lirio. Esto es lo que se me ocurre sobre ese texto en que el esposo se llama a sí mismo "flor" de los collados y "lirio de los valles".

Ahora sería interesante escuchar lo que a continuación dice de su amadísima, pero la hora no nos lo permite. Porque según nuestra Regla nada podemos anteponer a la Obra de Dios. Así quiso denominar nuestro Padre Benito a las solemnes alabanzas que cada día se celebran en el oratorio, para enseñarnos mejor cómo debemos entregarnos a ellas. Por eso os exhorto, amadísimos, a que siempre asistáis a las divinas alabanzas con pureza y diligencia. Con diligencia, para que sirvamos al Señor con reverencia y gozo; no a desgana, ni somnolientos, ni bostezando, escatimando vuestra voz, o pronunciando la mitad de las palabras o saltándolas por entero, ni con voz afeminada, nasal y gangosa, apocada o retumbante, sino virilmente, como se lo merece, pronunciando las frases del Espíritu Santo con sonoridad y amor. Y también puramente, de modo que mientras salmodiáis no penséis en ninguna otra cosa sino en ello.

No sólo debéis eludir los pensamientos vanos y ociosos, sino también, al menos en ese momento y lugar, los que necesariamente deben ocupar por el bien común a los hermanos oficiales. Yo os aconsejaría que en ese tiempo no deis acogida a esas ideas recientes, recogidas quizá en la lectura de los códices, sentados en los claustros, o esas otras que me escucháis a mí ahora, disertando en este auditorio del Espíritu Santo. Son saludables, mas no para recordarlas mientras salmodiáis. En ese momento el Espíritu Santo no acoge con agrado sino lo que debes ofrecerle, desechando todo lo demás. Que con su inspiración podamos cumplir su voluntad según su querer por la gracia y misericordia del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es bendito por siempre. Amén.

Caminemos mientras tenemos luz, antes que nos sorprendan las tinieblas. Caminar es progresar. Caminaba el Apóstol cuando decía: Yo no pienso que ya he llegado. Y añade: Sólo una cosa me interesa; olvidando lo que queda atrás, me lanzo a lo que está adelante. ¿Qué significa sólo una cosa? Dice: sólo una cosa me interesa, y en eso cifro mi remedio, mi esperanza y mi consuelo. ¿Cuál es? Olvidando lo que queda atrás, me lanzo a lo que está adelante. ¡Gran confianza la de este Vaso de elección, que prescinde de su perfección y se empeña en progresar aún más! El peligro, por tanto, no está en caminar, sino en que las sombras de la muerte nos sorprendan sentados. ¿Y quién se sienta sino el que no procura progresar? Evítalo; y cuando te llegue la muerte, tendrás tu descanso. Dirás a Dios: Mi imperfección está patente a tus ojos. Pero sin embargo, añade: Todos están inscritos en tu libro. ¿Quiénes son todos? Sin duda, los que manifiestan deseos de adelantar. Porque prosigue: De día en día se irán formando y nada en ellos, se sobrentiende: perecerá. Advierte que la palabra "Día" se refiere a los proficientes. Y si mueren prematuramente, serán perfeccionados en lo que les falte. Se formarán y nada quedará deforme en ellos.

Pero dirás: ¿Cómo puedo progresar yo, si envidio al hermano que adelanta?. Si te dueles de la envidia y la sientes pero no la consientes. Esa pasión terminará curándose: no es una acción condenable. Sólo debes evitar el asentarte en ella; no te acuestes meditando el crimen, de modo que fomentes la pasión, satisfagas la peste, persigas al inocente, calumniando sus buenas obras, frenando, desbaratando e impidiendo lo que debe hacer. Por lo demás, la envidia no dañará al que camina y se lanza hacia lo mejor, porque no es él quien la realiza, sino el pecado que habita en él. No será condenado el que no entrega los miembros a la iniquidad, ni su lengua a la detracción, ni parte alguna de su cuerpo para herir o perjudicar de cualquier manera. Más bien se avergüenza de esos malos deseos y se esfuerza por desarraigar ese vicio viejo con la confesión, el llanto y la oración. Cuando no lo consigue se muestra más bondadoso con los demás y humilde consigo mismo. ¿Podrá el sensato condenar a un hombre que aprendió del Señor a ser sencillo y humilde de corazón? Jamás podrá ser excluido de la salvación quien imita al Salvador, Esposo de la Iglesia y Señor nuestro, Dios bendito por siempre. Amén.

consistencia. Por eso dice: Gracias a tu ordenación continúa el curso del día, llamando virtud al "día". Es, por tanto, la discreción no una virtud, sino la moderadora y auriga de las virtudes, ordena los afectos y orienta las costumbres. Si prescindes de ella, la virtud será un vicio, y la misma afección natural más bien alterará v exterminará a la naturaleza. Ha ordenado en mí el amor. Esto sucedió cuando dio a la Iglesia a unos como apóstoles, a otros como profetas y evangelistas, a otros como pastores y maestros en orden a la perfección de los elegidos. Pero es preciso que a todos ellos los una el mismo amor y los amalgame en la unidad del cuerpo de Cristo. Lo cual no será posible en modo alguno, si no hay orden en el amor. Pues no habrá unidad en absoluto, sino confusión, si cada cual se deja llevar de su arrebato según el espíritu que ha recibido, y se lanza sin discreción a lo que quiere, según sus antojos, sin guiarse por el juicio de la razón. Así sucede cuando nadie se limita a cumplir el oficio que se le ha asignado, sino que todos se inmiscuyen indiscretamente en todos los asuntos.

Ha ordenado en mí el amor. Ojalá el Señor Jesús ordene en mí el poquito amor que me dio. Que me entregue con fervor a todo lo suyo, y ante todo cumpla perfectamente las obligaciones de mi estado y mis oficios. Ojalá dé la preferencia a esto y me interese cada vez menos en aquellos asuntos que no me incumben especialmente. No siempre lo que más me preocupa es lo que más debo amar; con frecuencia lo que más desazona es lo menos conveniente y, por tanto, menos debería afectarme. Muchas veces lo que debe anteponerse a codo, por ser obligatorio, tras examinar o, se pospone; y lo que deberíamos preferir por exigirlo la verdad, el amor ordenado pide que lo abracemos con mayor cariño. Por ejemplo: ¿no estoy yo obligado por deber a procurar el bien de todos vosotros? Todo o que yo anteponga a este menester, y me impida realizarlo digna y convenientemente según mis fuerzas, aun cuando lo hiciese movido por el amor, no sería compatible con el orden que excite la razón.

Si como es mi deber, me entrego ante todo a esta misión mía, pero no me alegro más aún al descubrir que otro realiza obras mejores por la mayor gloria de Dios, quedaría en evidencia que mi amor estaría bien ordenado en parte, pero no plenamente. En cambio, si soy de verdad solícito en lo que especialmente me incumbe, sin que ello obste a que muestre mayor interés en lo que es más importante aún, entonces sí poseo un amor ordenado en todos los aspectos. Y tengo motivos para afirmar que ha ordenado en mí el amor.

Si dices que a todos nos cuesta alegrarnos más por una gran obra ajena que por otra insignificancia personal, descubrirás la gracia extraordinaria de la esposa y que cualquier espíritu no puede aducir esto: Ha ordenado en mí el amor. Mas ¿por qué algunos de vosotros han hecho gestos de abatimiento al escuchar estas palabras? Esos profundos suspiros delatan tristeza de ánimo y desaliento de la conciencia. Midiéndonos a nosotros por nosotros mismos y apoyados en la experiencia de nuestra imperfección, sentimos que es muy rara esa virtud que no envidia la ajena, sino que se alegra de ella. Y no digamos congratularse mucho más e la virtud ajena que de la propia, al verse superados por los demás. Pero todavía nos queda un poco de luz, hermanos, a cuantos abrigamos estos sentimientos.

Sermón 48

Como el lirio entre espinas, así el alma esta entre las culpas. El esposo se proclama y se compara al manzano entre la maleza del bosque; en que consiste ser alabado por el esposo y alabar al esposo. La sombra del amado y su dulce fruto: la fe y la contemplación.

Lirio entre espinas es mi amada entre las muchachas. No son buenas las muchachas que punzan. Ten en cuenta el pésimo germen maldito de nuestra tierra. Cuando la cultives, dice, brotará para ti cardos y espinas. Mientras el alma more en la carne, vive entre espinas y deberá padecer la inquietud de la tentación y el aguijón de las tribulaciones. Aunque es como el lirio, lo dice el esposo, no puede olvidar con cuánta vigilancia y solicitud debe ser centinela de sí misma, presa de zarzas por doquier y sumida siempre entre espinas. Pero es una flor tan tierna, que no puede sufrir apenas la más insignificante punción, porque la perforan en cuanto la tocan. Con toda razón y oportunidad nos exhorta por eso el Profeta a servir con temor al Señor. Y lo mismo hace el Apóstol cuando nos dice que realicemos nuestra salvación con temor y temblor.

Lo creían así con toda certeza y por propia experiencia los amigos del esposo, que no dudaban aplicárselo a sus almas: Lirio entre espinas es mi amada entre las muchachas. Así lo confiesa uno de ellos: Me revuelvo en mi miseria y se me clavan las espinas. Y está realmente clavado, pues por ellas se ha convertido. Bendita punción, si te lleva a la compunción. Muchos cuando sienten a pena, se corrigen de la culpa. Ellos pueden decir: Me revuelvo en mi miseria y se me c van las espinas. Espina es la culpa, espina es la pena, espina es el falso hermano, espina el mal compañero.

Lirio entre espinas es mi amada entre las muchachas. ¡Oh ardiente lirio! ¡Oh tierna y delicada flor! Te rodean los incrédulos y demoledores. Mira con qué cautela debes moverte entre las espinas. El mundo está lleno de espinas: se dan en la tierra, se dan en el aire, se dan en tu carne. Sólo por el poder de Dios y no por tu virtud, puedes vivir entre espinas sin que te hieran. Pero confiad, dice, que yo he vencido al mundo. Aunque veas que por doquier te abruman como cardos las agujas de las tribulaciones, no se turbe ni tiemble tu corazón. Sabéis que toda tribulación engendra constancia, la constancia purificación, la purificación esperanza y la esperanza a nadie defrauda. Mira, qué bellos y lozanos se conservan los lirios del campo entre las espinas. Si Dios cuida así la hierba que hoy está en el campo y mañana la queman, ¿qué no hará por su amiga y esposa amadísima?

Porque el Señor guarda a los que le aman. Como el lirio entre espinas, así mi amada entre las muchachas. No es un mérito vulgar de la virtud vivir rectamente entre malvados y preservar la delicadeza de la inocencia entre los que conspiran el mal, mucho más si, cuando tú dices "paz", ellos dicen "guerra" y te muestras amigo de tus mismos enemigos. Eso te permitirá reivindicar especialmente para ti por cierto título de propiedad la semejanza propuesta con el lirio. Porque no cesa de comunicar brillo y esplendor a las mismas espinas con su

propia inocencia. ¿No te parece que el lirio es por eso en cierto sentido un dechado de la perfección evangélica, cuando nos manda orar por los que nos calumnian y persiguen y hacer el bien a los que nos odian? Pues anda, haz tu lo mismo y tu alma será amiga del Señor; te ensalzará diciendo de ti: Como el lirio entre espinas es mi amada entre las muchachas.

Y prosigue: Manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los hijos. La esposa devuelve al esposo su turno de alabanza, la que él le ha tributado. Ser alabado por él indica que es digna de alabanza; alabarle a él es comprender v admirar su capacidad de ser alabado. Como el esposo lo ha hecho, comparándola con una flor extraordinaria, ella a su vez ensalza su singular y eminente gloria, mostrando que es el mejor de los árboles. Pero me llama la atención que el manzano no parece un árbol tan excelente como otros; por eso creo que su comparación es menos digna y desproporcionada con la alabanza que antes le tributó el esposo. Manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los hijos.

Diríase que la esposa lo desestimó, pues sólo se fijó en los árboles silvestres, que son estériles e incapaces de dar fruto para alimento del hombre. ¿Por qué prescindió de los árboles mejores y más nobles? ¿Por qué aduce la mediocridad de este árbol, para centrar el elogio de su esposo? ¿Es que debía acoger con limitaciones esta alabanza el que recibir el Espíritu Santo sin limitación alguna? Porque de la comparación basada en ese árbol se podría deducir que hay algo superior al amado, cuando de hecho no hay nada que lo iguale. ¿Qué podemos responder? Lo confieso: es una alabanza trivial, porque alaba a un niño. Pues ahora no ensalza al Señor que es grande y muy digno de alabanza, sino al Señor empequeñecido y muy digno de amor, el pequeño que nos ha nacido.

Aquí, por tanto no se exalta la majestad; se pondera la humildad; se antepone digna y razonablemente la debilidad y locura de Dios a la fuerza y sabiduría de los hombres. Precisamente esos árboles estériles y silvestres, según el Profeta, todos se han extraviado igualmente obstinados; no hay ninguno que obre bien, ni uno solo. Manzano entre los árboles silvestres es mi amado para mí entre los hijos. El Señor Jesús es el único que da fruto entre los árboles silvestres, superior a los ángeles como hombre, pero reducido a menos respecto a los ángeles. Hecho carne se sometió de modo admirable a los ángeles; pero permaneciendo Dios, los retiene sometidos a él. Por eso dice: Veréis a los ángeles subir y bajar sobre el Hijo del hombre, porque en el mismo y único Cristo Jesús sostienen su debilidad y se pasman ante su majestad.

Y porque la esposa saborea con más dulzura el que se haya empequeñecido, se complace más en exaltar su gracia, anteponer su misericordia y asombrarse por su condescendencia. Prefirió, pues, admirarlo más como hombre entre los hombres, que como Dios entre los ángeles; lo destaca como un manzano entre los árboles silvestres y no entre las plantas de los jardines. No pretende menoscabar sus alabanzas, cuando considerando su debilidad, exalta la benignidad de su compasión. Lo que en un sentido parece rebajar su alabanza, en otro la realza, pues enaltece menos la gloria de su dignidad, para que descuelle más la gracia de su dignación. Como el Apóstol afirma que la locura y la debilidad de Dios es

amas a la puerta del cielo con la mano de tus santos deseos; si te presentas ante los coros de los santos sobrecogido de devoción -ya que la oración de los justos atraviesa los cielos-, si digno de lástima deploras tus miserias, descubres tus calamidades, pones de manifiesto tu indigencia con incesantes suspiros y pides compasión; si haces todo eso, yo confío en aquel que dijo: Pedid y recibiréis; y si continúas llamando, no te dejará salir de vacío. Después a volver hacia nosotros lleno de gracia y de verdad, no podrás ocultar tus dones por el fervor de tu espíritu, y los transmitirás sin celos de envidias.

Por esta gracia que recibiste serás grato e incluso admirado de todos, y podrás proclamar en verdad: Me introdujo el rey en su bodega. Pero cuídate de no gloriarte de ti, sino del Señor. Porque yo diría que no todo don, aunque sea espiritual, procede de la bodega del vino. El esposo tiene otras bodegas y despensas, que guardan ocultos otros dones y carismas, conforme a la riqueza de su gloria. Recuerdo que hablé ampliamente de esas bodegas en otro sermón. ¿No tengo todo esto cerrado y sellado en mis tesoros? Según la diversidad de bodegas hay distintas gracias, y a cada cual se le manifiesta el Espíritu para el bien común. Aunque a uno se le conceda lenguaje de ciencia, a otro lenguaje de sabiduría, a otro profetizar, a otro el don de curar, a otro el don de lenguas, a otro el de traducirlas, y así otros semejantes, no por eso podrá afirmar ninguno de ellos que fue introducido en la bodega del vino. Porque estos dones se reciben en otras bodegas y tesoros.

Si alguien durante la oración, se siente enajenadamente introducido en los misterios divinos y de repente sale de allí abrasado en un amor impetuoso y ardiendo en celo de justicia, fervorosísimo en todas las ocupaciones y obligaciones espirituales, podrá entonces decir: El corazón me ardía por dentro, meditándolo me requemaba. Ese ciertamente, si, por la exuberancia de su amor comienza a exteriorizar su saludable y fecunda embriaguez del vino de la alegría, demuestra claramente que estuvo en la bodega. Porque hay dos clases de éxtasis en la santa contemplación: uno en el entendimiento y otro en la afección; uno en la luz y otro en el fervor; uno en el conocimiento y otro en la devoción; el amor piadoso con que se abrasa el pecho, la infusión de la santa devoción y el espíritu apasionado y henchido de celo, sólo se consiguen en esa bodega. Cualquiera que se levante de la oración lleno de estas gracias, puede decir con verdad: Me introdujo el rey en su bodega.

Y prosigue así: Ha ordenado en mí el amor. Era muy necesario. Porque el celo sin moderación es insoportable. Cuando la emulación es ardiente, la discreción que equilibra el amor es imprescindible sobremanera. El celo sin la moderación siempre es menos eficaz, resulta menos útil y con frecuencia se percibe su mal. Cuanto más fogoso es el celo. más radical el espíritu, y más desbordante el amor, se necesita una moderación más vigilante que elimine el mal celo, temple el espíritu y ordene el amor. Así añade que recibió también la discreción, es decir, la ordenación del amor, para que las muchachas no recelen de la esposa, y sus excesos no resulten intolerables por la impetuosidad de espíritu que despliega al salir de la bodega.

La discreción equilibra todas las virtudes, el equilibrio engendra moderación y encanto, e incluso

Sermón 49

La bodega es la Iglesia primitiva o el celo ardiente de la justicia en el alma por la contemplación de Dios. La discreción es la ordenación de la caridad. Como debe anteponerse al juicio y a veces posponerse por exigencias de la caridad, de la cual debe alegrarse para mayores beneficios de Dios. Como avanzamos ordenadamente en la caridad.

Me introdujo el rey en su bodega y ha ordenado en mí el amor. Tal como lo da a entender el sentido liberal del texto propuesto, tras haber gozado, como era su deseo, de este coloquio tan dulce y familiar con el amado, al mancharse él la esposa se dirige hacia las muchachas. Era tal la satisfacción y el ardor de su aspecto y de sus gestos, que parecía estar ebria. Se sorprenden las muchachas al verla así y desean saber la verdad. Ella les responde que no deben extrañarse por su embriaguez, pues había entrado en la bodega. Este es el sentido literal.

Atendiendo al espiritual, tampoco niega su situación, pero aquí la causa es el amor, no el vino, a no ser que llamemos al amor vino. Me introdujo el rey en su bodega. Cuando el esposo está presente y ella le dirige la palabra, lo llama "esposo", o "amado" o "aquel a quien ama mi alma". Pero cuando habla de él a las muchachas lo llama "rey". ¿Por qué así? Yo lo concibo de la siguiente manera: es propio de una esposa que ama y se siente amada usar términos más familiares con expresiones de suyo afectivas; pero con las muchachas que necesitan más seriedad, es menester reprimirse con palabras de respeto y majestad.

Me introdujo en la bodega. Eludo la descripción de esta bodega; recuerdo haberlo hecho ya. Con todo, la expresión puede referirse a la Iglesia, en el momento que el pueblo creyó que los discípulos, llenos de Espíritu Santo, estaban borrachos. Entonces Pedro, el amigo de esposo, levantándose en medio de ellos, dijo en defensa de la esposa: Estos no están borrachos, como suponéis. Observa, sin embargo, que Pedro no negó absolutamente que estaban borrachos, sino que adujo otro motivo. Porque estaban ebrios, pero no de mosto sino de Espíritu Santo. Y como si quisiera aclarar ante el pueblo que realmente les había metido en una bodega de vino, Pedro exclama en nombre de todos: Está sucediendo lo que dijo el Profeta Joel: En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre todo hombre. Profetizarán vuestros hijos e hijas, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.

¿No crees que la bodega de vino fue aquella casa en la que estaban reunidos todos los discípulos, cuando de repente un ruido del cielo, como de viento recio, resonó en toda la rasa donde se encontraban, cumpliéndose así la profecía de Joel? Cada uno de ellos saltó tan embriagado de a abundancia de aquella casa y tan saciado del torrente de semejante delicia, que podía decir con verdad: Me introdujo el rey en su bodega.

Tú también, si entras solo en la casa de la oración, con tu espíritu recogido, con tu alma serena, vacía de preocupaciones, y te postras en presencia del Señor junto al altar; si

fuerza y sabiduría para loa hombres, y como el Profeta lo ensalza porque es más bello entre lo hombres, así mismo la Esposa, movida por mismo Espíritu, lo alaba ahora como prototipo entre todos los árboles frutales y silvestres, para engrandecer al hombre Dios por encima de toda la gracia de los hombres; no sobre la excelencia de loa ángeles.

Manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los hijos. Bien dice entre los hijos. El era el hijo único de su Padre, ansió sin envidia que tuviese muchos hijos y no se avergüenza de llamarlos hermanos, para ser el mayor de una multitud de hermano. Pero por derecho antecede a todos los adaptados por gracia, pues él es hijo por naturaleza. Manzano entre los árboles silvestres es mi amado entre los hijos. Justamente dice manzano, pues como un árbol fructífero, da sombra reconfortante y frutos exquisitos. ¿Acaso no es un verdadero árbol frutal, cuyas flores brindan lo frutos de honor y de la honradez? Además es el árbol de la vida para los que lo comen. Es incomparable con cualquier árbol del bosque. Aunque sean árboles hermosos y esbeltos y al parecer prestan su servicio orando, sirviendo, enseñando, animando con el ejemplo, sin embargo, solamente Cristo, la Sabiduría de Dios, es el árbol de la vida, el único pan vivo que baja del cielo y da la vida al mundo.

Por eso dice: Me senté a la sombra de mi amado y qué frutos tan sabrosos comí. Con razón deseaba su sombra, para recibir a la vez alivio y fuerzas. Los restantes árboles del bosque dan su sombra refrigerante, pero no proporcionan el sustento de la vida ni los frutos eternos de la salvación. Sólo el autor de la vida, sólo el mediador de Dios, y de los hombres, el hombre Cristo Jesús puede asegurar a su esposa: Yo soy tu salvador. No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Por eso principalmente buscaba la sombra de Cristo; porque él solo alivia el fuego de los vicios y sacia con el deleite de las virtudes. Me senté a la sombra de mi amado. Su sombra es su carne; su sombra es la fe. La carne de su Hijo cubrió con su sombra a María; a mí la fe del Señor. ¿Acaso no me cubre a mí también la carne que como en el misterio?

Sin embargo, la santa Virgen también experimentó la sombra de la fe y a ella le dijo: Dichosa tú que has creído. Me senté a la sombra de mi amado. Y el Profeta dice: Cristo el Señor es espíritu delante de nosotros, a su sombra vivimos entre las naciones. A su sombra, entre las naciones; a su luz, con los ángeles. A su sombra vivimos mientras caminamos en la fe y no por imágenes. Por eso el justo se sienta a su sombra, porque vive de la fe. Mas el que vive por la inteligencia es feliz, pues no permanece en la sombra, sino en la luz. Justo era David y vivía de la fe, cuando decía a Dios: Dame inteligencia y tendré vida. Sabía que la inteligencia sucedería a la fe, que la luz de la vida se revelaría a la inteligencia y la vida a la luz. Antes hay que acercarse a la sombra y así pasar a lo que ella encubre, porque si no creéis, no entenderéis.

Ves cómo la fe es vida y sombra de vida. En cambio, la vida que se desliza entre el placer, porque no se vive en la fe, es muerte y sombra de muerte. La viuda que vive en la frivolidad ha muerto en vida. Y: La sabiduría de la carne es muerte. Hay una sombra de muerte: la que atormenta para siempre. Nosotros estuvimos sentados en tinieblas y

sombras de muerte, cuando vivíamos según la carne, no según la fe; muertos en verdad para la justicia, destinados a ser absorbidos al punto por la muerte segunda. Cuando la sombra está más cercana al cuerpo que la proyecta, esa vida nuestra está al borde del abismo. Por eso dice: Si el Señor no me hubiera auxiliado, ya estaría mi alma habitando en el infierno.

Pero hemos pasado de la sombra de muerte a la sombra de vida; más bien hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque vivimos a la sombra de Cristo. Pero con tal que vivamos y no estemos muertos. Porque pienso que no basta permanecer en su sombra para vivir por eso mismo de verdad en ella, ya que no todos los que poseen la fe viven de la fe. La fe sin obras está muerta; no puede dar vida, porque no la tiene. Por eso cuando el Profeta dijo: Cristo el Señor es espíritu delante de nosotros, no se limitó a seguir diciendo: "Estamos bajo su sombra", sino: "A su sombra vivimos entre las naciones".

Por tanto, piensa si a ejemplo del Profeta vives a su sombra, para que un día reines en su luz. El no da sólo sombra; también da luz. Por su carne es sombra de la fe; por su espíritu, luz de la inteligencia. Es carne y espíritu. Carne para los que permanecen en la carne; espíritu delante de nosotros, esto es, para un futuro, con tal que olvidemos lo que hemos dejado atrás, y nos lancemos hacia lo que tenemos delante para llegar a experimentar la palabra que dijo: La carne no sirve para nada; sólo el espíritu da vida Y no ignoro que alguien dijo cuando aún vivía en la carne: Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Eso decía él. Pero nosotros, que todavía no hemos merecido ser arrebatados al paraíso hasta el tercer cielo, alimentémonos mientras tanto de la carne de Cristo, veneremos sus misterios, sigamos sus ejemplos, conservemos la fe, y seguro que vivimos en su sombra.

Me senté a la sombra de mi amado. Quizá sé gloríe de haber experimentado mayor felicidad que la del Profeta, pues no dice que vive, sino que se sentó a su sombra. Sentarse equivale a descansar. Y descansar en la sombra implica algo más que vivir en ella, como vivir supone más que existir simplemente. Por eso el Profeta, se atribuye lo que es común a muchos: A su sombra vivimos, dice. Pero la esposa goza de una prerrogativa: gloriarse de que ella sola se siente a su sombra. No dice como él en Plural Vivimos: "nos sentamos", sino en singular: Me senté, para que reconozcas su privilegio. Mientras nosotros vivimos en trabajos, porque conscientes de nuestros pecados servimos a Dios con temor, ella, entregada y amante, descansa plácidamente. El temor lleva su pena; el amor, dulzura. Por eso prosigue: Y comí de sus frutos sabrosos, refiriéndose al fruto de la contemplación, que alcanzó elevándose suavemente por el amor. Todo se realizaba a la sombra, confusamente como en un espejo.

Pero cuando se disipen las sombras con el crecer de la luz y desaparezcan por completo, reemplazándolas la visión diáfana y eterna, los frutos serán no sólo sabrosos al paladar, sino que saciarán el vientre, pero sin pesadez: Me senté a la sombra de mi amado y comí de sus sabrosos frutos. Ya que la esposa des cansa, descansemos nosotros también, dando gloria al Padre de familia por lo que hemos saboreado, pues nos ha incitado a estos manjares, y al Esposo

de la Iglesia, Cristo Jesús nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 59

Por que dice: en nuestra tierra. Cuando se oyó de manera especial la voz o el gemido de la tórtola. Por que habla solo de una tórtola; sobre su castidad. La fe se apoya en los signos que son: escuchar la voz y ver las flores.

"La voz de la tórtola se deja oír en nuestra tierra". No puede ocultarlo más: el que es del cielo habla por segunda vez de la tierra. Y lo hace con tal bondad y naturalidad que parece uno más de esta tierra. Es el Esposo, que después de haber anunciado la aparición de las flores en la tierra, añadió "nuestra", y ahora lo vuelve a repetir: "La voz de la tórtola se ha dejado oír en nuestra tierra". ¿Carecerá de sentido que Dios se exprese de esta manera tan inusitada, por no decir indigna? Yo pienso que en ningún otro lugar encontrarás a nadie del cielo que use esta expresión, a no ser alguien de la tierra. Considera con qué dulzura dice el Dios del cielo: "En nuestra tierra". Escuchad "todos los habitantes del orbe e hijos de los hombres: El Señor ha estado grande con nosotros". ¡Cuánto le agradó unirse a la tierra y a la esposa que eligió en la tierra! "En nuestra tierra", dice. Estas palabras no nos suenan a supremacía, sino a consorcio familiar. Las pronuncia como esposo, no como señor. ¿Será posible? ¿El creador se considera esposo? Pero está hablando el amor y prescinde de su señorío. Se trata de un cántico amatorio y no puede inspirarse sino en términos de amor. Dios también ama, y la razón de su amor es él mismo, no otro. Por eso precisamente es tan apasionado, porque carece de todo amor que no sea su mismo amor. A los que ama los tiene por amigos, no por siervos. Era el maestro y se hace amigo; no llamaría amigos a los discípulos, si no lo fuesen.

¿Ves cómo ante el amor cede incluso la majestad? Así es, hermanos. El amor no sospecha de nadie ni desprecia a nadie. Trata de la misma manera a todos los que se aman perfectamente, y en sí mismo identifica a nobles y sencillos. No sólo los iguala, sino que los une. Quizá pienses todavía que Dios es una excepción de esta regla; pero estar unido al Señor es ser un espíritu con él. ¿Te extraña? El se hizo como uno de nosotros. He dicho mal: no como uno, sino uno de nosotros. Es poco ser igual que el hombre: es hombre. Por eso reclama la tierra como algo suyo, pero como patria, no como posesión. ¿Por qué no? Terrena es su esposa, terrena la sustancia de su cuerpo; él es su esposo porque son los dos un solo ser. Si tienen una misma carne, ¿por qué no también idéntica patria? "El cielo pertenece al Señor, dice, y la tierra se la ha dado a los hombre". Por tanto, en cuanto hijo del hombre hereda la tierra, como el Señor la domina, como creador la administra, como esposo se une a ella. Cuando dice "en nuestra tierra", claramente rehúsa su propiedad, pero no rechaza su comunión con ella. Esto es lo que se me ocurre a propósito de que el Esposo ha usado estas palabras tan benignas que se dejó decir: "En nuestra tierra". Ahora sigamos adelante.

"La voz de la tórtola se deja oír en nuestra tierra". Lo cual es un síntoma de que ha pasado el invierno u anuncia que ha llegado el tiempo de la poda. Ese es su sentido literal. Por lo demás la voz de la tórtola no es muy

los deseos terrenos. Pero es propio de la pureza angélica no envolverse con las imaginaciones corporales, ni siquiera en su contemplación. Ambas cosas, sin embargo, son un don de Dios; las dos son un éxtasis, ambas implican transcenderse a sí mismo, pero una muy lejos y la otra más cerca de sí. Dichoso el que puede decir: Me alejé huyendo y permanecí en la soledad. No contento con salir de sí mismo, huye muy lejos para poder descansar. Salvaste por encima de los deleites carnales, para no obedecer más a sus concupiscencias, ni dejarte dominar por sus hechizos. Saliste, te separaste, pero aún no te has alejado, si es que no has podido elevarte con la pureza de tu espíritu sobre la fantasía de las imágenes materiales que irrumpen por doquier. No te las prometas muy felices con tu paz. Te equivocas si piensas encontrar junto a ti mismo el lugar del descanso, el retiro de la soledad, la paz apacible, la mansión de la paz. Pero preséntame a quien haya llegado allá, y sin vacilar reconoceré su total descanso. Ese podrá decir: Alma mía, recobra tu calma que el Señor fue bueno contigo. Este es el lugar donde reina la soledad, ésta la mansión inundada de luz, como dice el Profeta. Es una tienda que dará su sombra contra el calor del día, seguridad y refugio en la tormenta y en la lluvia. De ella dice el santo David: El me protegerá en su tienda el día del peligro; me esconderá en lo oculto de su morada.

Recuerda que a esta soledad se ha retirado la esposa, y en ella se durmió plácidamente entre la frondosidad del lugar y los abrazos del esposo, es decir, se quedó arrobada en su espíritu. Por esta razón se les prohíbe a las muchachas despertarla, hasta que vuelva en sí. ¿Y cómo se lo prohíbe?

No con una simple o leve prohibición ordinaria, sino con un conjuro totalmente nuevo e insólito, a saber: Por los ciervos y gacelas de los campos. A mi juicio, con este género de animales se refiere con gran acierto a las almas santas desprovistas de cuerpo y también a los ángeles que moran con Dios, basándose en la viveza de sus ojos y la rapidez de sus saltos. Sabemos también que ambas son muy propias de ambos espíritus, por su facilidad en ascender a lo más sublime y penetrar en lo más íntimo. Su género de vida, representado en los campos, simboliza la agilidad clara y libre de la contemplación. ¿Y qué se da a entender con ese conjuro? Que las inquietas muchachas no pretendan con cualquier pretexto sacar a la amada de tan grata asamblea, en la que participa, sin duda, siempre que le arrebata la contemplación. Bellamente las intimida por el respeto debido a esos espíritus de cuya comunión pretenden separarla con sus importunidades.

Consideren las muchachas a quiénes disgustan también cuando molestan a su madre; no confíen en su amor maternal y teman irrumpir en aquella mansión celestial, a no ser por una apremiante necesidad. Piensen que eso es lo que hacen cuando interrumpen su reposo contemplativo más de lo debido. Es evidente que se deja a su propio criterio decidir cuándo puede ocuparse de su propio espíritu y cuándo debe entregarse a la atención de las muchachas, pues se les prohíbe despertarla basta que ella quiera. Conoce muy bien el esposo el ardor con que ama la esposa a sus prójimos y con qué solicitud de madre busca el aprovechamiento de sus hijas; sabe que por nada del mundo se sustraerá o se negará a darles cuanto necesiten.

Por eso creyó que podía fiarse con toda garantía de su discreción para cuanto ella disponga. No es como otros muchos: están marcados como profetas, pero coman para sí lo más pingüe y sustancioso, rechazando o más débil. ¿A quién busca el médico, a los sanos o más bien a los enfermos? Si trata con los sanos no actúa como médico, sino como amigo. ¿A quién vas a instruir, maestro bueno, si abandonas a codos los ignorantes? ¿A quiénes enseñarás la disciplina si ahuyentas o huyes de los indisciplinados? ¿A quiénes mostrarás tu paciencia, si sólo acoges a los apacibles y excluyes a los inquietos?

Ojalá algunos de los que aquí están sentados atiendan más profundamente a este texto. Con toda seguridad comprenderían cuánta reverencia se merecen los superiores, a quienes importunan temerariamente y por eso imitan a los ciudadanos del cielo. Tal vez comenzarían a tener un poco más de comprensión con nosotros y no nos molestarían con tanta ligereza e irreverencia, cuando nos entregamos libremente a lo espiritual. Rara vez cuento con una hora para quedar liberado de los que acuden a mí, como ellos bien o saben, pues tienen que esperar pacientemente para poder estar conmigo.

Por mi parte, me quejo así con gran escrúpulo, no sea que alguno por su timidez o por miedo a importunarme oculte sus indigencias más allá de sus propias fuerzas. Dejémoslo, pues, estar; y que los débiles no lo interpreten como un mal ejemplo mío de intolerancia. Son los pequeños del Señor, que se confían a él, y no puedo sufrir que se escandalicen por mí. No haré uso de mi derecho; me tienen a su disposición para cuanto quieran; sólo deseo que se salven. Se compadecerán de mí si no tienen compasión de mí, y yo viviré mucho más tranquilo si no temen molestarme cuando me necesiten. Condescenderé con todos en lo posible y en ellos serviré a mi Dios siempre que pueda, con un amor sin fingimiento. No buscaré mi bien, y mi utilidad no consistirá en buscar mi provecho, sino el de los demás. Sólo pido al Señor que mi servicio sea grato y fructuoso para ellos, y encuentre misericordia en el día aciago ante su Padre y el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que con él es Dios bendito por siempre sobre todas las cosas.

una lluvia más suave. El verano goza de unas lluvias suaves y fecundas. ¿Hay algo tan dulce como las lágrimas de amor? Llora la caridad, pero por amor, no por abatimiento; llora pos sus añoranzas, llora con los que lloran. No dudo que las obras de vuestra obediencia se riegan con esa lluvia más generosa, y contemplo con alegría que no vivís en las tinieblas de la murmuración ni en la penumbra de la tristeza, sino en la alegría floreciente del gozo espiritual. Así son, como flores que lleváis siempre en vuestras manos.

Por tanto, si pasó el invierno, si se alejaron las lluvias, si al fin brotaron las flores de nuestra tierra; si por eso motivo la estación templada, como cierta gracia espiritual nos indica el tiempo de la poda, ¿qué nos resta sino entregarnos de lleno a este trabajo tan santo y necesario? Como dice el Profeta: "Examinemos y revisemos nuestra conducta" y nuestros deseos. Que cada cual piense que va progresando, no porque no haya nada reprensible, sino porque cuando lo encuentra se acusa a sí mismo. NO te examinas en vano si adviertes que necesitas otra revisión. Siempre que no te engañé tu examen, sentirás necesidad de repetirlo. Si lo hace cuando lo necesitas, siempre necesitarás hacerlo. Porque siempre sentirás necesidad de recordar el auxilio celestial y la misericordia del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

plantan huertos, recogen cosechas". Con el tiempo se serenó la tempestad, y al volver la paz a la tierra crecieron las viñas, se extendieron, se dilataron y se multiplicaron sin número. De nuevo se le invitó a la esposa para que fuese a las viñas, no para plantarlas, sino para podar las que ya se habían plantado. Y muy a tiempo: porque así lo requerían aquellos años de paz. ¿Cómo habría sido posible durante las persecuciones? En cambio, empuñar las armas de dos filos, tomar venganza de los pueblos, aplicar el castigo a las naciones, sujetar a los reyes con argollas, a los nobles con esposas de hierro y ejecutar la sentencia dictada -eso es lo que exige la poda de las viñas- apenas puede llevarse a cabo si no es en tiempo de paz. Y no me extiendo más en esto.

Aquí podríamos rematar el sermón, si antes, como acostumbro, hubiera dado mis consejos a cada uno de vosotros a propósito de su viña. ¿Quién ha cortado todo lo superfluo en sí mismo tan perfectamente que pueda pensar que ya no le queda nada por podar? Creédmelo: también retoña lo podado, retorna lo que ha huido, de nuevo se inflama lo extinguido y despierta lo dormido. No basta haber podado una vez; hay que hacerlo muchas veces. Es más, siempre, porque siempre encontrarás algo que podar si no lo ocultas. Te equivocas si piensas que los vicios han muerto, cuando m s bien están reprimidos, mientras caminas con este cuerpo. Lo quieras o no, más acá de tus fronteras habita el Jebuseo; puedes subyugarlo pero no eliminarlo.

Veo claro que en mis bajos instintos no anida nada bueno, reconoce el Apóstol. Eso importaría menos sino reconociera que también anida el mal. Porque dice: "No es el bien que quiero lo que hago; antes el mal que no quiero es lo que ejecuto. Ahora, si lo que yo hago es contra mi voluntad, es porque habita en mí el pecado". O te atreves a decir que eres mejor que Apóstol -porque es él mismo quien lo ha reconocido-, o confiesas como él que tampoco tú estás libre de los vicios. Ahora bien, la virtud ocupa el medio entre los vicios y por eso necesita una minuciosa poda y circuncisión. De lo contrario, bamboleándose o más bien roída por los vicios, es de temer que sin enterarte languidezca la virtud poco a poco, o se ahogue por la fuerza de los mismos. Sólo te aconsejo en ese momento decisivo la máxima vigilancia, para que en cuanto asomen los retoños, los mates sin contemplaciones. No pueden crecer a la vez los vicios y la virtud. Para que ésta cobre fuerzas, no dejes que se propaguen aquéllos. Arranca lo superfluo y brotará lo provechoso. Todo lo que le quites a la concupiscencia repercute en tu provecho. Entreguémonos a la poda. Podemos la concupiscencia y se robustecerá la virtud.

Para nosotros, hermanos, siempre es tiempo de poda; siempre la necesitamos. Confío que ya ha pasado el invierno para nosotros. Recordáis que llamaba invierno al temor, que no coexiste con el amor. Si bien inicia a todos en la sabiduría, a nadie consuma en la perfección, porque el amor perfecto echa fuera el temor, como el verano al invierno. El amor es como el estío, que si ha llegado y ya ha llegado -como es justo que piense de vosotros-, habrá secado toda lluvia invernal, es decir, las lágrimas de la ansiedad, que por el recuerdo amargo del pecado y el temor de juicio os atormentaban antes. Por eso -y puedo afirmarlo, si no de todos vosotros, al menos de muchos-, aquí ya pasó y se alejó el invierno, porque brotan las flores, claro indicio de

Sermón 53

En que sentido dice: la voz de mi amado; a la visión precede la escucha: cuales son los montes y collados por los que el esposo pasa de largo y salta. Como se identifican los montes con las ovejas, es decir los ciudadanos del cielo. Cuales son los saltos del esposo con los que pasa y salta sobre los montes.

¡La voz de mi amado! La esposa descubre que otra vez se ruborizan las muchachas con un temor respetuoso, Y que de nuevo comienza a embargarles el miedo de importunar su santo ocio. Ella advierte que no le molestan en su contemplación como en días anteriores, y cae en cuenta que eso se lo debe a la solicitud e intervención del esposo. Su espíritu se alegra por su progreso, pues no se dejan llevar de su excesiva e injustificada inquietud; y también por la futura quietud de que en adelante le dejarán gozar. Percibe la bondad y el favor del esposo, que pone tanto interés por su propia paz, empeñándose en depender el dulce y ferviente ocio de su contemplación. Por eso dice que todo se debe a la voz de su amado, que les habló en ese sentido.

Ciertamente, el que preside con suma diligencia a los demás, apenas nunca o muy rara vez descansa tranquilo. Desconfía siempre de su capacidad para atender a sus súbditos, y por eso no sería del agrado de Dios anteponer al bien de los demás la dulzura de su apacible contemplación. Le invaden un gran gozo y sosiego en sus momentos de suave libertad; cuando sabe con certeza que su contemplación es agradable Dios, por esa especie de miedo y reverencia hacia él, infundida divinamente en los corazones de sus subordinados. Eso le indica que soportan sus necesidades sin perder la paz, y que se atreven a perturbar sin fundamento el ocio santo de su padre espiritual. El temor condescendiente de sus hijos con evidencia que han escuchado en su interior la voz amenazadora, y sin duda reprensiva, del que dice por el Profeta: Yo, que sentencio con justicia. Su voz es su inspiración que les infunde un justo temor.

Al escuchar la claridad de su voz, dice la esposa alegre y exultante: ¡La voz de mi amado! Es una voz tan familiar que con gran gozo reconoce en ella la voz de su esposo. Y añade ¡Llega saltando por los montes, pasando de largo por los collados! Descubierta la presencia del amado al escuchar su voz, vuelve sin dudar los ojos de su justificada curiosidad para ver al que ha escuchado. La escucha conduce a la visión. La que nace del oído y purifica los corazones para poder contemplar a Dios. Por eso se te dice: He purificado sus corazones con la fe. Ve llegar al que había oído su voz. Se cumple así el orden indicado por el Espíritu Santo que dice con el Profeta: Escucha, hija, mira.

Esta frase no es fruto de la coincidencia o de la casualidad, sino una decisión intencionada por las razones expuestas, a saber: que la escucha precede a la visión. Atiende cómo aparece esta misma concatenación en las palabras con que el santo Job se dirige a Dios: Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos. Y cuando se relata que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés, ¿no se indica que la escucha precede a la

visión? Porque dice: De repente resonó un ruido del cielo, como de viento recio. Y más abajo: Y vieron aparecer unas lenguas como de fuego. Primero oyeron la llegada del Espíritu Santo y luego dice que vieron. No insistimos más, porque tú mismo, si te entretienes en buscarlo en otros pasajes de la Escritura, podrás hallar textos semejantes.

Reflexionemos ahora sobre lo que requiere una profundización más costosa, porque su acceso es más difícil. Confieso que necesito la total ayuda del Espíritu Santo, para aclarar cuáles son estos montes y collados. La Iglesia vio con su gozosa mirada al esposo saltando sobre ellos, cuando a mi parecer se dirigía con toda prisa a redimirla, porque anhelaba su hermosura. Así me induce a creerlo sin duda unas palabras equivalentes del Profeta que me salen al paso, cuando adelantándose en espíritu describe la llegada de Salvador: Ha puesto su tienda al sol; él sale como el esposo de su alcoba. Salta como gigante a correr su carrera. Sale de una extremidad del cielo y corre hasta el otro extremo.

Todos conocemos esta salida y su carrera; todos saben por quién y para qué la inició y la consumó. ¿Y qué significa? Por lo que leemos en los salmos y en este pasaje del Cantar hemos de imaginarnos a un hombre gigante de prodigiosa estatura, enamorado de una pobre mujer ausente, y que buscando sus ansiados abrazos, corre por esos montes y collados que se destacan con su mole material y su altura sobre las llanuras de la tierra, lamiendo su cumbre más alta que las nubes? No es oportuno representarnos esas fantasías materiales, tratándose sobre todo de este Cántico espiritual; y mucho menos nosotros, que recordamos lo que dice el Evangelio: Dios es espíritu y los que lo adoran han de dar culto en espíritu y en verdad.

¿Cuáles son, pues, esos montes y collados espirituales, para que conozcamos también cuáles y cómo son esos saltos que sobre ellos o por ellos daba el Esposo, que es Dios y por lo mismo espíritu? Podríamos pensar en el relato del Evangelio, cuando el entrañable pastor, dejando las noventa y nueve ovejas, salió a buscar por la tierra a la que se había extraviado. Pero seguimos en la misma oscuridad y la mente queda en suspenso. Resulta difícil dar con esos espíritus celestiales -pues sin duda ellos son las ovejas que allí permanecieron- y cuáles o quiénes son los montes y collados espirituales en los que habitan y pastan. Si no apareciese rastro alguno de veracidad, no habría dicho esto la Verdad. Ni el Profeta se habría referido mucho antes a la Jerusalén celestial, diciendo que él la ha cimentado sobre el monte santo, si allí no estuvieran en realidad los montes santos. Y según Isaías en la morada celestial existen montes y collados espirituales, vivos y racionales: Montes y colinas romperán a cantar alabanzas ante Dios.

¿Quiénes son, pues, éstos sino los espíritus que habitan en el cielo, a los que en boca del Señor hemos llamado ovejas, y que indistintamente son montes y ovejas? A no ser que os parezca absurdo que los montes pasten en los montes y las ovejas en las ovejas.

Literalmente suena muy mal; pero en sentido espiritual su comprensión tiene un dulce sabor, si consideramos sutilmente que el pastor de las dos clases de ovejas, Cristo, la sabiduría de Dios, alimenta con el mismo pasto de la única verdad, aunque de una manera a sus rebaños

hay nubes malas que no son suyas? Ellos gritaban: "¡Fuera, fuera, crucifícalo!" ¡Nubes violentas y tormentosas! ¡Lluvias de borrasca! ¡Torrente destructor que sólo puede asolar y nunca fecunda! La lluvia que vino después no fue menos mala ni menos amarga, aunque cayó con menos violencia: "Ha salvado a otros y él no se puede salvar. ¡Cristo, Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y le creeremos!".

La palabrería vacía de los filósofos no es buena lluvia; trae más esterilidad que fecundidad. Lluvias mucho peores son los perversos dogmas de los herejes, que harán brotar cardos y espinas en vez de frutos. Malas lluvias son también las tradiciones de los fariseos contra las que arguye el Salvador, porque ellos mismos son malas nubes. Y no pienses que ofendo a Moisés. El era una buena nube, pero no puedo decir que toda su agua era buena, para no contradecir al que dijo: "Yo les di preceptos no buenos -sin duda por Moisés-, mandamientos que no les darían vida". Por ejemplo, la observancia literal del sábado que recomendaba el descanso, pero no lo conseguía; el rito inexplicable de los sacrificios, la prohibición de la carne porcina, y otras semejantes catalogadas como impuras por Moisés. Todo ello era lluvia que bajaba de aquella nube. Pero no deseo que caiga jamás sobre mi campo o mi jardín. Sería buena en su día, pero después ya no la considero tal. Toda lluvia, por mansa que sea, por suavemente que caiga, si es intempestiva resulta perjudicial.

Mientras estas aguas perniciosas cubrieron la tierra y la emponzoñaron, las viñas no gozaron del clima apropiado y no había llegado el momento de que se invitara a la esposa para podar las viñas. Pero cuando corrieron las aguas y se secó la tierra, aparecieron las flores como señal de que había llegado el tiempo de la poda. ¿Me preguntas cuándo sucedió? ¿Cuándo podía ser, sino en el instante que refloreció la carne de Cristo por su resurrección? Esta es la primera y preciosa flor que brotó en nuestra tierra: Cristo fue nuestra primicia. Jesús era la flor del campo y el lirio de las vegas. Todos le tenían por hijo de José de Nazaret, que significa flor. Esta flor apareció la primera, pero sola. Muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron, y como lozanas flores engalanaron nuestra tierra. En efecto, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

También fueron flores los primeros del pueblo que creyeron, primicias de los santos. Flores fueron los milagros, flores que dieron el fruto de la fe. Después de retirarse parcialmente y alejarse aquella agua de infidelidades, vino al punto otra lluvia abundante que Dios reservó para su heredad, y comenzaron a brotar las flores. El Señor derramó su bondad y nuestra tierra dio sus flores; en un día creyeron tres mil del pueblo, y otro día cinco mil. Así creció en poco tiempo el número de las flores, esto es, la multitud de los creyentes. El hielo de la maldad no pudo prevalecer contra las flores que aparecían, ni destruir, como suele hacerlo, el fruto de la vida que prometían.

Todos los que habían creído se revestían con la fuerza de lo alto, y entre ellos surgieron hombres firmes en la fe que despreciaban las amenazas humanas. Debieron soportar muchas contradicciones, pero no cedieron ni huyeron; realizaban y proclamaban la obra de Dios, conforme al sentido espiritual del salmo: "Siembran campos,

tierra. ¿Negarás que era invierno cuando Pedro se calentaba a las brasas, con su corazón no menos helado que su cuerpo? "Hacía frío", dice. Un frío helador había congelado el corazón del que lo negó.

Nada extraño: lo habían arrancado del fuego. Poco antes lo abrasaba un celo no pequeño, todavía cercano al fuego. Tanto que desenvainando la espada, para no perder el fuego amputó la oreja de un criado. Pero como no era el tiempo de la poda tuvo que escuchar: "Vuelve la espada a su sitio". Era la hora en que mandan las tinieblas. Todo discípulo que entonces llevara espada de hierro o de palabras, perecería a hierro y no con gustaría a nadie ni daría fruto alguno, o bien se vería abocado a la negación por el mismo temor de la espada. Así se perdería él mismo, como a continuación lo dijo la Palabra del Señor: "El que a hierro mata, a hierro muere". ¿Se habría mantenido impávido alguno de ellos ante las perspectivas de aquella muerte tan pavorosa, cuando su propio jefe temblaba y se hundía, aunque el mismo Emperador le previno con palabras confortantes y le pronosticó que afianzaría a sus hermanos?

Pero ni él ni ellos estaban aún revestidos de fuerza de lo alto. Por eso se sentían inseguros para salir a las viñas, sacar el escardillo de la lengua, podar las viñas con la espada de espíritu y limpiar los sarmientos para que dieran más fruto. Además el mismo Señor guardaba silencio en su pasión y no contestaba a muchas preguntas, como dice el Profeta: "Soy como uno que no oye y no puede replicar". Pero también decía: "Si os lo digo no lo vais a creer, y si os hago preguntas no me vais a contestar", porque sabía que aún no había llegado el tiempo de la poda y que la viña no correspondería a sus intensos trabajos, es decir, no daría los frutos de la fe y de la buenas obras. ¿Por qué? Era invierno en el corazón de los pérfido y las lluvias invernales de la malicia habían cubierto la tierra; eran más propias para ahogar que para proteger la semilla de la palabras sembrada, y harían inútil todo el trabajo derrochado para cultivar las viñas.

¿A qué creéis que llamo ahora lluvias? ¿A las nubes que vemos volando por los aires y se dispersan sobre la tierra llevadas por el viento huracanado? De ningún modo. Me refiero a los hombres de espíritu turbulento que se levantan desde la tierra por encima de los aires, clamando don sus bocas contra el cielo y lamen con su lengua la tierra, como agua venenosa, hasta convertirla en un pantano estéril, inservible para las plantas y sembrados. No me refiero a esas plantas visibles y corporales que se no dan para consumo nuestro; de todo esto, lo mismo que los bueyes, Dios no se preocupa. ¿De cuáles entonces? De esas que sembró y plantó la mano de Dios y no la del hombre, para que pudieran germinar y echar raíces en la fe y en el amor, y dar frutos de salvación si se riegan con las lluvias buenas y tempranas. En una palabra, de las almas por las que murió Cristo. ¡Ay de las nubes que han descargado esas aguas, y en vez de aportar frutos sólo producen barro!

Hay árboles buenos y malos; por su diversidad dan frutos diferentes, unos buenos y otros malos. Pienso que también hay nubes buenas que dan lluvias buenas y nubes malas que dan aguas malas. Quizá no hizo notar esa diferencia entre las nubes y las lluvias aquel que decía: "Prohibiré a mis nubes que lluevan sobre ella"; se refería a la viña. ¿Por qué crees que dijo expresamente mis nubes, sino porque

de la tierra y de otra a los del cielo. Los hombres mortales en este entretanto de nuestra peregrinación, hemos de comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente, mendigándolo fuera a las personas doctas o a los libros sagrados, o a través de la creación del mundo que nos muestra visibles los atributos invisibles de Dios. Los ángeles, en cambio, reciben sin esfuerzo y con gozo cuanto necesitan para ser felices en toda su plenitud, aunque no por sí mismos, porque todos son discípulos de Dios. Pero a los hombres elegidos se les promete de manera infalible que lo conseguirán algún día, mas no pueden experimentarlo con una felicidad segura.

Por tanto, los montes se apacientan en los montes y las ovejas en las ovejas, porque las sustancias espirituales, tanto los montes como las ovejas, mediante la Palabra de vida hallan en sí mismas copiosamente la forma de perpetuar su felicidad: las montañas por su plenitud encumbrada y las ovejas por su mansedumbre. Porque henchidas de Dios, encumbradas por sus méritos, rebosantes de virtudes, someten, sin embargo, sus cumbres erguidas con una obediencia total, y se doblegan ante el imperio de la soberana majestad como ovejas mansísimas que caminan siempre pendientes de la voluntad de su pastor, y le siguen a donde quiera que vaya.

Según el profeta David, en estos montes verdaderamente santos se asientan desde el principio los cimientos de la ciudad de Dios con firmeza, como sabiduría primordial entre todo lo creado. Esta ciudad es idéntica tanto en el cielo como en la cierra, con una sola diferencia: la primera es en cierto modo peregrina, y la segunda también reina en parte. En estos montes, según Isaías, resuena sin cesar con platillos sonoros la acción de gracias y la alabanza, cumpliendo así con dulce e incesante concierto lo que poco antes hemos mencionado del mismo Profeta: Montes y collados romperán a cantar alabanzas ante Dios, y lo que añade otro hablando con el Señor Dios: Dichosos los que habitan en tu casa alabándote siempre.

Volviendo al punto del que nos hemos desviado algo, porque era necesario, éstos son los montes y collados en las que la Iglesia reconoció al Esposo, saltando con increíble rapidez, cuando corría para abrazarla; no es que saltase solamente, pasaba por encima de ellos.

¿Deseas que te muestre esos saltos en los testimonios de los Profetas y de los Apóstoles? No pretendo aducir ahora todos los lugares que se pueden encontrar al respecto, me extendería mucho y no es necesario. Me referiré solamente a los textos que con claridad y concisión traten de los saltos del Esposo. De él dice David: Ha puesto su tienda en el sol; él sale como el esposo de su alcoba; contento como un héroe a recorrer su camino. Asoma por un extremo del cielo. Ahí tienes un gran salto, desde el extremo del cielo hasta la tierra. No encuentro otro lugar en que haya puesto la tienda en el sol, esto es, donde el que habita en una luz inaccesible se haya dignado exhibir su presencia tan radiante y luminosa, a no ser en la tierra. Por eso dice: Apareció en la tierra y vivió entre los hombres. En la tierra, repito; porque al decir puso su tienda en el sol, se refiere al cuerpo que se dignó tomar para sí de la carne de una Virgen, para hacerse visible el invisible, y así todo hombre pudiese contemplar la salvación de Dios, al venir en carne humana.

Saltó, por tanto, en los montes, esto es, en los espíritus supremos, cuando descendió hasta ellos y quiso revelarles el secreto escondido eternamente, el gran misterio de compasión. Y atravesando los montes más elevados, a saber, los Querubines y Serafines, las Dominaciones, Principados, Potestades y Virtudes, se dignó descender también al orden más inferior de los Ángeles, al de los collados. ¿Se detuvo acaso en ellos? No; franqueó también los collados, pues dice: No es a los ángeles a quienes tiende la mano, sino a los hijos de Abrahán, que son inferiores a los ángeles. Así se cumplía lo que dijo el mencionado Profeta, hablando al Padre acerca de su Hijo: lo hiciste poco inferior a los ángeles. Aunque se puede interpretar que lo dijo para ensalzar la naturaleza humana, porque el hombre creado a imagen y semejanza de Dios y dotado de razón como los ángeles, dista un poco del ángel por razón de su cuerpo terreno.

Pero escucha a Pablo que abiertamente dice de él: A pesar de su condición divina no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo haciéndose hombre, uno de tantos. Y dice otra vez: Pero cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, sometido a la Ley, para rescatar a los que estaban sometidos a la Ley. Por tanto, el que nació de una mujer y se sometió a la Ley, sin duda descendió saltando sobre los ángeles menores, que comparados con los superiores se designan con razón con el nombre de collados.

Por lo demás, el que es menor en el reino de los cielos es mayor que cualquiera que vive en la tierra vestido de la carne, aunque sea el mayor como Juan Bautista. Si bien confesamos que Dios hecho hombre sobresale incomparablemente, incluso como hombre, por encima de todos los Principados y Potestades, es cierto, sin embargo, que aunque los aventaja por su majestad se rebajó por su debilidad humana. Por tanto, saltó por los montes y pasó por encima de los collados, porque quiso manifestarse más débil incluso que los espíritus más interiores. Y además de rebajarse ante esos espíritus celestes se sometió a los que habitan en casas de barro, saltando sobre ellos, para vencer con su humildad la humildad misma de los hombres. Niño en Nazaret, se sometió a la autoridad de María y José; en el Jordán, joven ya, se doblegó bajo las manos de Juan. Pero anochece y no queremos bajar de estos montes.

Si ahora, como nos gustaría, pretendiésemos ahondar v recorrer estos parajes tan deliciosos, temo que este sermón se haría largo, o por las prisas se vería privado de la atención que merece. Detengámonos ya por hoy, si os parece, en estos montes; será bueno quedarse donde nos apacienta Cristo nuestro pastor en sus praderas con gran gozo y abundancia, juntamente con sus santos ángeles. Somos las verdaderas ovejas de su rebaño. Rumiemos, pues, como los animales puros del buen Pastor, lo que en el sermón de hoy hemos tomado con gran avidez. Y en otro sermón acogeremos con mayor atención lo que aún nos queda de este texto, contando con la largueza del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es bendito sobre todo y por siempre. Amén.

tiempo de la poda". Se refiere al cultivo de las viñas; antes de nada hay que quitarles los sarmiento estériles, cortar los perjudiciales y podar los superfluos, para que respondan con una cosecha copiosa. Esto es lo que indica el sentido literal.

Pero veamos qué no sugiere su significación espiritual a través de esta especie de esquema histórico. Ya tengo dicho que las viñas son las almas o las iglesias. También me habéis oído cuál es la razón, y no es necesario repetirlo. A los espíritus más perfectos se les ordena examinar las viñas, corregirlas, instruirlas y salvarlas. Pero a este servicio no llegan los ambiciosos de sí mismos, sino los llamados como Aarón. Nos preguntamos en qué consiste esa invitación.

¿No será cierta moción íntima del amor, que nos mueve a empeñarnos en la salvación de los hermanos, en el esplendor de la casa del Señor, en la promoción de máximo bien, en la alabanza y gloria de su nombre? Estas inclinaciones religiosas deben dominar siempre a quienes por deber guían a las almas y trabajan en su predicación. Siempre que su interior se vea afectado así, deberá tener por ciento que l Esposo se halla presente y lo invita a sus viñas. ¿Para qué, sino para arrancar y arrasar, para edificar y plantar?

Más como no todo tiempo es oportuno ni conveniente para esta labor, como para todo lo que está bajo el cielo, añade el que invita: ha llegado el tiempo de la poda. Lo sabía también el que exclamaba: "Este es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación". "No demos a nadie motivo de escándalo, para que no pongan tacha a nuestro servicio". Consciente de que había llegado el tiempo de la poda, aconsejaba podar y cortar sin miramientos todo lo vicioso y superfluo, todo lo que pudiera ser causa de escándalo e impedimento para el fruto de la salvación. Por eso decía a cierto cultivador fiel de las viñas: "Reprende, corrige, insiste". Con los dos primeros verbos se refería a la poda; con el último a las plantaciones. Esto es lo que dice el Esposo por boca de Pablo sobre el tiempo oportuno para esta labor.

Ahora escucha lo que decía él mismo cuando hablaba con la nueva esposa de otra manera y con distintos simbolismos. "¿No decís vosotros que faltan cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: Levantad la vista y contemplad los campos; la mies es abundante y los braceros pocos; rogad al Señor de la mies que mande braceros a su mies". Así como antes indicaba que ha llegado el tiempo de cosechar las almas, ahora comunica que ha llegado el momento de podar las viñas, que claramente aluden a las almas y a las Iglesias. Quizás pretendía diferenciarlas así con estos dos vocablos distintos; con las mieses se refiere a los pueblos, y con las viñas a las congregaciones de los santos que viven juntos.

Cuando indica que el tiempo de invierno ha pasado, a mi entender se refiere al tiempo en que el Señor Jesús no andaba en público por Judea, porque habían conspirado contra él y querían matarlo. Por eso les decía: "Para mí todavía no es el momento; para vosotros, en cambio, cualquier momento es bueno". Y otra vez: "Subid vosotros a la fiesta, yo no subo. Sin embargo, después subió él también, no abiertamente, sino a escondidas". Ese invierno duró desde entonces hasta la llegada del Espíritu Santo. El entusiasmó de nuevo los corazones aturdidos de los fieles, como fuego que el Señor envió expresamente sobre la

Sermón 58

Sentido literal por el que se la manda a la esposa que se de prisa y para que. El tiempo oportuno de la poda, cual es la primavera y cual es la lluvia que lo impide. Cuales son las nubes buenas y las nocivas, y las lluvias; y que flores brotaron después. La poda de la viña moral, esto es del alma, y cuando es necesaria, es decir, siempre.

"¡Levántate, date prisa, amada mía, paloma mía, hermosa mía y ven a mí!" ¿Quién lo dice? El esposo, sin duda. ¿No era él quien poco antes prohibía tan rotundamente despertarla? ¿Por qué razón ahora le manda que se levante y se dé prisa? Esto me recuerda algo similar del Evangelio. La noche en que entregaban al Señor, después de haber dicho a sus discípulos cansados por aquella vigilia tan prolongada, que durmieran y descansasen, les mandó en seguida: "Levantaos, vámonos; ya está ahí el que me va a entregar". Así ahora prohíbe que molesten a la esposa y casi al instante la despierta, diciendo: "Levántate y ven". ¿Qué significa este cambio tan brusco de su voluntad o determinación? ¿Acaso una ligereza del esposo, que primero deseó lo que luego rechazó?

En absoluto. Pensad, si no lo habéis olvidado, en lo que antes os insistí repetidamente, sobre el tránsito de la santa contemplación a la obligada acción. En esta vida no es posible una contemplación interminable y la prolongación del ocio, cuando urge el bien con mayor obligación e instancia. Siguiendo su costumbre, el esposo después de caer en cuenta que su amada ha descansado algo sobre su seno no vacila en inducirla otra vez a lo que es más conveniente. Pero no a la fuerza, pues no puede hacer él lo que había prohibido. Con esta incitación del esposo confirma a la esposa en el deseo que le fascina: el celo de las buenas obras, el interés de ser fecunda para el esposo, pues su vida es el esposo y morir una ganancia.

Se trata de un deseo ardiente: no sólo le pide que se levante, sino que se levante en seguida. Porque le dice: "Levántate, date prisa y ven". Estas palabras le confortan mucho, pues le dice "ven" y no "vete"; dándole a entender que no la envía, sino que la lleva y que el esposo irá junto a ella. ¿Encontrará alguna cosa difícil con su compañía? "Sé tú mi fiador, dice, ante ti mismo y no temeré a ningún enemigo que luche contra mí". Y también: "Aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo". Por tanto, no la despierta contra su voluntad, pues antes le infunde el deseo, que no es otra cosa que una inspirada avidez de santa entrega.

Se siente animada para esta misión y se torna más dispuesta a ello en una coyuntura favorable. Ha llegado la hora, esposa mía, le dice, porque pasó el invierno, durante el cual no era posible trabajar. Las lluvias, que lo inundaron todo, cubrieron la tierra impidiendo los cultivos; pudrieron lo sembrado y era imposible sembrar más. Huyeron las lluvias, han cesado y se han ido: brotaron las flores en la vega, e indican la llegada el clima primaveral para trabajar en buenas condiciones. Ya están cerca las cosechas y los frutos. Y al punto indica cuál debe ser el primer trabajo, diciendo: "Llega el

Sermón 54

Otro comentario sobre los montes antedichos; como salta sobre ellos el esposo, cuando se digna valerse de su ministerio. Los collados que deja atrás el esposo son los espíritus del aire, designados por los montes de Gelboe; y los montes sobre los que salta son los Ángeles y los hombres. El lugar correspondiente al diablo como pena, esta entre los montes inferiores y los superiores. Exhortación para no caer en la soberbia, según el ejemplo del ángel representado por Gelboe. El triple temor que debemos fomentar para evitar la soberbia.

Diré algo sobre el mismo texto que comentamos ayer, pero interpretado de distinta manera en este sermón. Probad y elegid luego lo que más os guste. No es menester repetir lo expuesto, pues no creo que lo hayáis olvidado tan pronto. Por si así fuera, se ha redactado y copiado tal como lo expuse, como los demás Sermones. Así hallaréis cómodamente lo que quizá haya caído en el olvido. Escuchad, pues, lo demás. Dice así: ¡Llega el amado saltando por los montes, pasando sobre los collados! Se refiere al esposo, que saltó en efecto por los montes cuando el Padre lo envió para evangelizar a los pobres, sin importarle realizar el oficio de ángel, ya que siendo el Señor se hizo ángel del gran consejo. Antes lo delegaba a otros, pero ahora quiso descender él mismo a la tierra y dio a conocer su salvación. El reveló a las naciones su justicia. Como dice Pablo, cuando todos son servidores suyos, que los envía en ayuda de los que han de heredar la salvación, el que era superior se hizo como uno de ellos, para encubrir la injuria y dar en abundancia la gracia. Escucha lo que dice: No he venido a que me sirvan, sino a servir, y doy mi vida en rescate por muchos. Nadie ha obrado así; por la entrega fiel de sus servicios superó a todos los demás. Fue un buen servidor que entregó su carne como alimento, su sangre como bebida y su vida como rescate. Buen servidor, por cierto, el que con la disponibilidad de su espíritu, el fuego de su amor y la entrega de su bondad saltó por los montes y pasó sobre los collados, es decir, superó y aventajó a todos con la entrega de su servicio, porque Dios, su Dios, lo ha ungido con aceite de júbilo entre todos sus compañeros; por eso salta como gigante a correr su carrera. Saltó también por encima de Gabriel, pues llegó antes que él a la Virgen, como lo atestigua el mismo Arcángel cuando dice: Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo. ¿Será verdad? ¿Al que acabas de dejar en el cielo lo encuentras ahora en su seno? ¿Cómo es posible? Voló, voló más que tú en alas de los vientos. Te ha ganado, Arcángel; te adelantó el que te envió por delante.

También saltaba por los montes cuando se aparecía antiguamente a los Padres en los ángeles; al menos eso es lo que mejor se atiene al rigor literal de texto. No dice "salta sobre los montes", sino en los montes, pues el que salta en los montes es el que los hace capaces de saltar. Habla por los Profetas y actúa en los justos, pues a unos concede las palabras y a otros las obras. Y algunos de ellos llegaron a representar su persona, porque cuando hablaban no lo hacían como ángeles, sino como si fuesen el Señor. Así el ángel que hablaba con Moisés no dice: "Yo soy

del Señor", sino yo soy el Señor, y lo repite varias veces. Saltaba, pues, en los montes, esto es, en los ángeles a través de los cuales hablaba; mostraba en ellos su presencia a los hombres. Porque saltaba hasta los hombres, pero en los ángeles, no en persona; no en su naturaleza, sino en la criatura sometida a su servicio. El que salta se dirige de un lugar a otro, y eso no es propio de Dios. Por eso saltaba en los montes, esto es, en los ángeles, porque no podía hacerlo por sí mismo. Y saltaba hasta las colinas, es decir, hasta los Patriarcas, los Profetas y otros hombres espirituales de la tierra. Pero dejó atrás los collados, cuando llegó no sólo hasta los privilegiados y hombres espirituales, sino hasta algunos del pueblo, incluso mujeres, hablándoles y apareciéndose también en los ángeles.

También llama collados a las Potestades del aire, que no las designa entre los montes, pues por su soberbia cayeron desde la altura de las Virtudes, y no se rebajaron por la penitencia hasta la humildad de los valles o hasta los valles de los humildes. Creo yo que a ellas se refería cuando dice en los salmos: Los montes se derriten como cera ante el Señor. El que salta por los montes vuela por encima de los collados hinchados y áridos, que se alzan entre los montes de los perfectos y los valles de los penitentes; los rebasa y desprecia, y baja hasta los valles para que se revistan de mieses. En cambio, los otros son condenados a eterna aridez e infecundidad, como dice el Profeta increpándolos: Ni rocío ni lluvia caigan sobre vosotros. Y refiriéndose a los ángeles que prevaricaron, dice figurativamente de los montes de Gelboé: Donde muchos cayeron heridos. ¡Cuántos del ejército de Israel cayeron desde el principio y caen a diario en estos montes malditos! De ellos habla el Profeta cuando dice al Señor: Como los caídos que yacen en los sepulcros, de los cuales no guardas memoria porque fueron arrancados de tus manos.

No será, pues, extraño que los collados soberbios y no esos montes del cielo permanezcan secos y sin fruto, porque sobre ellos no cae ni el rocío ni la lluvia. El generoso autor de la gracia y de las bendiciones salta por encima y desciende a los valles, para derramar el rocío celestial sobre los humildes que habitan en la tierra y den fruto como treinta, sesenta y ciento. Visitó la tierra, la regó y la enriqueció sin medida. Visitó la tierra, no el aire; la misericordia del Señor llenó la tierra. Realizó la salvación en medio de la tierra. ¿Acaso fue en medio del aire? Lo digo contra Orígenes; él afirmó con descarada falsedad que el Señor de la gloria sería crucificado de nuevo en el aire, para rescatar a los demonios. Pero Pablo, que conocía este misterio, asegura: Una vez resucitado de la muerte ya no muere más, porque la muerte no tiene dominio sobre él.

El que cruzó los aires no sólo visitó la tierra, sino también el cielo. Así dice la Escritura: Señor, tu misericordia llega al cielo, tu fidelidad hasta las nubes, esto es, hasta el cielo en que habitan los ángeles. El esposo no salta por encima de ellos; salta en ellos para imprimirles las dos huellas de sus pies: la misericordia y la fidelidad. Sobre estas huellas del Señor me entretuve en Sermones anteriores. Y los demonios habitan más abajo de los montes, en esta región inferior de las tinieblas. Ahí no salta el esposo; pasa por encima y la deja atrás; no queda vestigio alguno del paso de Dios. ¿Cómo puede poseer el diablo la verdad? ¿No dice la Verdad misma que nunca ha estado en la verdad, porque fue mentiroso desde el principio?

esposa que se levante y se dé prisa, el que poco antes prohibía despertarla de su sueño. Que él no asista y se digne manifestarnos la razón de este misterio, el Esposo de la Iglesia, que es Jesús, Cristo nuestro Señor Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

entregado al bien, siempre se arrepiente del mal y en todo momento gime indagando la voluntad de Dios. En esas circunstancias el único remedio y refugio son los frecuentes sollozos y la oración ante Dios, para que se digne mostrarnos qué, cómo y cuándo quiere que actuemos. Con estas tres palabras, a mi entender, se te indican y enumeran estas tres cosas: la predicación, la oración y la contemplación. Con razón se le llama amiga a la esposa, porque busca con interés y fidelidad el bien del esposo predicando, aconsejando y sirviendo al prójimo. Con razón la llama paloma, porque gime suplicando por sus delitos en la oración y se gana sin cesar la misericordia divina. Con razón la llama hermosa, porque ardiendo con sus deseos celestiales, se reviste con la belleza de la suprema contemplación, cuando puede hacerlo libre y oportunamente.

Pero piensa si este triple bien podrá con juntarse en una misma alma, es decir, en aquellas personas que vivían juntas en la misma casa, amigas del Salvador e íntimas suyas. Me refiero a Marta, la que servía; a María, la que contemplaba, y a Lázaro que gemía en el sepulcro pidiendo la gracia de la resurrección. Digo esto, porque se describe a la esposa tan viva y vigilante para descubrir las huellas del esposo, que pudo pasársele desapercibido cuándo y con qué prisa se acerca, pero también cuándo está lejos, cuándo está cerca y cuándo está presente. Por muy repentinamente que se le presente, nunca podrá sorprenderla. Por eso mereció no sólo su mirada misericordiosa, sino que se dignara satisfacerla con sus palabras amorosas e inundarse de gozo con la voz del esposo.

Aunque con alguna audacia, añado por mi parte que si un alma cualquiera entre nosotros fuese tan vigilante, sería también saludada como amada, se consolaría como paloma y se la abrazaría como esposa. Será considerada como perfecta el alma en la que concurran conveniente y oportunamente estas tres cosas: que gima por sí misma, que sepa gozar con Dios y sea capaz de entregarse al bien del prójimo, siendo agradable a Dios, cauta consigo y útil para los suyos. ¿Quién lo conseguirá? ¡Dios quiera que así suceda durante mucho tiempo, como parece que hoy lo hemos alcanzado, aunque no en todos nosotros a la vez, sí al menos de manera diversa en cada uno!

Porque entre nosotros vive Marta, la amada del Salvador, en los que administran los bienes materiales. Tenemos también a Lázaro que gime como paloma: son los novicios, que muertos recientemente al pecado sufren por sus reciente llagas, y gimen por su temor al juicio; como los caídos que yacen en el sepulcro, de los cuales ya nadie guarda memoria, así se consideran ellos, hasta que por disposición de Cristo se les levante la losa del temor, como piedra que los oprime con su peso, para respirar con la esperanza del perdón. Gozamos también de la contemplación de María en aquellos que después de un largo proceso, con la cooperación de la gracia, pudieron llegar a un estado superior y más gozoso. Confiando en su perdón, no están tan ocupados en su interior ni preocupados por la amarga imagen de sus pecados. Su gozo es meditar de modo insaciable la ley de Dios día y noche. A veces contemplan incluso a cara descubierta con gozo inefable la gloria del Esposo, y van transformándose de claridad en claridad en su misma imagen, como por el Espíritu del Señor. En otro sermón consideraremos para qué exhorta a la

Tampoco fue misericordioso, porque la misma verdad del Evangelio lo descubre como asesinó. Y lo que es el cabeza de familia, eso es su servidumbre. De aquí que a Iglesia al proclamar graciosamente que el esposo se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra, no menciona para nada a los espíritus soberbios por cuelgan en el espacio, porque Dios se enfrenta con los arrogantes, pero concede gracia a los humildes.

Lo contempla, por tanto, saltando por los montes y cruzando los collados; así lo dice David en su increpación: A todos los montes que le rodean, en torno a Gelboé, los visita el Señor; pero pasa de largo por Gelboé. En Gelboé se designa al diablo, y a sus lados están los montes que visita el Señor; arriba los ángeles y abajo los hombres.

Al caer del cielo como castigo de su pecado se le asignó un lugar, entre el cielo y la tierra, para que pueda ver todo y se recoma de envidia. Como dicen las Escrituras: El malvado, al verlo, se irritará; rechinará los dientes hasta consumirse. ¡Qué desgracia para él contemplar los cielos, donde descubre montes innumerables que resplandecen con la divina claridad, donde resuenan alabanzas a Dios, sublimes por su gloria y colmados de gracias! ¡Mayor desazón es todavía contemplar la tierra, donde ve tantas montañas del pueblo adquirido por Dios, sólidas por la fe, sublimes por la esperanza, dilatadas por el amor, cultivadas por las virtudes, rebosantes de frutos de buenas obras, capaces de recibir a diario la bendición del rocío celestial, gracias a los saltos del Esposo! Ese espíritu tan ansioso de la gloria contemplará en su entorno con gran dolor y resentimiento los montes gloriosos, mientras él y los suyos se ven asolados, tenebrosos y vacíos de toda bondad, reconociendo que ellos, los que se reían de todos, son oprobio de los hombres y de los ángeles, como dice el salmo: A ese dragón lo formaste para irrisión de todos.

El Esposo pasa por encima de ellos porque son soberbios, pero salta por los montes que le rodean a él mismo, como una fuente copiosa que brota en el centro del paraíso, para regar toda la tierra y saciar de favores a todo viviente. Dichosos los que alguna vez, aunque no siempre, merecen beber de ese torrente de delicias. El agua de la prudencia y la fuente viva fluye para ellos no continuamente, pero al menos de vez en cuando, y llegará a convertirse en surtidor que salta hasta la vida eterna. La corriente de esas aguas, siempre abundantes, alegra la ciudad de Dios. Ojalá nunca se desdeñe saltar alguna vez por nuestros montes terrenales, como inundándolos. Los que somos valles seremos regados lo suficiente para destilar siquiera unas gotas y no quedarnos resecos e infecundos. Miseria, pobreza y gran necesidad sobrevendrán a ese país, que nunca se empapa con esos saltos o infiltraciones, porque pasa de largo despreciándolos esa fuente que fluye sensatez. Murieron por su falta de prudencia, perecieron por falta de reflexión.

¡Llega saltando por los montes, pasando sobre los collados! Por eso salta: para pasar sobre e os; no quiere llegar a todos, porque no todos agradan a Dios.

Hermanos, si según opinión de Pablo, estas cosas se escribieron para escarmiento nuestro, observemos los saltos discretos y circunspectos del Esposo entre los ángeles y los hombres; cómo salta hacia los humildes y cómo pasa de largo sobre los

soberbios, porque el Señor es sublime, se fija en los humildes y de lejos conoce al soberbio. Os repito que consideremos esto con atención, y seamos prudentes preparándonos para estos saltos salvíficos del Esposo, no sea que pase por nosotros como por los montes de Gelboé, porque descubre que somos indignos de su visita. ¿Por qué te insolentas, polvo y ceniza?

También pasó por encima de los ángeles el Señor, abominando su soberbia. Que el rechazo de los ángeles provoque la enmienda en los hombres, ya que esto se ha escrito para provecho nuestro. Así contribuirá a nuestro bien incluso la maldad del diablo y lavaré mis manos en la sangre del pecador. Si me preguntas cómo, escucha: una horrenda y pavorosa maldición se fulmina contra la soberbia del diablo, pues David alude a él en espíritu, bajo la figura de Gelboé, como antes dijimos: que el Señor visite a todos los montes que lo rodean; pero que pase de largo por los montes de Gelboé.

Cuando leo esto, si me miro a mí mismo y me fijo detenidamente, me descubro infectado por esa peste que el Señor tanto aborreció en el ángel, ya que se apartó de él; mientras que su gracia se dignó visitar todos los montes que lo rodeaban, esto es, los ángeles y los hombres. Y me digo a mí mismo con espanto y temblor: "si eso hizo con el ángel, ¿qué hará conmigo, polvo y ceniza? El se insolentó en el cielo, yo en el estercolero. ¿No toleramos mejor la soberbia del rico que la del pobre? ¡Ay de mí! Si con tanta dureza ha castigado al poderoso por haberse ensoberbecido su corazón, sin servirle de nada la consideración de la soberbia como algo connatural en los poderosos, ¿qué se me exigirá a mí, que soy miserable y encima soberbio? En definitiva, ya estoy pagando la pena; me siento herido cruelmente. No sin razón me ha invadido hace unos días esta debilidad del alma y este abatimiento del espíritu, como una cobardía insólita de mi corazón.

"Avanzaba sin problemas; pero de repente tropecé en el camino con una piedra y caí. Quedó al descubierto mi soberbia y el Señor rechazó con ira a su siervo. Esta es la causa de la sequedad de mi alma y la frialdad de mi entrega. ¿Cómo se ha secado así mi corazón, se ha coagulado como la leche, como tierra reseca? Me siento incapaz de enternecerme con lágrimas de compunción: hasta ese extremo llega la dureza de mi corazón. No saboreo un solo salmo; me repugna la lectura, me desencanta la oración, no me halla en la meditación de cada día. ¿Qué ha sido de mi embriaguez espiritual? ¿Dónde ha ido la quietud del alma, la paz y el gozo en el Espíritu? Por eso voy al trabajo con pereza y a las vigilias con sueño; me arrastra la ira, me obstino en el odio; soy complaciente con la lengua y la gula, pero indolente y torpe para encomiar a los demás. ¡Ay, el Señor visita a todos los montes que me rodean, pero no se acerca a mí!

"¿No seré un collado rechazado por el Esposo? Efectivamente, veo que los demás se destacan por su abstinencia, o por su admirable paciencia, o por su extrema delicadeza y mansedumbre, o por su gran misericordia y bondad, o por el frecuente éxtasis de su contemplación, o por la insistencia de su oración para llamar y atravesar los cielos, o por la eminencia de sus virtudes. A todos ellos los tengo por fervorosos, devotos unidos a Cristo, henchidos de gracia y dones del cielo, como si fuesen en realidad esos montes espirituales que visita el Señor y acogen con frecuencia

abrasado en su amor. Ambas cosas te dice la Escritura: que le precede el fuego y que él mismo es fuego. Así lo dice Moisés: "Es fuego voraz" Pero difieren entre sí: porque el fuego que se envía por delante tiene ardor, pero no amor. Quema, mas no abrasa. Mueve, pero no arrastra. Sólo se envía para excitar y preparar, y al mismo tiempo para recordarte lo que eres por ti mismo, para que después saborees con mayor dulzura lo que serás por Dios. El fuego que es Dios consume pero no atormenta, arde con suavidad y destruye con gozo. Es llama devoradora, pero abrasa de tal manera los vicios que comunica al alma una especie de unción. Reconoce, por tanto, al Señor en ese poder que te transforma y en ese amor que te inflama. Porque la diestra del Señor es poderosa. Pero no hace este cambio la diestra del Altísimo, sino el fervor del espíritu y el amor sincero, como lo dice un experto: "El corazón me ardía por dentro, pensándolo me requemaba".

Si purificada pacificada la conciencia por este fuego que consume toda mancha de pecado y la herrumbre de los vicios, se sigue un repentina e insólita dilatación del espíritu, junto con la infusión de una luz que ilumina el entendimiento, sea para conocer las Escrituras o para penetrar los misterios -lo primero según mi opinión para recrearlos y lo segundo para edificar al prójimo-, entonces no dudes que es él quien te mira, sacando a la luz tu justicia y tu rectitud como en pleno mediodía; lo dice el profeta Isaías: "Tu luz será como el sol al mediodía". Pero ese rayo de tanta claridad se introducirá no a través de una puerta abierta, sino por aberturas estrechas, al menos mientras se mantenga en pie esta ruinoso pared del cuerpo. Te equivocas, si lo esperas de otra manera, cualquiera que sea la pureza de corazón a la que hayas llegado, porque dice aquel extraordinario contemplativo: "Ahora vemos confusamente en un espejo, entonces veremos cara a cara".

A esta mirada de tanta bondad y misericordia le sigue una voz que da a conocer suave y dulcemente la voluntad de Dios. Se trata del amor mismo, incapaz de ocioso, porque inspira y seduce cuanto está en relación con Dios. En suma, le dice a la esposa que se levante y se apresure, sin duda para buscar el bien de las almas.

Esto es muy característico de la contemplación auténtica y desinteresada: el espíritu inflamado ardientemente por el fuego divino, se ve colmado a veces de tal celo y pasión por ganar para Dios otros que le amen de esa manera, que con mucho gusto interrumpe el ocio de la contemplación por su interés en comunicarla. Pero una vez satisfechos sus deseos vuelve otra vez a sí mismo con mayor ardor, cuanto más fructuosamente sabe que lo ha dejado. De nuevo se entrega a saborear la contemplación, para volver a buscar con su típica libertad el bien de los demás con mayor provecho. A veces fluctúa el espíritu con estos cambios: teme y le quema sobremanera entregarse más de lo debido, por sentirse arrastrado en sus afecciones de una parte para otra, y desviarse por ello de la voluntad de Dios en todo o en parte. Quizás le sucedía algo de esto al santo Job, cuando decía: "Al acostarme pienso ¿cuándo me levantaré? Y levantado, deseo que llegue la tarde".

Es decir: durante la contemplación me acuso de ser negligente para la acción, y en mis ocupaciones me remuerde haber perturbado mi contemplación. Ya ves qué vaivenes agitan al justo entre el fruto de sus obras y la ociosidad de su contemplación. Aunque siempre está

presente. Su mirada distinguirá claramente y con gozo los ojos que la miran, cual rayo de sol que entra por las ventanas y celosías de la pared. Finalmente, escuchará su voz de amor exultante, llamándola amada, paloma, hermosa.

¿Quién será el sabio que comprenda estas cosas de modo que pueda discernirlas dignamente entre sí, describirlas definirlas, para que otros las comprendan? Si esperáis que lo haga yo, preferiría escucharle a un experto, familiarizado y ejercitado en ellas. Pero éstos prefieren por su pudor esconder tras el silencio lo que percibieron silenciosamente, guardando su secreto para sí, por considerarlo más seguro. Y tendré que decirlo yo, ya que ése es mi deber.

No me es lícito callar cuanto sepa por experiencia propia o ajena, aunque pueden experimentarlo muchos con facilidad. Pero pasaré por alto lo que sólo son capaces de captar los espíritus más profundos. Quiero decir que si a mí me persuadiese exteriormente un hombre interiormente el Espíritu a que defienda la justicia y guarde la equidad, esta persuasión provechosa será para mí un aviso seguro de la llegada inminente del Esposo y como una preparación para acoger dignamente al soberano visitante. El profeta me lo indica cuando dice: "La justicia marchará ante él". Y se dirige a Dios así: "Justicia y derecho sostienen tu trono". También me sonreiría esa misma esperanza, si me hablase de la humildad o de la paciencia, o de la obediencia debida a los prelados o del amor fraterno; pero sobre todo de fomentar la santidad de vida y la paz, de buscar la pureza del corazón, porque según las Escrituras: "La santidad es el adorno de tu casa, Señor, y su tabernáculo está en la paz; y los limpios de corazón verán a Dios". Cuanto se sugiera a mí, como dije, que la visita del Señor de las virtudes es inminente para mi alma.

Más aún, si me corrigiese el justo y me reprendiese con misericordia, pensaría lo mismo, sabiendo que la emulación del justo y la benevolencia preparan el camino del que avanza por el desierto. Dichoso desierto, cuando el hombre se mantiene en pie por la corrección del justo y se desploma el vicio, porque el Señor asciende sobre él, conculcándolo con los pies y machacándolo para que no reviva. No se debe infravalorar la corrección del justo, cuando es ruina del pecado, salud del corazón y camino de Dios para el alma. Tampoco debemos escuchar con indiferencia ninguna palabra que edifique la piedad, las virtudes y las buenas costumbres, pues al que sigue buen camino se le hará ver la salvación de Dios.

Cuando las palabras nos son gratas y gustosas, porque las escuchamos sin repugnancia y con docilidad, debemos creer que no sólo viene el esposo, sino que se da prisa, esto es, llega con ilusión. Porque su ilusión crea la tuya; como te apresuras a admitir la palabra se da prisa por entrar, pues se dice: No porque amáramos nosotros, sino porque él nos amó primero. Si sientes la palabra encendida y por ello te quema la conciencia con el recuerdo de tus pecados, no olvides lo que dice el Escritura: "Delante de él avanza fuego", no dudes que está cerca. Porque "el Señor está cerca de los atribulados".

Y si además de encontrar la compunción en esa palabra te conviertes del todo a Dios, jurando y determinando que cumplirás sus justos mandamientos, conocerás que ya está presente, sobre todo si te sientes

los saltos del Esposo. Pero yo, que no encuentro en mí nada de esto, ¿no debo considerarme como un monte de Gelboé, del que pasa de largo por su ira e indignación el que visita con su gran bondad a todos los demás?

Hijitos, este pensamiento arranca la altivez de mi mirada, reconcilia la gracia y me dispone para los saltos del Esposo. He aplicado lo anterior a mí mismo, por causa vuestra, para que vosotros también procedáis así. Seguid mi ejemplo. No me refiero a la práctica de las virtudes, a mi comportamiento o a la gloria de la santidad. No puedo ser tan temerario que me crea digno de que me imitéis en nada. Sólo pretendo que no seáis indulgentes con vosotros mismos y que os acuséis cuantas veces advirtáis en vosotros que se enfría lo más mínimo la gracia o languidece la virtud, como yo me acuso de todo esto. Hacerlo así corresponde a todo hombre que se vigila con atención, que examina sus pasos y deseos, y sospecha siempre que va a caer en el vicio de la arrogancia, para no deslizarse insensiblemente. En verdad, he aprendido que nada es tan eficaz para conseguir la gracia, mantenerla o recuperarla, como no ser nunca soberbio ante Dios, sino temerle.

Dichoso el hombre que se mantiene alerta. Teme cuando sonríe la gracia, teme cuando se aleja, teme cuando vuelve: eso es mantenerse alerta. Estos tres temores se sucederán el uno al otro en el alma, a medida que sientas cómo la gracia se digne estar presente o retirarse por el pecado, o volver una vez aplacada. Cuando la posees, teme comportarte indignamente. Porque el Apóstol te amonesta de esta manera: Tratad de no echar en saco roto la gracia de Dios. A su discípulo le dice: No descuides la gracia que posees. Y decía de sí mismo: Su gracia que recayó en mí, no resulta vana. Como hombre que gozaba del consejo de Dios, sabía que despreciar los dones y no emplearlos en aquello para lo que se reciben redunda en desprecio del que los da. Y pensaba que eso es una soberbia intolerable. Por eso evitaba con sumo desvelo ese mal y así lo enseñaba a todos.

Pero se oculta aquí otra emboscada que deseo descubriros De ella se sirve ese mismo espíritu de la soberbia, y tanto más peligrosamente cuanto más lo oculta. Así lo dice el salmo: Acecha como león en su guarida. Pues cuando no puede impedir la acción, tienta en la intención, sugiriéndote y convenciéndote para que te atribuyas a ti mismo el efecto de la gracia. No dudes que esta especie de orgullo es mucho más intolerable que el anterior. Nada más odioso que escuchar estas palabras: Nuestra mano ha vencido; no es el Señor quien lo ha hecho.

Así debemos temerlo cuando está presente la gracia. ¿Y si se retira? ¿No debemos temerlo mucho más? Sí, muchísimo más; porque cuando falla la gracia fallas tú. Escucha lo que dice el dador de la gracia: Sin mí nada podéis hacer. Teme cuando te falta la gracia, porque caerás al punto: teme y tiembla porque, como lo intuyes, Dios está irritado contigo. Teme porque te ha abandonado el que te cuida. No dudes que la causa es la soberbia, aunque no te parezca, aunque tú seas inconsciente. Pues lo que tú no sabes lo conoce Dios, y él es quien te juzga. Pues el que a sí mismo se alaba, no es el que está aprobado, sino aquel a quien Dios alaba. ¿Acaso te felicita Dios cuando te priva de la gracia? ¿El que da la gracia a los humildes, se la va

a quitar a humilde? Por tanto, la privación de la gracia es indicio de soberbia. Pero a veces la retira no por la soberbia ya presente, sino para evitar la futura si no se la retira. Tienes una prueba evidente de esto en el Apóstol, el cual soportaba en contra de su voluntad el aguijón de la carne, y no por ser soberbio, sino para no llegar a serlo. Pero exista o no, siempre será la soberbia el motivo por el que se nos priva de la gracia.

Y si vuelve la gracia por medio de la reconciliación, teme con mayor motivo que al recaer te suceda aquello del Evangelio: Como ves estás sano, no vuelvas a pecar no sea que te ocurra algo peor. Ya lo has oído; volver a caer es peor que caer. Por tanto, cuando pasa el peligro debe robustecerse el temor. Dichoso tú, si llenas tu corazón de ese triple temor: si temes por la gracia recibida, más por su pérdida, y mucho más por su recuperación. Hazlo así y serás como la tinaja del banquete de Cristo. Llena hasta los bordes, contendrás no dos, sino tres medidas, y merecerás la bendición de Cristo que convertirá tu agua en el vino de la alegría, para que el amor perfecto eche fuera el temor.

Lo que digo es real. El agua es el temor, porque enfría el ardor de los deseos carnales. El Señor dice que el temor de Dios es la primicia de la sabiduría. Y en otro lugar: Le dará a beber el agua de la sabiduría. Si el temor es sabiduría y la sabiduría es el agua, el temor es también el agua; por eso el temor del Señor es fuente de vida. Y la vasija es tu espíritu. Dice el texto: Cada una de ellas podía contener dos o tres medidas. Tres medidas son tres temores. Y las llenaron de agua hasta arriba. No un temor, ni dos; es preciso tres, para llenarlas hasta los bordes. Teme a Dios en todo momento y con todo tu corazón y llenarás la tinaja hasta arriba. Dios quiere el don total, el amor pleno, el sacrificio perfecto. Procura, pues, llenar la vasija en las bodas celestiales, para que diga también de ti: Se posará sobre él el espíritu de temor. El que teme así no se descuidará en nada. ¿Cómo podría la negligencia llegar a la plenitud? Por lo demás, lo que aún admite algo, no está lleno.

Por la misma razón no puedes vivir en este temor y ser insolente. No puedes acoger a la soberbia estando lleno del temor de Dios. Dígase lo mismo de los demás vicios; es menester excluirlos todos con la plenitud del temor. Por fin, si temes plena y perfectamente, el amor dará su sabor a tus aguas con la bendición de Dios. Porque sin amor el temor anticipa el castigo. El amor es el vino que alegra el corazón del hombre. Y el amor perfecto echa fuera el temor, y convierte en vino lo que antes era agua, para alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito por siempre. Amén.

sino al que se alegra. Ni lloró como Pedro, pues no hallaba gusto en las cosas de la tierra, como él. Al contrario, se alegró su corazón atestiguando con sus palabras el afecto con que la había mirado.

Escucha también lo que dice: no son palabras de indignación, sino de enamoramiento. Porque sigue así: "¡Levántate, amada mía, paloma mía, hermosa mía!" ¿Crees que habrá entre nosotros alguien tan vigilante en advertir el momento de su visita y de observar puntualmente la llegada del Esposo en todos sus detalles, como para abrirle al instante cuando se presenta y llama? Esto no se aplica así a la Iglesia, como si cada uno de nosotros que formamos la Iglesia no podamos participar de estas bendiciones suyas. Todos personalmente hemos sido llamado en general para heredar estas bendiciones. Por eso, alguien se atrevía a decir al Señor: "Tus testimonios son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón". Pienso que se trata de la herencia que esperaba para sí como hijo del Padre que está en los cielos. Y si es hijo, también heredero; heredero de Dios, coheredero con Cristo. Se gloría de haber heredado un gran tesoro: los testimonios del Señor. ¡Ojalá mereciese yo retener siquiera uno de esos testimonios del Señor; él se alegra no de uno, sino de muchos! Y dice además: "Mi alegría es el camino de tus testimonios, más que todas las riquezas". En realidad, ¿qué son las riquezas de la salvación, las delicias del corazón, la verdadera y cauta seguridad del alma, sino los testimonios que da el Señor? Pues "no es el que a sí mismo se recomienda quien queda aprobado, sino aquel a quien el Señor recomienda".

¿Por qué posponemos todavía estas recomendaciones y testimonios divinos, y nos privamos por ello de la herencia paterna? Como si Dios no nos hubiera engendrado realmente con el mensaje de la verdad, ni recordemos que nos ha recomendado hasta ese extremo y que contamos a nuestro favor con muchos testimonios suyos. ¿Para quién dejamos lo que dice el Apóstol: "Ese mismo Espíritu de Dios le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios?" ¿Cómo somos hijos si no participamos de la herencia?= Nuestra misma indigencia nos inculparía de negligentes y despreocupados. Porque si cada uno de nosotros, como dice el Sabio, "aplica con integridad perfecta su corazón desde el amanecer a vigilar ante el Señor que lo creó y ora en presencia del Altísimo"; si además se afana con todo su deseo para prepararle un camino al Señor, según el profeta Isaías, y allanar la calzada para su Dios, de modo que pueda decir con el Profeta: "Tengo los ojos puestos en el Señor, y tengo siempre presente al Señor", ¿acaso "no recibirá ése la bendición del Señor y le hay ajusticia el Dios de salvación?"

Seguro que recibirá frecuentemente su visita y nunca dejará pasar ese momento, aunque es cierto que se realiza en el espíritu y viene clandestina y furtivamente, como un amante recatado. El alma vigilante descubrirá con la sobriedad de su espíritu al que todavía está lejos y al instante comprenderá todo lo enumerado, todo cuanto hemos indicado que la esposa intuyó con tanto ingenio y exactitud como ella a la llegada de su amado. Así lo dice él mismo: "Los que madrugan por mí, me encuentran". Conocerá el deseo de ese que se acerca a ella y percibirá al punto cuándo está próximo, o cuándo ya esta

Sermón 57

Los grados de la bondad de Dios, esto es, de su mirada y como a unos les infunde miedo y a otros seguridad. Conviene que cada uno observe la llegada del esposo; sobre los testimonios de Dios. Con que grados examina el alma el acceso y la llegada del esposo. La variedad de la contemplación desinteresada y la distinción que existe entre la amiga, la paloma y la hermosa en María, Lázaro y Marta.

"Me habla mi amado". Mirad el proceso de la gracia y fijaos en los grados de la bondad divina. Contemplad la entrega y el ingenio de la esposa; con qué atención observan sus ojos la llegada del esposo y se fija en todos los detalles. Viene, se apresura, se acerca, llega, le mira, le habla; ni un solo movimiento se escapa a la sutileza de la esposo se anticipa a su intención. Viene en los ángeles, se apresura en lo Patriarcas, se acerca en los Profetas, llega en la carne, mira en los milagros, habla en los Apóstoles. También viene amando y deseando compadecerse; se apresura ardiendo con el afán de ayudar; se acerca humillándose a sí mismo; viene presentándose; mira a los que le seguirán; habla enseñando y persuadiendo sobre el reino de Dios. Así es la llegada del Esposo. Lo acompañan la bendición y la plenitud de la salvación. Todo cuanto a él se refiere desborda delicias y redunda en misterios de salvación. Su amada está alerta y observa. Dichosa ella, si el Señor la encuentra en vela. No pasará de largo, no la despreciará. Al contrario, se detendrá y la hablará; le dirigirá palabras amorosas y conversará con ella como un amante. Por eso exclama: "Me habla mi amado"; con razón ha dicho "amado", pues viene a confiarle requiebros de amor más bien que reproches.

Ella no es de esas a quienes el Señor reprende con razón, porque saben interpretar el aspecto del cielo, pero ignoran totalmente el momento de su llegad. Es tan ingeniosa y prudente, vela tan atenta que le ve venir desde lejos, reconoce sus presurosos saltos y cómo pasa de largo junto a los soberbios. Su vigilancia extrema observa que se acerca a ella por la humildad de su sencillez. Por fin, cuando se detiene y oculta tras la pared, advierte su proximidad e intuye que le está mirando por las ventanas y celosías. en ese instante escucha sus palabras, a cambio de su exquisita entrega y su religiosa solicitud. Si le hubiese mirado sin decirle nada, podría haber sospechado de su mirada, porque habría sido un síntoma de indignación, no de su amor. También miró a Pedro y no le dirigió palabra; quizá llorase él, porque le miró y no le habló.

Más bella no derrama lágrimas, pues se ha dignado mirarla y hablarle; está loca de alegría y exclama: "¡Me habla mi amado!" Observa tú cómo la mirada del Señor siempre es la misma, pero no siempre tiene la misma eficacia, porque se adapta a los méritos de los que mira. A unos les infunde miedo, pero a otros les transmite consuelo y seguridad. "Cuando mira a la tierra, ella tiembla". En cambio, miró a María y le infundió gracia: "Ha mirado la humillación de su esclava, y desde ahora me felicitarán todas las generaciones". Estas palabras no corresponden al que llora y tiembla,

Sermón 55

Porque razón se compara al esposo con un gamo y un cervatillo: como debemos juzgarnos a nosotros mismos, para no ser juzgados.

Es mi amado como un gamo, es mi amado un cervatillo. Este versículo está relacionado con el anterior. Al que acaba de describirlo saltando y corriendo, lo compara oportunamente ahora con el gamo y el cervatillo. Porque estos animales .corren veloces y saltan con agilidad. Lo dice el Esposo y el Esposo es la Palabra. El Profeta dice de Dios que su palabra corre veloz, en concordancia con este texto porque describe al Esposo, que es la Palabra de Dios, saltan y cruzando, semejante al gamo y al cervatillo. Este es el motivo de la comparación. Y para contar con todos los elementos de la semejanza, aun los más insignificantes, el gamo destaca no sólo por la velocidad de su carrera, sino también por la sutileza de su vista. Lo cual corresponde a ese momento de la narración en que el Esposo, además de saltar, corre por encima; no podría hacerlo, especialmente cuando corre, a no ser que con su mirada aguda y penetrante distinga sobre cuáles debe saltar o sobre cuáles correr por encima. De lo contrario, para indicar cuán veloz corre habría bastado compararlo sólo con el gamo, del que conocemos su extraordinaria rapidez.

Este esposo, en efecto, ama con ardor, y también se lanza veloz para abrazar a su amada, sabiendo dirigir con suma prudencia sus pasos o mejor sus saltos, para ver dónde asegura sus pies. Por eso tuvo que compararlo también con el cervatillo. Así quedaban representados por el primero el ardiente deseo del que salva, y por el segundo el discernimiento del que elige, ya que Cristo es justo misericordioso, salvador y juez. Por su amor quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; como juez conoce a los que le pertenecen y sabe a quiénes eligió desde el principio.

Por tanto, estas dos características del Esposo, la misericordia y la justicia, nos las ha confiado ahora el Espíritu Santo en estos dos animales, para que cantemos la bondad y la justicia del Señor, imitando al Profeta, como testimonio de nuestra fe íntegra y perfecta. No dudo que entre vosotros haya expertos y curiosos que sean capaces de mostrar otras propiedades de estos animales, y podrían referirse al Esposo de manera útil y conveniente. Pero pienso que las expuestas son suficientes para justificar la comparación aducida. Sin embargo, el Espíritu Santo presentó una bella comparación, no con el ciervo, sino con el cervatillo. Y así alude a los Patriarcas -de ellos en lo humano nació Cristo- y nos recuerda además la infancia del Salvador.

Pero tú que deseas la llegada del Salvador, teme el examen de Juez, teme la mirada del gamo, teme al que dice por el Profeta: "Entonces registraré a Jerusalén con linternas". Porque su vista es muy aguda, y sus ojos no dejan nada sin rebuscar. Sondeará el corazón y las entrañas, y el mismo pensamiento del hombre será patente a sus ojos. ¿Quedará algo seguro en Babilonia, si Jerusalén será revisada detalladamente? Pienso que en esta lugar el Profeta designó con el nombre de Jerusalén a los que profesan en esta

mundo la vida religiosa, imitando como pueden con su conducta honesta y ordenan a los que viven en la Jerusalén celestial. No como los que viven en Babilonia, que destruyen su vida con el desorden de sus vicios y la confusión de sus crímenes. Sus pecados son manifiestos antes del juicio; no necesitan examen, sino suplicio. Pero yo que parezco monje y ciudadano del cielo, tengo mis pecados ocultos, encubiertos con el nombre y el hábito de monje. Por eso deberán examinarse con un juicio más sutil y sacarlos de las tinieblas a la luz, acercando las linternas.

Podemos aducir un salmo para probar lo que hemos dicho sobre el examen de Jerusalén. Porque dice en la persona del Señor: "Cuando elija la ocasión, yo juzgaré rectamente". Si no me engaño, dice que él examinará y juzgará las sendas y obras de los justos. Hemos de esperar con gran temor su llegada, no sea que en ese examen tan sutil se descubra como pecado tantas obras que consideramos justas. Una cosa es cierta: "Si nos juzgásemos debidamente nosotros, no nos juzgarían". ¡Qué magnífico es este juicio si me ahorra y evita ese otro juicio tan riguroso de Dios! Porque es horrendo caer en manos del Dios vivo; prefiero presentarme ya juzgado ante su airado rostro, y no para ser juzgado. El "hombre de espíritu puede enjuiciarlo todo, mientras a él nadie puede enjuiciarlo". Juzgará pues, mis malas obras, juzgará también las buenas. Trataré de corregir las obras malas con otras buenas, lavarlas con mis lágrimas, castigarlas con ayunos y otras obras de santas observancias. Me mantendrá humilde ante mis buenas obras, y siguiendo el precepto del Señor me tendré por un criado inútil, que no hizo sino lo que debía. Trabajará para no ofrecer cizaña en vez de trigo, ni paja en vez de grano. Sondeará mis deseos y mis caminos, para que no halle nada sin escudriñar ni juzgar el que registrará a Jerusalén con linternas. Pues no juzgará por segunda vez lo que ya ha juzgado.

¡Quién me diera contar y enumerar todos mis pecados, de suerte que nunca debiese temer los ojos del gamo, ni tenga que avergonzarme nunca a la luz de las linternas! Ahora me ve, pero yo no veo; estoy en presencia de su mirada ente la cual todo está patente, aunque él sea invisible. Pero llegará un día en que conoceré como Dios me ha conocido, porque ahora conozco parcialmente, pero él me conoce plenamente. Temo la mirada de ese espía que está detrás de la pared. Eso dice la Escritura de aquel a quien comparó con la mirada aguda del gamo: "Se ha parado detrás de la pared, atisba por las ventanas, mira por las celosías". Ya lo comentaremos en su momento.

Ahora temo a este oculto explorador de las cosas ocultas. La esposa nada teme, porque de nada le remuerde la conciencia. ¿Qué puede temer la amada, la paloma, la hermosa? Ella se limita a decir: "Habla mi amado y me dice". A mí no me habla, por eso temo su mirada, porque no cuento con su favor. Pero a ti, esposa, ¿qué te dice? ¿De qué te habla tu amado? "Levántate, dice ven a mí, amiga mía, paloma mía, hermosa mía". Pero esto lo dejaremos también para otra ocasión. Con ello la brevedad no nos obligará a condensar lo que exige mayor dedicación, no sea que me declaren reo de no haberos instruido en esto punto lo suficiente para que conozcáis y améis al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesús, Cristo, que es Dios bendito por siempre. Amén.

conocen y no voy a sobrecargaros en vano, pues apenas podemos profundizar en los necesarios. Son muchos los misterios de este epitalamio y muchas las alabanzas que canta la Iglesia y a su esposo nuestro Señor Jesús, Cristo, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

salvador. Nada de esto pudo temer el alma de Pablo, a quien sólo le separaba de la mirad y abrazó del amado una sola pared, esto es, la ley del pecado que encontraba en sus miembros: la concupiscencia de la carne, a la que no podía aludir por completo mientras vivía en la carne. No peregrinaba lejos del Señor, pues sólo se interfería una pared. Por eso exclamaba con este deseo: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Sabía que nada más morir llegaría a la vida. Pablo reconocía que él sólo estaba sometido a una ley, la de la concupiscencia, que soportaba a la fuerza por hallarse inmersa de modo inamovible en su propia carne. Por lo demás decía: "De nada me remuerde la conciencia".

Pero ¿quién puede parecerse a Pablo que no condescendió nunca con esta concupiscencia doblegándose al pecado? Quien obedezca al pecado sepa que pos su consentimiento ilícito y desordenado ha levantado ante sí otra pared. Ese no podrá gloriarse de que el esposo le espera tras la pared, porque no es una pared, sino dos las que le separan de él. Mucho menos si lleva a efecto su consentimiento; entonces una tercera pared le impedirá y le retendrá su acceso al esposo: es decir, el hecho de haber pecado. ¿Y si la costumbre convierte el pecado en un hábito hasta llegar al desprecio? Porque está escrito: "Donde entra la maldad, entra el desprecio con baldón y afrenta".

Si mueres en ese estado te devorarán mil veces los leones que rugen aguardando su presa, antes de que llegue al esposo, pues te separan de él no ya una pared, sino innumerables. La primera, la concupiscencia; la segunda, el consentimiento; la tercera, las obras; la cuarta, el hábito; la quinta, el desprecio. Esfuérzate por resistir con todas tus fuerzas a la concupiscencia en cuanto brota, para no caer en el consentimiento. Así desmoronas todo el montaje de la maldad. Si lo único que impide al Esposo acercarse a ti es la pared del cuerpo, tú también podrás gloriarte diciendo que él se parado detrás de la pared.

Debes procurar con toda vigilancia que encuentre siempre abiertas las celosías y ventanas de tus confesiones; a través de ellas podrás mirar con bondad en tu interior, porque su mirada es tu salvación. Las celosías son más cerradas que las ventanas. Los amanuenses suelen disponerlas de modo que se proyecte más luz sobre las páginas. Pienso que por eso se llama "cancilleres" a los que se les asigna el oficio de escribir las cartas. Y como hay dos clases de compunción: primero la tristeza por nuestros pecados, y después la alegría por los dones recibidos, cuando confieso los pecados sin la menor angustia de mi corazón es como si abriera las celosías, es decir, la ventana más cerrada. Es indudable que el bondadoso escrutador que esta tras la pared, mira a gusto por ella, pues un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. Y nos exhorta a ello diciendo: Cuéntame tus pecados y saldrás absuelto.

Pero a veces el corazón se dilata con el amor, al considerar las liberalidades divinas de su misericordia y prorrumpe de buen grado en alabanza y acción de gracias. Creo que entonces le abro al Esposo, que está tras las celosías, no la ventana estrecha, sino la más amplia, y por ella, si no me engaño, mira mucho más complacido cuanto mayor es el sacrificio de alabanza que se le tributa. Disponemos de muchos textos de la escritura para ilustrar estas dos clases de confesión; pero estoy hablando a quienes los

Sermón 56

Cual es la pared. Cuales son las celosías y ventanas por las que mira el esposo. Para cada uno de nosotros esta tras la pared; sobre su presencia y su ausencia. Como algunos levantan muchas paredes entre ellos y el esposo; cuales son las celosías y las ventanas en sentido moral.

"Mirad, se ha parado detrás de la tapia, atisba por las ventanas, mira por las celosías". Atendiendo al sentido literal, parece que la Esposa quiere decir: aquel a quien veía acercarse saltando ha llegado hasta la cámara de la esposa y se parado detrás de la pared, mira al interior con ansia por las ventanas y rendijas, pero su pudor no le permite entrar. Según el sentido espiritual puede entenderse que ha entrado en realidad, pero de otra manera: tal como debía conducirse el Esposo y expresarlo el Espíritu Santo. Pues una interpretación verdaderamente espiritual no puede admitir nada indigno por parte del autor o del narrador.

Se acercó, pues, a la pared, cuando se unió a la carne humana. La carne es la pared; la encarnación del Verbo es la aproximación del Esposo. Con las celosías y ventanas, por donde se dice que mira, pienso que se refiere a los sentidos corporales y a los afectos humanos, con los que comenzó a experimentar toda la indigencia del hombre. Pues de hecho él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores. Se sirvió de las afecciones humanas y de los sentidos corporales como si fuesen celosías y ventanas, para conocer la miseria humana y hacerse misericordioso por su propia experiencia de hombre.

Ya lo sabía antes, pero de otra manera. El propio Dios de las virtudes conocía la virtud de la obediencia, y sin embargo, como lo atestigua el Apóstol, aprendió sufriendo a obedecer y a ser misericordiosos, aunque la misericordia del Señor dura siempre. Esto mismo nos enseñan el Doctor de las Gentes cuando asevera que fue tentado en todo como nosotros menos en el pecado, para ser compasivo. ¿Ves cómo se hizo lo que ya era, aprendió lo que ya sabía y buscó entre nosotros celosías y ventanas para explorar con mayor atención nuestras adversidades? Y encontró tantas aberturas en nuestra pared ruinosa y llena de resquicios, como debilidades y miserias nuestras experimentó en su cuerpo.

El Esposo, parándose en pie tras la pared, miraba por las ventanas y celosías. Con razón dice "parándose en pie" porque sólo él estuvo en pie en su carne sin sentir el pecado de la carne. Podemos degustarlo con fidelidad; se mantuvo en pie gracias a su poder divino, pues cayó con la debilidad de la carne, como él mismo dice: "El espíritu es animoso, pero la carde es débil". En mi opinión, lo que dijo David sobre este misterio puede estar a favor de esta interpretación, pues era profeta del Señor, y al profetizar es cierto que se refería a Moisés, pero hablaba del Señor y lo contemplaba ya. El es el verdadero Moisés que vino con agua y también con sangre. Pues así dice el Profeta mencionado dirigiéndose al Padre. "Dios hablaba ya de aniquilarlo, pero Moisés, su elegido, se puso en brecha frente a él, para apartar su cólera del exterminio".

¿Cómo se puso Moisés en la brecha? ¿Es posible mantenerse erguido y abatido a la vez? Y si se mantuvo erguido, ¿no fue abatido? Si quieres yo te mostraré quién hizo todo eso. Yo no conozco a nadie que pueda hacerlo sino a mi Señor Jesús: es cierto que él vivía aún después de su muerte, y que extenuado su cuerpo en la cruz, su divinidad lo sostenía en pie junto a al Padre: por una parte oraba con nosotros y por otra nos reconciliaba con su Padre. Estaba erguido tras la pared; pero en cierto sentido en su cuerpo revelaba su postración, y en otro se ocultaba como detrás de su carne, que se mantenía en pie. De este modo una misma e idéntica persona se manifestaba como hombre visible y Dios escondido.

Yo pienso que también está en realidad detrás de la pared en relación a cada uno de nosotros, que deseamos su llegada. Nuestro cuerpo, que es carne de pecado, nos oculta ahora su rostro y nos cierra el paso a su presencia. Porque mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados del Señor. No porque sea el cuerpo sino este cuerpo, que es víctima del pecado y no existe sin pecado. Y para que veas que el obstáculo no es el cuerpo, sino el pecado, escucha a la Escritura: "Son los pecados los que crean separación entre nosotros y Dios". ¡Ojalá fuese el único impedimento la pared del cuerpo y el pecado que radica en la carne, sin interponerse la corrupción de tantos vicios! Yo temo que al pecado asentado en la naturaleza, haya sumado yo muchísimos otros por mi propia iniquidad, los cuales por mi desorden me han alejado sobremanera del Esposo, y a decir verdad, debo confesar que en mi caso está más bien detrás de las paredes que de la pared.

Voy a decirlo más claramente. El Esposo está presente igual y a la vez en todas partes, por la presencia de su divina majestad y por su inmenso poder. Pero debido a la manifestación o al alejamiento de su gracia unas veces decimos que está lejano y otras próximo, sólo con relación a los ángeles y a los hombres, las criaturas racionales. Y el Santo: "¿Porqué te quedas lejos, Señor?" Con respecto a las almas santas, se aleja de ellas según su santo designio, por algún tiempo y no totalmente, sino en cierto sentido. Pero con respecto a los pecadores dice: "La soberbia creciente de los rebeldes está contra ti"; y también: "La intriga vicia siempre su conducta" y está habitualmente alejado de ellos por su cólera, no por su misericordia. Por eso el Santo ora a Dios, diciendo: "No rechaces con ira a tu siervo", pues sabe que puede alejar de él la misericordia. El Señor está cerca de sus santos y elegidos, aunque parezca distante. Y no se acerca lo mismo a todos, sino a unos más que a otros, según sus méritos. "Está cerca de los que lo invocan sinceramente y de los atribulados", aunque no de todos quizá; yo diría que está tras la pared. ¡Pero está tan cerca de la esposa que sólo los separa una pared! Por eso desea morirse, y rota la pared intermedia, se unirá a quien confía hallar tras la pared.

Yo, empero, soy un pecador; no deseo morir. Tiemblo, porque sé que la muerte de los pecadores es pésima. ¿Cómo no va ser pésima si la Vida no llega tras ella? Me aterra morir y tiemblo en la misma boca del puerto, pues no confío que me asista el que sale a mi encuentro. ¿Por qué? ¿Cómo puedo morir tranquilo si el Señor no guarda mi salida?¡Ay! Seré el escarnio de los demonios que me interceptan el paso sin la asistencia de mi redentor y

sólo se mueven entre mujercillas incultas y groseras, como son, y lo sé muy bien, todas las que pertenecen a esa secta.

No recuerdo haber oído nada nuevo o inaudito en todas sus afirmaciones, que son muchas, sino cosas trilladas v suscitadas hace tiempo entre los antiguos herejes, pulverizadas y disipadas por nosotros. Sin embargo, hay que decir y diré cuáles son sus necedades, que en parte ellos mismos las confesaron como incautos, interrogados por los católicos; y en parte las dieron a conocer, discutiendo de sí mismos entre sí, o las descubrieron algunos de entre ellos que volvieron a la Iglesia. No es que vaya a refutarlas todas ellas -porque no es necesario-, sino sólo darlas a conocer. Pero tendrá que ser en otro sermón, para alabar y dar gloria al nombre del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

dulce que digamos, pero es un signo de otras realidades dulces. Si compras esta avecilla no es cara, pero si ajustas su precio no es insignificante. Su voz se parece más a un gemido que un canto, y no recuerda que somos peregrinos. Yo escucho más a gusto a un maestro que no fomente su aplauso sino mi llanto. Tu voz evocará la voz da tórtola, si enseñas a gemir. Si deseas convencer, deberás hacerlo gimiendo más que declamando. El ejemplo es más eficaz que la palabra para muchas cosas, especialmente en este aspecto. Tendrá más fuerza tu palabra, si demuestras que te ha persuadido a ti antes lo que quieres aconsejar a otro. Son más eficaces las obras que las palabras. Actúa como hablas, y no sólo me enmendarás con mayor facilidad, sino que te librarás de un gran reproche. Porque no te afectará eso que puedan decir: "Lían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo". También temerás estas palabras: "Enseñando tú a los otros, ¿no te enseñas nunca a ti mismo?"

"La voz de la tórtola se ha dejado oír en nuestra tierra". Mientras los hombres tuvieron sólo la tierra como única merced de su culto a Dios, Aunque manaba leche y miel, no advirtieron que caminaban por ella como peregrinos, y no gimieron como la tórtola añorando la patria. Al revés, tomaron el exilio como patria y se dieron a hartarse de su fertilidad y a beber su vino y su miel. Así que no se oyó en nuestra tierra la voz de la tórtola. Pero una vez prometido el reino de los cielos, los hombres advirtieron que aquí no tenemos una ciudad permanente y comenzaron a buscar con toda su alma la futura. Entonces se dejó oír nítido por primera vez el arrullo de la tórtola.

Cuando todas las almas santas anhelaban ya la presencia de Cristo, cuando sufrían por la dilación del reino y desde lejos contemplaron la patria deseada con gemidos y sollozos, ¿no crees que eran como tristes y castísimas tórtolas todas la almas que sentían eso mismo en la tierra? Desde entonces siempre se dejó oír la voz de la tórtola en nuestra tierra. ¿Cómo no va a provocar en mí lágrimas frecuentes y continuos gemidos la ausencia de Cristo? "Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia, no se te ocultan mis gemidos". "Estoy agorado de gemir", tú lo sabes. Dichoso el que puede decir: "No sólo yo, sino todos los que anhelan tu venida" dejan oír esto gemidos. Es exactamente lo que él mismo decía: "¿Pueden estar de luto los amigos del novio, mientras dura la boda? Llegará el día en que se lleven al novio y entonces gemirán". Como si dijera: entonces se dejará oír la vos de la tórtola.

Así es, buen Jesús: ya llegaron esos días. Porque la "humanidad entera sigue lanzando un gemido universal con los dolores de parto; incluso nosotros mismo gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos y de rescate de nuestro cuerpo". Lo sabemos bien: mientras sea este cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados de ti. Pero no son vanos nuestros gemidos, porque la misericordia les responde desde el cielo: "Por la opresión de humilde, por gemido del pobre, yo me levantaré, dice el Señor". También en tiempos de los Padres se oyó esta voz, pero a muy pocos y secretamente. Por eso decía alguien: "Mi secreto es mío, mi secreto es para mí". Pero el que decía: "No se te ocultan mis gemidos", también nos manifiesta que permanecía oculto lo que sólo se declaraba a Dios. Así que no era posible escuchar: "La voz de la

tórtola se deja oír en nuestra tierra", porque el secreto no era muy común todavía no se divulgaba. Pero cuando se escuchó esta consigna: "Buscad lo de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios", todos comenzaron a gemir como la tórtola y todos por la misma razón, pues todos conocían al Señor, como se lee en el Profeta: "Todos, pequeños y grandes, me conocerán, dice el Señor".

Pero si son muchos los que gimen, ¿por qué se habla sólo d una avecilla?= "La voz de la tórtola ", dice. ¿Por qué no dice: "de las tórtolas? Quizás le responda el Apóstol cuando dice que el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras. Y así es: el mismo que excita esos gemidos hace que gimamos. Y aunque oigas gemir a muchos escucharás una sola voz, la de todos. ¿No será esa voz la de aquel que infiltra en cada uno, según lo necesite? Porque "la manifestación particular del Espíritu se la da a conocer a cada uno para el bien común". Su voz la expresa a cada uno y la da a conocer como presente. Escucha en el Evangelio esa voz de Espíritu Santo: "El Espíritu sopla donde quiere, oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va". Lo ignoraba aquel maestro muerto que enseñaba a los muerto la letra que mata. Pero nosotros lo sabemos, porque hemos pasado de la muerte a la vida por el Espíritu que da vida. Con la experiencia segura de cada día experimentamos, porque él nos ilumina, que nuestros gemidos y deseo provienen de Dios y se dirigen a Dios, y que hallan misericordia a los ojos de Dios. ¿Cómo podría Dios anular la voz de su Espíritu? El mismo conoce los deseos del Espíritu, porque intercede por nosotros en el Espíritu de Dios.

Los gemidos son típicos de la tórtola, pero también su castidad. Por el mérito de esta virtud fue digna de ser ofrecida como holocausto por el parto de la Virgen. Así está escrito: "Un par de tórtolas o dos pichones". La paloma ha representado en distintas ocasiones al Espíritu Santo. Pero como es un ave lasciva, no era congruente ofrecerla como sacrificio del Señor, sino en esa edad en que vive exenta de lascivia. En cambio, no se asigna la edad de la tórtola, porque sabemos que siempre vivas castamente.

Además le basta un compañero; cuando lo pierde no busca a otro, como argumento contra la multiplicidad de nupcias entre los hombres. Pues aunque quizá sea una ofensa venial y un remedio de la concupiscencia, en sí no deja de ser una torpe incontinencia. Es vergonzoso que la razón sea incapaz de influir en el hombre sobre la honestidad, y que la naturaleza lo consiga en una avecilla. Merece la pena ver a la tórtola durante su viudez, luchando obstinadamente y sin cansarse por su santa viudez. Mírala siempre sola, escucharás sus constantes gemidos; nunca la veras posarse sobre una rama verde, para que aprendas a evitar el virulento vigor de la voluptuosidad. Pasa con más frecuencia su vida en las cimas de los montes y en las copas de los árboles, para enseñarnos a despreciar lo terreno y amar lo celestial, oportuno siempre para llevar una vida honesta.

De lo cual se deduce que esta voz de la tórtola es un pregón de la castidad. Pero tampoco se dejó oír desde el principio en la tierra, sino esta otra: "Creced, multiplicaos y llenad la tierra". Habría resonado en vano, cuando aún no se había dado a conocer la patria de los resucitados, en la que los hombres ni se casan ni se

barbas, mezclados entre los tejedores y las tejedoras. ¿No se trata de una nueva demolición? ¿No es obra de las raposas?

Pero no siempre se aprecian tan claramente todos los casos; y si resultan ciertos, no se pueden probar. ¿Cómo los podemos sorprender? Volvamos al consorcio y amancebamiento con las mujeres: porque no hay uno entre ellos que se vea exento. Vamos a someter a interrogatorio a cualquiera de ellos: ¡eh tú, buen hombre!, ¿quién es esta mujer y de dónde la has tomado? ¿Es tu esposa? -"No", responde, porque mis votos no me lo permiten. - ¿Es hija tuya acaso?. No,. ¿Entonces? Si no es tu mujer, ni tu hija, ¿no tiene contigo ninguna relación de parentesco o de afinidad? - No, ninguna... ¿Y cómo puedes guardar segura tu continencia con ella? Ya sabes que eso no te es lícito. Por si no lo sabes, la Iglesia prohíbe la cohabitación entre hombres y mujeres a los que han hecho voto de continencia. Si no quieres escandalizar a la Iglesia, despide a esa mujer. De lo contrario, por esto solamente podremos sospechar de ti todo lo demás que no conocemos.

El responde: "¿En qué lugar del Evangelio me puede; mostrar que esto está prohibido?" -¿Apelaste al Evangelio? Al Evangelio irás. Si obedeces al Evangelio no debes cometer escándalo; lo prohíbe terminantemente el Evangelio y tú lo haces, no despidiendo a esta mujer según las leyes de la Iglesia. Se sospechaba de ti: pero ahora caes en manifiesta censura por despreciar el Evangelio y ser enemigo de la Iglesia. ¿Qué pensáis, hermanos? Si se obstina y no obedece al Evangelio ni complace a la Iglesia, ¿a qué puede recurrir? ¿No os parece que va se ha descubierto el engaño y agarrado a la raposa Si no despide a la mujer no elimina el escándalo; si no arranca el escándalo cuando puede hacerlo, se le tendrá como trasgresor del Evangelio. ¿Qué puede hacer la Iglesia sino prescindir del que no está dispuesto a remover el escándalo, para no ser semejante a aquel desobediente? Porque el Evangelio le ha ordenado no perdonar ni a su propio ojo si le escandaliza, ni a su mano, ni a su pie, sino arrancarlo o cortarlo y alejarlo de sí. Dice: Si no escucha a la Iglesia, considéralo como a un pagano o un recaudador.

¿Hemos conseguido algo? Pienso que sí. Hemos sorprendido a la raposa, porque hemos descubierto un fraude. Se ha sacado a luz lo que estaba oculto: los falsos católicos, los verdaderos salteadores de la Iglesia. Porque mientras tomábamos juntos dulces alimentos -me refiero al Cuerpo y la Sangre de Cristo-, mientras paseábamos unidos en la casa de Dios, pudieron desorientarnos, e incluso tuvieron ocasiones para seducirnos, según lo que dice la Sabiduría: El impío hunde a su amigo con la boca. Pero ahora, según el saber de Pablo, después de la Primera y segunda monición hemos dado de lado al hereje, sabiendo que ha caído por tierra, y por ello procederemos con cautela para que no sea nuestro quebrantador.

De momento no es poco, como dice la Sabiduría, que los malvados queden prendidos en sus lazos, especialmente los inicuos que recurrieron a las asechanzas para usarlas como armas. Porque en el enfrentamiento y la defensa lo pierden todo. Es gente vil y aldeana, analfabeta e inepta. No pasan de ser unas raposillas; es imposible defender los desatinos que se les ocurren; es mayor su astucia que su fuerza de persuasión;

público, vosotros en los rincones. Ellos atraviesan las nubes, vosotros os escondéis en las tinieblas y en los subterráneos de las casas. ¿Os parecéis a ellos en algo? ¿Acaso en que no lleváis mujeres con vosotros, porque las encerráis con vosotros? No levantan las mismas sospechas la compañía y la cohabitación. ¿Quién podía sospechar algo funesto de aquellos que resucitaban a los muertos? Haz tú lo mismo, y creeré que acostarte con una mujer es igual que hacerlo con un hombre. De lo contrario, ¿no es temerario usurpar su derecho sin gozar de su santidad? Estar siempre con una mujer y no pecas con ella ¿no es mucho más que resucitar un muerto? ¿Te supera lo fácil y quieres que te crea lo más difícil?

Todos los días te sientas a la mesa al lado de una jovencita, tiene su lecho junto al tuyo en la misma habitación, charláis fijos los ojos tuyos en los suyos, trabajas mano a mano con ella ¿y quieres que os considere continentes? Concedido que lo seáis; pero yo tengo que sospechar lo peor. Me escandalizas: quita la causa del escándalo y me demostrarás que sigues el Evangelio como lo pregonas. Al que escandalice a un miembro de la Iglesia ¿no lo condena el Evangelio? Tú escandalizas a la Iglesia; eres una raposa que destroza la viña. Ayudadme, amigos, a prenderla, o más bien vosotros, ángeles santos, agarrádnosla. Es muy astuta, la encubre su impía iniquidad, es tan pequeña como sagaz, y elude con facilidad la agudeza humana. ¿Acaso también vuestra mirada? Por eso se dirigen a vosotros, sus amigos, aquellas palabras del esposo: Agarradnos las raposillas. Haced, pues, lo que os ordena: prendednos esa raposilla tan taimada, que hace tanto tiempo acechamos. Enseñad y advertidnos cómo se atrapa su engaño. Porque a eso equivale agarrar la raposa, ya que es mucho más perjudicial el falso católico que el verdadero hereje. El hombre no puede saber lo que hay en el hombre, a no ser que alguien sea iluminado para ello por el Espíritu de Dios, o sea instruido por el saber del ángel. ¿Qué señal daréis para que salga a la luz esta pésima herejía, amaestrada para mentir no sólo con la lengua, sino con la vida?

La reciente desolación de la viña muestra la presencia de la raposa; pero ignoro con qué arte borra sus huellas este animal tan la no para que el hombre no pueda advertir por dónde entró y salió. Está a la vista la obra, pero no el autor: hasta ese extremo sabe disimularlo todo con su presencia. Si le interrogas por su fe, ninguno es tan cristiano; si observas su modo de vivir, le encontrarás irreprensible en todo; y lo que predica lo prueba con sus obras. Verás que frecuenta la iglesia como testimonio de su fe, honra a los presbíteros, da sus limosnas, se confiesa, participa en los sacramentos. ¿Hay alguien más fiel?

Repasando su vida y costumbres, con nadie es violento, a nadie envuelve, con nadie se sobre asa. Además palidece por los ayunos, no come su pan de balde, trabaja con sus manos para ganarse la vida. ¿Dónde está la raposa? La habíamos agarrado: ¿cómo se nos ha ido de las manos? ¿Cómo ha desaparecido de repente? Volvamos otra vez, busquémosla: por sus frutos la conoceréis. Es claro que la destrucción de las viñas la delata. Las mujeres dejan sus maridos y los hombres sus mujeres para irse con ellos. Los clérigos y los sacerdotes abandonando sus pueblos e iglesias han aparecido muchas veces sin afeitar y con largas

casarán, para mayor felicidad de los hombres, porque serán como ángeles del cielo. ¿Dirías que había llegado la oportunidad para escucharla en Israel, cuando se consideraba maldita toda mujer estéril, cuando los mismo Patriarcas poseían varias mujeres a la vez, cuan la ley obligaba a los hermanos prolongar la descendencia del hermano que hubiese muerto sin dejar hijos? Pero cuando resonó por boca de la tórtola celestial aquella apología de los eunucos por el reino de Dios, y prevaleció en todas partes e consejo de aquella otra castísima tórtola sobre la virginidad, entonces pude decirse de verdad: "Se ha dejado oír la voz de la tórtola en nuestra tierra".

Aparecieron, pues, las flores en nuestras vegas y se dejó oír la voz de la tórtola; porque la verdad se dejó descubrir por los ojos y por los oídos. Se escucha la voz, se contempla la flor. La flor es el milagro según nuestra interpretación anterior, porque cuando se junta con la voz engendra el fruto de la fe. Esta nace en realidad del oído, pero se confirma con la visión. Resonó la voz, se engalanó la flor y de la tierra brotó la verdad por la confesión de la fe, concurriendo juntas la palabra y el signo como testimonio de la fe. Dichos testimonios son fieles y seguros, porque la flor atestigua en favor de la voz y la visión en favor de la escucha. La visión confirma lo escuchado; la cuestión que se apoya en dos testigos -el oído y los ojos- queda zanjada. Por eso decía el Señor: "Id y contad a Juan -hablaba a los discípulos de éste- lo que habéis visto y oído". No se pudo intimar de manera más breve y evidente la certeza de la fe. Con esa frase tan precisa y ese argumento tan esquemático se recomienda a todo el mundo.

¡Oh palabra abreviada, pero viva y eficaz! Puedo asegurar sin vacilar lo que he percibido con los ojos y los oídos. Resuena la trompeta de la salvación, brillan los milagros y el mundo cree. Las palabras se aceptan en seguida, si se comprueban con portentos. Así puedes leer que "los Apóstoles se fueron a predicar el mensaje por todas partes, y el Señor cooperaba confirmándolo con las señales que los acompañaban". Lo contemplas transfigurado en el monte con prodigiosa luminosidad, y atestiguado por la voz celestial. Y en el Jordán puedes encontrar a la paloma que habla y la palabra que lo testifica. Así la voz y el signo, ambos a la vez, concurren por la divina largueza para iniciar la fe y dar paso a la verdad a través de estas dos ventanas que le ofrecen al alma.

Y prosigue: "Apuntan los frutos en la higuera". No los comeremos porque aún no están maduros. Parecen unos higos óptimos, pero sólo en apariencia, no por su sabor. Quizá por eso designan a los hipócritas. Pero no los rechacemos; es posible que los necesitemos en otra ocasión. Caerán solos antes de tiempo como la hierba del tejado, que se seca antes de arrancarla; sigo creyendo que representan a los hipócritas. Y por alguna razón se mencionan en este cántico nupcial. Aunque no se puedan comer, servirán para algo. También en las bodas se sirven entre los manjares muchas cosas que no son necesarias. Por esto creo que no debemos pasarlos por alto, sea lo que fuere.

Mas no quiero tratarlo con la limitaciones de este sermón que se acaba y lo difiero para otro en que contemos con más tiempo. Entonces podréis comprobar si debíamos haber procedido así. Sólo deseo que vuestro interés me brinde la capacidad oportuna de expresaron mis sentimientos, para

vuestra edificación y provecho en alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

están permitidas ambas cosas en este caso? ¿De qué lugar del Evangelio me sacáis esa excepción vosotros que os granjeáis en falso de no comeros una sola letra Está claro: sois escrupulosos para observar lo del juramento y os permitís la infamia del perjurio. ¡Qué perversidad! Observan a porfía como si fuese un mandamiento lo que está aconsejado como una cautela: no jurar; y se dispensan a su antojo, como de algo indiferente, de lo que está sancionado con obligación inamovible: no perjurar. Dicen: "No; es para no divulgar el misterio". Como si no fuese gloria de Dios revelar un asunto. ¿Os preocupa acaso la gloria de Dios? Yo creo mas bien que les sonroja descubrir lo que carece de gloria. Porque se dice que cometen ocultamente infames obscenidades; como las raposas dejan a su paso gran hedor.

Me callo lo que ellos negarían; que respondan a lo que es público. ¿Se atienen acaso al Evangelio y evitan dar lo sagrado a los perros o echar las perlas a los cerdos? Sólo con esto ponen en evidencia que no pertenecen a la Iglesia; pues piensan que son perros y puercos los que viven en la Iglesia. Les parece que quienes no pertenecen a su secta, sin excepción deben ser excluidos de todo lo suyo. Y aunque lo sientan así, no responderán de ello para no ser descubiertos; por eso huyen por todos los medios, aunque no podrán escapar.

Respóndeme tú, que te bienes en más de lo que debes tenerte y eres más necio que cuanto pueda decirse; el misterio que ocultas ¿es de Dios o no? Si es, ¿porqué no lo manifiestas para su gloria? Porque es gloria de Dios revelar un asunto. Y si no es, ¿por qué cifras tu fe en lo que no es de Dios, sino porque eres un hereje? Por tanto, deben descubrir el secreto de Dios para gloria de Dios, o deben negar que es un misterio de Dios y confesar que son herejes; por lo menos declárenle como enemigos de la gloria de Dios quienes se resisten a confesar lo que reconocen como gloria de Dios.

Porque subsiste la verdad de la Escritura: Es gloria de ocultar la palabra, es gloria de Dios revelarla. ¿Tú no quieres revelarla? Luego no quieres dar gloria a Dios, o quizá no aceptas esta Escritura. Así es: confiesan que ellos son los únicos que practican el Evangelio. Pues que respondan al Evangelio: Lo que os digo de noche decidlo en pleno día, y lo que escucháis al oído pregonadlo desde la azotea. Ya no es lícito encubrir nada. ¿Hasta cuándo se puede ocultar lo que Dios manda manifestar? ¿Hasta cuándo soterráis vuestro Evangelio? Yo sospecho de vosotros, no de Pablo: éste confiesa que el suyo no está encubierto. Si mi Evangelio, dice, sigue velado, es para los que se pierden. Mirad a ver si se dirige a vosotros que ocultáis el Evangelio. ¿Hay algo más claro que vuestra perdición? ¿Rechazáis también al mismo Pablo? Así lo he oído de al:;unos. Porque no estáis de acuerdo en todo entre vosotros, aunque todos discrepáis de nosotros.

Pero si no me engaño, todos aceptáis sin distinción y con la misma autoridad del Evangelio las palabras, escritos y tradiciones de los que convivieron corporalmente con el Salvador. ¿Es que alguno de ellos guardó oculto su Evangelio? ¿Es que se callaron las debilidades de la carne de Dios, los horrores de su muerte, la ignominia de la cruz? No: A toda la tierra alcanza su pregón. ¿Qué sucedió con la forma de vida apostólica de la que vosotros os jactáis? Ellos vocean, vosotros susurráis. Ellos hablan en

Sermón 65

Los nuevos herejes, especialmente los de Tolosa, son unas verdaderas raposas, porque ocultan su secta con perjurio. De que manera se descubren estas raposas cohabitando con mujeres. Como se cazan estas raposas, si no suprimen el escándalo en cuanto pueden.

Os he dirigido dos Sermones sobre el mismo versículo y me dispongo a exponeros el tercero, si no os causa tedio. Porque lo creo necesario. Los dos anteriores fueron en defensa de nuestra viña doméstica que sois vosotros, contra las asechanzas de tres clases de raposas, como son los aduladores, los detractores, y ciertos espíritus seductores, hábiles v curtidos en presentar el mal bajo especie de bien. Pero en las viñas del Señor no sucede eso. Me refiero a la que se extendió por toda la tierra, de la cual nosotros somos su porción. Viña demasiado grande, plantada por la mano del Señor, rescatada con su sangre, regada por su palabra, propagada por la gracia, incrementada por el Espíritu. Por ocuparme más de la viña propia, apenas me fijé en la común. Pero al ver que tantos la desbaratan, qué pocos son sus defensores y cuánto cuesta defenderla, me decido a salir en su favor. La dificultad nace de que sus enemigos se ocultan.

Porque a la Iglesia desde sus orígenes la atacaron siempre las raposas, pero muy pronto fueron descubiertas todas y capturadas. El hereje combatía abiertamente -porque su máximo deseo era vencer en público- y sucumbía. Aquellas raposas se prendían con facilidad. Es verdad que una vez descubierta la verdad, el hereje solía empecinarse en las tinieblas de su obstinación y se endurecía maniatado y a solas. Pero al menos veían que la raposa había sido agarrada, condenada la impiedad y sacado afuera el impío, cuya ostentación ya se había vencido, aunque sin fruto. Según el profeta, se secaron sus pechos y su vientre quedó infecundo; porque el error refutado en público no vuelve a retoñar, y no germina la falsedad descubierta.

¿Qué podemos hacer para cazar estas pésimas raposas que desean destrozar más que vencer, y no quieren darse a ver sino arrastrarse? Todos los herejes tuvieron siempre la misma intención: granjearse la gloria con la singularidad de su ciencia, pero éstas son más dañinas y astutas que los demás herejes: desprecian su propia gloria y se nutren con el daño ajeno. En mi opinión están amaestradas por el ejemplo de sus antepasados, que una vez descubiertos ya no podían escaparse, porque eran atrapados al instante; por eso procuran perpetrar el misterio de la iniquidad con una seducción nueva y cuanto más camuflados más libres se ven.

Además se han conjurado, como suele decirse, con las tinieblas: Se ligaron entre sí con inicuos juramentos: Jura, perjura, pero no reveles el secreto. Aunque por otra parte no consienten jurar jamás ni levemente, conforme a aquello del Evangelio: No juréis ni por el cielo ni por la tierra, etc. ¡Torpes y lentos de corazón, poseídos en todo por el espíritu farisaico, coláis el mosquito y os tragáis el camello! No es lícito jurar ¿y se puede perjurar? ¿O

Sermón 60

La higuera y sus frutos; cuando los produce. Las viñas, su flor y su aroma; cuando y como brotan. Cual es la higuera moral, sus frutos y los de las viñas.

"Apuntan los frutos en la higuera". Este verso está en relación con los anteriores. Había dicho que llegó el tiempo de la poda; confirmándolo tanto por las flores que ya brotaban como por la voz de la tórtola que se dejaba oír. Vuelve a decir ahora lo mismo a través de los frutos de la higuera. En efecto, la presencia de la primavera no sólo se percibe por las flores y el arrullo de la tórtola: también por la higuera. El aire es más apacible cuando apuntas sus frutos. La higuera no echa flores, pero en su lugar comienzan a brotar lo higos, mientras los demás árboles florecen. Pero las flores aparecen y pasan; no sirven para nada, si no es para anunciar los frutos. También apuntas lo frutos de la higuera, pero caen en seguida para dejar sitio a los que van a madurar; no sirven para comerlos. Sirve, pues, todo esto como signo de la primavera y como argumento para persuadirle a la esposa que no se retrase en ir a las viñas, porque el trabajo realizado a tiempo siempre es de provecho. Hasta aquí el sentido literal.

¿Qué dice el espiritual? No veamos aquí simplemente la higuera, sino el pueblo. Dios mira por los hombres, no por los árboles. La higuera es en realidad el pueblo por la fragilidad de su carne, por su sensibilidad infantil, por la bajeza de su espíritu, cuyos primeros frutos, por no mencionar su nombre, son burdos y terrenos. El afán del pueblo no es buscar primero el reino de Dios y su justicia. Como dice el Apóstol es pensar en las cosas del mundo, buscando cómo complacer a sus mujeres y éstas a sus maridos. "Esos tendrán tribulación en la carne". Pero no negamos que finalmente alcanzarán los frutos de la fe, mediante una buena confesión y sobre todo si sus limosnas han servido de contrapeso a las obras carnales. Los primero frutos del pueblo no son siquiera frutos, sino higos inmaduros. Mas si después da el fruto del arrepentimiento -porque no es primero lo espiritual, sino lo carnal-, se les dirá: "¿Qué salíais ganando de aquello que ahora reconocíais funesto?"

Sin embargo, no creo que este pasaje pueda aplicarse sin más a cualquier pueblo libre: se refiere a uno especialmente. No habla en plural de "higuera", sino de una: "apuntan los frutos en la higuera". A mi entender se trata del pueblo judío. ¡Cuántas veces se refiere a él nuestro Salvador en las parábolas de su Evangelio! "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña", etc. Y también: "Fijaos en la higuera o en cualquier otro árbol". A Natanael se le dice: "Te vi cuando estabas sentado descansando bajo la higuera". En otra ocasión maldijo un higuera porque no encontró fruto en ella.

Es cierto que fue una higuera que brotó de la buena raíz de los Patriarcas, pero nunca cobró altura, nunca quiso levantarse del suelo, nunca respondió a la raíz con la altura de sus ramas, la generosidad de sus flores o la fecundidad de sus frutos. Fuiste un árbol raquítico, retorcido, nudoso, en todo discordante con tu raíz. Porque la raíz era santa. ¿Aparece en tus ramas algo digno de ella? "n la higuera, se

dice, apuntan los frutos". Estos no los trajiste de una raíz noble, raza perversa. Lo que hay en su seno viene del Espíritu Santo, y por lo mismo es enteramente delicada suavidad. ¿De dónde has sacado esos higos agrestes? ¿Tenía algo noble aquella gente? Ni sus obras, ni sus afectos, ni su inteligencia, ni siquiera sus ritos con los que adoraba a Dios. SU proezas eran la guerra; sus afectos, el lucro; su sabiduría, la corteza de la letra; el culto, la sangre de animales y ovejas.

Mas dirá alguno: si aquella nación jamás cesó de dar esos frutos silvestres, nunca le llegó el tiempo de la poda, porque debemos admitir que cada una de esas operaciones tiene su momento oportuno. No es así. Decimos que las mujeres tienen sus hijos, no cuando los conciben, sino cuando los dan a luz. Y de los árboles decimos que han florecido, no cuando comienzan a florecer, sino cuando ya tiene toda la flor. Aquí también se no dice que apuntan los higos en la higuera, no cuando da algunos, sino todos, es decir, cuando deja de producirlos. ¿Me preguntas de qué época se llevó a cabo la consumación de aquel pueblo? Cuando mató a Cristo: entonces llegó al colmo su malicia, como él mismo lo había predicho: "colmad vosotros la medida de vuestros padres". Por eso dijo en el patíbulo a punto de entregar su espíritu: "Queda consumado". ¡Cómo se consumaron los frutos de esta higuera maldita, condenada a eterna esterilidad! Los últimos son infinitamente peores que los primeros. Comenzando por los frutos inservibles, llegó a dar los perniciosos y envenenados. ¡Su corazón de víbora vil fue capaz de odiar a un hombre que sana el cuerpo y las almas de los hombres!¡Qué inteligencia la suya tan burda como la de un buey, que no ve a Dios ni en las obras de sus manos!

Que no se queje ningún judío de que me he sobrepasado en su afrenta, comparando su inteligencia con la de un buey. Que lea a Isaías y escuchará algo peor: "Conoce el buey a su amo, y el asno el pesebre de su dueño, Israel no me reconoce, mi pueblo no recapacita". ¿No ves, judío? Fui más benigno contigo que tu Profeta. Yo te comparé con los jumentos, él te rebajó más. Aunque el Profeta no lo dijo personalmente, lo puso en labios de Dios, el cual se proclama Dios por sus obras: "Si no os fiáis de mí, fiaos de mis obras; y si no hago lo que encarga mi Padre, no os fiéis de mí". Pero ni así despertaron sus inteligencias. Ahuyentó a los demonios, le obedecieron los elementos y dio vida a los muertos; pero nada fue capaz de arrancarlos de su embotamiento bestial y más que bestial.

Su ceguera tan asombrosa como nefasta, hizo que consumaran un crimen tan vil, tan horrendo y desmesurado, poniendo sus sacrílegas manos contra el Señor de la majestad. Pero entonces pudo decirse que apuntaron los frutos silvestres en la higuera. Al fin, comenzaron a brotar en las partes más altas los frutos auténticos, para que según la antigua profecía lo viejo fuera reemplazado por lo nuevo que sobrevenía. De la misma manera caen los hijos silvestres, y ceden su lugar a los buenos que ya nacen. Yo no te llamé esposa mía mientras la higuera no cesaba de dar esos frutos. Sabía que ella sola era incapaz de dar mejores frutos. Pero una vez que ha engendrado lo que antes debía haberos dado, ya no te invito a destiempo para que arranques todo lo inservible, pues sabemos que aparecerán pronto los frutos buenos y provechosos.

sinfín de pecados. Si no quisiera convertirse, ni se convence después de la primera y segunda amonestación, porque sigue obstinado, no tendrás que ver con él como dice el Apóstol. Por eso, en mi opinión, será mejor ahuyentarlo o detenerlo que dejarle arrasar los viñedos.

El que ha vencido y convencido a un hereje, distinguiendo con claridad y evidencia lo verosímil de lo verdadero, no piense que ha obrado inútilmente; ha demostrado con razones claras e irrefutables que los dogmas corrompidos son perniciosos; ha hecho prisionera, además, a una inteligencia perversa que se enfrenta con la ciencia de Dios. A pesar de todo, ha conseguido detener a la raposa, aunque no la haya salvado; y la ha agarrado para el Esposo y la Esposa, pero de distinta manera. Pues el hereje no se levantó de la hez, pero la Iglesia se ha afianzado en la fe; y el Esposo se congratula sin duda de los progresos de la Esposa, porque el gozo del Señor es nuestra fuerza. No considera ajenos nuestros éxitos, pues se ha dignado asociarse con nosotros de tal manera, que no manda cazar las raposas para él, sino para nosotros en él, diciendo: Agarrad para nosotros. Hay que subrayar que dice para nosotros. ¿Hay algo más familiar que esta palabra? ¿No crees que habla como un padre de familia que no posee nada para sí mismo, porque todo lo tiene en común con su mujer, sus hijos v criados? El que aquí habla es Dios; pero no se expresa como Dios, sino como esposo.

Agarradnos las raposas. ¿Ves con qué sentido social habla el que carece de socios? Podía haber dicho: "para mí", pero prefirió decir para nosotros, feliz en compartir. ¡Qué dulzura! ¡Qué gracia! ¡Qué amor tan intenso! ¿Así se hace como uno de tantos el que es el sumo entre todos? ¿Quién lo hizo? El amor que ignora su propia dignidad, rico en benignidad, fuerte en sus afectos, eficaz en sus consejos. ¿Hay algo más violento? El amor vence a Dios. ¿Hay algo menos violento? Es amor. ¿Cuál es esta fuerza tan violenta en la victoria y tan vencida por la violencia? En una palabra: se anonadó a sí mismo, para que sepas que se debe al amor el que la plenitud se derramara, a altura se igualara y la divinidad se asociara con nosotros.

¿Con quién, admirable Esposo, tienes tan íntima familiaridad? Agarradnos, dice. ¿Para quién juntamente contigo? ¿Para la Iglesia de los pueblos? Es una congregación de hombres mortales y pecadores. Ya sabemos quién es. Y tú ¿quién eres, tan devoto de esta mujer cusita, amante tan ambicioso? No eres otro Moisés, sino mucho mayor que él. Porque tú eres el más bello de los hombres. Me he quedado corto: eres reflejo de la vida eterna, esplendor y figura de la sustancia de Dios, finalmente Dios sobre todo, bendito por siempre. Amén.

proporciones, estos otros no se pueden distinguir con facilidad por su sutileza. Por eso sólo pueden precaverse contra ellos los hombres perfectos, experimentados e iluminados con los ojos del corazón para discernir el bien del mal, especialmente para el discernimiento de espíritu. Ellos pueden decir con el Apóstol: no ignoramos la astucia de Satanás y sus maquinaciones. Piensa si no será ésta la razón por la que nos manda el esposo, no que los exterminemos, los espantemos o los matemos, sino que los apresemos. Porque a estos animalillos engañosos debemos observarlos y examinarlos con toda vigilancia y cautela, para agarrarlos, es decir, apoderarse de ellos en su misma astucia. Por tanto, cuando queda manifiesto el engaño, cuando se descubre el fraude, cuando se demuestra la falsedad, entonces podemos afirmar que hemos cazado a la raposilla que destrozaba la viña. Finalmente, solemos decir que a hombre se le sorprende por sus palabras, y así lo afirma el Evangelio: Se reunieron los fariseos para ver si lograban cazar a Jesús con sus propias palabras.

En consecuencia, el esposo manda agarrar las raposillas que destruyen las viñas, es decir, sorprenderlas, descubrirlas, hacerlas salir. Esta raza maldita tiene una característica: en cuanto es descubierta ya no daña; conocerla equivale a vencerla. ¿Quién, de no estar loco, una vez descubierta la trampa mete el pie en ella a sabiendas y de intento? Basta, por tanto, agarrarlas, esto es, descubrirlas y sacarlas a la luz, pues para ellas aparecer es perecer.

No sucede así con los demás vicios, porque se presentan abiertamente y dañan sin rodeos; cautivan aun conociéndolos, vencen a los que se resisten, pues actúan a base de fuerza y no de engaño. A estas bestias crueles no debemos examinarlas, sino evitarlas. Sólo cuándo se trata de esas raposillas tan ladinas, hasta sacarlas a la luz y prenderlas en su astucia; tienen su madriguera, pero una vez descubiertas ya no hacen daño. Por esta razón se manda apresar a estas raposas, y por eso se las llama raposillas. Son tan pequeñas que al brotar esos vicios recién nacidos, y mientras aún son tiernos, debes vigilarlos con atención y apresarlos al punto, para que no sean más dañinos si crecen, y sea más difícil capturarlos.

Siguiendo la alegoría, las viñas son las iglesias; las raposas, las herejías, o mejor, los herejes. Quiere esto decir con toda evidencia que los herejes deben ser apresados más que alejados. Y deben ser sorprendidos, no con las ambas, sino con argumentos que rechacen sus errores. Y si fuera posible deben ser reconciliados con la Iglesia Católica, reconduciéndolos a la verdadera fe. Porque éste es su designio: Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así manifiesta que éste es su deseo, cuando dice: Agarradnos las raposas, y no simplemente: "Agarrad las raposas".

El manda alcanzar a estas raposas para sí y para su Esposa la Iglesia Católica, cuando dice: "Agarrádnoslas". Por tanto, si un hombre de Iglesia experimentado y docto entabla una discusión con un hereje, debe hacerlo con la única intención de convencerlo de su error y convenirlo, pensando en lo que dice el apóstol Santiago: El que endereza a un pecador de su extravío se salvará él mismo de la muerte y sepultará un

Dice también: "La viña florida difunde su perfume". También es un indicio de que está cerca el fruto. Este perfume ahuyenta las serpientes. Pues dicen que todo reptil venenoso desaparece de las viñas en flor, porque no soporta el aroma de las flores nuevas. Me gustaría que nuestros novicios lo escuchasen y se mantenga confiados, pensando que poseen el Espíritu como una primicia intolerable para los demonios. Si esto sucede con el fervor novicio, ¿qué será con la perfección consumada? El fruto se valora por la flor y la calidad de su sabor se aprecia por la intensidad de su fragancia. "La viña florida difunde su perfume". Al principio sucedió así. Los que creyeron por la predicación del a gracia nueva iniciaron una vida nueva, y su comportamiento entre los gentiles fue intachable, porque en todo lugar exhalaban la buena fragancia de Cristo. El buen testimonio es un aroma exquisito, porque procede de las buenas obras como la fragancia nace de la flor.

Entre las primicias de la fe naciente se reaniman las almas de los fieles con esas flores y ese perfume, como si fuesen unas viñas espirituales. Creo que no es una incongruencia pensar que s aludía a ellos por la buena reputación de que gozaban entre los de fuera, cuando decía que la viña florida difunde su perfume. ¿Con qué fin? Para mover a los increyentes a que glorificaran a Dios, viendo sus buenas obras; así la fragancia de su vida los vivificaba a ellos. Por eso concluimos con razón que exhalan su aroma quienes no buscan su gloria sino la salvación de los demás, gracias a su buena reputación. De lo contrario, como otros, habrían comerciado con su piedad cultivando, por ejemplo, su ostentación. Eso no es exhalar el aroma, sino venderlo. Pero como se comportaban en todo por amor, no lo vendieron; lo regalaron.

Si las viñas son las almas, la flor las buenas obras y el bálsamo la reputación, ¿cuál es el fruto? El martirio. El verdadero fruto de la vid es la sangre de un mártir. "Dios lo da a sus amigos mientras duermen". "La herencia del Señor son lo hijos, su salario el fruto del vientre". Yo diría casi lo mismo: "el fruto de la vid". ¿Por qué no llamar sangre purísima de la uva a la sangre del inocente, a la sangre del justo? ¿Por qué no decir que es mosto de la viña de Soreq: bermejo, selecto, exquisito, prensado en el lagar del martirio? "La muerte de sus santos es preciosa a los ojos del Señor". Este es mi comentario sobre las viñas floridas que difunden su perfume.

Esto en el caso de que apliquemos el versículo a este tiempo de gracia. Porque si nos agrada más referirlo a la época de los Padres -pues la "viña del Señor de los Ejércitos es el pueblo de Israel"- el sentido sería el siguiente: los Profetas y Patriarcas percibieron el aroma de Cristo que había de nacer y morir como hombre, pero no lo esparcieron entonces. No pudieron manifestar carnalmente a quien sólo presintieron en el espíritu. No exhalaron su perfume, no divulgaron su secreto, esperando que se revelara a su tiempo. ¿Quién podía captar una sabiduría oculta en misterio, no manifiesta corporalmente? Por eso las viñas no esparcieron entonces su aroma. Pero sí después, cuando en el transcurso de las generaciones dieron al mundo a Cristo encarnado por el parto virginal.

Aquellas viñas espirituales difundieron ciertamente su perfume, cuando se hizo visible la bondad de Dios y la humanidad de nuestro Salvador, cuando el mundo comenzó a

ver presente al que pocos presintieron en su ausencia. Por ejemplo, aquel gran hombre que palpando a Jacob y sintiendo a Cristo, dijo: "Aroma de un campo que bendijo el Señor es el aroma de mi hijo". Cuando se expresaba de este modo, guardaba para sí las delicias de su experiencia y a nadie se las comunicó. "Pero cuando se cumplió el plazo envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, sometido a la ley, para rescatar a los que estaban sometidos a la ley". Entonces fue cuando se esparció por doquier el bálsamo que guardaba dentro de él y percibiéndose en los confines de la tierra, exclamó la Iglesia: "Tu nombre es como un bálsamo fragante".

Las muchachas corrieron al olor de su fragancia. La viña de los Padres exhaló su aroma y en esta plenitud de los tiempos las restantes viñas emanaron también este mismo olor de vida que las empapaba. ¿Cómo no habían de esparcirlo, si de ellos nació Cristo en lo humano? Difundieron las viñas su aroma, porque las almas de los fieles esparcen su buena reputación por todas partes, o porque se manifestaron al mundo los oráculos y revelaciones de los Padres; a toda la tierra alcanzó su perfume, como dice el Apóstol: "Sin duda este misterio de la bondad de Dios es grande, pues se ha manifestado por la carne, justificado por el espíritu, descubierto a los ángeles, predicado a las naciones, creído en el mundo y elevado a la gloria".

Sería extraño que esta higuera y estas viñas careciesen de alguna edificación. Yo creo que encierran un sentido moral. Quiero decir que por la gracia de Dios que mora en nosotros, también poseemos higueras y viñas. La higuera representa las buenas costumbres, y las viñas el fervor del espíritu. Todos los que entre nosotros se comportan cariñosamente en comunidad, los que conviven sin disensiones con los hermanos y se esmeran con gran mansedumbre hacia todos para cumplir todos los deberes de amor, ¿porqué no pueden considerarse perfectamente como un higuera? Pero con una condición: antes tendrán que mostrar y arrojar sus higos inmaduros, a saber, el temor del juicio de ser expulsado por la caridad perfecta; la amargura de los pecados debe dejar sitio a una verdadera confesión, a la profusión asidua de las lágrimas y a la infusión de la gracia; y otras cosas más que preceden como tempranas a los sabrosos frutos, y que nosotros mismos podéis imaginaros.

Para añadir yo también algo que se me ocurre al respecto, pensad si acaso no podrían enunciarse entre esos frutos los dones de ciencia, de profecía, de lenguas y otros semejantes. Igual que los higos silvestres, también éstos tendrán que caer y dejar sitios a los mejores, como dice el Apóstol: "I saber se acabará, las profecías desaparecerán y las lenguas cesarán". La comprensión excluirá a la misma fe y la visión deberá reemplazar a la esperanza. ¿Quién espera lo que ya ve? El amor no fallará nunca, si ama a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Por eso no lo enumeraría entre los higos silvestres, ni afirmaría que es propio de la higuera, sino de las viñas.

Los que representan a las viñas se nos muestran más severos y menos complacientes, se dejan llevar de un espíritu más vehemente, son celosos de la disciplina, corrigen los vicios con tenacidad y se adaptan perfectamente a estas palabras: "¿No aborreceré a los que te aborrecen? ¿No me repugnarán los que se te rebelan?" Y también: "Me devora el celo de tu templo". A mi

He aquí otra raposa, peor y más nociva que la primera, porque viene más agazapada. Pero voy a prendérsela. Escucha a Moisés: No trabajarás con el primogénito de tus varas. Pablo lo interpreta así: Que no sea recién convertido, por si se le sube a la cabeza y lo condenan como al diablo. Y otra vez: Nadie puede arrogarse esa dignidad; tiene que designarlo Dios, como en el raso de Aarón; y el mismo dice también: ¿Cómo lo van a anunciar sin ser enviados? Sabemos también que al monje no le incumbe enseñar, sino llorar. Con estos textos y otros semejantes que recogería, puedo tejerme una red y aprisionar a la raposa para que no destroce la viña. De aquí se deduce con claridad y certeza que ni al monje le corresponde predicar en público, ni al novicio le conviene, ni le es lícito al que no haya recibido esa misión. Por tanto, asumir esos tres inconvenientes ¿qué ruina no será para la conciencia? En toda sugerencia de este tipo, sea un pensamiento propio, sea una intromisión del ángel malo, debes descubrir a la engañosa raposilla, esto es, el mal bajo capa de bien.

Mira otra raposilla. ¡A cuántos fervorosos de espíritu arrancó de los monasterios la soledad eremítica y los vomitó por su tibieza o los retuvo, contra todas las leyes del desierto, no ya remisos, sino libremente disolutos; así se descubrió la presencia de la raposilla después de haber destrozado la viña con el quebranto de la vida y de la conciencia del hombre! Este pensaba que si viviese solo, percibiría frutos mucho más copiosos para el espíritu, puesto que en la vida común sólo experimentaba una gracia espiritual ordinaria. Creyó que su idea era buena; pero los hechos descubrieron que aquel pensamiento fue más bien una raposa demoledora.

¿Qué decir de algunos de nosotros que tantas veces se sienten tan molestos en esta casa, hablo especialmente de los que entre nosotros son intolerables con ellos mismos y con todos por su abstinencia supersticiosa? ¿Cómo esta misma discordia tan general no va a ser una disolución de su propia conciencia y una demolición, por su parte, de esta gran viña que plantó la mano del Señor y es vuestra unanimidad común? ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! El que escandalice a uno de esos pequeños... es muy duro lo que sigue. ¡Cuánto más duro es el castigo que merece quien escandaliza a una comunidad tan numerosa y tan santa! ¿Con qué sanción tan dura debe cargar, sea quien sea? Pero de esto hablaremos en otra ocasión.

Ahora volvámonos a lo que dice el esposo sobre estos pequeños y astutos animales que destruyen las viñas. Pequeños he dicho, no por su malicia, sino por su sutileza. Es un género de animales astutos por naturaleza, habilísimos para hacer daño a ocultas. Yo creo que con toda propiedad designan ciertos vicios muy sutiles, aparentemente camuflados entre las virtudes, de cuya forma ya dije algo para conocerlo, con algunos ejemplos, aunque pocos. No son capaces de hacer daño de otra manera sino presentando virtudes falsas con el oropel de la virtud. Vienen a ser o pensamientos vanos de los hombres o sugestiones de los ángeles malos, los de Satanás, que se transforman en ángeles de luz y preparan sus flechas dentro de sus aljabas, esto es, a escondidas, para disparar en la sombra contra los rectos de corazón.

Por esto creo que se las llama raposillas. Mientras los demás vicios se presentan abiertamente por sus

Sermón 64

Los diversos géneros de raposas, esto es, las tentaciones mas sutiles; enumera cuatro. Por que se manda apresar a las raposas, mas bien que matarlas o espantarlas, y por que las llama raposillas. Las raposas son los herejes, como se debe apresarlos y a cuales nos manda el esposo que los detengamos.

Aquí estoy para cumplir lo prometido. Agarradnos las raposas, las raposillas que destrozan los viñedos; porque floreció nuestra viña. Las raposas son las tentaciones. Es irremediable que sobrevengan. No recibe el premio sino el que compite conforme al reglamento. ¿Y cómo competir si nadie nos ataca? Cuando te dispongas a servir a Dios, ten cuidado y prepárate para las pruebas, sabiendo que todo el que se proponga vivir fielmente en Cristo será perseguido. En efecto, las tentaciones son diversas en cada etapa distinta. En nuestros comienzos, como nuevas plantaciones de tiernas flores, cae inevitablemente el frío helador que mencionábamos en el sermón anterior, y contra cuya peste pusimos alerta a los incipientes. Pero cuando los más adelantados se afanan por ser más santos, las virtudes opuestas no se atreven a enfrentarse claramente; como astutas raposillas tienden ocultas asechanzas, se disfrazan de virtud pero son auténticos vicios. He conocido a muchos que entraron por los caminos de la vida, progresaron en lo más perfecto y llegaron a caminar por las sendas de la rectitud y del bien con seguridad. Pero ¡ay dolor! los vi torpemente derribados por la trampa de esas raposas, y lamentándose cuando ya era tarde de los frutos de virtud que habían perdido.

Vi a un hombre que corría bien. Y tuvo esta idea, yo creo que era una raposilla: "a cuántos", se dijo, hermanos, parientes y conocidos podría comunicarles el bien que gozo yo solo si estuviera en mi patria. Me aman y fácilmente accederían a mis consejos. ¿A qué viene ese derroche? Voy allá: salvaré a muchos de ellos y a mí también. No debo temer el cambio de lugar. Mientras haga el bien, ¿qué importa dónde? Sin duda será mayor allí donde saque más fruto. ¿Qué ocurre? Va v el desgraciado se pierde, más como un perro que vuelve al vómito que como un desterrado de la patria. Se perdió aquel infeliz y no salvó a ninguno de los suyos. Si pones interés, tú mismo podrás encontrar o descubrir otros muchos casos semejantes a éste en su interior.

¿Prefieres que yo te muestre otra raposilla? Lo haré, y también otra tercera; y te mostraré también la cuarta, si te encuentro en vela para que las agarres cuando quizá las encuentres en tu viña. A veces, al avanzar alguien en el bien y sentir que la gracia celestial destila en su interior con mayor profusión, se apodera de su alma un fuerte deseo de predicar, no ya a sus parientes y allegados, según aquel texto: No me dirijo a mis parientes y familiares; busca como algo más puro, fructuoso y valiente: volcarse sin distinciones a extraños y a todos. Se cree muy sensato y teme incurrir en la maldición profética si esconde al pueblo los frutos que recibió ocultamente, u oponerse al Evangelio, si lo que ha escuchado al oído, no lo pregona desde la azotea.

entender, los primeros sobresalen por el amor al prójimo, los otros por el amor a Dios. Mas descansemos ya bajo esta viña y esta higuera a la sombra del amor de Dios y del prójimo. Con ambos te amor, Señor Jesús, cuando te amo a ti, que eres mi prójimo porque eres hombre, tuviste misericordia conmigo y no obstante eres Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 61

En que contexto literal dice: paloma mía que habitas en los huecos de la peña; cuales son eso huecos. La casa del hombre sensato descansa sobre esa roca, y su morada esta bien protegida. Las llagas de cristo son las espaldas de Dios, es decir, lo huecos de la peña, y en ellas habita la paloma.

"Levántate, amada mía, esposa mía y ven". El Esposo pondera su gran amor repitiendo palabras amorosas. La repetición expresa la afección. Y al invitarle de nuevo a la esposa para que cultive las viñas, muestra su gran solicitud por la salvación de las almas. Ya habéis escuchado que las viñas son las almas. No vamos a detenernos inútilmente en lo que ya hemos dicho. Mirad lo que sigue. Si no recuerdo mal, hasta este momento no se ha nombrado a la esposa a lo largo de esta obra, hasta que marcha a las viñas y se acerca al vino del amor. Cuando haya llegado y sea perfecta contraerá el matrimonio espiritual. Serán dos, no en una carne, sino en un espíritu como dice el Apóstol: "Estar unido al Señor es ser un Espíritu con él".

Y prosigue: "Paloma mía, que anidas en los huecos de la peña, en las grietas de la cerca, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz". Ama y continúa diciendo palabras de amor. Halagándola, le llama de nuevo paloma; asegura que es suya y que le pertenece como propia. Antes solo pedírselo ella obstinadamente, ahora, en cambio, es él quien le pide que le mire y le hable. Se comporta como un esposo, pero un esposo tímido que se ruboriza ante los demás y se propone gozar de sus encantos en un lugar oculta, "en los huecos de la peña, en las grietas de la cerca". Mira lo que quiere decirle el esposo: No temas, amiga; te pedimos que trabajes en las viñas, pero eso no impedirá ni interrumpirá las exigencias del amor. Seguro que podremos entregarnos a eso que los dos anhelamos igualmente. Las viñas tienen sus cercas, que serán como placenteras estancias para nuestra modestia.

Este es el juego de las palabras. ¿Por qué lo llamo juego? ¿Acaso esa serie de palabras encierran algo formal? NI siquiera suenan dignamente al oído, si no fuera porque el Espíritu Santo viene a nuestra intimidad en ayuda de nuestra débil inteligencia. No nos quedemos, pues, en lo exterior, no sea que, Dios no lo permita, lo consideremos como halagos de torpes amoríos. Escuchemos con oídos inocentes el diálogo de amor que ahora tenemos entre manos. Cuando meditéis en estos dos amantes, no debéis pensar en unas relaciones entre hombre y mujer, sino entre el Verbo y el alma. O lo que es igual, entre Cristo y la Iglesia, pues con esta palabra no designamos a un alma, sino a la unidad, o mejor la unanimidad entre muchas. NO penséis que los "huecos de la peña" o "las grietas de la cerca" son madrigueras para perpetrar la iniquidad; no sospechéis en las obras de las tinieblas.

Otro comentarista expuso el tema de "los huecos de la peña", asemejándolos a las llagas de Cristo. Con toda propiedad, porque la roce es Cristo. Buenos son eso huecos si afianzan la fe en la resurrección y la divinidad de Cristo. "¡Señor mío y Dios mío!", dijo Tomás. ¿Dónde se inspira este oráculo sino en los huecos de la peña? Allí "el gorrión ha encontrado una casa y la tórtola un nido donde colocar sus polluelos"; allí se torna paloma y mira intrépida al gavilán que revuela a su alrededor. Por eso dice:

lícito, se abandona el temor de Dios. Y finalmente se alarga la mano a la deshonestidad, se lanza a ese salto temerario, vergonzoso, deshonesto, desbordante de ignominia y confusión, el salto desde lo sublime al abismo, desde el firmamento al muladar, desde el trono a la cloaca, desde el cielo al cieno, desde el claustro al mundo, desde el paraíso al infierno. No es éste el momento de mostrar cuál es el principio y origen de esta peste, con qué estrategia se elude, con qué virtud se supera. Lo diremos en otra ocasión. Ahora prosigamos lo que hemos iniciado.

Hemos de retrotraer el sermón hacia los más adelantados y firmes, hacia la viña que ya floreció; aunque estas flores no tienen por qué temer al río, sus frutos no están asegurados contra las raposas. Debemos exponer con mayor claridad cuáles son estas raposas espirituales, por qué se las llama raposillas, por qué razón especial está prescrito prenderlas, y no espantarlas ni matarlas. También debemos insinuar los diversos géneros de estos animales para mayor comprensión y cautela de la mayor parte de los que me escuchan. Pero no lo haré en este sermón, para no cansaros más, y para prolongar sin cesar el vivo entusiasmo de nuestra devoción con la gratitud J- alabanza de la gloria del gran Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito en todo y por siempre. Amén.

dentro de nosotros: Se dice en el Evangelio que ese reino se le dará a un pueblo que produzca sus frutos. San Pablo los enumera así: El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, mansedumbre, lealtad, sencillez castidad. Estos frutos son nuestros progresos. Y complacen al esposo, porque a él le interesa nuestro bien. ¿(7 le van a interesar a Dios las plantas? El Hombre-Dios ama a los hombres, no a los árboles, y nuestro aprovechamiento los considera como frutos suyos. Tiene muy en cuenta su tiempo oportuno, le ilusionan sus retoños, los cuida con solicitud para que no los perdamos cuando se muestren; o más bien, para no perderlos él, porque se considera identificado con nosotros. Con su previsión ordena que se le capturen las raposillas engañosas, para que no se lleven antes de tiempo los frutos recientes. Agarradnos, dice, las raposillas que destrozan las viñas. Y como si alguien dijera: No te precipites; aún no ha llegado el tiempo de la vendimia; -"Te equivocas", contesta, "nuestra viña ya florece". No hay dilación entre las flores y el fruto; en cuanto éstas desaparecen, brotan los frutos y al punto se dejan ver.

Esta parábola es un símbolo de la situación actual. ¿Veis a estos novicios? Acaban de llegar, acaban de convertirse. No podemos decir de ellos que nuestra viña ha florecido, porque está en flor. Todo lo que ahora descubrís en ellos está en flor; aún no ha llegado la hora de la vendimia. Su vida monástica es flor reciente; una flor es su norma de vida más ejemplar. Muestran un rostro ponderado y todo su pone es correcto. Os confieso que me agrada su exterior: desprecian las puras apariencias, no cultivan el refinamiento de sus cuerpos y vestidos, hablan lo justo, su semblante es alegre, su aspecto es modesto, sus modales son comedidos. Pero como todo está aún en ciernes, su misma novedad debe ser considerada como flores recientes y más una esperanza que la presencia de sus frutos. No tememos, hijitos, que a vosotros os engañen las raposas porque ya sabemos que éstas apetecen más los frutos que las flores. Vuestro peligro vendrá de otra parte. Lo que temo, en efecto, en las flores es que se abrasen; no que las arranquen, sino que las queme el hielo. A mí me inquietan más el viento del norte y las heladas matinales, que suelen echar a perder las flores tempraneras y se llevan los frutos. Desde el norte se derramará vuestra desgracia. ¿Quién podrá resistir el rigor de su frío?

Una vez que este frío se apodera del alma, por incuria casi siempre de e la misma y por tener el espíritu adormecido, y llega a su intimidad sin que nadie se lo impida -Dios no lo quiera- penetrará las entrañas del corazón y descenderá a los senos del espíritu; turbará las afecciones, invadirá las semillas de los consejos, nublará la luz del juicio, enajenará la libertad del espíritu; y al punto, como suele suceder en los delirios de la fiebre, sobreviene el endurecimiento del alma. Se debilitan las fuerzas, se figura que languidecen las facultades, se provoca el horror a la austeridad, le inquieta el temor a la pobreza, se encoge el ánimo, se retira la gracia, se exagera la duración de la vida, se adormece la razón, se apaga el espíritu, se entibia el fervor novicio, se hace más pesado el aburrimiento del tedio, se enfría la caridad fraterna, se estimula la voluptuosidad, se engaña la seguridad, se rehace el hábito consuetudinario.

¿Algo más? Se encubre la ley, se priva del derecho, se proscribe lo

"Paloma mía que anidas en los huecos de la peña". Y la paloma exclama: "Me alzó sobre la roca". Y también: "Me ha levantado sobre la roca".

El hombre sensato edifica su casa sobre roca, y no teme la embestidas de los vientos o de las inundaciones. ¿Qué no me reportará la roca? En la roca me afianzo, en la roca me siento seguro, en la roca me mantengo firme. Seguro ente el enemigo y firme ante la caída, porque me ha levantado sobre la tierra. Todo es incierto y caduco, todo es tierra. Nosotros somos del cielo y no tememos ni caernos ni que nos derriben. La roca está en el cielo y en ella encontramos firmeza y seguridad. "Las peñas son madriguera de erizos".

¿Dónde podrá encontrar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con plena seguridad, porque sé que él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me tiende asechanzas; pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre roca firme. Si como un gran pecado me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz acordándome de las llagas del Salvador. El, en efecto, "fue traspasado por nuestras rebeliones". ¿Qué hay tan mortífero que haya sido destruido por la muerte de Cristo? Por esto, si me acuerdo de este remedio tan poderoso y eficaz, ya no me atemoriza ninguna dolencia por maligna que sea.

Por eso se equivocó aquel que dijo: "Mi culpa es demasiado grande para merecer el perdón". No podía atribuirse ni llamar suyos los méritos de Cristo, porque no era miembro del cuerpo cuya cabeza es el Señor. Pero yo tomo de las entrañas del Señor lo que me falta, pues sus entrañas rebosan misericordia entre los huecos por los que fluye. Agujerearon sus manos y pies, atravesaron su costado con una lanza. Y a través de esas hendiduras puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor.

Sus designios eran designios de paz y yo lo ignoraba. "Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero?" Pero el clavo penetrante se ha convertido para mí en llave que me ha descubierto la voluntad de Señor. ¿Por qué no he de mirara a través de esa hendidura? Tanto el clavo como las llagas proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo. "Una lanza atravesó su alma hasta cerca del corazón". Ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades. Las heridas que recibió su cuerpo nos descubren los secretos de u corazón; nos permiten contemplar el gran misterio de compasión, "la entrañable misericordia de nuestro Dios, por que nos ha visitado el sol que nace de lo alto". ¿Por qué no hemos de admitir que las llagas nos dejan ver esas entrañas? No tenemos otro medio más claro que tus llagas para comprender, Señor, que "tú eres bueno y clemente, rico en misericordia". Porque no hay amor más grande que dar la vida por los consagrados y por los condenados.

Luego mi único mérito es la misericordia del Señor. No puedo ser pobre en mérito si él es rico en misericordia. Y si la misericordia del Señor es grande, muchos serán mis méritos. ¿Pero si soy consciente de mis pecados que son muchos? "Donde proliferó el pecado sobreabundó la gracia". Y si "la misericordia del Señor dura siempre", yo también "cantaré eternamente las misericordias del Señor".¿Cantaré acaso mi justicia? "Señor, recordaré sólo tu justicia". Porque también es mía; a ti te ha constituido Dios fuente de justicia para mí. ¿Podré temer que con una no nos baste para los dos? Según el Profeta no es un manto tan corto que no pueda cubrirnos a los

dos. "Tu justicia es justicia eterna". ¿Hay algo más largo que la eternidad? Una justicia amplia y eterna nos cubrirá por completo a la vez a ti y a mí. En mí tapará mis numerosos pecados; pero en ti, Señor, ¿qué puede cubrir sino los tesoros de tu compasión y las riquezas de tu bondad?

Estas son las riquezas que reservas para mí en los huecos de la peña. ¡Qué bondad tan grande, Señor se encierra escondida en esos huecos tuyos, escondida solamente para los que perecen! Mas ¿cómo se va a dar lo sagrado los cerdos o echar perlas a los puercos? "Mas nosotros nos las ha revelado Dios por su Espíritu" y nos ha hecho entrar en el santuario, abriéndonos los huecos de sus llagas. ¡Qué inmensa dulzura, qué plenitud de gracia, qué virtudes tan perfectas!

Entraré en esas bodegas tan llenas; como exhorta el Profeta, abandonaré las ciudades, y habitaré entre las rocas. Seré como una paloma que anida en la boca de la roca más alta. Y como Moisés mereceré mirar desde la hendidura de la roca por lo menos el dorso del Señor, cuando él pase. ¿Quién puede ver su rostro inmóvil, esto es, si inconmutable verdad, sino el que mereció ser introducido no en el santuario, sino en el mismo santo de los santos?

La contemplación de su dorso no es algo vil o despreciable. Lo despreciará Herodes, yo no. Lo apreciaré tanto más cuanto más despreciable se presentó a Herodes. Contemplando el dorso del Señor se siente también no poco deleite. Es muy posible que Dios se dé la vuelta, se compadezca y nos colme de bendiciones. Llegará un día en que nos muestre su rostro y nos salve. Pero mientras tanto, que se adelante Dios a bendecirnos con esa dulzura que suele dejar a su paso. Dígnese ahora mostrarnos su espalda; más tarde nos descubrirá en la gloria el rostro de su dignidad. En su reino es sublime, pero en la cruz benigno. Ojalá pueda contemplar ahora esta visión, para que después me colme con al otra. "Me saciarás de gozo en tu presencia". Ambas visiones son saludables, las dos son dulcísimas; una por su sublimidad y la otra pos su humildad; la primera por su esplendor y la segunda por su palidez.

Finalmente dice: "Lo posterior de su dorso con palidez de oro". ¿Cómo no iba a palidecer en el trance de su muerte? Pero vale mucho más la palidez del oro que el brillo del oropel. "Y la locura de Dios es más sabia que los hombres". El Verbo y la sabiduría son como el oro. El mismo descoloró ese oro ocultando la forma de Dios y asumiendo la forma de siervo. Descoloró también a la Iglesia que dice: "No os fijéis en mi tez oscura, es que el sol me ha bronceado". Por tanto, su dorso tiene la palidez del oro, porque no se ha avergonzado de la oscuridad de la cruz, no le horrorizaron las quemaduras de la pasión, no huyó de sus llagas amoratadas. Incluso se complace en ellas y ansía acabar como él acabó.

Por eso escucha al fin: "Paloma mía en los huecos de la peña", porque hace cifrar toda su devoción en las llagas de Cristo, y su asidua meditación se detiene en ellas. De ahí nace su tolerancia del martirio, de ahí su gran confianza ante el Altísimo. El mártir no tiene temor alguno en presentar su rostro lívido y desangrado a aquel por cuyas contusiones se ha curado, ni en reproducir la gloriosa semejanza de su muerte con la palidez del oro. ¿Qué puede temer, si el Señor le dice: "Muéstrame tu rostro"? ¿Para qué? En mi opinión su mayor deseo es mostrarse a sí mismo. Y así es: no desea ver, sino que le vean. ¿Por que no quiere ver? Es que no necesita que nos volvamos hacia él; ve todas las cosas aunque se oculten. Quiere por tanto que le vean. El benigno caudillo desea que el rostro y los ojos de su devoto soldado se alcen hacia

¿Cómo compaginar la vida con la esterilidad? ¿No se considera muerto el árbol seco hecho infecundidad? Hasta los sarmientos están muertos. Y, dice, aplastó con granizo sus viñedos mostrando privados de vida a los condenados a la esterilidad. Asimismo el necio, porque vive inútilmente, ha muerto en vida.

Sólo el sabio puede tener o más bien ser una viña porque tiene vida. Es un árbol fructífero en la casa de Dios y por lo mismo es un árbol de vida. La misma Sabiduría, por la que se le llama sabio y es, viene a ser árbol de vida para los que la retienen. ¿Cómo no ha de tener vida el que la posee? Vive, pero de la fe. Porque el justo es sabio y el justo vive de la fe. Si el alma del Justo es sede de la sabiduría, como es, de hecho el justo es también sabio. Lo llames justo o sabio, nunca vivirá sin la viña porque nunca dejará dé vivir. Viña y vida son para él una misma cosa. La viña del justo es buena; más aún, el justo es una viña buena; su virtud es la vid; sus obras, el sarmiento; su vino, el testimonio de su conciencia; su lengua, el lagar en que se prensa. Al fin dice: Nuestro orgullo es el testimonio de nuestra conciencia. ¿No ves que en el Justo nada es ocioso? Su palabra, su pensamiento, su vida y cualquier otra cosa; qué son sino labranza de Dios, edificio de Dios, viña del Señor de los Ejércitos? ¿Podrá perecer algo suyo, si no se marchitan ni siguiera sus hojas?

Por lo demás, nunca le faltarán a esta viña enemigos ni asechanzas. Porque donde aumentan los bienes aumentan los que se los comen. El sensato será solícito en guardar su viña tanto como en cultivarla, y no dejará que la devoren las raposas. Pésima raposa es el oculto detractor, pero no menos dañino el meloso, adulador. El sabio se librará de ambos. Procurará sorprenderlos según sus fuerzas, pero recurriendo a sus obsequios y buenas o ras, con sus exhortaciones provechosas y orando por ellos a Dios. Siempre acumulará carbones encendidos sobre la cabeza del detractor y del adulador hasta que, si es posible, arranque la envidia de uno y la doblez de corazón del otro, cumpliendo el mandato del esposo que dice: Agarradnos las raposillas que destruyen los viñedos.

¿Acaso crees que no se siente descubierto aquel cuyo rostro se enciende de vergüenza, ruborizado por su propio juicio, testigo él mismo de su confusión y de su pesadumbre, por haber odiado a una persona merecedora de amor, o por haber amado sólo con su boca a quien debería amarlo con obras y de verdad, aunque lo experimenta tarde? Se ve sorprendido en todo, descubierto por el Señor, tal como expresamente lo dice: Agarradlas para nosotras. ¡Ojalá pudiera yo agarrar a todos los que me odian sin razón, para devolverlos o rescatarlos para Cristo! Sufran, así, una derrota vergonzosa los que me persiguen a muerte, vuelvan la espalda con ignominia los que traman mi daño, a fin de que obedezca yo también a mi esposo para prender a las raposas, no para mí sino para él. Pero volvamos de nuevo al texto presente, para explanarlo por su orden:

Agarradnos las raposillas que destrozan los viñedos. Este versículo tiene un sentido moral; ya hemos hecho ver que conforme a la exigencia moral las viñas son concretamente las personas espirituales, cuyo interior, cultivado en toda su extensión, germina, fructifica y engendra el espíritu de la salvación. Lo que se afirma acerca del reino de Dios, también podemos referirlo a estas viñas del Señor de los Ejércitos, porque están

Sermón 63

Cual es la viña que destrozan las raposas. Solo el sensato puede tener una viña con su vid, su sarmiento y su vino; que raposas la destrozan y como se cazan. Cuales son los frutos de la viña; los novicios son las flores y que se debe temer de esas flores.

Agarradnos las raposas, las raposillas que destrozan los viñedos, porque floreció esta viña. Es evidente que no marchó en vano la esposa a las viñas, pues allí aparecieron las raposas demoliéndolas. Este es el sentido literal. ¿Y el espiritual? Ante todo desechemos absolutamente en este comentario el sentido literal más común y corriente por simple e inoportuno, indigno de implicarlo con esta Escritura tan santa y autorizada. A menos que alguien sea tan insensato y tan necio que, como los hijos de este mundo, se precie de administrar los bienes terrenos, de guardar las viñas y alejar de ellas las alimañas que les acometen, para que no se malogre la cosecha del vino, que excita la lujuria y con ello los sudores y los gastos. Es un grave perjuicio leer el libro santo con tanto afán y veneración, para aprender simplemente a guardar las viñas de las raposas, no sea que al vendimiarlas volvamos con las canastas vacías porque descuidamos nuestra vigilancia. No sois tan ignorantes e inexpertos en la vida espiritual como para pensar de manera tan material.

Por tanto, analicémoslo espiritualmente. Así descubriremos con un juicio sensato y un significado digno, en el momento en que florezcan las viñas y las echen por tierra las raposas, cómo cazarlas o alejarlas para que su cultivo sea más alto y fructífero. ¿Acaso dudáis que debemos mantener mucha más vigilancia sobre el espíritu que sobre las cosechas y que se debe vigilar con mucha mayor atención para precaver las asechanzas del mal que para capturar estas raposillas astutas?

Debo mostraros a cuáles son estas viñas y raposas espirituales. A vosotros, hijos míos, os corresponde aplicarlo personalmente a vuestra propia viña, cuando caigáis en cuenta durante mi exposición de qué y de quiénes debemos precavernos más. El hombre sensato piensa que la viña es su propia vida, su espíritu, su conciencia. Por eso no dejará en sí mismo nada sin cultivar o desierto. En el necio, al contrario, todo lo encontrarás descuidado, tirado, inculto y sórdido. Carece de viña.

¿Qué viña es esa en la que nada se ha plantado, donde nada aparece cultivado? La viña del insensato es una maleza de espinas y abrojos: ¿podrás llamarla viña? Lo fue, pero quedó hecha un desierto. ¿Dónde está la vid de la virtud y el racimo de las buenas obras? ¿Dónde está el vino de la alegría espiritual? Pasé por el campo del perezoso, por la viña del hombre sin juicio; todo eran espinas que crecían; los cardos cubrían toda su extensión, la cerca de piedras estaba derruida. Ya ves cómo se ríe el Sabio del necio, que desbarató los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia, recibidos quizá en el baño de la regeneración, comparándolo a aquella primera viña suya, que plantó Dios y no un hombre, y reducida por su negligencia a algo que no es una viña. No puede existir una viña donde no hay vida. La vida del necio hay que llamarla muerte, no vida.

sus llagas, para alentar así más su ánimo y robustecerlo en sus sufrimientos con su ejemplo.

De este modo no sentirá sus propias heridas si contempla las de él. El mártir se yergue rebosante de alegría y triunfante, aunque su cuerpo sea despedazado. Y cuando la lanza descuartiza sus costados, mira firme y alegre cómo salta de su cuerpo la sangre. ¿Dónde está su alma en ese momento? En un lugar seguro, en la roca, en las entrañas de Jesús, en sus llagas abiertas para que entre. Si estuviera en sus propias entrañas sentiría el hierro que las atraviesa. No soportaría su dolor y sucumbiría renegando. Pero si habita en la roca, ¿nos extrañará que se endurezca como la piedra? Tampoco eso puede asombrarnos: no siente dolor alguno en su miembros porque está exiliado de su cuerpo. Lo cual no se debe al letargo de los sentidos, sino al amor . No se pierde la sensibilidad, se amortigua. No se ausenta el dolor, se desprecia.

Por tanto, la fortaleza del mártir surge de la roca, y la habita plenamente para beber el cáliz del Señor. ¡Y qué excelente es este cáliz embriagador! Excelente y satisfactorio para el soldado victorioso, y mucho más aún para el Emperador que lo contempla. "Porque la alegría del Señor es nuestra fortaleza". ¿Cómo no le alegrará el grito de tan valiente confesión? Eso es lo que busca con anhelo cuando dice: "Déjame escuchar tu voz". No vacilará en corresponder al punto con su promesa: porque si uno se pronuncia por él ante los hombres, él se pronunciará inmediatamente ante su Padre de los cielos.

Interrumpamos este sermón, ya que no podemos terminarlo ahora; sería larguísimo si pretendiera abarcar en un solo sermón todo lo que aún nos queda a propósito de este versículo. Reservemos, pues, lo que falta para comenzarlo en le siguiente, de modo que tanto por su contenido como por su duración se alegre el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 62

Cual es la cerca de piedra y cuales las hendiduras en las que vive la paloma. Como abre esas hendiduras el alma en la cerca de los Ángeles; como horadada la roca, esto es, Cristo, a ejemplo de Pablo y David. Dos clases de contemplación celestial; a quienes oprime la curiosidad de la gloria y a quienes no. Como habita la iglesia en la roca por los perfectos, en la cerca por los menos perfectos y en la fosa de tierra por los débiles. A quien se le dice: muéstrame tu rostro, déjame escuchar tu voz, etc.

"Paloma mía que anidas en los huecos de la peña, en las grites de la cerca". La paloma encuentra un refugio seguro no sólo en los huecos de la peña; lo halla también en las grietas de la cerca. Si concebimos "la cerca" no como un montón de piedras, sino como la comunión de los santos, preguntémonos si acaso no habrá llamado grietas de la cerca a los ángeles que cayeron por su soberbia y dejaron como vacías sus estancias, y como ruinas deberán ser reedificadas con piedras vivas, ocupándolas los hombres. Por eso dice el Apóstol Pedro: "Al acercaros a la piedra viva, también vosotros como piedras vivas vais entrando en la construcción del templo espiritual".

No creo que sería irreal pensar que la custodia de los ángeles puede ser como la cerca de la viña del Señor, que es la Iglesia de los predestinados, pues Pablo dice: "Todos son espíritus en servicio activo, que se envían en ayuda de los que han de heredar la salvación". Y el Profeta añade: "El ángel del Señor acampa en torno de sus fieles". Si esto es válido, el sentido será que la Iglesia, mientras peregrina por la tierra, se verá consolada en estos dos aspectos: si mira al pasado, con el recuerdo de la pasión de Cristo: y si otea el futuro, porque cree y espera que será acogida en compañía de los santos. Ambas cosas, consideradas como historia y como destino, las contemplará atentamente con su insaciable anhelo. Pensando en las dos encuentra una gran satisfacción, porque en ambas descubre su refugio en la aflicción y el dolor de sus desgracias.

Su consuelo es completo, porque sabe lo que debe esperar y también los motivos en que se apoya. Es una espera gozosa, no vacilante, porque se asienta sobre la muerte de Cristo. ¿Podría desvanecerse por lo extraordinario del premio, cuando piensa en la excelencia del precio? ¡Cuánto le agrada ir a ver con su espíritu las hendiduras por las que fluye para ella el precio de su sagrada sangre! ¡Cómo le place recorrer las cuevas, estancias y mansiones, tantas y tan diversas, de la casa del Padre, en las que puede anidar sus polluelos según sus distintos méritos! Mas por ahora únicamente puede sosegarse con su recuerdo, entrando con su espíritu en la celestial mansión que es la de arriba. Llegará un día en que pueda levantar las ruinas; entonces se instalará en aquellas cuevas con su cuerpo y con espíritu. Así la presencia de tan inmensa multitud dará nuevo brillo a las estancias vacías, que otros moradores abandonaron, para ser feliz por su perfección y gozosa por su plenitud.

Si te convence lo anterior, podemos decir que estas hendiduras no

Si entendemos por la tierra cavada esa que dice: "Me horadaron las manos y los pies", no hay duda alguna que en seguida conseguirán su salud las lamas heridas que allí perezcan. ¿Hay algo tan eficaz para curar las heridas de la conciencia y para purificar la agudeza del alma, como la meditación frecuente de las llagas de Cristo? Pero hasta que no se purifiquen y restablezcan del todo, no veo cómo se les puedan aplicar estas palabras: "Déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz". ¿Cómo pueden atreverse a descubrir su rostro o levantar su voz si les ha mandado que se oculten?

"Escóndete, dice, en la fosa del polvo" ¿Por qué? Porque su rostro no es hermoso ni digno de verse. Y no será digno de verse mientras no sea digno de contemplar. Pero si mora en la fosa del polvo y se cura su mirada interior, de modo que pueda contemplar a cara descubierta la gloria de Dios, entonces podrá hablar confiada y con amor de lo que ha visto radiante de gozo. Debe tornarse plácido el semblante para mirar el rostro de Dios. Y eso no será posible si no es transparente y puro, transformado en la imagen de la claridad que contempla. De lo contrario, por su misma desemejanza rebotaría ofuscado por un fulgor insólito. Por tanto, cuando se haya purificado para contemplar la verdad pura, el Esposo deseará ver su rostro, y en consecuencia escuchar su voz.

"Porque es muy dulce tu voz". Con estas palabras que añade nos muestra cuánto le agrada que se predique la verdad con espíritu puro. Pero tampoco la cautiva esa voz, si le desagrada su rostro. Así lo confirma con estas otras palabras: "Y es hermosa tu figura". ¿Cuál es la belleza interior del semblante sino su pureza? Le ha cautivado la pureza de muchos sin haber escuchado la voz de s predicación; pero ninguno que poseyera ésta sin aquélla. La Verdad no se muestra a los impuros, ni se les confía la Sabiduría. ¿Por qué hablan de lo que no han visto? "Te aseguro, dice, que hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto". ahora vete y atrévete a testificar lo que no has visto, y a hablar de lo que ignoras.

¿Me preguntas a quién le llamo impuro? Al que busca la alabanza humana, al que predica el Evangelio por el lucro, al que evangeliza para comer, al que considera la piedad como un negocio, al que no trabaja buscando el fruto, sino el salario. Estos son los impuros; y los que por su impureza no pueden ver la verdad, se inventan razones para hablar de ella. ¿Por qué os precipitáis? ¿Por qué no esperáis a la luz? ¿Por qué os exponéis a obrar a la luz antes de que salga? "Es inútil que madruguéis". La luz es la pureza y el amor que no busca lo suyo. Si esto es una realidad previa, el pie de la palabra no descansa en lo incierto. La verdad no se entrega a unos ojos engreídos; pero se rinde ante los sinceros. La verdad no tiene por qué negarse a que le contemple un corazón puro, y por lo mismo tampoco a que la predique. "Pero Dios dice al pecador: ¿Por qué recitas mis preceptos y tienes siempre en la boca mi alianza?" Muchos han despreciado la pureza y se han empeñado en hablar antes de ver; y erraron gravemente, por ignorar lo que hablaban y afirmaban, o se envilecieron entre torpezas porque enseñaban a otros, pero no a sí mismos. Que nos libre siempre de este doble mal el Esposo de la Iglesia, y pedídselo también vosotros a Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito y por siempre. Amén.

las encontrarás; más bien las crean los espíritus ávidos por su piedad. ¿Cómo?, me dirás. Con su meditación y su anhelo. Porque la cerca espiritual se desmorona con la añoranza del alma, como una construcción removida, que cede ante la contemplación pura y la oración continua. "La oración del pobre atraviesa los cielos". No porque pueda hendir en dos las espaciosas cumbre de este aire material, como la avecilla con el movimiento de la alas, o como la espada afilada que perforase el sólido y elevado vértice del firmamento mismo. No, me refiero a esos otros cielos santos, vivos, dotados de razón y que proclaman la gloria de Dios. Por eso se abajan gustosamente a nuestros deseos con cierta ternura propicia, y doblegándose a nuestro contacto, nos acogen en sus entrañas por los afectos de nuestra devoción, cuantas veces llamemos a ellos con digna intención. "Al que llama, se le abrirá".

De esta manera cada uno de nosotros, incluso durante nuestra mortalidad, podrá horadar por sí mismo esta cerca celestial en el lugar que desee. Puede visitar a los Patriarcas, saludar a los Profetas, unirse a la asamblea de los Apóstoles, insertarse en los coros de los Mártires. O recorrer con el pensamiento y con toda la alegría de su espíritu las estancias de las santas Virtudes, desde el él ángel más ínfimo hasta los Querubines y Serafines, según los impulsos de su devoción.

Si alguien se detiene y llama a los que más afección le infunde, tal como quiera encaminarle el Espíritu, le abrirán al punto y descansará un poco en su compañía, haciéndose un hueco en los montes, o mejor entre los espíritus santos que se enternecen por nuestros ruegos. El rostro y la voz de toda alma que obre así, encuentra el favor de Dios: el rostro por su pureza y la voz por su confesión. Porque la "confesión y el esplendor rodean su trono". Por eso dice a los que se condicen así: "Déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz". La voz es la admiración del alma contemplativa, la voz es la acción de gracias. Dios se complace mucho en esas hendiduras que resuenan con su acción de gracias, su admiración y su alabanza.

¡Feliz el alma que se afana en horadar con frecuencia esa cerca y más feliz aún la que perfora la roca! Si lo desea puede horadar la roca; pero necesitará la barrera más pura del espíritu, una intención más constante y los mejores méritos. "¿Y quién tiene aptitudes para eso?" Sin duda aquel que dijo: "Al principio ya existía el Verbo, el Verbo se dirigía a Dios y el Verbo era Dios, y estaba al principio en Dios". ¿No crees que éste se sumergió en el seno del Verbo y extrajo como cierto meollo de sabiduría desde lo más recóndito de su pecho? ¿Qué diré de aquel que hablaba como un sabio entre los perfectos una sabiduría velada por el misterio, que ninguno de los jefes de este mundo ha llegado a conocer? ¿No traspasó los dos primeros cielos con su aguda y piadosa curiosidad, hasta ser arrebatado al tercer cielo en su santa búsqueda? Pero no nos la ocultó, la anunció fielmente, como pudo, a los fieles. Escuchó palabras inefables que era incapaz de repetirlas, él y cualquier mortal: la Sabiduría sólo hablaba para sí misma y para Dios.

Imagínate a Dios consolando la solícita caridad de Pablo con estas palabras: ¿Por qué te angustias? El oído humano es incapaz de comprender lo que tú conoces. "Déjame escuchar tu voz". Es decir: ya que no puedes revelarlo a los mortales, consuélate, porque tu voz es capaz de

hechizar los oídos divinos. ¿No ves un alma santa que reprime su amor en atención a nosotros, o por su pureza se entrega sin reservas a Dios? Escucha también al santo David; es él quien habla con Dios en nombre de otra persona, cuando dice: "El hombre que medite te alabará; como consecuencia de sus meditaciones celebrará fiestas en honor a ti". De esta manera, por el ejemplo y las consideraciones proféticas que podía compartir, éste las presentaba al instante para pública alabanza; así alababa al Señor en medio del pueblo, y se reservaba otra parte para él y para Dios, y en ambos casos lo festejan con alegría y algazara.

Esto quiso darnos a conocer el versículo citado. Cuanto podía extraer de los arcanos de la sabiduría con s meditación, ávida de descubrimientos, lo comunicaba parcialmente según su capacidad para la salvación de los pueblos con su solícita predicación. Pero lo que no podían captar los pueblos lo reservaba con júbilo para alabar con gozo al Señor. Así que no se desperdicia nada de la santa contemplación, pues lo que no puede consumirse para edificación de los pueblos sirve al máximo para alabar a Dios con júbilo armonioso.

Así las cosas, se deduce que hay dos clases de contemplación: una versa sobre la elección, felicidad y gloria de la ciudad celestial, en la que se ocupa la inmensa muchedumbre de los ciudadanos celestiales, trabajando o descansando. La meta de la otra es contemplar la majestad, eternidad y divinidad del Rey mismo. La primera en la cerca, la segunda en la roca. Y cuanto más difícil es ahondar en ella, mayor es la dulzura de lo que en ella descubres. No temas las amenazas de la escritura contra los que escudriñan la majestad de Dios. Acércate con ojos puros y sencillos, y no te aplastará su gloria. Al contrario, te acogerá si no buscas tu propia gloria, sino la de Dios. De otra manera cada cual se anegaría en su misma gloria, no en la de Dios. Es tal su proclividad, que no le permite elevar su cerviz para buscar la gloria de Dios, debido a su concupiscencia tan viscosa. Arrancándonos de ella cavemos seguros en la Piedra que encierra tesoros de sabiduría y de ciencia Si aún dudas, escucha a la Piedra misma; "Los que se dejan guiar por mí no pecarán". "¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme!"

El apacible y humilde encuentra la paz donde el hinchado y el que se desvive por la gloria vana se siente oprimido. Pero la Iglesia es una paloma y por eso descansa; una paloma candorosa que gime. Acoge con mansedumbre la palabra sembrada y descansa en el Verbo, esto es, en la Piedra; porque la Piedra es el Verbo. Por eso la Iglesia mira a través de los huecos de la peña y ve la gloria de su Esposo; y ella no se siente abrumada por la gloria, porque no se la apropia. No le destruye, porque no indaga su majestad, sino su voluntad.

A veces se atreve a contemplar su majestad, pero sólo en actitud de adoración, no de sondeo. Si se ve arrebatada en éxtasis hasta ella, se debe al dedo de Dios que se digna elevar al hombre, no a la temeridad humana que en su insolencia pretende entrar en el misterio de Dios. SI el Apóstol recuerda que fue arrebatado para excluir así todo atrevimiento, ¿qué mortal presumirá de sus propias fuerzas para enredarse en registrar la divina majestad en ese tremendo examen, e irrumpir como importuno contemplativo en sus pavorosos secretos? Pienso que debemos tener por curiosos escrutadores de la majestad, y que la

asaltan con violencia, no a los que son arrebatados hasta ella, sino a os que pretenden invadirla. Estos son los que se sienten abatidos por la gloria.

Por eso es temible sondear su majestad; pero profundizar en su amor es tan seguro como entrañable. ¿Habrá algo mejor que insistir con todo empeño en sondear el sacramento glorioso de su voluntad, sabiendo que en todo he de obedecerle? Es una gloria gratificante que brota espontánea de la contemplación de su misma bondad, y al considerar las riquezas de su benignidad e inmensa misericordia. "Hemos contemplado su gloria, gloria de Hijo único del Padre". Toda la gloria que ha aparecido en esta forma es benignidad paternal. Esta gloria no me aplastará, aunque la contemple en sí misma con todo mi ser; más bien yo me veré grabado en ella. Pues "los que llevamos la cara descubierta nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; tal es el influjo del Espíritu del Señor".

Somos transformados a medida que somos conformados. El hombre no debe gloriarse de verse conformado con Dios en la gloria de la majestad, sino en la sumisión a su voluntad. Toda mi gloria es que algún día me digan: "He hallado un hombre conforme a mi corazón". El corazón de Esposo o el corazón de su Padre. ¿Cuál de los dos? "Sed misericordiosos, dice, como vuestro Padre es misericordioso". Esta es la forma que él desea contemplar, cuando dice a la Iglesia: "Déjame ver tu rostro", la forma de la bondad y de la mansedumbre. Con toda confianza se levanta hacia la Piedra porque es semejante a ésta. "Contempladlo, dice, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará". ¿Cómo es posible que la humilde quede confundida por el humilde, la santa por el bondadoso, la modesta por el manso? El rostro purísimo de la esposa no sentirá repugnancia por la pureza de la Piedra, como la virtud no siente de la virtud, no la luz de la luz.

Pero la Iglesia no puede todavía acercarse a la piedra para dejarse horadar por completo. No todos los que forman la Iglesia pueden mirar hacia los sacramento del plan divino, ni comprender por sí mismos sus designios secretos; por eso nos indica que habita en la hendiduras de la roca y en las grites de la cerca. Por tanto, habita en los huecos de las rocas por los perfectos, que se atreven a buscar y penetrar en los arcanos de la sabiduría, gracias a la pureza de su conciencia y la viveza de su inteligencia. Los demás habitan en las grietas de la cerca: son los que por sí mismos no pueden o no se atreven o se sienten indignos de horadar la piedra. Ahondan en la cerca de piedra, satisfechos con contemplar la gloria de los santos. Y al que no puede ni siquiera eso, se le brindará Jesús, y éste crucificado, para que sin esfuerzo suyo habite en los huecos de la peña, en los que no trabajó.

Ya lo hicieron los judíos; él para ser fiel sólo tendrá que entrar por las hendiduras que abrieron los infieles. No puede temer que lo rechacen, porque le llaman para que entre. "Métete, dice, en las peñas, escóndete en la fosa del polvo ante el Señor terrible, ante su majestad sublime". Aún son débiles y cobardes estas almas, y según confiesa uno en el Evangelio no tienen fuerza para cavar y les da vergüenza mendigar. Por eso se le muestra la fosa del polvo donde esconderse, hasta que se robustezcan y tengan fuerzas para cavar por sí mismas sus propios huecos en la peña; por allí entrarán en la intimidad del Verbo con el vigor y la pureza del alma.

consenso, se necesitan dos esencias. Nada de esto encontraremos en el Padre y en el Hijo, pues no tienen dos esencias o dos voluntades, sino una sola esencia y única voluntad; o mejor, como recuerdo haberlo dicho, ambas realidades coexisten en ellos y con ellos, y por eso mismo incomprensible e incomparablemente permanecen entre sí; son uno real y singularmente. Mas si alguien dijese que existe un consenso entre el Padre y el Hijo, no lo discuto con tal de que no suponga la unión de voluntades, sino una sola y única voluntad.

Ahora bien, con respecto a Dios y al hombre, sus propias esencias y voluntades subsisten y se diferencian. Por eso pensamos que entre sí se relacionan de muy diversa manera; porque no se identifican sus esencias, sino que asienten sus voluntades. Esta unión radica en la comunión de voluntades y en el consentimiento del amor. Feliz unión si la experimentas; nula, si la comparas. Un experto se expresa así: Para mí lo bueno es adherirme a Dios. La dicha es total si te adhieres con todo tu ser. Nadie se adhiere a él perfectamente, sino el que permanece en Dios como amado por Dios, y si, a su vez, amando a Dios lo atrae hacia sí. Por tanto, cuando se unen totalmente el hombre y Dios entre sí, con un amor tan íntimo y mutuo que uno está en las entrañas del otro, yo no dudo que Dios está en el hombre y éste en Dios. Pero el hombre está eternamente en Dios, como amado desde toda la eternidad, si es uno de aquellos que dicen: Dios nos amó y gratificó en su amado Hijo antes que existiera el mundo. En cambio, Dios está en el hombre desde el momento que es amado por el hombre.

Si esto es así, el hombre está en Dios incluso cuando Dios no está en el hombre; pero Dios no mora en el hombre que no está en Dios. Porque no puede permanecer en el amor, aunque quizá Dios le ame cierto tiempo sin ser amado. El hombre, en cambio, puede no amar todavía y ser ya amado. De lo contrario, ¿cómo sería verdad que Dios nos amó primero? Por eso cuando ya ama también el que anteriormente era amado, el hombre mora en Dios y Dios en el hombre. Mas el que nunca ama, nunca ha sido amado; por eso tampoco él mora en Dios ni Dios en él. Esto lo he expuesto para establecer la diferencia entre la conexión por la que el Padre y el Hijo son uno, y aquella obra por la que el alma que se adhiere a Dios es un espíritu con él. Para que no creamos que tienen la misma prerrogativa el adoptado y el único, cuan o leamos que si el hombre permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él y que también está así el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo.

Una vez explicado esto, volvamos al texto: se apacienta entre lirios, porque de ahí partió esta digresión; vosotros diréis si no fue provechosa, Había expuesto ya los dos significados del versículo: el que es la virtud y el candor se apacienta entre las virtudes de los candorosos; y también que acoge a los pecadores arrepentidos en su cuerpo que es la Iglesia; para incorporarlos a él se hizo a sí mismo pecado el que no cometió pecado, para destruir el cuerpo de pecado, al que un tiempo estuvieron injertados, y en él se volvieran justicia una vez justificados graciosamente.

Os propongo un tercer sentido que se me ocurre, y pienso que será suficiente para explanar el texto y también para acabar el sermón. La palabra de Dios es la verdad y eso es el Esposo. Ya lo sabíais: escuchad lo restante. Cuando se la escucha pero no

Sermón 66

Mas sobre estos nuevos herejes; a ellos se aplica de manera especial lo que dice el apóstol: con hipocresía divulgan la mentira. Como condenan las nupcias: los mas únicamente las permiten a las vírgenes: que hay el contra. Sobre los alimentos que tienen por impuros y como dicen que constituyen el cuerpo de Cristo, llamándose apóstoles: contra su tesis de no bautizar a los niños. No interceder por los muertos ni admitir el patrocinio de los santos. Desprecian las leyes y cánones de la iglesia, y algunos son tan obstinados que al verse delatados mueren por su secta.

Agarradnos las raposas, las raposillas que destruyen los viñedos. Otra vez a vueltas con las raposas. Son las que abren brechas en la cerca y vendimian la viña. No se contentan con derribar la cerca, quisieran poder desolar la viña, añadiendo una prevaricación mayor. No les basta ser herejes, sino también hipócritas, añadiendo pecado sobre pecado. Se presentan vestidos de ovejas para asolarlas y llevarse los carneros. ¿No te parece que han perpetrado ambas cosas, cuando aparecen los pueblos privados de la fe y los sacerdotes sin los fieles? Quiénes son estos ladrones? Por su ropaje son ovejas, por su astucia raposas, por sus obras y crueldad de lobos. Son los que desean parecer buenos sin serlo; quieren no parecer malos y lo son. Son malos y pretenden pasar por buenos, para no ser solamente malos; temen parecer malos, para no quedarse cortos en su maldad. Porque la malicia manifiesta siempre es un daño menor; jamás se vio engañado el bueno sino por un falso bien. Así pues, se esfuerzan en aparecer como buenos para detrimento de los buenos; no quieren parecer malos, para causar mayores males.

No cultivan las virtudes, pero colorean los vicios con cierto brillo de virtud. Llaman religión a la piedad supersticiosa. Para ellos es inocente el que no peca en público; se atribuyen sólo las trazas de la inocencia. Para encubrir su torpeza emiten el voto de continencia. Creen que la impureza hay que reducirla sólo al trato con las esposas, cuando de hecho el único coito que está exento de impureza es el que se realiza con la propia esposa. Son hombres rústicos e ignorantes, totalmente despreciables; pero os advierto que no debemos descuidarlos, porque favorecen mucho a la impiedad y su palabra corre como una gangrena.

Mas el Espíritu Santo no se descuidó: vaticinó hace tiempo con toda claridad, como dice el Apóstol: El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos abandonarán la fe, por dar oídos a inspiraciones erróneas y enseñanzas del demonio, de impostores hipócritas, embotados de conciencia. Prohibirán el matrimonio y comer ciertos alimento, que Dios creó para gustarlos con gratitud. A éstos, a éstos se refería. Prohíben casarse, obligan a abstenerse de alimentos que Dios creó; ya hablaremos de ello. Ahora fijaos si ésta no es una ilusión propia de demonios y no de hombres, como lo predijo el Espíritu. Pregúntales por el autor de su secta: no nombrarán a hombre alguno. ¿Hay alguna herejía humana que no tenga su propio heresiarca? El jefe y maestro de los maniqueos fue Manes, el de los sabelianos Sabelio, el de los arrianos Arrio, el de los ignominias Arrianos, el

de los nestorianos Nestorio. Y así todas las demás pestes de este tipo han tenido cada una sus propios mentores, hombres conocidos, en los cuales tuvieron su origen y tomaron su nombre. ¿A éstos con qué nombre o apelación puedes catalogarlos? Porque su herejía no la inventó hombre alguno ni la tomaron de ningún hombre. Por supuesto no se la reveló Jesucristo, sino más bien y sin duda, como lo predijo el Espíritu Santo, por intervención y seducción de los demonios, impostores hipócritas que prohibieron el matrimonio.

Esto lo afirman con astucia de zorra, fingiendo que lo dicen por amor a la castidad; pero lo inventaron para fomentar y propagar la deshonestidad. No puede estar más claro; lo que pasma es que hayan podido convencer a personas cristianas. A no ser que sean tan animales que no acierten a soltar las riendas de toda deshonestidad los que condenan el matrimonio. O los invade de tal modo la maldad, devorados por la malignidad diabólica, que viéndolo lo encubren, porque les deleita la perdición de os hombres.

Arranca de la Iglesia el deshonesto connubio y el inmaculado lecho nupcial: ¿no la invadirán los concubinarios, incestuosos, sodomitas, impúdicos, invertidos y todo género de inmundicias? Elegid, pues, una de las dos cosas: salvar a todos estos monstruos humanos o reducir a muy pocos los que se salven por su continencia. ¡Qué pocos por una parte y cuántos por obra! Ninguna de las dos corresponde al Salvador. ¿Entonces encumbraremos la inmundicia? Nada tan impropio para el Autor de la continencia. ¿Se condenará todo el mundo a excepción de unos pocos continentes? Eso equivaldría a no ser Salvador. La continencia es rara en el mundo; el que es la plenitud no se vació de sí mismo para conseguir tan poco fruto en la tierra. ¿Cómo recibimos todos de su plenitud, si sólo concedió a los continentes su participación? A esto ellos no saben qué responder. Y tampoco a lo primero: si en el cielo sólo hay lugar para la honestidad, y son incompatibles la honestidad y la impureza, como la luz y las tinieblas, ningún impuro tiene sitio en el lugar de la salvación. Al que piense de otro modo la voz apostólica lo inculpará, afirmando sin rodeos: Los que se dan a eso no heredarán el reino de Dios.

¿Por dónde saldrá de su madriguera esta insidiosa raposilla? Pienso que está apresada en la hura que se hizo con dos agujeros: uno para entrar y otro para salir. Esa es su costumbre. Pero salga por donde quiera, en los dos tiene cerrada la salida. Si coloca en los cielos solo a los continentes, se condena la gran mayoría; si equipara la impureza con la continencia, perece la honestidad. Pero con mayor rigor perece ella, porque no tiene salida, cerrada para siempre y apasionada en la fosa que hizo.

Algunos disienten de los demás, confesando que el matrimonio pueden contraerlo sólo los vírgenes. Pero no veo qué razón pueden aducir para hacer esta distinción: a no ser que como venenosa víbora, cada uno de ellos luche a su capricho para despedazar con dientes de víbora los sacramentos de la Iglesia como entrañas maternas. Al parecer se apoyan en que los primeros esposos eran vírgenes. ¿Por qué va a condicionar esto la libertad del matrimonio, de modo que no puedan contraerlo los no vírgenes? Entre ellos comentan que han encontrado no sé qué en el Evangelio para reforzar en

inefable e incomprensible, capaces de abarcarse mutuamente, pero no son divisibles. Se contienen de tal forma que no son parte el uno del otro. Así canta la Iglesia en un himno:

En el Padre está íntegro el Hijo e íntegro en el Verbo está el Padre.

El Padre está en el Hijo, a quien ama como a su predilecto; y el Hijo está en el Padre del cual, así como siempre es engendrado, de la misma manera nunca se ha separado. Pero el hombre está en Dios y Dios en el hombre por el amor, como dice Juan: Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios con él. Esto implica cierta conformidad por la que son dos en un mismo espíritu, es más, son un mismo espíritu.

Ves la diferencia? No es lo mismo tener una misma sustancia que una misma voluntad. Aunque si has caído en cuenta, esa diversidad de unidades la tienes suficientemente insinuada con las palabras "uno" y "una misma cosa". Porque ni al Padre ni al Hijo le corresponde ser "uno", ni al hombre ni a Dios ser una misma cosa. No se puede decir que el Padre y el Hijo son uno, porque uno es el Padre y otro es el Hijo; pero se afirma que son una misma cosa, porque cada uno de los dos tiene exactamente la misma sustancia. En cambio, Dios y e hombre al no ser la misma sustancia o naturaleza, no se puede decir que son una misma cosa. Pero se puede afirmar con verdad cierta y absoluta que son un mismo espíritu, si se unen entre sí con la adhesión del amor. Esta unidad no se realiza por la coherencia de las esencias, sino por la conexión de las voluntades.

Es obvia, si no me engaño, la diversidad y disparidad de unidades: la primera se realiza en una sola esencia, las demás en diversas esencias. ¿Hay algo más distante entre sí como la unidad de muchos y la de uno? Como he dicho, "uno" y "una misma cosa" se separan entre sí; la unidad esencial entre el Padre y el Hijo forman una misma naturaleza. La unidad accidental entre el hombre y Dios no es como la anterior, sino que designa cierta bondad correspondiente a las afecciones. Sin embargo, se puede aplicar con toda propiedad el adjetivo "uno" al Padre y al Hijo, por ejemplo un solo Dios, un solo Señor, y cualquier otra cosa que hace referencia a la esencia; mas no a cada una de las personas, porque no se diferencian entre sí por su divinidad o majestad, ni tampoco por la sustancia, la esencia o la naturaleza. Si reflexionas con fervor todas estas cosas, no las verás diversas o partidas en ellos, sino formando una misma cosa.

No he dicho todo: también son una misma cosa entre ellos. ¿Qué es esa otra unidad que hace de muchos corazones uno solo y de muchas almas una sola, según se nos dice? Yo creo que no merece llamarse unidad, comparada con esa que no une la pluralidad, sino que designa en singular la unidad. Es la unidad suprema y única, que no es una conexión, sino que subsiste eternamente. Ni se realiza por esa comida espiritual que hemos dicho, porque no se hace: es. Mucho menos se debe a esa conjunción de esencias o consenso de voluntades, porque no existen. Como queda dicho, es una única esencia y una misma voluntad; no es fruto de un consenso, de una composición, de una atadura o algo semejante.

Para que haya consentimiento se requieren por lo menos dos voluntades; para que se dé la conjunción o unión mediante el

criados, sobre todo en los años duros, para librar sus vidas de la muerte, alimentándolos con el pan de la vida y la sensatez, y educarlos para la vida eterna. Yo pienso que cuidándolos así, se apacienta a sí mismo con el manjar que tanto le gusta: nuestro aprovechamiento. Porque al Señor le gusta que estéis fuertes.

Así pues, cuando se apacienta apacienta, y cuando apacienta se apacienta, alimentándonos con su gozo espiritual y alegrándose de nuestro provecho espiritual. Su comida es mi penitencia, mi salvación, yo mismo: ¿No come ceniza en vez de pan? Y como yo soy pecador soy ceniza, y él me come. Me come cuando me reprende; me traga cuando me instruye. me consume cuando me cambia, me digiere cuando me transforma, me une a él cuando me conforma consigo. No os asombréis: nos come y le comemos para vincularnos más estrechamente a él. De otra manera no nos uniríamos a él perfectamente. Porque si le como y no me come, estaría él en mí. pero no estaría yo en él. Y si me come y no lo como, me poseerla él mismo, pero él no estaría en mí; y la unión entre él y yo no sería perfecta. Que me coma para poseerme y que le coma yo a él para que esté en mí; así será firme nuestra unión e íntegra nuestra compenetración, si él está en mí y yo en él.

¿Quieres que te lo muestre con una comparación? Levanta ahora los ojos a cierto paralelismo más elevado pero semejante a éste. Si el mismo Esposo estuviese en el Padre de modo que el Padre no estuviese en él, o el Padre estuviese en él de modo que él no estuviese en el Padre, me atrevo a decir: la unidad entre los dos estaría más acá de lo perfecto, si es que existía esa unidad. Pero como el Padre está con él y él está con el Padre, no puede desaparecer la unidad, sino que verdadera y perfectamente el Padre y él son uno. De la misma forma cuando lo bueno para el alma es estar junto a Dios, no se considerará perfectamente unida a él mientras no sienta que él permanece en ella y ella en él. No porque pueda decir que es una misma cosa con Dios, como el Padre y el Hijo son uno, aunque estar unido al Señor es ser un espíritu con él.

He leído lo segundo, pero no lo primero. Mas no lo digo de mí mismo, porque no soy nada. Nadie, a no ser un poco, ni en el cielo ni en la tierra se apropiará estas palabras del Unigénito: El Padre y yo somos uno. Pero aunque soy polvo y ceniza. fiándome de la autoridad de las Escrituras, no tengo el menor miedo en decir que soy un espíritu con Dios, mientras esté persuadido que vivo unido a Dios con la certeza de mi experiencia, como uno de aquellos que permanecen en el amor y por eso permanecen en Dios y Dios en ellos, comiendo en cierto modo a Dios y comidos por Dios. Porque pienso que a esta unión se refieren aquellas palabras: Estar unido a Dios es ser un espíritu con él. En resumen, dice el Hijo: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Así pues, dice el Hijo: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, y somos uno. Y el hombre: Yo estoy en Dios y Dios está en mí, y somos un espíritu.

Pero ¿acaso el Padre y el Hijo, para estar uno en el otro y por lo mismo ser uno, se comen mutuamente, como Dios y el hombre se entregan a sí mismos comiéndose en cierta manera y por esta razón, aunque no son uno existen ciertamente como un mismo espíritu? No; porque en ambos casos el modo de estar es diverso y la unidad tampoco es la misma. Están en sí mismos el Padre y el Hijo de un modo

vano su ignorancia. Creo que es aquel testimonio inicial del Génesis: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; varón y hembra los creó; a lo cual añade el Señor: Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. "A éstos", dicen, los unió Dios porque eran vírgenes y ya no pueden separarse; pero toda unión contraria a ésta no provendrá de Dios. -¿Quién te ha dicho que Dios los unió porque eran vírgenes? Porque esto ni lo menciona la Escritura. ¿Que no eran vírgenes?, dice. - Eran vírgenes; pero no es lo mismo decir que cuando los unió eran vírgenes o que por ser vírgenes los unió. Ni siquiera encontrarás expresamente escrito que eran vírgenes, aunque lo eran. Cuan o dijo: Varón y hembra los creó, indicó la diferencia sexual, no la virginidad, Y con razón: porque la cópula marital no requiere integridad corporal, sino aptitud sexual. Por eso el Espíritu Santo a instituir esta unión expresó el sexo, pero silenció la virginidad; así no dio ocasión a las insidiosas raposillas para retorcer la palabra.

Y lo habrían hecho muy a gusto, aunque habría resultado inútil. ¿Qué hubiera sucedido si hubiese dicho: Los creó vírgenes? ¿Acaso habrías conseguido la posibilidad de afirmar que sólo pueden casarse lícitamente los vírgenes? ¡Cómo habrías saltado de gozo simple y exclusivamente por poder argüir con esa palabra? ¡Qué exorcismos habrías lanzado sobre las segundas y terceras nupcias! ¡Cuánto te mofarías de la Iglesia, que une entre sí a rameras y alcahuetes con tanta mayor satisfacción, cuanto más segura está de que así pasarán de la impureza a la honestidad! Quizá echarías también en cara a Dios que mandó al Profeta unirse a una fornicaría. Pero ahora te ves privado de esa ocasión y puedes ser hereje sólo porque sí. Pues el testimonio del que te apoderaste para levantar tu error, vale más para derribar, ya que no consigue nada a su favor y sí mucho contra ti.

Mas ahora escucha algo que puede vencerte del todo o corregirte, machacar y demoler tu herejía: La mujer está ligada mientras vive el marido; si se muere queda libre para casarse con el que quiera, con tal que sea cristiano. Es Pablo el que está de acuerdo en que se case la viuda que lo desea: ¿Y tú vas a ordenar que no se case sino la que es virgen, y con otro virgen a su vez, y no con el que desee? ¿Por qué estrechas tanto la mano de Dios? ¿Por qué restringes la amplia bendición de las bodas? ¿Por qué asignas a la virginidad o concedido al sexo? Pablo no lo permitiría si fuese ilícito. Me quedo cono diciendo que "lo permite"; incluso lo desea: Quiero que las jóvenes se casen; y es indudable que se refiere a las viudas. ¿Lo quieres más claro? Luego lo que permite porque es lícito lo desea porque es bueno. ¿Y el hereje prohíbe lo que es lícito y bueno? Lo único que prueba esta prohibición es la herejía.

Nos falta examinarlos un poco sobre lo que resta de la profecía apostólica. Se abstienen de los alimentos que Dios ha creado para que los fieles los gusten con gratitud, como dice el Apóstol. Con esto nos muestran que son herejes, no por su abstinencia, sino porque se abstienen heréticamente. Yo también a veces me abstengo; pero mi abstinencia es una satisfacción por mis pecados, no una impía superstición. ¿Acaso condenamos a Pablo porque castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre? Me abstendré del vino porque esconde libertinaje; pero si me encuentro débil beberé un poco, siguiendo el consejo del Apóstol. Me abstendré de la carne,

ya que comerla en demasía fomenta los vicios de la carne. Incluso comeré con mesura el pan, para no sobrecargar el estómago y poder orar sin tedio; así no me censurará el Profeta que me he hartado de pan. Tampoco acostumbro atiborrarme de agua, para que la hinchazón del vientre no me provoque el halago de la lujuria. El herético no: él aborrece la leche y todos sus derivados; en definitiva todo lo que es consecuencia del coito. Eso es muy honesto y cristiano, mas no por proceder del coito, sino para no provocarlo.

Por lo demás, ¿qué significa esa obsesión por evitar en general todo lo que se deriva del coito? Me resulta sospechoso ese reparo en comer alimentos tan concretos. Si lo haces invocando una prescripción médica, no te reprendemos por atender a tu salud, si no fuese algo exagerado, pues nadie ha odiado nunca a su propio cuerpo. Si se trata de una enseñanza de los abstinentes, es decir, de un consejo de médicos espirituales, lo aprobaríamos como virtud con la que domas tu carne y frenas la sensualidad.

Pero si dictaminas contra la liberalidad de Dios con la locura de los maniqueos, y lo que él creó y concedió para que lo gustaran los fieles con gratitud, tú, ingrato y censor temerario, o calificas como inmundo y te abstienes de ello como algo malo, yo no lo encomiaré como abstinencia; lo maldeciré como execrable blasfemia. Diría más bien que tú eres el inmundo por tomarlo como algo inmundo. Todo es puro para los limpios, dice el mejor Juez de las cosas; nada es impuro sino para quien así lo cree. En cambio, para los sucios y faltos de fe no hay nada limpio; hasta la mente y la conciencia la tienen sucia. ¡Ay de los que desdeñáis los alimentos que Dios creó, por considerarlos inmundos e indignos de que pasen a vuestros cuerpos, cuando el cuerpo de Cristo que es la Iglesia os ha vomitado como impuros e inmundos!

También se jactan de que ellos solos son el cuerpo de Cristo; pero esto se lo imaginan ellos mismos, que también están convencidos de que tienen facultad de consagrar el cuerpo v la sangre de Cristo en su mesa, y convertirse en cuerpo v miembros de Cristo. Se glorían de ser los sucesores de los Apóstoles y se llaman apostólicos, pero no pueden mostrar una sola señal de su apostolicidad. ¿Hasta cuándo tenéis la luz bajo el celemín? Vosotros sois la luz del mundo, se dijo a los Apóstoles; por eso están sobre el candelero, para alumbrar a todo el mundo. ¿No les dará vergüenza a esos sucesores de los Apóstoles no ser la luz del mundo, sino la del celemín, y ser tinieblas para el mundo? Digámosles sin rodeos: Vosotros sois las tinieblas del mundo, y pasemos a otra cuestión.

Ellos se llaman la Iglesia; pero contradicen al que dijo: No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte. ¿Creéis acaso que esa piedra desprendida del monte sin intervención humana, que se convirtió en monte y llena el mundo, la podremos cerrar en vuestros antros? Tampoco nos detendremos aquí; se satisfacen con susurrar ese error y se niegan a publicarlo. Cristo siempre tiene y tendrá íntegra su herencia, v posee la tierra hasta sus confines. Ellos se retiran más bien de esa herencia y se empeñan en quitársela a Cristo.

¡Ojo con esos perros, ojo con esos detractores! Se mofan de nosotros porque bautizamos a los niños, porque oramos por los difuntos, porque pedimos los sufragios de los santos. Se dan prisa en excluir de Cristo a toda

excusar el vicio de la conciencia que carece de color. Sin embargo, el hombre virtuoso, en cuanto sea posible, procurará que sus buenas obras brillen no sólo ante Dios, sino también entre los hombres, para ser un verdadero lirio.

Pero el perdón de Dios es también blancura del alma. Así lo dice por el Profeta: Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como la nieve; aunque sean rojos como escarlata, serán blancos como lana. Y el que perdona con regocijo posee otro candor. Porque si miras al hombre bondadoso que se apiada y presta, descrito por el Profeta, verás que por la misma alegría de su alma reviste con cierto lustre de bondad a sus obras y a su rostro. Y al contrario: el que presta a disgusto y por compromiso no muestra brillo alguno, sino oscuros indicios de amargura en su ceño y en sus dones. Por eso Dios ama al que da de buena gana. ¿Amará al que cede con tristeza? Se fijó en Abel por el encanto de su alegría y apartó sus ojos de Caín, porque andaba cabizbajo por la tristeza de su envidia. Considera cuál es el color de la tristeza o envidia que aleja de sí la mirada de Dios. Con gran belleza cantó el poeta las glorias del candor gozoso, que da color a la buena obra:

El semblante es lo que más encomia a la buena obra. Dios ama no sólo al que da de buena aria, sino también al que lo hace con sencillez. Porque en la sencillez hay candor. Lo comprobamos por su contrario: la mota es doblez. Me he quedado corto: es una mancha. ¿Qué es la doblez sino en año? Y el que obra con engaño en presencia de Dios hace mucho más odiosa su maldad. Por ello es dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito, en cuya conciencia no hay doblez. El Señor en pocas y bellas palabras delató esa doble mancha del engaño y de la tristeza diciendo: "Cuando ayunéis no os pongáis triste", como los hipócritas. El esposo es la virtud y se complace en las virtudes; es un lirio que se halla a gusto entre los lirios; es el candor y goza con los candorosos.

Quizá sea esto lo que significa apacentarse entre los lirios y complacerse con la blancura y el aroma de las virtudes. Así se apacentaba antaño con su presencia en casa de María y Marta, recostándose apacible entre los lirios -porque las dos eran lirios- y recreaba su espíritu con la devoción y las virtudes de aquellas mujeres. Si en ese momento hubiese entrado un Profeta, un ángel o cualquier otro ser espiritual, conociendo quién era aquella majestad que se sentaba a la mesa, ¿no habría quedado estupefacto ante aquella condescendencia y familiaridad que se descubría entre él y unas almas puras con unos cuerpos intachables, aunque terrenos y de sexo más débil? Con toda naturalidad atestiguarla: Lo vi entre los lirios apacentándose de ellos.

Por tanto, así es cómo en ambos sentidos, el material y el espiritual, encontraron al Esposo apacentándose entre los lirios. Aunque pienso que a su vez él los apacentaba, pero espiritualmente. Se apacentaba de la misma manera como apacentaba. ¡Cómo confortaba la timidez femenina, cómo consolaba su sencillez, cómo saturaba su devoción! Si has comprendido ya que para él apacentarse es apacentar, piensa ahora si quizá para él apacentar no será lo mismo que apacentarse. Dice el santo patriarca Jacob: Señor, que me apacientas desde mi juventud. Es el buen padre de familia que mira por sus

SERMÓN 71

En que consiste la blancura y aroma del lirio, esto es, de la virtud. En que cosas estriba la blancura del alma y como el esposo se apacienta y apacienta entre lirios. De que manera Dios come al hombre y el hombre a Dios; diferencia de unidad por la que el Padre y el Hijo son uno y por la que Dios y el hombre son un Espíritu. La unidad sustancial del Padre y del Hijo y la correspondiente entre el hombre y Dios; el hombre esta eternamente en Dios, pero no viceversa. El tercer sentido del pasto del esposo, el Verbo de Dios; y como no se apacienta entre las obras buenas que no están entre las virtudes, esto es, entre los lirios.

La terminación del sermón anterior es el comienzo de éste. El Esposo es, por tanto, un lirio; pero no un lirio entre espinas, porque él no cometió pecado y no tiene espinas. Pero la esposa declaró que es un lirio entre espinas, pues si hubiera dicho que tampoco ella tiene espinas se habría engañado a sí misma, y no habría verdad en ella. El, en cambio, se proclama una flor, un lirio, y no entre espinas. Escuchad: "Yo soy flor del campo y lirio de las vegas". No menciona las espinas, porque es el único hombre que no debe reconocer: "Me revolcaba en mi miseria mientras tenía clavada la espina". Nunca ha carecido de lirios el que siempre está exento de vicios, quien en todo y siempre se mantiene en su candor, el más bello de los hombres.

Tú, pues, que escuchas o lees esto, procura tener siempre tus lirios, si deseas que habite dentro de ti el que vive entre los lirios. Procura que tus obras, tu esfuerzos, tus deseos confirmen que los lirios son cierto candor y perfume moral de tu misma vida. Las costumbres tienen sus coloridos y también sus perfumes. Y si en los cuerpos, el color y el olor no se identifican, tampoco en los espíritus. Atienda, pues, la conciencia a su color y la fama a su perfume. Hiciste fétido nuestro olor ante el Faraón y sus siervos, dicen refiriéndose a su fama. La intención del corazón y el juicio de la conciencia dan color a tus obras. Los vicios son negros y las virtudes blancas. Para discernir entre éstas y aquéllos debe consultarse a la conciencia. Sigue en pie la sentencia del Señor sobre el ojo malo y el lúcido, porque estableció ciertos límites entre lo blanco y lo negro, y separó la luz de las tinieblas. Lo que sale del corazón puro y de la conciencia recta es blanco y se llama virtud; y si la acompaña la buena fama es el lirio, porque no le falta su blancura y su perfume.

Pues bien, la virtud, aunque no aumenta, es más hermosa por su brillo. Y si la conciencia tiene una mota no carecerá de esa mancha lo que salga de ella. Si el vicio se asienta en la raíz, también saldrá en las ramas. Por eso, todo lo que nace de una raíz viciada conlleva el mugrón del vicio, por ejemplo, las palabras, las obras, la oración; y aunque le sonría la fama no debe considerarse un lirio; porque parece exhalar su aroma, pero está descolorido. No es posible encontrar un lirio con motas de impureza. La fama no puede atribuirse la virtud, si la conciencia le delata algún vicio. La virtud se verá satisfecha con el candor de la conciencia, aunque no la acompañe el aroma de la fama; por lo demás este perfume no es capaz de

clase de hombres y de ambos sexos, a los adultos y a los niños, a los vivos y a los muertos; a los niños, por su incapacidad natural; a los adultos, porque se lo impide la dificultad de su continencia; privan a los muertos de los auxilios de los vivos, v a los vivos les arrebatan los sufragios de los santos que ya murieron.

De ninguna manera. El Señor no ha abandonado a su pueblo, innumerable como la arena de la playa; ni el que redimió a todos los hombres se contentará con un número tan corto de herejes. No es raquítica, sino copiosa su redención. ¿Hay proporción entre ese corto número y la inmensidad del rescate? Los que se empeñan en anularlo, ésos son quienes en verdad se privan de tanta riqueza.

¿Qué importa que un niño no sepa hablar en su pavor, si la voz de la sangre de su hermano, y de ese hermano, está gritando a Dios desde la tierra? Ahí está su madre la Iglesia que clama por él. ¿Pero el niño? ¿No te parece que abre su boca en cierta manera hacia las fuentes del Salvador, que exclama a Dios y se queja con sus vagidos: Señor, que me oprimen: sal fiador por mí e implora el auxilio de la gracia porque le oprime la naturaleza. Clama la inocencia del débil, la ignorancia del niño, la impotencia del condenado. Todos ellos gimen: la sangre del hermano, la fe de la madre, el abandono del desgraciado, la miseria del desvalido. E invocan al Padre; el Padre sin duda no puede negarse a sí mismo: es el Padre.

Que nadie me diga que el niño no tiene fe, si su madre le comunica la suya, envolviéndolo con el sacramento hasta que sea idóneo para percibirla desarrollada y pura, no ya con su propia sensación, sino con su asentimiento. ¿Acaso es tan corto su manto que no pueda cubrir a los dos? Grande es la fe de la Iglesia. ¿Por ventura es menor que la fe de la mujer Cananea, que, como sabemos, fue suficiente para ella y para su hija? ¡Qué grande es tu fe, mujer! que se cumpla lo que deseas. ¿Acaso es menor que la fe de los que llevaban en la camilla al paralítico, para conseguir la salud del alma y del cuerpo Ya sabes el final: Viendo Jesús la fe que tenían dijo al paralítico: hijo, se te perdonan los pecados. Y poco después: Carga con tu camilla y echa a andar. Quien crea estas cosas, fácilmente se persuadirá que la Iglesia puede prever con razón la salvación no sólo de los niños bautizados en su fe, sino la coronación del martirio de los niños matados por Cristo.

Así las cosas, no les afectarán en nada a los renegados estas palabras: Sin fe es imposible complacer a Dios, pues no carecen de fe los que recibieron la gracia del bautismo en testimonio de la fe. Ni tampoco aquellas otras: Pero los que no crean se condenarán. ¿Y qué es creer sino tener fe? Así la mujer se salvará por su maternidad, si persevera en la fe, los niños se verán asistidos por el baño regenerador; los adultos que no pudieron ser continentes se redimirán por la cosecha del treinta por uno de su matrimonio; el fruto de las oraciones de los que viven y las oblaciones de los muertos, que las necesiten v lo merecen, lo percibirán por medio de los ángeles; no les faltará el socorro de los que ya murieron a los que aún viven, a través de Dios que está en todas partes, y en Dios no estarán ausentes en ningún lugar por el afecto de la caridad. Porque para eso murió Cristo y recobró la vida, para tener señorío sobre vivos y muertos. Para eso nació también como niño y se hizo adulto, pasando por todas las etapas de la edad sin privarse de ninguna.

No creen que después de la muerte exista un fuego purgatorio, sino que libera a el alma del cuerpo pasa inmediatamente a la paz o a la condenación. Que se lo pregunten al que dijo que hay un determinado pecado que no se perdona en este mundo ni en el otro. ¿Por qué lo diría, si en el más allá no hay ni remisión ni purificación del pecado?

En cualquier caso no es de extrañar que quienes rechazan a la Iglesia desacrediten las instituciones de la Iglesia, critiquen a la jerarquía, desprecien los sacramentos y no obedezcan sus leyes. "Son pecadores", dicen, los sucesores de los apóstoles, arzobispos, obispos, presbíteros; por eso no son idóneos ni para dar ni para recibir los sacramentos. Es totalmente contradictorio ser obispo y pecador. Eso es falso: obispo era Caifás y también un gran pecador, que dictaminó la sentencia de muerte contra el Señor. Si niegas que fue obispo te denunciará el testimonio de Juan: él nos dice que incluso profetizó como testimonio de su pontificado.

Apóstol era Judas, aunque codicioso y malvado, pero elegido por el Señor. ¿Es que dudas de su apostolado, si lo eligió el Señor? ¿No os elegí yo, dice, a vosotros doce? Y, sin embargo, uno de vosotros es un diablo. Has oído que el mismo que fue elegido Apóstol a la vez fue diablo y niegas que un pecador pueda ser obispo? En la cátedra de Moisés han tomado asiento los letrados y los fariseos, y quienes no los obedecieron como a obispos fueron reos de inobediencia, porque el mismo Señor manda obedecerlos: Haced lo que dicen. Es evidente: aunque son escribas, fariseos los mayores pecadores, sin embargo, ocupan la cátedra de Moisés y a ellos se refieren estas palabras: El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia.

Los espíritus del error que predican como hipócritas el engaño, hicieron creer otros muchos males a este pueblo necio e insensato; pero no daremos cuenta de todos ellos. Porque ¿quién puede conocerlos? Además sería una tarea interminable e innecesaria. Por otra parte, no se les convence con razones, porque no las comprenden; ni es posible corregirlos con decretos, porque no los aceptan; ni los doblegan las persuasiones, pues viven vueltos del revés. Está comprobado: prefieren morir antes que convertirse. Su paradero es la ruina, su final es el fuego. La figura bíblica que los precedió es aquel momento en que Sansón encendió los rabos de las raposas. Los fieles detuvieron muchas veces a algunos de ellos y os llevaron a los tribunales. Interrogados por su fe sobre lo que de ellos se sospechaba, lo negaron todo rotundamente según su costumbre. Sometidos a la prueba del agua se descubrieron sus mentiras, y cuando va no podían negarlo, descubiertos en sus mentiras por no salvarlos la sentencia del agua, se agarraron como suele decirse con los dientes a la brida.

Ocultaron miserable y tenazmente la impiedad, pero atribuyéndose abiertamente la piedad proclamaron que estaban dispuestos a morir por ella; mientras los presentes no estaban menos decididos a darles muerte. Y así el pueblo se lanzó sobre ellos dándoles ocasión a los herejes para ser mártires de su propia perfidia. Aprobamos este celo, pero no aconsejamos este proceder, porque la fe no se impone, se propone. Aunque es mucho mejor sin duda que sean

tener varios lirios, para que no me enjuicie por ese único lirio el que desea apacentarse entre lirios, para que no rechace can ira a su siervo.

Enumero en primer lugar la inocencia; y si pudiese unirla a la continencia, me consideraré rico por tener varios lirios. Seré como un rey si puedo unirlas a la tercera, la paciencia. Podrían ser suficientes los dos primeros lirios; pero ya que pueden tallar por las tentaciones -la vida del hombre sobre la tierra es tentación- es muy necesaria la paciencia, que conserve y custodie las otras dos. Espero que si llegase el que ama los lirios y nos encuentra así, no se desdeñará apacentarse y celebrar la pascua con nosotros, porque encontrará gran encanto con las dos y mayor seguridad en la tercera. Ya veremos después por qué razón dice que se apacienta el que pastorea a todos. De momento el Esposo no sólo se presenta entre los lirios, sino que incluso es imposible encontrarlo fuera de los lirios, porque cuanto procede de él, y él mismo, es un lirio, Esposo de la Iglesia, Cristo, nuestro Señor Jesús, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

cosas y no se condena a sí mismo; juzga reconociendo el bien, pero no lo ama. Por eso no es feliz del todo, sino un desgraciado condenado por su propio juicio. ¿Habrá algo más deplorable para aquel que el aroma de la vida no le anuncia vida, sino muerte? Ni siquiera se la anuncia: es su sepultura.

El Esposo posee otros lirios además de estos que hemos hallado en el Profeta. Me refiero a la verdad la mansedumbre y la justicia. Cualquiera de vosotros descubrirá fácilmente otros semejantes por sí mismo en el jardín de un esposo tan maravilloso. Son muchísimos: ¿quién puede enumerarlos? Son tantos como sus virtudes. ¿Tienen un límite las virtudes en el Señor de las virtudes? Si Cristo es la plenitud de las virtudes, también es la de los lirios. Quizá se llamó lirio a sí mismo, porque está rodeado de ellos y todo lo suyo es un gran lirio: su concepción, su nacimiento, su vida; sus palabras, sus milagros, sus misterios; su pasión, su muerte, su resurrección y su ascensión. ¿No exhiben suavísimo candor?

En su concepción resplandeció tal claridad de luz celestial por la invasión del Espíritu que la encubrió, que la misma Virgen santa no la habría soportado de no haber sido cubierta por la virtud del Altísimo. El nacimiento fue luminoso por la virginidad incorrupta de la madre, su vida por la inocencia de sus costumbres, las palabras por su verdad, sus milagros por la pureza de su corazón, sus misterios por el secreto de su bondad, la pasión por su deseo de padecer, la muerte por su libertad de no morir; su resurrección por la fortaleza de los mártires, su ascensión por el cumplimiento de sus promesas. ¡Qué buen perfume de fe se encierra en cada uno de ellos para nosotros que no hemos visto su resplandor, y cómo embriagó todos los tiempos y entrañas! Dichosos los que no vieron y han creído. Y a mí se me concede el bálsamo de la vida que todo esto exhala. Se infunde en mí a través del instrumento apto de la te, alivia mi exilio con tantas más provisiones cuanto más abundan los lirios, y a la vez renueva sin cesar en mis entrañas la añoranza de la patria.

También tienen sus lirios algunos compañeros del Esposo, pero no tan copiosamente. Porque todos han recibido el Espíritu con medida, una medida de virtudes y dones; pero sólo lo posee sin medida el que todo lo tiene. Una cosa es tener lirios y otra poseer solamente lirios Podéis presentarme entre todos los hijos de la cautividad uno solo tan inocente y santo, que pueda llenar toda su tierra de flores semejantes? ni siquiera el niño de un día está sin mancha sobre la tierra. Será algo singular el que pueda mantener tres o cuatro lirios en su tierra, entre tal densidad de espinos y abrojos que son otros tantos gérmenes enraizados de la antigua maldición. Por lo que a mí se refiere, que soy tan pobre, me contento con llegar a extirpar y limpiar de esta pésima mies un poco no más de mi tierra, llena de tantos vicios e iniquidades. Así podría germinar por lo menos un lirio, y el que se apacienta entre lirios quizá se dignaría alguna vez apacentarse dentro de mí.

Pero uno es poco: mi boca ha hablado por la penuria de mi corazón. Uno es insuficiente: por lo menos son necesarios dos. Me refiero a la continencia y la inocencia, porque no se salva una sin la otra. Invitaré en vano al Esposo a cualquiera de las dos, porque no dice que se apacienta con un lirio, sino entre los lirios. Me esforzaré en

castigados por la espada de aquel que la lleva a cuestas no sin motivo, antes de permitirles que engañen a muchos con su error. Porque es el ministro de Dios, ejecutor de su reprobación contra el delincuente.

Algunos se admiran al verlos cómo iban a la muerte no sólo resignados, sino alegres al menos en apariencia; pero son los que no caen en cuenta del poder diabólico, no ya sobre los cuerpos sino sobre los corazones poseídos, una vez que se le permitió. ¿No es más extraño que el hombre se extermine a sí mismo, que soportar con gusto que otro lo mate? Tenemos experiencia frecuente de que el diablo pudo inducir a muchos a que se ahogaran o se ahorcaran a sí mismos. Judas se ahorcó sin duda, seducido por el diablo. Pero yo creo más grave v admiro más que el diablo le metiera en la cabeza entregar al Señor, que su propio suicidio. No se parece en nada la constancia de los mártires y la contumacia de los herejes: los primeros despreciaron la muerte por su devoción, los segundos por la dureza de su corazón. Por eso decía el Profeta, tal vez con la voz de los mártires: Tienen el corazón espeso como grasa, pero mi delicia es tu voluntad. Pues aunque el caso o sea el mismo, su interior es totalmente opuesto; uno está endurecido y su corazón rechaza al Señor, y el otro halla su delicia en la voluntad de Dios.

Con estos planteamientos no es necesario, como dije, decir muchas cosas contra unos hombres tan necios y obstinados; basta señalarlos para eludirlos. Para descubrirlos hay que obligarles a abandonar las mujeres o salir de la Iglesia, porque escandalizan a la Iglesia con sus orgías y contubernio con las mujeres. Lo deplorable es que no sólo los príncipes laicos, sino también, como se dice, algunos del clero e incluso del orden episcopal que son quienes más debían perseguirlos los toleran por el lucro y por los regalos que de ellos perciben. ¿"Y cómo", dicen, condenarlos si no son convictos ni confesos? Razón, o más bien frívolo pretexto.

Sólo por esto, aunque no existan otras razones, los descubrirás sin esfuerzo; haz lo que he dicho: separa entre sí a los hombres y mujeres que se laman continentes, y obliga a las mujeres a cumplir sus votos junto con otras de su mismo sexo y condición, e igualmente a los hombres con otros de la misma profesión. Con esto atiendes a la vez al bien de sus votos y a su fama, porque tendrán testigos y guardianes de su continencia. Si no lo soportan, con sobrada razón se eliminarán de la Iglesia, a la que escandalizan por su cohabitación notoria e ilícita. Baste lo dicho para descubrir las artimañas de estas raposas, para conocimiento y cautela de la amada y gloriosa esposa de nuestro Señor Jesús, Cristo, que es Dios sobre todo v bendito por siempre. Amén.

Sermón 67

Con quien habla la esposa cuando dice: mi amado es mío, etc.; la palabra del esposo es comprable con un banquete. Se comprende mejor si lo dijo hablando consigo misma; cual es la causa de esta conversación tan incompleta. La palabra de la esposa es como el eructo; sobre el gusto y el olfato; lo que saborea el justo lo olfatea el pecador: la segunda significación de la espera con que aguarda el justo y no el pecador; el eructo de David, de Juan y de Pablo. Que se sobrentiende con estas palabras; el orden de las palabras de la esposa y del profeta: la gracia preveniente y la consecuente.

Mi amado es para mí y yo soy suya. Hasta aquí las palabras del Esposo. Que nos asista él para que podamos seguir el orden de las palabras de su esposa, como corresponde a su gloria y a nuestra salvación. Son tales que no seríamos capaces de considerarlas ni analizarlas como se merecen, si él no fuese el portavoz de la palabra. Porque son dulces para la gracia, fecundas para los sentidos y profundas por sus misterios. ¿A qué las compararé? De momento a uno de esos manjares selectos por su triple virtud: exquisitos para saborearlos, sólidos para alimentarnos, eficaces para curarnos. Así son, así, cada una de las palabras de la esposa: por la dulzura de su sonido conmueven el afecto, son sustanciosas y nutritivas para el espíritu por la fertilidad de su significación; y por la profundidad de sus misterios colman de temor la inteligencia que en ellos se enfrasca, y así cura de modo maravilloso el tumor de la ciencia que hincha. Si alguno de los que se precian de listillos se entregan a investigarlos con mayor curiosidad, al ver sucumbir las facultades de su ingenio y sentir como reducido a cautividad todo su entendimiento, ¿no se vería anonadado ante esas palabras y se vería obligado a decir: Tanto saber me sobrepasa, es sublime y no lo abarco? ¡Qué maravillosa dulzura ofrece el compendio de estas palabras! Mirad cómo comienza: Mi amado es mío y yo soy suya. Parecen sencillas y llenas de dulzura. Pero dejemos esto para más adelante.

Comienza hablando del amor, prosigue hablando del amado, e ignora todo pensamiento que no sea del amado. Se ve claro de quién habla, pero no con quién habla. No es posible pensar que habla con él, porque ya no está presente. De eso no cabe duda; parece que lo llama al punto y que le grita a su espalda diciendo: Vuélvete amado mío. De aquí se desprende que esto sólo puede explicarse porque al terminar de pronunciar sus palabras se ausentó otra vez, siguiendo su costumbre, y ella se quedó no obstante hablando de él, que nunca se le ausenta. Así es; retuvo en su boca al que nunca se alejaba de su corazón, ni aún cuando se ausentaba. Lo que sale de la boca proviene del corazón y lo que rebosa el corazón lo habla la boca. Por tanto, habla del amado como verdadera amada y digna de ser amada, porque ama mucho. Ya sabemos de quién habla; ¿pero con quien habla? Lo único que puede ocurrir es que lo haga quizá con las muchachas, que no podían estar lejos de la madre cuando marchara el esposo.

verdad por la bendición del Señor, como la flor más hermosa de los campos, y el lirio más bello de las vegas.

Reconoce ese lirio en aquel resplandor que brilló de noche a los pastores nada más nacer la flor, como dice el Evangelio: Se les presentó el ángel del Señor y la gloria de Dios los envolvió de claridad. Con razón dice de Dios; porque el resplandor no era propio del ángel, sino del lirio; el ángel estaba allí, pero el resplandor venía desde Belén. Reconoce también al lirio por el aroma con que se dio a conocer a los Magos tan lejanos. Se apareció la estrella; pero no la habrían seguido aquellos hombres tan ponderados si no se hubieran sentido atraídos por la suave fragancia del lirio recién nacido. La verdad es un auténtico lirio, cuyo bálsamo reconforta la fe, cuyo brillo ilumina el entendimiento.

Levanta ahora los ojos a la misma persona del Señor que dice en el Evangelio: Yo soy la verdad y mira con qué propiedad se compara la verdad con el lirio. Si no lo has advertido, fíjate qué filos de oro salen del centro de esa flor, unidos a ella en forma de blanquísima corona, bella y armoniosamente colocados; reconoce así la dorada divinidad de Cristo, coronada por la pureza de su humana naturaleza, esto es, reconoce a Cristo a quien su madre lo coronó con esa diadema. Porque todavía no puedes ver aquella otra con la que lo coronó su Padre, cuando lo rodeaba una luz inaccesible. Pero de esto va trataremos en otro lugar.

El lirio es la verdad; y también la mansedumbre. Es oportuno compararlo con la mansedumbre, porque posee el candor de la inocencia y el aroma de la esperanza; por eso se dice que el hombre pacífico deja memoria de sí. El hombre manso puede esperar el bien, y en el presente es un ejemplar luminoso de virtudes sociales. ¿Acaso el lirio que brilla por lo que ya es, no exhala esperanza? Además la mansedumbre, como la verdad, ha brotado de la tierra. A no ser que alguien dude que nació de la tierra el Cordero dominador de la guerra, el Cordero que fue llevado al matadero y enmudeció. No sólo brotó de la tierra la mansedumbre o la verdad, sino también la justicia, como dice el Profeta: Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación; y con ello germine la justicia. Recuerda que para la Escritura el lirio es la justicia, porque el justo germinará como un lirio y florecerá para siempre ante el Señor.

Este lirio no luce hoy y mañana lo echan al horno, porque florecerá para siempre. Florecerá ante el Señor, en cuya memoria eterna permanecerá el justo, y no temerá las malas noticias: esa pésima noticia que ordena a los pecadores bajar al horno de bronce y fuego. ¿Para quién no brilla la blancura del lirio sino para el que le desagrada? Es, en efecto, un sol; mas no el sol que sale para buenos y malos. Y los que algún día dirán: No nos iluminara el sol de la justicia, no vieron nunca su luz. Sino que la vieron todos los que escucharon: El sol de la justicia saldrá para vosotros que teméis al Señor. Por tanto, los justos ven la blancura de este lirio; pero su fragancia se derrama también sobre los injustos, mas no para su bien.

Por eso oímos a los justos que dicen: Somos el buen perfume de Cristo, en todo lugar; para unos el buen olor vivificante de vida, y para otros el olor mortífero de muerte. ¿Quién será tan malvado que no reconozca la bondad del justo, aunque no valore sus obras? Dichoso el que examina las

entre ellos el que apacienta a todos, se hizo amado de todos, porque no pudo ser amado antes de ser conocido. Por eso si se menciona al amado, se evoca también poéticamente que fue motivo de amor y de conocimiento.

Hemos de llegar al sentido espiritual de este pastar entre los lirios; sería ridículo pensar que pueda ser material. Debemos, pues, explicar si podemos, cuáles son esos lirios espirituales. Pienso que también debemos decir de qué se alimenta el amado entre los lirios: si se nutre de los mismos lirios o de otras hierbas y flores ocultas. Para mí la mayor dificultad está en que el verbo apacentar no lo pone en voz activa, sino en pasiva. Porque es obvio que apacienta, lo cual no es indigno. Pero ser apacentado implica indigencia; lo cual no se le puede asignar fácilmente ni en sentido espiritual, sin menoscabo de su majestad.

Yo no recuerdo haber advertido hasta ahora que pasaje alguno del Cantar afirme que es apacentado; sin embargo, sí recordáis como yo que apacienta. Porque la esposa pidió que le indicase dónde pastorea y recuesta su ganado. Ahora, en cambio, afirma que es apacentado, cosa que hasta ahora no lo había dicho; pero no pide que le indique el lugar. Ella misma lo indica: entre lirios. Conoce este lugar y no el otro, porque no puede saber con la misma facilidad lo que es sublime y está en un lugar sublime, y lo que es sencillo y está en la tierra. Tan sublime es la acción y el lugar en que la realiza, que hasta ahora ni a la misma esposa se le ha franqueado el acceso.

Es que se vació de sí mismo hasta tal grado que el pastor universal debe ser apacentado. Lo han encontrado entre los lirios. Lo ha descubierto la Iglesia; hecho pobre se ganó el amor del miserable y por su semejanza se ha convertido en su amado. No sólo por eso: también por su verdad, mansedumbre y justicia. Porque en él se cumplieron las promesas, se perdonaron los pecados y fueron juzgados los demonios soberbios junto con su caudillo. Así se presentó el que con razón sería amado por su veracidad consigo mismo, su sencillez y su justicia ara con los hombres. ¡Oh Esposo, tú mereces ser amado verdad y abrazado con toda la entraña del corazón! ¿Cómo va a dudar la iglesia en consagrarse con toda su devoción a un redentor tan fiel, tan generoso para perdonarle y tan justo para defenderle?

Por eso dijo el Profeta con mucha antelación: Calbalga victorioso con tu gallardía y tu hermosura. ¿De dónde procede esta gallardía y hermosura? Creo que de los lirios. ¿Hay algo tan hermoso? Tampoco hay nada tan bello como el Esposo. ¿Cuáles son esos lirios por los que goza de tanta belleza y gallardía? Con la veracidad, sencillez y Justicia, camina, avanza prósperamente. Son lirios; lirios que brotan de la tierra, que lucen sobre la tierra, descuellan sobre las flores de la tierra y su fragancia supera el aroma de todos los perfumes. El esposo se muestra entre estos lirios y por eso es mucho más gallardo y bello. Pero por las debilidades de la carne no tiene figura ni belleza.

La verdad es un lirio primoroso, de radiante blancura y aroma exquisito; es reflejo de la luz eterna, resplandor e impronta del ser divino. Nuestra tierra, acogiendo la bendición ha producido este lirio, colocado ante todos los pueblos para alumbrar a las naciones. Mientras la tierra era objeto de la maldición, germinaba espinos y abrojos; pero ahora ha brotado de la tierra la

Pero pienso que más bien habla consigo misma y no con otra persona; sobre todo porque lo que dice está como truncado en una frase incompleta e insuficiente para dejarse entender por el que la escucha, para lo cual hablamos principalmente entre nosotros. Mi amado para mí, dice, y yo para mi amado. ¿Nada más? La frase queda colmada; es más, no está colgada, sino inacabada. El que lo escucha queda en suspenso, no se informa, se pone tenso.

¿Qué es lo que dice: El para mí y yo para él? No sabemos lo que dice, porque no sabemos lo que siente. ¡Oh alma santa! ¿Qué es para ti ese "tuyo", qué eres tú para él? Dime, ¿qué manifestación es ésa, qué ocultamiento es este que discurre tan familiar y amoroso entre los dos? El para ti y tú para él. ¿Eres tú para él lo mismo que él para ti, o es algo distinto? Si te diriges a nosotros, a nuestra inteligencia, haznos saber con claridad lo que sientes. ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Acaso el secreto es para ti, como dice el Profeta? Así es. Ha hablado el afecto, no el entendimiento, y por lo tanto no se dirige a la inteligencia.

¿Para qué habla entonces? Para nada; fue atraída maravillosamente y afectada sobremanera por los ansiados coloquios, y cuando los cortó ni pudo callarse de repente ni expresar lo que sentía. No lo dijo para manifestar nada, ni era capaz de callarse. Lo que rebosa del corazón lo habla la boca, mas no hasta desbordarse. Los afectos tienen sus palabras especiales, por las que se revelan aún sin quererlo: las del temor, por ejemplo son amedrentadas, las del dolor son sufrientes, las del amor gozosas. ¿Acaso inventa la costumbre o excita la razón, o impone la deliberación, o forma la premeditación el llanto de los afligidos, el sollozo de los tristes, el gemido de los heridos el repentino y furioso clamor de los asustados, el eructo de los saturados?

Es cierto que todas estas expresiones no surgen con el consentimiento del alma, porque irrumpen espontáneamente. Así el amor inflamado por la pasión, máxime el divino, como no puede reprimirse en el interior, no para mientes en qué concatenación o normas, con qué conexión o parquedad de palabras se pone en ebullición, con tal de que no sienta detrimento alguno. A veces no requiere palabras, ni voz alguna, limitándose sólo a suspirar. Por esta razón la esposa, abrasada por un santo amor de manera increíble, simplemente para desahogar un poquito el vapor del fuego que padece, no tiene en cuenta qué y cómo lo dice, sino que eructa, no pronuncia, por la presión del amor lo que le viene a la boca. ¿Cómo no va a eructar restablecida y llena hasta ese grado?

Repasa el texto de este epitalamio desde su exordio hasta aquí y mira si se le han concedido tantos dones en algún momento como en esta ocasión en todas las visitas y coloquios del esposo, y si alguna vez escuchó tantas y tan agradables palabras de su boca. ¿Será extraño que eructe y no pronuncie palabras, quien vio saciados de bienes sus anhelos? Y si crees que expresó una palabra, fue eructada, no seleccionada ni preconcebida. Porque la esposa nunca pensó que sería una rapiña apropiarse el dicho del Profeta: Eructa mi corazón una palabra buena; estaba llena del mismo espíritu.

Mi amado para mí y yo para mi amado. La frase carece de toda concatenación está incompleta. ¿Qué es entonces Un eructo. ¿Para qué buscar en un eructo la conexión de una

frase o palabras resonantes? ¿Por qué impones normas o reglas a tu eructo? No se adapta a tu moderación, ni tiene en cuenta tu decoro, tu urbanidad ni su oportunidad. Irrumpe por sí desde lo más íntimo sin quererlo, ni siquiera saber o, arrancado más que emitido. Además lleva consigo su olor, unas veces bueno y otras malo, según las diversas cualidades de los órganos de que procede. El que es bueno saca cosas buenas del tesoro de su bondad; el que es malo, cosas malas. La esposa de mi Señor es un miembro excelente y percibo su exquisito olor.

Te doy gracias, Señor Jesús, que te has dignado concederme percibir al menos su aroma. Cierto, Señor, porque también los perrillos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Lo confieso: a mí me huele bien el eructo de tu amada, y aunque sea un poco, recibo con gozo algo de su plenitud. Me eructa el recuerdo de su inmensa bondad y no sé qué condescendencia y amor tuyo he percibido en estas palabras: Mi amado para mí y yo para mi amado. Que, como es justo, goce ella de esos manjares, salte de gozo en tu presencia, rebosando de alegría; que pierda el juicio por ti, pero que se modere por nosotros. Que se sacie de los bienes tu casa, v le des a beber del torrente de tus delicias; pero te ruego que llegue hasta mí que soy pobre siquiera un tenue aroma, cuando ella eructe por su saciedad. También eructó para mí Moisés y olió bien su eructo creador de poder.

AL principio, dice, creó Dios el cielo y la tierra. También Isaías exhaló un suavísimo olor de misericordia redentora cuando eructó así: Expuso su vida a la muerte, y fue contado entre los pecadores, cargó con el pecado de muchos e intercedió por los pecadores para que no pereciesen. ¿Puede ser superado este aroma de misericordia? También fue bueno el eructo de la boca de Jeremías y el de David cuando dijo: Eructa mi corazón una palabra buena. Se llenaron del Espíritu Santo y eructando, todo lo empaparon de bondad. ¿Queréis conocer el eructo de Jeremías? No lo he olvidado y lo tenía preparado: Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor. Es suyo, no me engaño: acercad las narices; es superior al bálsamo la dulzura que emana su justicia remuneradora. Si padezco por causa de a justicia desea que espere la recompensa despueés, no la que reciba ahora, porque el premio de la justicia no es la salvación que ofrece este mundo, sino el Señor. Aunque tarde, espérale y no murmures, porque es bueno esperar en silencio. Haré, pues, lo que pide: Esperaré al Señor mi salvador.

Pero soy pecador, y aún me queda un largo camino, porque la salvación está lejos de los paradores. Mas no murmuraré; de momento me consolaré con su perfume. El honrado se alegra con el Señor, experimentando con el sabor lo que yo percibo por el olor. Aquel a quien contempla el justo, lo espera el pecador, y esta expectación es ya un buen olor la humanidad aguarda a que se revele lo que es ser hijos de Dios. Por eso contemplar es gustar y ver qué bueno es el Señor.

¿O tal vez es justo el que espera y dichoso el que ya posee? La esperanza de los honrados es risueña. Porque el pecador no espera nada. Por eso es pecador: frenado y satisfecho con los bienes presentes, no espera nada para el futuro y se hace sordo a aquella voz: Espera a que yo resucite para siempre, dice el Señor. Por eso era justo Simeón: porque esperaba v

Sermón 70

El esposo se ha convertido en amado porque se apacienta entre lirios. Cuales son las realidades espirituales entre cuyos lirios se apacienta el esposo. Con que propiedad se compara la verdad con el lirio y por que son lirios la mansedumbre y la justicia: todo lo que pertenece al esposo es como el lirio; que lirios poseen los amigos del esposo y como son necesarios para salvarse al menos dos lirios.

Mi amado es para mi y yo para mi amado, el que se apacienta entre lirios. ¿Quién tildará a la esposa de presuntuosa e insolente, porque dice que ha iniciado relaciones con el que se apacienta entre lirios? Aunque pastase entre los astros, por el solo hecho de apacentarse, no creo que fuese algo extraordinario mantener con él una amistad o familiaridad. Pastar es muy innoble y pobre. Pero al afirmar que se apacienta entre lirios, elimina y rechaza toda connotación degradante y temeraria. ¿Qué son los lirios? Para la palabra del Señor hierba que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno. ¿De qué puede ufanarse el que se alimenta de hierba como los corderos y carneros? Sin duda, eso es el cordero y el ternero cebado. Pero quizá tu perspicacia ha advertido que este texto no designa el pasto, sino el lugar, porque no dice que se alimenta "de lirios", sino entre lirios. Bien; no come hierba como el buey, pero si anda entre la hierba y se tumba sobre ella como un gañán, ¿dónde queda su dignidad? ¿Esa es la prez de que presume el amado que vive así? Ateniéndose al sentido literal, se deja entrever el rubor de la esposa y la prudente cautela de sus palabras, hablando tan juiciosamente y con gran comedimiento para moderarse en sus jactanciosas expresiones.

Por otro lado, sabe que es el mismo quien pastorea y se apacienta, el que se mueve entre los lirios y reina entre los astros. Pero prefiere recordar la sencillez del amado par su humildad, como he dicho, y sobre todo porque comenzó a ser amado en el mismo momento que comenzó a apacentarse. No sólo desde ese momento, sino por esa razón. Pues el que es el Señor en las alturas, aquí abajo es el amado; reina sobre los astros y ama entre los lirios. Amaba también sobre los astros, porque nunca ni en ningún lugar pudo dejar de amar el que es el amor; pero mientras no bajó hasta los lirios y no comenzó a apacentarse entre los lirios, ni fue el amado ni se hizo el amado. ¿No le amaron los Patriarcas y los Profetas? Sí, pero no antes de verle apacentarse entre los lirios. Porque, en efecto, vieron al que previeron, a no ser que alguien crea que ver alto en espíritu equivale a no ver absolutamente nada. ¿Cómo pudieron ser Videntes -así llamaron a los profetas- si no vieron nada? Por eso desearon ver al que no vieron.

No habrían deseado verlo corporalmente si no lo hubieran visto va en espíritu. Pero insisto: ¿acaso todos son Profetas, todos desearon ver y todos tuvieron fe? Todos los que vieron, o fueron Profetas o siguieron a los Profetas. Y creer equivale a ver. Porque en mi opinión no sólo el que ve por espíritu de profecía, sino el que ve por la fe, dice la verdad si afirma que él también ve en espíritu.

Así pues, por haberse dignado descender a los lirios y apacentarse

que te busca! Sales a su encuentro, lo abrazas, te ofreces como esposo, tú que eres el Señor, es más, Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

olía a Cristo en espíritu, al cual no había adorado aún en la carne. Y feliz en su esperanza, saboreó el gusto de la contemplación por el olor de su espera. Escuchémosle: Mis ojos han visto al Salvador. También fue justo Abrahán, porque esperaba ver el día del Señor y no quedó frustrada su expectación, pues lo vio y se alegró. Justos eran los Apóstoles que escucharon: Os parecéis a los que aguardan a que vuelva tu amo.

¿Por qué no iba a ser justo David cuando decía: Con ansias aguardo al Señor? Este es el cuarto eructo que por poro lo olvido. Y no estaría bien. El abrió su boca, atrajo al espíritu y saturado, además de eructar, cantó. Buen Jesús, qué dulzura me infundió en mis narices y oídos con su eructo y su canto ungido con perfume de fiesta, con el que te ungió Dios entre todos tus compañeros; a mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos, y en la sala de los marfiles te festeja a las hijas del rey en tu honor. ¡Ojalá me hagas merecedor de encontrarme con tan gran cantor y amigo tuyo el día de la solemnidad y de la alegría, cuando salga del lecho nupcial tocando los panderos, las citaras templadas y las arpas, nadando en delicias como columna de humo, como nube de incienso y perfumes de mercaderes.

Aquel día, o mejor, en aquella hora -porque en el mejor de los casos es una hora o quizá media, según aquello de la Escritura: Se hizo silencio en el cielo por cosa de media hora- en esa hora, repito, la boca se me llenará de risas, la lengua de cantares, porque no digo en cada salmo, sino en cada verso, sentiré unos eructos más perfumados que todos los aromas. ¿Habrá un eructo más fragante que el de Juan, en el que yo siento cierto perfume de la eternidad, la generación y la divinidad del Verbo? ¿Qué diré de los eructos de Pablo que llenan con tanta dulzura todo el orbe? Era el perfume de Cristo que se infunde por todas partes. Me brinda palabras inefables, mas no para que las escuche, sino para que las añore, y pueda olerlas aunque no me esté permitido oírlas. No sé por qué razón las cosas que más se ocultan son las que más agradan, y cuando se nos niegan las ansiamos con mayor avidez.

Pero a la esposa le ocurre algo semejante; igual que Pablo, no descubre el secreto en este versículo, pero tampoco lo deja pasar inadvertido; nos consiente olfatear un poco aquello que quizá ahora no nos permite saborearlo con el paladar, porque no somos dignos o porque somos incapaces.

Mi amado para mí y yo para mi amado. Sin duda alguna arde inflamado el mutuo amor de los dos, pero en uno conlleva la suma felicidad y en otro una admirable condescendencia, ya que esta unión y enlace no se realiza entre dos personas de igual dignidad. Por lo demás, ¿quién se jactaría de esta prerrogativa que se le ha concedido a su amor y que a su vez se la devuelve? ¿Quién conjetura que lo conoce absolutamente, a no ser el que por su especial pureza de espíritu y castidad corporal haya merecido experimentar algo semejante? Esto radica en los afectos; no se alcanza con la razón, sino por medio de la conformación. Son muy pocos los que pueden decir: Nosotros que llevamos la cara descubierta y reflejamos la gloria del Señor nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; tal es el influjo del Espíritu Santo.

Mas para plasmar de alguna manera inteligible lo que leemos, salvo el secreto especial de la esposa, al que

ahora no nos es dado llegar tal como somos, debemos plantearnos algo más adaptado al común sentir, con palabras más sencillas y coherentes, que instruya a los ignorantes. A mi entender sería suficiente para nuestra inteligencia torpe y en cierto sentido vulgar si, cuando dice mi amado es para mí, sobrentendiéramos "piensa", para darle este sentido: Mi amado piensa en mí y yo en él. No soy el único ni el primero que opina así; antes que yo lo dijo el Profeta: Yo esperaba con ansia al Señor y pensó en mí. Ahí tienes con claridad cómo piensa el Señor en el Profeta y éste en el Señor: Yo esperaba con ansia, y el que espera piensa en el esperado; esperar equivale a pensar. Los sentimientos y las pala ras son casi las mismas tanto en el Profeta como en la esposa, pero en el Profeta están traspuestas: éste puso antes lo que ella dijo después, y viceversa.

Por otra parte, la esposa habló más directamente, sin ostentar ningún mérito, sino anteponiendo las gracias, confesando que se anticipó el favor del amado. Con toda razón, pues ¿quién le ha prestado para que él lo devuelva? Escucha además lo que dice Juan, cómo piensa al respecto en su carta. En esto consiste el amor: no en que amáramos nosotros a Dios, sino en que él nos amó primero. Aunque el Profeta se calló esta gracia antecedente, no negó la subsiguiente; no la silencio. Fíjate en la confesión más cierta que hace en otro lugar: Tu bondad, dice hablando con el Señor, me sigue toda la vida. Escucha otra afirmación no menos cierta y manifiesta sobre la misma gracia antecedente: Dios mío, dice, que tu misericordia se adelante; y también dice: Que tu compasión nos alcance en seguida, porque somos muy pobres.

Si no me engaño, la esposa repite después estas mismas palabras más poéticamente, pero en distinto orden, siguiendo el del Profeta, y dice así: Yo para mi amado y mi amado para mí. ¿Por qué? Para probar que está más llena de gracia cuando todo se lo refiere a la gracia, adjudicándole a ella la primera y última intervención. De lo contrario, ¿cómo estaría llena de gracia si tuviese algo que no procede de la gracia? La gracia no puede apoderarse de lo que ha invadido el mérito. Esta aceptación total de la gracia indica que el alma que la reconoce está llena de la gracia. Porque si tiene algo por sí misma, en esa misma medida tiene que retirarse la gracia. Todo lo que atribuyas a tus méritos es sustraérselo a la gracia. Y yo no acepto méritos que excluyan la gracia. Aborrezco todo lo mío porque deseo poseerme a mí mismo; y es que lo realmente mío es aquello que me hace ser yo mismo. La gracia me devuelve a mí mismo Justificado por pura gratuidad y me libera de la esclavitud del pecado. Donde está el Espíritu está la libertad.

¡Fatua esposa la Sinagoga! Despreciando la justicia de Dios, esto es, la gracia de su esposo, prefiere elaborarse su propia justificación para no someterse a la de Dios. Por eso se ve repudiada la miserable, y ya no es ella la esposa, sino la Iglesia a quien le dicen: Te desposaré conmigo en la fe, te desposaré conmigo mediante la santidad y un juicio; te desposaré conmigo por a misericordia y la clemencia. No me elegiste tú a mí, sino yo a ti. Para elegirte no me fijé en tus méritos, sino que te los di yo antes. Así pues, te he desposado conmigo por la fe, no por las obras de la ley; te he desposado en la santidad, pero en esa que procede de la fe, no de la ley. Sólo falta que atines en tu juicio entre tú y yo, en ese juicio por el que te he

bulle en mi interior la palabra de Sabiduría, o se me manifiestan de lo alto los misterios por la infusión de la luz, o se me despliega como un amplísimo seno del cielo y penetran en el alma fecundas lluvias de contemplación, no dudaré de la presencia del Esposo. Porque éstas son las riquezas del Verbo y todos recibimos de su plenitud.

Si al mismo tiempo se me infunde cierta devoción sencilla, pero de sobreabundante e íntima aspersión; y ésta genera en mí el amor de la verdad reconocida, cierto odio y desprecio inevitable de la vanidad, de modo que no me hinche la ciencia ni me engalle por la frecuencia de sus visitas, entonces experimento que obra conmigo muy paternalmente y no dudaré que se ha hecho presente el Padre. Y si correspondiese siempre con esta condescendencia suya por mi afecto y mis buenas obras, en lo posible, y este favor suyo no fuese baldío, tanto el Padre que me cuida como el Verbo que me forma vivirán conmigo.

¡Qué familiaridad nace de esta inhabitación entre el Verbo y el alma, cuánta confianza surge de esta intimidad! En mi opinión, esa alma se atreve a decir: Mi amado para mí, porque experimenta su amor, la intensidad de su amor, y no duda que es amada con esa vehemencia. Y por su tensión v afán, por ese amor, diligencia e interés con que sin cesar vela ardorosamente para tratar de complacer a Dios, descubre con claridad que todo esto procede de él, acordándose de su promesa: La medida que uséis la usarán con vosotros. La esposa en su sensatez y con suma prudencia reconoce la gracia recibida, consciente de que su amado se la ha concedido previamente. Por eso lo confiesa diciendo: Mi amado para mí y yo para mi amado.

Por esta actuación propia de Dios colige con certeza que es amada y ama. Y así es: el amor de Dios engendra amor en el alma, y la fuerza de su anticipación estimula su alma y la torna solícita con su diligencia. No sé por qué afinidad natural, cuando el alma por fin pueda contemplar la gloria de Dios cara a cara, necesitará al punto conformarse a él y transformarse en su misma imagen. Porque como tú te presentes a Dios, así Dios se te dejará ver por ti: con el santo se mostrará santo, e inocente con el inocente. ¿Y por qué no seguir: amoroso con el que le ama, disponible con el desocupado, atento con el diligente, solícito con el atento?

También dice: Yo amo a los que me aman, y los que madrugan por mí me encuentran. Ya ves que no sólo te asegura que te ama, si tú le amas; si te muestras solícito ara con él, también se ocupará de ti. ¿Velas tú? También él vela. Levántate y grita de noche al relevo de tu guardia, mantén desvelados tus ojos; lo encontrarás, no te adelantarás a él. Sería una necedad atribuirte algo o más de lo debido a ti mismo: él te ama más y antes que tú. Si esto lo sabe el alma, y precisamente porque lo sabe, no te extrañarás de que se gloríe, porque su majestad vela por ella con toda su dedicación, despreocupándose de todo lo demás.

El sermón espera ya su remate; pero sólo quiero decir a los espirituales que conviven con vosotros algo maravilloso pero verdadero: el alma que ve a Dios, lo contempla como si a ella sola le viese Dios. Por eso dice con toda confianza que Dios es todo para ella y ella toda para Dios, sin ver ninguna otra realidad entre ella y Dios. ¡Qué bueno eres, Señor, con el alma

la que hincha y la que hunde. Porque las dos son una injuria al Hijo como usurpación del poder contra la potencia de Dios que es él mismo, y como engreimiento de ciencia en cuanto emancipación del saber de Dios, que es también él mismo. Señor, ¿quién como tú? ¿Quién sino tu imagen? ¿Quién sino el esplendor v figura de tu sustancia? Es uno contigo en la esencia del único que no comete usurpación al ser igual a ti, pues es el Hijo del Altísimo. ¿Cómo no vais a ser iguales si él y tú sois uno mismo? Tú estás sentado a su derecha; no bajo sus pies. ¿Por qué razón puede atreverse nadie a subir hasta el lugar del Unigénito? Caería precipitado inmediatamente. ¿Pondrá alguien su asiento en las alturas? Será derribada esa cátedra pestilente. ¿Quién le enseñará al hombre el saber? ¿No serás tú, llave de David, que abres y cierras al que tú quieres? ¿Cómo se pretendería llegar sin llave a los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, e incluso se intentaría irrumpir en ellos? El que no entra por la puerta es un ladrón y un bandido. Pedro sí entrará, porque recibió las llaves, pero nunca solo: también me introducirá a mí, si le place, y excluirá quizá a otro, según la ciencia y el poder que ha recibido de lo alto.

¿Cuáles son estas llaves? La potestad de abrir y de cerrar, como también el criterio de admisión y exclusión. El tesoro no lo posee la serpiente, sino Cristo. Por eso no pudo la serpiente dar la ciencia, porque no la tenía; pero la comunicó el que la poseía. Tampoco pudo tener un poder que no había recibido; pero lo tuvo el que lo recibió. Cristo lo dio, Pedro lo recibió; no cayó en el engreimiento por su ciencia, ni su potestad lo precipitó en la ruina. ¿Por qué? Porque ninguna de las dos lo ensoberbecieron contra el saber de Dios; pues sólo se guió por el saber de Dios, y no hizo como el que se portó con engaño para con Dios, creyendo que no sería descubierto ni aborrecido. ¿Cómo podría vivir al margen de Dios, si se llama a sí mismo Apóstol de Jesucristo conforme al proyecto de Dios Padre? Basta con lo dicho a propósito del que sufre el celo de Dios, provocado por la prevaricación del ángel y del hombre -porque en ambos halló maldad-, es decir, cómo con su ira y su furor destronó toda soberbia que se enfrenta contra Dios.

Debemos volver al celo de la misericordia, esto es, no al celo que se inflama, sino al que se infunde. Porque como ya hemos dicho el celo que se inflama procede de la justicia, y ya nos aterró no poco con los ejemplos de los castigos tan graves que hemos recordado. Por eso, para no caer en el furor del Señor, me dirijo a un lugar seguro: a ese celo compasivo que arde suavemente para expiación eficaz. ¿Acaso no expía el amor? Poderosamente. He leído que sepulta un sinfín de pecados. Pero me pregunto: ¿será acaso idóneo o suficiente para derrocar y humillar los ojos y el corazón soberbias? Sí sobremanera; porque no se engríe, no se hincha. Si el Señor Jesús se digna venir a mí o entrar en mí, no con el celo del furor, ni siquiera con el de la ira, sino en amor y espíritu de mansedumbre, emulándome con la emulación de Dios -pues ¿hay algo tan divino como el amor si Dios es amor?-, entonces sabré que no viene solo, sino también con su Padre.

¿Habrá algo tan paternal? Precisamente no se llama únicamente Padre del Verbo, sino también Padre de las misericordias, porque compadecerse y perdonar siempre es algo connatural en él. Si siento que me abre el sentido de las Escrituras, o que

desposado, donde se hizo constar que no intervinieron tus mérito, sino mi amor. El juicio consiste en esto que no hagas valer tus méritos, que no prefieras las obras de la ley, que no te valores por haber soportado el peso del día y del calor, sino que reconozcas tu desposorio por la fe, por la santidad que proviene de la fe, y también por la misericordia y el cariño.

La verdadera esposa reconoce todo esto y confiesa la< dos gracias: ante todo la primera, que es la gracia preveniente, y después la consecuente. Por eso dice ahora: Mi amado para mí y yo para él; atribuyendo la iniciativa al amado. Posteriormente añade: Yo soy para mi amado y mi amado para mí, cediéndole a él también la consumación. Veamos lo que dice: Mi amado para mí. Porque si lo aceptamos sobrentendiendo el verbo "piensa", como ya dijimos, al igual que el Profeta: Yo esperaba con ansia al Señor y pensó en mí, en ese Verbo descubro un no sé qué muy grande y una prerrogativa singular. Pero no debemos acumular sobre vuestros oídos y espíritus va fatigados un tema que requiere gran agilidad mental. Si no os importa lo diferimos, mas no por mucho tiempo: con ello comenzaremos mañana el sermón. Entre tanto, orad para que me libre de las ocupaciones que caen sobre mí, la gracia y la misericordia del Esposo de la iglesia, Cristo Jesús nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 68

Cuanto atiende el esposo a la esposa y viceversa; solo se afana por la esposa. El fin de todas las cosas depende del estado y consumación de la iglesia: meritos y orgullo de la iglesia; de donde proceden los meritos.

Escuchad lo que ayer diferimos, escuchad el gozo que he sentido. También es vuestro: escuchadlo con satisfacción. Yo lo he experimentado en una sola palabra de la esposa, y lo guardé después de haberlo en cierto modo olfateado, para mostrároslo hoy más festivamente cuanto más oportunamente. La esposa habló y dijo que el esposo piensa en ella. ¿Quién es la esposa y quién el esposo? Este es nuestro Dios y ella, me atrevo a decirlo, somos nosotros, junto con toda la muchedumbre de cautivos que él conoce. Gocémonos: ésta es nuestra gloria. Nosotros somos esos en los que piensa Dios. ¡Pero qué disparidad! ¿Qué son ante él los hijos de los hombres terrenales? Según el Profeta, son como si no existieran, para él no cuentan nada. ¿Qué significa, pues, esta comparación entre seres tan distintos? O la esposa se enaltece sobremanera o el amor del esposo es inmenso. ¡Es algo maravilloso! Se gloría de que piensa tanto en ella que se lo apropia diciendo: Mi amado es para mí. Y no contenta con esto prosigue adelante preciándose de corresponderle a él como de igual a igual, y como para compensarle dice: Y yo para él. ¡Qué insolencia: Y yo para él! Pero aún es más osado decir: Mi amado para mí. Y el colmo del atrevimiento es decir lo uno y lo otro.

¡Qué atrevimiento brota del corazón para, de la conciencia honrada y de la fe sincera! Piensa en mí, dice. ¿En eso se va a ocupar su majestad, a la que incumbe gobernar, regir el universo y encaminar los siglos, para dedicarse sólo a los asuntos y ocios de la esposa, de su amor y de sus deseos? Sí, cierto. Porque ella es la Iglesia de los elegidos, de los cuales dice el Apóstol: Soporto lo que sea por los elegidos. ¿Quién puede dudar que la gracia y la misericordia de Dios se apiada de los santos y mira por los elegidos? Por tanto, no negamos que cuida de las demás criaturas; pero se reserva el interés hacia su esposa. ¿Le importan a Dios los bueyes? Y podemos afirmar lo mismo con relación a los caballos, los camellos, los elefantes y todos los animales de la tierra, exceptuando sólo aquellas de quienes dice: Descargad ante Dios todo agobio, porque le interesa vuestro bien. ¿O no crees que dice algo parecido a esta: "Pensad en él, que él pensará en vosotros?" Mira al apóstol Pedro, del cual son estas palabras, cómo sigue el mismo orden que empleó la esposa. Porque no dice: Descargad ante Dios todo agobio, para que él se interese por vosotros, sino porque él se interesa por vosotros. Así demuestra con claridad que la Iglesia de los santos es amada, y además es la predilecta.

Es obvio que a ella no le atañe lo que dijo el Apóstol con respecto a los bueyes; porque la cuida el que la amó y se entregó a sí mismo por ella. ¿No es acaso la oveja descarriada? Por salvarla desatendió a los rebaños del cielo. Los dejó para descender hasta ella como Pastor, la buscó con amor y la encontró, pero no la condujo sino que la cargó sobre sí y dispuso una fiesta

¿En qué consiste la venida del Verbo al alma? En adquirir un corazón sensato. ¿Y la venida del Padre? En afectarse por el amor a la sabiduría hasta poder decir: Me enamoré de su hermosura. El amor pertenece a Padre: por eso la infusión del amor confirma la llegada del Padre. ¿Qué haría la sabiduría sin el amor? Hincharse. ¿Y el amor sin la sabiduría? Equivocarse. Por eso erraban aquellos de quienes se decía: Que tienen fervor religioso lo declaro en su honor, pero mal entendido. Es indigno que la esposa del Verbo sea una necia; pero es intolerable para el Padre que sea altanera. Porque el Padre ama al Hijo, y siempre está dispuesto a abatir y destruir toda hinchazón que se rebele contra el saber del Hijo, bien manifestando su celo o bien encaminándolo, esto por obra de su misericordia y lo otro a impulsos de su juicio.

Ojalá reprima en mí toda soberbia, la derribe y la aniquile por completo; pero que no sea con el fuego de su ira, sino con la infusión del amor. ¡Ojalá aprenda a no engreírme, teniendo por maestra la unción y no el castigo! Señor, no me reprendas con ira, como al ángel que se rebeló en el cielo; no me castigues con cólera, como al hombre en el paraíso. Los dos planearon el crimen por ansias de subir: el primero al poder y el segundo al saber. Además la mujer se fió neciamente de una promesa seductora: Seréis como Dioses, versados en el bien y en el mal. Ya antes se había seducido a sí mismo, convenciéndose de que sería igual que el Altísimo. Si alguien se figura ser algo cuando no es nada, él misma se da e timo.

Los dos se encumbraron, pero fueron derrumbados: el hombre con menos rigor, porque así lo juzgó aquel que despliega su poder con moderación y medida. Al ángel lo castigó con furor, incluso lo condenó; el hombre sintió su ira, no su furor. En su ira se acordó de la compasión. Por eso a su descendencia la llama hijos de la ira y no del furor, hasta el día de hoy. Si yo no naciese como hijo de la ira, no necesitaría renacer; si hubiese nacido como hijo del furor, no habría renacido o de nada me habría servido. ¿Quieres ver a los hijos del furor? Ya viste caer a Satanás de lo alto como un rayo, es decir, precipitándose con el ímpetu del furor: ahí tienes un fruto del furor de Dios. Ahí no se acordó de su misericordia; porque en la ira se acordaría de la misericordia, y no así cuando montó en cólera.

¡Ay de los hijos de la incredulidad, incluidos también los de Adán que nacieron como hijos de la ira, y que han pasado por sí mismos de la ira al furor por la obstinación diabólica, de la vara a la verga, e incluso al martirio! Almacenan para sí la ira el día del castigo. ¿Y qué es la ira acumulada sino furor? Cometieron el mismo pecado del diablo y serán abatidos con la sentencia del diablo. ¡Ay también de algunos hijos de la ira, aunque más mitigada, que nacieron en la ira y no esperaron a renacer con la gracia! Murieron tal como nacieron y seguirán siendo hijos de la ira. He dicho de la ira, no del furor, porque lo creemos con mucha piedad y lo lamentamos compasivamente; son castigos mucho más suaves porque con ellos se condenan a unas penas contraídas de otra manera.

Por tanto, el diablo fue juzgado con furor porque su maldad provocó el odio; pero la maldad del hombre sólo encendió la ira, y por eso se le corrige con ira. Así el celo del Padre en defensa del Hijo trituró toda grandeza,

Sermón 69

A que alma le corresponde exclamar: mi amado para mi, etc. Y por que razón. Que es la llegada del hijo y del padre al alma, y como rechaza el padre. Toda hinchazón de la ira o del furor: el celo del amor por el que vienen al alma el padre y el hijo; como viven en ella, y por que medios lo siente el alma.

Mi amado para mí y yo para él. En el sermón anterior apliqué este grito a la Iglesia universal, por causa de las promesas de vida que Dios le hizo, para el presente y el futuro a la vez. Nos planteáramos si un alma individual podría arrogarse lo que hacen todas juntas, y aplicárselas de algún modo. Si eso no es válido, tendremos que referirnos a la Iglesia y de ninguna manera a una persona; y no sólo estas palabras, sino todas las demás semejantes que contengan realidades atrevidas, por ejemplo: Aguardé con ansia al. Señor y me atendió, y otras evocadas en el sermón anterior. Pero si alguien piensa que es lícito hacerlo, yo tampoco lo rechazo; en general, sabiendo de quién se trata.

La Iglesia, sin duda, cuenta con sus espirituales fieles a Dios, que además confían en él; hablan con Dios como con un amigo, y su conciencia les da seguridad en su gloria. Quiénes son lo sabe sólo Dios: tú limítate a escuchar cómo debes ser. si deseas ser contado entre ellos. Yo por mi parte no hablaré como un experto, sino ansiando experimentarlo. Dame un alma que sólo ame a Dios y lo que debemos amar por Dios, cuyo vivir sea Cristo ya desde hace tiempo, cuyos trabajos y ocios los llene siempre el Señor, cuyo propósito no sólo mayor sino exclusivo sea caminar atentamente con el Señor su Dios, y que sea capaz de realizarlo; dame un alma como ésa y yo no negaré que es digna de los cuidados del Esposo, de la mirada de su majestad, del favor de su poder, de las atenciones de su gobierno; y si quisiera presumir no sería una insensatez, con tal de que si se gloría lo haga en el Señor. Así que también uno puede aspirar a lo que tantos juntos se atreven, aunque por razones distintas.

Las razones enumeradas dan una gran confianza a muchísimos santos y dos motivos son suficientes para el alma santa. En primer lugar por la divinidad del Esposo, simplicísima en su naturaleza, que puede mirar a muchos como si de uno solo se tratara, y a uno como si fuera una multitud. El no se multiplica al mirar a una multitud, ni se individualiza para unos pocos; no se divide para la diversidad, ni se circunscribe para la unidad; no se angustia con los afanes, ni se perturba o se agita con las inquietudes. Se vuelca sobre uno sin detenerse y sobre muchos sin disolverse.

En segundo lugar porque es tal la condescendencia del Verbo y tanta la benevolencia del Padre del Verbo para con el alma así afectada y así preparada -lo cual es don del Padre y obra del Verbo-, que con la misma bendición con que la han prevenido y preparado, se dignan también hacerse presentes. De esa manera no sólo llegan a ella, sino que establecen su morada en ella. No se limitan a revelarse, sino que se entregan pródigamente. Se trata de una experiencia tan dulcísima como infrecuente.

de gran alegría en el cielo con ella y por ella, invitando a todas las clases de ángeles a ese acontecimiento. Se dignó llevarla sobre sus propios hombros ¿y podrá descuidarla? ella lo sabe muy bien cuando dice: El Señor se cuida de mí. Tampoco cree equivocarse cuando afirma: El Señor completará sus favores conmigo, o cualquier otra frase que pueda mostrar cómo piensa Dios en ella. Por esta llama amado suyo al Señor de los Ejércitos, y presume que se preocupa de ella el que lo gobierna todo con moderación. ¿Por qué no puede preciarse de ello?

Escuchó que le decía: ¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Y también: Los ojos del Señor no se apartan de los honrados. ¿Qué es la esposa sino la congregación de los honrados? ¿No son éstos los que te buscan, los que buscan el rostro del esposo? Pero no es que él piensa sólo en ella, o ésta sólo en él. Fijaos cómo se refiere a los dos cuando dice: "El para mí y yo para él". El para mí, porque es benigno y misericordioso; yo para él, porque no soy una ingrata. El me da la gracia por pura gratuidad; yo le doy gracias por la gracia; él para mi liberación, yo para su gloria; él para mi salvación, yo para su amor; él para mí y no para otro, porque soy su única paloma; yo para él y no para otro, porque no escucho otras voces ni atiendo a los que me dicen: Mira, aquí está Cristo; míralo, está allí. Así es la Iglesia.

¿Y cada uno de nosotros? ¿Pensamos que en cada uno de nosotros se pueden reflejar estas palabras? ¿He dicho; en nosotros? Si yo o cualquiera de los que pertenecen a la iglesia nos preguntamos esto, creo que no debemos ser censurados por ello. Porque la misma razón vale para uno como para muchos. Dios hizo y padeció tanto cuando consiguió la redención en medio de la tierra, no por una sola alma sino por muchas, para congregar a muchas en una sola Iglesia y para vincularlas como una única esposa. Esta es la esposa amadísima, la única del único esposo; ella no se vincula con otro esposo, y él no permite unirse con otra esposa. ¿De qué no será capaz ante un amante tan ambicioso? ¿Qué no podrá esperar de él, si se la buscó desde el cielo y la llamó desde los confines de la tierra? No sólo la buscó: la adquirió. Y no olvides el modo como la compró: mediante su propia sangre.

Además presume tanto, como acostumbra, porque mirando a su futuro no ignora que el Señor la necesita. ¿Preguntas para qué? Para gozarse de la dicha de sus escogidos, alegrarse con la alegría de su pueblo y gloriarse con su heredad. No desvalorices esto: te aseguro que la obra no alcanzaría su perfección si vacilase en ello. El fin de todas las cosas ¿no depende del estado y consumación de la Iglesia? Suprímela, y las criaturas inferiores esperarán en vano la revelación de los hijos de Dios. Suprímela, y no se consumarán ni los Patriarcas, ni los Profetas, porque Pablo asegura que Dios todo lo dispuso en favor nuestro, de modo que no se consumarán sin nosotros. Suprímela, y la misma gloria de los ángeles sería imperfecta porque faltan muchos y la ciudad de Dios no gozaría de su pureza total.

¿Cómo se cumplirán entonces los planes de Dios, el misterio de su amor y el gran sacramento de su benignidad y ¿De dónde me sacará esos niños de pecho, por cuyo canto Dios perfecciona su alabanza? El cielo no tiene niños, sino la Iglesia, y a ellos

les dice: Os alimenté con leche, no con comida. Y el Profeta los invita a completar la alabanza: Alabad, niños, al Señor. ¿Crees tú que nuestro Dios recibirá toda la alabanza de su gloria, mientras no lleguen los que le alaben en presencia de los ángeles: Nos hemos alegrado por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos las desdichas. Esta alegría sólo se conoce en los cielos por los hijos de la Iglesia; nunca gozarán de esta alegría los que nunca carecieron de ella. A la tristeza le sucede oportunamente la alegría, al trabajo el descanso, al naufragio el puerto. La luz agrada a todos, pero mucho más al que sale de poder de las tinieblas. Se duplica el don de la vida al pasar de la muerte a la vida.

En el banquete celestial ésta será mi satisfacción, que no podrán compartir los espíritus bienaventurados. Y me atrevo a decir que incluso la vida bienaventurada carece de mi felicidad, si no se dignara reconocer que ella goza en mí y por mí gracias a la caridad. Además los ángeles se alegran por la conversión del pecador. Si mis lágrimas son la delicia de los ángeles, ¿qué serán mis delicias? Toda su tarea es alabar a Dios; pero le faltará algo a esa alabanza si no hay quienes digan: Pasamos por fuego y por agua, pero nos has dado respiro.

La Iglesia es, por tanto, feliz en su universalidad: pero su gloria es desproporcionada con su causa, no sólo por lo que ha recibido, uno por lo que tiene que suceder en ella. ¿Por qué tienen que preocuparle sus méritos, si con el propósito de Dios le basta para gloriarse con razón más firme y segura? Dios no puede negarse a sí mismo, ni dejar de hacer lo que va hizo, y como está escrito, ya ha realizado lo que deberá hacer. Lo hará, lo hará: Dios no falla en sus designios. Ya no hay lugar para que preguntes por qué méritos esperamos y el bien, sobre todo si escuchas al Profeta: No lo hago por vosotros, sino por mi santo nombre, dice el Señor. Para merecer algo hasta saber que los méritos son insuficientes. 1 así como para merecer basta no presumir de los méritos propios, carecer de ellos es suficiente para ser juzgado.

Pero ninguno de los niños renacidos carece de méritos, porque son suyos los méritos de Cristo. Serán, sin embargo, indignos de recibirlos, no si no pueden unir a éstos los suyos, sino si descuidan hacerlo: éste es el peligro de la edad adulta. Procura, por tanto, contraer méritos; si os tienes reconocerás que te los han dado; esperarás su fruto, que es la misericordia de Dios. Así eludes los peligros de la pobreza, de la ingratitud v de la presunción. Es perniciosa la pobreza, si nace de la penuria de méritos; pero la presunción del espíritu es una falsa riqueza. Por eso dice el Sabio: No me des riqueza ni pobreza, Señor. Feliz la Iglesia; que posee los méritos sin presumir de ellos, y presume pero no de los méritos. Tiene motivos para estar orgullosa, pero no de sus méritos; y tiene méritos, mas para merecer y no para presumir. ¿El hecho de no presumir no es ya merecer? Su mejor orgullo es no presumir, y no se desconcertará con palabras orgullosas la que tiene motivos más que sobrados para gloriarse. Grande es la ternura del Señor, v su fidelidad dura eternamente.

¿Por qué no puede engreírse con seguridad, cuando la misericordia y la fidelidad se encuentran para testimoniar su gloria? Puede decir: Mi amado es para mí, o con ansias aguardé al Señor, y él me atendió; o también: El Señor se cuida de mí, y otras muchas palabras semejantes a éstas. Todas vienen a significar cierto afecto divino y favor especial para algo. Nada de esto podrá considerarlo ajeno, si las razones de su presunción se fundan en el Señor, sobre todo si no descubre otra esposa u otra Iglesia en la que pueda realizarse lo que necesariamente debe suceder.

Por tanto, es obvio que la Iglesia no sentirá rubor alguno en apropiarse todo esto. Pero queda en pie la otra cuestión: si una sola alma, siendo espiritual y santa, podría atreverse a lo mismo de algún modo. Porque una sola entre esa gran muchedumbre, por mucho que descuelle su santidad, no se arrogaría hacer suyas todas las Prerrogativas de esa catolicidad, que es quien realiza todo. Es muy difícil, en mi opinión, encontrar una -si existe- a la que se le permitiese esto. Pero creo que necesitamos otro sermón para tratarlo. Ahora, sin embargo, no nos embarcaremos en esta delicada cuestión cuyo resultado aún ignoramos, sin orar antes sobre esta palabra misteriosa al que abre y nadie es capaz de cerrar, el Esposo de la Iglesia, Cristo, nuestro Señor Jesús, que es Dios bendito en todo y por siempre. Amén.

Sermón 78

Como cooperan Dios, el ángel y el hombre en la salvación de la esposa: Dios se anticipa de tres maneras con la predestinación, la creación y la inspiración; por que razón no pudo ser encontrada la esposa desde el principio, sino después de la inspiración: con razón se dice que la esposa fue preparada, pero no encontrada por Dios, sino por los centinelas, debido a su preparación.

Si no recuerdo mal, nos paramos y detuvimos ante el verbo "me encontraron", que excitó nuestra curiosidad al oír que la encontraron los predicadores. Enumeramos las causas de nuestra duda y desconcierto y vimos que debíamos preguntarnos algo más; pero nos apremiaba acabar el sermón, y no podíamos explicar lo que nos planteábamos. ¿Qué debemos hacer sino cumplir lo prometido?

En la explicación de ese gran misterio -me refiero al santo y casto matrimonio y a la obra de la salvación que el Doctor de las gentes aplicó a Cristo y a la iglesia- en ese misterio, digo, son tres los que cooperan entre sí: Dios, el ángel y el hombre. ¿Por qué Dios no va a intervenir e interesarse en las nupcias de su amado Hijo? Lo hizo con todo su amor. Es evidente que podía haberse bastado sin la cooperación de los otros, y que éstos nada pueden hacer sin él. Por tanto, admitió sus servicios no para que le ayudasen, sino buscando su bien. Por eso contrató a los hombres, para que de ese modo contasen con sus méritos, como dice la Escritura: El obrero merece su salario. Y cada cual lo recibirá según su trabajo personal; sea que plante con la fe o que riegue lo que se ha plantado. Cuando se vale del servicio de los ángeles, ¿no lo hace para que los hombres les amen? Y que los ángeles, a su vez, aman a os hombres, fácilmente se puede colegir del hecho de que los hombres los resarcirán de los antiguos daños de su ciudad. Ciertamente era muy oportuno que el reino del amor no se rija por otras leyes que por el mutuo amor de quienes han de reinar juntos y por los puros afectos para con Dios y para con ellos mismos.

Pero existe una gran diferencia en su manera de obrar según la dignidad de cada operario. Dios hace lo que quiere por la misma espontaneidad de su querer: sin afán, sin turbación, sin prejuicios de lugar o de tiempo, de motivos o de personas. Es el Dios de los Ejércitos que todo lo gobierna con paz. Es la Sabiduría que todo lo dispone con acierto. En cambio, los ángeles actúan moviéndose local o temporalmente, pero sin afán. El hombre, empero, no goza de libertad para obrar sin desequilibrios y sin cambios, tanto del orden espiritual como del material. Por eso se le impone que realice su salvación con temor y temblor, y coma el pan con el sudor de su frente.

Después de lo dicho, contempla ahora conmigo cómo esta magnífica obra de nuestra salvación se realiza con tres condiciones, cuyo promotor exclusivo es Dios y las antepone a todos sus intermediarios y colaboradores: la predestinación, la creación Y la inspiración. Esa predestinación no comenzó con los orígenes de la Iglesia, ni se inicio con el principio del mundo, pues no radica en una época o en otra: transciende todo

se le obedece, se queda vacía y en cierto sentido estéril, muy triste y lamentándose porque ha caído en el vacío. Pero si se cumple, ¿no te parece que la Palabra se agranda con cierta corpulencia, porque a la Palabra se unió la obra, como rehaciéndose con algunos frutos de obediencia que son la cosecha de la justicia?

Por eso dice en el Apocalipsis: Mira que estoy a la puerta llamando; si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos Juntos. El Profeta parece que aprueba esta interpretación mediante la sentencia de Señor, cuando dice que su palabra no volverá a él vacía, sino que dará buen resultado, cumpliéndose aquello para lo que fue enviada: No volverá a mí de vacío, sino que prosperando todo lo que ha emprendido, se saciará con las buenas obras de los que se adhieren a ella por el amor. Además comúnmente suele decirse que una palabra se cumple cuando surte su efecto. Pero mientras no se traduzca en obras permanece vacía y enjuta, debilitada en cierto sentido.

Pero escucha con qué alimentos se nutre: Para mí es alimento cumplir el designio de mi Padre. La palabra del Verbo nos manifiesta con claridad que su comida es la obra buena, si la encuentra entre los lirios, es decir, entre las virtudes. Si la encuentra fuera no deja de ser buena por sí misma, y aunque parezca comida no la tocará el que se apacienta entre lirios. Por ejemplo, no acepta la limosna de manos del ladrón o del usurero, ni del hipócrita que cuando da su limosna lo anuncia a toque de trompeta, para que la gente lo alabe. Y rechazará por completo la oración del que es amigo de rezar en las esquinas de las azoteas, para exhibirse ante a gente. La oración del pecador será abominable.

También presenta en vano su ofrenda ante el altar el que se acuerda de que su hermano tiene algo contra él; tampoco se fijó en la ofrenda de Caín, porque no andaba a derechas con su hermano. Según lo atestigua el Profeta, tampoco aguantaba los sábados novilunios y sacrificios de los judíos y declaraba que los odiaba diciendo: ¿Quién pide algo de vuestras manos cuando pisáis mis atrios? Creo que en aquellas manos no abundaban los lirios, y por eso abominaba sus holocaustos el que acostumbra apacentarse entre lirios y no entre espinas; ¿o no estaban sus manos llenas de abrojos cuando les decía: Vuestras manos están llenas de sangre? También las manos de Esaú eran peludas, semejantes a los cardos; por eso no las admitió para servicio del santuario.

Temo que entre nosotros vivan algunos cuyas ofrendas no las acoja el Esposo, porque no exhalan el aroma de los lirios. Si ayuno por satisfacer mi voluntad propia, al esposo no le seduce ese ayuno ni le gusta, porque no percibe el aroma del lirio de la obediencia, sino el vicio de la voluntad propia. Digamos lo mismo del silencio, las vigilias, la oración, la lectura, el trabajo manual, en fin, de todas las observancias del monte en las que se satisface su voluntad y no la obediencia al maestro. Esas observancias, buenas de suyo, no puedo considerarlas como lirios, es decir, como virtudes; tendrá que escuchar al Profeta que dice: ¿A eso llamáis ayuno agradable al Señor? Y añadirá: en todas esas obras buenas he descubierto tus propias voluntades. Grave desgracia es tu propia voluntad por la que tus buenas obras no son buenas para ti. Por eso es menester que se conviertan en lirios, pues el que se apacienta entre lirios no podrá gustar cuanto está manchado por la voluntad propia

La sabiduría, en virtud de su pureza, lo atraviesa todo, y nada inmundo se le pega. Por eso el Esposo prefiere apacentarse entre lirios, esto es, entre los corazones limpios y nítidos. ¿Hasta cuándo? Hasta que amanezca el día y se retiren las sombras. El lugar es sombrío y espeso: no penetremos en el bosque del misterio profundo, sino con la clara luz del día. Ya me he sobrepasado mucho con mi disertación, el día va ya de caída y dejamos los lirios a disgusto. No es que esté cansado por haberme alargado, pues el aroma de =esas flores ha evitado toda desgana. Parece que nos resta muy poco del presente capítulo. Pero ese poco es demasiado recóndito, como todo lo demás de este Cantar. Mas confío que nos asista el que revela los misterios, cuando empecemos a amarlo, y no cerrará la boca de los que le predican, ya que acostumbra abrir las cerradas, el Esposo de la Iglesia, Cristo Jesús nuestro Señor, que es Dios bendito en todo y por siempre. Amén.

estaba cimentada sobre la roca. Mas sin referirse para nada a esto, confiesa con términos un tanto desusados que la encontraron los centinelas; esto nos obliga a dudar y sospechar que aquí se oculta algo que lo debemos considerar con mayor atención.

Os confieso que yo quería orillar todo esto y no meterme a escudriñarlo, porque me creía incapaz. Mas acordándome que en muchas dudas y oscuridades semejantes me he sentido ayudado más de lo que esperaba, porque levantasteis vuestros corazones a lo alto, me avergüenza mi desconfianza. Y reprochándome mis temores, me propongo intentar confiadamente lo que rehusaba mi desconfianza. Como espero, contaré con esta ayuda habitual; y si es menor, no me sentiré defraudado en mi deseo ante unos oyentes tan benévolos. Pero lo haré en los comienzos del siguiente sermón, pues cerramos ya el presente. Que os conceda no sólo tenerlo vivo en la memoria, sino amarlo con ardor y cumplirlo con eficacia el mismo Esposo de la Iglesia que es Jesús, Cristo y Señor nuestro, Dios bendito en todo y por siempre. Amén.

que lo buscase, le había concedido un corazón abierto a los preceptos y a la ley viva de la disciplina, mientras tuviese alguien que la instruyera por el camino de la prudencia. Envió a su encuentro los encargados de plantar y regar, para que la alimentasen y confirmaran en la plena certeza de la verdad, es decir le dieran noticias ciertas del amado, pues ella buscaba la verdad y al amor de su alma. ¿Cuál es en realidad el amor verdadero y seguro del alma, sino enamorarse de la verdad?

Soy cuerdo y capacitado para la verdad; pero ¡ojalá no lo fuese, si me faltase el amor a la verdad! Porque es fruto de estas dos ramas y yo soy la raíz. No estoy seguro de que no me las corten, si carezco de ese fruto. Precisamente por ese don de la naturaleza estoy seguro que resplandece ese distintivo de la imagen divina, por la que soy superior a todos los animales. Por ello mi alma se aventura a levantarse para abrazar dulce y castamente la verdad, y descansar así en su amor con toda serenidad y suavidad, si es que halla gracia a los ojos de tan gran Esposo y es digna de alcanzar esa gloria. Más aún, el mismo Esposo se la presenta ante sí mismo sin mancha ni arruga alguna, ni cosa semejante. ¿Cuál será, a tu parecer, el riesgo y el castigo de quien atesore inútilmente ese don tan grande de Dios? Esto lo diremos en otra ocasión.

Mas ahora la esposa no halla al que deseaba y se encuentra con los que no buscaba. Escúchenlo quienes no temen ir por los caminos de la vida sin guía y sin maestro, como discípulos y maestros a la vez de sí mismos en el arte espiritual. No sólo eso: toman a muchos por discípulos y se convienen en guías ciegos de otros ciegos. ¡Cuántos con gravísimo peligro terminaron así desviándose del camino recto! Ignoraban la astucia y las maquinaciones de Satanás, y después de comenzar espiritualmente acabaron en la carne, arrastrados por su torpeza hasta caer en la condenación. Traten estos tales de andar con cautela Y sigan el ejemplo de la esposa; ella no pudo encontrar al que anhelaba, sin dar antes con aquellos de cuyo magisterio debería servirse para tener noticias del amado y aprender bien el temor de Dios. El que elude dar la mano al maestro se la da al seductor. Y el que abandona las ovejas en pleno campo y sin vigilante, no es un pastor de ovejas, sino de lobos.

Hablemos ya de la esposa: cómo dice que la encontraron. A mí me parece que usa la palabra "encuentro" inusitadamente; porque lo dice como si la Iglesia proviniese de un solo lugar. En realidad vino de Oriente y Occidente, según la palabra del Señor, y desde los confines del mundo. No se congregó nunca en un solo lugar, para que los Apóstoles o los Ángeles la encontraran y la condujeran o encaminaran al amor de su alma. ¿Acaso la encontraron antes de congregarse? No, pues ni siquiera existía.

Por tanto, si dijese que los predicadores la reunieron, congregaron o mejor aún la convocaron -eso significa la palabra "Iglesia"- lo transigiría sencillamente sin vacilar un momento. Porque trabajan juntos para Dios de quien escucharon estas palabras: El que no está conmigo está contra mí. Tampoco me parecería exagerado que alguien afirmara que la fundaron o edificaron ellos. Puesto que lo hicieron juntamente con aquel que dice en el Evangelio: Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, porque

Sermón 72

Como a estas dos partes del versículo se añaden las siguientes: hasta que aspire el día, etc.; por eso el esposo no se apacienta sino que bebe. Cuales son el día y las sombras espirituales y como al clarear el día se inclinan y anulan. El día sopla o inspira, expira o conspira respira o suspira de noche. Los que respiran de día prosperan, y los que de noche suspiran declinan.

Mi amado para mí y yo para mi amado, el cual se apacienta entre lirios hasta que aspire el día y se inclinen las sombras. Sólo debemos explicar la última parte de este versículo. Y nada más comenzar dudo a cuál de las dos frases precedentes debo unirlo, porque puedo hacerlo tanto a una como a otra. Puedes decir: Mi amado para mí y yo para mi amado, f>asta que aspire el día y se alarguen las sombras, considerando como algo interpuesto lo siguiente: el cual se apacienta entre lirios; o también en sentido más literal: el cual se apacienta entre lirios, basta que aspire el día y se inclinen las sombras. Puedes asignarla a cualquiera de las dos. Con esta única distinción: si basta que lo unes a la primera frase, debes entenderlo en sentido inclusivo. Si lo unes a la segunda, será en sentido exclusivo.

Supongamos ya que el esposo termina de apacentarse entre los linos cuando aspira el día: ¿acaso entonces cesará de pensar en la esposa y éste en él? De ningún modo. Perseverarán unidos eternamente, y con tanto mayor gozo cuanto más vehemente; y con mayor vehemencia cuanto más libre sea su unión. Por tanto, el sentido del hasta que es idéntico al que Mateo le da cuando nos dice que José no conoció a María basta que dio a luz a su hijo primogénito, porque después tampoco la conoció. Sucede lo mismo con aquel salmo: Nuestros ojos están fijos en el Señor, hasta que se compadezca de nosotros. Porque no se apartarán de él cuando se haya apiadado.

En el mismo sentido dijo el Señor a sus discípulos: Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Lo cual no quiere decir que después dejará de estar con ellos. Así hay que entenderlo si basta qué lo pones en relación con mi amado es para mí y yo para él. Pero si prefieres unirlo a el cual se apacienta entre lirios, tendrás que darle otro sentido. Pero se entenderá con mayor dificultad que el amado deje de apacentarse cuando aspire el día. Si ese día es el de la resurrección, ¿por qué no le va a alegrar mucho más apacentarse entre los lirios cuando más abundan? Con lo dicho hemos precisado mejor el sentido literal del versículo.

Advierte ahora conmigo que si bien brillarán los lirios en todo el reino, y el esposo estará allí rodeado de todas las delicias, no se podrá decir que estará y se apacienta tal como antes lo había hecho. ¿Qué será de los pecadores que Cristo incorpora a sí mismo, invadidos por la misericordia y triturados por esa especie de dientes de a más austera disciplina, que son a aflicción de la carne y el espíritu contrito del corazón? El Verbo esposo tampoco exigirá que su comida se condimente con determinadas obras y actos de obediencia, porque se dedicará sólo al ocio contemplativo con su mirada y afecto.

Es cierto que su alimento es cumplir el designio del Padre; pero aquí, no allí. ¿Cómo cumplirlo, si ya está cumplido y consumado como sabemos? Entonces podrán experimentar todos los Santos lo que es voluntad de Dios santa, justa y perfecta. Nada le falta por hacer, una vez consumada, sino gozar de ella; experimentarla, no realizarla; vivir de ella, no esforzarse para cumplirla. ¿No es esa voluntad la que en la oración incesante que nos enseñó el Señor pedimos que se cumpla en la tierra como en el cielo, para que saboreemos ya sus frutos y no nos cansemos de realizarla? Por tanto, para el Verbo esposo no será alimento el cumplirla, porque cesará todo trabajo cuando todos perciban plenamente la sabiduría: El que prescinde de todo lo demás, ése la percibirá.

Pero veamos ahora si puede sostenerse lo que hemos afirmado según el parecer de algunos que interpretan la frase "apacentarse entre os lirios" como equivalente a deleitarse en la blancura de las virtudes: Entre otros, también la hemos seguido nosotros. ¿Acaso hemos de pensar que el Esposo no posee o que no le agradan en absoluto esas virtudes? Sería demencial admitirlo. Tal vez se deleite en ellas de otra manera distinta -pues nos consta que le complacen- y quizá sea más para beberlas que para comerlas. Es cierto que en esta vida y este cuerpo no hallamos en nosotros virtud alguna tan purificada de todo vicio, tan suave y tan sin mezcla alguna, que pueda beberla el Es oso. Pero el que desea que todos los hombres se salven encubre muchas cosas, y lo que no puede beber ahora con toda facilidad, con su habilidad y esfuerzo se las arregla para sacar de ello algo sabroso para el paladar.

Día vendrá en que esa virtud ya depurada, ni deberá partirla con los dientes ni aburrirá al que la coma, porque sin esfuerzo se deleitará el que la beba, más como bebida que como comida. Así lo promete el Evangelio: Os digo que no beberé más de este fruto de la vid, hasta que lo beba con vosotros en el reino de mi Padre. Aquí no se menciona la comida. Y también se lee en el Profeta: Como un soldado vencido por el vino. Tampoco aquí aparece para nada la comida. La esposa, por tanto, consciente de este misterio, después de haber descubierto que el amado se apacienta entre los lirios, concreta hasta cuándo dura su condescendencia, es más, sabe que eso está ya determinado y lo declara diciendo: Hasta que aspire el día y se inclinen las sombras. Sabía que él bebería as virtudes y no las comería. Así suele hacerse comúnmente: se bebe después de haber comido algo. Luego el que come en esta vida beberá en la otra, y con tanta mayor dulzura cuanta mayor será su confianza; ingerirá todo eso que ahora lo vuelve liquido masticándolo con gran molestia y dificultad.

Intentemos reflexionar en ese día y en esas sombras; qué día es ése y cuáles son sus sombras; por qué razón aspira, cuál es la causa por la que se inclinan las sombras. Con toda intención dice y además en singular: Hasta que aspire el día. Si no me engaño sólo en este texto encontrarás que el día aspira. Sopla la brisa suave, pero no el tiempo. Sopla el hombre y los demás animales; es el aire el que sin cesar y de modo alternativo prolonga la vida. ¿Y qué contiene si no es viento? También el Espíritu Santo sopla; por eso se le llama "espíritu". ¿Pero cómo sopla el día si no es viento, ni espíritu, ni animal?

nuestros días. Nuestros centinelas además de no estar sobre nosotros, ellos mismos se arruinan, sumidos en el profundo sueño del olvido, y no los despiertan ni los truenos de la conminación del Señor, sin atemorizarse siquiera por su peligro personal. No miran por sí mismos, ni se preocupan de los demás, aniquilando a otros y pereciendo ellos a su vez.

Pero ¿quiénes son esos centinelas que encuentran a la esposa? Los Apóstoles y los hombres apostólicos. Ellos son los que de verdad guardan la ciudad, esto es, los que descubrieron a la Iglesia y por eso se desviven por ella con mayor solicitud cuanto más peligro corre en nuestros días, debido al gran enemigo doméstico e interior, como está escrito: Los enemigos de uno son los de casa. Si lucharon por ella hasta la muerte no la abandonarán privándola de su protección, sino que la defienden y custodian día y noche, es decir, con su vida y su muerte. Y si es preciosa delante del Señor la muerte de sus santos, no dudo que con su muerte la guardan con más eficacia, porque en ella se confirma más su poder.

Dirá alguien: "Lo aseguras como si lo hubieras visto con tus ojos; pero se trata de algo oculto a las miradas de los hombres". Yo le respondo: "Si tú consideras fiel el testimonio de tus ojos, el de Dios es mayor. Y él dice: Sobre tus murallas, Jerusalén, he colocado centinelas; nunca callan ni de día ni de noche sin darse jamás descanso". "Pero esto lo dijeron por los ángeles", replicas. No lo niego: Todos son espíritus en servicio activo. ¿Mas quién puede prohibirme que se aplique también a esos que por su poder ya no son inferiores a los ángeles, y por su amor y misericordia son más semejantes a nosotros, porque están unidos por una misma naturaleza? Ten además en cuenta que sufrieron esas mismas pasiones y miserias a las que ahora nosotros estamos sometidos.

¿No sentirán esas almas santas mayor compasión y solicitud hacia nosotros, al recordar que ellos pasaron por los mismos trances? ¿No son suyas estas palabras: Pasamos por fuego y por agua, pero nos has dado respiro? ¿Entonces? Ellos ya pasaron, ¿y nos abandonarán a nosotros en medio del fuego y de las olas, sin dignarse echar una mano por lo menos a los hijos que peligran? No es posible. Se comportan bien contigo, madre Iglesia, se comportan bien contigo durante tu peregrinación; recibes auxilio desde el cielo y desde la tierra. No dormitan ni duermen tus centinelas. Son los ángeles santos; son tus custodios las almas y espíritus justos. No está en un error quien afirma que te han encontrado dos géneros de espíritus, y que también te guardan. Y tienen sus razones propias para vigilar. Unos porque sin ti no llegan a la consumación total. Otros porque contigo llegarán a su plenitud. ¿Quién ignora que al caer del cielo Satanás y sus cómplices disminuyó no poco el número de la multitud celestial? De ti esperan todos su consumación; unos numéricamente, otros por su deseo. Reconoce, pues, tu voz en este salmo: Los justos esperan que me devuelvas tu favor.

Debemos advertir que no fue la esposa a su encuentro, sino los centinelas quienes a encontraron. Yo sospecho que se les confió intencionadamente esta misión. Pues ¿cómo lo van a anunciar sin ser enviados? Así lo confirma el Evangelio: Id, yo os mando. Id y predicad la buena noticia a todo el mundo. Así. es: ella buscaba al esposo; y el esposo no estaba oculto. Pues quien la movía para

Sermón 77

Acusación contra los malos guardianes. Quienes y cuales son los centinelas que la encuentran, y como aprende de ellos a amar la verdad: los que se atreven a caminar sin guía por los senderos de la vida, y como manifiesta la esposa que fue encontrada.

Ea, ya estamos listos. Dijimos en el sermón de ayer qué guías querríamos tener en nuestro camino, y cómo son los que tenemos. La experiencia nos dice que distan mucho unos de otros. Los que puedes ver por un lado y por otro asistiendo a la esposa, y que como vulgarmente se dice la llevan a derechas, no son todos en el día de hoy amigos del esposo. Son muy pocos sus amigos que no buscan su propio interés. Aman la recompensa y no pueden amar a la vez a Cristo, porque pusieron sus manos en el dinero. Míralos cómo caminan tan elegantes con su porte distinguido, vestidos de perlas y brotados, como esposa que sale de su cámara nupcial. Si desde lejos vieses de repente caminar a cualquiera de ellos, ¿no dirías que es la esposa y no su custodio? ¿De dónde crees que saca esa exuberante abundancia de todo, la suntuosidad de su vestimenta, la superfluidad de su mesa, su rica vajilla de plata y oro, sino de los bienes de la esposa?

Por eso queda ella esquilmada, indigente, desnuda, digna de lástima por sus trazas, inculta, mal educa a, exánime. Esto ciertamente no es dedicarse en estos tiempos a hermosear a la esposa, sino a expoliarla; no es guardarla, sino echarla a perder; ni defenderla, sino exponerla; ni instruirla, sino prostituirla; ni pastorear al rebaño, sino matarlo y devorarlo, como dice el Señor: Devoran a mi pueblo como pan; han devorado a Jacob y han asolado sus casas; se comen los pecados de mi pueblo; como si dijese: "Exigen el precio de los pecados y no se entregan a los pecadores con el debido interés". ¿Encontrará entre todos los superiores uno solo que no trate de vaciar las bolsas de los súbditos en vez de extirpar los vicios? ¿Dónde está ese que con su oración sosiega la ira y predica el año de la amnistía del Señor? Predicamos sobre cosas intrascendentes y las más graves quedan reservadas para el juicio de Dios.

Sin consecuencia alguna, enunciamos esto o aquello, porque no nos escuchan. Pero si promulgásemos por escrito lo que predicamos, no se dignarán a leerlo; y si lo hacen se molestarán conmigo, cuando sería más justo que se indignaran con ellos mismos. Por tanto, desentendámonos de los que no encuentran a la esposa, sino que la venden. Vayamos tras aquellos que, como dice la esposa, la encontraron. Todos ellos ocuparon la dignidad de su ministerio, pero no el celo. Todos quieren ser sus sucesores, mas no sus imitadores. ¡Ojalá fuesen tan vigilantes para cumplir su tarea como ansiosos para subir a la cátedra! Se preocuparían de proteger a la que han encontrado y está bajo su confianza. Incluso vigilarían sobre sí mismos y se dirían sin cesar: Mis amigos y compañeros se alejan de mí y se quedan a distancia. Este lamento es muy justo; nunca más oportuno que en

En realidad no dice que sopla, sino algo más extraño aún: "aspira". Y no lo es menos decir que las sombras se inclinan. Pues en cuanto nace esta luz material y visible, las sombras no crecen, sino que desaparecen. Luego el tema debe resolverse más allá de lo corporal. Si encontramos un día y unas sombras espirituales, quizá entonces se nos aclare mejor por qué aspira el día y se inclinan las sombras. De hecho, quien crea que es corporal el día al que se refiere el Profeta: Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa, debería pensar que todo es material. Incluso cuando los Profetas maldicen los días, se refieren a esos días malos. Dios nos libre de pensar en estos días visibles que ha hecho el Señor. Por tanto, su sentido es espiritual.

Nadie dudará que la sombra era espiritual cuando cubrió la concepción de María, y que el Profeta la recuerda en el mismo sentido: El Espíritu irá delante de nosotros, Cristo nuestro Señor; bajo su sombra viviremos entre las naciones. Yo creo, sin embargo, que aquí con el nombre de sombras alude más bien a los espíritus enemigos que el Apóstol denomina no sólo sombras o tinieblas, sino príncipes de las tinieblas; y además a todos los hombres que se adhieren a ellos, es decir, los hijos de la noche, no de la luz o del día. En efecto, estas sombras no se reducirán a la nada cuando aspire el día, como vemos que desaparecen las sombras materiales en presencia de la luz corporal, y se extinguen absolutamente.

Por tanto, no se reducirán a la nada total; será mucho peor: estarán sometidas y subyugadas. Se agachará y encogerá -el príncipe de las tinieblas sin duda- cuando lo dominen los pobres. En consecuencia, no se destruirá su condición, se le retirará el poder; no desaparecerá su naturaleza, pero pasará su hora y el poder de las tinieblas. Los quitarán de en medio, para que no vean la gloria de Dios; no son aniquilados, sino eternamente abrasados. ¿Cómo no se inclinarán las sombras, si derribará del trono a los poderosos para ponerlos como estrado de los pies?

Lo cual ha de suceder en breve. Ha llegado el momento final. La noche está avanzada, el día se echa encima. Aspirará el día y expirará la noche. Noche es el diablo, noche es el ángel de Satanás, aunque se disfrace de mensajero de la luz. Noche es también el Anticristo, a quien el Señor destruirá con el aliento de su boca y lo aniquilará con el esplendor de su venida. ¿Acaso no es el Señor ese día? Día radiante de luz y de brisa; disipa las tinieblas con el soplo de su boca y a la luz de su llegada desbaratará los fantasmas. Y si os agrada más, emplead sencillamente la palabra "inclinación", pensando que inclinar equivale a aniquilar, para no excluir de todo ese sentido por el que llamamos sombras a las figuras y enigmas de las Escrituras, a las frases engañosas, a las cavilaciones de la palabrería y a los argumentos entrelazados, cosas que oscurecen ahora la luz de la verdad. Limitado es nuestro entender y limitada es nuestra inspiración. Pero cuando aspire el día sé inclinarán las sombras, porque cuando la luz llegue a su plenitud, no subsistirá la más leve sombra. Cuando venga lo perfecto se acabará lo limitado.

Sería suficiente lo dicho hasta aquí si se hubiese afirmado que ese día sopla, no que "aspira". Pero este detalle insignificante requiere, en mi opinión, señalar algo para explicar dónde radica la diferencia. Para decir la verdad, estoy convencido desde hace ya mucho tiempo que en este sagrado y precioso

texto no sobra ni la más leve partícula. Esa palabra solemos emplearla cuando deseamos algo con todas nuestras ansias, por ejemplo, cuando decimos: "éste aspira a tal honor o dignidad". En nuestro caso designa la maravillosa afluencia de cosas que van a sobrevenir impetuosamente sobre el espíritu ese día en que todo se hará espiritual; no sólo los corazones, sino en su proporción los cuerpos: Los que sean considerados dignos se nutrirán de lo sabroso de la casa del Señor, y se les dará a beber del torrente de sus delicias.

También puede significar esto: ya amaneció para los ángeles el día santificado, soplándoles con la fuerza inagotable de una corriente perpetua los misterios melifluos de la divinidad sempiterna. El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios; esa ciudad de la que se dice: En ti están todos los bienaventurados. También soplará sobre nosotros que habitamos en la tierra, y no sólo soplará, sino que aspirará para darnos cobijo en su dilatado seno. Para desarrollar más nuestra exposición, la situamos en el momento en que el hambre fue plasmado con el barro de la tierra. Entonces, tal como lo describe la historia veraz, el Creador inspiró en su nariz el aliento de la vida y por eso se convirtió en día de inspiración. Pero la envidia de la noche se lanzó sagaz contra este día, en forma de luz. Porque les prometió la ciencia como luz más esplendorosa, ofuscando al hombre con la inesperada tiniebla del funesto error de una nueva luz, y en nuestro origen primordial infiltró la horrible tiniebla de nuestra prevaricación mortal.

¡Ay, ay! ignorantes e insensatos caminan a oscuras, tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas. Por eso tomó la mujer el fruto del árbol que le entregó la serpiente, y aunque prohibido por Dios, lo dio a su marido y comenzó para ellos como un nuevo amanecer. Al punto se les abrieron los ojos y amaneció el día que conspira, venciendo al día que inspira para sustituir al día que expira. En efecto, conspiraron aliándose los príncipes contra el Señor y contra su Mesías: la astucia de la serpiente, las caricias de la mujer y la blandura del varón. Por eso dicen a la vez el Señor y su Ungido: El hombre es ya como uno de nosotros; ha condescendida con el pecado y ha engendrado la ofensa para los dos.

Ese día nacimos todos. Y llevamos impresa en nosotros la marca de la antigua conspiración. Permanece en nuestra carne Eva, por cuya hereditaria concupiscencia la serpiente se empeña con su inquina constante en reclamar nuestro asentimiento a su rebeldía. Ya dije que por esta razón los Santos maldijeron ese día, deseando que sea breve y se convierta cuanto antes en tinieblas, porque es un día de contradicción y batalla; la carne no ceja en su lucha contra el espíritu, oponiendo con incansable y habitual rebelión la ley de los miembros contra la ley del espíritu. Ahí tenemos el a de la expiración. Desde ese día y para siempre ¿quién vivirá sin ver la muerte? Por mucho que te irrite, yo siempre la he considerado como una gracia, para que los elegidos, a cuyo bien se encauza todo, no se cansen de una oposición tan molesta y duradera, por la cual conllevan la cautividad, porque la ley del pecado radica en sus propios miembros. A ellos mismos los horroriza y sufren con gran dificultad tan funesta cautividad y triste combate.

Corramos, pues, para aliviarnos un poco de esta vieja e inicua conspiración, porque los días del hombre están contados. Acojamos el

del pastor, os propongo la mansedumbre de Moisés, la paciencia de Job, la misericordia de Samuel, la santidad de David y otros buenos ejemplos de esa índole, pero soy severo e impaciente, y carezco de misericordia y santidad, he de temer que mis Sermones se vuelvan insípidos y los acodáis sin interés. Por eso lo pongo todo en manos de la bondad celestial, para que ella supla lo que yo pueda defraudaros y corrija en mí lo malo. Por lo demás, el buen Pastor lo remediará para poner la sal por sí mismo según el Evangelio, sabiendo que las palabras así condimentadas serán agradables y más provechosas para la salvación. Escoges lo que de momento se me ocurre sobre la guarda de la ciudad, la belleza de la esposa y el paseo de las ovejas.

Todavía quiero prolongarme un poco por aquellos que ansían los hombres con demasiada avidez, se imponen sin reflexión cargas pesadas y se exponen a diversos peligros, para que sepan a qué han venido, como está escrito: Amigo, ¿a qué has venido? Si no me engaño, para guardar la ciudad e intentarlo de una manera eficaz, se precisa un hombre fuerte, espiritual y fiel; fuerte para rechazar los asaltos, espiritual para descubrir las asechanzas y fiel para no buscar su interés. Para sanar o corregir las costumbres, como conviene a la belleza de la esposa, ¿quién no reconoce la necesidad de controlar la disciplina con gran diligencia?

Por ello todos a quienes incumbe esta misión deberán arder en ese celo que inflamaba al principal émulo de la esposa del Señor, que decía: Tengo celos de vosotros, los celos de Dios, pues quise desposaros con un solo marido, presentándoos a Cristo como virgen intacta. ¿Cómo podrá un pastor ignorante llevar los rebaños del Señor a los pastos de la palabra divina? Pero sí fuese experimentado y no bueno, será de temer que en vez de alimentarlo con una doctrina abundante le haga daño con su vida estéril. Quien no es a la vez sabio y virtuoso comete una temeridad aceptando en esas condiciones esta misión. Pero mira por dónde me veo obligado a terminar este sermón donde no acaba. Me reclaman para otra cosa inferior a ésta en dignidad. Me veo cercado y sin salida; no sé qué me cuesta más, arrancarme de aquí o que me lleven allá, aunque ambas cosas me molestan. ¡Ah, la servidumbre, la necesidad! No hago lo que quiero y hago lo que no deseo. Pero anotad bien dónde nos quedamos, para que en cuanto pueda liberarme y vuelva, comencemos por aquí, en el nombre del Esposo de la Iglesia, Cristo nuestro Señor Jesús, que es Dios sobre todo y por siempre. Amén.

no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas.

El Señor nos ha mandado: Estad en vela y orad para no ceder a la tentación. Es obvio que sin este doble esfuerzo de los fieles y sin la solicitud de los centinelas no pueden estar seguras la ciudad, la esposa y las ovejas. ¿Me preguntas cómo se diferencian entre sí? Son una misma cosa: ciudad por su colectivo, esposa por su amor, ovejas por su sumisión. ¿Deseas saber cómo esposa y ciudad son lo mismo? Dice: Vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Lo mismo descubrirás con relación a las ovejas, si recuerdas que aquel primer guardián -me refiero a Pedro-, cuando se lo encomendaron por primera vez las ovejas, fue prevenido con gran insistencia sobre el amor.

Esto no lo habría señalado con canto interés el que sabiamente se las entregó, si no se hubiese sentido esposo, tal como se lo exigía tan íntimamente la conciencia. Escuchadlo, amigos del Esposo, si es que sois sus amigos. Pero es muy poco llamaros "amigos", deben ser amiguísimos aquellos a quienes se les confía el privilegio de tanta familiaridad. No en vano te dijo tantas veces: Pero, "me amas", cuando le entregaba las ovejas. Creo que aquí se oculta una intención; como si Jesús le dijese: A no ser por el testimonio que te da la conciencia de que amas, que me amas mucho y perfectamente, esto es, más que a todo lo tuyo, más que a los tuyos y más que a ti mismo, de modo que se cumplan de verdad estos tres requisitos míos, no aceptes en manera alguna esa responsabilidad, ni te comprometas con mis ovejas por las que he derramado mi sangre. Terribles palabras que podrían destrozar los corazones más insensibles de cualquier tirano.

Por eso, todos a quienes os ha caído en suerte el deber de este ministerio, examinaos a vosotros mismos; prestad atención a vosotros y a este precioso tesoro que se os ha confiado. Es la ciudad: vigilad su custodia y su concordia. Es la esposa: cuidaos de adornarla. Son las ovejas: cuidad su pasto. Se suele decir no sin fundamento que estas tres cosas se relacionan con las tres preguntas del Señor a Pedro.

A su vez, para que la custodia de la ciudad sea suficiente, es preciso defenderla de tres cosas: de la violencia de los tiranos, del en año de los herejes y de las tentaciones de los demonios. La belleza de la esposa depende de sus buenas obras, de sus costumbres y de su moderación. Y el pasto de las ovejas está comúnmente en los pastos de las Escrituras, como herencia del Señor; pero hay que hacer varias distinciones. Están los mandatos, que con su ley de vida y disciplina se imponen a las almas duras y carnales; están las legumbres de las dispensas que se ofrecen a los débiles y pusilánimes ante la mirada de la misericordia. Y están los consejos sólidos y recios que se extraen de la más íntima sabiduría para los robustos, que ya tienen capacitados los sentidos y disciernen el bien y el mal. A los pequeños, cual otros corderillos, se les alimenta con la leche de a exhortación, no con comida. Para ello, los pastores buenos y solícitos no cesan de alimentarlos con ejemplos buenos y gozosos, y mejor con los propios que con los ajenos. Porque si no son suyos les resulta ignominioso, y así no aprovechan las ovejas.

Porque si yo, por ejemplo, que al parecer cumplo entre vosotros la tarea

día que respira antes de que nos trague la noche, que suspira por envolvernos en las tinieblas de la oscuridad eterna. ¿Me preguntas en qué consiste ese alivio? En que el espíritu a su vez fomente deseos contrarios a los de la carne. Si te resistes contra ella, respiras; si das la muerte a las obras de la carne, respiraste; si la crucificas con sus vicios y concupiscencias, respiraste. Castigo mi cuerpo y le obligo a que me sirva, no sea que después de predicar a otros me condene a mí. Son palabras del que respira, es más, del que ya ha respirado. Vete y haz tú lo mismo, para demostrar que has respirado y que ha amanecido para ti el día que inspira.

La noche de la muerte tampoco vencerá a este día renacido; más bien brillará la luz en las tinieblas y las tinieblas no la comprenderán. Estoy tan convencido de que la Luz de la vida permanecerá aunque se extinga esta vida, que a nadie se le pueden aplicar más propiamente estas palabras que a quien muera de este modo: Y la noche es la luz de mis delicias. ¿Por qué no ha de ver más claramente el que está libre de la niebla, o mejor, de su cuerpo vil? Al verse desligado de los lazos de su cuerpo será un auténtico salvado de la muerte, un vidente entre los ciegos.

Antaño cuando todo Egipto tenía cegados los ojos, sólo veía con nitidez en medio de las tinieblas aquel pueblo que miraba a Dios, esto es, Israel, porque dice la Escritura: Donde estaba Israel había luz. De la misma manera en este pueblo sumido en tinieblas los justos brillarán y podrán ver en la aterradora oscuridad de la muerte, con tanta mayor claridad cuanto más se hayan despojado de las sombras del cuerpo. En cambio, los que antes no respiraron, porque no buscaron la luz del día que inspira, ni les iluminó el Sol de justicia, irán a la oscuridad de las tinieblas más densas. Los que están en la noche aún entenebrecerán más, y los que ven verán mejor.

Quizá alguien aduzca y no impropiamente aquellas palabras del Señor: Al que tiene se le dará más; pero al que no tiene se le quitará aún lo que tiene. Y así es: a la hora de la muerte los que ven verán más, y a los que no ven se les privará de toda luz. Cuanto menos ven unos, más verán otros, hasta que a los primeros los arrebate la noche que suspira y a los segundos el día que aspira. El destino último de unos y de otros será la extrema ceguera y la máxima claridad. Desde esa hora no se les quitará ya nada a los vacíos, ni se añadirá cosa alguna a los llenos. Aunque éstos aún piensan recibir algo más, tal como se lo prometieron con estas palabras: Os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante.

¿Acaso no parece aún más lleno lo que desborda? Con gran gozo lo escucharás satisfecho y más lleno, si recuerdas estas palabras: Por siempre jamás. Este será, por tanto, el colmo del día que aspiras. Incrementará la medida de la plenitud inspirada, para aumentar la del día que inspira, produciendo sobremanera el peso sublime de la gloria, de modo que inunde hasta los cuerpos la añadidura de esta desbordante glorificación. Por esta razón no se dice que sopla, sino que aspira, porque implica algo más que la inspiración. De este modo alude al Espíritu Santo, pues lo que una ilumina interiormente, ésta lo decora por fuera y lo reviste con el manto de la gloria.

Así hemos explicado suficientemente el verbo "aspirar"; si deseáis saberlo, el día que as ira es el Señor a quien aguardamos, el cual

transformará la bajeza de nuestro cuerpo reproduciendo en nosotros el resplandor del suyo. El es también el día que inspira según la gracia, por la que nos hace respirar primero en la luz que inspira, para que seamos también el día que respiramos en él, a medida que nuestro hombre interior se renueva de día en día, renovándose en el espíritu a imagen de su Creador, y así se convierte en día del día y luz de la luz.

Por tanto, podemos distinguir en nosotros dos días: uno que inspira la vida corporal; y otro que respira en la gracia de la santificación. Aún queda otro día, el que aspira la gloria de la resurrección y brillará cuando se complete en nuestro cuerpo lo que antes sucedió en su cabeza, el gran sacramento de su bondad, testificado por el Profeta cuando dice: En dos días nos para revivir, al tercer día nos restablecerá y viviremos en su presencia; esforcémonos en seguida para conocer al Señor. Es aquel a quien los ángeles desean contemplar, el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

grande, que ni en el cielo es posible recibir otra semejante. ¿A qué ángel se le ha dicho alguna vez: Siéntate a mi derecha? Nadie pudo recibir esa gloria tan sublime ni entre los ángeles, ni entre los espíritus más elevados de la gloria. Absolutamente nadie fue capaz de escuchar la voz de una gloria tan singular, ni nadie pudo experimentar en sí mismo esa voz tan eficiente. Los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades desean mirar hacia él, mas no se atreven a compararse con él. Sólo a mi Señor se le ha dicho y se le ha concedido sentarse a la derecha de su gloria, porque es igual a él en gloria, consustancial en esencia, consemejante por generación, no desigual en majestad ni posterior en eternidad. Allí, allí lo encontrará el que lo busque y verá su gloria; no una gloria como la de los demás, sino una gloria propia del Unigénito del Padre.

¿Qué harás, esposa? ¿Piensas que puedes seguir tras él hasta allí? ¿Te atreves a entrometerte o te crees capaz de introducirte en tan santo misterio y en tan misterioso santuario, hasta contemplar al Hijo en el Padre y al Padre en el Hijo? No, ciertamente. Adonde él está, tú no puedes llegar ahora; te acercarás después. Animo, síguelo, búscalo; no desistas de buscarlo, ni desesperes de encontrarlo en aquella inaccesible sublimidad luminosa. Si puedes creer, todo es posible para el que tiene fe. A tu alcance está la palabra, dice, en tus labios y en tu corazón. Cree y lo encontraste, porque creer es encontrar. Los fieles saben que Cristo habita por la fe en tos corazones. ¿Hay algo más cercano? Búscalo, pues, confiada; búscalo con devoción. El Señor es bueno para los que lo buscan. Búscalo con tu deseo, síguelo con las obras, encuéntralo en la fe. Qué no encontrará la fe? Alcanza lo inaccesible, descubre lo desconocido, comprende lo inmenso, aprehende las postrimerías, abarca finalmente la misma eternidad de algún modo en su vastísimo seno. Diré con toda confianza: aunque no comprendo la eterna y santa Trinidad, creo en ella, y poseo con la fe lo que no alcanzo con el espíritu.

Pero dirá alguien: "¿Cómo puedo creer si no me predican, si la fe sigue al mensaje y el mensaje es la palabra de la predicación?" Dios proveerá. Ahí tiene a su alcance a los que necesita, para que la instruyan y la informen, le enseñen la fe y le entreguen los contenidos de la piedad y de la devoción a la nueva esposa que se desposará con el esposo celestial. Escucha lo que ella dice a continuación: Me han encontrado los guardias que rondan la ciudad. ¿Quiénes son esos guardias? Aquellos a quienes el Salvador llama dichosos en el Evangelio, si cuando él venga los encuentra alerta.

Qué buenos centinelas! Cuando nosotros dormimos ellos velan, y pasan toda la noche en vela porque tienen que dar razón de nuestras almas. ¡Qué buenos guardianes, que velan en su corazón y pasan toda la noche en oración, exploran las asechanzas de los enemigos, prevén los planes de los malvados, sueltan los cepos, eluden las trampas, separan las redes e inutilizan los artificios! Son los que aman a los hermanos y al pueblo cristiano, los que oran mucho por el pueblo y por toda la santa ciudad. Son los que, solícitos por las ovejas que el Señor les ha encomendado, madrugan para entregar su corazón al Señor que los creó y rezan delante del Señor. Velan y oran, porque conocen su incapacidad para guardar la ciudad Y porque si el Señor

a los perros y las joyas a los puercos; y, como dice la Escritura, impedir que el impío contemple la gloria de Dios. No conviene frustrar el mérito de la fe, mejor probada cuando cree lo que no ve; pues de este modo se reserva a los dignos lo que se oculta a los indignos, con el fin de que sean más impuros los que viven en la inmundicia y más justos los justos; tampoco es oportuno que las criaturas celestes se adormezcan con el tedio, no que los cielos más encumbrados se derritan frustrados en su expectación; ni que el mismo Padre omnipotente sienta malogrados los deseos de su corazón por más tiempo; ni que al Unigénito se le retrase lo más mínima su entrada en la gloria, porque sería indigno. ¿Cuánto crees que vale la gloria de todos los mortales, para que pueda demorar siquiera un instante la gloria preparada eternamente por su Padre?

Piensa además que por ninguna razón sería digno retrasar lo que pidió el mismo Hijo. ¿Quieres saber cuál fue esa petición? Aquella en la que dice: Padre, manifiesta la gloria de tu Hijo. Yo creo que la pidió; no suplicándola, sino conociéndola de antemano. ¡Con qué libertad se pide lo que es capaz de recibir el que lo pide! Si, a petición del Hijo es facultativa, no imprescindible; el da con el Padre todo lo que ha recibido del Padre.

Para decirlo todo, no sólo el Padre glorifica al Hijo; también el Hijo da gloria al Padre. Que nadie piense que el Hijo es menor que el Padre porque es glorificado por el Padre, pues él también da gloria al Padre, como dice el Hijo: Padre, manifiesta la gloria de tu Hijo, para que tu Hijo manifieste la tuya. Quizá creas todavía que el Hijo debe ser reputado inferior porque parece privado de gloria, y que recibe del Padre la gloria que él devuelve al Padre. Pero no es así: Glorifícame tú a tu lado, dándome la gloria que tenía junto a ti, antes que existiera el mundo.

Por tanto, si la gloria del Hijo no es posterior a la del Padre, porque ambas son eternas, el Padre y el Hijo se dan mutuamente la misma gloria. En este caso, ¿dónde queda la primacía del Padre? Son iguales porque son eternos. Y son tan iguales que su respectiva gloria es única, como el Padre y el Hijo son una misma naturaleza. Por eso creo que cuando le pide otra vez: Padre, manifiesta la gloria tuya, no le pide sino su propia glorificación, porque en él y por él se manifiesta la gloria del Padre. De ahí que el Padre le contestara: Acabo de manifestar mi gloria y volveré a manifestarla.

Esta respuesta fue una glorificación no pequeña del Hijo. Por lo demás es mucho mas expresiva y augusta la glorificación que se manifestó a orillas del Jordán, por el testimonio de Juan, la aparición de la paloma y la voz que decía: Este es mi Hijo el predilecto. Asimismo fue glorificado con gran solemnidad sobre el monte en presencia de los tres discípulos, con la misma voz que volvió a bajar desde el cielo, por la admirable y eximia transfiguración de su cuerpo y por el testimonio de los, dos Profetas, que se aparecieron allí mismo hablando con él.

Conforme a la promesa del Padre, sólo resta que lo glorifique de nuevo, con la plenitud de su gloria definitiva para siempre. ¿Pero dónde recibirá esa bendición? No donde lo esperaba la esposa en las calles y plazas, sino allí donde él dijo: Todas tus calles y plazas, Jerusalén, se pavimentarán con oro puro y todas tus casas aclamarán: ¡Aleluya! Ahí recibirá realmente del Padre una gloria tan

Sermón 73

Sentido literal de las palabras: vuélvete, etc. Y por que se aplican a la iglesia y a la sinagoga. Como estas palabras son propias de la iglesia primitiva y que se debe entender por cabra y cervatillo. Cuales son los montes de betel, sobre los que pide que se aparezca el esposo como la cabra y el cervatillo.

Vuélvete, aseméjate, amado mío, a la cabra y al cervatillo. ¿Cómo? ¿Acaba de irse y vuelves a llamarlo? ¿Qué ha sucedido en tan corto tiempo? ¿Se habrá olvidado algo? Sí ha olvidado todo lo que no sea él, incluido a sí misma. Aunque no está fuera de sí, no da señales de estar ahora en sus cabales. Ni siquiera sus sentimientos dejan traslucir ese rubor que revelan sus costumbres. Es una consecuencia de su amor apasionado. En efecto, este amor vence y cautiva el sentido del pudor, las formas de la oportunidad, las normas de la liberación, y engendra cierta desidia y olvido de la modestia y oportunidad. Observa cómo apenas se dio la vuelta, y ya le elige que vuelva. Incluso le pide que se dé prisa y que corra como si fuese cualquier animal veloz de los que, por ejemplo, una cabra o un cervatillo. Este es el sentido literal que afecta a los judíos.

Pero yo, tal como lo recibí del Señor, buscaré para mí el espíritu y la vida de la palabra sagrada: ésta es la porción que me ha correspondido porque creo en Cristo. ¿Por qué no he de extraer su dulce y salvador bocado espiritual de la letra estéril e insípida, como se separa el grano de la paja, la almendra de la cáscara, la médula del hueso? ¡No me interesa para nada la letra, si cuando la saboreo su gusto es carnal y si la trago acarrea la muerte! Pero lo que lleva en su seno viene del Espíritu Santo. Como dice el Apóstol, el Espíritu dice cosas misteriosas; pero Israel mantiene cerrado el mismo velo del misterio oculto. ¿No es porque todavía lleva el velo echado sobre su corazón? Así que el sonido de la letra es suyo; su significado, mío; por eso a letra le acarrea a él la muerte y a mí la vida por el espíritu.

El Espíritu es el que vivifica, dando inteligencia. ¿Acaso el entendimiento no es vida? Dice el Profeta al Señor: Dame inteligencia y viviré. El entendimiento no se queda fuera, no se detiene en la superficie, no palpa lo exterior como los ciegos, ahonda en lo profundo; ahí extrae con toda su avidez el botín de la verdad del que se apropia, para decir con el Profeta: Yo me alegraba con tu promesa como el que encuentra un rico botín. De esta manera se usa la violencia contra el Reino de la verdad y gente violenta quiere arrebatarlo.

Aquel hermano mayor que volvía del campo se parece al que lo antiguo y terreno que terminó prefiriendo la trilla a la herencia paterna. Con el rostro desencajado gime en su angustia bajo el pesado yugo de la ley, soportando el peso del día y el bochorno. Sigue afuera hasta hoy con el pensamiento a oscuras, y rehúsa entrar en la sala del banquete invitado por su padre, privándose incluso de participar en la música, en la danza y en el becerro cebado. ¡Desgraciado; se negó a experimentar qué dulzura y qué delicia es convivir los hermanos unidos! Esto la he dicho para mostrar la diferencia entre el destino de la Iglesia y el fin de la Sinagoga, para hacer más evidente

la ceguera de una y la prudencia de aquélla y para que se contrasten mejor su felicidad y su fatuidad digna de lástima.

Analicemos ya las palabras de la esposa; así inventaremos expresar los limpios actos del amor santo, de modo que de la palabra sagrada se excluya cuanto carezca de sentido, dignidad o congruencia. Si nuestro espíritu evocase aquel momento en que el Señor Jesús -él es el Esposo- pasó de este mundo al Padre, y lo que entonces sentía aquella Iglesia recién desposada y reunida en su propia casa, al ver que se quedaba abandonada a su esperanza como una viuda desolada -me refiero a los Apóstoles que lo dejaron todo por seguirle y estuvieron junto a él en sus pruebas-, si pensamos en ello creo que descubriremos con razón y sentido una gran tristeza ante su partida, y una gran ansiedad de que regrese, sobre todo por tanta afección y abandono.

Este doble motivo, el de su amor e indigencia, le inducía a rogarle al amado que, si bien no era capaz de convencerle para ir con él y subir donde antes estaba, al menos cumpliese cuanto antes la promesa de su venida. El hecho de que deseara y pidiese hacerlo igual que esos animales más veloces en su carrera, es clara señal de las ansias de su alma, incapaz de satisfacer nunca sus apremios. ¿No le pide todos los días cuando dice en su oración: Venga a nosotros tu reino?

Junto con su anhelo, yo creo que expresa con la misma claridad su desmayo, simbolizando en la cabra montesa el correspondiente a su sexo, y la edad representada en el cervatillo. En mi opinión, desea que venga con gran poder, pero no como juez en cuanto Dios sino como un recién nacido, el niño que nos nació sólo del sexo femenino más débil. ¿Por qué? Para recordarle con ambas debilidades que se aplaque el día de su ira y no olvide que el corazón supera a la justicia en el juicio. Si lleva cuenta de los delitos, aun los de los elegidos, ¿quién podrá resistir?

Ni siquiera el cielo es puro a sus ojos, ni considera fieles a los ángeles. Escucha lo que dice de Dios un santo y elegido: Tú perdonaste mi culpa y mi pecado; por eso que todo fiel que te suplique en el momento oportuno. También los sanos necesitan orar por sus pecados, para que les salve la misericordia sin confiar en su propia justicia. Porque todos pecaron y todos necesitan la misericordia. Y para que recuerde su misericordia en el momento de su ira, le pide la esposa que venga revestido de esa misericordia, como dice el Apóstol: Presentándose como hombre en su condición exterior.

Es que lo necesitamos. Si a pesar de esta moderación, hallarás tal equidad en el juicio, tal severidad en el Juez, tal encumbramiento en la majestad, tal cambio en toda la naturaleza, que según el Profeta nadie podrá imaginarse el día de su venida, ¿cómo piensas que sería si aquel fuego devorador -me refiero a Dios omnipotente- se lanzara en la inmensidad de su divinidad, en su poder y pureza contra la hoja que arrebata el viento, para mostrar su fortaleza persiguiendo a la hoja reseca? Es hombre también, pero ¿quién lo podrá ver? ¿Quién tendrá valor para mirarlo? Razón de más para que hombre alguno se crea capaz de soportar a Dios, si se nos muestra sin su humanidad, ya que su claridad es inaccesible, su altura inalcanzable, su majestad incomprensible.

Ahora bien, cuando se inflame de pronto su ira, ¿cómo descubrirá su

Sermón 76

Como busco la esposa por las calles y plazas al esposo, y por que lo hizo en vano, pues había vuelto al cielo: como glorifica el Padre al Hijo y el Hijo al Padre: como la fe encuentra al que no comprende el entendimiento y sobre los centinelas que guardan la ciudad de Dios; la misma es a la vez la esposa y las ovejas. Que es lo que corresponde a la guarda de la ciudad, al adorno de la esposa y al pasto de las ovejas, y quien debe ser elegido para ello.

Buscaré por las calles y plazas al amor de mi alma. Aún tiene los sentimientos de una niña; en mi opinión, ella esperaba que al salir del sepulcro el esposo se dirigiría según su costumbre a predicar en público, a sanar enfermos y manifestar su gloria en Israel, para ver si lo acogían ya resucitado quienes prometieron aceptarlo si b jaba de a cruz. Pero él ya había consumado la obra que le encomendó su Padre. Ella debía comprenderlo por lo que dijo todavía en la cruz poco antes de expirar: Todo está consumado. No tenía por qué entregarse de nuevo a las turbas, que tampoco así creerían en él. Y se daba prisa por volver al Padre que le había dicho: Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies. Porque su fuerza divina atraería a todos hacia él, cuando le levantasen de la tierra. Pero ella pensó que debía buscarlo por las calles y plazas, ansiando gozar pero ignorando el misterio. Y desengañada repitió lo mismo: Lo busqué y no lo encontré, para que se cumpliesen aquellas palabras: Porque me voy al Padre y ya no me veréis.

Quizá diría ella: "¿Cómo pueden creer en él si no lo verán?" Como si la fe naciese de la visión y no por la escucha de la palabra. ¿Acaso tiene mérito creer lo que ves, merece algún encomio admitir la fe gracias a lo que percibes con los ojos? Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia; y la paciencia reporta su mérito. Dichosos los que no han visto y han creído. Para no quitar su mérito a la fe, debe retirarse la visión y dar paso a la virtud. Además es hora de que vuelva a su lugar. ¿Preguntas dónde está? En la derecha del Padre.

No es un robo hacerse igual a Dios, si es de la misma naturaleza que el Padre. El lugar del Unigénito debe ser aquel en que toda injuria suya quede excluida. No debe estar sentado debajo, sino a su lado, para que todos honren al Hijo como veneran al Padre. Si no lo consideras ni inferior ni posterior al Padre, se manifestará la igualdad de la majestad. Pero ella no percibe nada de esto; va de un lado para otro ebria de amor, buscando con la mirada al que no lo perciben los ojos, sino la fe. Piensa que Cristo no debe entrar en la gloria hasta que se dé a conocer ante el mundo en la gloria de la resurrección, quede confundida la impiedad, se alegren los fieles, se ufanen los discípulos, se conviertan los pueblos, sea glorificado por todos, y cuando por la presencia del resucitado brille para todos la verdad del que la predijo. Te engañas, esposa: todo esto debe realizarse pero a su debido tiempo.

Entre tanto considera si no es más digno y más coherente con la justicia celestial, el no entregar lo santo

puede ser tan necia y obcecada que busque la luz en las tinieblas, o al amado entre los ignorantes y los que no lo aman. Como si dijese que busca ahora de noche y no que buscó. No dice: "busco", sino: Busqué noche tras noche al amor de mi alma. Lo cual significa: cuando era niña tenía mentalidad de niña, discurría como una niña y buscaba la verdad donde no estaba, vagaba sin sentido y no lo encontraba, como dice el Salmo: Me extravié como oveja perdida. Por eso sigue pensando que todavía está en el lecho, como corresponde a la edad del débil y pequeño.

Pero si ordenas la frase de esta forma: En mi lecho -se sobrentiende "estando" o "recostada"- busqué al amor de mi alma, no lo busqué en el lecho, sino que lo busqué estando en el lecho, esto es: cuan o todavía era débil e incapaz, totalmente inútil para seguir al esposo donde quiera que fuese, y acompañarle por el camino estrecho y elevado de su sublimidad, caí en manos de muchos, que conocedores de mi anhelo me decían: Mira, aquí está Cristo; míralo, está allí; y no estaba ni aquí ni allí. Caí, es cierto, pero me resultó muy provechoso. Pues cuando más cerca llegaba y lo examinaba con detención, antes y con mayor certeza conocí que ellos no poseían la verdad. Busqué y no encontré, porque sólo palpé noches que se llamaban días.

Y dije: Me levantaré y recorreré la ciudad por las calles y plazas, buscando al amor de mi alma. Fíjate cómo está echada la que dice: Me levantaré: ¡qué bello! ¿Cómo no iba a levantarse cuando se enteró que ha resucitado el amado? Por lo demás, dichosa tú, si has resucitado con Cristo y buscas como debes lo de arriba, no lo de abajo. Necesitas buscar a Cristo arriba, donde está sentado a la derecha del Padre. Pero dices: Recorreré la ciudad. ¿Para qué? Son los impíos quienes la merodean. Deja eso para los judíos, de los cuales vaticinó el Profeta: Hambrientos como perros vagan por la ciudad. Y según otro profeta: Entramos en la ciudad desfallecidos de hambre. No sucedería eso si en ella tuviese el pan de la vida. Resucitó del corazón de la tierra y no se quedó en la tierra. Ascendió a donde estaba primero. Pues el que bajó es el mismo que subió; el pan vivo que baja del cielo, él es el Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

rostro humano agradable para los hijos de la gracia como apoyo de la fe, solidez de la esperanza, argumento de la confianza! Porque será todo gracia y misericordia para sus santos y amabilidad para sus elegidos. Además el mismo Dios Padre dio a su Hijo poder para juzgar, no porque le pertenece, sino porque es el Hijo del hombre. ¡Oh verdadero Padre de las misericordias! Ha dispuesto que a los hombres los juzgue un hombre, para que frente al pavor y desconcierto de los malos, tranquilice a los buenos la semejanza de su naturaleza. Así lo anunció el santo David, orando y profetizando: Dios mío, confía tu juicio al Rey, tu justicia a hijo de reyes. Esto concuerda con la promesa de los ángeles, cuando decía a los discípulos después de su ascensión: El mismo Jesús que se han llevado de aquí al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse, es decir, con la misma forma y sustancia de su cuerpo.

De aquí se desprende que la es osa posee en su interior el sentido de Dios y que conoce el misterio del designio divino; bajo la sombra de unos animales pacíficos y débiles, o más bien inferiores -porque ya no habrá debilidades- nos anuncia con el amor de que ora y el espíritu del que profetiza, que a la hora del juicio se presentará ceñido de poder contra los insensatos, haciendo temblar a cielos y tierra con su fuerza; pero dulce y afable, y plenamente desarmado para con los elegidos.

También podemos considerar que para discernir a unos y otros será necesario fijarse en los saltos del cervatillo y en los ojos penetrantes de la cabra. Así podrá ver y distinguir entre aquella inmensa muchedumbre confusa, sobre quiénes debe saltar y por encima de cuáles debe pasar, para que no pisotee al justo por el impío, cuando derribe con ira a los pueblos. Respecto a los malvados, tendrá que cumplirse la profecía de David, palabra del Señor que habla por su boca: Los reduje a polvo que arrebata el viento, los pisoteaba como barro de las calles. Lo que dijo otro Profeta se cumplirá cuando diga volviéndose a os ángeles: Los pisé con mi cólera, los estrujé con mi furor.

Si alguien prefiere interpretarlo de modo que nuestro cervatillo deba pasar por encima de los malos y saltar sobre los buenos, no lo discuto, mientras siga pensando que siempre deberá saltar, para distinguir los buenos de los malos. Si mal no recuerdo, así lo dije en un sermón anterior, donde expuse lo mismo en otro versículo de la misma obra. Allí hacía relación a la gracia que en la vida presente se concede a unos, y a otros se deniega, conforme al designio de Dios justo pero oculto, y decía que el cervatillo saltaba por los buenos y pasaba sobre los malos; aquí, en cambio, lo aplicamos a la diversa y definitiva retribución de los méritos.

Quizá las últimas palabras del versículo, que por poco olvido, se adaptan a esta interpretación: Aseméjate, amado mío, a la cabra y al cervatillo. Y añade: Por los montes de Betel. Porque en la casa de Dios, que eso significa Betel, no hay montes malos. Por eso cuando salta sobre ellos el cervatillo no los pisotea; los alegra, para que se cumpla la Escritura: Montes y colinas romperán a cantar ante vosotros. Hay montes que según el Evangelio pueden ser trasladados con una fe semejante a la mostaza, pero no son los montes de Betel, pues a los que son de Betel no los traslada la fe, sino que los cultiva.

Si los Principados y Potestades y toda la multitud de los espíritus

celestiales y Virtudes de la gloria son los montes de Betel, a los cuales se alude cuando dice: Sus fundamentos están en los montes santos, nadie podrá considerar vil o despreciable al que aparece sobre unos montes tan excelsos como un poderoso valedor tanto más superior a los ángeles cuanto más extraordinario es el título que ha heredado. ¿Pero no dice el salmo que lo hizo poco inferior a los ángeles? Sí, pero que sea menor no obsta para que sea el mejor. No pueden contradecirse el Apóstol y el Profeta, puesto que paseen el mismo Espíritu.

Porque si bien se dignó aminorarse, no fue por necesidad; no se lo prescribe la bondad, es algo que se le atribuye. El Profeta afirma que se hizo menor, no que es menor, ensalzando la gracia y desechando la injuria. Porque la naturaleza rechaza el ser menor, y el aminorarse puede excusarse con un motivo. Si parece menor es porque quiso; por su amor y nuestra indigencia. Aminorarse fue compadecerse. ¿Perdió algo por ello? Ganó la misericordia lo que parecía perder la majestad. Aunque ni el Apóstol pasó por alto este gran misterio de su inmensa bondad, pues dijo: Al que Dios hizo un poro menor que los ángeles, a Jesús, por haber sufrido la muerte, lo ha coronado de gloria y dignidad.

Hemos expuesto esta cuestión a propósito del cervatillo y su alegoría, para aplicarlo al Esposo sin injuriar a su majestad, porque así se expresa la esposa. ¿Qué digo "sin injuriar a su majestad", si ni siquiera quedó deshonrada su debilidad? Es un cervatillo, pues se hizo un niño; lo compara con una cabra, porque nació de mujer, pero es más excelso que los monte; de Betel, encumbrado por encima de los cielos. No dice: "esto está por encima de los cielos", sino encumbrado por encima de los cielos, para que nadie piense que se habla de su naturaleza por la cual es el que es. Cuando lo compara con los ángeles, como más poderoso valedor, dice que ha sido elevado sobre ellos, no que es mejor.

Esto nos aclara que no sólo por ser eterno, sino por lo que fue en el tiempo, se reserva para sí toda excelencia por encima de los Principados y Potestades, y sobre toda criatura, porque es el primogénito de toda criatura. Por eso la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios es más potente que los hombres. Así lo dice el Apóstol; y a mí no me parece un error que alguien diga que la locura y debilidad de Dios supera a la sabiduría y fortaleza de los ángeles. Por tanto, el texto se puede aplicar con toda propiedad a la Iglesia universal.

Con relación a cada alma en particular -porque esposa suya es toda alma que ame a Dios dulce, sensata y apasionadamente- cada persona espiritual puede advertir lo que le dice su propia experiencia. Por mi parte, no me importa decir en público lo que al respecto se me ha concedido experimentar. Pues aunque parezca trivial y despreciable a quien lo escuche, me trae sin cuidado, porque el espiritual no me despreciará, y el que lo es menos no me entenderá. Sin embargo, si lo presento para otro sermón, quizá a algunos edifique lo que por sus ruegos vaya inspirándome el Señor Jesús, Esposo de la Iglesia, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo v por siempre. Amén.

pediríais que os unja. ¿No es éste aquel a quien su Dios lo ha ungido con aceite de júbilo entre todos sus compañeros? ¡Qué felices seríais, si de regreso pudieseis preciaros hasta decir que hemos recibido todo de su plenitud Porque así es de hecho. En realidad volvieron ungidas las que habían ido a ungirlo. ¿Por qué no las pudo ungir el gozoso anuncio de la nueva y embalsamadora resurrección? ¡Qué hermosos los pies de los heraldos que anuncian la paz y pregonan la buena noticia! Las envía el ángel para cumplir el oficio de evangelistas y se convierten en apóstoles de los Apóstoles, cuando caminan raudas para anunciar al amanecer la misericordia del Señor: Corremos tras el perfume de tus aromas. Desde entonces hasta hoy, en vano será buscado al Esposo en el lecho; aunque la Iglesia lo reconoció según la carne, esto es, en las debilidades de la carne, ahora ya no lo ve. Enseguida lo buscaron igualmente Pedro y Juan en el sepulcro, pero tampoco lo encontraron. Piensa si cada uno de ellos no pudo decir entonces con toda propiedad y razón: Busqué en el lecho el amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré. Cuando iba hacia el Padre la carne no recibida del Padre, se despojó antes de soda debilidad mediante la gloria de la resurrección, se ciñó de poder, lo envolvió la luz como un manto y se presentó ante a mirada del Padre con la gloria y hermosura que se merecía.

Bellamente dice la esposa no "al que amo", sino al amor de mi alma, porque en verdad y justicia sólo merece ese amor aquel que ama espiritualmente algo, por ejemplo, Dios, el ángel, el alma. Lo mismo podemos decir del amor a la justicia, a la verdad, a la piedad, a la sabiduría y a las demás virtudes. Pero cuando alguien ama carnalmente algo o mejor, cuando el alma apetece, por ejemplo, el sustento, el vestido, el poder y todo lo demás que es carnal y terreno, ese amor debe atribuirse más a la carne que al alma.

Por esta razón usa la esposa expresiones menos comunes, pero no menos propias para indicar que su alma ama al esposo, mostrando con ello que el esposo es espíritu y que ella lo ama no con un amor carnal, sino espiritual. Por eso precisa que lo busca noche tras noche. Pues si, como dice el Apóstol, los que duermen, duermen de noche, y los borrachos se emborrachan de noche, del mismo modo tampoco es absurdo, en mi opinión, afirmar que los ignorante ignoran de noche, y los que buscan busquen de noche. ¿Quién busca lo que está a la vista? El día deja manifiesto lo que la noche esconde; por eso encuentras de día lo que buscabas d noche. Es de noche cuando se busca al esposo, porque si fue e de día estaría a la vista y no se le buscaría. Baste lo dicho sobre esta materia; a no ser que el detalle de "noches" en plural entrañe aún otro misterio, porque no dice "noche"; sino noches.

Si tú no encuentras otra razón, yo creo que pueda ser ésta. El mundo tiene sus noches y no pocas. ¿Cómo digo que el mundo tiene noches, si casi todo él es una noche y está siempre en tinieblas? Noche es la perfidia de los judíos, la ignorancia de los paganos, la malignidad de los herejes, noche es la vida carnal y animal de los católicos. ¿No es de noche cuando no se percibe lo que es del Espíritu de Dios? Y cuantas sectas hay entre los herejes y cismáticos son otras tantas noches.

En vano buscáis en estas noches al sol de la Justicia y la luz de la verdad, esto es, al Esposo, porque no puede unirse la luz con las tinieblas. Pero alguien dirá que la esposa no

que cayó sobre los que estaban en la cárcel.

Aquella única visita se realizó entonces por la presencia del alma, cuando el cuerpo colgaba exánime de la cruz. La sangre regó la aridez, la sangre cayó sobre la tierra y la empapó. La sangre pacificó cuanto hay en cielo y tierra, no lo del infierno. Una sola vez, como he dicho, llega su alma y lo redimió parcialmente, para que ni en ese momento quedara ociosa la misericordia; pero no volverá más. Este es, pues, el tiempo propicio y apto para buscarlo, en el cual encuentra ciertamente el que busca, si busca donde y como s menester. Esta es la única razón que puede impedir el hallazgo del esposo al que lo busca: que no lo hace en el tiempo oportuno. No es éste el caso de la esposa, porque lo invoca y lo busca a su debido tiempo. Tampoco es que lo busque fríamente, con indiferencia o por compromiso; o busca como debe ser: con un corazón ardiente y siempre infatigable.

Nos falta analizar la tercera causa: tal vez lo busca donde no debe. En mi lecho busqué al amor de mi alma. ¿Acaso debía bucear en el lecho y no en la cama al que todo el orbe le resulta estrecho? A mí no me disgusta que busque en el lecho al que se hizo niño: un niño nos ha nacido. Gritad, jubilosos, hijos de Sión; ¡qué grande es en medio de ti el Santo de Israel! Pero este Señor grande en Sión es un niño entre nosotros, apareció débil entre nosotros; por una parte necesita acostarse, y por otra reclinarse en mi lecho. ¿No fue un lecho el sepulcro? ¿No fue un lecho el pesebre? ¿No fue un lecho el seno de la Virgen? El seno del Padre no fue un lecho, sino una cama amplia e la que dice al Hijo. Yo mismo te engendré en mi seno antes de la aurora. Sin embargo, sería más digno pensar que aquel seno no era tampoco una cama, pues allí no yace, más bien lo gobierna todo. Permanece en el Padre y rige el universo con el Padre. La fe cree segura que el Hijo del Padre no yace, sino que está sentado a la derecha del Padre; y manifiesta que su trono es el cielo y no su cama, para que recuerdes que en lo alto no existe el solaz para las debilidades, sino las señales de su poder.

Con razón habla la esposa de su propio lecho, pues ha tomado de nosotros todo lo que en Dios aparece débil. De nosotros asumió cuanto padeció por nosotros: nacer, criarse, morir, ser sepultado. Mía es la mortalidad del que nace, mía la flaqueza del niño, mío el último suspiro en a cruz, mía la dormición del sepulcro, aunque todo pasó y se ha renovado. En mi lecho busqué al amor de mi alma. ¿Cómo? ¿Buscabas en el lecho al que ha regresado a su mansión? ¿No has visto subir al Hijo del hombre donde estaba antes? Ya ha cambiado el cielo por el sepulcro y el pesebre ¿y todavía lo buscas en tu lecho?. Ha resucitado, no está aquí ¿cómo buscas en la cama al fuerte, en el lecho al grande, en el establo al glorificado? Entró en el poder del Señor, reina vestido de majestad; contempla sentado sobre Querubines al que hacía bajo la tierra. Desde entonces ya no yace, está sentado. ¿Y tú le preparas alivios como si estuviera postrado? Con la exactitud más absoluta está sentado para juzgar o se levanta para ayudar.

Vosotras, buenas mujeres, decidme: ¿A quién guardáis? ¿Para quién preparáis perfumes con los aromas que habéis comprado? Si conocierais la majestad del que vais a ungir, aunque se encuentra libre entre os muertos, quizá vosotras mismas le

Sermón 74

Como corresponde este texto al alma y al Verbo, y que es el ir y venir del Verbo como disposición suya para la salvación: como se comporta el alma ante la llegada del esposo y como percibe su llegada: que gracia y que verdad se simbolizan en la cabra y el cervatillo, y como sé pierde la gracia por la propiedad.

Vuélvete, dice; no hay duda que está ausente aquel a quien llama, aunque hace un momento que departió con ella. Parece que se alejaba y vuelve a llamarlo. Esta llamada inquieta es propia del gran amor de uno y signo de la gran amabilidad del otro. ¿Quiénes son los que así fomentan el amor tan incansables y empeñados en el negocio del amor? Porque a él lo persigue y a ella le apremia este amor tan desazonado. Fiel a mi promesa me incumbe aplicar este texto al Verbo y al alma; aunque confieso que necesito la ayuda del mismo Verbo para hacerlo con dignidad y brevemente. A decir verdad, este sermón debería pronunciarlo alguien mucho más experto y enterado del misterio de este santo amor. Pero no puedo ser infiel a mi deber ni defraudar vuestros deseos. Me meto en un compromiso, pero no lo eludo; me obligáis. Me exigís adentrarme en una materia sublime que supera mi capacidad.

¡Ay! Cuánto temo que me digan después: ¿por qué hablas de mis delicias y se atreve tu boca con mi misterio? Escuchad por compasión a un hombre que tiembla porque tiene que hablar, y no Puede callar. Quizá estos temores míos justifiquen mi atrevimiento; mucho más si al fin puedo edificaros en algo. Quizá tenga él también en cuenta este mi llanto. Vuélvete, dice la esposa. Bien; él se marchaba ya y le vuelve a llamar. ¿Quién podrá descubrirme el misterio de esta aparente veleidad? ¿Quién me explicará con competencia este ir y venir del Verbo? ¿Será un caprichoso el Esposo? ¿De dónde puede venir y a dónde será capaz de marcharse si él lo llena todo? ¿Qué traslación local podrá realizar, si es espíritu? En definitiva, ¿qué clase de movimiento, cualquiera que sea, le atribuyes a Dios? El es inamovible.

Quien sea capaz de comprender, que lo comprenda. Moviéndonos cauta y sencillamente, al exponer estas palabras sagradas y místicas sigamos el procedimiento de las Sagradas Escrituras, que expresa con términos nuestros la sabiduría oculta en los misterios. A través de figuras nos da a conocer a Dios para que le amemos; con imágenes conocidas y tomadas de las criaturas sensibles, como si fuese una bebida de composición vulgar, nos brinda al espíritu humano lo más maravilloso, lo desconocido e invisible de Dios. Imitemos, pues, nosotros también este proceso de la palabra pura y di amos que el Verbo de Dios, Dios y Esposo del alma, cuando le place viene al alma y de nuevo la abandona; y que esto lo experimentamos con los sentidos del alma, no por la simple vibración de las palabras.

Por ejemplo, cuando el alma siente la gracia, conoce su presencia; cuando no la siente, se queja de su ausencia y de nuevo requiere su presencia, diciendo con el Profeta: Te han buscado mis ojos, Señor, tu rostro buscaré. ¿Cómo no ha de buscarlo?

Cuando su dulce esposo se retira, es incapaz, no ya de desear otra cosa, sino incluso de pensarla. Su única salida es buscar con todo afán al ausente, y amarlo otra vez cuando se va. Así pues, hace venir al Verbo y lo llama con el deseo del alma, la de esa alma, a la cual ya ha regalado antes con su dulzura. ¿No es su anhelo una verdadera llamada? Y muy fuerte. Lo dice el texto sagrado: El Señor escucha los deseos del pobre. Al alejarse el Verbo se escucha una queja continua del alma, un deseo continuo, en continuo vuélvete, hasta que vuelva.

Dame ahora un alma familiarizada con la visita del Verbo esposo: ese trato la hará atrevida. Su deleite, hambrienta; su desprecio de todo lo demás, contemplativa. Yo sin duda alguna le asignaré el título y el nombre de esposa, y no consideraría ajeno a ella el texto que tenemos entre manos. Ella es la esposa de la que se nos habla aquí: Su llamada prueba sin duda que merece su presencia, aunque no sea frecuente. De lo contrario, no volvería a requerirlo: simplemente lo llamarla. Así se deduce del verbo que usa: Vuélvete. Quizá se haya escondido para que vuelva a amarlo con mayor ansiedad y ser más tenaz en retenerlo.

El a veces finge que se va muy lejos, no porque sea ése su deseo, sino porque le gusta escuchar: Qué ate con nosotros, que está atardeciendo. En otra ocasión, cuando caminaba sobre las aguas y los Apóstoles remaban muy cansados, fingió seguir adelante, cosa que no lo pretendía sino para probar su fe y provocar su oración. Al final, como dice el Evangelista, se asustaron y gritaron tomándolo por un fantasma. Este mismo disimulo piadoso, incluso este plan de salvación al que a veces recurrió el Verbo en su carne mortal, no cesa de repetirlo habitualmente el Verbo espíritu, en su condición espiritual, con el alma que se le ha entregado. Pasa de largo y pretende que se le detenga; se marcha, para que se le llame. Porque el Verbo no es irrevocable: va y vuelve a su gusto, como visitándola al amanecer para probarla de repente. Su marcha es en cierto sentido un tanteo, pero su regreso siempre es voluntario: ambas cosas están perfectamente justificadas. Sólo él se reserva el motivo.

La experiencia dice, en efecto, que estas alternativas del Verbo que va y viene, se realizan en el alma; escuchad: Voy y vuelvo a vosotros. Y también: Dentro de poco ya no me veréis, pero un poco más tarde me volveréis u ver. ¡Oh, este poco y este otro poco! ¡Qué poco tan largo! Señor bueno, ¿crees que es sólo un poco el tiempo que no te vemos? Respetemos la palabra de mi Señor, pero se hace largo, demasiado largo. Sin embargo, ambas cosas son verdaderas: es muy poco tiempo para merecer y muy largo cuando se desea. Las dos aparecen en el Profeta: Aunque tarde, espéralo, que ha de llegar sin retraso. ¿Cómo no va a legar con retraso, si tarda, si lo que es más que suficiente para nuestros méritos no sacia, sin embargo, nuestro deseo? Al alma que ama la queman los deseos, la atraen sus añoranzas; no atiende a los méritos, cierra los ojos a la majestad, los abre al goce, los clava en el Salvador, trata con él familiarmente. Sin miedo y sin rubor llama al Verbo y aspira de nuevo a sus delicias llena de confianza, invocando con su habitual libertad, no al Señor, sino a su amado: Vuélvete, amado mío; y añade: Aseméjate al cabrito y al cervatillo sobre los montes de Betel. Pero de esto trataremos después.

Ahora soportad un poco mi insensatez. Deseo contaros, porque a

pueden decir con el Profeta: Cristo el Señor es un espíritu que anda delante de nosotros. Y con el Apóstol: Antes conocimos a Cristo según la carne, ahora no lo conocimos así. ¿No es él a quien buscaba la esposa? El es el verdadero esposo, amante y amable. El es, digo, el verdadero esposo. Así como su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida, todo lo suyo es auténtico, porque es precisamente la Verdad.

¿Por qué no encuentra a este esposo cuanto lo busca reclama con tanto anhelo y diligencia en el lecho, en la ciudad por las calles y plazas? ¿No dice él: Buscad y encontraréis, y el que busca encuentra? El Profeta se lo dice abiertamente: ¡Qué bueno eres, Señor, para el alma que le busca! Y lo mismo repite el santo Isaías: Buscad al Señor mientras se le puede encontrar. ¿Cómo se cumplirán las Escrituras? Porque esta alma que busca no es una de aquellas a las que dijo: Me buscaréis y no me encontraréis.

Pero escuchad estas tres razones que ahora se me ocurren, por las cuales pueden quedar frustrados los que lo buscan: o no lo buscan a su debido tiempo, ni como es menester, ni donde es debido. Si todo tiempo es hábil para buscarlo, ¿por qué dice el Profeta que he mencionado: Buscad al Señor mientras se le puede encontrar? Sin duda habrá un tiempo en que no se le pueda encontrar. Por eso añade: mientras está cerca, porque sucederá que después no es él próximo. ¿Quiénes son los que no lo encontrarán? Dice: Ante mí se doblará toda rodilla, etc. Pero no lo encontrarán los impíos, pues se lo prohibirán los ángeles que toman la venganza y los echarán fuera, para que no vean la gloria de Dios. También clamarán en vano las vírgenes necias: no saldrá a su encuentro, porque la puerta está ya cerrada. Piensen, por tanto, que es a ellas a quienes se les dice: Me buscaréis y no me encontraréis.

Por lo demás, ahora es el tiempo propicio, ahora es el día de la salvación: es tiempo de buscar y clamar, pues antes de invocarle, ya se siente su presencia. Escucha otra promesa: Antes de que me invoquéis, os diré: Aquí estoy. No se le ocultó la disponibilidad y oportunidad de este tiempo al Salmista: El Señor escucha los deseos de los humildes; les prestas oído y los animas. Si buscamos a Dios media te las buenas obras, trabajemos por el bien de todos mientras tenemos tiempo, especialmente cuando el Señor nos avisa claramente que legará la noche en que nadie puede trabajar. ¿Acaso crees que ese tiempo apto para buscarle y hacer el bien lo encontrarás en los siglos venideros, y no en un plazo que te ha señalado Dios Para acordarse de ti? Por eso éstos son los días de la salvación porque en ellos Dios, nuestro Rey, ha realizado la salvación en medio de la tierra.

Vete, pues, tú y espera la salvación en medio del infierno, cuando ya está realizada en m dio de la tierra. ¿Por qué sueñas con la gracia del perdón en las llamas eternas, si ya ha pasado el tiempo de la misericordia? Serás incapaz de ofrecer un sacrificio por tus pecados, si mueres en el pecado. No vuelve a ser crucificado el Hijo de Dios: murió una vez y ya no muere más. La sangre que derramó sobre la tierra no bajó hasta los infiernos. La bebieron todos los pecadores de la tierra; no podrán reclamarla los demonio para extinguir sus llamas, ni los hombres asociados con los demonios. Bajó allí una vez su alma, no su sangre; ésta fue la suerte

Sermón 75

Sentido literal de las palabras: en mi lecho, etc. Y por que oculta el encuentro. Tres son las causas por las que quienes lo buscan se ven privados del encuentro: el tiempo, la tibieza y el lugar: en este texto la causa de esta privación es el lugar: por que dice: al que busca mi alma, y cuales son las noches en que busca al esposo.

En mi lecho, por la noche; buscaba al amor de mi alma. El esposo no regresó ante la voz y el deseo del que lo llamaba. ¿Por qué? Para aumentar su deseo, probar su afecto y hacerle descubrir las dificultades del amor. Se trata de una ficción, no de un enfado. Es preciso buscar, para encontrar al que fue llamado y no vino; así lo dice el Señor: Todo el que busca encuentra. Las palabras con que lo llama son éstas: Vuélvete, aseméjate, amado mío, a la cabra y al cervatillo. Al no volver con estas palabras, por la causas que ya conocemos, arde su amada con un amor más ansioso y al punto comienza a buscarlo con toda avidez. Primero lo busca en el lecho y no lo encuentra. Se levanta y recorre toda la ciudad, da vueltas por calles y plazas y no lo encuentra n aparece. Pregunta a todos los que se le cruzan y nadie le da noticia. Al decir: Lo busqué por as noches, declara que lo buscó noche tras noche y todo fue en vano.

¿Qué clase de añoranza y qué pasión es esta que le impulsa a levantarse de noche y no la detiene ni el bochorno público para vagar sin sentido por la ciudad, para preguntar sin orden ni concierto por su amado públicamente, y nada la haga desistir de rastrear sus pasos, no le arredre dificultad alguna, ni le importe dejar el descanso, ni su reputación de esposa, ni el miedo a la noche? Y, sin embargo, hasta ahora han fracasado todos sus deseos. ¿Por qué? ¿Qué significa esta empeñada y prolongada desilusión, fomento del tedio, pábulo de sospechas, tea de impaciencias, madrastra del amor y madre de la desesperación? Aunque se trate de una ficción, es excesiva y molesta.

Concedido que fuese una ficción piadosa y útil de momento, cuando todo se reducía a llamarlo para que vuelva. Pero cuando se le requiere de esta manera, ¿qué puede aportar ese proceder? Si se tratara de unos es osos carnales y de unos amoríos deshonestos, como parece sugerirlo su lectura somera y literal, no me preocuparía que pasara esto entre los dos: allá ellos. Pero si se trata de almas que buscan al Señor con su espíritu y afecto, por poco que queda ayudarlas deberé responder y satisfacerlas, entresacando de la Escritura santa, de la cual están convencidos que les mana la vida, algo decisivo y espiritual, para que coman los desvalidos hasta saciarse y vivan sus corazones para siempre.

¿Hay algo tan vital para los corazones como mi Señor Jesús, del cual decía alguien que vivía de él: Cuando se manifieste Cristo que es nuestra vida, con él os manifestaréis también vosotros gloriosos? Que se presente él aquí y que nos diga en verdad a nosotros: En medio de vosotros está alguien a quien no conocéis. Aunque no sé cómo ignoran las personas espirituales al esposa espíritu, si su alma avanzó tanto que

ello me comprometí, cómo me va a mí en este aspecto. No es prudente hacerlo; pero me descubriré sólo para vuestro bien, y si os sirve de algo será un consuelo para mi necedad; de lo contrario, reconoceré mi torpeza. Os confieso que el Verbo ha llegado también hasta mí -lo digo como sin juicio y muchas veces. Y a pesar de esa frecuencia, alguna vez no lo sentí cuando entró. Sentí su presencia, recuerdo su ausencia; a veces incluso pude presentir su entrada, pero nunca sentirla, y tampoco su salida. De dónde venía a mi alma o a dónde se fue cuando la dejó de nuevo, confieso que lo ignoro incluso ahora mismo, según aquello: No sabes de dónde viene y a dónde va. Y no es extraño, porque lo dice de él mismo: Y no queda rastro de sus huellas.

Es claro que no lo percibe la vista, pues carece de color; ni los oídos, porque no es un sonido; ni el olfato, porque no se transmite al aire sino al espíritu; ni infecta la atmósfera, porque la creó; ni el paladar, porque no se mastica ni se traga; ni la descubrí al tacto, porque no se puede palpar. ¿Pues por dónde entró? ¿No será más exacto decir que ni siquiera entró? Que no vino de fuera? Porque no es algo que esté fuera de nosotros. Pero tampoco me vino de dentro, porque él es bueno y yo sé que en mí no hay bondad alguna. Subí también por encima de mí mismo y allí estaba el Ver o en la cumbre. Bajé a mis propias profundidades como en curioso sondeo y allí la encontré. Moré fuera de mí y descubrí que está más allá de cuanto me rodea; miré dentro y él estaba aún más adentro. Entonces comprendí la verdad de lo que había leído: En él vivimos, nos movemos y existimos. Feliz aquel en quien está él, dichoso el que vive para él y se mueve por él.

¿Me preguntas entonces cómo conozco su presencia si sus caminos son totalmente irrastreables? Es vivo y enérgico, y en cuanto llegó adentro despertó mi alma dormida; movió, ablandó e hirió mi corazón que era duro, de piedra y malsano. También comenzó a arrancar y destruir, edificar y plantar; a regar lo árido, iluminar lo oscuro, abrir lo cerrado, incendiar lo frío. Además se dispuso a enderezar lo torcido, e igualar lo escabroso para que mi espíritu bendijese al Señor y todo mi ser a su santo nombre. Así entró en mí el Verbo esposo varias veces y nunca me dio a conocer las huellas de su entrada: ni en su voz, ni en su figura, ni en sus pasos.

No se me dejó ver ni en sus movimientos, ni penetró por ninguno de mis sentidos más profundos: como os he dicho, sólo conocí su presencia por el movimiento de mi corazón. Advertí el poder de su fuerza por la huida de los vicios y por el control de los afectos carnales. Admiré la profundidad de su sabiduría por el descubrimiento o acusación de mis pecados más íntimos. Experimenté la bondad de su mansedumbre por la enmienda de mis costumbres. Percibí de algún modo su maravillosa hermosura por la reforma y renovación del espíritu de mi mente, es decir, de mi ser interior; y quedé espantado de su inmensa grandeza al contemplar todas estas cosas.

Pero cuando se aleja el Verbo todo se vuelve inmóvil e insulso por cierta languidez, como si sacaras del fue o una olla hirviente; esta señal de su partida entristece inevitablemente mi alma, hasta que vuelve de nuevo y mi corazón se enardece otra vez dentro de mí, mostrándome en esto la prueba de su regreso. Con esta experiencia del Verbo ¿será extraño que haga mías las palabras de la esposa cuando lo llama

en su ausencia si me devora un ansia, no igual pero semejante en parte al menos a la suya? Mientras viva, será para mí algo familiar esa palabra con que llama al Verbo para que vuelva: vuélvete. Y cuantas veces se aleje, otras tantas la repetiré; como pegado a la espalda del que se va, no me cansaré de gritar con el ardiente deseo de corazón para que regrese y me devuelva la alegría de su salvación y se me dé a sí mismo.

Os lo confieso, hijos: nada me satisface si no está presente el único que me agrada. Y lo único que pido es que no venga vacío, sino lleno de gracia y de verdad, como él sabe hacerlo, como lo hace siempre. Aquí me parece que se puede encontrar cierta semejanza con el cabrito y el cervatillo: la verdad tiene los ojos del primero, y la gracia la alegría del segundo.

Ambas cosas me son necesarias: la verdad, de la que no puedo esconderme; y la gracia, de la que no quisiera ocultarme. Si faltase alguna de las dos, la visita no sería plena; la severidad de una sería insoportable sin la otra, y la alegría sin la verdad podría parecer un relajamiento. La verdad sin el condimento de la gracia es amarga, y la misma devoción sin el freno de la verdad sería ligera, inmoderada y hasta insolente. ¿No fue perjudicial para muchos recibir la gracia, porque al mismo tiempo no contaron con la moderación de la verdad? Por eso, les halagó la gracia más de lo debido, sin respetar la mirada de la verdad. No tuvieron en cuenta la madurez del cabrito y se entregaron de lleno a la ingenua alegría del cervatillo. Esa es la razón por la que se vieron privados de la gracia: pretendieron regocijarse excesivamente, y más tarde tuvieron que escuchar: Ahora, pues, entendedlo y servid al Señor con temor, rendidle homenaje temblando.

Cierta alma santa dijo en sus días de fervor: No vacilaré jamás, y de repente sintió que el Verbo le retiraba su rostro; eso la conmovió y quedó desconcertada. Así aprendió en su tristeza que debía haber poseído el peso de la verdad junto con la gracia de la devoción. Según esto la plenitud de la gracia no depende sólo de la gracia ni de la verdad. ¿De qué te sirve saber lo que debes hacer, si no se te concede querer hacerlo? ¿O si quieres, pero no puedes? ¡A cuántos he conocido muy tristes por percibir la verdad y mucho más porque no podían acogerse a la ignorancia como excusa, por no cumplir lo que conocían como una exigencia de la Verdad!

Si las cosas son así, no basta lo uno sin lo otro. Me he quedado corto: ni conviene. ¿Por qué lo sabemos? Escucha: El que sabe cómo comportarse bien ya no lo hace, está en pecado. Y también: El empleado que conociendo el deseo de su señor no hace bien las cosas, recibirá muchos palos. Esto en cuanto a la verdad. ¿Y con respecto a la gracia? Está escrito: Detrás del pan entró en él Satanás. Lo decía de Judas Iscariote que recibió el don de la gracia, pero como no caminaba en la verdad con el Maestro de la verdad, o mejor con la Verdad-maestra, se entregó al diablo.

Escucha también: Los alimentó con flor de harina, los sació con miel silvestre. ¿A quiénes? A los enemigos del Señor que lo adularon. Aquellos a quienes alimento con pan y manteca le mintieron, se declararon enemigos, porque separaron la verdad y la gracia. Dice de ellos en otro lugar: Hijos ajenos me mintieron, hijos ajenos se endurecieron y cojearon en sus

caminos. ¿Cómo no iban a cojear, si anduvieron sólo con el único pie de la gracia y sin el de la verdad? Su suerte quedó fijada para siempre, como la de su jefe primordial, que no se mantuvo en la verdad, mintió desde el principio y por eso escuchó: Tu esplendor te trastornó el sentido: No deseo la hermosura que me prive de la sabiduría.

¿Me preguntas cuál es esa hermosura tan nociva y perniciosa? La tuya. ¿Acaso todavía no te has enterado? Escúchalo más claramente: la tuya; la propia. No echamos la culpa al don, sino a su uso. Si te fijas atentamente, no le echa en cara que perdió la sabiduría por el esplendor, sino por "su esplendor". Y si no me engaño, el esplendor del ángel y el del alma son iguales. Sin la sabiduría, ¿qué son cualquiera de los dos sino ruda y deforme materia? La sabiduría no sólo lo formó, sino que lo hizo hermoso. Pero la perdió cuando la hizo suya. Y al decir que la perdió por su esplendor, quiere decir que por su sabiduría perdió la sabiduría. Lo que está en cuestión es la propiedad.

Fue sabio para sí mismo, no dio gloria a Dios, no devolvió gracia por gracia, no caminó con ella en la verdad, sino que la retorció según su voluntad: por todo esto la perdió. Y todo esto es lo que perdió. Poseerla de esa manera es perderla. Si Abrahán fue Justificado por sus obras, tiene que estar orgulloso, pero no ante Dios. Yo añado: "No puedo confiarme en la seguridad". "Perdí todo lo que no poseo en Dios". ¿Está alguien más perdido que cuando se destierra de Dios? ¿Qué es la muerte sino la privación de la vida? La perdición no es otra cosa que la ruptura con Dios. ¡Ay de los que os tenéis por sabios y os creéis perspicaces! Se dice de vosotros: Anularé el saber de los sabios, descartaré la cordura de los cuerdos. Perdieron la sabiduría, porque su sabiduría los perdió. ¿Qué no iban a perder si ellos mismos estaban perdidos? ¿Acaso no caminan perdidos aquellos a quienes ignora Dios?

Yo pienso que las vírgenes necias lo fueron precisamente por llamarse sensatas; y se trocaron insensatas. Estas son las que han de escuchar: No os conozco. Y los que usurparon para su propia gloria el honor de hacer milagros, escucharán también: Nunca os he conocido. Verán con toda claridad que la gracia no sirve para nada, sino que es un impedimento cuando en su intención no reina la verdad. Pero en el Esposo encontramos las dos. Lo dice Juan Bautista: La gracia y la verdad se hicieron realidad en Cristo Jesús. De modo que si el Señor Jesús llama a mi puerta -pues es el Verbo de Dios y el Esposo del alma- y solamente ama con una de las dos, no entrará como esposo, sino como juez. ¡Ojalá nunca suceda! No llame a juicio a su siervo. Que entre pacífico, que entre gozoso y alegre; que entre también alguna vez sereno y severo, para que con el rostro severo de la verdad reprima mi insolencia y purifique mi alegría. Que entre saltando como el cervatillo, cometido como el cabrito, que pase por encima de la culpa y mire la pena con misericordia. Que entre como si bajara de los montes de Betel, festivo y radiante, saliendo del Padre, dulce y misericordioso, y no se desdeñe llamarse y hacerse Esposo del alma que lo busca; él es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén:

quizá de ti que tienes el celo de Dios, pero mal entendido? No creas que esto carece de importancia. Recuerda que está escrito: Si no lo sabe, peor para él. ¿Quieres mi consejo para esta segunda necesidad? El mismo que para la primera. Yo le insinúo que también ahora te dirijas al Verbo y te mostrará sus caminos, no sea que por ignorar el bien y desearlo, te suceda que en tu carrera te pases de largo y te descarríes por una soledad sin caminos. Porque el Ver o es luz: La explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes. Serás dichoso si tú también puedes decir: Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mis senderos. Le vendrá muy bien a tu alma si su voluntad ya ha cambiado y su razón se ha iluminado: deseará el bien y lo conocerá. Por una parte reencuentra la vida, y por otra la visión. Porque si desea el mal está muerta, y si ignora el bien está ciega.

Ya vive, ya ve; ya se mantiene en el bien, mas con la ayuda y la intervención del Verbo. Se mantiene erguida, elevada por la mano del Verbo, como sobre sus dos pies, que son la devoción y el conocimiento. Repito que está en pie, pero escuche como dicho para ella: Quien se ufana de estar en pie, cuide no caerse. ¿Crees que puede de por sí mantenerse en pie, si no fue capaz de incorporarse por sí misma? Pienso que no. Los cielos se asentaron en el Verbo del Señor ¿y se asentará la tierra sin el Verbo? Si pudiese mantenerse en pie, ¿por qué oraba aquel hombre desde la tierra diciendo: confírmame con tus palabras? Es que lo había experimentado. Recuerda lo que dijo: Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayuda.

¿Preguntas quién es el que empujaba? No es uno solo. Empuja el diablo, empuja el mundo, empuja el hombre. ¿Preguntas quién es ese hombre? Cada uno de nosotros. No te extrañe: de tal manera se empuja él hombre a sí mismo y es su propio demoledor, que no deberás temer a nadie que te empuje si tú mismo detienes tus propias manos. ¿Quién podrá haceros daño si os dais con empeño a lo bueno? Tu mano es tu consentimiento. Si cuando el diablo os sugiere o el mundo os aconseja algo que no conviene, detienes tu asentimiento y no entregas tu cuerpo como instrumento de la maldad ni permites que reine más el pecado en tu cuerpo mortal, entonces te mostraste émulo del bien y en nada te hizo daño la maldad.

Todo lo contrario: te sirvió para el bien. Porque escrito está: Obra el bien y te reportará alabanza. Sufrieron una derrota ignominiosa los que te perseguían a muerte y podrás cantar: Si no me dominan, quedaré sin mancha. Has dado pruebas de ser un buen rival si con el consejo del Sabio te compadeces de tu alma, si guardas tu corazón con toda vigilancia, y si, como dice el Apóstol, te conservas honesto. De lo contrario, aunque ganes el mundo entero, si malogras tu alma, ni nosotros ni el Salvador te consideraremos un buen rival.

Tres son los que amenazan al que está en pie: el diablo con su envidiosa malicia; el mundo con la brisa de la vanidad y el hombre que se induce a sí mismo con el peso de su corrupción. El día lo empuja; pero no derriba si le niegas tu colaboración, tu asentimiento. Por eso se dice: Resistid al diablo y huirá de vosotros. Este es él que por su envidia empujó a los que estaban en el paraíso de pie y los derribó, pero porque consintieron y no resistieron. Ese es el que se arrojó a sí mismo desde el cielo sin que nadie lo

tiempo. La creación sí tiene un comienzo temporal; y la inspiración se realiza en un momento del tiempo, donde y cuando Dios quiere. Pero si lo consideramos bien, la Iglesia de los elegidos ha estado siempre predestinada en el seno de Dios. Y si esto desconcierta al infiel escuche algo aún más extraño: siempre ha sido amada.

¿Por qué no voy a tener la audacia de descubrir el secreto que me reveló en el seno de Dios aquel maravilloso portavoz de los planes divinos? Me refiero a Pablo, que en esto y otras muchas cosas no vaciló divulgar los misterios de su inagotable bondad, diciendo: Nos ha bendecido por medio de Cristo desde el cielo con toda bendición del Espíritu, porque nos elogió con él antes de crear el mundo, para que estuviéramos consagrados y sin defecto a sus ojos por el amor; y añade: Destinándonos ya desde entonces a ser adoptados por hijos suyos por medio de Jesucristo, conforme a su querer y a su gloriosa generosidad, que derramó sobre nosotros por medio de su Hijo querido. Obviamente esto lo dice por boca de todos los elegidos, que constituyen la Iglesia. Por tanto, en esa intimidad tan profunda que es su eternidad, antes de que diera a luz la obra de esta creación, ¿quién ni siquiera entre los espíritus bienaventurados pudo en modo alguno encontrar a la Iglesia, a no ser aquel a quien Dios eterno quiso revelarlo?

Pero una vez que, cuando plugo al Creador, emergió bajo estas formas de imágenes creadas y visibles, no la encontraron en seguida ni los ángeles ni los hombres. No la reconocieron porque estaba ensombrecida por la imagen del hombre terreno y cubierta por la oscuridad de la muerte, con cuyo velo común de confusión entran todos los hombres en esta vida a excepción del único que nació limpio de pecado. Este es el Emmanuel; hecho uno de nosotros se vistió de nuestra maldición y de nuestra semejanza de pecado, pero no de la realidad del pecado.

Por eso puedes leer que apareció en una condición pecadora como la nuestra y en su carne mortal sentenció contra el pecado. Por lo demás, él solo padeció todo por todos, es decir por los elegidos y por los réprobos; porque no hay distinción. Todos pecaron y todos llevaron el baldón de su deshonra. Por esa razón, aunque ya existía la Iglesia creada en las realidades del Hacedor, sin embargo, ninguna criatura podía encontrarla o reconocerla, oculta entonces de dos maneras: en el seno de la feliz predestinación o entre la masa de la infeliz condenación.

Sin embargo, aquello que había ocultado eternamente la sabiduría predestinadora, y no había sacado a luz el poder creador, lo reveló a su tiempo la gracia mediante un efecto que antes llamé inspiración. Infundió a los espíritus humanos la inspiración del Espíritu, para dar paso al Evangelio de la paz, esto es, preparar el camino al Señor y el Evangelio de su gloria para los corazones de cuantos estaban predestinados para la vida. En vano los centinelas se habrían esforzado en predicar, si no los hubiera precedido esta gracia. Pero ahora ven que la palabra corre veloz y los pueblos de las naciones se convierten al Señor con toda facilidad; que las tribus y lenguas concurren a la unidad de la fe y que los confines de la tierra se acogen a una sola madre católica; así reconocen las riquezas de la gracia, que durante siglos se guardó oculta, escondida en la predestinación eterna, y se alegran por haber encontrado a la esposa que el

Señor se eligió para sí antes de los siglos.

Creo que así resulta evidente el motivo que tiene la esposa para atestiguar que ha sido encontrada: reconoce que el os la acogieron, pero que no la eligieron; la hallaron, pero no la convirtieron.

Cada uno debe atribuir su conversión a ese a quien todos tienen que decirle lo del Salmo: Conviértenos, Dios, Salvador nuestro. Y para ser más exactos yo diría que la palabra "encontrada" no se aplica con tanta precisión a la esposa como la de "convenida". Es más: hablan o con toda propiedad, el Señor no la encontró, la previno. Y eso excluye que la encontrara. Además ¿cómo la puede encontrar el que Jamás desconoció nada? Alguien ha dicho: El Señor conoce a los suyos. ¿Pero qué dice él? Yo conozco a los que elegí desde el principio. Está claro: era imposible que encontrara a la que predestinó desde la eternidad; la eligió, la amó y la creó. Yo sí aseguraría que él mismo la preparó para que la encontrasen. Porque lo dice un testigo presencial y su testimonio es pálido y sabe que dice la verdad. Dice así: Vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. Así se expresa uno de los centinelas que guardan la ciudad.

Escucha al que la atavió y la señalaba como con el dedo, mostrándola a los centinelas, pero con otras palabras: Levantad la vista y contemplad los campos, ya están dorados, esto es, preparados para la siega. Por eso el propietario llama a sus operarios al trabajo, cuando advierte que todo está preparado para que sin mucho esfuerzo puedan gloriarse y decir que trabajamos juntos para Dios. ¿Cuál es su trabajo? Buscar a la esposa y darle noticias de su amado cuando la encuentren. No buscarán su gracia, sino la del Esposo, porque son sus amigos. No tendrán mucho trabajo, pues la esposa está ya presente y lo busca con toda su entrega: el Señor ha preparado ya su voluntad.

Antes de que los centinelas le dijesen nada les pregunta por el amado, y preparada para ello se anticipa a sus predicadores y les expone su angustia: ¿Habéis visto al amor de mi alma? Con razón dice que la encontraron los centinelas de la ciudad, porque ya sabía que el Señor de la ciudad la conocía de antemano y la había ataviado; por eso ellos la encontraron así, no la convirtieron. Del mismo modo encontró Pedro a Cornelio y Ananías a Pablo, después de haber sido preparados y dispuestos por el Señor. ¿Hubo alguien mejor preparado que Saulo, que exclamó suplicante con su espíritu y su voz: Señor, ¿qué quieres que haga? Como Cornelio, que consiguió llegar a la fe con sus limosnas y oraciones, por inspiración del Señor. También Felipe encontró a Natanael; pero antes lo descubrió el Señor cuando estaba bajo una higuera. ¿Acaso esta visión del Señor no fue su preparación? También sabemos que Andrés encontró a su hermano Simón, pero antes lo había visto el Señor y lo predestinó para llamarlo Cefas, por el vigor de su fe.

Leemos de Maria qué ya esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Yo creo que en esto la esposa del Señor se parece a su Madre. Porque si la esposa no esperase el fruto del Espíritu Santo, no habría preguntado tan familiarmente a los que la encontraron por aquel de quien él es el Espíritu. No esperó a que ellos le preguntaran qué quería; ella misma dijo lo que desbordaba de su corazón:

Sermón 85

Por que causas busca el alma al verbo; enumera siete, en primer lugar la corrección y el reconocimiento: el alma se siente impulsada por tres fuerzas distintas; el mismo hombre debe ser muy precavido: que es la virtud. Quien espera en Cristo lo puede todo en el solo puede apoyarse la virtud. Como somos reformados por el verbo en la sabiduría y que relación existe entre la sabiduría y la virtud. En que consiste ser conformado con el Verbo en la hermosura, darse. El matrimonio para la fecundidad y gozar de la alegría, según es posible en esta vida.

En mi lecho busqué al amor de mi alma. ¿Para qué? Ya lo hemos dicho: sería superfluo repetirlo. Mas por algunos que estuvieron ausentes cuando lo tratamos, lo repetiré brevemente, y quizá no les moleste volver a oírlo a los que estuvieron presentes, porque tampoco fue posible decirlo todo. El alma busca al Verbo para consentirle que la corrija, para que ilumine su entendimiento, la sostenga en la virtud, la reforme su sabiduría, la conforme según su belleza, la haga fecunda en el matrimonio y goce de su placer. Por todas estas causas busca el alma al Verbo. No hay duda que existen muchas más; pero ahora se me han ocurrido éstas. Es posible, si lo toma a pecho, que alguien encuentre fácilmente dentro de sí mismo otras más. Porque nuestras repugnancias y las necesidades de nuestro corazón son muchas e infinitas y lo cercan desgracias sin cuento. Pero el Verbo es infinitamente más rico en toda clase de bienes, puesto que a la Sabiduría no la puede el mal y lo vence con el bien.

Ahora veamos por qué enumeré aquellas causas. Puse en primer lugar que el alma acepta la corrección. Escuchemos al Verbo que dice en el Evangelio: Ponte de acuerdo con el que te pone pleito, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al alguacil y éste al carcelero. ¿Cabe mejor consejo? Es un consejo del Verbo, si no me equivoco, y afirma que él es Ese enemigo que nos hace la guerra contra nuestros deseos carnales, cuando dice: Siempre tienen extraviado el corazón. Si tú que lo escuchas, comienzas a temblar y nace en ti el deseo de huir ante la cólera que se te echa encima, creo que estarás dispuesto a pensar en el modo de reconciliarte con ese enemigo, que parece dirigirse contra ti de modo tan espantoso. Pero eso será imposible si no estás en desacuerdo contigo mismo, si no te enfrentas a ti mismo, si no luchas en seria y tenaz batalla contra ti mismo sin cansarte. En una palabra: si no te despides de tu hábito envejecido y de tu innata afección. Es muy duro; si lo intentas con tus propias fuerzas, sería como pretender frenar con uno de tus dedos la fuerza de un torrente o empeñarte en que corra de nuevo hacia atrás el caudal del Jordán.

¿Qué hacer? Busca al Verbo, para que consiga que te pongas de acuerdo con él. Huye hacia aquel que es tu enemigo y déjale que te convierta en amigo, y te acariciará el que te amenazaba; así la gracia infusa será más eficaz para tu conversión que la violencia de la ira.

Esta es, en mi opinión, la primera necesidad que impulsa al alma a buscar a Verbo. Pero si ignoras lo que desea ese a quien le das tu asentimiento con la voluntad, ¿no dirán

de besos? Mucho me extraña que no te encuentres con un esposo, sino con un juez.

Dichoso aquel cuya alma puede responder así: "No temo, porque amo; y no haría esto si no fuese amada de veras. Por eso soy también amada". La amada nada puede temer. Tiemblen los que no aman y sospechen continuas venganzas. Yo, en cambio, amo y no puedo dudar que me ama, y tampoco de mi amor. Ni puedo temer su rostro, porque he experimentado su amor. ¿En qué? No sólo en que me buscó siendo yo tan miserable, sino en que se enamoró de mí y por ello tengo la certeza de que me busca. ¿No voy a responder con la búsqueda a quien respondo en el amor? ¿Podrá encolerizarse si le busco cuando disculpó incluso mis desprecios? Es más, no rechazará al que lo llama, pues llama al que lo desprecia. El espíritu del Verbo es bondadoso, me informa de su bondad, me hace profundizar y convencerme del celo y afán del Verbo, que no puede reservárselo escondido. Sondea lo más profundo de Dios, conoce sus designios, designios de paz y no de ruina. ¿Cómo no sentir deseos de buscarlo, si he experimentado su clemencia y estoy persuadida de su paz?

Hermanos, persuadirse de esto equivale a ser buscado por el Verbo. Convencerse es ser encontrado. Pero no todos comprenden esto. ¿Qué haremos con nuestros pequeños, me refiero a los que entre nosotros son aún incipientes, pero no insipientes, porque ya poseen el inicio de la sabiduría y viven sumisos entre sí en el temor de Cristo? ¿Cómo conseguiremos que se decidan a comportarse así con la esposa, cuando todavía no han probado a hacerlo entre ellos mismos? Yo los encomendaré a alguien que no deberán rechazar. Así leerán en la Escritura lo que no admiten en el corazón ajeno porque no lo ven. Está escrito en los Profetas: Si un hombre repudia a su mujer y ella se separa y se casa con otro, ¿volverá a ella? ¿No está manchada y contaminada esa mujer? Pues tú has fornicado con muchos amantes; pero vuélvete hacia mí, dice el Señor, que yo te acogeré.

Son palabras del Señor y no es posible dejar de creerlas. Crean los que no lo experimentan, para que con el mérito de la fe consigan alguna vez el fruto de la experiencia. Pienso que he aclarado bastante qué es ser buscado por el Verbo, y que esto no lo necesita el Verbo sirio el alma. Pero quien lo haya experimentado lo comprenderá mejor y con más gozo. Sólo nos queda hacer ver en el siguiente sermón a las almas sedientas como buscar al que las ha buscado, o mejor, que lo aprendamos de la esposa que se nos presenta en este texto buscando al amor de su alma, su Esposo Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

¿Habéis visto al amor de mi alma? Sabía que eran dichosos los ojos que lo viesen; y decía admirando a los que lo habían visto: ¿sois por ventura vosotros esos a quienes se les ha concedido contemplar al que tantos reyes y profetas desearon ver y no lo vieron? ¿Sois vosotros los que merecisteis descubrir la Sabiduría en la carne, la Verdad en el cuerpo y a Dios en el hombre? Muchos dicen: Está aquí, está allá; pero yo prefiero creeros a vosotros que comisteis y bebisteis con él después de que resucitara de entre los muertos.

Hemos comentado ya suficientemente el hecho de que la esposa preguntase a los centinelas. En caso contrario, lo completaremos en otro sermón. Al menos hemos visto con claridad que el Espíritu Santo preparó con antelación a su es osa; y que esa a quien encontraron los centinelas de la ciudad es la misma que Dios conoció anticipadamente y predestinó antes de todos los siglos como delicia sempiterna para su amado Hijo, santa y sin arruga en su presencia, que florece como el lirio y la rosa eternamente ante el Señor, Padre de mi Señor Cristo Jesús, Esposo de la Iglesia, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 79

Por que razón dice la esposa: ¿habéis encontrado al amor de mí alma? Etc., y que significa que ella se aleja de ellos. Fuerza unitiva del amor por el que la esposa retiene al esposo sin soltarlo, y por que se apresta a introducirlo en la cámara de su madre.

¿Habéis visto al amor de mi alma? ¡Oh amor arrebatado, impetuoso, abrasado, apasionado, que no permites pensar en nada fuera de ti, que todo lo vuelves desdeñable, que haces despreciar a todo menos a ti, sólo contento contigo! Desbaratas el orden, desorganizas el género de vida, desconoces la medida; vences tú mismo y eludes toda oportunidad, toda razón, todo pudor, todo consejo, todo juicio. Todo su pensamiento y todas sus palabras se refieren a ti, exhalan tu perfume, y nada más. Hasta ese extremo te pertenece y te apropiaste de su corazón y de su lengua. Escucha: ¿Habéis visto al amor de mi alma? Como si ellos supieran lo que ella sentía. ¿Preguntas por el amor de tu alma? ¿Es que carece de nombre? ¿Quién eres tú y quién es él?

Es lo que me sugiere su modo de expresarse tan original y la notable espontaneidad de sus palabras, bastante distintas del resto de las Escrituras. Por eso en este epitalamio no se puede tener en cuenta la materialidad de las palabras, sino los actos. ¿No será porque este amor santo, único tema central de la obra, debe ser considerado por su contenido y sinceridad y no por sus palabras? Aquí habla siempre el amor; y el que desee enterarse de su lectura, que ame. De lo contrario, el que no ama se dispondrá en vano a escuchar o leer este poema de amor. Un corazón frívolo no puede en modo alguno percibir estas ardientes palabras. Así como ignorando el griego no se puede entender al que habla en ese idioma, o un no latino no comprende al que habla en latín, y así en los demás casos, de la misma manera el idioma del amor, inculto para el que no ama, sonará como una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Pero éstos -me refiero a los centinelas- como recibieron del Espíritu el amor, comprenden las palabras del Espíritu, son muy expertos en los requiebros del amor y contestan al punto con parecidas palabras al desvelo del amor y a las exigencias de la bondad.

Por eso le informan tan pronto a la esposa de su amado a quien busca, que puede decir: Apenas los pasé encontré al amor de mi alma. Con razón dice que apenas, pues le dijeron una palabra abreviada, entregándole el Símbolo de la fe. Porque a continuación se lo formula. Era menester que la esposa los pasara; le dieron a conocer la verdad, pero debía pasarlos. Si no los pasaba no podría encontrar al que buscaba. No dudes. que ellos mismos se lo recomendaron. Pues no se predicaban a sí mismos, sino al Señor Jesús, que ciertamente estaba más lejos y por encima de ellos. Por eso dice: Venid a mí todos los que me amáis. No bastaba pasar junto a ellos: le indican que siga adelante. Como lo había hecho aquel a quien buscaba. No sólo pasó de la muerte a la vida: continuó hasta la gloria. ¿Por qué no debía hacer ella lo mismo? De lo contrario, no podría alcanzarlo, si no

evidente que quiere y no puede. Es un aliento fugaz que no torna; aunque el que no quiere, todavía está más alejado.

Pero yo no diría que esa alma está arrojada y abandonada del todo, pues desea volver y suplica que la llame. ¿De dónde le viene esa voluntad? Si no me engaño del Verbo, que ya le ha visitado y buscado. No es inútil esa búsqueda que ha despertado a la voluntad, y sin la cual es imposible volver. Pero no basta que el Señor la busque una vez. ¡Es tan extrema la debilidad del alma y la dificultad de volver! ¿Y si ella quiere volver? Sí, la voluntad existe, pero no tiene fuerzas suficientes. Y dice: Porque el querer lo tengo a mano, mas no el poner por obra lo bueno. ¿Qué busca, por tanto, ese que hemos citado en el Salmo? únicamente ser buscado; y eso mismo no lo buscaría si no fuese suficientemente buscado. Ved cómo lo pide: Busca a tu siervo, y de este modo quien le dio el querer le conceda también poner por obra lo que desea sinceramente.

Yo no creo que las palabras de este texto pueden referirse a esa alma que aún no ha recibido la gracia segunda, porque quiere, pero no puede acercarse al amor de su alma. ¿Cómo podría aplicarse lo que a continuación nos dice el texto: levantarse y recorrer la ciudad por las calles y plazas buscando al amado, si ella misma necesita que la busque? Quien pueda hacerlo, que lo haga; sólo debe recordar que antes necesita ser buscada y amada, y después podrá buscar y amar. Oremos también nosotros, amadísimos, para que se anticipe su misericordia en favor nuestro, porque somos pobres en extremo. Esto no lo digo por todos nosotros, porque sé cuántos de vosotros camináis en el amor con que Cristo nos amó y lo buscáis en la simplicidad del corazón. Pero hay algunos -y lo di o con tristeza- que aún no nos han dado ninguna muestra de esta salvadora anticipación ni de su propia salvación; se aman a sí mismos, no al Señor; buscan lo suyo, no las cosas del Señor.

Dijo la esposa: Busqué al amor de mi alma. A esto te invita con antelación la benignidad de aquel que antes te buscó y te amó. En modo alguno podrías buscar si antes no te buscase, ni amar si antes no te amase. No se anticipó sólo con una bendición, sino con dos: el amor y la búsqueda. El amor es causa de la búsqueda, la búsqueda es fruto del amor y también certeza. Has sido amada para que no sospeches que te buscaba para castigarte; y has sido buscada para que no te quejes que te ha amado en vano. Esta doble amistosa suavidad que has descubierto te infunde aliento, disipa tu temor, te decide a volver y excita el afecto. De ahí nace el celo, de ahí ese ardor para buscar a tu amor, porque no podrías buscar sin ser buscada, ni ahora puedes negarte a buscarlo una vez buscada.

Pero no olvides desde dónde has llegado hasta aquí. Aunque será mucho mejor y más seguro que me lo aplique a mí mismo: ¿no eres tú, alma mía, la que alejándote de tu primer marido con el que te iba tan bien, anulaste tu primera entrega marchándote tras tus amantes? Y ahora, después de haber fornicado cuanto quisiste, y despreciada tal vez por ellos, ¿te atreves en tu impúdica desfachatez a volver a él, después de haberlo despreciado lleno de soberbia? ¿Qué? ¿Buscas la luz cuando mereces las tinieblas, y corres hacia el esposo cuando eres más digna de azotes que

Sermón 84

Que gran bien es buscar a Dios; el esposo le predispone al alma para ello cuando inspira su voluntad. Que alma puede buscar al Verbo y que es ser buscado por el Verbo; esto lo necesita el alma, no el Verbo.

En mi lecho busqué por las noches al amor de mi alma. Es un gran bien buscar a Dios; yo no conozco otro semejante para el alma. Este es el primer don que se recibe y el último en conseguirlo plenamente. No se parece a ninguna virtud, y ninguna le supera. ¿Qué virtud puede parecérsele si no le precede ninguna? ¿Cuál puede superarlo, si es más bien la consumación de todas? ¿Qué virtud se puede asignar al que no busca a Dios, o cuál es el límite para buscar a Dios? Dice: Buscad continuamente su rostro. Yo creo que ni aun cuando lo encontremos dejaremos de buscarlo. No se busca a Dios moviéndonos, sino deseándolo. Y el feliz encuentro no extingue los santos deseos: los prolonga. ¿Acaso la plenitud del gozo adormece la añoranza? Es poner más aceite en la llama. Así es. Desbordará de alegría, pero no se agota el deseo ni la búsqueda. Imagínate, si puedes, esa diligente búsqueda sin indigencia, ese afán sin ansiedad; lo primero lo excluye la presencia y lo segundo la abundancia.

Ved ahora por qué he dicho previamente esto. Sencillamente para que toda alma que entre vosotros busque a Dios, sepa que antes se anticipó otro y que ha sido buscada antes de que ella lo busque; y de este moda un bien tan inmenso no se le convertirá en un grave mal. Porque de grandes bienes suelen derivarse males no menores, si colmados de los bienes del Señor los usamos como si no los hubiéramos recibido y no damos gloria a Dios. Cierto, los que se tienen por los más grandes a causa de las gracias recibidas, si no son agradecidos, ante Dios son los más pequeños, pero yo os disculpo. He empleado palabras muy discretas, refiriéndome al más grande y más pequeño, pero no he manifestado lo que siento.

He hecho una diferencia y la voy a aclarar. En realidad debía haber dicho el mejor y el pésimo. Porque en verdad todo el que se atribuye a sí mismo aquello por lo que es el mejor, pasa a ser tanto más pésimo en la medida que es el mejor. Porque eso es pésimo. Si alguien dijese: ¡De ningún modo! Lo reconozco: Soy lo que soy por la gracia de Dios, y pretende apropiarse la honrilla por la gracia que recibió, ¿no es un ladrón y un salteador? Escuche ese tal: Por tu boca te condeno, siervo malo. ¿Hay algo más perverso en un siervo que usurpar la gloria de su señor?

Busqué por las noches en mi lecho al amor de mi alma. El alma busca a Verbo, pero antes le buscó a ella el Verbo. De otro modo, una vez que ha huido de la presencia del Verbo o la ha arrojado, no podría volver sus ojos hacia el bien si el Verbo no la llamara de nuevo. Nuestra alma no es más que un aliento fugaz que no torna, si queda abandonada a sí misma. Escúchala, fugitiva y errante. Me extravié como oveja perdida, busca a tu siervo. Hombre, ¿quieres volver? Si todo depende de la voluntad, ¿por qué pides auxilio? ¿Por qué mendigas lo que tú tienes en abundancia? Es

seguía las huellas que él había impreso.

Quiero aclararlo más. Si mi Señor Jesús hubiera resucitado de entre los muertos, pero no hubiese subido a los cielos, no se podría decir de él que había seguido adelante, sino sólo que había pasado. Y m ese caso la esposa que lo buscara sólo debía pasar, y no continuar adelante. Ahora bien, como ya había pasado resucitando, y además había seguido adelante ascendiendo, por eso dice ella que había pasado y que además había continuado, pues lo siguió hasta los cielos con su fe y su entrega. Por tanto, creer en a resurrección equivale a pasar; y creer además en la ascensión significa seguir adelante. Quizá -y recuerdo que lo expuse uno de estos días- conocía lo primero, pero no lo segundo. Por tanto, instruida por ellos en lo que aún ignoraba, a saber, que quien había resucitado también ascendió, lo hizo ella también: siguió adelante y lo encontró.

¿Cómo no había de ser así, llegando con la fe a donde él moraba con su cuerpo? Apenas los pasé. A ellos, por supuesto. Pues a éstos igual que a sus restantes miembros que habitan en la tierra, los adelantó nuestra cabeza y los pasó en dos momentos: el de la resurrección, como dijimos, y el de la ascensión. Porque el primer fruto es Cristo; y si él nos adelantó, también nuestra fe. ¿Dónde no iba a seguirle? Si escala hasta el cielo, allí lo seguirá; si baja hasta el abismo, allí estará. Y si vuela hasta el margen de la aurora, si emigra hasta el confín del mar, allí como dice, me alcanzará tu izquierda y me agarrará tu derecha. ¿Acaso no nos conresucitó de esa manera el Todopoderoso y el Padre infinitamente bueno del Esposo, para sentarnos con él a su derecha? Por esta razón dice la Iglesia que dejó atrás a los centinelas: porque se adelantó a sí misma, asentándose con la fe allí donde aún no había llegado. Pienso que ya está muy claro por qué prefirió decir que pasó más allá y lo que sólo los pasó. Pasemos nosotros también tras lo que nos resta.

Lo agarré y ya no lo soltaré, hasta meterlo en la casa de mi madre y en su estancia. Desde entonces y para siempre no falta esa clase de cristianos, ni la fe en la tierra ni el amor en la Iglesia. Llegaron las lluvias, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la cosa, pero no se hundió porque estaba cimentada en la roca. La roca era Cristo. Así que ni por la palabrería de los filósofos, ni por las maquinaciones de los herejes, ni por las armas de los perseguidores pudo ni podrá separarse jamás del amor de Dios, que está en Cristo Jesús. Tan fuertemente asida la tiene el amor de su alma; hasta ese extremo es bueno para ella estar junto a Dios. Está bien hecha la soldadura, dice Isaías. ¿Hay algo tan sólido que no lo arrastren las aguas, ni lo arranquen los vientos, ni lo corte la espada? las aguas torrenciales no podrán anegar el amor. Lo agarré y no lo soltaré. Y el santo Patriarca añade: No te soltaré hasta que me bendigas. Tampoco ella quiere soltarlo; y con mayor tenacidad que el Patriarca, ni siquiera cuando la bendiga. El lo soltó, una vez que lo bendijo; pero ella no. "No quiero", dice, "tu bendición, sino a ti mismo. ¿No te tengo a ti en el cielo? Y contigo ¿qué me importa la tierra? No te soltaré, aunque me bendigas.

Lo agarré y no lo soltaré. Pero también él desea vivamente que lo agarre, y así lo confiesa: Disfruto con los hombres; a lo que añade esta otra promesa: Mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del

mundo. ¿Habrá algo más indisoluble que esta unión, algo tan sólido como este apasionado amor entre los dos? Lo agarré, dice. Ella a su vez se siente agarrada tan estrechamente que le dice: Tú agarras mi mano derecha. Si le agarra y es agarrada, ¿cómo será posible que caiga? Lo agarra con la firmeza de la fe, con el afecto de la devoción. Pero no lo agarraría mucho tiempo si él no la agarrase. La tiene asida el poder y la misericordia del Señor. Lo agarré y no lo soltaré, hasta meterlo en la casa de mi madre. Grande es el amor de la Iglesia, que no tiene celos ni de compartir sus delicias con la Sinagoga, su rival.

¿Hay bondad mayor que estar dispuesto a hacer al enemigo partícipe de la persona amada? No tiene nada de extraño, porque la salvación viene de las judíos. El Salvador debe volver al lugar del que salió para que se salven los restos de Israel. No sean ingratas las ramas con la raíz, porque todo lo reciben de ella, ni los hijos con la madre, porque mamaron de sus pechos. Agárrese firme la Iglesia a la salvación que perdió Judea, porque se la apropió hasta que llegue la plenitud de las naciones y se salve así todo Israel. Desee que la salvación común llegue a ser solidaria, de modo que la posean todos sin detrimento de cada uno. Hace esto y más todavía. ¿Qué más? Desea para ella el nombre de esposa y la gracia. Algo que supera con mucho a la simple salvación.

Este amor es increíble, si no manifestasen esa fe las palabras que ella misma pronuncia. Porque si caíste en cuenta, dijo que deseaba llevar al que había agarrado, no sólo a su casa, sino hasta la estancia, lo cual es señal de una prerrogativa. Bastaba llevarla a la casa para salvarla; pero la intimidad de la estancia hace referencia a la gracia. Hoy ha llegado la salvación a esta casa. Una vez que ha entrado el Salvador en la casa, y cómo no se salvarán sus moradores? Pero quien merece que lo reciban en la estancia posee su secreto para sí. La casa significa salvación; el tálamo esconde las delicias. Hasta meterlo en la casa de mi madre, dice. ¿En qué casa sino en aquella que antiguamente se prometía a los judíos: Os quedará abandonada vuestra casa? Así lo cumplió, como lo atestigua el Profeta: He desamparado mi rasa, he abandonado mi heredad. Y ella promete que la volverá a introducir, para que devuelva la salud perdida a la casa de su madre. Por si pareciera poco escucha lo que añade: Y en la estancia de mi madre. Quien entra en el lecho es el Esposo. ¡Gran poder el del amor!

El Salvador había salido indignado de su casa y de su heredad, y ahora amansado por su gracia se doblega hasta volver no sólo como Salvador, sino como Esposo. Bendita tú, hija, que refrenas su indignación y le restituyes su herencia. Bendita eres para tu madre, pues por tu bendición se aleja la ira, vuelve la salvación y regresa el que le dice: Yo soy tu salvación. Esto no es aún suficiente. Que prosiga y diga: Te desposaré conmigo en la fe; te desposaré conmigo a precio de justicia y derecho, de afecto y de cariño. Pero recuerda que quien restablece estas relaciones es la esposa. Entonces ¿cómo es posible que ceda su esposo a otra, por no decir que lo desea? No es así. Cierto que esta buena hija lo desea para su madre, mas no para cederla, sino para compartirlo. Será suficiente uno para las dos, porque ya no serán dos, sino una sola en él. El es nuestra paz, que de las dos hace una para que sea una sola esposa y un solo Esposo, Cristo Jesús nuestro Señor, que es Dios

como dice Pablo: El que se une a Dios es un espíritu con él.

Ahora escuchemos más bien a ella sobre todo esto que la ha convertido en verdadera maestra, por el magisterio de la unción y su frecuente experiencia. Pero quizá sea mejor dejarlo para el comienzo del siguiente sermón; así no violentaremos este precioso tema por la estrechez forzada de acabar el presente. Y si os parece bien, termino antes de tiempo, para que mañana nos reunamos puntualmente y con gran apetito saboreemos las delicias del alma santa que mereció gozar felizmente con el Verbo y del Verbo, su Esposo, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

es el dueño, yo debo servirle; si me manda, yo debo obedecerle y no exigirle su servicio y obsequio. Pero fíjate qué diferencia hay cuando se trata del amor. Pues cuando Dios ama, río desea otra cosa sino que le amemos; porque no ama para otra cosa sino para ser amado, sabiendo que basta el amor para que sean felices los que se aman.

Gran cosa es el amor; pero tiene sus grados. El de la esposa está en la cumbre. Porque los hijos aman, pero pensando en su herencia; y cuando temen perderla de alguna manera, reverencian y aman menos a aquel de quien esperan recibirla. Me resulta sospechoso un amor que espera recibir algo distinto de sí mismo. Muy débil es el amor si cuando lo privas de lo que espera, se extingue o se enfría. Y es impuro el amor que desea otra cosa. El amor puro no es mercenario. El amor no recibe su fuerza de la esperanza, pero tampoco se resiente por la desconfianza. Este es el amor de la esposa, porque es esposa, cualquiera que sea. El patrimonio de la esposa y la esperanza forman un amor único. La es osa desborda de él y con eso está satisfecho el es oso. Ni éste busca otra cosa, ni ella posee otra cosa. Por eso él es esposo y ella esposa. Es propio de los esposos y no la iguala ningún otro, ni el de los hijos.

Finalmente dice a los hijos: ¿Dónde queda mi honor? Y no: "¿dónde queda mi amor?", reservando la prerrogativa para la esposa. El hombre debe honrar a su padre y a su madre, pero no se le prescribe el amor; no porque los hijos no deban amar a sus padres, sino porque muchos hijos se mueven más a honrar a sus padres que a amarlos. Concedo que el honor del rey ame la Justicia; pero el amor del esposo y más el Esposo-amor sólo busca la correspondencia y la fidelidad del amor. Devuélvale, por tanto, la amada amor por amor. ¿Cómo no va a amar la esposa y más la Esposa-amor? ¿Por qué no amar al Amor?

Con toda razón renuncia a los demás afectos y se entrega exclusivamente al amor total, pues debe responder al amor devolviéndole amor. Pues aunque se vuelque totalmente en el amor, ¿podrá compararse con el manantial perenne del otro? No fluyen con la misma abundancia el amante y el Amor, el alma y el Verbo, la esposa y el Esposo, el Creador y la criatura, el sediento como la fuente. ¿Entonces qué? ¿Se resentirá por ello y se anulará totalmente el deseo de la futura esposa, el anhelo de la que suspira; el ardor del amante, la confianza anticipada, porque no puede correr al paso del gigante, competir en dulzura con la miel, en suavidad con el cordero, en blancura con el lirio, en claridad con el sol, en amor con el amor? No. Pero aunque la criatura ama menos porque es menor, sin embargo, sí ama totalmente con todo su amor; nada falta cuando se entrega todo. Por eso, como he dicho, amar así es desposarse; porque no puede amar de esa forma ser poco amada, ya que en el consenso entre dos se apoya la conyugal íntegra y perfecta.

No creo que nadie dude que el alma es amada antes y más por el Verbo. Sí, siempre se le adelanta el amor y la vence. Feliz quien mereció ser sorprendida con la bendición de tal dulzura! ¡Dichoso aquel a quien se le concede experimentar el encanto de tal abrazo! No es otra cosa que el amor santo y casto, el amor suave y dulce, el amor tanto más claro cuanto más sereno, el amor mutuo, íntimo y fuerte que une a dos no en una carne sino en un espíritu, y que hace de dos uno,

bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 80

Vuelve al sentido moral; cual es el parentesco entre el alma y el Verbo: el Verbo posee mucho mas que el alma: y esta no es en manera alguna la rectitud o la grandeza, como el Verbo: razón con la que demuestra que es diferente de su grandeza: contra la perversidad de los que dicen que la divinidad no es Dios, y desaprobación del comentario de Gilberto de la Porre sobre el tratado de la trinidad de Boecio.

Algunos de vosotros, como me consta, se sienten algo molestos porque durante varios días los Sermones que les servimos se recrean en el estupor y admiración de los misterios, pero aún no han sido sazonados un poco siquiera con la sal del sentido moral. Esto no es lo corriente. No es posible volver a repetir todo lo expuesto; pero no seguiré adelante, si antes no lo reconsideramos todo. Ea, decidme, si recordáis, desde qué pasaje de la Escritura comenzasteis a sentiros defraudados, para que empiece desde ahí. Yo soy quien debo resarcir los daños, e incluso el mismo Señor de quien todo lo recibimos. ¿Desde dónde debo comenzar? Quizá desde aquellas palabras: En mi lecho por las noches buscaba al amor de mi alma. Si no me engaño, desde ahí. A partir de ese momento sólo tuve una preocupación: disipar la densa oscuridad de estas alegorías y sacar a la luz las íntimas delicias de Cristo y de la Iglesia. Volvamos, pues, a buscar el sentido moral porque no puede pesarme vuestro bien. Y será tanto más oportuno, si lo que hemos considerado en Cristo y en su Iglesia podemos asignarlo también al Verbo y al alma.

Me dirá al alguno: "¿Por qué unes estas dos cosas? ¿Qué tiene que ver el alma con el Verbo? Mucho, y en todos los sentidos. Ante todo porque es tal la semejanza de sus naturalezas, que él es imagen y ella según la imagen. Después, porque la semejanza atestigua el parentesco. No fue creada el alma sólo según la imagen, sino también según su semejanza. ¿Me preguntas en qué es semejante? Primero hablemos de la imagen.

El Verbo es verdad, sabiduría, justicia: esto es ser imagen. ¿De quién? De la sabiduría, de la justicia y de la verdad. Porque esta Imagen es justicia de la justicia, sabiduría de la sabiduría, verdad de la verdad, como luz de luz, Dios de Dios. Ninguna de estas cosas es el alma, porque no es imagen. Pero es capaz de todas ellas y las apetece; por eso es según la imagen. Excelsa criatura por su capacidad de la majestad, y señal insigne por su apetencia de rectitud. Sabemos que Dios creó al hombre recto, lo cual es una gran cualidad; y lo prueba esa capacidad de la que hemos ha lado. Pues lo que es según la imagen debe ajustarse a la imagen y no llamarse en vano imagen, como tampoco la imagen se llama así sólo por su nombre, sino por su contenido. Pero del que es la imagen, se ha dicho: Subsistiendo en la forma o naturaleza de Dios, no consideró como rapiña el ser igual a Dios.

Estas palabras te indican que en esta forma de Dios existe la rectitud y la majestad por su, igualdad; y comparando una rectitud con otra rectitud, y una grandeza con otra

Esta conformación desposa al alma con el Verbo, pues ya que es semejante a él por naturaleza procura también ser semejante a él por el amor, amando como es amada. Y si ama perfectamente, se desposa. ¿Hay algo más gratificante que esta conformación? ¿Hay algo más deseable que el amor? Gracias a él, oh alma, prescindes del magisterio humano y ce acercas al Verbo tú misma con toda confianza; te adhieres con insistencia al Verbo; preguntas y consultas familiarmente al Verbo sobre cualquier cosa; y cuanto más se despierta tu inteligencia más audaces son tus deseos. En realidad éste es el contrato nupcial santo y espiritual.

He hablado de contrato, pero resulta impropio: se trata de un abrazo. Un abrazo estricto, porque el hecho de querer y no querer al unísono hace de los dos un mismo espíritu. Y no es de temer que por la disparidad de las personas flaquee en algo la armonía de las voluntades, porque el amor ignora la reverencia. La palabra amor procede de amar, no de honrar. Honrará el que siente horror, estupefacción, miedo y admiración; pero todo eso está de más en el amante. El amor se basta a sí mismo; cuando llega el amor transforma y cautiva todos los demás afectos. Por tanta, la que ama, ama y no sabe otra cosa. Y él merece el honor, el estupor y la admiración, pero desea más que lo amen. Son esposo y esposa. ¿Qué otra relación o unión puedes buscar entre los esposos que no sea el mutuo amor?

Este nexo transciende lo que la naturaleza enlazó más estrechamente, cual es el vínculo de padres e hijos. Por eso, dice, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer. Ya ves que este afecto entre los esposos no sólo es superior a todos los demás, sino más fuerte que él mismo.

Ten en cuenta además que este esposo no es sólo un amante, es el amor. ¿Es acaso el honor? Que lo discuta el que quiera: yo no he leído eso. Sí leí que Dios es amor, y nunca vi la palabra honor. No porque Dios no quiera que lo honren, pues dice: Si yo soy la re, ¿dónde queda el honor? Pero esto lo dice el padre. Si se muestra como esposo cambiará de lenguaje diciendo: Si yo soy esposo, ¿dónde queda mi amor? En otro lugar dice: Si yo soy Señor, ¿dónde está el temor? Por tanto Dios exige temor como Señor, honor como padre y amor como esposo. ¿Cuál de ellos prevalece? El amor. Sin amor el temor conlleva una pena y el honor carece de la gracia. El temor es servil mientras no lo libere el amor. Y el honor que no procede del amor es adulación. A Dios el honor y la gloria; pero Dios no aceptará ninguno de los dos si no los endulza con la miel del amor. Este se basta por sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. El es su propio mérito y su premio.

El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto es su experiencia. Amo porque amo; amo para amar. Gran cosa es el amor, con tal de que vuelva a su origen y retorne a su principio, si se vacía en su fuente y en ella recupera siempre su copioso caudal. El amor es el único entre todas las tendencias, sentidos y afectos del alma, con el cual puede responder la criatura a su Autor, no con plena igualdad, pero sí de una manera muy semejante. Por ejemplo, si Dios se enoja conmigo, ¿puedo airarme yo del mismo modo con él? Nada de eso: temblaré, me estremeceré, pediré perdón. Si me reprende, no lo reprenderé, más bien le daré la razón. Si me juzga, no lo juzgaré: lo adoraré: Cuando me salva, no pretende que yo le salve; ni a su vez necesita que nadie lo libere, cuando él libra a todos. Si él

Sermón 83

Como cada alma por lo que hemos dicho. Puede confiar volver al verbo, para ser reformada y conformada: como el afecto del amor es mas fuerte que todos los afectos: el esposo ama primero y mas; a la esposa le basta amar totalmente.

En la medida que nos permite el horario regular que hemos dedicado a estos Sermones, se han consumido estos tres días en demostrar la afinidad entre el alma y el Verbo. ¿De qué ha servido todo este trabajo? Hemos demostrado que toda alma, aunque esté cargada de pecados, presa en las redes de los vicios, acechada por la seducción, cautiva en el exilio, encarcelada en el cuerpo, pegada al fango, hundida en el barro, retenida en los miembros, atada a las preocupaciones, dispersa por el trabajo, oprimida por los miedos, afligida por el dolor, errante tras el error, inquieta por la angustia, desazonada por las sospechas y extranjera en tierra hostil; y como dice el Profeta, contaminada con los muertos, evaluada entre los que yacen en el infierno; esa alma, repito, puede volverse sobre sí misma, a pesar de hallarse tan condenada y desesperada, y no sólo se aliviará con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino que también podrá aspirar tranquila a las todas del Verbo.

No temerá iniciar una alianza de comunión con Dios, no sentirá pudor alguno para llevar el yugo del amor a una con el rey de los ángeles. ¿A qué no podrá aspirar con seguridad ante él si se contempla embellecida con su imagen y luminosa por su semejanza? ¿Por qué puede temer a la majestad, si su origen le infunde confianza? Lo único que debe hacer es procurar conservar la nobleza de su condición con la honestidad de vida. Es más, esfuércese por embellecer y hermosear con el digno adorno de sus costumbres y afectos la gloria celestial impresa en ella por sus orígenes.

¿Por qué va a permanecer ocioso su esfuerzo? Es éste un gran don que nos brinda la naturaleza, y si no lleva a cabo su misión, ¿no se nos desfigurarán todos los demás dones que la naturaleza ha depositado en nosotros, y se cubrirán todos como de una vieja herrumbre? Esto sería injurioso para su autor. Precisamente por ello Dios quiso mantener en el alma para siempre la señal de la generosidad divina, y que siempre mantenga en sí misma algo que la estimule a permanecer con el Verbo, o volver a él si se ha separado. No se aleja marchando a otro lugar ni caminando por sus pies, sino como puede moverse la sustancia espiritual: con sus afectos y también con sus defectos. En cierto sentido se aleja de sí misma hacia lo peor, cuando se asienta en su propia desemejanza por sus propios vicios que la degeneran.

Pero esta desemejanza no es una extinción de la naturaleza, sino un vicio que cuanto más se realza por contraste el mismo bien de su naturaleza, tanto más la desfigura al mezclarse con ella. Ahora bien, el regreso del alma es su conversión al Verbo, para ser reformada por él y conformada a él. ¿Cómo? En el amor. Escuchadlo: Procurad pareceros a Dios como hijos queridísimos y vivid en mutuo amor, igual que os amó Cristo.

grandeza, se desprende que hay una relación recíproca de correspondencia entre lo que es la imagen y lo que es según la imagen, de la misma manera que en ambos aspectos la imagen corresponde a aquel de quien es imagen. Escucha cómo lo canta el santo David en los Salmos: Nuestro Señor es grande y poderoso y añade: El Señor Dios nuestro es recto y no hay en él iniquidad. Su imagen recibe de Dios recto y grande su cualidad de ser recta y grande; y lo mismo el alma, que es según la imagen.

Pero insisto: ¿No posee la imagen algo más que el alma que es según su imagen, si también a ésta le asignamos la grandeza y la rectitud? Sí, mucho más. El alma la posee de un modo muy limitado, y el Verbo en toda su plenitud. ¿No es esto mucho más? Pues sigue escuchando. La primera posee ambas cosas por creación y concedidas por pura dignación, el otro por generación, lo cual es sin duda alguna mucho más glorioso. ¿Se atreverá alguno a negar la superioridad que existe entre ser creado por Dios y proceder de Dios, es decir, poseer la sustancia de Dios? La imagen es consustancial con Dios y todo cuanto sea participación de su imagen es sustancial a ambos, no accidental. Pero fíjate además en otra cosa, por la que la imagen sobresale de manera extraordinaria. En la imagen son una misma realidad la grandeza y la rectitud; sin embargo, nadie ignora que por su naturaleza son dos realidades distintas. Es más: forman una misma realidad con la imagen. Para ésta no sólo es lo mismo existir, ser recto y ser grande, sino que la grandeza y la rectitud son su mismo ser. No así en el alma: su grandeza y rectitud son distintas de su ser personal y además son distintas entre sí.

Como antes os decía, el alma es grande porque tiene capacidad para las realidades eternas, y es recta porque apetece las realidades celestiales. Pero si no busca ni apetece lo de arriba sino lo terreno, ya no es recta sino curva, aunque no deja de ser grande, porque aún así mantiene su capacidad de lo eterno. Y jamás perderá esta capacidad aunque nunca la alcance, pues lo afirma claramente la Escritura: El hombre pasa como en imagen. Pero sólo en parte, para que resplandezca por su integridad la eminencia del Verbo. ¿Puede caer el Verbo de su grandeza y rectitud si ambas las posee como su mismo ser? También el alma es imagen en parte, porque si fuera total su privación carecería de toda esperanza de salvación. Si perdiera su grandeza también perdería su capacidad. Precisamente por esta capacidad, como he dicho, se mide la grandeza del alma. ¿Y podría esperar algo si no se sintiera capaz?

Así pues, por esta grandeza que retiene aún después de perder su rectitud, el hombre pasa como imagen, como si fuese cojo de un pie o un hijo bastardo. A éstos creo que se aplica aquel texto: los hijos míos se me han vuelto hijos bastardos: han caído en la vejez y tropezaron fuera de sus sendas. ¡Qué bien los llama hijos bastar os! Son hijos porque conservan la grandeza. Son bastardos porque perdieron su rectitud. Y no diría tropezaron, sino cayeron o algo semejante, si los hombres perdiesen totalmente su imagen. Por su grandeza ciertamente el hombre pasa como en imagen; pero con respecto a su rectitud tropezando se turba y se despoja de la imagen, según dice la Escritura: El hombre pasa como en imagen, pero en vano se turba, porque continua el texto: Atesora sin saber para quién. ¿Por qué lo ignora

sino porque, inclinándose sobre las insignificancias terrenas, atesora tierra?

Además desconoce por completo para quién amontona lo que arranca a la tierra: si para la polilla demoledora o para el ladrón que lo desentierra, para el enemigo arrasador o para el fuego devorador. Por eso se aplica aquel lamento del Salmo al miserable que se encorva e inclina a lo terrenal: Voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío. Experimenta en sí mismo la verdad de aquella sentencia del Sabio: Dios hizo al hombre recto y él se buscó preocupaciones sin cuento. Y aquella mofa que sigue: Encórvate para que pasemos.

¿Pero cómo hemos llegado hasta aquí? Ah sí, intentaba explicaros que la rectitud y la grandeza -ese doble don con el que definíamos la imagen- no forman una sola realidad con el alma ni entre sí, mientras que en el Verbo y con el Verbo forman una unidad en tesis fiel y estricta. Ahora bien, de lo dicho acerca de la rectitud se colige que es distinta del alma y de la grandeza del alma, pues aunque ésta no la posea, el alma sigue siendo alma y grande. ¿Y de dónde se deduce la diversidad entre el alma y su grandeza? No es posible mostrarlo con el mismo argumento que distingue entre el alma y su rectitud, Puesto que el alma no puede privarse de su grandeza como de su rectitud. Sin embargo, el alma no es su propia grandeza; pues aunque el alma no existe sin su grandeza, ésta se encuentra fuera del alma. ¿Me preguntas dónde? En los ángeles; pues la grandeza de los ángeles, lo mismo que la del alma radica en que son capaces de eternidad. Y si consta que el alma es distinta de su rectitud porque puede carecer de ella, ¿por qué no puede ser también evidente que es distinta de su grandeza, porque no puede reivindicarla como suya propia?

Por tanto, si la rectitud no abarca el alma entera y a grandeza no radica sólo en el alma, es claro que ambas se diferencian del alma. Además ninguna forma se identifica con aquello de lo cual es forma; y la grandeza es la forma del alma. Por ser inseparable de ella tampoco puede dejar de ser su forma.

Otro tanto sucede con todas las diferencias sustanciales, no sólo en aquellas que son estrictamente propias, sino también en aquellas propiedades que corresponden a innumerables formas. Por tanto, el alma no es su grandeza, como el cuervo no es su negrura o la nieve su blancura, como el hombre no es su capacidad de reír o de pensar. Aunque no encontrarás nunca un cuervo que no sea negro, la nieve carente de blancura, o un hombre que no sea risible y racional. Así ocurre con el alma y la grandeza del alma: son inseparables y a la vez diversas entre sí. ¿Cómo no van a ser distintas si ésta subsiste en el sujeto y aquélla es a la vez sujeto y sustancia?

únicamente la naturaleza suma e increada que es Dios Trinidad, se apropia la simplicidad pura y singular de su esencia sin la menor diversidad de ser, de lugar y de esencia; es decir, permanece en si misma lo que es y lo que tiene, siempre y de la misma manera. En ella todo lo múltiple es unidad, todo lo distinto es identidad, el número nunca es suma pluralidad, ni la alteración sufre variedad alguna. Encierra dentro de sí todo lugar, pone cada cosa en su lugar y no la abarca lugar alguno. Todos los tiempos pasan por debajo de ella, no por ella. No mira al futuro, no repiensa el pasado, no sufre el presente.

a la visión de Dios, en la que incluso consiste la visión de Dios, que yo la atribuyo al amor. Esa visión, esa semejanza es el amor. ¿A quién no le pasma el amor de un Dios despreciado que invita de nuevo? Con razón es un malvado ese que antes hemos mencionado, porque se apropia la semejanza de Dios y amando la iniquidad no puede ni amarse a sí mismo ni a Dios. Lo dice la Escritura: El que ama la iniquidad odia su alma.

Suprimiendo esa iniquidad que es origen de esa parcial desemejanza, surgirá la unión del espíritu, la mutua visión y el mutuo amor. Cuando venga lo perfecto se acabará lo limitado; y nacerá mutuamente el amor casto y consumado, el conocimiento pleno, la visión inmediata, la unión inquebrantable, la alianza indivisible, la semejanza perfecta. Entonces conocerá el alma como es conocida, amará como es amada, se gozará el esposo con la esposa, conociendo y siendo conocido, amante y amado, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

coito y ese dolor tan agudo en el parto? Por eso el hombre en su concepción y en su nacimiento, en su vida y en su muerte es comparado con los insensatos jumentos y se ha hecho semejante a ellos.

¿Qué podemos pensar de una criatura libre que no, controla el apetito y lo tiene sometido a ella, sino que lo sigue y obedece como una esclava? ¿No es también por esto semejante y uno más entre los animales, cuya naturaleza no fue llamada a la libertad, sometida a servir como esclava del vientre y obedecer a sus apetitos? ¿No es justo que Dios se avergüence por todo esto de ser considerado semejante al hombre, y diga: Crees, inicuo, que soy como tú? Y añade: Te acusaré, te lo echaré en cara. El alma que se contempla a sí misma no puede pensar que Dios sea semejante a ella, si es tan pecadora e inicua como a mía. Dios le argüirá diciendo: Crees, inicua; y no dice: "Crees, alma", o: "Crees, hombre", que soy como tú.

Pero si se sitúa el inicuo ante sí mismo y se le coloca frente al rostro demacrado y enfermizo de su condición interior, de modo que no pueda esconder o eludir la impureza de su conciencia, sino que a la fuerza tenga que descubrir la inmundicia de sus pecados y la deformidad de sus vicios, de ningún modo podrá pensar que Dios sea semejante a él. Desalentado por toda la desemejanza que encuentra, creo que exclamará diciendo: Señor, ¿quién como tú? Y lo dirá por su voluntaria y reciente desemejanza. Porque la primera semejanza se mantiene; por eso le desencanta mucho más la desemejanza, pues permanece la semejanza. ¡Qué bien tan grande es una y qué desgracia la otra! Mas comparando las dos, cada una destaca más en su género.

Cuando el alma advierte en sí tal distancia, tendrá que exclamar situada entre la esperanza y la desesperación: Señor, ¿quién como tú? Tanto mal la hunde en la desesperación; pero ese otro bien inmenso la levanta también a la esperanza. Por eso cuanto más le disgusta el mal que ve en sí misma, con tanto más ardor suspira por el bien que también descubre en sí; le arrastra y ansia hacerse tal como fue creada, simple y recta, temerosa de Dios y alejada del mal. ¿No va a poder retirarse de aquello a lo que pudo acercarse? ¿No va a poder aproximarse allí de donde pudo alejarse? Pero ambas cosas sólo podrá conseguirlas con la ayuda de la gracia, no por la naturaleza ni por su esfuerzo. Porque es la sabiduría la que vence el mal, y no la naturaleza ni las propias fuerzas.

No le faltarán ocasiones de ambicionarlo: se ha vuelto hacia el Verbo. Y este generoso parentesco del alma con el Verbo no será estéril. De él venimos tratando hace tres días. Y el mejor testimonio de dicho parentesco es la semejanza indeleble. El Espíritu se digna admitir en su intimidad a quien es semejante por naturaleza, pues ciertamente por exigencias de la naturaleza cada cual busca a su semejante. Así dice el que le llama: Vuélvete, Sulamitis, vuélvete para que te veamos. Verá al semejante el que no conocía al desemejante; y él mismo se ofrecerá para que le vea. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él y lo veremos como es. Piensa, pues, que es algo dificultoso, pero no imposible, lo que implica esa interrogación: Señor, ¿quién como tú?

Quizá entiendas mejor que se trata de una experiencia admirativa. Porque es admirable y sorprendente esa semejanza que siempre acompaña

Lejos de nosotros, amadísimos, lejos de nosotros los innovadores, no los dialécticos, sino los herejes. Sostienen llenos de maldad que la grandeza por la que Dios es grande, la bondad por la que Dios es bueno, la sabiduría por la que Dios es sabio, la justicia por la que Dios es justo y finalmente la divinidad por la que es Dios, no son el mismo Dios. Dicen: "Por su divinidad es Dios, pero la divinidad no es Dios". ¿Tal vez no se digne ser Dios esa divinidad que es tan grande que puede hacerle Dios? Si no es Dios, ¿qué es? Porque o es Dios o algo que no es Dios, o es nada. Claramente rechazas que sea Dios, pero pienso que tampoco reconocerás que es la nada, si confiesas que es tan necesaria para Dios que no sólo sin ella Dios no puede ser Dios, sino que existe por ella. Y si es algo que no es Dios, será menor que Dios, o mayor o igual. ¿Cómo puede ser menor si es algo propio de Dios? Sólo puedes confesar que es mayor o igual. Pero si es mayor será el sumo bien, mas no Dios; si igual a Dios, habría dos sumos bienes, no uno; y ambas cosas van contra el sentir católico.

Sobre la grandeza, la bondad, la justicia y la sabiduría afirmamos lo mismo que hemos dicho acerca de la divinidad: son una misma realidad en Dios y con Dios. No es bueno por una razón y grande por otra; ni deduce su justicia y sabiduría de partes distintas a las que le hacen grande y bueno; porque todo esto le proviene del mismo hecho de ser Dios, es decir, de sí mismo.

Pero insiste el hereje: ¿Niegas entonces que es Dios por su divinidad? No; pero esa misma divinidad por la que es Dios, afirmo abiertamente que es Dios para no establecer que hay algo más excelente que Dios. Porque digo que es grande por su grandeza,..pero la que es por sí mismo, para no introducir algo mayor que Dios; y con eso que es bueno por su bondad, pero no con otra que no sea él mismo, para no descubrir nada que sea mejor que él; p así con todo lo demás. Como suele decirse, camino seguro y a gusto con la sentencia de aquel que decía: Dios no es grande sino con aquella grandeza que es él mismo. De lo contrario esa grandeza sería mayor que Dios. Esto lo decía Agustín, martillo eficacísimo de todos os herejes. Así pues, si pudiésemos decir algo de Dios con propiedad, se diría con mayor congruencia y rigor: "Dios es la grandeza, la bondad, la justicia, la sabiduría, mejor que Dios es grande, bueno, justo y sabio".

Por eso no sin razón en el Concilio que recientemente celebró en Reims el Papa Eugenio, tanto él como los demás obispos juzgaron algo perverso y totalmente sospechoso el comentario de Gilberto, obispo de Poitiers, sobre un texto muy juicioso y ortodoxo del libro de la Trinidad de Boecio. El comentario dice así: El Padre es la verdad, es decir, verdadero; el Hijo es la verdad, esto es, verdadero; el Espíritu Santo es la verdad, es decir, verdadera. Y estas tres no son tres verdades, sino una sola verdad, es decir, un solo verdadero. ¡Explanación perversa y oscura! Con cuánta más verdad y precisión habría dicho lo contrario: El Padre es verdadero, esto es, la verdad: el Hijo es verdadero, esto es, la verdad: él Espíritu Santo es verdadero, es decir, la verdad. Y estos tres son un solo verdadero, esto es, una verdad.

Así lo habría hecho si se hubiese dignado imitar a Fulgencio que dice: "La única verdad de un solo Dios, es decir, la verdad que es un solo Dios,

no consiente asociar a la criatura con el servicio y el culto que rendimos al Creador". Perfecta corrección: porque se refiere a la verdad con veracidad; piensa piadosa y católicamente sobre la verdadera y pura simplicidad de la sustancia divina, en la que nada puede subsistir más que ella misma, y ella es Dios. El libro del mencionado obispo discrepa manifiestamente de la fe correcta en algunos pasajes; a guisa de ejemplo citaré también otro texto. Aduce esta frase de Boecio: "Cuando decimos: Dios, Dios, Dios, nos referimos a la sustancia divina". Y nuestro comentador añade: "No la sustancia que es, sino aquella por la que es". De ninguna manera: está fuera de la fe católica establecer una sustancia o cualquier otra cosa por la cual Dios es Dios, que a su vez no sea Dios.

Pero todo lo que estamos diciendo ya no va contra este autor. En el mismo Concilio acogió con humildad la proposición de los obispos y él mismo condenó oralmente todas las demás que juzgaron dignas de ser rechazadas. Lo decimos por aquellos que, según dicen, transcriben todavía y leen con frecuencia esa obra, infringiendo la prohibición promulgada por el Papa allí mismo y se aferran polémicamente en adherirse al obispo en lo que él no se obstinó, prefiriendo seguirlo como maestro del error y no de su retractación.

También lo he expuesto por vosotros, con motivo de la diferencia entre la imagen y el alma, creada según la imagen; pues me ha parecido oportuna esta digresión, por si algunos beben alguna vez estas aguas furtivas que parecen más agradables. Con este antídoto la devolverán y limpiarán el estómago de su espíritu para acoger lo que aún nos falta por exponer sobre la semejanza, como os prometí; y se acercarán con gozo a unas fuentes más puras que las mías, las del Salvador, Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

no te pertenece esa suavidad, ese deleite, esa hermosura; y si es tuya esa porción terrena, no sólo es tuya, sino común a todos los anima es de la tierra. Lo que es tuyo y te pertenece de verdad es otra cosa y por otras razones: es lo eterno y proviene de la eternidad.

¿Por qué marcas tu alma con otra forma extraña, o más bien con otra deformidad? Efectivamente, tememos perder lo que nos deleita poseer, y el temor es como un color. Cuando tiñe a la libertad, la encubre y la vuelve totalmente desemejante a sí misma. ¡Cuánto más digno para con su origen habría sido no hacer apetecido nada, y nada tendría que temer; así habría preservado de ese temor servil a su libertad congénita, dejando intacta su fuerza y su belleza! Pero ay; no es así. Se ha vuelto pálido el oro más puro. Huyes y te escondes; oyes la voz del Señor Dios y te ocultas. ¿Por qué, sino porque temes al que amabas y la apariencia servil eliminó la hermosura de tu libertad?

Pero también aquella coacción voluntaria y la ley contraria introducida en los miembros, como dije en el sermón anterior, se echa sobre la misma libertad. Y al halagar a esta criatura libre por naturaleza la reduce a esclavitud por su propia voluntad, y cubre su rostro de ignominia. Hasta el punto de servir con su propia carne a la ley del pecado, contra su voluntad. Puesto que fue negligente para defender su inocencia natural con la honradez de su vida, sucedió por justa disposición de su Autor que no se despojara de su propia voluntad, sino que la vergüenza la envolviera como con un doble manto. Y está muy bien dicho como con un doble manto, cual si fuera un vestido doble, pues la libertad se conserva por la voluntad, pero su vida servil pone de manifiesto la coacción.

Esto es lo que se debe tener en cuenta con respecto a la libertad y simplicidad del alma. Si lo consideras bien, todo lo encontrarás cubierto a la vez por el doble manto de la semejanza y de la desemejanza. ¿No es acaso un doble manto eso que no es innato en ella, sino algo pegado y en cierto modo cosido por la aguja del pecado: el engaño adherido a la simplicidad, la muerte a la inmortalidad, la coacción a la libertad? Pero esta duplicidad del corazón no anula la simplicidad de su esencia, ni la muerte a la inmortalidad de su naturaleza, ya sea la muerte voluntaria del pecado o la necesaria del cuerpo. Ni la coacción de una esclavitud voluntaria suprime el libre albedrío.

Así pues, las cosas extrañas que se mezclan con los bienes de la naturaleza, como no suplantan a los primeros sino que se acumulan, la entorpecen, pero no la exterminan; la turban, mas no la destruyen. Por eso el alma deja de ser semejante a Dios y a sí misma; por eso se compara con los brutos animales y se vuelve semejante a ellos. Así leemos que cambió su gloria por la imagen de un toro que come hierba, y que los hombres, como las raposas, poseen la madriguera de la doblez y el engaño. Y por volverse semejantes a las raposas correrán su misma suerte. Por eso dice Salomón que el hombre muere como el jumento. ¿Por qué no va a morir como él si vivió como él? Si se volcó como las bestias sobre lo terreno, también morirá como las bestias. Escucha esto: ¿será extraño que muramos con la misma muerte, si fue semejante nuestro nacimiento? ¿De dónde le viene al hombre, sino de su semejanza con las bestias, esa pasión tan incontinente del

se apoyan en la más indubitable y absoluta verdad.

Pero la Escritura habla dé una desemejanza que ha sobrevenido, no porque ha sido borrada la semejanza, sino porque se ha interpuesto otra por delante. El alma no se ha desnudado totalmente de su forma nativa, sino que sobre ella se ha vestido otra ajena. Se le añade ésta sin perder la anterior. La que tiene encima puede oscurecer la congénita, pero no exterminarla. Por eso dice el Apóstol: Su corazón insensato se obnubiló. Y el Profeta: Se ha vuelto pálido el oro, el oro más puro. Se lamenta del oro oscurecido, pero al fin es oro. El oro más puro ha perdido su mejor color, pero no le han arrancado su patina. Permanece en su origen la simplicidad siempre inalterable, pero se destaca muy poco, cubierta por la doblez del engaño, del disimulo y de la hipocresía del hombre.

¡Qué incongruente resulta esta mezcla de la doblez con la simplicidad! ¡Qué indignamente se combina esa configuración con su naturaleza! La serpiente se revistió de esa astucia, cuando para seducir a la pareja se presentó como asesora, simulando amistad. Asimismo sedujo a los que habitaban en el paraíso. Y una vez seducidos hicieron lo mismo: se cubrieron pretendiendo encubrir la vergüenza de su desnudez entre la oscuridad de los árboles frondosos, con capas tejidas de hojas y con vacías excusas. ¿Con qué virulencia infectó la hipocresía desde entonces y para siempre a toda la posteridad que la heredó! ¿Qué hombre desea, o al menos tolera presentarse como es?

Pero junto a esta duplicidad primordial subsiste, sin embargo, en cada alma la simplicidad de su ser, Y al contrastarlas se agrava la perplejidad. Se mantiene igualmente la inmortalidad, pero confusa y tenebrosa porque irrumpe la niebla densa de la muerte corporal. No se ve privada de la vida, pero ya no es capaz de reivindicar para el cuerpo el don de la misma. ¿Qué decir cuando ni siquiera puede conservar la vida espiritual que retiene? Porque el alma que peque ésa morirá.

¿Acaso cuando se echa encima esa muerte doble no se vuelve tenebrosa y miserable la inmortalidad que conserva? Ten en cuenta además que la apetencia de las realidades terrenas que todas acarrean la muerte-intensifica las tinieblas; el alma que así vive, más bien deja ver en todo su ser un pálido semblante e imagen de la muerte. ¿Por qué siendo inmortal no apetece las realidades eternas e inmortales semejantes a ella, para presentarse como es y vivir para lo que fue creada? En cambio, saborea y busca lo contrario, conformándose por su forma de vida con sus semejantes los mortales, hasta denigrar la blancura de la inmortalidad con el negro color de la pez de sus hábitos mortíferos. ¿Cómo no va a contagiarle mayor desemejanza con lo inmortal el deseo de las realidades perecederas para hacerle más desemejante con el inmortal? Dice el Sabio: A quien toque la pez se le pega la mano, gozando con lo mortal se viste de mortalidad; y al acercarse a lo que se parece a la muerte no se quita la túnica de la inmortalidad, pero la destiñe.

Fíjate en Eva, cómo su alma inmortal, aspirando las realidades perecederas, introdujo el desdoro de la mortalidad en la gloria de su inmortalidad. ¿Por qué, inmortal como era, no despreció lo mortal y transitorio, satisfecha con lo inmortal y eterno, tan semejantes a ella? Dice: Vio la mujer que el fruto era hermoso, de aspecto deleitable y suave para comerlo. Mujer,

Sermón 81

La semejanza del Verbo con el alma radica principalmente en que para esta ser equivale a vivir, mientras para el verbo ser equivale a vivir feliz: los diversos géneros de vida; solo para el alma ser es lo mismo que vivir y que ha recibido por su condición espiritual: él alma es inmortal pero no como el Verbo; su triple parentesco con el Verbo: su simplicidad, perpetuidad y libertad; en que consiste su libertad. Como por el pecado la libertad del alma se reduce a la cautividad: la ley de Dios y la ley del pecado actúan juntas en el alma y en la voluntad.

Nos preguntábamos sobre la afinidad del alma con el Verbo, como algo decisivo. Cómo pueden juntarse tan grande majestad con tanta pobreza al estilo del amor conyugal, de modo que se abracen aquella sublimidad con esta abyección. Si es verdad lo que decimos, provoca una confianza muy gozosa; pero si es falso, nuestra audacia recibiría un gran castigo. Por tanto, necesitamos preguntarnos por esta mutua correspondencia de la que hemos descubierto muchas cosas, aunque no todas. ¿Quién por corto que sea, no comprueba con qué familiaridad se tratan la imagen y lo que es según la imagen? Por eso si recordáis, asignábamos ayer en un sermón una cualidad propia a cada una de las dos imágenes. Demostrábamos la afinidad del Verbo no sólo con su imagen, sino con la semejanza de la imagen. Pero aún no hemos aclarado de qué o de cuántos aspectos consta principalmente la semejanza en sí misma.

Ea, comencemos esta aclaración, para que cuanto más plenamente conozca el alma su origen, se avergüence más de llevar una vida degenerante. Y al descubrir lo que en la naturaleza está corrompido por el pecado, trate de reformarlo con diligencia. Así, conduciéndose dignamente según su origen y con el don de Dios, accederá confiada a los abrazos del Verbo.

Comprenda, pues, que por esta dignidad de la semejanza divina posee en sí misma aquella simplicidad natural de su sustancia, por la cual ser y vivir son una misma realidad; aunque el hecho de existir no implica en el alma vivir bien y vivir dichosamente, pues se trata de una semejanza y no de una igualdad. Es una distancia pequeña, pero real. No hay duda que es más excelente y eximio que el hecho de existir equivalga a vivir dichoso, que cuando sólo significa vivir. El Verbo posee lo primero por su divinidad, y el alma lo segundo por la semejanza; pero dejando intacta la trascendencia del Verbo, es evidente la afinidad de naturalezas y la grandeza incomparable del alma.

Si queremos aclararlo un poco más, digamos que únicamente en Dios es lo mismo ser que ser dichoso; y en esto consiste la simplicidad más radical y absoluta. Podemos afirmar otra simplicidad semejante a ésta y decir que lo mismo es ser que vivir: lo cual es propio del alma. Desde aquí, aunque en grado inferior, puede elevarse y llegar a vivir bien e incluso a vivir dichosamente. Sin embargo, esa persona nunca podrá llegar a identificar en sí misma el ser con el ser dichosa. Se sentirá muy satisfecha de su semejanza, pero su diferencia le obligará a exclamar desde lo más profundo de su ser: Señor, ¿quién como tú? Con todo, es una gran

dignidad del alma, porque desde ella y sólo desde ella se asciende a la vida dichosa.

Como sabemos, existen dos géneros de seres vivientes, los sensibles y los insensibles. Los sensibles son, sin duda, más perfectos que tos insensibles, y a ambos les supera en perfección a vida, por la cual se vive y se siente. No podemos colocar en un mismo nivel la vida y un ser viviente, y mucho menos aún la vida y lo que carece de vida. La vida es el alma que vive, pero que vive en sí misma. Y por eso, si queremos hablar con propiedad, más que un ser viviente es vi a. Al ser infundida en el cuerpo lo vivifica, y éste al sentir la presencia de la vida es un ser viviente, pero no es la vida. De aquí se deduce que ni siquiera para todo cuerpo vivo es lo mismo vivir que existir, ya que puede existir y no vivir. Y con mucha mayor razón aún no llegan a este grado los que carecen de vida.

Por otra parte, tampoco todo lo que se llama vida o existe es capaz de alcanzar esto. Tenemos, por ejemplo, la vida de los animales y de los árboles: la de los primeros goza de sensibilidad y la de los otros carece de ella. Pero en ninguno de esos casos se identifica el existir con el vivir, ya que en opinión de muchos esa vida existía en los elementos simples antes de infundirse en los miembros o en las ramas. Y en consecuencia, cuando dejan de dar vida cesan de vivir, pero no de existir. Se separan y disgregan, aunque no estaban solamente acoplados, sino verdaderamente unidos: Cada uno de ellos no forma una entidad simple, sino compleja. Y por eso no vuelve a la nada, sino que se divide en varias partes y torna a sus propios elementos originales, esto es, la parte aérea al aire, la ígnea al fuego y así lo demás. En esas especies de vida no se identifica el existir y el vivir, ya que en ciertas ocasiones no vive.

Por consiguiente, cuando no se identifica el ser con el vivir nadie podrá conseguir vivir bien y dichosamente, ya que es incapaz incluso de alcanzar el grado inferior del ser. únicamente el alma humana permanece en ese grado de dignidad, porque ha sido creada como vida por la vida, simple por el simple, inmortal por el inmortal. No está, por ende, lejos del grado superior, donde se identifica el ser y la vida dichosa, estado exclusivo del único bienaventurado y soberano, rey de reyes y señor de señores.

El hombre ha recibido, pues, el alma no con la facultad de ser ya dichosa, sino de poder serlo. Se acerca en cuanto es posible al grado superior, pero no lo posee. Jamás, ni siquiera cuando sea dichosa, se identificará en ella el ser y el ser dichosa, como hemos dicho. Defendemos la semejanza y rechazamos la igualdad. Un ejemplo: Dios es vida, y el alma también es vida; una vida semejante sí, pero distinta. Como es vida, el alma vive en sí misma, y no sólo vive, sino que es fuente de vida, es semejante al que es todo eso. Pero el doble hecho de ser creada por un creador, y de que no existiría si no hubiera sido creada por él, ni viviría si no fuera vivificada por él, la hace ser distinta.

Al decir que no viviría me refiero a la vida espiritual, no a la natural. Pues su vida natural, incluso en el alma que no vive espiritualmente, permanecerá siempre inmortal. Mas ¿qué vida es esa en la cual vale más no haber nacido que no perderla? Es una auténtica muerte, y tanto más grave cuanto que no deriva de la naturaleza, sino del pecado. Es cierto: La muerte de los pecadores es horrorosa. Así pues, el

Sermón 82

Todavía queda algo dudoso en lo expuesto y debe ser aclarado. Sobre las palabras: hasta que, etc. La semejanza dé Dios en el hombre parece destruida por el pecado según algunos textos de la escritura, pero hay que interpretarlo como un obscurecimiento y confusión de la misma, tanto en su simplicidad como en su libertad e inmortalidad y de que manera: las cosas añadidas desfiguran al alma y por eso la muerte y el nacimiento del hombre y del jumento parecen idénticos. Pero debido a la parte de semejanza que permanece, puede acceder al verbo.

¿Qué os parece? ¿Podemos volver ya al esquema de la exposición del que nos desviamos, porque ya quedó clara la afinidad del Verbo y del alma? Para aclararlo hicimos esta digresión. A mí me parece que sí, si no advirtiera que todavía queda alguna duda en lo que hemos expuesto. No deseo arrebataros nada. No me resulta cómodo omitir cosas que juzgue útiles para vosotros. ¿Cómo podría atreverme a eso, si yo las he recibido principalmente para vosotros? Sé de alguien que mientras hablaba algunas veces de lo que el Espíritu le sugería, lo retenía y lo guardaba para sí, no por infidelidad, sino por desconfianza, para tener algo que decir cuando tratase de la misma materia. Y le pareció escuchar a alguien que le decía: "Mientras te reserves eso no recibirás otra cosa".

¿Y que sucedería si lo retuviese no para previsión de su pobreza, sino por envidiar el aprovechamiento de sus hermanos? ¿No se le privaría con razón incluso de lo que consideraba suyo? Que Dios aleje eso siempre de vuestro siervo, como siempre lo ha hecho. Que esa fuente inagotable de sabiduría salvadora se digne ser siempre copiosa conmigo, para que sin envidia os comunique y os devuelva cuanto hasta ahora se ha dignado infundirme. Si yo os defraudo, ¿de quién no he de temer que me defraude? Ni siquiera de Dios.

Hay algo en lo dicho anteriormente que, como temo, puede ser ocasión de escándalo si no se aclarase. Si no me engaño, alguno de los presentes siente ya cierto escrúpulo y quiero evitarlo. Me refiero a aquella triple semejanza que asignamos al alma y que la encontramos inserta en ella. ¿No recordáis que para nosotros está inseparablemente unida al alma? Pues bien: parece que algunos textos de la Escritura dicen lo contrario, por ejemplo en este Salmo: El hombre constituido en honor no entendió; se ha igualado con los brutos animales y se ha hecho semejante a ellos. Y también este otro: Cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba; y lo que Dios dijo de sí mismo: ¿Crees que soy como tú? Y otros muchos que aseveran unánimes que después del pecado quedó borrada en el hombre la imagen de Dios. ¿Qué podemos responder? ¿Que esos tres atributos no existen en Dios y que por lo mismo debemos buscar otros en los que estribe la semejanza? ¿O que ciertamente existen en Dios y no en el alma, y por tanto no se encuentra semejanza entre ellos? ¿O que están en el alma, pero pueden desaparecer de ella y por eso no son inseparables? De ningún modo. Están en Dios y en el alma, y de manera indeleble; por lo que no debemos retractarnos de lo afirmado:

Pablo no es malo por la ley que reside en su carne, sino más: bien bueno por la bondad que habita en su espíritu. ¿Acaso no es bueno el que consiente a la ley de Dios, porque es buena? Pues aunque confiese también que sirve a la ley del pecado, le sirve con la carne y no con él espíritu. Y como sirve ciertamente a la ley de Dios con el espíritu y con la carne a la ley del pecado, tú verás cuál debes imputar realmente a Pablo. Por mi parte, confieso que será más lógico atribuirle la del espíritu y no la de la carne. Además lo afirma el mismo Pablo y no sólo yo: Si lo que detesto eso es lo que ejecuto, no soy yo quien lo realiza, sino el pecado que habita en mí.

Ya hemos hablado bastante sobre la libertad. En el opúsculo que escribí sobre la gracia y el libre albedrío podéis leer diversas cuestiones sobre la imagen y semejanza, aunque creo que no contradicen a éstas: aquéllas las leísteis, éstas las habéis escuchado. Dejó a vuestro juicio cuáles son más acertadas y si encontráis algo mejor me congratulo y alegraré muchísimo. Pero por encima de todas las teorías dejo a vuestra consideración esta triple prerrogativa: la simplicidad, la inmortalidad y la libertad. Pienso que ya veis con claridad qué el alma por su congénita y noble belleza, que aparece con tanta nitidez en estas cualidades, goza de ana gran afinidad con el Verbo, Esposo de la Iglesia, Jesús, Cristo nuestro Señor, que es Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

alma que vive según la carne ha muerto en vida, ya que era preferible para ella carecer totalmente de vida a vivir así. Y no resurgirá de esa especie de muerte vital a no ser por la palabra de la vida, más aún, por el Verbo-vida, que vive y es dador de vida.

Por otra parte, el alma es inmortal y en ese aspecto es semejante al Verbo, pero no igual. Es tan soberana la inmortalidad de Dios, que de él dice el Apóstol: Es el único que posee la inmortalidad. Yo creo que él lo dice porque solamente Dios es inconmutable por naturaleza, y dice de sí mismo: Yo soy el Señor, y no me cambio. Una inmortalidad tan íntegra y verdadera no sufre cambio ni límite alguno, pues toda mutación es una imitación de la muerte. Todo lo que cambia, cuando pasa de una situación a otra, en algún sentido debe morir a lo que es para comenzar a ser lo que no era. Y si existen tantas muertes como cambios, ¿dónde está la inmortalidad? A esta vanidad fue sometida la creación, no de grado, sino en atención al que la sometió con esperanza.

Sin embargo, el alma es inmortal porque ella es vida para sí misma. Así como no puede desaparecer por sí misma, tampoco puede dejar de vivir. Pero como sabemos muy bien que sus afectos la hacen cambiar, comprenda que es semejante a Dios por la inmortalidad, y no olvide que le falta todavía una gran parte de inmortalidad porque el único que posee la inmortalidad absoluta y perfecta es aquel para quien no hay fases ni períodos de sombra. De todo lo cual se deduce que no es mediocre la dignidad del alma porque Se del Verbo como con un doble parentesco: la simplicidad de su esencia y la perpetuidad de su vida.

Pero todavía se me ocurre otra cosa, que no dejaré pasar, porque constituye al alma en una semejanza no menos insigne con el Verbo, o quizá la acrecienta. Se trata del libre albedrío, algo plenamente divino que brilla en el alma cual piedra preciosa incrustada en el oro: Gracias a él se inserta en el alma una capacidad de discernir y elegir con su opción entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la luz y las tinieblas. Y de la misma manera todo lo demás que pueda considerar de modo habitual en su alma, comparándolo con sus contrarios. Además este ojo del alma juzga y distingue como un árbitro severo: es pues, el que discierne y es libre en su elección. Se llama libre albedrío, porque tiene la facultad de actuar en todo al arbitrio de la voluntad.

Por esto mismo el hombre puede merecer; porque todo lo bueno o malo que hagas y que libremente pudiste no hacerlo, se considera un mérito con toda Justicia. Y en esa justicia se ensalza no solo al que pudo hacer el mal y no lo hizo, sino también al que pudo no hacer el bien y lo hizo. De la misma manera se priva del mérito tanto al que pudo evitar el mal y lo cometió, como al que pudo hacer el bien y no lo hizo. Pero si no hay libertad no hay mérito. Por ésta razón los animales que carecen de razón no pueden merecer, porque no gozan de libertad y deliberación: se guían por los sentidos, se dejan llevar del instinto y los arrebata la tendencia. Tampoco tienen juicio para discernirse a sí mismos o regirse, ni poseen ese instrumento del juicio que es la razón. No son juzgados, porque no juzgan. ¿Con qué coherencia se les puede exigir la razón si no la tienen?

El hombre es el único que no padece esta violencia de la naturaleza y por eso es el único animal libre. Pero interviene el pecado y también arrastra consigo esa tara, aunque en la

voluntad, no en la naturaleza; con lo cual no se ve privado de la libertad congénita. Porque todo lo voluntario es libre. Y cuando se actúa por el peca o, el cuerpo mortal es lastre para el alma, pero por el afecto al pecado y no por el peso del cuerpo. El hecho de que el alma es ya incapaz de levantarse por sí misma, aunque pudo deslizarse espontáneamente, se debe a la voluntad que ya no admite el amor de la justicia, por encontrarse lánguidamente postrada en el amor viciado y vicioso del cuerpo corrompido. Así pues, no sé de qué manera perversa y extraña, el alma se corrompe más y más por el pecado y se coacciona a sí misma; pero esta necesidad por ser voluntaria no puede excusar a la voluntad, ni ésta por ser incitada puede excluir la necesidad.

Nos hallamos ante una necesidad en cierto sentido voluntaria. Se trata de una especie de fuerza agradable que halagando oprime y oprimiendo halaga: la voluntad se siente culpable desde que ha consentido el pecado y no puede arrojarlo por sí misma, ni excusarse por razón alguna. Así se queja gimiendo bajo el peso de la necesidad y dice: Señor, que me oprimen, sal fiador por mí. Pero al instante, sabiendo que es injusto quejarse al Señor, pues lo que más bien está en juego es su propia voluntad, dice lo que sigue: ¿Qué voy a decir o quién me va a responder, si soy yo quien lo hice? Se sentía oprimido por un yugo, pero no era sino el de cierta servidumbre voluntaria; por esta esclavitud era un desgraciado y por la voluntad no tenía excusa. Porque la voluntad, siendo libre, se hizo sierva del pecado por asentir con él; y sigue siendo la voluntad la que se somete al pecado y lo sirve voluntariamente.

Alguno me replicará: Piensa lo que dices. Llamas voluntario a lo que ya sabemos que es necesario? Sin duda alguna, porque la voluntad se entrega a sí misma; no se mantiene en ese estado por sí misma, sino por la fuerza y sin quererlo. Al menos reconoces esto: está así a la fuerza. Ten muy presente que admites la cautividad de la voluntad. ¿Replicas que la voluntad no lo consiente? Pero la voluntad que no quiere no es coaccionada, porque es una voluntad que consiente y no rechaza. Si queriéndolo es reprimida, ella misma se coacciona. ¿Qué podrá alegar, o quién le va a responder, si ella misma lo ha consumado? ¿Qué es lo que consumó? Esclavizarse. Lo dice la Escritura: Quien comete pecado se hace esclavo del pecado. Por tanto, cuando pecó -y pecó cuando decidió obedecer al pecado- se esclavizó. Podría ser libre si no lo vuelve a hacer. Pero lo comete religándose en la misma esclavitud. Porque la voluntad no es retenida en ese estado si ella se resiste: es la voluntad. Pero como lo quiere, no sólo se esclavizó a sí misma, sino que permanece así. Por tanto, debemos recordar muchas veces: ¿quién responderá por ella, si es ella quien hizo y vuelve a hacer todo eso?

Pero dirás: "¿Como me harás creer que no soy víctima de una coacción, si la experimento en mí mismo y lucho contra ella sin cesar?" "¿Dónde?", te preguntó, ¿sientes esa coacción? ¿No es en la voluntad? Por tanto, quieres con mucha firmeza aquello que deseas de manera inevitable. Quieres intensamente lo que no puedes dejar de querer por mucho que te resistas. Pues bien: "donde hay voluntad hay libertad". Me refiero ahora a la voluntad natural, no a la espiritual de la que dice el Apóstol: La libertad con que Cristo nos liberó. De ella dice el mismo Apóstol: Donde hay Espíritu del Señor hay libertad.

Así pues, de un modo extraño y perverso el alma se mantiene libre y esclava bajo esta especie de coacción voluntaria y falsamente libre: esclava por la violencia, libre por la voluntad; y lo que todavía es más extraño y más miserable, culpable por ser libre y esclava por ser culpable, y por lo mismo tanto más esclava cuanto más libre. ¡Ay de mí, desgraciado! ¿quién me librará de la calumnia de esta vergonzosa esclavitud? Soy un desgraciado, pero libre: libre como hombre, desgraciado como siervo. Libre porque soy semejante a Dios, desgraciado como contrario a Dios. Centinela del hombre, ¿porqué me has tomado como contrario a ti? Tú me has hecho así, porque no lo impediste. Pero más bien he sido yo mismo quien me he convertido en carga para mí. Con toda Justicia por cierto. Tu enemigo es también enemigo mío, y el que te ataca a ti también a mí. Yo soy el que me he enfrentado contigo y conmigo mismo, y encuentro en mis miembros algo que está en tensión contra mi espíritu y contra tu ley.

¿Quién me librará de mis propias manos? Pues lo que quiero no lo ejecuto, pero me lo impido yo, no otro. Y lo que detesto, eso hago, pero me induce mi propio yo, no otro. Y ojalá este impedimento y este apremio fueran tan violentos que dejaran de ser voluntarios; al menos así podría excusarme. O al contrario, ojalá fuese tan voluntario que ya no fuera violento; siquiera así podría corregirme. Mas ahora tendrá salida mi desgracia, porque mi voluntad, como dije, me deja sin excusas y la coacción me hace incorregible. ¿Quién me librará de la mano perversa, de las manos del trasgresor de la ley y del inicuo?

¿Me preguntará alguien de qué me quejo? De mí mismo. Yo soy ese ilegal, ese trasgresor, ese inicuo; pecador porque pequé e ilegal porque mi voluntad persiste en obrar contra la ley. Mi voluntad es una ley inserta en mis miembros que se revuelve contra la ley divina. Y como la ley del Señor es la le de mi espíritu, según está escrito: Lleva en el corazón la ley su Dios, por eso mi propia voluntad se vuelve enemiga de mí mismo, que es el colmo de la perversión. ¿Con quién no seré un inicuo si lo soy conmigo? El que es malo consigo, ¿con quién será bueno? Lo reconozco: no soy bueno, porque no existe en mí el bien. Pero me consolará escuchar lo que dicen los santos: Sé que en mí no hay nada bueno. Deja entrever alguna distinción, porque dice "en él", es decir, en su carne, por esa ley contradictoria que hay en ella. Tiene otra ley en el espíritu y es mejor. ¿Acaso no es buena la ley de Dios? Y si es malo por la ley mala de su carne, ¿cómo no será bueno por la ley buena? ¿Acaso sería perverso por la ley maligna de su carne y no podrá ser bueno por la ley buena de su espíritu?

No es así; la ley de su Dios está en su espíritu, de modo que también es de su espíritu. Así lo atestigua el que dice: Percibo en mi cuerpo otra ley extraña a la de mi espíritu. ¿O es suyo lo que es de su carne y no es suyo lo que es de su espíritu? Yo contesto: y más. ¿Por qué no voy a decir lo que dice el mismo maestro? Si en el espíritu sirve a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado, demuestra obviamente lo que reconoce más suyo, porque el mal que reside en su carne es tan ajeno a sí mismo que llega a decir: No soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí.

Por eso dijo quizá con toda intención que encontró una ley en sus miembros, pues la considera como algo ajeno, y añadido. Yo me atrevo a decir algo más sin miedo alguno, a saber:

empujara. Lo cual te enseña una cosa: lo que hace más inminente la propia caída del hombre es el peso de su misma naturaleza.

También lo empuja el mundo que está en poder del malo. Induce a todos, pero sólo derriba a sus amigos, es decir, los que asienten con él. No deseo ser amigo del mundo, para no caer: porque la amistad con el mundo es enemista contra Dios. Y ésa es la caída más grave. De lo dicho queda claro que el hombre mismo es su propio demoledor, pues puede caer por su propio impulso sin que nadie lo empuje, ya no cae por el ajeno si falta el suyo. ¿A cuál de ellos debe resistir más? Sin duda al que es tanto más importuno cuanto más íntimo; al que es capaz de derribarle, y sin cuya cooperación los demás no pueden conseguir nada. No sin razón dijo el Sabio que el hombre que domina su alma es superior al que conquista ciudades.

Esto te atañe mucho a ti. Necesitas una gran fortaleza, y no cualquiera, sino la que puede venirte de lo alto. Si es perfecta, fácilmente logra que el espíritu sea vencedor de sí mismo y lo vuelva invicto en toda batalla. Se trata de una especie de vigor del espíritu, que no sabe ceder para defender lo que es justo. O si prefieres, una fuerza del espíritu que se mantiene inamovible con la razón para defenderla. O también: un vigor del espíritu que radica en sí mismo para someter y encauzar todo a la razón.

¿Quién subirá al monte del Señor? Todo el que se esfuerce en subir a su cumbre, que es la perfección de la virtud, debe saber bien qué ardua es la subida, qué inútil es empeñarse sin la ayuda del Verbo, Dichosa el alma que brinda a los ángeles que la contemplan ese gozo y milagro, y pueda escuchar que dicen de ella estas palabras: ¿Quién es esa que sube del desierto, rebosante de hermosura y apoyada en su amado? Si no se apoya se esfuerza en vano. Efectivamente, si cuenta con un apoyo se hará fuerte contra sí misma y someterá todo a su propósito: la ira, el miedo, la codicia y el gozo; como s; fuesen el carro del alma, lo conducirá como buen auriga y reducirá a esclavitud todos los afectos carnales, y al dominio de la razón en servicio de la virtud los sentidos de la carne.

El que se apoya en quien todo lo puede ¿no lo podrá todo? Qué confianza la de aquel grito: Todo lo puedo en aquel que me conforta! Nunca se esclarece tanto la omnipotencia del Verbo como cuando hace omnipotentes a los que confían en él. Además todo es posible para el que tiene fe. ¿O no es todopoderoso el que lo puede todo? Por lo tanto, el espíritu que no presume de sí mismo y se conforta en el Verbo, podrá también enseñorearse de sí para que no lo domine injusticia alguna. Lo repito, quien se apoya en el Verbo y se reviste de la fuerza de lo alto, no podrá ser derribado si está en pie, ni ser sometido en su señorío por ninguna especie de violencia, engaño o halago.

¿Quieres estar libre del demoledor? Que no te pisotee la soberbia, y así no te echará fuera la mano del malvado. Así han fracasado los malhechores. Ahí cayeron el diablo y sus ángeles. Nadie los empujó desde fuera, pero los expulsaron y no tuvieron fuerzas para mantenerse en pie. Nunca ha estado en la Verdad, porque no se apoyó en el Verbo y confiaba en su poder. Tal vez por eso quiso sentarse el que no pudo mantenerse en pie. Escuchadle: "Me sentaré en el Monte de la Asamblea. Pero Dios pensaba de otra manera, y ni estuvo de pie ni se sentó: cayó. Lo dice el Señor: Yo veía

caer a Satanás de lo alto como un rayo. Por tanto, si no quiere caer el que está en pie,.que no se fíe de sí mismo y apóyese en el Verbo. El lo dice: Sin mí nada podéis hacer. Así es: sin el Verbo no podemos levantarnos al bien ni permanecer en él. En consecuencia, tú que estás en pie, da gloria al Verbo y di: Afianza mis pies sobre la roca y endereza mis pasos. Si necesitas que su mano te levante, también necesitas que te sostenga por su poder. Digo esto para explicar que necesitamos del Verbo para fortalecernos en la virtud.

Ahora consideraremos lo que también recordé: el Verbo nos reforma para su sabiduría. El Verbo es poder, el Verbo es sabiduría. Que el alma tome fuerza del poder y sabiduría de la sabiduría, y atribuya estos dos dones al único Verbo. Pero si los busca en otra parte o se apropia uno de los dos, deberá negar también que el arroyo nace de la fuente, o el vino de la vid, o la luz de la luz. Mucha verdad es ese dicho: Si alguno de vosotros se ve falto de sabiduría, pídaselo a Dios, que da sin regatear y sin humillar; él se la dará. Lo dice el mismo Dios. Pero yo pensaría lo mismo acerca del poder. El poder es semejante a la sabiduría. Es un don de Dios, digno de enumerarlo entre los mejores; desciende también de lo alto, del Padre del Verbo. Y si alguien cree que es igual a la sabiduría, no lo niego, pero en el Verbo, no en el alma. Todo lo que en el Verbo es una misma cosa por la singular simplicidad de la naturaleza divina, no tiene en el alma un mismo efecto, sino que se acomoda como participación suya a sus varias y diversas necesidades.

Por esta razón, una cosa es para el espíritu obrar con poder y otra regirse por la sabiduría; una dominarse con la virtud y otra deleitarse en la dulzura. Aunque la sabiduría sea poderosa y la virtud suave, si queremos atribuir a las palabras su significación particular, el poder debe denotar fuerza y la suavidad una placidez del espíritu con cierta delicadeza del corazón. Pienso que así lo entendía el Apóstol, cuando después de sus numerosas exhortaciones relativas al poder, añade que la sabiduría es una dulzura en el Espíritu Santo. Por tanto, mantenerse en pie, resistir, rechazar a violencia con violencia, cosas que se consideran propias del poder, es un honor, pero también un esfuerzo. No es exactamente lo mismo defender el propio honor con un esfuerzo, que poseerlo en la quietud. No es igual obrar con poder y gozar del poder. Todo lo que elabora la fuerza lo goza la sabiduría. Aquello que ordena, delibera y modera la sabiduría y lo ejercita el poder.

Dice el Sabio: La sabiduría del secretario es el ocio. Por tanto, el ocio de la sabiduría es la ocupación; cuanto más ociosa es la sabiduría, más se ejercita a su manera. En cambio, la virtud ejercitada es más manifiesta y más probada cuanto más ocupada. Si alguien definiese la sabiduría como el amor de la virtud, yo no diría que se desvía de la verdad. Donde hay amor, no hay cansancio sino sabor. Quizá la palabra sabiduría se deriva de sabor, porque al caer en el ámbito de la virtud, como si fuera su condimento, la vuelve sabrosa, cuando de suyo es insulsa en cierto sentido y parece agria. Tampoco corregiría al que defina la sabiduría como sabor del bien. Hemos perdido este sabor casi desde nuestros orígenes: desde que el veneno de la serpiente primordial, por prevalecer los sentidos carnales, emponzoñó el paladar del corazón y el alma comenzó a no saborear el bien y se le introdujo el sabor del mal. Sí, el corazón del hombre se pervierte desde la juventud,

es decir, desde la insipiencia de la primera mujer.

Así que esta falta de sabiduría de la mujer excluyó el sabor del bien, porque la malicia de la serpiente envolvió la insistencia de la mujer. Pero allí donde la malicia creyó que había vencido por un momento, allí mismo lamentará por siempre que ha sido vencida. Pues la Sabiduría invadió de nuevo el corazón y el alma de la mujer, para que los deformados por la mujer en la insipiencia sean reformados por la mujer en la sabiduría. Esta vence continuamente a la malicia en los espíritus que invadió, exterminando con un sabor exquisito el sabor del mal que ella introdujo. Al penetrar la sabiduría declara insensato el sentido carnal, sana el entendimiento, purifica y repara el paladar del corazón; y con un paladar sano se saborea ya el bien, se saborea la misma sabiduría, que es el mejor de todos los bienes.

¡Cuántas cosas buenas se hacen y no lo saborean los que las hacen! Porque no les empuja el sabor del bien, sino la razón o cualquier otra ocasión o impulso. En cambio, muchos que obran el mal no lo saborean, porque se sienten inducidos por el miedo o la avaricia de cualquier cosa, más que por el sabor del mal. Pero los que se mueven por el afecto del corazón, o son sabios y se deleitan con el mismo sabor del bien, o son malos y se complacen con su propia malicia, aunque no tengan la esperanza de adquirir algún otro bien.

¿Qué es la malicia sino saborear el mal? Dichoso el espíritu que sólo es capaz de saborear el bien y aborrecer el mal. Esto equivale a reformarse en la sabiduría, experimentar con gozo la victoria de la sabiduría. ¿Cómo se evidencia mejor que la sabiduría vence al mal, sino cuando, excluido el sabor del mal que no es otra cosa que la malicia misma, se experimenta que un sabor íntimo del bien embarga de total suavidad lo más profundo del espíritu? A la virtud le corresponde soportar con valor las tribulaciones, y a la sabiduría gozar en esas tribulaciones. Es propio de la virtud ser valiente y esperar en el Señor; y de la sabiduría, gustar y ver qué bueno es el Señor. Y para que resplandezcan ambos dones por la bondad de la naturaleza propia, la modestia del espíritu demuestra la sabiduría y por la constancia se deja ver el hombre virtuoso. Oportunamente habla primero de la virtud y luego de la sabiduría, pues la virtud es como un fundamento sólido sobre el cual edifica su casa la sabiduría. Tenía que precederles el conocimiento del bien, pues no hay afinidad entre la luz de la sabiduría y las tinieblas de la ignorancia. Y también la buena voluntad, porque la sabiduría no entra en el alma de mala ley.

Así pues, la recuperación de la vida del alma se manifiesta por el cambio producido en la voluntad, por el equilibrio de la erudición, por la estabilidad de la virtud y finalmente por la madurez de la sabiduría. Pero nos queda encontrar su belleza, sin la cual no le es posible complacer al más bello de los hombres. Recuerda que el rey está prendado de tu belleza. ¡Cuántos bienes del alma hemos enumerado: los dones del Verbo, la buena voluntad, la ciencia, el poder, la sabiduría! Pero el Verbo no desea hada de esto, sino esto otro: El Rey suspira por tu belleza. Y lo confirma el Profeta: El Señor reina, se reviste de hermosura. ¿Cómo no va a desear una vestidura semejante para su imagen y esposa? La ama mucho más cuanto más se parece a él.

¿En qué consiste la hermosura del alma? ¿Quizá en eso que llamamos

honestidad? Aceptémoslo, mientras no se descubra algo mejor. Se debe hallar esa honestidad en el comportamiento exterior: no porque éste sea su causa, sino su instrumento. Pero su origen y su morada radica en la conciencia. Su resplandor lo atestigua la conciencia. Nada más esplendoroso que esa luz, nada más digno que ese testimonio, porque la luz brilla en el espíritu y el espíritu se ve en la verdad. ¿Pero cuál? La honradez ruborosa, circunspecta, temerosa; la que no admite absolutamente nada que pueda anular la dignidad del testimonio de la conciencia, que nunca sea consciente de algo que pueda ruborizar a la verdad presente o le obligue a esconder su rostro confuso y herido por la luz de Dios. Esta, ésta es su hermosura, la que deleita a la mirada divina sobre todos los dones del alma; lo que hemos llamado y definido como honesto.

Cuando la luz de esta hermosura haya inundado copiosamente lo más íntimo del corazón deberá dejarse ver exteriormente como lámpara que ardía bajo el celemín; es más, como luz que brilla en las tinieblas, incapaz de ocultarse. Efectivamente, el cuerpo se atrae esta imagen del espíritu que irrumpe con sus rayos y la difunde por sus miembros y sentidos, de modo que toda obra, palabra, mirada, pasos prisas, se impregnen en lo posible de gravedad y se llenen de honradez. La hermosura del alma, si no hay doblez en su espíritu, se manifiesta en estos y otros movimientos de los miembros y sentidos, gestos y costumbres, cuando exteriorizan seriedad, pureza, modestia, ausencia de toda lascivia y arrogancia, ajena siempre a la superficialidad e indolencia, adaptación a la justicia y concentración en la piedad. Aunque puede suceder que todo esto sea un simulacro que no corresponde con lo que desbordaría del corazón.

Para que descuelle aún más esta hermosura del alma, si os parece bien vamos a definir así esta honestidad que hemos pensado identificarla con la belleza: es la nobleza del espíritu, cuidadoso de conservar la integridad de la fama con la buena conciencia; o según el Apóstol, tratar de hacer el bien no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Dichoso el espíritu que se reviste de esta hermosura de la continencia y de esta estola de la inocencia celestial, mediante la cual reivindica para sí la gloriosa conformidad no con el mundo, sino con el Verbo, del que leemos que es reflejó de la luz eterna, esplendor e imagen de la naturaleza de Dios.

Una vez aquí, el alma ya se atreve a pensar en las todas. ¿Por qué no puede hacerlo, si se ve más semejante y por lo mismo más núbil? Ya no le asusta su excelsitud, porque le une su semejanza, le concilia el amor y le desposa su profesión. Esta es la fórmula de la profesión: Lo juro y lo cumpliré, guardaré tus justos mandamientos. Después de haberla cumplido, decían los Apóstoles: Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Es algo semejante a lo que se expresa en el matrimonio carnal que significó las nupcias espirituales entre Cristo y la Iglesia: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser. El Profeta menciona la glorificación de la desposada: Para mí lo bueno es estar Junto a Dios, hacer del Señor mi refugio.

Por tanto, considera esposa desposada con el Verbo al alma que dejándolo todo se adhiere con todos sus deseos al Verbo, vive para el

Verbo, se deja regir por el Verbo, concibe del Verbo lo que da a luz para el Verbo y puede exclamar: "Para mí vivir es Cristo y morir ganancia". Su marido se fía de ella sabiendo que es fiel, que todo lo desprecia por él, que cualquier cosa la tiene por pérdida para ganárselo a él. Así lo experimentó aquel de quien decía: Ese es para mi redoma que me he elegido. Efectivamente, el alma de Pablo se sentía como madre entrañable y fiel a su esposo, cuando decía: Hijitos míos, otra vez me causáis dolores de parto, hasta que Cristo tome forma en vosotros.

Pero no olvides que en el matrimonio espiritual se dan dos formas de parto; y por eso hay diversos linajes, aunque no contrarios, porque las madres santas dan a luz las almas predicando, y también dan a luz inteligencias espirituales meditando. En este segundo caso el alma a veces es arrebatada y se aleja de los sentidos corporales, de modo que no percibe nada de sí misma, porque siente al Verbo. Esto sucede cuando el espíritu se sumerge en la dulzura inefable del Verbo y en cierto modo sale de sí mismo, o se siente arrebatado y liberado de sí para gozar del Verbo.

De muy distinta manera es afectado el espíritu cuando fructifica para el Verbo que cuando goza del Verbo. En el primer caso urge la necesidad del prójimo; en el segundo, invita la dulzura del Verbo. Es cierto que la madre se alegra por su prole, pero es mayor la alegría de la esposa por los mutuos abrazos. Los hijos son unas Joyas entrañables, pero deleitan mucho más los besos. Es gran cosa salvar a muchos; pero es mucho más dichoso ser arrebatado y estar con el Verbo. ¿Pero cuándo y por cuánto tiempo? ¿Es una unión agradable, pero dura un momento y se experimenta rara vez! Esto es lo que implica aquello que dije, después de otras cosas más: que el Verbo busca al alma para gozarse con sus deleites.

Quizá alguien insista preguntándome: ¿qué es gozar del Verbo? Y le respondo: busque a un experto para preguntárselo. ¿Piensas que yo podría hablar de lo que es inexpresable, si a mí se me concediera experimentarlo? Escucha lo que dice un experimentado: Si perdí el juicio fue por Dios; si nos moderamos es en atención a vosotros. Es decir: yo soy una cosa para con Dios como único testigo, y otra para con vosotros. Lo primero pude experimentarlo, pero no manifestarlo; en lo segundo condesciendo con vosotros de tal manera que yo pueda explicarlo y vosotros comprenderlo. ¡Tú que sientes tal curiosidad por saber qué es gozar del Verbo, no le abras el oído, sino el espíritu!

Eso no lo explica la lengua; lo enseña la gracia. Se oculta a los sabios y entendidos y se revela a la gente sencilla. Grande, hermanos, grande y sublime es la virtud de la humildad, que llega a lo que no se enseña, es capaz de conseguir lo inasequible, y es digna de concebir del Verbo y por el Verbo lo que es incapaz de explicarlo a los suyos con palabras. ¿Por qué? No porque lo haya merecido, sino porque así le plugo al Padre del Verbo, el Esposo del alma, Jesús, Cristo nuestro Señor, Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

Sermón 86

Encomio del pudor que manifiesta la esposa y que es muy conveniente para los jóvenes. El lugar y momento convenientes para orar y que se entiende moralmente por lecho y noche.

No hay ya motivo para que me preguntéis por qué busca el alma al Verbo: ya está explicado bastante y de sobra anteriormente. Ea, prosigamos ya con lo que nos resta de este texto, al menos en su sentido moral. Ante todo observa ahora la modestia de la esposa; no conozco que pueda hallarse nada más grato entre los hábitos del hombre. Con gusto la tomo con mis manos en primer lugar y recojo aquí esta preciosa flor, para ofrecerla a nuestros jóvenes. No porque no deban conservarla con todo interés los más avanzados en edad, sino porque el encanto de la dulce modestia brilla más y con más belleza en la edad más tierna. ¿Hay algo más delicado que la modestia de un joven? ¡Qué hermosa y espléndida es esta joya de las costumbres en la vida y en el semblante del adolescente! ¡En verdad y sin duda es augurio de grandes esperanzas y un síntoma de su buena condición!

Es fuente de disciplina para aquel que siente el ardor de sus afectos, porque modera las obras y los movimientos más leves de la edad escurridiza y reprime a los insolentes. ¿Hay algo que ponga en fuga de manera semejante toda palabra torpe y toda deshonestidad? Es hermana de la continencia. No hay una señal más clara de la candorosa sencillez ni un mejor testigo de la inocencia. Es lámpara que ilumina sin cesar el espíritu pudoroso, que aleja al punto toda torpeza indecorosa y a declara al instante. También es destructora del mal y protectora de la pureza innata, gloria especial de la conciencia, custodia de la fama, honra de la vida, sede de la virtud, primicia de las virtudes, alabanza de la naturaleza y emblema de toda honestidad. El mismo rubor de las mejillas, provocado quizá por el pudor, ¡cuánta gracia y belleza suele dar al rostro sonrojado!

Hasta tal punto es la vergüenza el bien genuino del alma, que aun los que no se sonrojan de hacer el mal se ruborizan si se les descubre, como dice el Señor: Todo el que obra el mal odia la luz. Y también: Los que duermen, duermen de noche y los borrachos se emborrachan de noche, ocultando en las tinieblas las obras de las tinieblas y dignas de la oscuridad. Sin embargo, hay diferencia entre el proceder de los que obran desvergonzadamente, pero se avergüenzan una vez descubiertos, ya el de la esposa, cuyo pudor no oculta nada porque lo abomina y repugna. Por eso dice el Sabio: Hay un pudor que conduce al pecado y hay otro que lleva a la gloria. La esposa busca al Verbo, pero con recato; es decir, en el lecho y por las noches. Este rubor implica gloria, no pecado. Lo busca para purificar la conciencia, como testimonio para poder decir: Mi orgullo es el testimonio de mi conciencia. En mi lecho busqué por las noches al amor de mi alma.

Si te fijas, el rubor te indica dónde y cuándo lo busca. ¿Hay algo tan codiciado por el pudor como el secreto? Efectivamente, el lecho y la noche ocultan un secreto. Por eso a los que deseamos orar se nos manda que

entremos en el aposento por razón del secreto para evitar que, si oramos en público; la gloria humana nos robe el fruto de la oración y frustre su efecto. Pero esta orden te sugiere también el recato. ¿Hay algo tan propio del rubor como evitar la gloria personal y la jactancia? Queda muy claro que el hijo y maestro del pudor les invitó expresamente a cerrarse en la soledad para orar. ¿Hay algo tan poco elegante, máxime para el adolescente, como hacer ostentación de santidad, cuando especialmente esa edad es la más propia y oportuna para dar los primeros pasos en religión? Así lo dice Jeremías: Le irá bien al hombre si carga con el yugo desde joven. Un buen consejo para entrar en oración es prepararse con la modestia: Soy joven y despreciable, pero no olvido tus decretos.

El que desea orar no debe tener en cuenta sólo las circunstancias del lugar, sino también las del tiempo oportuno. El tiempo totalmente libre es el más cómodo y apto, especialmente cuando la noche impone un profundo silencio. Entonces la oración es más libre y más pura. Levántate de noche, al relevo de la guardia, derrama como agua tu corazón en presencia del Señor. ¡Qué secreta sube de noche la oración, ante la única presencia del Señor y del ángel que la recoge para presentarla en el altar del Cielo! ¡Qué grata y lúcida, sonrojada por la timidez del pudor! ¡Qué serena y plácida, no perturbada por el vocerío clamoroso! ¡Qué limpia y segura, desempolvada de toda preocupación terrena, sin ninguna mirada que la alabe, ni tentación alguna que la adule!

Por eso mismo la esposa, tan tímida como cauta, buscaba el secreto del lecho y de la noche cuando quería orar, es decir buscar al Verbo, que es lo mismo. En cambio, no orarás rectamente si en la oración buscas algo más que al Verbo o no lo buscas por el Verbo, porque en él se encierra todo: el remedio de las heridas, la ayuda en las necesidades, la compensación de los defectos, la facilidad para avanzar y, finalmente, cuando el hombre debe recibir y poseer, cuanto le conviene y necesita. Por tanto, es inútil pedir algo distinto del Verbo, porque él es todo. Si pedimos las cosas temporales necesarias, las pedimos si al Verbo así le place, como debe ser; no las buscamos en sí mismas, sino más bien por la causa que nos mueve a pedirlas. Esto lo saben los que suelen encauzarlo todo para alcanzar al Verbo.

Sin embargo, no seamos perezosos para indagar aún los secretos de este lecho y de la noche, por si acaso se oculta en ellos alguna realidad espiritual que nos vendría bien sacarla a luz. Si os place concebir bajo el nombre de lecho una Figura de la debilidad humana y en las tinieblas nocturnas igualmente la ignorancia humana, será una consecuencia oportuna para instar al Verbo, como poder de Dios y sabiduría de Dios, contra este doble mal de nuestra naturaleza original. ¿No es lo más conveniente poner a la debilidad el poder y a la ignorancia la sabiduría? Para que los más simples no queden con alguna duda por esta interpretación, escuchen lo que dice al respecto el santo Profeta: El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad. Esto a propósito del lecho.

Con respecto a la noche de la ignorancia ¿no lo dice otro Salmo con toda claridad? Ellos ignorantes e insensatos, caminan a oscuras. Claramente expresa esa ignorancia en la que nace todo el género humano. En

mi opinión el santo Apóstol confiesa que nació con ella y se ufana de haberse liberado diciendo: El nos sacó del dominio de las tinieblas. Por eso decía: No somos hijos de la noche ni de las tinieblas. Y también dice a todos los elegidos: Caminad como hijos de la luz.

Índice